



Pontificia Universidad
JAVERIANA
Bogotá



e
editorial
Pontificia Universidad
JAVERIANA

El país en una gota de agua

ANTOLOGÍA
DE CRÓNICAS

MARYLUZ VALLEJO
EDITORA

El país en una gota de agua

Antología de crónicas

Maryluz Vallejo

Editorial Pontificia Universidad Javeriana

© Copyright 2016 Banco de la República de Colombia - Pontificia Universidad Javeriana - Maryluz Vallejo, editora

El país en una gota de agua

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Memorias](#)

[Clásico Guanebucán: competencia extrema de natación](#)

[Pesca de recuerdos](#)

[El diluvio que casi inunda a Bello](#)

[La piscina de Quilichao](#)

[Yaku Pacha \(mundo acuático\)](#)

[¡El minuto más largo de mi vida!](#)

[Santa María, santificado sea tu río](#)

[La muerte del cueche](#)

[Memorias aguadas de los abuelos](#)

[Humedal El Limonar](#)

[“Se nos inundó hasta el alma”](#)

[¡Corran, corran, que ahí viene!](#)

[La espera de Bienvenido](#)

[Los primeros baños públicos florentinos](#)

[Los antiguos pozos de Leticia](#)

[Cuando el agua corría libremente](#)

[La quebrada tragabalones](#)

[Incendio en el río Amazonas](#)

[Y el río Quinamayó tenía sardinas](#)

[Los espíritus guardianes del agua](#)

[Las vidas que remolcan los ríos](#)

[Buscando el río nos quedamos en la carretera](#)

[Tragedia en “Cielo roto”](#)

[El río del cacique Chicamocha](#)

[Tres territorios del agua](#)

[Muerte al sureste de la ciudad](#)

[El rastro del agua en Bucaramanga](#)

[¡Corre a la frontera!](#)

[El eco de una gota](#)

[La lluvia: bacanería y tragedia](#)

[La Honda ya no es honda](#)
[El río Frío que me quitó la calentura](#)
[La noche del fin del mundo](#)
[Descubriendo mis raíces](#)
[Carritos de rodillos](#)

[Lugares](#)

[Un día en Quibdó](#)
[Las dos caras del agua en la Alta Guajira](#)
[La escuela que camina](#)
[Las Flores, entre el río y el mar](#)
[Cuando el padre nos “alaga”](#)
[La Florida](#)
[Maicao tiene sed](#)
[Cincuenta años de “represión”](#)
[Un caldo de curito en el puerto de Cabuyaro](#)
[Las piscinas naturales de los niños de Neiva](#)
[Bautizo en Iguaque](#)
[Café entre piscinas y jacuzzis](#)
[La muerte del “Magolo”](#)
[La caverna que se está tragando un barrio](#)
[La conquista del paraíso](#)
[Un viaje a la reserva forestal de Río Blanco](#)
[El agua que cura y el agua que enferma](#)
[Una “limpieza” en el Pance](#)
[El agua de Xerira](#)
[Hunzahúa: pozo de amor y pecado](#)
[La mano de quebradas](#)
[La vuelta al cráter del Puracé](#)
[Señales de asfixia en la Garganta de las Iguanas](#)
[Una laguna en medio del desierto](#)

[Personajes](#)

[“Yo nací en una alcantarilla”](#)
[Los muertos del río Sinú](#)
[“En agua se formó y en agua lloriqueó”](#)
[El dueño del lavadero de guadua](#)
[Lavar ropa en piedra de agua](#)
[La doble sed](#)

Los superhéroes inmundos

Más que una tradición ribereña

El “Quijote” que trajo La Esperanza

“Esa cañada la hicimos nosotros”

El narrador del río Medellín

El temible diablo llamado arroyo

El séptimo mayordomo

Tras la tortuga pímpano



Río Amazonas. Foto: Maryluz Vallejo



Pontificia Universidad
JAVERIANA
Bogotá



El país en una gota de agua.

Antología de crónicas

© Banco de la República de Colombia

© Pontificia Universidad Javeriana

© Maryluz Vallejo, editora

Primera edición: Bogotá D. C.,

noviembre de 2016

ISBN digital: 978-958-716-961-4

Hecho en Colombia

Made in Colombia

Editorial Pontificia Universidad Javeriana

Carrera 7.^a n.º 37-25, oficina 1301

Edificio Lutaima

Teléfono: 3208320, ext. 4752

www.javeriana.edu.co/editorial

Bogotá, D. C.

Corrección de estilo:

Lorena María Iglesias Meléndez

Diseño:

Andrés Conrado Montoya Acosta

Sonia Amparo Rodríguez Rodríguez

Pontificia Universidad Javeriana | vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad: Decreto 1297 del 30 de mayo de 1964.

Reconocimiento de personería jurídica: Resolución 73 del 12 de diciembre de 1933 del Ministerio de Gobierno.

Dedicatoria

A la memoria de Consuelo Sandoval, entusiasta educadora y ambientalista que participó en el taller de crónicas realizado en el Banco de la República, en Bucaramanga, y murió víctima de la delincuencia común en julio de 2013 sin ver este libro publicado.

Prólogo

Río revuelto, ganancia de cronistas

El cronista, gracias a su destreza para atrapar los detalles reveladores, logra meter el mar en una gota de agua. De igual forma, en este libro fluye el patrimonio húmedo del país, narrado por cronistas que recrean sus memorias, usos cotidianos y relaciones sagradas y profanas con el agua.

Esta compilación de crónicas, resultado del programa Talleres de Crónica Memorias del Agua, auspiciado por el Banco de la República bajo la coordinación académica de la Pontificia Universidad Javeriana, pretende contar una historia inédita del país inspirada por el agua. Si bien existen historias institucionales sobre las empresas de acueducto de distintas regiones del país, narraciones científicas sobre el patrimonio hídrico de las regiones y noticias dramáticas sobre inundaciones, sequías y otros eventos catastróficos que registran con regularidad los medios de comunicación, no existía este gran relato armado con las voces de la gente común, portadora de una tradición oral incontaminada. Aquí los cronistas son los ciudadanos, a quienes los talleristas enseñamos los rudimentos del periodismo narrativo y, particularmente, de la crónica periodística, para que pudieran contar sus historias con fluidez. *Río de inmensas voces... y otras voces*, diríamos, parodiando el libro del fallecido escritor Arturo Alape.

Esa fue la dinámica que desarrollamos entre los años 2011 y 2012, en veintiún centros culturales del Banco de la República, con el fin de publicar esta memoria. Con este proyecto nacional replicamos la experiencia de los primeros Talleres de Crónicas Memorias del Agua que se realizaron en Bogotá en 2010. De estos surgió un libro digital que está disponible en el portal del Banco de la República (<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/memorias-del-agua>). Las setenta y cuatro crónicas seleccionadas para este libro permitieron concluir que, en el nuevo milenio, en varias capitales y cabeceras municipales del país, hay miles de personas que libran una batalla diaria por acceder a este recurso básico.

Estos talleres propiciaron un estimulante diálogo entre culturas regionales, generaciones, oficios, saberes, disciplinas y miradas al agua en medio de la diversidad territorial. La mayoría de los participantes jamás había escrito una crónica, y los que tenían experiencia con la escritura no habían experimentado con ese género. Otros comprendieron la desaprovechada cercanía entre la historia y el periodismo, el periodismo y la literatura. En los talleres aprendieron a encontrar su propia voz y a recoger las voces de otros para lograr esa polifonía que pide el género.

La crónica, género de inmersión

El género de la crónica se presta para narrar pequeñas historias infraordinarias —como diría Georges Perec—, cargadas de simbolismo y significación; también sirve para narrar historias épicas, extraordinarias, que le suceden a gente común y corriente. Los aprendices de cronistas dejaron fragmentos autobiográficos en sus crónicas, preñadas de voces familiares y amigas. La idea era recuperar la memoria individual y colectiva valiéndose de todos los recursos: los recuerdos propios y ajenos, los archivos de prensa, los documentos oficiales, los mapas, las imágenes y todas las fuentes que aportaran datos exactos, como los pide el género periodístico. La fotografía es fiel correlato de estas historias y recordamos aquí al fotógrafo Jesús Abad Colorado, a quien una de las fotos que más lo ha impactado en la vida es la del sepelio de un niño en Nechí, Antioquia, que se cayó de la cama y, como la casa estaba inundada, se ahogó.

En la primera experiencia de las Memorias del Agua de Bogotá, se trabajó la crónica en tres modalidades: de personajes, lugares y acontecimientos. Esta clasificación ha funcionado para seguir narrando las regiones, con una exploración particular en la memoria individual y colectiva. Vemos personajes en sus oficios relacionados con el agua, como los vendedores de agua (en chazas, carros de rodillos, zorras, mototaxis), los pescadores, las lavanderas, los guardapáramos, los areneros, los constructores de aljibes, los “cogedores” de goteras, los fontaneros, los profesores de natación, los piscineros, los líderes ambientales, los pastores que en La Guajira tienen que recorrer kilómetros para dar de beber a sus animales y los lecheros que viven del agua blanca.

Están los lugares del agua, en las ciudades y en el campo (ríos, quebradas, piscinas, baños públicos, pozos, aljibes, fuentes, acueductos, lavaderos, páramos, humedales), y los acontecimientos protagonizados por el agua que marcan y marcaron la vida de esas ciudades, pueblos y veredas (rituales, celebraciones, inundaciones, conflictos). La mitología es otra fuente de la que sorben muchas de las crónicas sobre el agua, en cuanto que cada región tiene sus leyendas, supersticiones, creencias y dioses del agua: relatos fundacionales de los ancestros indígenas con sus poéticas cosmogonías, que retoman sus descendientes wayuu y pastos en varias de las piezas aquí recogidas.

En el sentido literal de la palabra, los neocronistas utilizan “fuentes” en la reportería. Mientras los jóvenes buscan las voces de los mayores para reconstruir historias que no vivieron, los adultos rebobinan sus recuerdos. Así cumplen con el proceso de inmersión en el tema hasta hundirse en ese hondo pozo de la memoria para emerger con historias insospechadas de sus ciudades y pueblos, contadas desde los hechos festivos y conflictivos relacionados con “el precioso líquido”, lugar común de estos relatos, cuyo “tubo madre” conductor es el testimonio, la autobiografía, la memoria individual que, multiplicada, se vuelve colectiva y crea vínculos de identidad y de solidaridad.

La fuerza de estas crónicas está en las vivencias de los autores por lo que entramos en terrenos de

la microhistoria. De igual forma, se aprovecha el potencial del género periodístico más ligado a la mirada subjetiva, a la observación, al detalle revelador, al paso del tiempo, al suspenso, al diálogo, al toque de humor y al estilo literario: la crónica. Aquí se reconstruyen sucesos y se recomponen pequeños mundos del agua ignorados por quienes no los habitan.

Asimismo, estas crónicas exploran la identidad barrial en el perímetro urbano de la memoria, sea en pequeños pueblos o en grandes ciudades. En honor a la paradoja, se podría decir que en los barrios más pobres, las historias sobre el agua son más ricas, lo que da cuenta de una historia comunal de lucha y de supervivencia. Para los pobres que atesoran cada gota de agua lluvia porque no cuentan con servicio de acueducto o no pueden pagar las facturas, la lluvia pasa de ser el recurso natural máspreciado al más temido; el enemigo impredecible que arrasa con todo y produce invariablemente, con cada temporada invernal, imágenes desoladoras. Aunque algunos pueblos terminan por adaptarse a la predestinación pluvial, como Quibdó, donde lo de tomarse la vida como “ver llover” es un hecho cumplido a diario: en medio de la pobreza absoluta, la reciben gozosos. En el barrio Venecia de Pasto, que invariablemente se anega, los habitantes se acostumbraron a calzar las botas pantaneras desde niños. En cambio, la gente de Maicao no ha podido acostumbrarse a que hasta el tinto les sepa a sal por la perenne falta de agua potable.

Historias repetidas son las de las ciudades y pueblos sin agua, sometidos a largas vedas, muchas veces por culpa de las empresas de acueducto o por desastres naturales. En la memoria de los noveles cronistas está la imborrable pesadilla de los días y hasta semanas que pasaron sin agua, por ejemplo, ese 3 de junio de 1987, cuando Pereira comenzó un viacrucis de once días sin agua porque una borrasca se llevó la bocatoma del acueducto. En esas circunstancias, los carrotanques hacen las veces de *deus ex máchina* cuando llegan a auxiliar a lo sedientos damnificados. Ricos y pobres se igualan esperando que les llenen sus baldes y recipientes, como ocurrió en la emergencia de 2011 en Manizales, por ineficiencia de la empresa prestadora del servicio.

Al hablar de un país de contrastes y de absurdos, el recurso de la paradoja cifra el esquema narrativo de numerosas crónicas. Hay historias de municipios asentados en ricas cuencas hidrográficas que no cuentan con acueducto, como la vereda Piedras Blancas (corregimiento de Santa Helena del municipio de Medellín), donde apenas en 2010 sus habitantes empezaron a tomar agua potable, pese a que la represa de Piedras Blancas ha surtido durante más de cincuenta años a la capital antioqueña. O condominios de estratos altos, como La Mesa de los Santos en Santander, que carecen de agua tratada. En el río Zulia, Risaralda, hay una isla de la Fantasía que desaparece con cada crecida; y en Leticia hay otra Isla de la Fantasía, castigada por el río Amazonas en cada ola invernal. En la Alta Guajira, los asaltantes de los caminos no buscan bolsos con dinero sino bolsas de agua, o gente para desvarar un carro enterrado en el barro, según la estación del año. En una casa campestre de las afueras de Popayán, reemplazaron la lavadora eléctrica por el lavadero en piedra de río para aprovechar un nacimiento de agua. Y en Leticia, décadas atrás, un

barco se incendió ante la mirada de propios y extraños, como el poeta ruso Evtuschenco, quien se encontraba de visita y dejó un bello poema sobre este “infierno” en el río, que recuerda un escritor local.

Los cronistas del agua

Los cronistas de Indias fueron los primeros en narrar su asombro ante los incontables ríos del nuevo territorio conquistado. Cristóbal Colón lo hizo con el famoso *Diario de a bordo*, en el que describe de manera pormenorizada sus impresiones de las Antillas; Cristóbal de Acuña y Gaspar de Salazar escribieron los relatos fundacionales sobre la exploración del río Amazonas.

Desde el siglo XIX, los cuadros de costumbres y las crónicas de los viajeros están pasadas por agua, con abundantes alusiones a los usos, oficios y costumbres. Por eso, la fuente de inspiración de este proyecto fueron los cronistas de costumbres, pasando por los modernistas de comienzos del siglo XX hasta llegar a los cronistas de los años cuarenta y cincuenta, época de oro en nuestra rica tradición. José Joaquín Jiménez, *Ximénez*, tiene una serie de cinco crónicas sobre el río Magdalena, que publicó en *El Tiempo* en 1941. García Márquez escribió el famoso *Relato de un naufragio* y narró los aguaceros apocalípticos de Bogotá en sus crónicas “cachacas”. Pero su pieza memorable en esta temática es “Caracas sin agua”, donde el protagonista termina afeitándose con jugo de durazno en medio de una sequía abrasadora.

Desde los años cincuenta, los cronistas acompañaron la construcción de las grandes centrales hidroeléctricas, como la de Riogrande en Antioquia, que abrían las compuertas de la civilización; también elogiaban los balnearios turísticos a orillas del río Magdalena, los de aguas termales en Boyacá y Cundinamarca, y los puertos que otrora estuvieron de moda, como Puerto Colombia y Honda. A comienzos de los años sesenta, en su serie de *Los Municipios olvidados de Colombia*, Marco Tulio Rodríguez narró por primera vez el drama de la Colombia profunda. Diagnosticó los problemas de más de treinta municipios perdidos en el mapa, entre ellos, Dibulla, en el sur de La Guajira, donde el mar de leva se fue comiendo las calles del pueblo e invadiendo las casas. Habla de La Vigía, en la costa nariñense del Pacífico, “una población de tiempos remotos donde abundan las leyendas de marineros, de fantasmas, de sirenas y de hazañas navales”. Y así, de cada uno de los municipios levanta un memorial de agravios, que comienza por la falta de acueducto y alcantarillado.

Ahora bien, no todo es drama en esas historias. Valga recordar al maestro Gonzalo Arango, quien en su serie “Gonzalo el Simbad I, II y III”, publicada en la revista *Cromos* en 1968¹, recoge una especie de diario de abordó cuyo eje narrativo es el eterno mareo que no le permite al poeta descender del barco de la Armada Nacional ni disfrutar del paisaje; escasamente retratar con desmayada maldad a sus compañeros de ruta en ese viaje por el “apocalíptico” mar Caribe.

En 1981, en la primera excursión de La Caracola (alianza entre *El Espectador* y *Caracol*) para narrar las condiciones de vida de los pueblos ribereños del Magdalena y hacer campaña por la navegabilidad del río, resuena la voz caribeña y chispeante de Juan Gossaín narrando historias casi surreales de estos poblados. La crónica “¡Se extingue el sábalo!”² tiene este remarcable arranque:

El Japón solo cuenta con 150 habitantes, mientras que Estados Unidos no tiene acueducto ni luz. Son cosas del río Magdalena, naturalmente, que en medio de tantas desgracias se ha acostumbrado a una curiosa forma del sentido del humor: la de ponerle a sus pueblos nombres estrafalarios.

El Japón de que estoy hablando, por ejemplo, no es el Japón de los japoneses que fabrican radios y toman fotografías, sino un humilde caserío perdido al sur de Bolívar. Allí vive un puñado de pescadores.

Estados Unidos, en este caso, es un rancherío escondido en un recodo del río, en la frontera entre el Cesar y Bolívar. Sus habitantes son leñadores. Mejor dicho: eran. Ahora ya no tienen árbol para matar, no les queda nada.

En *Perdido en el Amazonas*, Germán Castro Caycedo documenta su travesía por el río Caquetá, pasando por Leticia y La Pedrera, otros puertos olvidados de la frontera. Y Alfredo Molano, en *Apaporis, viaje a la última selva* (2002), cuenta el recorrido que realizó a comienzos del nuevo milenio por este río, a cuyos maravillosos chorros y cascadas solo se llega con autorización. “Hombre de ligeras canoas por los ríos salvajes”, llamó William Ospina a este viajero incansable de nuestra geografía, echando mano del verso de Aurelio Arturo.

Por ventura, los dolientes de la hidrografía colombiana se renuevan en cada generación. Es así como, cíclicamente, medios de comunicación o periodistas independientes realizan el recorrido por el río grande de La Magdalena, como lo hizo el periodista y profesor Juan Gonzalo Betancur, entre julio y diciembre de 2014, que elabora una gran crónica transmedia de viaje sobre la realidad del río y la vida cotidiana en sus poblaciones ribereñas y que se puede consultar en <http://www.bajandoelmagdalena.com/que-es/>.

Cartografía del agua

Como es natural, las crónicas de río se vuelven crónicas de viaje porque el autor se embarca en un punto y termina en otro, mientras describe los pueblos y puertos a los que arriba y recoge las voces de sus personajes “ancla”. En esta antología hay varias crónicas de ese calado, como la que narra la aventura de ocho días en bote por el río Magdalena, desde San Agustín hasta Neiva, en la que el cronista comparte la bitácora del viaje en tono de denuncia por los altos niveles de contaminación del “Magolo”. Una cronista de la etnia yucuna reconstruye un viaje de infancia desde el río Caquetá hasta el Mirití, y su paso por lugares míticos.

Así como en las crónicas de Bogotá el río Tunjuelo fue protagonista, en varias ciudades del país los ríos tutelares —Magdalena, Atrato, Cauca y Amazonas— canalizan las historias. También aparecen ríos con nombres sonoros que hacen parte del paisaje cotidiano: Ejido en Popayán; río Hacha y Caraparaná en Florencia, los ríos Chapal y Mijitayo en Pasto; Quilichao y Quinamayó en Cauca; la quebrada Yahuaraca en Leticia, arroyo de Kuttirramana en la Alta Guajira, etc. De igual modo, en esta cartografía del agua de las regiones figuran los nevados, los páramos, los humedales, las quebradas, las cascadas, los “ojos de agua” y, cómo no, las piscinas y lagos artificiales que propician una relación lúdica con el agua.

Aunque en las ciudades pequeñas y medianas, las obras de progreso y de modernización han ido acabando con santuarios naturales, usos y tradiciones en torno al agua —como ocurrió con la vereda de La Florida, en el departamento de Caldas, ahora loteada para condominios, como lo denuncia un cronista con tono nostálgico—, subsisten lavaderos públicos, baños termales, pilas y pozos, que todavía prestan servicio; también persisten creencias y rituales, sobre todo en las regiones de mayor presencia indígena. En Armenia, cincuenta y cuatro quebradas (“una mano de quebradas”) han sobrevivido a las canalizaciones, los rellenos de las construcciones, las desecaciones y las desviaciones porque hace quince años fueron declaradas zonas de conservación.

En Riohacha es campeona la crónica sobre el Clásico Guanebucán, competencia extrema de natación, que se realizó por primera vez en mayo de 1991 y reunió a veintitrés “lobos marinos”, de la que da cuenta un indígena con músculo de narrador. En Tunja, un joven narra la historia de un universitario que salió de su urbanización Los Muisca con rumbo a la laguna de Iguaque, donde recibió el bautizo ceremonial con entrega de pagamentos a la madre Bachué y el padre Iguaque.

En el taller de Pasto tuvimos invitado a un cronista que se jubiló como corresponsal de *El Tiempo*, Edison Parra Garzón, quien hace más de veinte años escribió una crónica titulada “El río de la muerte”. En ella cuenta la historia del cólera que propagaron las aguas del Guáitara por la ancestral costumbre de lavar los cadáveres con agua del río. Del primer velorio, en la comunidad indígena de San Juan de Mayasquer, una escalada de muertos siguió al difunto velado, y alcanzó a otras catorce poblaciones ribereñas hasta cruzar la frontera con Ecuador. Otra cronista pastusa recuerda las leyendas y supersticiones en torno al “cueche”, como llaman allí al arcoíris.

En Ipiales, el líder indígena Aldemar Ruano narra la cosmogonía de los pastos en relación con el agua y sus usos medicinales, así como la preparación de la chicha y el champús; y otro joven pasto recrea la tradición oral en torno a los espíritus guardianes. En general, los asistentes oriundos de pueblos y veredas aluden a las mingas que hicieron padres, familiares y conocidos para construir los acueductos vecinales.

Siguiendo con las creencias y prácticas tradicionales, en Cali salieron temas como los rituales de

sanación y brujería que se hacen en el río Pance. En un pueblo del Chocó se organiza una procesión nocturna a la Virgen de las Mercedes en el río Atrato, realizada por los cánticos y el flamear de las velas. Y en Buenaventura las parteras realizan partos en agua de río, siguiendo una tradición ancestral del Pacífico.

Entre las crónicas de reconstrucción histórica están las de ciudades que todavía conservan el linaje colonial, como Pasto, Popayán y Honda, con sus puentes y pilas de piedra. En varias crónicas se recuerdan los primeros medios de suministro del agua: pilas, chorros, pozos y el típico acueducto de las “Tres Bes”: Bobo, Barril y Burro. En Bucaramanga, una autora reconstruye la historia del acueducto de la ciudad, que comenzó en 1916 en las famosas Chorreras de Don Juan, hasta que un sacerdote promovió la creación de la empresa de acueducto y puso como penitencia a los fieles comprar acciones de la compañía. Una cronista paisa recuerda su infancia en Barrancabermeja, llamada “Ciudad entre aguas”, por estar rodeada de ciénagas, quebradas y del Río Magdalena, pero sobre todo de caños negros debido a los vertimientos de petróleo. En Florencia, Caquetá, encontramos el relato de los primeros baños públicos florentinos.

Entre las tragedias naturales abundan las inundaciones: la del municipio de Bello (Antioquia), en 2005, causada por la quebrada El Barro; la de 1999 en Florencia; el terremoto y el tsunami de Tumaco, ocurrido el 12 de diciembre de 1979, y narrado por dos sobrevivientes; los estragos del tsunami en Buenaventura; la avalancha del río Frío en Floridablanca (Santander), ocurrida en 1997. También están las tragedias anunciadas, como la del barrio Villa Lucía, en el centro de Pasto, cuyas casas se está tragando una caverna, que sesenta años atrás fue una mina de arena; o la escuela de una vereda del municipio de Lebrija, en el Cauca, que se está desplazando debido a una falla geológica, sin que las autoridades hayan ordenado el traslado. Y no podían faltar los arroyos, que en Barranquilla son regulares y arrolladores, tanto, que en una tarde de taller varios participantes no alcanzaron a llegar porque se los impidió el arroyo llamado Felicidad; y al otro día el diario local tituló que “un ángel” había salvado a una señora de morir ahogada. Ángeles que abundan como los cronistas en este puerto caribeño de rica tradición oral.

Algunos autores se tomaron literalmente lo de la crónica como género de inmersión: un realizador audiovisual de Armenia se adentra en los intestinos del acueducto con don Leo Gómez, un empleado responsable de limpiar las alcantarillas desde hace quince años. Como a este buzo de mares de podredumbre, se le rinde homenaje a otros personajes, por ejemplo, al médico propietario de un barco-hospital que desde hace más de veinte años presta atención sanitaria a los habitantes de pueblos del Pacífico excluidos del servicio de salud. A Roberto Chavarro Chavarro, un hacedor de bosques, que en treinta años transformó un terreno árido en una reserva ambiental, Rogitama, en el departamento de Boyacá. En Armenia se reconoce la labor de Camilo Lozano, profesor de natación en el Club Campestre durante cincuenta años. Y por una cronista de Riohacha sabemos de las desventuras de Otoniel Quintero, pescador del corregimiento de El

Contento, Cesar, desde hace cuarenta años, y que vive aburrido porque ya solo atrapa taruyas (ramales) en las aguas del Magdalena.

De los relatos épicos que narran hazañas de líderes ambientales por recuperar humedales, ríos y quebradas, tenemos la historia caleña del humedal El Limonar sobre el cual se construyó el polideportivo de un conjunto de interés social; luego, sus habitantes recuperaron parte del cuerpo de agua en una lucha a brazo partido. Y la reserva forestal de Río Blanco, en el municipio de Caldas, con un doliente que la habita y la protege: Germán Ríos, comprometido desde su apellido.

Sobre los ríos, camposantos en movimiento, hay numerosas historias en nuestra literatura periodística, como la de Juan Miguel Álvarez, periodista pereirano, que se titula “El remanso de Beltrán”³ y da cuenta del “trágico equipaje” que arrastra el río Cauca. El río Sinú, como cuenta una cronista monteriana, sirve de tumba natural a personas asesinadas y ahogadas, como lo testimonian los areneros que allí trabajan. Una cronista de Bucaramanga rememora cómo tiraron los muertos de la llamada batalla Gallinera en la guerra de los Mil Días al río Chicamocha; tantos, que liberales y conservadores aumentaron su caudal.

En el taller de Medellín tuvimos un momento conmovedor cuando la invitada, Patricia Nieto, cronista que se ha dedicado a narrar la vida de las víctimas del conflicto armado y que estaba presentando su libro *Los escogidos*, habló sobre el sepulturero del cementerio de Puerto Berrío, quien durante años ha recogido los cadáveres que pasan flotando por el río Magdalena y los entierra en el pabellón de los NN de ese camposanto, epicentro de un particular culto en el que los parroquianos eligen su ánima y le rezan para que les haga milagros. De repente, la interrumpió una de las asistentes, que conocía al sepulturero porque había cuidado y rezado los restos de su joven hijo, asesinado en esa zona años atrás.

Rompiendo con las bucólicas imágenes de postal, del Quindío salió una crónica sobre la proliferación de piscinas y jacuzzis que le restan encanto al paisaje cafetero y lo ponen a competir con Melgar; y de Santander, la historia de una señora que sembró agua en su casa, como si se tratara de lechugas. ¡Y le dio frutos!

Este mapeo del agua nos llevó por los ríos más desconocidos, como esos pueblos que solo conocemos por gracia y desgracia de las masacres paramilitares, de las tomas guerrilleras o de las tragedias naturales. En el Meta hay un caño que se llama Carnicerías; en Tunja, el pozo de Donato del que existía la creencia de que no tenía fondo y se conectaba con la catedral (incluso existe un dicho popular, “cayó al pozo de Donato”, haciendo alusión a una deuda impaga). Y en el río Las Tinajas, de Popayán, circulan historias de suicidas, desaparecidos y fantasmas, como lo narra un cronista en el tenebroso recorrido.

También las crónicas arriban a los puertos más y menos conocidos del país para reconocer la

cultura porteña: Puerto Boyacá, Puerto Barrigón, Puerto Lleras, Puerto Alvira, Puerto Olvido, Puerto Melancolía, Puerto Porfía, Puerto Bogotá, Leticia, Buenaventura, Puerto Nariño, Puerto Colombia, Puerto de Cabuyaro, etc. Y ofrecen inventarios insospechados de peces de agua dulce y salada, como el pirarucú, del río Amazonas, y otros poco conocidos como el nicuro, el getudo, el barbudo; o los típicos de cada región: cachama, amarillo, cupis, curito (llamado el viagra llanero en Venezuela); cuchas (que en Florencia también conocen como las *jetiblanditas*); lisetas (que tienen fama de comerse los muertos del río Sinú); guabinos, nicuos y roños, entre una lista interminable de seres escamosos.

A propósito de la pesca, emergen verbos como *choquiar*: agarrar a mano pequeños pescados (choques); descamar, desviscerar, *anzueliar*... Los cronistas documentan los más diversos sistemas de pesca, desde la tradicional —con vara de monte y anzuelo—, hasta la pesca con perol y alambre dulce, con machete, con costal de fique y tabla, con barbacoas (armadas con caña de castilla, que se enterraban en el río formando un ángulo y allí quedaban atrapados los pescados) hasta las redes comunes o atarrayas. Igualmente, rememoran el cable hecho con cabuya para cruzar un río como el Chicamocha, y las tarabitas de fabricación casera y canastas para cargar a las personas (con la condición de que el pasajero no haya comido antes).

Asimismo quedó inventariada la flora y fauna de cada región, como parte del patrimonio húmedo. En el Cauca hay un arbusto llamado nacedero, pues casi siempre brota agua en donde está plantado, y en Santander siembran el rascador, una planta que es pura agua. Una cronista de Armenia le siguió el rastro a la *chelybra serpentina* en el río Los Ángeles, una tortuga en extinción popularmente conocida como pímpano, cuya carne es muy apetecida. Un líder ambiental santandereano le da protagonismo a las iguanas del cañón del Chicamocha, que avistó en el río Sogamoso; de La Guajira nos presentan el colibrí gigante y los patos migratorios, *yawaas*; y del Amazonas el bugeo colorado, o sea, el delfín rosado, todos en peligro de desaparecer. Una cronista recuerda los ponches que conoció en la ciénaga de San Silvestre (Santander), roedores gigantescos también llamados lanchos y capibaras. Y, según la creencia de los indígenas pastos, las golondrinas avisan que viene el agua.

Nostálgicas son las crónicas de oficios en extinción. En Itagüí, los “aguateritos” transportaban el agua en carros de rodillos para surtir las casas de los habitantes de este municipio antioqueño, donde la industria textilera contaminó las cuencas hidrográficas. Los aguateros ya solo quedan en la memoria: un niño pastuso —el autor más joven de este libro— cuenta que, al tirar de la lengua de su abuelo, descubrió que su tatarabuela era aguatera en un pueblo de Nariño.

Como cada región tiene sus propios usos del lenguaje, varias crónicas disponen de glosario. Lo que en unas partes se llama cántaro, tinaja, vasija, múcura, en otras se conoce como timbo, tímulo, pondo, pangua, calabazo, etc. Los lagos son “ojos de agua” en Nariño y el arcoíris es el

“cueche”; cuando el río Amazonas sube su caudal, los pueblos se “alagan”, o sea, se inundan. El chingue y la chinga son usos arcaicos de los trajes de baño, que todavía se estilan. Los pozos son conocidos como “casimbas” en el Amazonas y en La Guajira, donde también disponen de los jayüeyes.

Las bebidas tradicionales con base en agua son otro tema de crónicas con marca regional: en Nariño los hervidos suben el termostato con sus mezclas de frutas y aguardiente; la chicha está presente en los pueblos cundiboyacenses y se clasifica según el nivel de fermentación. Y una cronista visitó la vieja fábrica de cerveza Clausen, fundada en 1887 por el danés Christian Peter Clausen, quien aprovechó las aguas puras de la quebrada La Carbonara, en Floridablanca (Santander).

Lugares comunes de estas crónicas son las tragedias invernales por causa de la imprudencia de los pobladores, la corrupción y la ausencia del Estado; las luchas épicas por acceder al servicio del agua cuando se habitan barrios ilegales o se vive en zonas desérticas; los movimientos sociales en contra de la explotación minera de ríos y páramos; la nostalgia por los paseos al río con amigos y familiares; las rogativas para que caiga agua o para que cese el invierno; las fiestas del agua que en Nariño se celebran echándose baldados de agua el 28 de diciembre; en Buenaventura, con el festival de Aguas Negras de Negro Bonito, y en Caldas, municipio antioqueño mejor conocido como “Cielo roto”, se celebran las fiestas del aguacero, a pesar de que no faltan las tragedias por desbordamientos de sus quebradas, como ocurrió en 2009, con Mandalay y la Chuscala.

En la realización de este proyecto, comprendimos que así como somos descendientes de culturas del agua, en un futuro no muy lejano nos trenzaremos en conflictos y guerras por este recurso. Cuando la Carta Constitucional de 1991 declaró el derecho de todos al agua, organizaciones ciudadanas intentaron sacar a flote un referendo por el agua, pero han fracasado en varios intentos. Para muchos, la promesa del agua potable es lo más parecido a la de pavimentar el río Magdalena que hizo el doctor Goyeneche, folclórico candidato presidencial de Bogotá. Para un puñado de soñadores, activistas de la causa, los talleres se volvieron una posibilidad de denunciar atropellos mediante historias bien contadas; de documentar la historia local y de seguirse encontrando en este espacio que les abrió el Banco de la República, como ocurrió en Bucaramanga, Medellín y Popayán.

En todas las ciudades donde se realizaron los talleres hubo ambiente de camaradería y vínculos de amistad entre asistentes y talleristas, porque solo así podía funcionar un programa de estas características, de convocatoria abierta y sin costo, que tras dos sesiones intensas de fin de semana buscaba resultados tangibles para verter en un libro. Gracias al entusiasmo que le pusieron los talleristas Simón Posada y Andrés Jácome, periodistas con espíritu docente, que se comprometieron a fondo con su labor y lograron poner una agenda creativa del agua, coronamos

este proyecto. Por mi parte, estuve en diez sucursales donde me sentí acogida, descubrí viejos y nuevos cronistas regionales y tuve la satisfacción de ver que los temas salieron como con regadera, y gran parte de los asistentes terminaron su tarea e incluso siguieron escribiendo y mandando nuevas historias. Valga agregar que Bucaramanga hizo honor a su tradición de narradores locales, porque fue la sede con mayor producción de crónicas.

Quizá a partir de la lectura de estas crónicas, sobre todo los más jóvenes comenzarán a valorar ese patrimonio húmedo —que significa más que la acción automática de abrir el grifo— y los mayores evocarán otras épocas que se les habían evaporado en la memoria, cuando el agua era un medio de subsistencia, conflicto y diversión. Como lo testimonia quien fue cargador de agua en carro de rodillos, en Itagüí, Antioquia: “Tenía tal vez diez años cuando las Empresas Públicas de Medellín pusieron el agua potable. Todos estábamos tan emocionados como si fuera a llegar el hombre a la luna. Juntamos nuestras cabezas agachados, mirando la canilla del lavadero de mi casa, esperando ver caer el chorro de agua limpia a la hora señalada por el locutor de radio; fue tremendo el grito y la emoción cuando sucedió. Esto fue en 1983”.

Mediante la fuerza de las historias, esta experiencia sirvió para testimoniar que, además de las obras de infraestructura y de la tecnología apropiada por el hombre para proveer el servicio de agua potable, hay valores culturales representados en prácticas, creencias y rituales que contribuyen a afianzar la identidad y que son un legado que se ha transmitido de generación en generación desde nuestros antepasados indígenas. Los participantes terminaron construyendo su propia agenda del agua, tan fascinante como inédita. Sin llover sobre mojado, toda vez que las historias tienen su “nacimiento” en la memoria individual, familiar y colectiva.

La invitación es a zambullirse en estas setenta y cuatro historias narradas por escritores noveles y veteranos, amas de casa, pensionados, maestros, ambientalistas, estudiantes, líderes indígenas; algunas más profundas que otras, pero todas reveladoras de las culturas del agua en veintiún ciudades del país.

El recorrido comienza en Riohacha con los “lobos de mar” que participan en una competencia de natación, y termina en Armenia con la tortuga pímpano, que se encuentra en extinción. La división del libro en tres grandes cuerpos —*Memorias* (acontecimientos de ayer y de hoy), *Lugares* y *Personajes*— obedece al intento de agrupar las historias en esos focos de atención, que también se mezclan; y la mayoría de ellas tienen un componente épico, heroico y regional característico de este rico patrimonio hídrico que también circula de mano en mano en las nuevas monedas del Banco de la República, así como empezará a circular la tradición oral recogida en este libro.

Maryluz Vallejo Mejía

Profesora titular de la Facultad de Comunicación y Lenguaje

1. *Antología de reportajes de Gonzalo Arango*, vol. 2, Universidad de Antioquia, pp. 208-230.↵
2. *El Espectador*, 8 de abril de 1981.↵
3. http://www.elmalpensante.com/articulo/828/el_remanso_de_beltran↵

Memorias

Clásico Guanebucán: competencia extrema de natación

Brazada a brazada asistimos a una singular competencia en el mar, frente a la desembocadura del río Ranchería, donde veintitrés lobos de mar recorren más de 5000 metros.

José Gabriel Rosado Padilla (Polaco)¹

Riohacha



Barca en la desembocadura del río Ranchería

Conmemorado como el Día del Trabajo por los que nunca trabajan, el 1.º de mayo de 1991 se llevó a cabo la primera competencia de natación organizada por el club náutico Guanebucanes de Oro. Esta gozaba del esplendor deportivo que se merecía, aunque el mar, acuario gigante y paraíso para la vida marina, se presentaba como una amenaza para los participantes.

A las ocho de la mañana los competidores estuvieron en el lugar preciso. Paulina Robles, llamada “La diosa Yosusi” por el amor y cariño que irradiaba hacia el grupo de amigos, fue escogida para pronunciar el discurso protocolario de inauguración del evento. La partida fue la playa de la laguna La Raya, cuyo nombre se debía a la abundancia de peces planos y colas con agujones que inyectan ácido fólico a quienes las pisan y causan un insoportable dolor en la herida. La marea comenzó a subir con la llegada de los vientos alisios.

Con el pronóstico del tiempo en contra, se dio la largada en un mar agitado, de agua fría, a pesar del sol intenso. Los nadadores se despidieron en medio de aplausos regalados por la gente, que había acudido en masa para presenciar el clásico organizado con despliegue propagandístico por la emisora local Ondas de Riohacha y por los periódicos *Causa Guajira* y *El Flechazo*. Todos se consideraban grandes atletas de la natación, pero no conocían las técnicas. El espíritu deportivo y el empuje moral los hicieron olvidar que la competencia era de carácter recreativo y se prepararon para lanzarse a una acción competitiva. Por lo llano del mar, los participantes caminaron ciento cincuenta metros hacia adentro, arrastrando los pies para evitar ser sorprendidos por el aguijón de una raya, mientras el rugido ensordecedor de los motores Johnson y la turbulencia de las hélices indicaban que se habían puesto en movimiento las lanchas salvavidas de la Cruz Roja, la Defensa Civil y la Policía Nacional. Estas ofrecían una revista de juego único, en el patrullaje que hacían por delante, a los lados y detrás de los nadadores.

Veintitrés lobos marinos

La fuerza de la corriente marina y la falta de técnica en esta disciplina permitieron apreciar pronto a los primeros competidores que acusaban cansancio. Rosana Redondo empezó a nadar fuera de curso; los guanebucán la llamaban “Wuit > Püsû ka>I Kai, que traduce “sol azul” en wayuunaiki, y ella había dado muestras de su encanto en el Reinado Nacional de la Belleza en Cartagena. A su lado iba Arnoldo Smith, “Cacique Kapurraíns”, hombre de gran respeto. Smith y Redondo nadaban de espaldas, frente a la desembocadura Calancala del río Ranchería. Muy cerca iba “La diosa Yosusi”, con su traje de baño de dos piezas. Un poco más adelante iban seis hombres con camisetas y pantalonetas compradas en el baratillo Todo a Mil.

Los seis hombres a la cabeza de la competencia nadaban de pecho. Su punto de referencia eran los apartahoteles Las Delicias y Arimaca, que se alzaban intimidantes. Los nadadores sentían que la corriente tendía a llevarlos mar adentro. Las olas se englobaban de manera feroz y alcanzaban alturas de un metro. El agua salpicaba en todas direcciones y hacía espuma. Pero ellos sabían que tampoco era conveniente orientarse un poco hacia la orilla, siguiendo con la vista la punta Loma Amarilla, porque el trayecto parecía más largo. La mejor manera de llegar frente a la desembocadura del Valle de los Cangrejos era mantenerse dentro del grupo y no quedar relegado.

El movimiento de los brazos de Huberto Núñez “Sukurrulu” (pájaro), Chepe Ochoa “Puyui” (tiburón) y Álvaro Rozo “Musharé” (águila) daba cuenta de una entrega rápida y deliberada. Peligraron al acercarse a tres cayucos de indios pescadores. Los wayuu los alertaron, diciéndoles en wayuunaiki y rústico español que se encontraban en una zona de tiburones que hacían pasillo de abastecimiento en el manglar de las desembocaduras del río Ranchería. Lucho Robles, que por su vejez podía ser llamado “Cacique Karremur”, se tomó un tiempo para dominar el miedo y ver que la solución más viable era sesgar el nado hacia la izquierda; desde allí divisaron el imponente

edificio Mar Azul y el grupo de personas que desde los pisos altos aplaudía el coraje y valentía de los que sorteaban el peligro. Así, nadaron lo más cerca posible a la línea recta donde se encontraba el agua azul del mar y el agua turbia que arrojaba el “ríito”. A media milla de la punta del muelle, Néstor Gómez “Wurui” (turpial) sabía que para sobrevivir era necesario contar con un buen estado mental, por lo que venía con el peso corporal distribuido sobre la superficie. De pronto, fue sorprendido por un pastelito “anémona de mar”, que con su cuerpo gelatinoso y numerosos tentáculos le roció líquido urticante en el rostro y en los brazos y le dejó negras quemaduras. Desde las lanchas salvavidas escucharon los gritos horrorosos y de inmediato los organismos de socorro acudieron a él. Lo llevaron en la lancha de la Defensa Civil a la orilla de la playa, al lado este del muelle, y de ahí lo trasladaron en ambulancia a la Clínica Riohacha.

Por momentos, algunos perdieron la noción del tiempo y del lugar, porque se encontraban muy afuera del punto de llegada. El legendario líder guanebucán “Gran Cacique Boronata” venía ciego porque no quiso utilizar las gafas de protección. Para Leonel Arredondo “Jashirru” (árbol) la distancia de los 5000 metros no correspondía con el tiempo de recorrido. El movimiento de los brazos y las piernas de Alfredo Ortega “Wuimpunuin” (oriente) hablaba de una entrega lenta y desordenada. Desde el principio, los veintitrés lobos marinos en acción habían sido informados de que el clásico de la natación era un juego peligroso y debían estar listos para hacer el máximo sacrificio en cualquier momento. Los novatos fueron víctimas de su propio invento y pagaron las consecuencias con el retiro. Para poder sobrevivir al clásico Guanebucán había que ser inteligente. Cumplidos los 5000 metros de recorrido, el calambre de los dedos de las manos y el cansancio de los brazos y las piernas, así como la dificultad para respirar, les hicieron perder ritmo y venían tragando bocanadas de agua salobre que, además, sabía a barro. Varios nadadores resultaron intoxicados y deshidratados por el agua del mar: Macala Vanegas “Cacique Araura Warè” (amigo del desierto); el “Cacique Caremur” o ‘Cacique Kapurrains’, de gran respeto; Pedro Mindiola “Kalaira” (el tigre); Edgard Ferrucho Jr. “Ishool” (pájaro sangre toro); Milton Muñoz “Wuampirai” (sinsonte), Orlando Robles “Warraitui” (caminante), la “diosa Yosusi”, y a ‘Wuit> Tusu Ka>i Kai’ (sol azul). Al ver esta situación, “Musharé” (águila), “Sukurrulú” y Boris Pinzón “Tarash” (contento) aprovecharon para lanzarse al ataque.

La multitud entusiasta los seguía y aplaudía a todo lo largo del puente del río Ranchería, la orilla de la playa y el muelle. Los atletas pusieron la mira en la punta del muelle. Se sintieron muy contentos de estar en plena acción, dándose a conocer en público. En el lado oeste del muelle fueron víctimas de un encarnizado enjambre de “aguamalas” (medusas), que con sus filamentos urticantes les hicieron ronchas en los rostros, brazos, pechos y piernas. Con el ataque provocado por los pólipos y el frío del cuerpo, la hermandad de los muchachos comenzó a sentir la pérdida de mucho líquido; la temperatura de los cuerpos amenazaba con bajar. Por los comentarios que se hacían todos los días en la tertulia del brindis del café tinto, se sabía que el objetivo en ese momento era el de llegar rápido a la meta, en la enramada Brisas del Mar, al lado del edificio viejo

de la Casa de la Cultura.

A medida que se acercaban, veían que todo el pueblo se había volcado sobre la avenida La Marina para recibirlos como héroes. En un cara a cara, en un codo a codo, en un brazo a brazo y en un cuerpo a cuerpo, Álvaro, Boris y Humberto, en ese orden, arribaron a la playa de Brisas del Mar, bajo una lluvia de aplausos. Al final, brindaron un buen espectáculo. El tiempo del triunfador fue de dos horas y cuarenta y siete minutos. Desorientado, el grupo intermedio llegó diez minutos más tarde. Allí encontraron a “Mushare” (águila), el gran ganador. Tenía el ego inflado porque se dio el honor de destronar al invencible “Tarash”.

Según la cosmovisión de la cultura Guanebucán, los nadadores estaban en la obligación de apreciar y valorar al águila por ser el más fuerte, el más rápido y el más alto. Parecía haber alcanzado la gloria de Filípides, aquel soldado griego que hizo una maratón de 42 kilómetros y 200 metros, desde el campo de batalla hasta Atenas, para llegar a las escalinatas del palacio y decirle en estado de éxtasis al Rey: “Ganamos la batalla”. Todos se sentaron alrededor de una mesa repleta de empanadas de huevo con pescado, chicha de maíz mascao, torrijas de piña y de patilla, guineo maduro, uva, manzana y bolsas de agua helada.

Pesca de recuerdos

El autor evoca una caminata que hizo con su padre por el sendero del río de Oro, rumbo a Chimitá, donde aprendió a pescar con un perol, y los paseos de olla junto al río de Oro, en Girón.

Rafael Antonio Prada Ardila²

Bucaramanga

Mi padre miró a lo lejos el valle del río de Oro y, absorto, dejó escapar estas palabras de su boca: “Esta es la tierra en la que me críe, donde aprendí a trabajar, a nadar, a pescar... lo que sé, lo aprendí aquí”.

Así fue el comienzo de una caminata que hice en mi infancia con mi padre, Luis Enrique, y mi hermano Pablo. Vivíamos en el barrio Santander, en la escarpa³ occidental de Bucaramanga. Un domingo, a mi papá se le antojó que tomáramos un camino que él había recorrido en su infancia y por el cual yo bajaba hasta el río con mis amigos del barrio. Llevábamos una olla y los ingredientes de un sancocho. Del barrio Santander bajamos al barrio Don Bosco y comenzamos el descenso por un camino que parecía sacado de una película de *Indiana Jones*. A nuestra izquierda observábamos el barrio Campohermoso y, a la derecha, un olvidado polvorín militar del barrio La Feria.

“Yo me críe en Chimitá, donde cultivábamos tabaco y yuca. Con mi papá y mi tío Pablo hacíamos caneyes, todos esos caneyes⁴ que usted ve en Chimitá, río de Oro, Llano Grande, Chocoíta, Chocoa, El Pantano... los hicimos nosotros”, contó mi papá. Encontramos la quebrada La Cuyamita y seguimos por la orilla hasta encontrar la vía hacia la desaparecida empresa Forjas de Colombia; la cruzamos y en unos pocos minutos estábamos en la orilla del río de Oro. Mi hermano y yo, sin perder tiempo, nos sumergimos en sus aguas limpias y caudalosas. Mientras tanto, nuestro padre intentaba prender fuego y acomodaba la olla en el fogón. Al cabo de pocos minutos, él también se metió al río. De pronto nos dijo: “Vamos a ver si podemos coger unos pescados para echárselos a l’olla y darle mejor sabor al sancocho”. Llevaba en su mano un perol pequeño manchado del tizne de muchas fogatas con leña y un pedazo de alambre dulce.

Mi hermano y yo nos preguntábamos por qué no llevaba una atarraya o un anzuelo, si se proponía pescar. De pronto, mirando hacia la otra orilla del río, nos dijo: “Vamos para allá”. Al llegar, nos puso a arrumar piedras para hacer una especie de cerca alrededor de una piedra grande. Cuando estaba más o menos alta, nos ordenó sacar agua con el perol, y a medida que el pozo se iba secando empezó a aletear el pescado: había mojarras, lauchas, capitanes, guabinas, choques y hasta un pejesapo grandecito. Los agarraba con la mano y los ensartaba en el alambre. Entonces, comprendimos la razón del perol y el alambre, y admiramos la audacia de nuestro padre para la pesca. En cuestión de veinte minutos agarramos como veinte pescados, entre pequeños y

medianos, y se los echamos al sancocho. Fue un paseo sensacional, corría el año 1975 y el río no estaba contaminado.

Paseos a Girón

Recuerdo que, cuando éramos niños, todo cumpleaños o evento familiar lo celebrábamos en el río de Oro en Girón con un paseo de olla. El 6 de enero, en particular, Girón era música para nuestros oídos, porque madrugábamos a coger un buen puesto en las orillas del río para hacer el sancocho. Sitios como Vadohondo, Careperro, Peñas, el Palenque, el Terrón en Santa Cruz y La Playa, junto al puente Zarando⁵ eran obligados. La trama del sancocho se extendía sobre hojas de plátano: carne de costilla, gallina criolla con huevos por dentro, yuca, papa, apio, zanahoria, ahuyama, berenjena, mazorca, plátano verde, repollo, y cada cual sacaba lo que quería. Eso sí, el ají debía quedar picante. Para comprobarlo, mi papá lo olía: si le bajaba una lágrima, era bueno; de lo contrario, era “señoritero”.

Lo tradicional era que los más jóvenes disfrutáramos del agua mientras los mayores preparaban el sancocho y tomaban aguardientico. Para llegar a Girón tomábamos una buseta que salía del el barrio San Miguel por una carretera destapada. El viaje duraba una hora, luego debíamos caminar otra hora hasta llegar al río. Hoy en día, una buseta gasta diez minutos por una amplia autopista para llegar hasta sus orillas, pero ya nadie quiere ir, pues el olor del río a veces es insoportable y los chulos le dan un aire de muerte al paisaje. Girón, en su casco antiguo, conserva su belleza arquitectónica colonial, pero el río muere lentamente.

Mi papá había nacido en la histórica villa de los Caballeros de San Juan de Girón, como él llamaba a su pueblo: “Así se demore un poquito en decirlo, hay que decirlo completo”, nos decía con orgullo. Creció en la orilla del río de Oro, que nace en el páramo de Santurbán —en un bosque de niebla llamado El Rasgón—, pasa por las veredas Cristales y Las Amarillas, y se desprende cordillera abajo por un cañón hasta llegar a la población de Piedecuesta, donde comienza a contaminarse; sigue por las veredas Palogordo, Chocoíta y Llano Grande, y atraviesa a Girón y las veredas Chimitá y río de Oro. Luego se une al río Suratá, ya totalmente contaminado con las aguas residuales de toda el área metropolitana de Bucaramanga, y forma el río Lebrija, que desemboca en el Magdalena.

La riqueza aurífera de este río hizo que los conquistadores fijaran sus ojos en él para establecerse y explotarlo. Todavía recuerdo que en la casa había una batea —una artesa de madera grande con la que mi papá sacaba oro del río—; pero nunca comprendí por qué ese oro era negro y no dorado como sus arenas. Este río le dio vida a todo el valle y en torno a él se fundaron las poblaciones de Girón, Bucaramanga y Piedecuesta.

Pesca con costal y tabla

A mi papá le encantaba el campo, y en muchas ocasiones íbamos a Llano Grande, a un punto llamado El Zancudo. Cerca de allí vivía un primo, Ernesto Prada, a quien visitábamos siempre que podíamos. Aprovechábamos para ir a “choquiar”, que consiste en agarrar a mano unos pescados pequeños y deliciosos —parecidos a los tiburones—, que se llaman choques y se aferran fuerte debajo de las piedras; entonces rodeábamos la piedra para que no escaparan, metíamos la mano y cuando empezaban a aletear los agarrábamos y los echábamos en un costal de fique o los ensartábamos en un alambre. Cuando volvíamos a la casa con el costal lleno de choques, todos se alegraban, pues su carne es deliciosa. Mi papá decía: “Por culpa de estos caldos su mama parió nueve hijos y todos nacieron sanos y fuertes”.

Cuando empezaba a caer la noche, se llevaba una tabla de madera debajo del brazo, se metía al río y, donde lo veía encajonado, colocaba la tabla en contracorriente y la aseguraba con piedras. Al siguiente día madrugaba y se llevaba un costal grandecito, lo metía en el agua cuidando que no se escaparan los pescados y hacía buenas recogidas. Me decía: “Es que en la noche el pescado se encueva acá entre la tabla y la piedra y por la mañana no es sino sacarlo”.

En otra ocasión, salimos a una pesca nocturna. Íbamos mis hermanos —Luis y Jorge—, mi papá y yo. Llevábamos atarrayas tejidas por mi papá, anzuelos y un buen nailon. Hicimos una fogata. Como a las once de la noche, mis hermanos y mi papá se fueron de pesca y yo me quedé de ranchero. Puse una olleta con agua para tenerles tinto al regreso y empecé a atizar la candela, pero la olleta llevaba más de una hora en el fuego y no hervía. Empecé a asustarme y sentía el ambiente tenso. Era como si alguien me estuviese observando desde la obscuridad, entre los negros arbustos. Como a las doce y media llegaron con el costal vacío; no pescaron ni la carnada. Resulta que vieron una luz brincando en el río: era el pescador, un espanto; cuando sale, hay que desistir de la pesca, pues no se coge nada, decía mi papá. Yo le conté mis temores y me respondió que era por el pescador. Entonces, con mucha solemnidad rezó la candela, la santiguó y en cuestión de cinco minutos el agua empezó a hervir y el ambiente se distendió. Misterios de la naturaleza...

Pesca con machete

A veces tomábamos el tren que salía de la estación de café Madrid, en el norte de Bucaramanga, y nos apeábamos en Vanegas o Chuspas, que eran dos buenos sitios para la pesca en el Río Lebrija. Recuerdo que mi papá lanzaba la atarraya con destreza, mientras que yo prefería lanzar el anzuelo y esperar silenciosamente. Casi siempre volvíamos a la casa con bastante pescado, pero cuando la suerte no nos acompañaba, mi papá lo compraba para no llegar con las manos vacías. Cuando bajábamos al Sogamoso, mi papá también pescaba con machete; se acercaba con sigilo a la orilla del río y, con una caperuza, una especie de lámpara de gasolina, lo iluminaba; algunos peces

dormían pegados a la orilla. Al sentir la luz quedaban enceguecidos y de un certero machetazo los aturdí o mataba y ¡al costal! La emoción era grande y en la casa todos esperaban con mucha expectativa su contenido.

Mi padre era un hombre muy recursivo para la pesca, pues había aprendido desde que era niño, con sus mayores, en las faenas por el río de Oro. Hoy, él ya no está, cumplió el ciclo terrenal que todos debemos cumplir. Tampoco hay pescado en el río, porque ya no puede sobrevivir en medio de la podredumbre. No puedo poner en práctica lo que aprendí a su lado, y eso a veces me entristece.

El diluvio que casi inunda a Bello

La lluvia puede ser culpable de tragedias como la que ocurrió en el municipio de Bello, Antioquia en 2005. Cinco historias unidas por la tormenta.

Adrián Atehortúa⁶

Medellín

Como un árbol lacerado por la lluvia, pero todavía en pie, Amanda Macías esperó sobre la hierba empapada, a ver si su casa, a unos cuantos pasos de ella, se derrumbaba en medio de la tormenta. Era el sexto día de octubre y, sin embargo, parecía julio, tal vez enero: por la mañana, estos campos eran otros, frescos, suaves, y las montañas de la vereda El Salado, en el municipio de Bello, al norte de Medellín, vibraban con todos los tonos de verde.

Luego, el sol se esfumó en un soplo de nubes. Más tarde, comenzó a llover. Una y otra y otra vez, con breves entreactos de brizna. La lluvia se hizo más y más incontenible y, ya en la noche, era un manto denso, que se lanzaba con furia sobre estas tierras, cubriendo todo lo que la vista puede abarcar.

En medio del aguacero estaba la casa de Amanda Macías, apartada del resto de las casas, en un rincón del campo, donde la familia se disponía a dormir. Ramiro, su esposo, leía la biblia y rezaba. Sus oraciones eran ahogadas por las gotas que se estrellaban como pequeños misiles en el techo e inundaban la oscuridad con una atronadora sinfonía. Cuando el tono ensordecedor del golpeteo invernal parecía insuperable, a eso de las siete y media, algo estalló afuera. Las paredes del hogar resonaron bajo la rapidez y el azote de un latigazo sobrenatural e hicieron que todo lo que estaba adentro retumbara por un instante.

Amanda Macías salió de la cama de un solo movimiento y empezó a buscar a los suyos por toda la casa. Tomó a sus hijos, a su esposo y su biblia, huyeron del hogar y, no teniendo dónde más, se quedaron a merced de la lluvia en un terreno baldío que también es un precipicio, a unos pasos de la casa. Desde ahí contemplaron la sevicia: a las orillas de su finca, un torrente blanco, resplandeciente, se abría paso entre las montañas, corriente abajo, desgarrando a su paso fugaz todo lo que conocían cada vez que echaban un vistazo al horizonte frente a su puerta.

Era la quebrada El Barro que había echado a correr las aguas más crueles de su cauce y provocó la tragedia más lamentada de 2005 en Colombia. Apenas comenzaba el invierno y, ahora sí, parecía octubre y el fin del municipio de Bello. Amanda Macías y su familia esperaron a ver si la casa también se iba con la avalancha o se derrumbaba con los temblores. Rezaban tiritando. Escampó a las nueve de la noche.

Cada año, de marzo a junio y de octubre a noviembre, bien lo saben en Colombia, es tiempo de lluvias. Por eso, desde siempre, cuando llueve en Bello, el municipio más grande del país, situado en el Valle de Aburrá, la quebrada La García se convierte en una marejada furiosa. El resto del año es un hilo de agua mansa que nace en la serranía de Las Baldías, un subpáramo que también es estrella fluvial, en el que nacen otras cinco quebradas, las cuales recorren el municipio en todas las direcciones.

La García se extiende por catorce kilómetros de campo y ciudad, y es alimentada por un sinnúmero de otras quebradas y riachuelos, entre ellos la quebrada El Barro; pasa de un brillo límpido en su nacimiento hasta convertirse en una corriente putrefacta que desemboca en el río Medellín. A sus orillas han nacido algunos de los barrios más tradicionales de Bello, como El Trapiche, La Cumbre, El Congolo, El Cairo y, sobre todo, la empresa que encarnó la industrialización del siglo XX en estas tierras: la fábrica de hilados y tejidos El Hato.

Fabricato, como se le conoce comúnmente, comenzó labores en 1923 y es uno de los motores de la industria textil nacional y un eje existencial, ahora apaciguado, de la vida de Bello. Su progreso tuvo un paso de animal grande en 1951, cuando la empresa, en una demostración de magnanimidad, extendió su fuerte brazo industrial, lo posó sobre el cauce de La García a la altura del corregimiento de San Félix y, apretándolo, construyó en un santiamén la represa de Fabricato, una minicuenca encaramada en las cumbres desde las que se ve el municipio como una maqueta y que desde entonces ha surtido a su maquinaria de seis mil kilovatios por hora.

Fue un motivo de orgullo para este pueblo que ya tenía y quería rasgos de ciudad. Vinieron turistas, periódicos y curiosos, el país se enteró de la hazaña y rindieron los debidos homenajes a sus creadores. Pero tan rápido como se construyó, así de ligera fue su fama, y ya para la siguiente década era un charco más de Colombia. Excepto para los bellanitas. Con su llegada, se sedimentó una huella en el imaginario del pueblo que, poco a poco, se convirtió en una suerte de leyenda: la represa, algún día, en medio del invierno, se desbordaría y se llevaría por delante a Bello, ahogándolo todo.

El jueves 6 de octubre de 2005, por fin, empezó a llover como cada octubre. Cuando escampó, un jeep Suzuki Samurai azul, desprevenido, entraba a Bello desde Medellín por la Autopista Norte. A través del parabrisas nublado, Clara Isabel Vélez, la conductora que iba para su casa, solo vio la calle mojada y vacía, y nada más. Después, en el parque principal, vio la iglesia, la plaza despejada, el semáforo en rojo, y nada más. Luego, mientras esperaba, pudo ver algo. Surgidos de la nada, una ola de cuerpos corría en su contra, con bolsas de plástico y cajas en las manos. “Se me vinieron encima y empezaron a golpear el carro. Parecía la noche de los muertos vivientes. Una señora se

pegó a mi ventana y me dijo: ‘Sáquenlos de aquí que nos vamos a morir todos’. Y ahí me di cuenta de que a esa hora yo era la única que estaba entrando al parque, no había visto ni un carro en todo el recorrido, ni un policía... nada”, recuerda.

Horas antes, La García se había convertido, de nuevo, en una marejada furiosa. Pero esta vez, el agua llegó hasta las puertas de las casas, y por donde se mirara, las cosas empezaban a flotar. Luego, en algunos barrios, se fue la luz y los celulares se quedaron sin señal. Entonces, sin tener explicación de lo que pasaba, la gente no había dudado en huir con lo primero que encontró a la mano en medio del aguacero y, mientras se iban, pregonaban las palabras no escritas de la trágica premonición: se vino la represa.

Clara Isabel llegó hasta su casa y buscó a su mamá. La encontró bien. Llamó a un amigo suyo de la Cruz Roja y le preguntó qué hacer, si huir o quedarse. Le dijeron que era mejor prevenir. Entonces, serena, buscó la mejor manera de convencer a su mamá de irse de la casa que había construido hacía tanto tiempo. Empacó algo de ropa. Llevó a su madre hasta la puerta de la casa. Sus vecinos esperaban afuera. Le pidieron que, por favor, los llevara con ella hasta donde estuvieran a salvo. Cerraron casas, subieron todos al carro y emprendieron la marcha.

Cae la tarde sobre la inspección de Policía de Machado, una casona al nororiente de Bello. En la cocina, Jaime Hernández pone una olla con agua para dos tintos sobre un fogón. Es el secretario de la inspección y hace 27 años está en la Policía. En 2005 prestaba servicio en la Inspección de Permanencia, la única que trabaja las 24 horas en el municipio, y que se encarga especialmente del levantamiento de cuerpos en cualquier circunstancia. “El día después del aguacero, llegué a las seis de la mañana al trabajo y vi a los compañeros a los que les recibía el turno todos llenos de pantano. Nada más me dijeron que me fuera para El Trapiche”.

A esa hora, Jaime sabía lo que cualquiera en Bello sabía hasta el momento: nada. O casi nada. Los periódicos no publicaron noticias hasta dos días después y en la radio y la televisión, dicen, reinó la confusión. Con el amanecer apenas se sabían dos cosas: la primera, que la quebrada El Barro había aumentado como nunca el nivel de su cauce con el aguacero y, sumándose a la creciente de La García, era la causante de estragos sin calcular en doce barrios del municipio, en especial en la vereda El Salado, donde el saldo era mortal. La segunda, que la represa de Fabricato en ningún momento se desbordó y había amanecido intacta.

De acuerdo con cifras oficiales actuales del Comité Local para la Atención y Prevención de Desastres de Bello (Clopap), se sabe que ese día llovió como no había llovido en más de cincuenta años y 250 000 personas huyeron esa noche de Bello en todas las direcciones, hacia cualquier parte, lejos: el éxodo más grande registrado en la historia de Colombia. Las estaciones Niquía y

Bello del metro colapsaron con cientos de personas que querían irse en esos vagones a como diera lugar, pero en cuanto llegaron, el personal del sistema de transporte detuvo su servicio y cerró sus puertas. Sin embargo, la gente pegada a las rejas se quedó ahí, esperando. Otros cientos que no tenían cómo huir más rápido escalaron las cumbres de los barrios, en especial una famosa meseta que en agosto es visitada para elevar cientos de cometas y que se ve desde cualquier parte del municipio.

Y también estaban los muertos. Cuando Jaime llegó al barrio El Trapiche, un terreno llano y verde fue tapizado por enormes pliegos de plástico negro donde las unidades de rescate improvisaron una morgue a orillas de La García. Poco a poco traían a los cuerpos que se iban encontrando a lo largo del rastro de la avalancha y la gente —la que quedaba— se agolpaba detrás de una cinta frágil y amarilla con el letrero “PRECAUCIÓN”. Desde ahí esperaban a que algún policía anunciara una descripción que coincidiera con la de algún familiar desaparecido.

“Yo ya estaba acostumbrado a levantar muertos. Pero es que ese día fue duro: todo ese barro hasta la cintura y todas esas mamás y todos esos niños. Y uno ahí se va acordando de la mamá, de los hijos ¿vos tenés hijos? Te imaginás todo eso. Pero yo tenía que hacer el trabajo. Entonces ya, como si nada, empecé con un cuerpo y luego otro —y se lleva un cuerpo y otro, imaginarios, al hombro— y a seguir para ver qué más se encontraba”, dice Jaime mientras el agua hierve en el fogón.

Según las cifras oficiales, hubo cuarenta y dos muertos y once viviendas destruidas. Pero Jaime Hernández cree que fueron más porque hubo gente que no apareció ni en el lodo ni en la tierra. “A una muchacha la encontraron en el río Medellín, a la altura de Barbosa”, dice y vierte el agua humeante desde la olla y contempla su caída. Entonces, añade: “El poder del agua. Qué cosa más brava... ¿es que en Barbosa, eso es muy lejos! Todo lo que se arrastró. Si lo ves no lo creés... ¿Azúcar?”

Una cuenca pequeña —tal vez quince o veinte kilómetros— y un aguacero inusual. Eso es lo que se necesita, básicamente, para que se produzca una avenida torrencial, término que se emplea en geología para nombrar a lo que mundanamente se conoce como una avalancha. En su impacto, una avenida torrencial mueve masas y bloques de proporciones titánicas, que son piedras de ciento veinte o ciento treinta metros cúbicos, empujadas a cincuenta kilómetros por hora. Todo eso, lo más que se pueda, durante quince minutos.

El territorio y el clima del Valle de Aburrá son propicios para que, cada tanto, haya avenidas torrenciales. La última de la que se supo, antes de la de El Barro, fue la que ocasionó algunos estragos en la quebrada Ayurá, al sur del valle, en 1988. Diez años después, las municipalidades en Colombia comenzaron a asumir la realización de sus propios Planes de Ordenamiento Territorial

(POT). Desde entonces, en el POT de Bello, la parte del mapa que corresponde al cauce de El Barro ha estado subrayada, indicando que siempre ha sido zona de riesgo. Sin embargo, nadie —ni antes, ni después del 2005— hizo nada. Después de la avenida torrencial, se comparó la huella de lodo resplandeciente que quedó con los cálculos en el POT: coincidieron en más de un noventa por ciento.

Para llegar hasta la mancha, donde ahora hay un camposanto, se cruza la vereda El Salado, un puñado de casas que rodean una piscina, una larga pesebrera, un matadero de marranos y una planta donde se procesa arena que se extrae de la quebrada El Barro. Para llegar a El Salado se toma una carretera recién pavimentada, de dos carriles, señalizada, por la que solo pasan carros y volquetas que van para la piscina, la pesebrera, el matadero o las areneras. Para entrar o salir de la vereda no hay transporte público y los habitantes tienen cuatro opciones: tener una moto, tener un conocido que tenga moto, viajar en taxi que cobra siete mil pesos hasta el parque principal del municipio y que pasa muy esporádicamente o caminar carretera abajo hasta llegar a la parte urbana.

A la entrada de El Salado, está la casa estrecha y fría que, un año después de la tragedia, el cura de la vereda le regaló a Fabiola Torres, una mujer que se salvó de la avalancha porque salió a buscar sal y panela para la comida en medio del aguacero. Fabiola tiene cincuenta y tres años, la voz de Helenita Vargas, un perro que recogió de la calle, un trabajo como recicladora, problemas en la columna, las manos y la pierna derecha. Y vive sola. De lo que tuvo antes no queda rastro y de todo lo que excavó del lodo, solo recuperó una caja de cartón con la ropa de su cuñado, a la que no le entró ni agua.

—Ellos no aparecieron. Donde estaba la casa pusieron unas cruces, pero eso es un símbolo, porque los cuerpos yo no los vi.

—Y ¿vas al camposanto?

—Hace rato no voy. Mi hermana tenía una parcelita por ahí, y al tiempo yo empecé a sembrarle cositas: cafecito, plátano... pero la gente me decía que no, que eso había que dejarlo limpiecito... para ver que ellos ni siquiera están ahí. Al camposanto se llega después de caminar quince minutos por una trocha espesa y empinada. Es un asentamiento borrascoso en el que cada tanto ruge el viento y crujen las montañas. Ya no hay lodo. Ahora, reposa un nido de piedras gigantescas coronadas por cruces, y en las cruces hay nombres y apellidos. Bajo el lodo, en alguna parte, quedaron los dueños de esos nombres y apellidos y sus casas.

Desde cualquier punto de El Salado se escucha la muerte de los cerdos en el matadero, y en una

esquina donde hay una tienda está Yeison, un niño de siete años que lleva botas pantaneras y tiene la piel como arena. “Venga por aquí”, dice. Se mete por un callejón hasta salir a la quebrada El Barro. Mientras camina, señala unas piedras amontonadas en la orilla, cada una del tamaño de una casa o una buseta:

—Todo esto se lo trajo la quebrada desde por allá arriba. Por aquí y por allá abajo había dos niños negritos muertos. Imagínese.

—Pero, vos eras muy pequeño cuando eso pasó.

—Sí, pero yo sé. Mi papá los encontró. Él me contó.

Detrás de las piedras hay un puente que no estaba antes de la avalancha, y que costó cien millones de pesos, según la administración municipal. Cuando llega a la entrada, Yeison dice “vea, por ahí”, y luego se va con otros niños. Cruzando el puente está la casa de Amanda Macías. Reposa en lo alto de una pequeña colina, a la que se llega por una caminito curvilíneo y empedrado. Amanda, su esposo, dos de sus hijos y uno de sus nietos pasan cinco días a la semana acá, trabajando como mayordomos, y los demás van a su rancho, montaña arriba.

La noche del 6 de octubre, de pie, como un árbol lacerado por la lluvia, Amanda Macías esperó sobre la hierba empapada, a ver si su casa, a unos cuantos pasos de ella, se derrumbaba en medio de la tormenta. Ella y su familia rezaron tiritando. De todas las casas que había a lo largo del cauce de la quebrada El Barro, esta fue la única que quedó en pie y solo se inundó un poco.

La quebrada rodea la colina donde está la casa. Suave y brillante como papel celofán, pasa por el occidente. A ese lado, han venido integrantes de la iglesia cristiana a la que asiste Amanda, para hacer sus representaciones del bautizo. Y salen limpios. Luego, se ensucian con el lodo y los desechos de la quebrada que por el norte pasa hedionda y grumosa, como una cloaca.

Allí, elevándose sobre la quebrada, está la planta de procesamiento de arena, que como el puente, tampoco estaba antes de la avalancha. En vez de eso, había otro montón de piedras entre las que se encontraron otros cadáveres, y por eso se había declarado camposanto.

El puente se construyó en reemplazo de un camino que la avalancha se llevó, y que comunicaba la casa de Amanda con el resto de El Salado. Durante dos años solo estuvo un camino improvisado hecho de madera por los mismos habitantes. Un día, una mujer se cayó del camino cuando se rompió una de las tablas y se fracturó una pierna. Entonces, cansada de la situación, Amanda se unió a la Junta de Acción Comunal de El Salado y hoy es su principal representante.

El puente lo terminaron de hacer en febrero de 2007. Pero a Amanda le quedó gustando lo de la Junta de Acción Comunal y hoy va de puerta en puerta vendiendo arepas, que es en lo que trabaja,

y recogiendo firmas para que les instalen un acueducto, o les rebajen los servicios públicos, o programen el transporte público hasta la vereda, o intervengan la quebrada El Barro. La quebrada sigue igual. Tres años atrás, se hicieron estudios en la vereda para instalar un sistema de alarmas que previniera otra avalancha, pero no se terminaron.

—Y ¿qué pensás cuando llueve?

—Nada. Yo ya soy más relajada, yo duermo muy tranquila. Al otro día me doy cuenta si llovió porque veo el patio mojado. Porque, mire, de la suerte y de la muerte no se escapa nadie. Dijeron que la quebrada se vino por los sedimentos de allá arriba de las areneras, pero yo no creo eso.

—Entonces ¿qué crees?

—Eso fue mi Dios. Ese día la quebrada estaba mansita, mansita... y además, es que una cosa de esas, así, tan horrible...

La mirada de Amanda sale del lado claro de la quebrada y sube por los campos hasta la casa y hace un paneo que contempla sus dominios. Y, entonces, con un suspiro, añade: "...eso solo pudo ser una cosa de Él".

La piscina de Quilichao

La piscina de Quilichao ha sobrevivido al paso del tiempo. El cronista describe este encantador lugar que ha reunido a las familias desde su nacimiento.

Nadie se baña dos veces en el mismo río

Heráclito

Leandro Felipe Solarte Nates⁷

Popayán



La piscina de Quilichao

Los lugares felices que, como garrapatas, se fijan en nuestra memoria son los de la infancia y uno de los que permanecen en mis recuerdos es la piscina pública de Santander de Quilichao, que no ha cedido a la acción destructora del hombre, el tiempo y la urbanización creciente. Perdura en el parque Bolívar, donde es sitio de refresco, encuentro y distracción para numerosos niños, jóvenes y adultos de todas las condiciones sociales, que este año 2012, volvieron a aliviar los ardores del

prolongado verano en las aguas represadas del cauce del río Quilichao, mientras juegan, conversan y hacen cabriolas en el aire, antes de caer y chapotear en el agua verdosa oscura.

Como casi todas las mañanas y tardes, alrededor de una banca del parque están reunidas varias personas: la mayoría bordea los setenta años. Conversan animadamente resguardados por la frescura del gigantesco samán.

—Quilichagüeño⁸ que se respete aprendió a nadar en la piscina —dice Javier Rebolledo, un sexagenario jubilado, que todas las mañanas se sienta con sus amigos casi contemporáneos a refrescar tiempos idos.

—Uno empezaba desde niño, en el charco de los saltos de Otón y poco a poco con “nadaito de perro” se iba acercando a la “grande”, que en esa época tenía como cuatro metros en la parte más profunda, al lado de las cascadas de desagüe y de las compuertas —agrega.

—En esa época, por allá en los años cuarenta y cincuenta, se acostumbraba mucho irse a veranear y cuando los muchachos salíamos de vacaciones, las familias enteras se iban para las fincas, y, si uno no tenía propiedad, de pronto lo invitaba algún compañero de curso.

—Recuerdo que también llegaban al pueblo, donde sus parientes o amigos, gentes de Cali, Popayán, pueblos vecinos, Palmira, Bogotá...en fin esto se llenaba y los hoteles Central y Astral no daban abasto, y fuera de los paseos a San Pedro, Vilachi, Dominguito y Quinamayo, a bañarse y preparar sancochos de gallina, la diversión de los que nos quedábamos en el pueblo era irnos a la piscina a meternos al agua, mañana y tarde, y a veces hasta de noche, y además de nadar y recochar, nos dedicábamos a mirar las peladas, en ese entonces mocitas, de quince, dieciséis años, con esas téticas creciéndoles y con unos cuerpos que nos ponían a chorrear babas, agrega don Javier con un gesto de rechupete revuelto con nostalgia.

—Y es que la piscina municipal de Santander de Quilichao es uno de los sitios más democráticos del país, pues en ella se baña todo el que quiera sin pagar y en ella se comparten hasta los microbios y los orines, sin que nadie se enferme de nada —afirma con guasonería don Eduardo Molina, terciando en la conversación que sostenemos sentados en una banca del parque Bolívar. Nos cubre la sombra de casi una manzana de superficie que nos brinda el samán más grande de Colombia, sembrado hace más de un siglo, al oriente de la piscina, al norte de la quinta de los Medina, anclada como un viejo barco y al sur de la fachada del Colegio Instituto Técnico, que de técnico no tiene nada, pues sus programas son de bachillerato clásico y es el más antiguo de Quilichao, con cien años de fundado, cumplidos en 2013.

—En la piscina aprendía a nadar todo el mundo, quisiera o no quisiera —interviene don Ramón Méndez, un septuagenario que hasta hace poco era un maestro de obra muy acreditado.

—Me acuerdo que a “Caliche”, un amigo que era gato pa’l agua y solo se metía en las partes más bajitas, en “los chorros”, una vez que estaba parado al borde de la “grande”, lo empujé... je je je... Eso empezó a agitar las manos en el aire, a gritar abriendo esa jeta que la tenía bien grande y a hundirse hasta que nos tocó tirarnos a sacarlo entre varios y ponerlo boca abajo para que le saliera el agua, pero al fin aprendió, porque después le explicamos que así fuera con “nadaíto de perro”, había salido solo, sin dejarse dominar por el miedo. A otros miedosos al agua los agarrábamos y entre dos los cogíamos de piernas y manos, columpiándolos en el aire, antes de soltarlos a la piscina. (...) Uno viendo a los que sabían bracear impulsándose con las piernas, trataba de imitarlos hasta que, de tanto practicar mañanas y tardes, al fin aprendía. Yo llegué a bracearme sin parar hasta cincuenta piscinas de casi treinta metros de largo, claro que tenía dieciséis, diecisiete años, con toda la energía de la juventud... También recuerdo que había unos verracos para aguantar resuello y se hacían dos y tres piscinas debajo del agua, sin parar, como “Maciste” — termina don Ramón.

—Existían dos trampolines, uno más alto, y ahí nos encaramábamos a clavar y a hacer “vueltacanelas” y otras figuras en el aire, para impresionar a las muchachas que se acostaban a los lados a broncearse —tercia don Anselmo Torres, un jubilado secretario de un juzgado.

—¿Se acuerdan en qué año fue construida? —preguntó.

—Que yo sepa, por allá en 1936 o 1937, cuando estuvo de alcalde Otón Sánchez, un *popayanejo* muy famoso, hijo de un general que peleó en la guerra de los Mil Días. Don Otón fue un carguero veterano de uno de los pasos más pesados de la Semana Santa de Popayán y recibió la Alcayata de oro, por cumplir cincuenta años de carguío —interviene don Humberto Rivas, profesor de historia, también jubilado.

—Don Otón se enamoró de este pueblo y, partiendo de la experiencia de una piscina parecida que hay en Popayán, tomando las aguas de una quebrada, la aplicó en Santander —agrega Rivas.

—Tuvieron que desviar las aguas del río, para poder hacer la piscina, como hacen los tanques del acueducto, con concreto fuerte y con ruedas, para abrir y cerrar las compuertas —cuenta el maestro de obra.

Esa piscina hace años la convirtieron en un teatrino: construyeron graderías y el escenario donde estaba el tanque. La fuente de soda y restaurante los volvieron un bailadero que después cerraron, por las quejas de los vecinos, y a un lado del cerro el ‘Morro’, donde está la estatua de Belalcázar, construyeron “El Pueblito patojo”, con réplicas del puente del Humilladero, la Torre del Reloj, la Ermita y otros sitios de Popayán, y allí dispusieron ventas de artesanías y comidas típicas.

—Ya que habla de bailadero, recuerdo que donde hoy está la casa del “cabezón Navia” funcionó

una caseta, que se llenaba los domingos de gente que tomaba aguardiente y cerveza y los que se bañaban también se metían a bailar en vestido de baño —agrega Elías Mezu, el lustrabotas que termina de brillarle los zapatos al profesor. —Recuerdo que se armaban unas zambapalos, en las que llovían botellas y asientos y más de uno por salvarse de la garrotera templaba en el agua.

—Entonces estaban de moda la Sonora Matancera, Los Matamoros, el Trío de la Rosa, Los Guaracheros de Oriente, Joe Quijano, Cortijo y su Combo, La Billo, Los Melódicos, Pastor López, Lucho Bermúdez, Pacho Galán, Los Corraleros del Majagual —interviene don Ricardo Mosquera, el coleccionista de viejos acetatos.

—En los alrededores vendían cremas, raspados... instalaban toldas para fritar empanadas, hojaldras, masitas, bofe, rellena y también gaseosas, cerveza, champús y masato —dice don José Mejía, un carnicero retirado.

Interrumpo para recordar que en las épocas de “cosecha de cucarachas de agua”, la piscina se llenaba de estos insectos, como cuatro veces más grandes que una cucaracha grande de tierra, aunque yo no supe si en realidad lo eran, pero la gente las conocía por ese nombre. Cuando uno las sacaba del agua, se veían aplastadas como las cucarachas y tenían una costra dura de color entre café y verde. Parecían inofensivas porque no me acuerdo de que hubieran picado a alguien, pero llegaban por temporadas, como langostas, y cubrían la piscina, o como las chicharras, que en verano llenaban los árboles y el aire con sus pitidos y orines, o como los cucarrones negros que llegaban por miles y casi pavimentaban las calles y andenes, sobre todo donde había bombillos.

—Al otro día dejaban un olor a podrido, pues la mayoría se morían —recuerda don Luis Medina, quien fue barrendero del municipio.

—Hacía años que no la llenaban, pero vean, este año, cómo se la pasa repleta de muchachos y muchachas, ahora que están en vacaciones del colegio y con el verano alborotado y eso que apenas vamos en junio... Muy bueno que naden y jueguen, así se olvidan de la vagancia y la droga —dice don Ramón.

—Estuvo vacía un poco de años y en las crecientes del río se llena de piedras, arena y barro y, para que vean, es una de las principales fuentes de materiales para el municipio, pues, cuando meten el buldózer para limpiarla, sacan volquetadas de piedra y arena que sirven para afirmar las carreteras veredales —agrega el maestro de obra.

Ya empieza a declinar la tarde. Los contertulios dan señas de querer irse a sus casas. De pronto aparece Margarita González, la poeta y trabajadora social que hace 12 años debió irse de Quilichao al Canadá, refugiada con su esposo e hijos después de ser amenazados por los paramilitares del Bloque Calima. Ha regresado de visita temporal, llamada por la nostalgia y la tristeza de no haber

estado en el funeral de su hermano Guillermo nien el de su padre. Nos saluda con amabilidad. Evoca la piscina que conoció de labios de su padre, Ricardo González Quijano, cuando el expresidente de la república, Guillermo León Valencia, fue multado por la señorita Limbania Velasco por traer a bañar en la piscina recién limpiada a la jauría de sus perros de caza después de una intensa jornada persiguiendo los escasos venados que sobrevivían en el remanente de bosque del cerro Munchique y sus alrededores, por donde hoy anda la guerrilla. En ese entonces, la señorita Limbania Velasco, ferviente liberal seguidora de Carlos Lleras, y después de Luis Carlos Galán, había dejado temporalmente la labor de maestra de escuela primaria, que desempeñó durante más de cincuenta años, y fue nombrada como alcaldesa del municipio.

El operario de las tres compuertas mueve las ruedas, para abrirlas y vaciar la piscina. Mañana estará a las seis de la mañana para cerrarlas y volver a llenarla, y de nuevo cobrará vida. “La piscina”, que en toda su extensión tiene forma de bumerang de aproximadamente ciento cincuenta metros, dispone, al oriente, del charco de los “chorros”, donde se bañan y juegan los niños, y al norte, la sección honda, donde nadan los mayores. Afuera, al lado de la piscina, está el parque de juegos infantiles, que en las vacaciones escolares se llena de niños.

Cuando me despido de mis contertulios siento un golpe húmedo rozándome la nariz. Me toco y miro:

—¡Mierda!, me cagó un pájaro. ¿Será buena o mala suerte?

Yaku Pacha⁹ (mundo acuático)

En el pasado, la minga de pensamiento se hacía dialogando con los mayores. Hoy, el autor recupera de sus taitas y mamas el simbolismo del agua para escribir este relato.

Aldemar Ruano¹⁰

Ipiales

“Para mí es muy simbólica el agua, sobre todo en los rituales”, manifiesta el taita Víctor Cuspad. Gracias a esa celebración, la etnia de los pastos preserva el simbolismo del agua.

Es ancestral la forma como preparamos el champús¹¹: lo cocinamos por largo tiempo empleando el agua de nuestras fuentes hídricas, lo dejamos fermentar hasta que dé punto y luego le echamos el dulce. Lo mismo hacemos con la chicha, bebida sagrada en la comunidad de Colimba, de donde yo soy originario; allí la preparamos de diferentes formas y le damos diferentes usos. Primero se cocina el maíz molido —también se puede emplear la avena tostada por unas cuatro o cinco horas—, luego se cierne y se comienza a hacer el proceso de aventado¹², en el cual debe intervenir una sola persona para que la bebida no se dañe o, como decía mi abuela Bertila Cuayal Guacha: “Pa’que luego no se nos vuelva babosa”. Luego de enfriarla, se le agrega el dulce o panela, ojalá con el látigo¹³.

También se emplea el agua cuando preparamos un tradicional producto andino como el chocho, que se tiene que dejar desaguar por varios días en agua corriente y, si es posible, en una chorrera, para que el golpe del agua se lleve el sabor amargo. Esto se logra poniendo el chocho en una canasta o chinde¹⁴, luego se muele y se hace el queso.

Usos sagrados y medicinales del agua

Entre las creencias que conservamos los de Pasto podemos rescatar el viaje chamánico que realizaba el taita Juan Chiles en la laguna de Cumbal o Laguna Verde del volcán Azufral (conocido como Chaitan). Este viaje lo hacía transformándose en tigre-puma o en culebra-Amaru, según él miraba la conveniencia; en la actualidad muchos de nuestros chamanes emplean estos espejos “lagunares” para viajar a otras partes.

Cuando una persona está enferma de la espalda y la cintura es porque le duelen los riñones, y para ello es bueno coger cola de caballo, china¹⁵ y bastante arrayán¹⁶, o sea, los frutos o Muyukuna; se pone a hervir esta agua y se toma tibia, con hartito limón, por un novenario. “Ojalá bien tibia, y tomarla enfriando, enfriando, para que le haga bueno”, decía mama Helena Naranjo, ya fallecida, médica tradicional de la comunidad.

A mi exalumno, amigo y médico indígena Ermel Vladimir Ipaz Chamorro, le digo: “Cuando un guagua¹⁷, por estar jugando, se echa ají o uchú a los ojos, tomamos algo de lana de oveja y lo calentamos, luego se lo limpia y se le quita, de una. Tú como profesional, ¿qué haces? Él me respondió: “Desde lo práctico, como indígena y profesional, pongo a hervir bastante manzanilla y con esta agua lavo los ojos, porque es un anti-inflamatorio”.

En mis tiempos el agua también servía para curar los nervios. Mi abuela Bertila decía: “Es bueno coger al guagua y madrugarlo a bañar a eso de las tres o cuatro de la mañana porque este agua le quita los nervios, sobre todo si es en una chorrera o con un mate grande, con un buen baño de ortigas”.

Mi mamá me enseñaba que cuando las mujeres están próximas a dar a luz y si se encuentran “pasadas de frío”¹⁸, es bueno tibar agua con canela, ruda y tabaco, chamuscar unas tres tusas y darle de tomar de esa agua para que no sienta el dolor, que puede ser muy fuerte. Y lo mismo se recomienda al nacer el niño: se debe de preparar un aguamanil con agua tibia, un poco de canela y bastante manzanilla para que el niño no se pase de frío.

Por lo general, los recién nacidos son muy flojos o débiles para sacarlos cargados y andar de día, y peor en la noche, ya que tienen corazón de cuy, por nada se asustan o espantan y para ello es bueno coger tres piedras verdes lisas del río, cocinarlas y darle a tomar al niño esa bebida. “Santo remedio”, decía mi tía abuela Aura Cuayal Guacha.

Recuerdo que a mi hermana Chava y a mí nos dolía mucho el oído y mi prima Rosario Gualpas Pastas le decía a mi mamá Luisa que nos echara agua de sigse, que era una planta cuyos tallos maduros servían para hilar la lana, o de soporte para hacer las cometas. Además, recomendaba: “Si no les hace bueno el agüita de sigse, coja y caliente el cuchillo, hágale chorrear el agua y que caiga en el oído, y santo remedio”.

Pronósticos de tiempo

Entre las creencias ancestrales que guardamos los indígenas de la comunidad de Colimba está la de asumir que cuando suben las nubes de Piedrancha hacia el valle de Guachucal va a llover o es sinónimo de invierno; y ocurre lo contrario cuando las nubes de la planada de Guachucal bajan para Piedrancha o el Guaico: es sinónimo de verano. A estas nubes, que nosotros vemos en nuestro territorio y que traen el agua, las llamamos las “guaraperas”, y los de otra zona —como en el caso de Sapuyes, Túquerres o Pupiales— las llaman las ‘colimbas’. Dice taita Heriberto Guacialpud, integrante del consejo mayor de la comunidad.

También cuando era guagua, para saber si iba a llover, miraba el color de las nubes, dentro de la dualidad del color. Taita Benito Chalakamak dice: “Eso es fácil para saber si va a llover. Cuando las

nubes se ponen de color negro u oscuro, es fijo que llueve; pero si están de color claro, es que va a haber un buen tiempo”.

Siguiendo con este recorrido de “fuentes”, dice doña Amparo Muñoz en relación con nuestro taita Apuk Urku o cerro jefe: “Los de Colimba tenemos un dicho cuando miramos nuestro cerro nublado en la cabeza o copete cuando va a llover: decimos que ‘es morro nublado Colimba mojado”’.

Existe una creencia en relación con unas aves predictivas como las golondrinas, que avisan la lluvia, como lo plantea mi taita Antonio Ruano Cuayal: “Estos animales son tan sabios, que cuando uno anda por ahí y se los ve volar en grupo, es porque ya viene el agua y toca llegar rápido a la casa”.

Purificación

De acuerdo con nuestros usos y costumbres cuando tenemos guaguas próximos a cumplir el primer año, los llevamos a bañarse cerca de las aguas termales del vocal Azufra, y lo más seguro es que en la tarde o como mucho al otro día salgan corriendo o caminando. Y cuando los guaguas son molestos o groseros, es bueno purificarlos con un baño de agua fría dándoles de lejo a lejo¹⁹ una ortigada.

Mi abuela Carmela me enseñaba que para que a uno, tanto hombre como mujer, no le “críe” caspa, era bueno juntar la ceniza que quedaba en el fogón y echarle agua; esa mezcla se ponía a escurrir en una olla con huecos en el fondo y por lo general caía agua amarilla, entre clara y oscura (conocida como lejía), que servía para bañarse la cabeza.

Dicen los médicos tradicionales que para curarse de los enemigos que uno tiene y que no le hagan daño, es bueno colocar detrás de la puerta un aguamanil con agua.

El pacto con el diablo

Según nuestros mayores, todo Guachucal era un gran lago y desapareció debido a que unos extranjeros profanaron el templo de Iboag²⁰, quien levantó su chonta²¹, y parte de estas aguas se vaciaron por el Kualicasan y parte se desviaron hacia Tumaco. Como muestra de ello tenemos huellas u “ojos”, como son las lagunas, o en el caso de Colimba, el arroyo sagrado llamado Curipollo o Kary Pugyu.

Cuando éramos pequeños, teníamos la costumbre de hacer adobe en lo que llamábamos cocha: acarreábamos barro, lo revolvíamos con arena y traíamos bastante agua de un pozo. Todas las madrugadas nos dedicábamos a pisar esa mezcla que servía para hacer el adobe; era un ejercicio

entretenido para los guaguas.

En nuestro pueblo, los mayores cuentan que un señor de apellido Toro hizo un pacto con el diablo para venderle su alma a cambio de un bulto de plata. Se citaron en el río Quetambu, y como el diablo era de palabra llegó de primero, y luego llegó don Toro, quien preguntó qué le tocaba hacer. El diablo le contestó: “Tienes que llevar agua en este cedazo hasta el parque y si cae una gota tienes que entregarme tu alma; si no cae ni una gota, yo te doy esta carga de plata”. Don Toro, que era muy vivo, le dijo que lo hiciera él primero. Don Toro se fue al parque y el diablo tomó el cedazo, lo metió al río, sacó el agua y se fue rapidísimo al parque. Cuando llegó, le dijo a don Toro: “Tienes que entregarme tu alma”, pero don Toro le dijo: “Préstame el cedazo”. Él que le dijo así, y cayó la última gota. Se salvó y se hizo rico.

Lucha y reivindicación

“En 1996, cuando fui gobernador, llegó el rumor de que se iba a realizar una geotérmica entre los territorios de Guachucal, Sapuyes, Túquerres y Mallama. Como era obligación nuestra, informamos a nuestras comunidades. Esta información se empezó a difundir por diferentes medios de comunicación y en mingas en cada una de las comunidades de los pastos. Con taita Cristóbal Cuastumal, por ese época gobernador de la comunidad de Guachucal, fuimos a Bogotá —llamada por los ancestros Bacatá—, y nos enteramos del ambicioso proyecto, convenido entre el Estado colombiano y los japoneses, que se realizaría en nuestro volcán sagrado, llamado Chaitan por nuestros ancestros, rebautizado por los blancos como Azufra”, cuenta el taita Jesús Toro Villa.

Se sabe que para los indígenas pastos, los cerros tutelares o cerros jefes, llamados Apukunas, son seres sagrados, en ellos se encuentran las fuentes hídricas y están unidos por medio de las venas de la tierra. Entonces, este proyecto atropellaba su cosmovisión, pensamiento y cultura.

En el azufra o Chaitan, las lagunas o Cochas sagradas siempre han estado ahí, las aguas dulces y las aguas saladas, dice taita Jesús Toro Villa. Y agrega: “En nuestras montañas y cerros sagrados está la esencia de la vida, sus aguas termales son muy útiles, tanto para hombres como para los animales. Cuando a la persona le salen granos o chandas, se trae agua de allá, se la revuelve con manteca de marrano y así se cura. Para los animales, mejor que la sal es el agua, por el contenido de azufre, se les da agua y se ponen bonitos”.

El agua de estos sitios es sagrada y útil para la medicina ancestral o runa jampi. Todo el territorio es sagrado, de lo más grande hasta lo más diminuto, como decía el taita Sealh o famoso indio piel roja.

¡El minuto más largo de mi vida!

Una inexperta y joven nadadora cuenta su experiencia dramática tras un salto que pudo ser mortal.

Cindy Mariana Ariza Rodríguez²²

Girardot

De la manera más estúpida, quizás, pensaba realizar algo nuevo en mi vida, un salto arriesgado, pero tentador; una descarga de adrenalina que hiciera vibrar hasta la última molécula de mi cuerpo. Había estado sentada más de tres horas sobre una piedra mirando cómo algunos de mis compañeros se arrojaban con tanta facilidad de una roca altísima y caían al agua, sumergiéndose con tanta intensidad que en sus rostros se reflejaba la emoción del momento. Mientras tanto, yo, con mi cara larga, reflejo sublime del aburrimiento que me consumía las entrañas y hacía irritante cada segundo, sin nada emocionante que hacer más que quedarme en la orilla mirando a los demás niños divertirse, tomé la decisión y me arriesgué a brincar. Empecé por ponerme en pie y fui hasta una roca e hice la fila para lanzarme a la quebrada. Mi anhelo era salir del agua con una gran sonrisa igual a la de mis compañeros y poder decir en casa lo mucho que me divertí en la bienvenida al colegio. Pero, por el contrario, casi me ahogo. Un salto, dos corrientes y unos senos 34B casi me matan ese día.

Tuve la fortuna de tener al mejor maestro de natación. Un hombre alto, de brazos y piernas fuertes, piscinero de profesión, y conocedor de todo lo referente al tratamiento de aguas. A José —quien se hace notar con la firma de “Fivor’s Lion”, por ser apellidado León y un amante enamorado de la lírica— se le reconocía por su capacidad desmedida para atravesar una piscina olímpica ida y vuelta en repetidas ocasiones y en cuestión de minutos, y ese era mi profesor de natación. José, además, era mi padrastro, quien me formó desde los seis años, cuando mi mamá y yo llegamos de tierras costeñas al Tolima. Las playas de Santa Marta me vieron crecer y las piscinas de Melgar me dieron posada. Mi vida ha transcurrido entre agua salada y dulce, y aun así, ahí estaba, a punto de ahogarme.

Las lecciones de natación se daban en una quinta que cuidaban mis padres y mi abuela materna. Desde que mi mamá se separó de mi papá biológico y regresó al seno de la abuela en el municipio de Melgar, las clases eran casi todos los días y no tenía respiro: aprender a nadar era la finalidad y, efectivamente, aprendí. No resulté una experta, como se hubiera esperado, pero sí fui una excelente ciclista, y ese día pesó sobre mis hombros la desafortunada elección de años atrás por ese deporte.

Cuando llegó la hora de saltar, la sensación fue de locura. La roca desde abajo no se veía tan grande como desde arriba, mi cuerpo estaba cayendo directo al agua a gran velocidad, la misma con la que

cada integrante de la fila se lanzaba al vacío. Era tanto el afán de cada estudiante por arrojararse que ni siquiera esperaban a que el anterior cayera al agua para que el siguiente se lanzara. Los segundos se me hicieron eternos antes de tocar el agua con mis pies, pero el momento había llegado y ya estaba dentro de aquel profundo pozo, con tan mala suerte que vine a caer en el encuentro de dos corrientes que reposaban justo donde nadie solía caer. Yo fui la inaugurada de ese día.

Sí, esa era yo, una estudiante de 6.º grado, a más de tres metros de profundidad, con dos corrientes encima, que parecían estar enfadadas porque chocaban entre sí con una potencia estremecedora y cuyo roce me hundía con tanta fuerza que estoy segura de que así hubiera sido una excelente nadadora no habría podido salir de ahí. Mis débiles brazos perdían fuerza cada vez que intentaba asomarme a la tan lejana superficie. Desesperada, a punto de desmayar, atragantada con agua de charco, con las pupilas brotadas por la presión y las manos moradas: así o peor me encontraba yo. Transcurrieron unos sesenta segundos, tiempo suficiente para perder la conciencia y morir ahogada de la manera más brutal. Pero con tanta gente en ese lugar no perdía la esperanza; confiaba en que alguien me sacaría.

La razón por la que nadie se percataba del orden lógico de los hechos —de que si alguien se arroja al agua y no sale a la superficie es porque algo pasa— se dio para mi infortunio porque, al mismo tiempo que yo me lancé al agua, una compañera había sufrido un accidente. Estaba tendida, inconsciente, en la orilla de la quebrada, sin su sostén, y sus 34B estaban a la vista de todos. Defensa Civil, toda la institución y hasta los docentes corrieron a averiguar qué había sucedido, la mayoría con la clara intención de ver lo más emocionante. En segundos se corrió la voz de que la niña más atractiva del colegio estaba desnuda a merced visual del que alcanzara a llegar; mientras tanto yo, al otro lado de la escena, me estaba ahogando.

“Yogueta” era el seudónimo de la dotada joven. Se conocía así en toda la institución por la famosa marca de bombones, cremosos y económicos... Esta otra “Yogueta” de diecisiete años era toda una leyenda en el colegio. Siempre fue la niña más bonita de los grados superiores: de cabellera rubia y ojos verdes, en su cara era muy característico el rosa pronunciado de sus mejillas y labios, al parecer por su naturaleza rola. Era oriunda de Bogotá y había llegado al colegio a hacer noveno y décimo grado; el accidente ocurrió cuando ella estaba en décimo. Cabe resaltar que no solo la caracterizaba su belleza: en primer lugar, su cerebro era la comidilla de todo el mundo; se decía que con ella era imposible sostener una conversación interesante, y yo lo comprobé, sin intención, cuando una vez le pregunté por un personaje histórico famoso. Aunque iba cuatro grados adelante de mí, me hizo saber que Simón Bolívar, nuestro glorioso Libertador, al parecer era el esposo de una profesora, y desconocía por completo que hubiera habido una batalla en Boyacá. El segundo aspecto que la caracterizaba era su vida íntima: “Yogueta” cambiaba de novio constantemente y alcanzó a ser pareja de todos los muchachos simpáticos del colegio, y eran ellos los que tras cada

ruptura se encargaban de divulgar la vida sexual de la ex, con todos los detalles que pudiesen agregar, inventar o desear. Yo solo sé que ella y su esbelta figura estaban en boca de todo el mundo y el día del accidente no fue la excepción, solo que esa vez me afectó en proporciones colosales. Por su culpa casi muero.

Horas antes de los accidentes, el de “Yogueta” y el mío, mientras unos compañeros del colegio llegaron a refrescarse en la quebrada, otros llegaron directo a comprar el almuerzo a los habitantes del sector, quienes veían en los estudiantes una venta segura tras cada salida pedagógica. Otros de menos recursos traíamos el almuerzo de la casa. Mi madre había empacado el mío en mi mochila antes de las seis de la mañana, hora de entrada al colegio. Recuerdo que el almuerzo de esa tarde fue pollo en salsa, arroz, tajadas de plátano, todo envuelto en una hoja de jaimaco, fundida a fuego lento la víspera, y, de tomar, jugo de mora. Algunos jugaban fútbol en el lodo, otros nadaban en la quebrada o dormían sobre la hierba, y algunos amantes fugitivos se escondían entre las espesas ramas a consumir su amor adolescente.

Mientras salvaban a “Yogueta” de su infortunio, yo estaba cerca, tres metros bajo el agua a punto de terminar mis días sobre la faz de la tierra. La conciencia y la esperanza desaparecían poco a poco. Ya no me quedaban alientos para vencer aquellas dos corrientes tan ariscas decididas a empujarme hacia el fondo, hasta que, de la nada —siempre he creído que por una divina coincidencia—, muy en el fondo que nunca alcancé a tocar, sentí unos pies rozar los míos y, sin saber cómo, saqué fuerzas de donde ya no había para impulsarme hacia abajo y agarrarme de uno de esos pies.

Unas largas y gruesas piernas me salvaron la vida. Eran las de una estudiante, quizá de grado once, que nadaba en las profundidades de la quebrada Inalí y pasaba por ahí, justo donde estaba yo. Solo recuerdo que me aferré a uno de sus pies y de un fuerte jalón me sacó de entre esas dos corrientes. Al asomar a una parte más panda, ella agarró asustada mi mano y me levantó con el temor de que fuera un animal extraño o tal vez el Mohán, una figura mítica del Tolima, que se la quería llevar, sin saber que me había salvado la vida.

Mi madre dice que Dios nos tiene predestinado el momento exacto de morir, y que ese momento no era el mío. No le pude agradecer a aquella joven su involuntario acto valeroso porque nunca la volví a ver. Ella desapareció, y ese día salí tan conmocionada del agua que los recuerdos que tengo de su rostro son muy nublados.

De ahí en adelante, jamás volví a lanzarme de una roca y le tomé un pánico espantoso a todo lo relacionado con la adrenalina. Además, aprendí a reconocer, con el paso de los años, que el poder de Dios es tan grande que es el único capaz de diferenciar la delgada brecha entre la vida y muerte, en la que yo estuve durante unos sesenta segundos: ¡el minuto más largo de mi vida!

Santa María, santificado sea tu río

Una fiesta en un río se convierte en una celebración pagano-religiosa que busca los favores divinos de la Virgen de las Mercedes en Samurindó, Chocó.

Jhon William Asprilla²³

Quibdó

La tarde del 4 de septiembre de 2009, un extraño recién llegado del interior del país mira un mapa de los años noventa tratando de ubicar la población ribereña llamada Samurindó. Al no encontrar más que espacio vacío entre los rótulos del municipio de Yuto y algo que denominan Tanandó, hace memoria de aquella tarde lluviosa en inmediaciones de la Catedral de San Francisco de Quibdó, donde aquella mujer menuda de caderas anchas y firmes, ojos saltones y rítmica acentuación al final de las palabras —propia de la gente del Chocó—, le contaba entre risas pícaras y tajos de chontaduro cómo se gozaba en las fiestas de su pueblo.

Hablaba de la dicha que sentía la Virgen de las Mercedes con la balsa tan bonita que le habían hecho el año anterior. “Casi podíamos verle la risa en sus santos labiecitos”, decía mientras abría la boca como la deidad lo hubiese hecho.

“Y tenía un arco hermosote, con flores de papel barrilete (crepé) y otras de verdad, y unas cintas doradas y rojas como la corona ensangrentada de nuestro señor...”, seguía relatando doña Francisca, o “La Chomba”, como era conocida en su pueblo.

El extraño se sonríe al recordar y, en ese momento, decide adelantar un poco la película, pues a lo lejos ya zumbaba el cielo como susurrando que venía a cántaros la lluvia que baña al Chocó con tanto agrado. Habría que ajustar la agenda, porque sería difícil llegar el mismo día, pasadas las 3 de la tarde, a aquel lugar que no aparece en el mapa.

Una mañana oscura y calurosa despuntaba. El alba se había extendido unos minutos más después de las seis de la mañana, cuando Yina, de veintitrés años, piel marrón y dos pequeños auestas, reconocía ante su mirada adormecida la casa de su madre, “La Chomba”.

Una habitación amplia funcionaba como sala, comedor, costurero, salón de cuentos, tienda y parque recreativo para los más chicos de la casa, y hasta para los niños vecinos. A lo sumo había dos asientos improvisados (costales de retazos o arroz), dos sillas plásticas Rímax —una de las cuales está remendada con un decorativo tejido de cabuya en el espaldar—, un televisor, una vitrina polarizada por la humedad, el paso del tiempo y la ausencia de jabón; allí se guardan condones, cordones, pinzas para la venta, acetaminofén, mareol y aspirina. Lo más parecido a una farmacia.

La misión

Pero hoy no es un día cualquiera para “La Chomba”. Le corresponde velar por que la casa y el negocio funcionen a la par con la festividad que se avecina. Es la organizadora de la versión de este año de las fiestas de la Virgen del Carmen, con todo lo que ello significa: desfile, músicos, valsada, custodia de la Sagrada Señora, misas y consecución del cura, así como los recursos para pagar los honorarios y el transporte del misionero fervoroso. También está a cargo de los festivales de baile, en los que predominan la jota y la chirimía chocoana. Todo ello sin contar las noches interminables que pasó con sus hijas y nietos, cosiendo a mano y a máquina los caché (disfraces) que representarán a su barrio en el desfile.

Es curioso cómo un pueblo construido a orillas del río del que toma su nombre, Samurindó, que cuenta con unas cien familias —según el censo de “La Chomba”, que también es partera—, agrupadas en escasas seis manzanas a la redonda, cuente con cuatro barrios definidos y constituidos, con rivalidades y conflictos propios de una metrópoli.

Ni en las festividades antioqueñas ni en otras del territorio nacional el viajero había visto nada parecido a lo que presencié ese 22 de septiembre de 2009. Adrenalina mezclada con miedo, y fervor santo mezclado con danzas paganas, enmarcadas en un caudaloso, peligroso e imponente río.

Una celebración divina

Todo comienza en la mañana del día 22 del noveno mes, en el noveno año del nuevo milenio. El pueblo entero se levanta muy temprano y el viajero apenas alcanza a tomar su cámara para grabar el festival. Los buses que llevarán a los devotos hasta el vecino municipio de Yuto llegan en perfecta organización y con puntualidad milimétrica. La Santa Madre, vestida para la ocasión, en medio de cantos de alabanza y chirimía, gritos de ¡Viva! y alabaos de los ancianos, es la única que se da el lujo de viajar en camioneta 4x4.

Son tal vez los únicos minutos que tendrá el viajero para descansar, pues a partir de la llegada a Yuto, solo habrá licor, verbena, chirimía y alabanzas. Veinticinco minutos después, todos desembarcan en el mencionado municipio. A la llegada de la Divina Señora, la orquesta inicia su jolgorio y el clarinetista empieza a emborrachar su instrumento con ron para que suene mejor. Después de un recorrido entusiasta por el pueblo, anunciando la festividad de la Virgen de las Mercedes e invitando a todos a participar, “La Chomba” avisa al visitante que comienza la real celebración. “Todos al malecón”, pregona a todo pulmón.

Cuatro hileras de troncos atados por los extremos, con un balsero como timón y capitán del improvisado navío, se debaten con las aguas del río Atrato mientras una delgada cuerda le impide

emprender la huida río abajo. Como esta, hay otras seis embarcaciones. Se puede diferenciar la “góndola” de la virgen porque es la única tirada por dos robustos motores fuera de borda y timoneada por las respectivas lanchas a lado y lado de la balsa construida y atada como las otras. Además, el arco pronunciado de flores que describía “La Chomba” en su relato de hace unos días, es en su simpleza, la forma más vistosa y colorida que sobresale en las aguas y la responsable de que los yuteños y samurindoseños sigan vitoreando, cantando y alabando a la dueña y señora de su ferviente fe.

La seguridad del evento está a cargo de dos jóvenes que la señora Tina (matrona de Samurindó) supervisa de cerca para que guíen la caravana náutica y se aseguren de que se no se vaya a pique la celebración. El visitante tiene el placer de acompañar a la soberana en su navío, y con ella viajan, entre empujones y sudor, todos los líderes de las familias del pueblo, así como los organizadores, la orquesta y la bebida.

La física no tiene cabida allí, los troncos deben soportar el peso de los danzantes pobladores, quienes al compás de la chirimía y con la bendición de la Santa Madre, se lanzan a la aventura que esperaron por once meses.

La expectativa milagrosa

La Virgen de las Mercedes debe ir santiguando las aguas para que la “subienda” de pescado llegue, los niños se bañen sin peligro de que se los lleve una “madre agua” y las mujeres puedan lavar la ropa de los hijos, los trastes de la cocina y la herramienta de la mina. La prosperidad que el río otorga a la región dependerá de que la festividad agrade a la virgen, por lo tanto, la música cada vez es más alta, el baile más animado, los cantos y alabaos más fervorosos y el clarinete más embriagado.

El visitante, algo incómodo y extraño a los celebrantes, opta por pasarse a una de las lanchas a motor que guían la expedición, solo para descubrir desde fuera del jolgorio la magnitud de la celebración y la habilidad de los balseros para sortear restos arenosos de la minería indiscriminada, gruesos troncos, remolinos y rocas: obstáculos que la Santísima Virgen permite sortear porque hoy es un día para celebrar.

Casi dos horas más tarde, la procesión llega a las orillas de Samurindó, donde el río Atrato cambia de nombre para honrar a los fervientes que allí viven y sobreviven. La celebración continuará por dos días más, pero lo realmente importante es que el río, arteria del comercio y vida de la gente de esta región, ha sido santificado y bendecido para que el año próximo llene de prosperidad a Samurindó.

El visitante, anonadado, deberá regresar el próximo año con el equipo adecuado para documentar

la celebración de la Virgen de las Mercedes de Samurindó, y de nuevo ver la sonrisa de “La Chomba”, la mujer que hace los milagros y mantiene el fervor, tal vez por encomienda divina.

La muerte del cueche

No solo hay agua y luz detrás del arcoíris, también poderes misteriosos, como lo narra la autora en su memoria de infancia.

Mary Luz Narváez E.²⁴

Pasto

—¡Mamá, otra vez comenzó a llover, nos vamos a mojar! —gritó Tatiana, mi hija de nueve años. Eran las seis y cuarto de la mañana del martes 22 de marzo y debíamos salir para el colegio. Era el primer día de clase y había llovido muy fuerte casi toda la noche, pero ahora ya solo caía una llovizna. Mientras íbamos por el camino escampó y a mi hija le llamó la atención un arcoíris:

—Mira, ¡qué lindos todos esos colores! —dijo, y yo solo atiné a decirle:

—¡Qué lindo ese cueche²⁵!

La pregunta no se hizo esperar:

—¿Mamá... qué es un cueche?

Le respondí que, donde yo nací, el arcoíris es llamado por los campesinos “el cueche” desde tiempos de los indígenas. Además, haciendo alarde de mis conocimientos científicos, le expliqué que es solamente la luz blanca emitida por el sol, y esta, al atravesar una acumulación de gotas de lluvia que actúan como un prisma o cristal, se divide y forma un espectro; mejor dicho, la luz da lugar a ese carnaval de colores que adornan el cielo.

Cuando llegamos al colegio, le dije a mi hija: “Cúbrete, porque te puede comer el cueche”. Fue una frase dicha de manera inconsciente, pero lo único que me salvó de la explicación fue el timbre del colegio, y mi hija se bajó del carro con una mirada pícara y una sonrisa que me dio a entender que el tema no sería olvidado.

“La morada al sur”

Sabía exactamente cuál sería la primera pregunta que mi hija me haría en la tarde, al volver del colegio. Decidí prepararme y empecé a buscar en mi memoria en dónde había escuchado esa frase... y recordé mi niñez. Nací en Ipiales, un municipio al sur de Nariño, un lugar mágico. El escritor ecuatoriano Juan Montalvo dice que allí las nubes son verdes y el poeta nariñense Aurelio Arturo, que el verde es de todos los colores; allí los mitos y leyendas de los ancestros se hacen realidad. Durante mis primeros años viví en el campo, en una finca de mis abuelos maternos,

rodeada de paisajes verdes y de animales. A finales de la década de los setenta, cuando cumplí dos años, mi hermana mayor tuvo que ir al colegio. Entonces, todo cambió: ahora mi casa quedaba justo frente a la vía al Santuario de Las Lajas, una avenida muy transitada por buses, carros, camiones, volquetas; un paisaje deprimente para quien gusta del olor de la tierra después de la lluvia.

“Casi me había comido el cueche”

Pero no todo era malo. Mi consuelo era que todos los fines de semana regresaba a la casa de mis abuelos, por pocos días todo volvía a la normalidad: jugar entre las flores, rodar por las laderas y escuchar historias asombrosas como las del arcoíris; porque para los indígenas pastos, el cueche es un ser casi mitológico, ¡y también es muchos seres! porque ha tomado varias “personalidades” como el cueche blanco o el cueche negro. El cueche a secas es el mismo arcoíris y viene acompañado de una tenue llovizna que los campesinos aseguran que es “el miado del cueche”. Se cree que esta micción tiene poderes malignos, ya que puede dañar la ropa que se seca a la intemperie y hasta producir serias enfermedades en la piel.

La primera vez que escuché esta historia fue un 27 de marzo de 1982, cuando murió mi abuela. Como todos estaban consternados por la pérdida y ocupados con el velorio, yo pude quedarme jugando con mis primos y algunos hijos de los peones que trabajaban en la finca de mi abuelo. Recuerdo como si fuera ayer una historia que me contó una de las hijas de los peones de la finca, una niña de unos seis años de edad llamada Oneida Chacua, la menor de los cuatro hijos de Segundo Chacua y Mercedes, “Miche”, como la llamaban todos. Una niña muy graciosa, trigueña y un poco gordita; recuerdo sus vivaces ojos negros mirándome mientras me decía: “Cuando yo era más guagüita casi que me había comido el cueche”.

Esta frase me intrigó mucho (al igual que como había intrigado a mi hija) y quise escuchar los pormenores de la historia. Me dijo que su mamá acostumbraba a ir a lavar la ropa a una quebrada cerca del camino a Males (Córdoba, en la actualidad). Como Oneida era aún un bebé de brazos, debía llevarla con ella. Las ñapangas, como son llamadas las mujeres campesinas de Nariño, usan grandes follados²⁶, cunches²⁷ (con todos los colores del cueche) y un pañolón grande que les sirve para protegerse del frío; lo envuelven en su cintura cuando van a labrar la tierra o a hacer algún tipo de trabajo pesado y también lo utilizan para cargar a su guagüita a la espalda y lo atan en el pecho, dejando sus brazos y manos libres para sus labores.

Costumbres y creencias ancestrales

Lavar en la quebrada era una práctica muy común en la población antes de la llegada del acueducto; se hacía en los días de sol para que la ropa pudiera secarse. Un día de abril, época

lluviosa, el lugar donde “Miche” solía lavar estaba ocupado por alguien más. Por la apremiante necesidad de lavar su ropa antes de que lloviera, decidió buscar otro vado más arriba en la quebrada, aún con temor de encontrarse con “el duende” (otro ser del imaginario popular que aparece en las quebradas y enamora a las mujeres). Aunque la jornada transcurrió muy tranquila, ya casi al finalizar el día comenzó una suave llovizna que amenazaba con mojar la ropa tendida sobre la hierba, y “Miche” se dio cuenta de que su hijita se estaba mojando. Recogió todo rápidamente y regresó antes de que arreciara la lluvia; al llegar a su casa le cambió la ropa húmeda a su hija. Una semana después, comenzó a preocuparse porque su guagüita se desvanecía en una interminable fiebre y comenzaron a salirle pequeñas pústulas en los brazos y la cara. La primera reacción fue hacerla curar de espanto²⁸, pero la enfermedad no se fue. Al imaginarse que era alguna infección o una enfermedad como la varicela, decidió bañarla con limón suazado²⁹, pero no hizo efecto. Entonces llevó a su bebé al doctor Chacón, quien le recetó algunos medicamentos que, a pesar de ser administrados con cuidado y esmero, no mejoraban a la pequeña.

“No era varicela, no era sarampión, no eran siete luchas³⁰”, me decía Oneida. Casi un mes después, “Miche” decidió llevarla donde otro médico: “Ya desesperada, mi mamita me llevó a’onde el doctor Solís”. Alirio Solís era en aquel entonces un médico joven y con nuevas ideas, pero, al igual que el anterior, le envió medicamentos que tampoco hicieron efecto, por el contrario, las que empezaron como pústulas superficiales se convirtieron en profundos hoyos en la piel de la niña, que casi le llegaban a los huesos. El tratamiento se prolongó por más de seis meses y la cura era prácticamente imposible de hallar; casi al finalizar el año y en medio de la desesperación, Mercedes decidió ir a ver a su abuela María. “Mi mamita me llevó a’onde la mamita Maruja, porque yo ya me estaba muriendo, a ver si la mamita señora me curaba porque yo antes que dizque era una guagua³¹ bien chisparosa³², y’ora ya nada, toda mustia, iritinga³³, no más quesque estaba”. Maruja vivía en el monte, como llaman a los sitios alejados y solitarios a los cuales se llega después de varias horas, e incluso días, de camino, pero no por la distancia geográfica, sino por las difíciles vías de acceso. La bisabuela de Oneida era una mujer casi centenaria, llena de la sabiduría. Al llegar a la casa de María, el diagnóstico surgió casi de inmediato: “¡A la guagua se la está comiendo el cueche!”

Pues sí, con tan solo un vistazo ya sabía lo que era; ahora sería sencillísimo encontrar la cura. Aunque Oneida nunca me dijo cómo logró sanarse, sí me quedó claro que la cura fue efectiva: “Hora mi mamita ya me tejió un cunche y me puso un chumbe³⁴ con los colores del cueche para que no me ponga iritinga cada vez que llueva”, me dijo.

Otra vez el cueche

En mayo de 1999, nació Daniel, mi primer hijo. Cuando tenía unos tres meses, le dio una diarrea de un color extraño y mucho vómito, pero era sábado y el médico no podía atenderlo sino hasta el

martes. Entonces llegaron a visitarme mi mamá y mi comadre Angelita Cuaspud, que entonces tenía unos cuarenta años y que pertenecía al cabildo indígena de los pastos de Ipiales. Ella examinó a mi bebé y me dijo: “El guagua está espantado y enserenado”.

Ese mismo día, a las seis de la tarde, trajo unas hierbas, las mezcló con chapil, las masticó y las escupió tres veces sobre el estómago del niño; luego le colocó un emplasto de las mismas hierbas sobre el ombligo, lo cubrió con el pañal y me dijo que estaba curado. Finalmente, quemó otras hierbas y sobre el humo que brotaba pasó la ropa y las cobijas de Daniel. El niño mejoró. También me dijo: “La ropita del guagua... seguro que la mió el cueche”.

Tantos años después, otra vez aparecía el cueche en mi vida. Le pregunté entonces sobre la historia que había escuchado años atrás y me dijo que la cura no era complicada: “Eso toca coger unas ramas que crecen solo en el monte, se dejan enserenar en agua de lluvia; con las hierbas se limpian las ampollas y se meten en una talega, se sahúma al guagua o al viejo, porque a los viejos también les da... eso se le echa el humo de otras hierbas que estén secas y se meten en la misma talega donde puso las otras ramas y se l’hace un ñudo bien duro. Después se va al campo y se busca un lugar para botarlo, pero no se lo tira nomás, sino que tiene que voltiarse y tirarlo fuerte hacia atrás sin mirar a dónde cae, para que la enfermedad no lo siga, pero no se preocupe, comadre, que al Danielito no se lo estaba comiendo el cueche”.

Quería saber por qué a veces “mea” y a veces “come” el cueche y me respondió: “El ‘miado’ es la llovizna finita que cae cuando sale el cueche y es’agua la deja limpio³⁵, picada a la ropa o la ruempe del todo, pero para que a alguien se lo coma el cueche tiene que meterse en la casa, o sea donde vive ese cueche; ahí duerme y ahí se esconde después de estar echado en los potreros recibiendo el sol por las tardes, y eso se pone bravo que se le metan a la casa”.

Ahora estaba lista para responder el arsenal de preguntas de mi hija.

El presagio de muerte

En mi territorio nariñense, más del cincuenta por ciento de la población es indígena y, aun así, pocos cuidan la naturaleza y sus tradiciones. Las últimas generaciones están haciendo tambalear las creencias ancestrales de nuestros pueblos. En casi todo el departamento, en la década de los setenta, para el 28 de diciembre, día en que se celebra la fiesta de los Santos Inocentes, se adoptó la costumbre de pueblos prehispánicos de la región de Ecuador y Perú, quienes antes de sus carnavales realizan baños rituales de purificación para estar limpios y poder celebrar sus festividades. Tanto en San Juan de Pasto —territorio quillacinga— como en Ipiales —territorio pasto—, ese día se paralizaban las ciudades, debido a la incesante lluvia artificial, o sea, casi todos los habitantes armados con ollas, vasijas, baldes, bombas (globos) llenos de agua (y en ocasiones

congelados), se agolpaban en las calles a mojar a cuanto transeúnte pasara, en algunos casos inclusive llenaban tanques en donde se metía a las personas para asegurarse de que quedaran bien mojadas ¿o purificadas? Esta costumbre se mantuvo durante un poco más de dos décadas, hasta que la conciencia ambiental de los ipialeños hizo que, a finales de la década de los noventa, fuera reemplazada por un carnaval de confeti. Quien desperdicie agua en esta fecha es sancionado con el pago de una multa e incluso puede ser detenido por la Policía. Lastimosamente, esta conciencia ambiental aún no llega a San Juan de Pasto, en donde han sido vanos los intentos por cambiar la costumbre. Uno de ellos es la actividad alternativa llamada “arcoíris en el asfalto”, que se realiza en la calle del Colorado, y en la que los participantes cambian sus baldes, ollas y globos con agua por tizas multicolores, y dejan en el pavimento plasmada toda su creatividad y sus sueños.

Hace poco quise saber de la suerte de Oneida y de su familia, pero me dijeron que hace cerca de quince años se fue a vivir a Cali con una de sus hermanas, después de que “Miche”, su mamá, murió de cáncer.

Mis hijos me preguntan por qué ya casi no se ve el arcoíris después de la lluvia, sino que se considera algo irreal, algo que se ve solo en los dibujos animados, junto a unicornios y ponis de colores y la única respuesta coherente es que en las grandes ciudades no solo es difícil ver las estrellas en la noche, sino que ahora, por la contaminación del agua y las lluvias ácidas, es muy difícil ver el arcoíris; la luz no puede refractarse en el agua turbia.

¡Pobre cueche! Ya no se tenderá más sobre la hierba a recibir los rayos del sol y quedó relegado a existir en la bandera de los pueblos indígenas y en algunos chumbes de los bebés de los campesinos, porque las niñas campesinas de ahora ni siquiera saben qué son los cunches. En medio de la incertidumbre del futuro del planeta, la contaminación y el calentamiento global, pienso que seguramente mis nietos tendrán que conformarse con ver el arcoíris en el asfalto.

Memorias aguadas de los abuelos

Al recuperar las memorias “aguadas” de sus abuelos, este niño pastuso —hijo de la anterior cronista— va de sorpresa en sorpresa.

Carlos Daniel López Narváez³⁶

Pasto

En noviembre de 1948, en el barrio Los Chilcos, situado al norte de Ipiales, nació Magola Estupiñán, una niña delgada, de cabello oscuro y liso, y de grandes ojos color miel: mi abuela.

En mis vacaciones me gusta mucho visitar a mis abuelos. Cuando estoy allá, todas las noches salimos a pasear, y al llegar a la casa mi abuela me cuenta historias de su niñez. El pasado diciembre me contó que cuando era niña no había acueducto en su casa. Entonces quise saber de dónde sacaban el agua para bañarse, cocinar, lavar, y tantas otras cosas para las que se necesita, y me respondió: “Mijito, el agua se sacaba de un aljibe”.

Nunca había escuchado esa palabra tan extraña y de mi curiosidad salió la pregunta: ¿Qué es un aljibe, abuelita?, ella me dijo: “Verá, mijito, un aljibe es un pozo que se hacía bien profundo en la tierra, y de ahí con un balde se sacaba agua para todo lo que se necesitara”. Un hueco en la tierra era lo más raro que había oído, no podía imaginarme cómo era exactamente, y le pedí que me lo describiera. Me respondió: “El aljibe es lo mismo que un pozo, un hueco redondo, no tenía más de un metro de ancho, pero hacia abajo, según donde esté el agua, es la profundidad del hueco; el que había en mi casa tenía unas treinta y cinco brazas, más o menos, pero la medida cambia; esas brazadas eran de los brazos largos de los peones, porque yo, que siempre he sido bajita, subía el balde como en cuarenta brazadas...Y verá, en el fondo de ese hueco hay agua y se saca con el balde”.

“¡Aquí va Adán Quenán, que ni los diablos se lo llevarán!”

Me enteré de que el agua viene de una especie de río que hay por debajo de la tierra. “Son aguas subterráneas”, me explicó después mi mamá, pero la historia de mi abuela me parecía más interesante. Me dijo que en algunas casas donde había aljibes solamente dejaban el balde con la guasca al lado del hueco, pero en otras casas se mandaba a hacer una especie de casita con techo de teja, sostenido por dos palos que iban enterrados en el piso; esos dos palos tenían clavado otro palo atravesado, en toda la mitad, que servía para poner una polea, en esa polea se ponía la guasca y era más fácil subir el balde lleno de agua.

“Mi papacito mandó a hacer en la casa uno de esos”, continúa mi abuela “y además le hizo poner una tapa de madera, porque como éramos hartos hijos en la casa, decía que de pronto los guaguas

más chiquitos éramos más jurguillas³⁷ y nos podíamos caer al hueco”; pero le pedí que me explicara cómo hacían ese hueco tan estrecho y tan largo, como cosa de magia. “Para hacer el aljibe contrataba a un hombre que se llamaba Adán Quenán, el único que construía los aljibes aquí en Ipiales y en todas las veredas, y lo hacía solo, sin ayuda; era un indio bien verracote, y cuando se chumaba³⁸ andaba gritando en las calles: “¡Aquí va Adán Quenán, que ni los diablos se lo llevarán!”, porque decía que había visto la procesión de la otra vida y no se lo habían llevado. ¡Indio loco!”.

No pensé que mi abuela se acordara con tanto detalle de todas estas historias, y que se riera tanto contándolas, ni que imitara los gestos del pobre señor Quenán al decirme: “Yo sí me acuerdo cuando hizo el aljibe en mi casa; el Adán llegó bien temprano y con un pico al hombro se quitó la ruana para que no le estorbara, sacó de un costalillo (que había tenido debajo de la ruana) una horqueta y se paseaba por todo el patio; como yo era chiquita, pensé que él estaba jugando, pero de pronto dijo: “Toca picar aquí, don Jorge. ¿Vusté sí ha de tener una palendra y un balde que me empreste?”. Entonces cogió el pico y empezó a hacer un hueco, sacaba la tierra en un balde, ya tenía un montón grandísimo, yo pensé que ya no iba a salir más, cuando de pronto no más se oyó que dentro del pozo gritaba: ‘¡Ya apareció l’agua, don Jorge!’, y toditicos mis hermanos y yo, ¡qué contentos que estábamos! Después, el Adán empezó a poner ladrillos al ruedo en las paredes del aljibe por dentro y también le hacía la pared hasta casi una vara de alto por encima de la tierra; al final le puso una tapa para que no se cayera ningún guagua al pozo”.

Ya entendía lo del aljibe, pero ¿qué se hacía si el baldado de agua que sacaban no era suficiente?, y mi abuela me contó: “Como en mi casa nosotros éramos nueve hijos, mi papito y mi mamita, más las cocineras y los peones, entonces teníamos varias tinajas, unas ollas de barro bien grandotas; todas las mañanas bien tempranito, por ahí a las seis, ya estaban dos peones sacando agua del aljibe y llevándola a las tinajas de la cocina y dejaban el agua ahí para cuando la necesitáramos; también llenaban una poceta que servía para el baño y para lavar la ropa”.

Y la curiosidad me pudo otra vez: ¿Abuelita, cómo se duchaban sin ducha? “Mi papacito, que era muy moderno en esa época, hizo poner en el techo del baño una especie de tanque de reserva y de allí salía un tubo que tapaba con un tapón de caucho; se quitaba el tapón y ya teníamos ducha, pero era de agua helada, el que quería bañarse con agua caliente tenía que calentarla en el fogón y llevarla al baño en una batea o en una especie de tina metálica que había antes y se la echaba al cuerpo con un mate³⁹”.

Yo ya estaba cansón con mi preguntadera, pero como vi que mi abuela estaba muy emocionada y muerta de la risa de acordarse de todo eso, me dije a mí mismo: “una pregunta más, ¡ya qué!”. Y es que quería saber si ese aljibe se ensuciaba y si tocaba limpiarlo, quién era el verraco que se atrevía a hacerlo. Paciente, mi abuela dijo: “Claro que se ensuciaba mijito, pero cada dos o tres meses se hacía limpiar con algún peón, esos que eran todavía chiquillos, daban la vida por sentarse en el

balde y bajar a limpiar todas las hierbas y los mugres que se sabían pegar a las paredes del aljibe, ese era todo el mantenimiento que se le hacía para tenerlo en buen estado”.

Pero para lavar la ropa me parecía muy tenaz sacar tanta agua del aljibe, y peor aún si era una cobija de esas grandes que se usan acá para el frío, y mi abuela me dijo: “Cuando mi mamita Victoria miraba que se había ‘ajuntado’ mucha ropa sucia, se iba con una mujercita que se llamaba Carmelina, que era la que siempre nos lavaba la ropa en la casa, y con otra muchacha que le ayudaba en la cocina, que se llamaba María Eudisia; todas tres se iban a un vado del río, para que les rindiera”. Me contó que no se usaba jabón, sino que lavaban la ropa con una planta que se llama tusara, con la que lavaban hasta las cobijas de lana de oveja; también me dijo que en el centro de Ipiales todavía hay un lugar donde se puede ir a lavar la ropa, y cuando le pregunté cómo se llama ese lugar me dijo: “Pregúntele a su abuelo, mijo. Aunque está un poco viejo, seguro que todavía se acuerda”.

Otra historia pasada por agua

Mi abuelo Humberto me dijo que él nació y creció en el centro de la ciudad. Allí las casas eran relativamente más pequeñas y era mucho más difícil encontrar las aguas subterráneas para hacer aljibes. “Cuando yo era niño no había agua en las casas como ahora, tocaba ir a traer el agua a El Chorro. Los de antes pensaban diferente, cuando mi papá quiso poner tuberías en la casa mi mamá le dijo: ‘Viejo loco, con esa agua nos vamos a llenar de humedad y nos vas a tumbar la casa encima’. Así era el pensamiento de la época”.

Y entonces pregunté, ¿cómo traían el agua a las casas sin acueducto y sin el moderno aljibe? ¿Cómo se podía sobrevivir? “*Acá en el centro había aguateras*”, dijo mi abuelo. Otra palabra rara, y no tuve que preguntar, porque mi abuelo me aclaró: “*Las aguateras eran mujeres que trabajaban llevando el agua hasta las casas, pero solo iban donde los ricos, porque ellos les pagaban*”. Esas aguateras me parecieron muy capitalistas —solo pensaban en la plata—, pero quería saber si solamente iban a coger agua en El Chorro y mi abuelo me dijo: “Por aquí cerca, la única parte es El Chorro, es como una quebrada pequeña, que queda cerca de la vía a Rumichaca. Las aguateras tenían dos pundos⁴⁰ donde recibían el agua del Chorro y los metían en unas jigras⁴¹ para poder colgarlos en un palo, que soportaban en los hombros, y los dos pundos les ayudaban a tener equilibrio, porque el camino era en tierra, de ida era en bajada, pero para regresar era una cuesta muy dura ¿y se imagina con el peso del agua? Cuando llovía les salía mejor no ir, perdían el día de trabajo”.

Pundos, jigras... más palabras raras, pero a estas alturas las pobres aguateras ya no me parecían tan interesadas en la plata, es más, se merecían toda la plata que ganaban. Mi abuelo estaba tan emocionado explicándome, que no lo interrumpí: “En el camino ellas tenían lugares específicos para descansar; y luego, al llegar a la casa, con ayuda de la jigra...”. La ignorancia me impedía

entender lo que me estaba diciendo, y mi abuelo me explicó, después de respirar hondo, que el pondo es una olla de barro cocido y con forma de huevo, cada aguatera tenía un tamaño de pondo de acuerdo a la estatura y el peso que podía cargar; y la jigra es una mochila hecha de cabuya que servía para cargar el pondo, algo parecido a las mallas en que vienen envueltos los balones.

¡Pobres aguateras!, cargaban ese peso durante todo el día y hacían muchos viajes para llevar el agua a toda su clientela, e igual que en la historia de mi abuela, cuando llegaba el agua a las casas, descargaban el pondo ayudándose de la jigra para hacerlo más fácil, así la pasaban a una tinaja grande y le daban múltiples usos.

¡Y así comenzó todo!

Me sorprendió que el abuelo recordara tantos detalles. “Pero cómo no va a saber todo eso el viejo, ¿no ve que la abuela de él era aguatera!”, replicó mi abuela. ¿Quién lo hubiera imaginado? Yo, ¿tataranieto de una aguatera! Y mi abuelo empezó a contarme cómo se conocieron sus abuelos, o sea mis tatarabuelos: “Mi abuelo se llamaba Abelardo Terán, era un recaudador de impuestos en Ipiales, y era dueño de casas y fincas. Él era unos años mayor que mi abuela, y es que él ya había estado casado pero se quedó viudo, entonces estaba buscando otra mujer para volverse a casar, y se había fijado en mi abuela Leoncia Ramírez, que era una muchacha muy bonita, blanca, churosita⁴², un poquito mona y con ojos verdes; era muy inteligente y avispada. Ella era la aguatera que le llevaba el agua a la casa”. Y yo que pensaba que esas historias solamente pasaban en las telenovelas, estaba mirándolo con la boca abierta.

“El papá Abelardo había dejado que pasara un tiempo después de quedarse viudo, y un día se fue a buscarla a la casa para decirle que quería casarse con ella. Cuando llegó, no estaba la mamá Leoncia, sino que le abrió la puerta mi bisabuela y le preguntó:

—¿Qué se le ofrece al señor don Abelardo?

Y él le respondió:

—Vengo a casarme con la hija suya, con la Lionsa.

Ella le dice:

—¿Qué broma es esta, don Abelardo!

Y él responde:

—Ninguna broma señora, quiero casarme con su hija, quiero saber dónde está.

Y mi bisabuela dijo:

—Se fue al Chorro a traer agua para yo, ya no más ha de venir, espérela si quiere; pero el viejo atufado⁴³ salió corriendo al Chorro y en el camino encontró a la mamá Leoncia, que estaba en un bordo descansando junto a otras aguateras.

Y le tiró el pondo

“(...)Y dizque cuando el papá Abelardo se arrimó a hablar con la mamá Leoncia, las demás aguateras decían: ‘¿Y qué querrá este viejo rico con la Lionsa?’. Entonces él que se acercó más a ella y cogió uno de los pundos y lo tiró al piso. El pondo se partió y toda el agua se regó y corrió por el camino. Entonces la mamá Leoncia se puso a llorar, y le dijo:

—¡¿Cómo se le ocurre romperme el pondo, don Abelardo?! Se me florió⁴⁴ toda el agua y me dejó sin el trabajo de hoy y de cuantos días más, y’ora, ¿qué voy a hacer si no trabajo?, ¡no tengo cómo llevar plata a la casa! Al verla tan desesperada, le dijo:

—No llores más, Lionsa, que yo me voy a casar con vos, remató el abuelo.

Humedal El Limonar

En la populosa urbanización Bloques del Limonar, el gobierno municipal construyó un polideportivo, pero de paso taponó el humedal, que años después recuperaron sus habitantes en una épica y casi sobrenatural aventura.

Miriency González Zapata⁴⁵

Juan Pablo Cruz Escobar⁴⁶

Cali

Era frecuente encontrar pellaes, gansos, ganado, caballos y unas serpientes de color verde de más de un metro de largo. Se podían ver grandes cantidades de aves al amanecer y, después, cuando empezaba a caer la noche, se escuchaba la sonata de los grillos y los trinos de las aves que poblaban los numerosos árboles. También se veían iguazas, alacranes, sapos, iguanas, lagartijas, comadreas y zorrillos que se paseaban orondos por los edificios y que fueron poco a poco ahuyentados por continuas jornadas de “limpieza” y “erradicación” promovidas entonces por los funcionarios municipales residentes en los bloques. Se comenta que en las noches salía a cazar un puma.

No es el cuento de un visitante al zoológico de la ciudad. No. Es la historia de un habitante de la ciudad de Cali, residente desde 1982 en la otrora bien llamada ciudad perdida, construida en el vértice último de la inmensa hacienda El Limonar, enmarcada por allá en el siglo XVIII entre los linderos que un juez escuetamente fijara.

La hacienda El Limonar, además de sus límites legales, contaba y cuenta con gente que con grandes esfuerzos ha construido la ciudad desde sus laderas hasta la encarecida planicie caleña. Treinta y tres años atrás, en la zona de Villa Laguna —aledaña al existente barrio Caldas y al obstinado río Meléndez—, desplazados y emigrantes nariñenses, tolimenses y paisas, entre otros, arañaban a la ladera de la cordillera Occidental y a los Ferrocarriles Nacionales de Colombia un pedazo de tierra para establecer una vivienda y rehacer sus vidas en feroz pugna con la fuerza pública. Qué iban a saber, en medio de tan arduos enfrentamientos, que ese puntico de confrontación fue en su momento el foco del desarrollo de una inmensa hacienda que se extendía imparable por el norte hasta el zanjón puente palma que circunda la tradicional Universidad Santiago de Cali y serpentea arrullador el legendario motel Meléndez, conocido como el área de juegos, lúdica y recreación de los estudiantes de dicha institución, y que continúa en línea recta hacia el oriente hasta ahogarse en la turbiedad del canal CVC Sur.

En ese vértice último, plagado de ciénagas y pantanos hoy desecados o clausurados (Aguablanca, Zanjón Pasoancho); entre los zanjones Puente palma y Del medio, sobrevivían para deleite del originario poblador Francisco Garibello, aves, reptiles, arácnidos, mamíferos y hasta un felino de dudosa existencia.

Muchos años atrás, Cali fue proclamada la Ciudad Deportiva de América por la realización de unos Juegos Panamericanos que otras cinco ciudades del hemisferio ya habían realizado sin arrogarse títulos tan ostentosos. En esa década la población se concentraba mayoritariamente en el centro urbano que entremezclaba amplias casonas familiares con bancos, teatros, bares, cantinas, fuentes de soda y locales comerciales. Sus calles y avenidas recién pavimentadas eran atravesadas por decorativos y bulliciosos buses atestados de gente que colgaba en sus puertas como racimos humanos: el Rojo Crema, el Verde San Fernando, la Verde Plateada, el Azul Crema, el Blanco y Negro y el Papagayo, con sus combinaciones alocadas de colores, le imprimían a la ciudad un permanente aire festivo y a su modo exhibían el espíritu alegre y parrandero de la gente caleña.

Santiago de Cali era una pequeña urbe que escasamente superaba las dos mil hectáreas y en su crecimiento iban apareciendo nuevos barrios clase media que se colgaban como aretes a lado y lado de la espaciosa calle quinta que, a su vez, se desprendía del centro de la ciudad hacia el sur como larga cola de marsupial, rozando las instalaciones deportivas contiguas a la plaza de toros, escenario de los sacralizados juegos, y la Ciudad Universitaria, un conjunto de edificios que después de alojar deportistas se convertiría en la sede Meléndez de la Universidad del Valle.

Amarguras en Bloques del Limonar

Ir del centro de la ciudad hacia esos puntos en el sur constituía para muchos caleños un paseo dominguero. El paisaje de la sinuosa calle 5.a en su margen izquierda estaba ocupado por inmensas extensiones de tierra, con grandes potreros de ordeño y de engorde e infinidad de abrevaderos, dedicadas al pastoreo de ganado vacuno. Bien adentro, la romántica y tradicional casa de hacienda vallecaucana. Más al oriente, los cañaduzales se erguían con todo su verdor acompañados por florecidos cultivos de algodón. Al oriente del oriente, sobrevivía la maraña de lagos, riachuelos y pozos sobre los que se edificarían en 1977 los famosos Bloques del Limonar.

Dominadas por el coraje y la necesidad de casa propia, ochocientas noventa familias se aventuran en un proyecto de vivienda de interés social, en tan novísimo y lejanísimo lugar. Pero el sueño no se concretó tan pronto como ellos esperaban, y los primitivos pobladores, arrendatarios en sus barrios de origen, jóvenes empleados de los sectores privado y público —cuyo ingreso promedio no superaba los tres salarios mínimos—, padres de dos o tres menores en edad escolar, decidieron en 1982 ocupar los apartamentos que, aún en obra negra a cinco años de construcción, las autoridades se resistían a entregar.

El paisaje era inhóspito. En el bloque A solo vivían cinco familias y no había el encerramiento de los dos edificios como dos unidades residenciales separadas, por lo que los más de ochocientos apartamentos formaban una isla en medio de la maleza, que se extendía un kilómetro a la

redonda, poblada de atemorizantes bichos: alacranes, ratones, avispas, murciélagos, zancudos y arañas.

Los Bloques del Limonar eran edificios de cinco pisos y tres apartamentos por nivel, con paredes muy bien desalineadas construidas en ladrillo farol a la vista por fuera y por dentro, un mesón y un lavadero en cemento hacían de cocina; el sistema eléctrico colgaba desparpajado a lo largo y ancho de la casa y cinco hojas de tríplex eran las puertas; como afectados de vena várice mostraban sin pudor sus ductos de agua, cubiertos por enredaderas y musgo. En el exterior, el alumbrado público brillaba por su ausencia y solo estaba habilitada una huella sobre la tierra en medio del rastrojo como única vía de acceso a la civilización. Saliendo el sol, los gallinazos alertaban la presencia de un cadáver olvidado en sus orillas. Llegada la noche, la crónica judicial era minuciosa, obligada y controversial, empezando por el número de muertos, que siempre variaba, hasta llegar a la identificación de los homicidas, que nadie había visto. En esas soledades, los chulos también notificaron la aparición de un caballo y un perro muertos, aunque en un sitio más honroso, el Polideportivo.

El sendero de miedo que después se convertiría en la suntuosa carrera 63, custodiada por amurallados y arborizados conjuntos residenciales estrato cinco, con casas de dos plantas colindantes con un espeso guadual, era abordado según la valentía de cada quien. Como no había servicio de transporte público, decidir la hora de entrada y salida era parte de la agenda de todos, así como la selección del medio de transporte; si caminaban o se colaban en la moto o en el vehículo que ocasionalmente y atiborrado transitaba por el lugar. Don Fernando —hombre de visión empresarial— aprovechó esa situación para hacerse a unos pesitos con su vieja camioneta Ford, trasladando todo el día la gente que iba y venía con sus mercados, trasteos, materiales de construcción y hasta con los enfermos y heridos que requerían de los servicios de ambulancia.

La sobrevivencia diaria

En esas condiciones, Luz Marina no tenía opción. Salió a las cinco de la tarde a cumplir la misión de todos los días: recoger a sus tres hijos que llegaban de estudiar. No era tarea fácil, pues debía caminar por una trocha polvorienta o enlodada —dependiendo del clima—, de un kilómetro de largo, rodeada de maleza de hasta tres metros de alto, acompañada de la zozobra que implicaba andar por tan solitario paraje. Además de la oscuridad que acompañaba el tramo de regreso, debía siempre esperar la embestida de algún rumiante iracundo por la invasión de terrenos que por años habían sido de su absoluto y solitario disfrute.

Ese día llegaron bien, ni maleantes ni ruminantes se atravesaron en su recorrido. Sirvió la comida de los niños y a las ocho de la noche procedió a acostarlos. Había extendido el toldillo en cada una de las camas y alistaba el fumigante cuando la vocinglería inundó la tranquila unidad residencial:

un amigo de lo ajeno había sido capturado. Porque lo conocía y porque tenía el deber de madre para con sus hijos, no bajó a observar el ritual para la ocasión. La comunidad acudió al clamor de justicia y algunos amarraron al caco sin camisa al poste del alumbrado público, donde padecería las picaduras de nubes de zancudos mientras los alegres justicieros, bajo la lumbre de una improvisada lámpara de kerosene y al calor de la ofensa y una económica partida de parqués, se tomaban unos traguitos de guaro sin descuidar la suerte del sancionado, pues la presencia de arañas, alacranes y serpientes ponían en peligro su vida. Terminada la jornada de reparación, juego y celebración, mediando la noche, el arrojado excursionista era liberado con las prédicas del buen camino que debía seguir y todos regresaban a la paz de sus apartamentos. Este rudimentario “sistema de seguridad” funcionó hasta que, con mingas organizadas con todos los propietarios, se logró el anhelado cerramiento de los tres conjuntos residenciales: Etapa A con doscientos cuarenta apartamentos, etapa B con quinientos setenta y la etapa C con ochenta.

Don Germán abrió su tienda para ofrecer a la comunidad lo básico de la canasta familiar: frutas, verduras, lácteos, pan y carne, y garantizar así el diario para el desayuno y el almuerzo de los escasos clientes. El supermercado más cercano estaba sobre la autopista sur, distante y lejano. Las actividades recreativas consistían en el juego de sapo, las mesas de ajedrez, parqués y dominó y en una alledaña e improvisada cancha adaptada para todas las disciplinas deportivas, donde grandes y chicos se peleaban los clásicos torneos de barrio acompañados por las familias que, a su vez, disfrutaban de la cerveza y la fritanga dominguera. Otros entraban en los cañaduzales para gozar de un hermoso lago de aguas cristalinas que entre orilla y orilla tenía más de doce metros y donde solo las vacas reposaban disputando a los furtivos pescadores y nadadores el espacio solariego. Pero no eran tiempos de gran preocupación por conservar este humedal para el futuro.

En 1988, la recién llegada habitante del apartamento 202 del bloque 73, desde la ventana de su cuarto, de pie con una diminuta manta sobre sus tersos hombros, divisaba el continuo y abierto verde sobre el que se construiría el polideportivo sin sospechar que allí, oculta y silenciosa, esperaba la razón de sus futuras luchas. Tenía veintidós años.

La necesidad de un espacio para actividades deportivas y recreativas crecía a la par que llegaban nuevos vecinos. Líderes como Benjamín Rodríguez, Édgar Medina, Ernesto Barón, Jairo Vélez, Francisco Garibello y otros emprendieron una cruzada más en pro del sector y coronaron sus esfuerzos tres años después con la donación por la municipalidad de un inmenso lote de treinta mil metros insertado entre las etapas B y C, que estaban dotando de canchas de fútbol, senderos peatonales y juegos infantiles, en conjunto con la constructora colonizadora del sector.

Buldóceres y obreros del municipio, con la ansiedad de la comunidad por compañía, removieron el rastrojo y los escombros dejados por el derrumbamiento de uno de los edificios en el terremoto de Tumaco y, con el fervor del egipcio que levanta las pirámides, hicieron lo contrario y

depositaron en los alrededores los escombros, arbustos y tierra que indiferentes enterrarían el lago bajo toneladas de olvido, para dar paso al imponente Polideportivo del Limonar.

El hallazgo del “tesoro”

Los esposos don William y doña Mercedes de Barón, en sus rutinarias caminatas cumplida su jornada de trabajo, una tarde del año 2003, escucharon el croar de las ranas y una fuente de agua que hablaba.

El fin de semana siguiente, con sus picas, palas, botas pantaneras y mucho entusiasmo, entraron en la espesa selva de escombros, maleza y basura. Después de dañar muchas herramientas y con el cansancio en la piel, encontraron el anhelado pozo de la dicha con aguas limpias, llenas de pececillos y cubiertas de vegetación.

Doña Mercedes, que por ese entonces cuidaba a los niños de las vecinas, y don William, que se desempeñaba como contador público, al tiempo que participaba en el comité de convivencia y en el consejo de administración de la etapa B, consultaron a la acuciosa habitante del apartamento 202 y, contagiados del interés por saber sobre las bondades del agua, iniciaron la limpieza del sitio con la colaboración de don Álvaro González, administrador de los ya muy sobrios Bloques del Limonar, y los trabajadores del conjunto.

Los peces se escabullían a medida que despejaban de maleza el entorno y el agua del lago. Para todos era un nacimiento de agua y era un deber encontrar la salida que lo mantenía limpio. Con rudimentarias herramientas e instrumentos, lo despejaron de toda la vegetación que lo cubría y toneladas de basura fueron desperdigadas en los alrededores a manera de abono o sacadas en carretillas hacia escombreras. Debía tener más de tres metros de profundidad en el centro. La medición científica indicó que cinco. ¡Qué cálculo! ¡Qué elegancia!

Siguieron escarbando y sacando de todo hasta cuando el gancho saca-maleza “Made in don Álvaro” tropezó con algo duro: el entusiasmo se apoderó de los asistentes, a toda carrera buscaron y se pusieron sus botas pantaneras y ¡chungulún!, ¡al agua!... Dos trabajadores nadaron hacia el centro del lago y empezaron a jalar de para fuera, jale y jale y jale, ya no eran tres, eran cinco, seis, siete y muchos más...

Esa vaina pesaba y estaba atascada... A buscar cadenas y a seguir jalando con ganas y curiosidad. El tesoro del pirata Morgan no estaba en las islas de San Andrés, sino en el fondo del humedal El Limonar.

Toda la mañana se jaló hasta que una cosa grande e indescriptible empezó a salir lentamente. Los presentes no daban crédito: era una aplanadora de cemento herrumbrosa y oxidada que debía

pesar más de una tonelada; un equipo utilizado como niveladora en la adecuación del Polideportivo y echado a rodar al agua al terminar la obra. Fue erigida como símbolo de la indiferencia que inundó al sector por muchos años.

Nuevos habitantes con conocimiento de las problemáticas ambientales contagiaron a la comunidad del espíritu proteccionista. A la preocupación fundada por los nuevos proyectos de vivienda, la construcción de pozos profundos y la falsa creencia de algunos de que el humedal era una fábrica de zancudos que debía taparse, se sumó la presencia de una planta invasiva que le robaba el poco oxígeno al agua y a sus peces. Erradicaron la planta asesina del lago y decidieron que el humedal estaba urgido de una limpieza espiritual. Silvio, el indígena Yanacona, fue contactado para la sanación inicial, la posterior siembra de agua traída de los manantiales puros del Macizo Colombiano y una final toma de yagé.

Llegaron todos muy puntuales a la cita mañanera, vestidos de blanco como exigía la etiqueta, rodearon el charco, el chamán se acercó a la orilla, oró en su lengua en voz muy baja, casi inaudible, se agachó y metió el dedo índice en el agua mientras rociaba unas gotas de un frasquito sacado de su chaqueta. Era casi medio día, no había brisa y hacía demasiado calor. Empezó a formarse una estela de colores como una ola que poco a poco se extendió por todo el espejo de agua, el viento apareció en ráfagas que asustaban, el ruido era estruendoso y parecía venir de los árboles estremecidos. Los pelos de los asistentes se pararon, estaban electrificados, se miraban asombrados y el agua que hasta entonces era oscura se volvió clara y todos pudieron ver el fondo del lago y los peces. Francisco Garibello estaba lívido y al borde del desmayo.

Con semejante demostración, más personas se sumaron a las jornadas de limpieza y siembra de árboles y plantas nativas y siguen esperando el agua del macizo y la toma del yagé. Francisco encontró una nueva familia y, desde entonces, diariamente, su peregrinaje no es a la Meca sino al lago, con la comida de los peces. Doña Mercedes y don William emigraron hacia otro país dejando en la comunidad el sueño de recuperación del humedal.

Llegaron recursos públicos, estudiantes de universidades, amantes de la ecología, la guadua renació, las aves regresaron, los sapos y caracoles tuvieron nuevamente por compañía reptiles feos pero necesarios, que hablaban de la recuperación milagrosa del lago. La emblemática fuente de agua entró en las ligas mayores al ser referida por los dueños del balón en los planes de desarrollo para Santiago de Cali, pero la indolencia de un alcalde médico —pregonero de un nuevo latir para la ciudad— infartó con su desidia el humedal. Esta vez las herramientas para su defensa no fueron metálicas, sino legales: una acción popular por fin reconoce el humedal como un ecosistema estratégico, objeto de recuperación y conservación con recursos públicos.

A escasos siete metros de la orilla, retroexcavadoras y trabajadores abren un hueco enorme para

levantar imponentes edificaciones de ocho pisos con sótano. Una licencia ambiental incierta da vía libre a un proyecto urbanístico bioclimático dentro de la zona de protección, los gritos altisonantes arrecian contra obreros, máquinas, constructora y administradores de la ciudad. No son tres pelagatos en defensa de las aguas: están Francisco, el ingeniero Guillermo Soto, Sonia Gómez, jubilada de Univalle; Ancízar Castillo, quien encontró abandonada una perra en el humedal, la adoptó, la bautizó “Martha” y es la mascota oficial del Polideportivo; don Álvaro y Gonzalo Quintana, entre muchos, quienes defienden y consienten los pájaros, bichos, flores, árboles y hasta la maleza que encuentran en esas aguas un lugar hermoso y seguro.

“Se nos inundó hasta el alma”

La autora rememora las salidas de un grupo de cazadores de palomas a parajes hoy inundados por la represa de Toca, que se construyó hace más de veinte años y transformó no solo el paisaje de la región, sino las costumbres de sus habitantes.

Libia Carolina Pinzón Camargo⁴⁷

Tunja



Toca

El último día

Son las cuatro y treinta de la madrugada de un sábado de 1990. Dentro de un Toyota modelo setenta y seis se encuentran el Perrerrías, Tres Trampas, la Biblia, el Cuchuco, el Pony y don Anato. Son los motes de Carlos Rodríguez, Lino Ruiz, Hermógenes Ramírez, Alberto Pinzón, Manuel Fonseca y Anatolio Vásquez. Seis cazadores famosos en la provincia del Tundama no solo por su puntería, sino por los numerosos trofeos que han obtenido en las modalidades de lo que fueran los concursos de tiro al pichón. Entre risas y comentarios justifican la caza indiscriminada de

palomas, torcazas, patos y perdices como el entrenamiento necesario para aguzar su puntería.

Tratando de reconstruir un día de caza, acudí al Cuchuco, uno de los más veteranos del combo, quien cuenta sus memorias veinte años después, cuando por fortuna las generaciones de cazadores se encuentran en su mayoría extintas. Él recuerda no solo los lugares, sino las anécdotas, y reconstruye cada momento con tanto detalle que es fácil predecir cuánto extraña esas aventuras.

“Algo apretujados en Toyota planeamos ir hasta el Cruce, por donde la Pabocha, pasar por la meseta de don Cristo, llegar a la cañada del Guío para terminar el día en el quedadero de la Copa, en límites con Rumba, lugares famosos por la afluencia de palomas. Provisiones son algo de comida, cartuchos calibre veintidós, las escopetas, de marcas Sarrasqueta, Barasinga y Beretta y, por supuesto, los perros setter o labradores. Los primeros que se bajan del carro son los perros, que husmean y marcan su territorio en las cuatro llantas del Toyota, levantan su hocico en dirección del viento, como queriendo averiguar el lugar donde encontrarán la presa. Los señores, rápidamente, sacan las escopetas de los estuches, las arman, las cargan, las aseguran y se pertrechan con los cartuchos que van a gastar solo durante el tiempo que duren en ese sitio. Se acomodan las gorras y los vestidos camuflados para iniciar la faena. Aseguran el campero y se separan cada uno en la dirección indicada, prestos a cualquier señal del perro, con su maletín al hombro y su escopeta en posición defensiva, lista para calibrar el punto de mira sobre el cañón y apretar el gatillo en cuanto empiecen a llegar las palomas al rastrojo que tienen por desayuno”.

“En el lote de rastrojo donde recogieron cebada la semana anterior, se miran en medio de los surcos y comienzan a caminar hasta llegar al lugar esperado. El cazador se oculta detrás de un arbusto, preferiblemente de mortiño o arrayán, o a la sombra del tronco de un pino o de un eucalipto, si no hay más, pues con algunas cuantas ramas que recoge, él mismo se convierte en arbusto, acomodando su butaca plegable en la mitad de una hondonada. Ordena a su perro que se quede junto a él, bajo su sombra, y pacientemente el can se convierte en vigía del cielo recorriéndolo ininterrumpidamente, tratando de ubicar la ruta exacta por donde graneadas empiezan a entrar las presas”, apunta Marlen, la hija mayor del Cuchuco que en ocasiones lo acompañó.

Al cabo de un par de horas se vuelven a encontrar con las palomeras que empiezan a nutrirse, festejan por los dobletes y alardean de su tino, pero a la vez se lamentan por las palomas que, “altas y ariscas”, esquivaron las municiones. Como si fuera un rito imposible de profanar, los cazadores sacan de sus maletines algunos panes deformes y pequeñas latas de salchichas Zenú, que comparten. Luego de ese improvisado desayuno desarman las escopetas, las guardan en sus fundas y suben al Toyota. Con un olfato mejor que el de sus sabuesos, siguen el rastro de las

palomas que huyeron. Según el Perreras, conductor del campero, las encontrarán en la Cañada del Guío. Son casi las tres de la tarde y su paso hacia la cañada se frustró.

El muro de los lamentos

La construcción de una represa y el cambio en la forma de vida hacia la sofisticación de un pueblo no siempre son sinónimo de progreso. “Cuando echaron a joder con la idea del proyecto, yo estaba en la Junta de Acción Comunal de la vereda San Francisco. Un buen día llegó una nota, que teníamos que ir a ver lo de las medianías. También llegaron unos comisarios y nos dijeron que lleváramos almuerzo y algo de herramientas una pica y un azadón. Nosotros fuimos porque había el comentario de la gente que en esos potreros había una mina de asfalto —mire que por debajo de la tierra chorreaba una vaina como una miel pero negra—, y llegamos a pensar que aquellos cachacos al ver eso iban a desistir del proyecto para construir la represa, pero nada. Esa gente era del Incoder, y esos fueron los que nos jodieron.

Toitica la gente se negaba a la construcción de la represa. Había un señor, Plinio Ricaute, que intervino mucho para que echaran atrás el proyecto. Él no deseaba “ni por la vida” que se dañara el mejor valle del sembradío. Es que esta tierra daba comida en cantidad: era mucho recoger cebada, trigo, papa y hasta arveja. No me lo creerán, pero llegaba julio y todavía no acababan de desocupar rastros de cebada. El cultivo y la ganadería eran abundantes, todos teníamos en qué ocuparnos, faltaban manos para trabajar; pero ahora, ya lo ve, no hay ni gente. Estamos hablando de 1985. ¡Ah, malaya ese tiempo!”. Leovigildo Amésquita parece recoger los sentimientos de todos los tocanos, quienes evocan el valle fértil que fuera Toca.

Leovigildo atraviesa los ochenta y cinco años. Sus manos ásperas, rígidas; el color blanquecino de su barba, que contrasta con su piel curtida, y su dentadura asimétrica evidencian los años que dedicó al trabajo en el surco y a lidiar con el ganado. Es un hombre dicharachero y tranquilo que en su forma de hablar y el trato respetuoso refleja el carácter del labriego boyacense. En el patio de su casa, que queda en la vereda San Francisco de Toca, a unos pocos metros de la represa, Leovigildo y su esposa revivieron las escenas de la edificación del muro de contención que se levantó hace veintiún años en la vereda Leonera.

“Luego de la primera medida que hicieron y cuando nos mostraron el croquis, los compadres se afanaron al ver que sus ranchos se los iban a inundar y querían principiar a vender sus tierras, por la insistencia del Incoder, pero esa gente no pagaba lo que era de Dios. Por eso fue que don Plinio Ricaute echó a porfiar para que hiciéramos resistencia a la inundación. Vea usted, mi Señor lo llamó, y un día, viniendo de tratar ese tema en una reunión en Duitama, el carro en el que venía se volcó y don Plinio murió. Endespués de haber faltado el que hacía la fuerza para que no inundaran, ahí sí que no se pudo hacer nada.

Los vecinos por acá rumoraban que la construcción del terraplén iba a durar cuatro años y que otros cuatro duraban en llenar el pozo, y eso fue en ya que levantaron una especie de campamentos, trajeron una maquinaria tremenda, hasta armaron oficinas, llegó el ejército y hacían brigadas para ‘guardiar’. Ahí sí sacaron luz de donde no había para iluminar toitico. Este valle que en la noche era una sola tiniebla, en esa época era un resplandor. Las cuadrillas de hombres trabajaban de día y de noche, lavaban arena, cargaban en volquetas, llegaba cemento, cascajo, hierro, eso era por camionadas. Todo para edificar el muro, mejor dicho, la compuerta. Lo que buscaban era trancar el agua con esos arcos de hierro. Todo el tiempo se veía una romería por la Leonera, la vereda donde quedó sembrada la compuerta”.

Hoy, veintidós años después de la construcción de la presa, Araceli Díaz, la esposa de Leovigildo, todavía se sorprende de cómo transformaron no solo el paisaje, sino sus costumbres. “Donde levantaron el muro, en el pie de loma, abrieron un túnel para meter el tubo que iba a facilitar el flujo y el control del agua del río Toca. En esa parte del río había una moya inmensa que llamaban ‘la moya de la nutria’. La gente dice que el animalito salía a veces del agua, que tenía una cola sumamente grande, con la que enlazaba a las personas y las llevaba al fondo para ahogarlas, pero después de la represa no se volvió a rumorar nada, seguramente la taparon con materiales de construcción. Como lo ve, no valió lamento de nada ni de nadie”.

A la par de la construcción del muro, se daba marcha a la compra de los terrenos, era necesario represar el agua. “Principiaron a despatriar a los hacendados, los llamaron uno a uno para que entregaran las tierras, ellos tenían buenas fincas de ordeño. Es que en aquel entonces, salían de estas veredas tres carros cargados de leche para Bogotá. Había que embalsar el agua porque la ley lo había establecido y entregar las tierras, así fuera a marcha forzada. Los del Incoder echaron a joder a cada rato y, claro, muchos de esos hacendados pusieron hasta abogados para que no les quitaran su heredad, pero alguien tenía que ganar y fue el Estado.

El día que inauguraron la represa, lo hicieron en el sector de la compuerta, allá arriba, en La Leonera. Recuerdo que fue el 24 de julio de 1990. Parecía un día de mercado, eso trajeron cántaros, loza, fruta, panela, hasta ropa para la venta. Era mucha la jullería y cantidad de humanidad que venía de otras tierras y de otras naciones, todo por la novelería de la represa. Ese evento también tuvo su desgracia cuando todo se acabó y la gente iba de regreso para la capital; ahí en eso del Sisga se cayó un carro con seis personas y todas se jodieron”, agrega Piracoca.

Recuerdos anegados

El tiempo avanza en esta tarde de domingo Es el 28 de agosto de 2011. En la casa de don Leovigildo Amésquita todo es bucólico. El modesto mobiliario acomodado en el alero de la entrada, el aroma a tinto endulzado con panela y cocinado en fogón de leña y hasta los acordes de la música

carranguera que se escapan de un radio transistor de la cocina. La imagen que se posa enfrente de nosotros es el espejo de agua de la represa La Copa. Tranquila, imponente, radiante y sosegada. Para don Leovigildo y sus coterráneos, este restaño no les transmite sosiego: no solo anegó sus sementeras, también les inundó el alma. Su relato recoge la nostalgia de todos los vecinos que se fueron a otras tierras y de quienes murieron ahogados en la pena.

“Cuando la loma estuvo atravesada de lado a lado y la compuerta levantada, entonces ya miramos que no había imposible: el agua echó a subir en una invernada. En aquel momento creció el río y toitico se fue inundando: casas, potreros, bosque, sementeras, las cercas que separaban las medianías. Toitico, toitico se sumergió. Recuerdo al señor Rafael Jiménez. Allí abajo había hecho un haciendonón nuevesitico y rebonitico. Nos decía a los vecinos: ‘Que a mi sí no me saquen, que así me maten, pero no entrego ni por ninguna vida’. Y qué, lo mandaron llamar de las autoridades y ¡quién sé qué le dijeron! Le tocó vender el ordeño y la tierra. Echó a enfermarse de pura pena, hasta que los parientes vinieron y se lo llevaron para otra parte”.

Hacia un extremo de la represa se alcanzan a percibir las puntas reseca e inertes de unos eucaliptos. Leovigildo las señala y evoca la casona y los potreros de Enrique Cubillos, otro de sus vecinos; dice que Cubillos ahora vive en Tunja, debe tener unos noventa y tantos años y también se resistió a salir de su morada. Enrique dijo a varios de sus amigos que él quería quedarse ahí y morir ahogado. Una tarde, cuando el agua se encontraba a un alto nivel y muy cerca de su casa, Enrique trató de lanzarse; definitivamente se resistía a ver cómo el agua cubría su aposento. Sus amigos frustraron su intención.

“En pocos meses ya todo era agua. Se tapó el puente que desde la Junta Comunal habíamos construido; cuando lo ejecutamos era una necesidad para quienes habitábamos en las veredas de San Francisco y La Leonera, era para pasar de acá a Toca, era un puentonón; sí valió su buena plata. Los beneficiados también eran los colegiales que desde aquí iban al instituto de la vocacional. Pero para nada: lo tapó el agua. En ocasiones, cuando la represa baja demasiado, el puente se alcanza a ver y vuelve a prestar su servicio. Lástima el bosque de eucaliptos y acacias, ese también se tapó, y pues los animalitos que venían ahí a dormir y anidaban, de seguro les tocó marcharse...”. La voz de Araceli Díaz, su esposa, rompe el silencio con una frase irrefutable: “Esta represa lleva tragadas a unas treinta personas”.

Leovigildo y Araceli se resisten a abandonar su tierra. No les importa vivir tan cerca de la represa e incluso desconocen el interés que existe en la actualidad por parte de algunas entidades gubernamentales para ampliar la rotonda de la represa. “Nosotros no vendemos la parcela, tenemos los hijos en Chía, pero no somos gente de ciudad, allá no nos amañamos”.

La represa tiene 880 hectáreas inundadas, que corresponden, según los moradores del sector, a la

tierra más productiva para aquella época (1980-1985). Los terrenos hacen parte de las veredas San Francisco, Leonera y Centro Abajo. Los habitantes manifiestan haber quedado aislados de sector urbano del municipio de Toca. La represa almacena actualmente 55 millones de metros cúbicos, pero el diseño está para almacenar setenta millones. El proyecto de ampliación pretende represar esos 15 millones de metros cúbicos, para lo que se prevé la compra de otros predios.

El quedadero de La Copa

El Toyota avanza dando tumbos y cabriolas, por las condiciones escarpadas y agrestes del terreno, sin embargo, las sacudidas parecen algo normal para los tripulantes, quienes no se incomodan: lo único que les interesa es fijar su mirada hacia en el horizonte y constatar que el ambiente es propicio para culminar con éxito este sábado de cacería. Repentinamente, el campero pierde velocidad, uno a uno los cazadores descienden inquietos, sorprendidos. “Cualquier cantidad de maquinaria pesada invadía el quedadero, nosotros habíamos escuchado de la construcción de una represa en Toca, pero ninguno imaginaba la inmensidad del basamento. Del bosque que conocíamos quedaba muy poco, las máquinas bramaban levantando la tierra por tajos, eran innecesarias las palabras entre nosotros, cada uno caminó en redondo mirando al cielo que ya tenía un color gris, pero nada, todos sabíamos que en esas condiciones nunca llegaría la paloma a dormir ahí. Con un ademán de orden, el Perrerías subió al carro y los demás lo seguimos, no había nada que hacer, sino regresar a nuestras casas. Recuerdo que ese día llegamos temprano a las casas; fue de los últimos días que salimos a cacería.

La otra historia

El manejo administrativo de la represa está a cargo de la Asociación de Usuarios de Riego del Alto Chicamocha (Usochicamocha), y la vigilancia en el manejo del recurso es por parte de la Corporación Autónoma Regional de Boyacá, CorpoBoyacá. Usochicamocha es la entidad que controla y hace mantenimiento de la represa que surte las aguas para el sistema de riego, que se emplea en industria, agricultura, ganadería y consumo humano en los municipios de Sogamoso, Firavitoba, Santa Rosa de Viterbo, Tibasosa, Nobsa, Duitama y parte de Paipa.

Jorge Grosso, usuario del Distrito de Riego de Usochicamocha y coordinador de la Asociación de productores de quinua del municipio de Tibasosa, habla de los beneficios que brinda la represa de la Copa a los habitantes de la región del Tundama, y también de las bondades que puede llegar a proporcionar a los moradores de Toca. “Hace falta alguien inteligente en Toca que proyecte el sector desde lo turístico, que diga: Bueno, vamos a hacer restaurantes, cabañas, hoteles, deportes náuticos. Pero a nadie se le ocurre nada, salvo lo de la casa flotante, que aunque desconocemos quién les dio la licencia para su funcionamiento, no se puede negar que es un atractivo para el sector. Lo que ha hecho la gente de allá es ponerse a pelear y a quejarse diciendo que ellos no se

han beneficiado con nada”, afirma.

La casa flotante fue construida por iniciativa de Jean-Claude Bessudo, propietario de Aviatur, la reconocida empresa de turismo. La casa funcionaba como hotel, pero por los precios astronómicos en los servicios que ofrecía era para un público selecto. Los lugareños mencionan haberla visto funcionando, pero luego de unas fallas arquitectónicas, que se trataron de corregir, la casa flotante —cuya inversión había superado los cuatrocientos millones de pesos— tuvo que cerrar en el primer trimestre de 2012; luego la desmontaron y la retiraron del agua.

“Lo que pueden hacer los alcaldes es darle un uso turístico a la represa: planear y presentar proyectos y propuestas desde esta actividad para que active la economía de ese sector, como lo hacen en otros lugares”. Para Grosso, la represa ha generado más beneficios que dificultades. “El cauce del río Chicamocha tuvo un mejor control porque no volvieron a ocurrir inundaciones. Bueno, hasta este año 2012, por eso es que se piensa agrandar la represa, y también porque queremos estar preparados para el tiempo de verano. Que no ocurra lo del año pasado, pues duramos casi un año sin agua. La gente de Toca saca el agua sin permiso de allí, no pagan nada y sí contaminan, como el caso de los invernaderos, sin embargo, la gente insiste en que no les sirve para nada”.

En cuanto a los predios cultivables, el ingeniero manifiesta que los terrenos de la represa en su mayoría estaban sobreexplotados, que el suelo estaba degradado, por lo que el Estado decidió llenarlos con agua.

Para abril de 2011, el periódico boyacense de mayor circulación tituló: “Autoridades de Toca piden compensación por daños causados por la Copa”. La nota recogía las peticiones de los moradores del municipio en contraprestación por la anegación de sus terrenos. También solicitaban la construcción de un planchón para comunicar las veredas La Leonera y San Francisco con el casco urbano de Toca, además, el desarrollo de un programa de repoblación forestal. Pero el debate aún no se ha dado y los tocanos siguen esperando respuesta a sus peticiones.

Hace muchos años que mi papá y sus amigos no salen a cacería. Los títulos de gloria que se conseguían por el número de presas derribadas son proporcionales a las nostalgias de quienes hoy se niegan a reconocer la importancia de mantener la fauna y el ecosistema en equilibrio, razón por la cual ocultan bajo sus camas algunas cajas de cartuchos y escopetas que de vez en cuando sacan de las chapuzas para limpiar y engrasar. No pierden la esperanza de cazar una presa, que se pose en algún arbusto o se extravíe de su ruta, como en ocasiones ocurre con patos o aves migratorias que llegan a las riberas del Chicamocha o a algunos humedales de Boyacá.

¡Corran, corran, que ahí viene!

La ineficiencia de las autoridades hace que Barranquilla le tema a la naturaleza. En esta historia, una mujer se salva de ahogarse en un arroyo, pero otros no han tenido la misma suerte.

Dina Luz Pardo⁴⁸

Barranquilla

Un cuarto para las tres de la tarde. El bullicio, las cornetas, los mercaderes, el afán de los transeúntes y el choque de las fichas de dominó de quienes jugaban su mejor partida en pleno espacio público hacían sentir en la piel aún más los intensos rayos de sol.

“¡Corran, corran que ahí viene!”, exclamaron casi a una sola voz los vendedores de tinto, periódico, ropa y fritos. Mi paso por la avenida 20 de Julio en el centro de Barranquilla dejó de ser desprevenido. Escuché gritos angustiados y, casi sin aliento, vi cómo corrían los transeúntes de un lado para otro, y pensé “de seguro un ladrón acechó la paz de centenares de compradores”.

Ante la alarma que, de voz en voz, desde muchas cuadras arriba llegó hasta mí, di la vuelta y constaté que lo que venía se parecía al final de los tiempos. La calle estaba a punto de convertirse en un río urbano: un arroyo de caudal sorprendente jamás visto en esta avenida, con una altura de ochenta centímetros aproximadamente, venía arrasando a su paso todo lo que encontraba: sillas chazas, basura... y lo más impresionante, en un vehículo venían flotando sobre sus aguas turbias y veloces.

La incorrecta planificación en la ciudad provocó la formación de nuevos arroyos que cada vez ponen en peligro la vida de sus habitantes. Por causa de estos, un promedio de 100 horas anuales-vitales se pierden en la ciudad; a su vez, el comercio arroja pérdidas cuantiosas, que acrecientan el desempleo local.

¿Cómo era posible en esos momentos que, sin llover en el centro, bajaran por sus calles torrentes de aguas con volúmenes desbordantes para los niveles del suelo? Esa es una de las situaciones que se vive en La Arenosa: basta con que llueva en el norte de la ciudad, que es el punto más alto, y todas las aguas lluvias llegan a este sector, que está a solo unos cuantos centímetros de la cota de los brazos del río Magdalena.

Una mujer anciana con rasgos indígenas, piel tostada y vestido floreado traía en una de sus manos una bolsa con sus compras del día y atravesaba la calle buscando refugio en un local adyacente. Al llegar al bordillo, tropezó, se le zafó el zapato del pie izquierdo y su bolsa cayó al suelo. Intentó devolverse para rescatar sus pertenencias, pero el arroyo llegó justo en ese instante.

Un fuerte remezón dejó a la humilde mujer atrapada por las corrientes del nuevo arroyo; pero como ángel rescatador, uno de los vendedores del sector, en una acción arriesgada, fue a socorrer a la anciana. En contados segundos, una cadena humana se extendió desde un establecimiento y con sus fuerzas y manos entrelazadas, los sacaron. Ella, con su cuerpo tembloroso, pasó del susto y el llanto a la alegría de haber sido salvada.

Esto no siempre sucede así. Quienes han sido arrastrados por un arroyo como este, suelen reaparecer, pero sin vida, en el río Magdalena. La mujer se le prendió al hombre, de baja estatura y contextura delgada, y lo besó cuanto más no pudo. Sus besos no dejaban marcas, pero para aquél hombre cada beso de esta mujer quedó estampado en su corazón.

—¡Ay, mijo!, Dios te pague por haberme salvado —dijo mirando al cielo que se vestía de nubarrones negruzcos. Y lo seguía besando. Todos alrededor sonreíamos y algunos dejábamos escapar una lágrima al ver tan conmovedora escena.

Todo parecía entrar en calma cuando de repente vi a alguien que iba flotando calle abajo: era el dueño del vehículo que hacía unos minutos había pasado frente a mis ojos. Él simplemente se dejó llevar convencido de que no se ahogaría; su propósito, rescatar su medio de transporte y de trabajo. El vehículo se detuvo en la calle 32, comúnmente conocida como “La calle del crimen”. Cuando el hombre se vio cerca de su auto, en una maniobra que todos los espectadores denominaron como fenomenal, dejó pasar su cuerpo justo al lado del vehículo y luego extendió sus brazos para sostenerse de la guantera.

Otra cadena humana lo rescató. Al llegar al bordillo, una vez tomó aliento y ya con los niveles de agua del arroyo más bajos, su cuerpo quedó inmóvil, su respiración se entrecortó y las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. No creía lo que sus ojos estaban viendo, parte de su vehículo fue desvalijado (retrovisor, luces, una llanta y los parabrisas ya no estaban). Se dejó caer y las lágrimas le inundaron las mejillas. Muchos allí se preguntaron lo mismo: “¿Quién, en qué momento y cómo pudo desvalijar un carro con ese tremendo arroyo?”

Pasaron las horas. La noche se despidió esa tarde de octubre del 2010, embestida por un nuevo arroyo en la ciudad, con resultados negativos para la economía, algunos heridos, y el medio de transporte de este hombre, el que le permitía generar ingresos para sustentar a su familia fue arrasado, desvalijado por residentes de “La calle del crimen”. A partir de ese momento, él fue otro desempleado a causa de un problema que ninguna administración ha solucionado.

Aunque le hayan desvalijado el carro, por lo menos él no es uno de los sesenta muertos que este fenómeno ha dejado en Barranquilla hasta diciembre de 2012, y que es ocasionado en parte por la acción y omisión de los planificadores urbanos y no solo por la furia de la naturaleza.

La espera de Bienvenido

Cuando las víctimas del conflicto comenzaron a aparecer en los esteros de Buenaventura, el puerto cambió. Esta es una crónica sobre la muerte, cuando el agua es su cómplice silenciosa.

Sobeida Delgado⁴⁹

Buenaventura

En el año 2008, en medio de atardeceres, pantanos, manglares y mar, las suaves brisas del Pacífico se empezaron a sentir un poco agrestes, traían un olor a funeral que se esparcía por toda la ciudad.

El color verdeazulado del océano empezó a lucir un traje que solo se ponía en estas épocas, cuando los chicos malos caminaban con sus botas negras, entre los esteros, adornando sus hombros con un rifle que muchas veces pesaba más que quien lo portaba. Como en otras ocasiones, esos hombres se camuflaban entre las gentes de los barrios, ya que su pinta no era tan inusual, para llevar a cabo sus más siniestros pensamientos.

El martes 13 de octubre, a las cinco de la tarde, salía de su casa de madera Bienvenido Benavides, un tipo con buen sentido del humor, amable y descomplicado, con pinta relajada (en Buenaventura, a las personas como él les dicen “Cocacolo”). Vivía en el barrio El Lleras, un sector popular del puerto. Este hombre era trabajador y dedicado a su hogar, se llevaba bien con la gente y decían que nunca tuvo problemas con nadie. A pesar de sus cuarenta y cinco años, se mostraba con ímpetu de adolescente.

Mientras recorría la calle del Lleras que lo conducía al paradero del barrio El Jorge, disfrutaba ver a los niños en la calle jugando yeimy, o pepo y cuarta, los pasatiempos infantiles; y a los hombres adultos “esquiniados”, jugando carta o dominó. Su hábito era saludarlos a todos.

Bienvenido nunca llegó al muelle para cumplir su faena. Aunque su familia lo hacía trabajando como de costumbre, alguien turbó su camino. Pasaron doce horas desde su partida y Bienvenido no llegaba a casa. Se dieron las once de la mañana del día siguiente y empezó la preocupación entre quienes lo querían. No aparecía y de él dependía el desayuno de sus tres hijos y su esposa.

En medio de sus angustias y hambre, el hijo mayor de Bienvenido se preguntaba: “Mi papá por qué no llega, si ya casi es mediodía y no hemos desayunado. ¡Mi viejo dónde estará!”.

Sus hijos —Izamar de diez años, Juan de trece años y Ronald Alberto de dieciséis años— eran su más grande orgullo. Su hijo predilecto, Ronald, el mayor de la prole, físicamente parecido a él, era tan jovial como era su padre, colaborador, alegre y descomplicado; ambos apasionados por el

fútbol.

Juan, su segundo hijo, introvertido, mucho más dedicado al estudio que su hermano mayor, participaba poco en los juegos con sus amigos del barrio. “Lo que pasa es que él es muy estudioso y no le gusta perder el tiempo con esos vagos que andan de inoficiosos en la calle. Mi hijo está para cosas grandes”, comenta Rosa, la madre.

Izamar, su última hija, dice la gente que la vio nacer, ha sido la niña más linda de ese lugar, su piel de ébano la destacaba entre todas las de su edad y ella reforzaba esos elogios diciendo: “Mi color es hermoso porque el sol me miró”. Sus ojos color miel y su cabello rizado negro azabache, que caía en su espalda como cascada de río, cautivaban a la gente. Tenía una esbelta figura, a pesar de su corta edad, un cuerpo como esculpido con la mano. De hecho, fue coronada reina en Miss Sirenita, el reinado realizado anualmente entre las comunas.

Bienvenido Benavides fue a hacer su último turno de esa quincena, la paga era buena. Además, los contenedores de muelle traían tanta mercancía, que estos obreros podían sacar muchas cosas con facilidad y nadie, al menos de sus superiores, se daría cuenta. La preocupación aumentó en el corazón de Rosa, su esposa, que lo sentía casi paralizado; sus manos temblaban y apenas respiraba por la ansiedad.

En esa época se vivieron tiempos difíciles, y la gente se alarmaba por todo y por nada. El control de la ciudad fue tomado en gran medida por guerrilleros y paramilitares. Aún Rosa recuerda con tristeza la masacre que cometieron estos terroristas. Rondaba el 2009 y en el CAI del Bolívar, cerca del puente del Retén, detonaron una bomba que se cobró la vida de muchos inocentes. En el barrio El Cambio, frente al supermercado el Éxito, hubo otro explosivo: eso fue noticia nacional. Semanas después, explotó otro artefacto en la segunda etapa del barrio la Independencia.

Mucha gente salió esa mañana como de costumbre a comprar su pan para el desayuno y el aguapanela caliente quedó en la estufa porque nunca regresaron a casa para desayunar. En ese atentado también murieron estudiantes y trabajadores. Ni las moscas, que se acercaban todos los días de chismosas a husmear la mercancía de las platoneras, pudieron salvarse de tan cruel violencia. La consigna era causar el terror en Buenaventura, cayera quien cayera, no importaba. La idea era hacerse sentir creando caos. La importación y exportación de mercancía se paró hasta nueva orden.

Esos recuerdos desesperaban más a Rosa. En el barrio se rumoraba que estaban desapareciendo a las personas y que, meses después, aparecían descuartizadas en los esteros; unos porque entre bandos se desafiaban para tener el poder y control de territorio, otros por “soplones” que le decían a la Policía que grupos al margen de la ley residían en los barrios y cobraban extorsiones; y otros, por pura confusión o por sospecha, aparecían muertos en los manglares del Estero de San

Antonio y en la Bocana.

Rosa era una mujer alegre como su esposo Bienvenido, tal vez porque así son todos los bonaverenses: descomplicados, buena gentes y serviciales; parece como si todos pertenecieran a una misma familia. En Buenaventura nadie deja con hambre a su vecino, todos se ayudan. En este municipio de la Costa Pacífica se vive la buena aventura. Tanto nativos como foráneos se la gozan.

A Rosa, la esposa de Benavides, le gustaba estar en pantalones cortos y blusas ajustadas al cuerpo, tal vez porque por su misma juventud hacía complot con la moda, y también por el intenso calor. Rosa parecía una palmera de piel de ébano, tal como su hija Izamar.

Ella no tenía problema en decirle a la gente sus verdades en la cara, nada lo maquillaba con demagogia, ni sus palabras las suavizaba con miel: ella dejaba que brotaran del corazón. Así era Rosa, picada de loca, bella, cuya silueta perfecta se dibujaba en su vestuario ligero.

La preocupación de Rosa fue mayor cuando se dieron las tres de la tarde. Se sentía más inquieta y nerviosa, como cuando se presiente la muerte. Tenía un nudo en la garganta que no la dejaba respirar muy bien, y decidió llamar a su suegra Matilde: “Soy yo, Rosa, la llamo para preguntarle si su hijo ha ido a su casa, ya son las tres de la tarde y él no ha llegado y tengo una corazonada. Los tiempos están muy difíciles y esto acá en el Lleras está muy caliente”.

Matilde, sin la tensión de la nuera, le respondió: “¿No será que se quedó donde tu contraria?”. Rosa, molesta, le dijo que no estaba para bromas, que estaba angustiada. La suegra le confirmó que Bienvenido no había pasado por su casa. Y Rosa le explicó la situación: “Bienvenido aún no ha llegado, terminaba turno a las cinco de la mañana y ha pasado mucho tiempo y nadie lo ha visto; si arrima, díglele que lo estoy esperando”.

Empezó a oscurecer y Bienvenido no se asomaba. El pánico hizo presos a sus hijos y a Rosa. No era para menos: el narcotráfico imperaba, al igual que la guerrilla y los paracos. Rosa miraba el reloj que estaba colgado a la pared junto a una fotografía de su marido cuando prestaba el servicio militar.

Comenzó a llover, como de costumbre en Buenaventura, y Rosa salió a la calle a llamar nuevamente a su esposo en otro intento fallido. El aguacero se tornó más fuerte, llovía y relampagueaba, las gotas de lluvia danzaban en los techos como bailan las negras del litoral sintiendo su currulao. De pronto se fue la luz. Ya eran las nueve de la noche y sus hijos preguntaban por su padre, y ella se limitaba a responder: “Él no demora en llegar”.

Acostó a sus hijos y no durmió más. Al tercer día solo se hablaba de la desaparición de Bienvenido. Rosa fue a la Fiscalía a denunciar el hecho, llevó la foto que estaba junto al reloj, dio toda la

información y esperó. El dolor crecía cuando en la radio se decía que el terror se había tomado Buenaventura.

Pasaron quince días y Bienvenido nunca volvió, jamás se presentó a cumplir su último turno en el muelle. Pasaron tres meses y nadie sabía nada. Las autoridades investigaban, pero no era el único, denuncias como esta llegaban todos los días. A los tres meses y medio informaron en la radio que en el estero de San Antonio, enredado en los manglares, habían encontrado flotando en el mar la cabeza de un hombre, tenía más de quinientas cortadas en la cara. Ajuste de cuentas, concluían, pero nunca encontraron el resto del cuerpo.

Rosa escuchó la noticia, fue a Medicina Legal y comprobó que esa cabeza no era la de su esposo. Bienvenido era negro, un negro orgulloso. Sintió tranquilidad: en el fondo guardaba la esperanza de hallar a su marido vivo. Dos días después, en el barrio La Inmaculada, unos niños que se bañaban en el mar encontraron un costal enredado en los manglares, un nuevo descuartizado.

Ese mismo día los habitantes de Sanyú vieron flotar en el mar otro cadáver. Muchos pensaban que podía ser el marido de Rosa, pero debido al estado del cuerpo, cercenado y descompuesto, ella no pudo reconocerlo. Solo las pruebas de ADN y reconstrucción de los hechos podrían arrojar un resultado fidedigno, pero Rosa no sabía cómo hacer, a quién preguntar, no entendía de procedimientos. Nunca supo si era o no. Aún sigue esperando, junto con sus hijos, a su esposo, Bienvenido Benavides, sin poderle dar la bienvenida.

Los primeros baños públicos florentinos

Remembranza de las aventuras vividas en los ríos y en los pozos que eran la alegría de los habitantes del Caquetá.

Arturo Salas Ramos⁵⁰

Florencia

Sin duda, florentinos y foráneos se zambulleron despreocupadamente en los que fueron los límpidos, caudalosos y torrentosos afluentes que rodean a Florencia. odorizaba el ambiente un penetrante olor a maderas de Manigua (selva). Orlaban húmedos platanillos sus riberas. Retozaban y sin temor, hasta bebían el agua directamente. Hoy ni lo recordarán. No obstante, niños y jóvenes heredan esos mismos caudales convertidos en cloacas con la propia inmundicia de sus habitantes.

Muchos, con nostalgia, recuerdan; otros nunca intentaron saber qué era disfrutarlos. Las ramas frondosas de aromados árboles, en sus orillas, protegían a los bañistas que se mecían a su contacto. Aliviaban cuitas y consolaban penas. Los moradores pensaban si ese oasis duraría por siempre, pues esos ríos todo lo dieron a sus habitantes sin pedirles retribuciones. El tiempo fue pasando, como muchos testigos. Hoy, de estos, pocos quedan; otros, como sus aguas, agonizan.

Más que eso, fueron los primeros balnearios naturales florentinos. No había excepciones para satisfacer. ¿Quién para recordarlos y describirlos? Esa sería la tarea. Por gajes de la investigación historiográfica caquetense, este cronista se topa con don Florentino Ríos (para más honra). Ya octogenario, pero sano como el cedro florentino, de piel curtida por el recio clima de Manigua, pesadas maneras, ruda y fuerte contextura, recio hablar y caminar, pero fresca reminiscencia.

La mañana se había partido y el sol, a esta hora, era de intenso verano. Ubicada la casona de don Florentino, se nota arremolinamiento. Como quien quiere y no, Domingo, hermano menor de don Florentino, viejo exempleado de lo que fuera la Intendencia del Caquetá, de lánguida figura, bisbisea: “Hoy llaman balneario donde cobran después de haber invadido las riberas de la quebrada la Perdiz y del río Hacha”. De pronto, al mediodía en punto, un asfixiante vapor callejero que producía tisis invadió las casas. Fue el aviso, pese la mañana plenamente soleada. En efecto, se vino ¡qué palo diagua! Según el Instituto Geográfico Agustín Codazzi, la pluviosidad en Florencia es de cinco mil milímetros y la humedad de noventa por ciento, si no la más alta concentración del país, está entre las primeras. Hacen revivir el dicho “Aquí le da reuma hast’un sapo”.

Con vacío y melancólica emotividad interviene don Florentino. Rememora los primeros lugares donde florentinos y foráneos se concentraban como en culto puntual en el río Hacha, visto con proporciones y diferencia, al del Ganges, río sagrado de los indios: “Espacio para actualizar

chismes, dar paseos adelgazantes, hablar con ojeriza de otros, ‘matar ganas’ los más, los menos en plan de cuadrar (o hacer ‘levante’), y otros para lavar y orear ropas o para acicalarse”. Por lo dicho, se deduce que hasta iban para hacerse tratamientos de hidroterapia, así no los conocieran por ese nombre, pues atestiguaban: “Si usted ponía la parte del cuerpo adolorido bajo un fuerte chorro de agua, se aliviaba. Era santo remedio”. Pero sobre todo, el río era el punto para entretenimientos y deportivo lucimiento acuático.

Timoleón, hijo mayor de don Florentino, a quien le acallan desordenadas opiniones, casi gritando dice: “Se jugaba a la pega (o lleva), concursos como más resistencia dentro del agua, al que más lejos llegara zambullido, demostrar la vanidad en el estilo del nado, zambullir en chorros y cuchar zambullido hasta llenar una sarta de ‘jetiblanditas’ (cuchas) para el caldo que ‘para’ hasta muertos, por lo afrodisíacas...¡Y cómo no! era como esos clubes sociales que ya no existen, donde se actualizaba y difundían las novedades florentinas, nacionales e internacionales, pues ya muchos teníamos el sonoro Telefunken, aunque lo mejor de todo es que se afirmaba lo de ahora: ‘Florenia, sultana de amor tropical’ y no nos pregunten por qué”, afirman vecinas de don Florentino en coro.

“Y es que eran famosos estos bañaderos —agrega Timoleón con una niña terciada “al tuntún” (a las espaldas)— no por distinguidos, sino por únicos y a mano”. Si nos ponemos a pensar, siempre se ha buscado comodidad. Luego de saboreado el humeante café, de nuevo pondera don Florentino: “En los años treinta, el lugar preferido para el baño era La Perdiz y el sitio era la peña donde estaba el planchón (barcaza) y donde ahora queda el edificio Curiplaya” (‘curí’, ‘koreguaje’, significa brillar, oro: Playa de oro). “Finalizando los cuarenta, sobre el río Hacha, estaban ‘El charco de los curas’, ‘Las Palmas’, hoy barrio La Vega. Años más tarde se creó ‘Corea’, seguramente por estar frente al batallón Juanambú. Quedaba al otro lado del río y el paso en canoa era de balde, luego se le dio ‘valor agregado’: familiar bailadero”.

“Por supuesto, añadió, era una novedad y fue el bañadero más animado, atractivo y concurrido. No duró mucho. ¡Y quién, junto al cuartel!”. Muy jocosamente advertía: “a quienes nos gustaba esto del baño en los balnearios naturales, sentíamos era ‘la lejanía’ de ellos, pero ni así, había pereza”. Fue el costo de estar ‘empaquetau’ y si se consideraba el croquis urbano de entonces, “lo atravesaban muchos potreros, caños y zanjones”.

Históricamente, las calles amplias florentinas las diseñó el monje Fidel de Monclart, prefecto capuchino, considerado su primer urbanista en 1908, fecha de fundación de Florenia.

De inmediato, Florentina, nieta mayor de don Florentino, de piel levemente barnizada color miel, igual a su cabello, con peineta recogido y todavía “trozada” de figura, pese a sus tres niños, recuerda: “Nos cuenta papá que por su época en Florenia no existían los hoy mal llamados

‘barrios’. Los únicos referentes eran la Plaza Pizarro y la iglesia en construcción. No era como la guía del momento, que la calle con carrera número tal, no. Sino la casa de Zutano pasando por la de Mengano, donde hay una carnicería y cerca a la cantina de Fulano. ¡Y listo!”

Serían las tres de la tarde. Hora de las “segundillas”. La lluvia continuaba a cántaros. Relámpagos y truenos hacían que se escuchara lejana la voz.

Ritual del baño en agua corriente

Saboreada el agua de panela, con queso y bizcochos de manteca, al cabo de un lapso de silencio y reanimado don Florentino por la revivida nostalgia de sus hidronimias, acota: “Bien ‘mañaniau’, antes de esclarecer o ‘toldau’ (disminuido el sol al atardecer), sagradamente desfilábamos a los tradicionales bañaderos. Íbamos ‘enchingaus’ (con calzón para baño), jabonera plástica en mano y al hombro pite de toalla. Unos eran recatados e iban ‘emperigallaus’ (con todos sus ropas y adornos) otros no concurrían al río porque ya tenían regadera en casa, muchos seguimos prefiriendo los baños naturales. ¡Es que ‘nuai’ (no hay) como bañarse en agua corriente!”. Todos asienten con la cabeza, dándole razón al más conocedor, quien continúa: “La ritualidad desde niños nos la enseñaron: no jondiarse (lanzarse) diuna al charco por aquello diun derrame e inmediato ahogamiento, sino, primero, meter los pies hasta el garrón (tobillo), para enfriar la sangre, luego lentamente la pantorrilla, encocando las manos echarse agua en la coronilla y golpearla suavemente varias veces, así durante unos minutos, luego pequeña zambullida y después sí a ‘chapaliar””.

Bañaderos La Sierpe y El Encanto

Mediando los años cincuenta, si bien Florencia no crecía urbanísticamente ni había mejorado arquitectónicamente, sí iniciaba su extensión. Se explanaban los primeros tramos de pastizales circundantes para convertirlos en vivienda, como la parte baja de las mangas “Los Alpes”, costados oriente y sur del hospital “La Inmaculada”, que lindaban con la Licorera del Caquetá. Así surgieron las carreras sexta a la décima, y se prolongaron las calles 15 a la 18. Había dos poderosos propietarios de fincas que lindaban con el casco urbano florentino: “Los Alpes”, de Pizarro y “El Raicero”, de Lara. Fincas atravesadas por cantidad de arroyos, caños y un inmenso tremedal que las dividía. Así fue como surgió el populoso barrio 7 de Agosto (¡qué batalla!).

No olvidemos tampoco que el Caquetá era el sitio donde el agua se amañaba: diluviaba once meses, día y noche.

Según los testimonios de José Rosas, exfontanero del Instituto de Fomento Municipal (Insfopal), a raíz de la explanación del paraje suroriental de ‘Los Alpes’, que bordea la Perdiz, se reveló el bañadero llamado Charco de la Sierpe. Al preguntársele por qué ese nombre, contestó que había

escuchado este cuento: “Se trataba de una serpiente grande, resplandeciente y bonita, dizque tenía una cresta hermosa en su cabeza, dormía en una profunda cueva debajo de la laja y comía pescado. La huida de su guarida podría secar la profundidad del charco. No hacía daño a bañistas ni pescadores, y contaban los cazadores que solo podía atisbarse en noche de tormentosa lluvia. A la vez se hizo una cancha de fútbol, alledaña en la parte alta, conocida como ‘La planada’. La cuidaba un señor al que le decían ‘El Chato’”.

Prosigue el exfontanero: “El charco la Sierpe era profundo. Lo retenía, en un recodo, una inmensa y rugosa —pero resbaladiza— roca color pardusco que salía debajo del agua y llegaba hasta seis metros sobre el nivel del agua”. De acuerdo con informes recogidos, no tenía un ambiente familiar como ‘Las palmas’, sino un lugar donde jóvenes y adultos gustosos de la competencia del clavado se daban cita.

“Años más tarde instalaron una motobomba en la parte más alta de la laja para bombear agua al hospital. Sobre la roca levantaron una caseta de tres metros de altura, y los clavadistas, como Efraín Mazabel (otrora ciclista y ferretero) y yo, subíamos al techo y nos lanzábamos. No era para todos: había peligro de estrellarnos contra la orilla del peñasco, ya que la caseta de la motobomba estaba retirada del borde de la laja. Al clavarnos pasábamos rosando el canto de la roca. Muchos se jodieron las costillas”, concluye José.

El Encanto

Lo más cercano al origen histórico de su nombre es que fue dado por los indígenas Huitotos en la época del genocidio cauchero, cuando escaparon para asentarse por estos lares. El Encanto fue, de acuerdo con los escritos sobre los caucheros, una agencia entre los ríos Caquetá y Putumayo ubicada sobre el río Caraparaná.

Allí se congregaban los florentinos para disfrutar el baño del Encanto. Kilómetros arriba, el río es torrentoso, amplio y caudaloso, pero en este lugar se encajona y se reduce entre dos peñascos: el del costado oriental, como una pared color tierra, donde solo se sostiene lama y se ensoberbece a más de treinta metros de altura. La del frente, la occidental, tiene unos seis metros. Los bañistas afirman que pululaban “temblones” (especie de anguila que fluye electricidad).

Atractivos y peligrosos clavados

Cansado, don Florentino recompone sus pensamientos: “Lo que hacía más concurrido el bañadero era la verraquera de los jóvenes. Nadie quería rezagarse para poner ‘punto’ por estilo o formas de clavado. Los tímidos clavados comenzaron desde la peña, a seis metros de altura. Quizás el más difícil fue el llamado ‘Salto de la rana’: consistía en arrojarse a lo más “bajito”, el nivel del agua máximo a la altura de la cintura”. (Don Florentino, con señas, trata imitar el movimiento.) “Se

lanzaban de cabeza, con las extremidades extendidas, metían la cabeza y los brazos entre las piernas y, al caer al agua, de inmediato debían emerger, como una rana, de lo contrario... era el suicidio. Por supuesto, el público se entretenía. Impresionaba tan riesgosa diversión. Nunca hubo ahogados a causa de los ‘temblones’, pero sí muchos corrientazos”.

Reanima la demostración y el corrillo expectante: “Les pareció que no era suficiente. Se jalaban (subir) sobre el puente, detenían los camiones y se trepaban encima de la carpa; otros, casi suicidas, se encaramaron más alto, sobre las torres del puente y haciendo cualquier pirueta se lanzaban al vacío con estilos ‘pechoepaloma’, el Cristo de espaldas, volteretas, entre otros. Transeúntes y bañistas quedábamos tensos y boquiabiertos al mirar el espectáculo”.

Émulos de clavadistas mundiales

Faltaba la tapa de lo insólito. De acuerdo con varios testimonios, muchos florentinos pudieron ser émulos del clavadista colombiano Orlando Duque, pero desperdiciaron la oportunidad. En versión de “Pilín” Castro, nieto de don Jacinto, y uno de los más osados, declara: “Recuerdo varios como a Pasaje, Homero, Escalante —que se desnucó en el fondo del charco—, pero el único que logró saltar del punto más alto de la peña de El Encanto y hacer los clavados más espectaculares fue Heriberto Oyola. Todo lo tiró por la borda. Yo tuve un percance: quedé enterrado de cabeza en el barro del charco. El temblón más peligroso y conocido como ‘guacamayo’ era el que existía en El Encanto”, concluye “Pillín” Castro frotándose su canosa chivera.

Circunstancias de orden público, que colindara con la guarnición militar, que se secara el cauce del Hacha, el descuido y la contaminación terminaron en la clausura del que fuera otra de las delicias de los florentinos, en especial de don Florentino Ríos.

Visto lo anterior, se puede decir que en el Caquetá existió una cantera de “campiones” de deportes acuáticos. Se dio cuenta de clavadistas que tenían las más grandes piscinas, los ríos, pero sin un laurel ni palmarés en natación. Don Florentino asevera que vio nadando a don Delfín Blanco abajo de la desembocadura del Peneya con un estilo nunca visto: “Con más de medio pecho afuera del agua, atravesando el ancho y corrientoso Orteguaza”.

La tragedia del río Hacha descubre un tesoro

Así como el agua brinda alegrías, su maltrato desencadena tragedias. Corría el año 1962 y nadie presagiaba el suceso del 17 de agosto. La depredación de la cabecera del río Hacha, desde el “Alto de Gabinete”, donde nace, cobraría elevado costo. Se cuenta que la represada del caudal, a primeras horas de la madrugada de ese día, causó el infortunio en el barrio La Vega, con más de una docena de desaparecidos. Por eso tuvieron que acondicionar un potrero rumbo al aeropuerto para construir el barrio Juan XXIII.

Tras dicha catástrofe, la naturaleza desnudó el costado oriental del barranco peñascoso metros arriba del bañadero para mostrar el legado rupestre, artístico, instructivo y turístico para la región: los petroglifos del Encanto. Todavía ahí están, tal como habían permanecido por milenios. Autoridades y moradores han permitido que sean vulnerados grotescamente hasta su práctica desaparición. El tesoro, seguramente, no era para esta región.

Legado fatal

Todo ello es historia para don Florentino, quien lamenta que sus choznos quizás no alcancen a conocer, y menos disfrutar, lo que él sí pudo. Las hidronimias (cuerpos de agua) que tuvieron fama de querendonas y “buenonas” han bajado su cauce en un setenta por ciento, tal es el caso de quebrada La Perdiz y del río Hacha. Irresponsablemente, hoy están convertidas en alcantarillas de Florencia, mal denominada “Corazón verde de Colombia” y todo porque lo dicen unas tablas. A sus gobernantes les quedó muy “honda” la ecología.

Lo que sí está muy claro es que si los clavadistas del charco “La Sierpe” tuvieron la osadía del suicida, los del “Encanto”, desde lo alto, su estilo. La torrentosa lluvia no amainaba. Los truenos no cesaban. Llegaba la vespertina pero, como se sabe en el Caquetá, durante el verano diciembre-enero, amanece más temprano pero anochece tarde. Todos están silencio, con la mirada perdida, y aparece un pensamiento: ya ni aromas ni platanillos hay en sus riberas. De pronto se hizo de noche. No hay retorno: el río Hacha perdió su atractivo Encanto y la Perdiz, su misteriosa Sierpe.

Los antiguos pozos de Leticia

Cuando en la capital del Amazonas no había acueducto, la gente se surtía en pozos y el agua recogida se conservaba fresca en cántaros o en neveras que funcionaban con petróleo. Hasta la fábrica de gaseosa se surtía de un pozo.

Jorge Enrique Picón Acuña⁵¹

Leticia

Mi madre, María Acuña, tiene en la memoria muy bien grabada la experiencia de casi siete años en el internado que regentaban las Hermanas Vicentinas de la Caridad, cuando se formaba a las mujeres para que salieran del internado al altar, tal como ella lo vivió.

En esos años de su niñez, cuando aún no estaba en servicio el acueducto —que tan sólo entró en funcionamiento en 1955, gracias al presidente Gustavo Rojas Pinilla—, los habitantes tenían que buscar el agua en los pozos. Para cumplir esta tarea doméstica, las internas cogían las ollas y se dirigían al pozo de Monseñor, ubicado en la parte baja de la residencia del Prefecto Apostólico de Leticia, en busca del líquido, que en buena parte se utilizaba en el consumo diario y en la preparación de los alimentos. Incluso, muchas personas se bañaban y lavaban la ropa en los “ojos de agua”, que daban origen a los pozos.

Así empecé a profundizar en el tema, conversando de manera informal con otras personas. Carlos Eduardo Garnica Pérez, más conocido como “Daduca”, me explicó que los pozos o “casimbas”, como se dice en portugués, tenían el nombre del propietario. Hizo memoria y me nombró los que más recordaba, entre ellos, “el pozo de doña Rosa, el pozo de doña Lucha, el pozo de la Gaseosa Progreso, el pozo de doña Elisa y el pozo de doña Dominga”.

A diferencia de lo que ocurre en otras regiones colombianas, los pozos leticianos tenían una especial manera de construirse, tal como lo cuenta mi madre: “Primero se abría el hueco de forma cuadrada en el sitio en donde estaba el ojo de agua, más o menos de metro y medio de profundidad, después se hacía un cajón de madera que se introducía en la parte que fue excavada”. De esta manera, el agua quedaba a ras de tierra. De muchacho pude comprobar que en el pozo de doña Lucha, para más comodidad de los usuarios, se colocaban unas tablas en el piso como protección contra el barro y el charco. Además, recuerdo que el área del pozo era cubierta con un techo en el que se utilizaban las hojas de caraná o láminas de zinc viejas como protección contra el inclemente sol del verano amazónico.

Don Silvio Medina es un leticiano que ya pasó la barrera de los ochenta años. Con él siempre me encuentro los domingos en la plaza de mercado ubicada en el puerto civil de Leticia, muy cerca de

lo que nos queda de río Amazonas. “Yo me ganaba unos centavos vendiendo el agua en las casas; madrugaba a las cinco de la mañana con otros compañeros y cogíamos unas latas grandes de mantequilla y ahí vendíamos el agua. Con esos centavitos tenía para ir a cine y comprar bombones”, cuenta en medio de risas. Y es cierto. Muchas personas, a falta de empleo, trabajaban vendiendo el agua en la mañana y en la tarde. “Tu abuelo fue uno de ellos, él se despertaba a las 4:00 de la mañana y ya tenía listas todas las latas para su clientela”, comenta doña María.

Una tarde me encontré con Arturo Rojas, reconocido en la comunidad como un excelente futbolista, y enseguida lo abordé con la pregunta:

—¿Arturín, qué recuerdas de los antiguos pozos?

—Claro, mi abuela Elisa tenía su pozo y quedaba cerca del pozo de Monseñor —y me amplió el caso de los vendedores de agua—: Unos tenían una carretilla. Otros tenían unos palos que se colocaban en los hombros, en cada punta se colgaban las latas de mantequilla o de manteca” (banha, como se dice en portugués). En esas latas se podían transportar unos veinte litros de agua.

Todas las personas concuerdan que el agua del pozo era limpia, cristalina, al punto que se podía observar el fondo en donde brotaba el agua de manera incesante; además era muy fría, con un sabor especial. Cuando se quería tomar el agua se utilizaba una totuma; a falta de esta, se utilizaba la mano o las manos dando forma de recipiente en cuyo caso había que arrodillarse y acercar la boca al pozo.

En las casas, el sitio ideal para guardar el agua del pozo para el consumo diario era el cántaro, tinaja o “pochi” (pote en portugués) que elaboraban como expresión ancestral los indios tikuna, sin descartar los que llegaban de Belem do Pará y Santarén (Brasil) en los barcos Tavares Basto, Lauro Sodré y Lobo Dalmada, según el maestro de música y leticiano, Alfonso Dávila Ribeiro. Como solamente las familias pudientes tenían la nevera que funcionaba con petróleo —debido al intermitente servicio de energía eléctrica—, la población de bajos recursos disponía de un buen cántaro en donde el agua siempre estaba muy fría, con el particular sabor y olor que aquel le suministraba. Era una delicia tomar un vaso o taza de agua después de jugar con los amigos en las polvorientas calles leticianas, o al llegar a la casa, finalizada la jornada escolar o, sencillamente, después de cualquier vuelta o diligencia en la pequeña ciudad.

Tanto mi amigo “Daduca” como Héctor Noriega López, actual rector de la Escuela Normal Superior, recuerdan que la primera fábrica de gaseosas de Leticia, denominada Gaseosas Progreso, propiedad de don Arturo Pereira, contaba con un pozo del que se sacaba el agua, que, una vez hervida —como lo anotó don Silvio—, se convertía en la materia prima para fabricar los *refrigerantes* (gaseosas), tarea diaria encomendada a don Mamerto Angulo. Además, con esa agua se limpiaban los envases de vidrio y se fabricaban las piedras de hielo que posteriormente utilizaba

“Muchila” para vender los “raspadillos”, que aderezaba con anilina roja y leche condensada o, en el caso de “Pedro Avenero” y Belisario, para enfriar la deliciosa avena o el jugo de piña. Gaseosas, hielo y raspadillo a partir del agua de los pozos leticianos, para calmar el calor en los intensos días de verano.

A propósito de las Gaseosas Progreso, la muchachada de la época hacía cualquier cosa con el de fin “probar” los variados sabores que se vendían en la tiendas, según lo narra el maestro Dávila: “En muchas ocasiones, por las ganas de tomarme una ‘gasiosa’, me tocó, en compañía de mis primos Eliécer, Chepe, Luisito, y mis amigos Nelson Cordero, Carlos Oliveira y Alejo Galvis, lavar cualquier cantidad de botellas en un tanque ubicado a mano derecha por la entrada principal del primer piso”.

Con la llegada del intenso verano se agotaba el bolsillo de quienes vivían de los pozos, ya que estos empezaban a secarse y, como dijo don Silvio, “ahí no había forma de conseguir los 20 centavitos para los bombones y la película”. En una oportunidad, “todos los estudiantes tuvieron que llevar el agua en ollas o latas a la escuela como consecuencia de fallas en el acueducto. El agua de los pozos se depositó en un tanque elevado de cemento en donde se improvisó una escalera humana para llenarlo”, tal como lo recuerda el exalumno lasallista Guillermo Zambrano. Claro, una vez empezó a funcionar el acueducto, hacia 1955, presentó problemas como daños en los motores y limitada cobertura, de tal manera que los pozos naturales por muchos años más fueron la fuente inagotable de agua.

Mi madre me contó que en los pozos lavaban la ropa muchas señoras del poblado; pero, además de la que pertenecía a la familia, se ocupaban de la ropa de los militares y de los empleados públicos. Ellas eran reconocidas como las lavanderas o como se reconocía doña Dominga, de origen brasileño, “*eu sou lavadora de roupa*”. Así, “todos los lunes en la mañana recogían la ropa sucia, al siguiente día iban a los pozos, lavaban con agua limpia y la extendían para que se asoleara. Después, la planchaban usando la plancha de carbón de marca brasilera porque calentaban más. Finalmente, el viernes o el sábado la entregaban a sus dueños bien limpia, planchada y almidonada. Los cuellos de las camisas, las mangas y los pliegues de los pantalones quedaban impecables”. Muchas mujeres colombianas, pero especialmente las brasileñas, lavaron ropa para ganarse su platica, porque en Leticia no había empleo; mi mamá fue una de ellas.

“Para lavar la ropa en los pozos las señoras utilizaban un pedazo de palo del árbol de pona con el cual la golpeaban varias veces para aflojar la mugre”, comenta Héctor “Peruca” Rojas, mi padrino de bautismo.

Alrededor de los pozos se armaban las conversaciones, los encuentros y se comentaban los acontecimientos del día. En la época de los internados femeninos, fueron un buen pretexto para

que el muchacho mirara por un rato a su pretendida dama internada en el claustro de las hermanas Vicentinas, burlando en muchas ocasiones el celo y la disciplina con que ejercían el cuidado y protección de la joven leticiana. En otros casos, causaban más de un dolor de cabeza, como cuando Rosa olvidó extender la ropa cerca del pozo por estar jugando con una amiga. El resultado: una buena fuetera que recibió de la mamá por tamaño olvido. En más de una ocasión hubo sustos, como cuando en época de invierno se inundaba la zona de los pozos con las turbulentas aguas del Amazonas; entonces, los muchachos aprovechaban para bañarse, solo que en una vez por poco se ahoga Germán Medina, cuando sus compañeros pensaban que estaba jugando, según recordó Josías Mendoza. Y no faltó el ahogado en los mismos pozos.

Hoy, los antiguos pozos naturales de agua han desaparecido debido al afán urbanístico que se viene llevando a cabo de manera desordenada en Leticia, pero aún no hay solución confiable para el suministro de agua potable a sus cuarenta mil habitantes. Paradójicamente, esto le ocurre a la ciudad que se encuentra en la margen izquierda del río más grande del mundo, el Amazonas, además de contar con la quebrada Yahuaraca.

Por otra parte, la experiencia privatizadora de servicios tan esenciales como el acueducto sigue sin arrojar los resultados esperados; el común de la gente se queja de la potabilidad del agua y de la cobertura, que no es la mejor. Queda como alternativa la construcción del pozo artesiano en las viviendas, para lo cual se perfora la tierra unos dieciocho metros de profundidad hasta encontrar el nivel freático, entonces, el agua es succionada gracias a una motobomba eléctrica que logra impulsarla a un tanque elevado en donde es almacenada para usos domésticos. Dichos pozos artesianos serían la versión moderna de los antiguos pozos; claro está, el costo de su instalación no está al alcance de todas las familias leticianas.

Por eso, mi mamá y todas las personas de su época son contundentes al afirmar: “La vida en Leticia antes era mucho mejor”.

Cuando el agua corría libremente

Este es el relato de los orígenes de Ipiiales y su desarrollo acorde con la geografía del agua en la ciudad y con el curso del río tutelar de la región: El Guáitara.

Jaime Coral Bustos⁵²

Ipiiales

Ipiiales solo era una calle larga, con matorrales a los lados y pocas casas. Así lo cuenta la señora Beatriz Chacón Jaramillo, bisnieta de los primeros habitantes de Puenes en 1920. Con algo de orgullo y mucha nostalgia, recuerda una quebrada que venía desde el occidente (actual patinódromo), y que bajaba bordeando el camino real. Cruzaba los campos donde más tarde se levantó Malterías de Bavaria, ahora en ruinas. Luego, cerca del puente natural de Rumichaca, buscaba las profundidades del Guáitara. En todo su recorrido, la quebrada servía a las necesidades básicas de la naciente población.

Todavía existen algunos humedales como el del Puente del Negrito, que se debate en franca lucha contra el urbanismo acelerado. Allí, hace muchos años, se instaló el Negro José, ayudante de arriería que trajo de Tumaco la imagen de la Virgen de Mercedes. Para facilitar la veneración pública, construyó sobre la quebrada un puente que cuidaba por su cuenta; de allí el nombre del Puente del Negrito. De viejo, entregó la imagen a la familia Chacón Jaramillo para continuar con el culto y en torno a ella se levantó el barrio Puenes.

Los habitantes del lugar comentan que los pozos de agua se cavaban en los patios solariegos de las casas, y los pozos públicos ofrecían su mansedumbre en los entonces lotes baldíos adonde iban los jóvenes a cargar el agua en pundos de barro cocido, hasta ya entrados los años cincuenta.

La altiplanicie que hoy ocupa Ipiiales está situada sobre la cordillera de los Andes a una altura de más de 2.800 metros sobre el nivel del mar. La calle central (carrera 6.^a) se extiende de oriente a occidente subiendo la empinada cuesta que vienen del cañón del río Guáitara, donde se venera la imagen de la Virgen de las Lajas, y se prolonga suavemente hasta la Loma de Puenes. Fue allí donde hace muchos años se inició la población indígena de los Pastos en chozas circulares esparcidas por esas laderas.

Con la llegada de los españoles, hacia 1537, Ipiiales se trasladó al lugar que hoy constituye el viejo centro de la ciudad, huyendo de las epidemias y porque el agua corría libremente formando figuras caprichosas. En el centro de lo que hoy es Ipiiales, en la esquina de la carrera 6.^a con calle 12, junto a tres chozas de paja, corría ladera abajo un hilo de agua que el progreso secó de tajo.

Memoria húmeda de los barrios

La Laguna era un pequeño y frío espejo donde se mecían las garzas en su vuelo de paso; allí descansó Simón Bolívar en una pequeña canoa que abrigaba la libertad. El cuerpo de agua se fue secando y se levantaron las primeras casas de las familias Cisneros, Acosta, Sarchis, Coral y Prado. Los hermanos José y Nabor Cisneros, peluqueros que atendían en sus casas, luego levantaron la fábrica de adobe, ladrillo y teja de barro. En ese mismo sector, por el centro de lo que ahora es la Institución Educativa del Sur, corría un caño de aguas negras que recogía todas las vertientes de Ipiales, incluidos los desperdicios del Hospital San Vicente de Paúl, y pasaba a los potreros de don Julio Vela (Terminal de Transporte Terrestre) para continuar por El Charco buscando el cañón del Guáitara.

Guillermo Coral Nazate, de 75 años, cuenta que los olores eran insoportables, pero que al fin terminaban acostumbrándose. En la esquina de la calle nueva (calle 7.^a) con carrera 2.^a, funcionaban los famosos Baños las Delicias, con agua caliente, adonde se acudía en familia al ritual del baño semanal que, para economizar, era colectivo; luego se tomaba agua de tamarindo que purificaba la sangre y reponía energías “porque el baño lo debilita a uno, o al menos era lo que nos decían”, comenta don Guillermo entre serio y risueño.

Hasta 1980 todavía había pozos en las casas y ahora quedan los restos abandonados; otros están perdidos, como el de San Joaquín, sombreado de árboles y ramas que formaban un arco encima, como lo recuerdan Nicolás Chilanguay y Bertulfo Acosta.

El Charco es una pequeña ciudadela donde, al calor de las brasas del carbón encendido, se doran los apetecidos cuyes, plato típico por excelencia. Todavía queda un caño de agua que crece en invierno y agoniza en verano.

Hacia el sur, tomando la calle 4.^a, pasando el mercado de las papas, brota el agua del Chorro Grande, fuente de trabajo para los aguateros de principios del siglo XX, que hasta los años cincuenta sirviera para que se ganaran unos cuantos reales vendiendo el agua a las amas de casa. Pero los tiempos cambian: ahora se va por la Perimetral y, cuando el agua falta en Ipiales, a unos cincuenta metros, los parroquianos se pueden abastecer de agua en tanques y canecas, como sucedió en el 2008, cuando estuvimos sin servicio de acueducto por ocho días. Allí, por las mañanas, bajan las mujeres con los quipes (cargas) de ropa que lavan en las pocetas y por la tarde regresan haciendo cuentas del dinero que recibirán para hacerle quite al hambre y al frío.

Agua para los muertos y los fantasmas

El Chorro Chico se está muriendo. De esta fuente se llevaba el agua para las flores que adornaban las tumbas de los antepasados. Era de verse el 1.º y el 2 de noviembre cuando los mayores iban de luto riguroso y a los niños nos obligaban a vestir también el odioso vestido negro y en silencio, hablando pasito, bajando por el barrio Palermo, hacíamos cola para llenar los botes de agua y luego

subir al cementerio. Las señoras llevaban unas cuantas flores cogidas de la huerta casera; los señores cargaban con la brocha, la pintura, el martillo y unas puntillas; los niños acarreábamos el agua y antes de entrar al camposanto, pasando por el callejón, se cumplía el ritual de ponernos hojas de marco en la cabeza para evitar el mal aire, debajo de la gorra heredada de pasadas generaciones y guardada para este acto solemne. A veces las hojas nos las ponían debajo de los brazos y era un suplicio recogerlas cada vez que olvidábamos el “remedio”.

El Total, ahora barrio Álamos Norte, fue una ciénaga traicionera que cobró la vida de los liberales cuando quisieron enfrentarse a los conservadores de Pupiales, el 22 de marzo de 1900: un ejército de mujeres armadas de palos, cuchillos de cocina y machetes, al mando de Virginia Huertas (La Chilca Negra), Mercedes Muñoz de Narváez (La Cuesca), en tiempos de la guerra de los Mil días. Cuentan que de noche en noche se escuchan los gemidos de los fantasmas.

Don Cornelio Bastidas, que tenía más visión de negocios que temor a los espantos, aprovechando la hondonada, construyó un pequeño lago, Las Canoas, suficientemente grande para que los vecinos pudieran nadar, pasear en canoa o simplemente posar para la foto en la “isla”, que quedaba unida al borde con puente de arco.

Una vez, don Lolo Mejía, que cuidaba las canoas en una casa-tienda-bar, se quedó solo recogiendo basuras y arreglando mesas, cuando sintió que de las totoras salían gritos y gemidos, vio luces inciertas que subían y bajaban por la ladera, todo esto con el aullar de los perros que se escondían debajo de las bancas. Cuenta que se echó el escapulario a la espalda y subió la cuesta gateando porque las piernas no le resistían, y más muerto que vivo buscó protección en las casas cercanas.

Con el paso del tiempo todo quedó en el abandono y en el olvido. Sólo de tarde en tarde algunos muchachos se aventuraban a bajar hasta la quebrada a cazar pájaros, robar cañas de maíz y darse un medio chapuzón en el agua fría. Y de esto no hace mucho, por los años setenta, Martín Luna y sus amigos, en una de esas correrías en busca de mazorcas de choclo, vieron surgir una figura espantosa, como un hombre pequeñito que crecía bajo un sombrero enorme. Verlo y correr fue todo al tiempo. Ahora lo cuenta rascándose la cabeza y dice: “No sé qué pudo ser, pero el susto sí fue macho”.

El río tutelar

Y el más grande de todos, la frontera que no pudieron vencer los Incas, el río sagrado que al decir del historiador Monseñor Justino Mejía y Mejía “es un río en prosa y en verso”, se llama Alumbre, y Játiva cuando se desprende del volcán nevado Chiles; corre por tierra ecuatoriana con el nombre de Carchi. En Colombia se conoce como Guáitara y cuando pasa a los pies del santuario de Las Lajas, se nombra Pastarán y así lo llamaron los indígenas, lo mismo que Angasmayo (río Azul), y los españoles lo bautizaron como Río Grande de Quillancinga.

El Guáitara es nuestro río tutelar, junto con todas estas quebradas que corrían libres hasta que el hombre las encauzó y las condujo por venas de hierro que afloraban en los grifos públicos, como aquel de la calle 4.^a con carrera 4.^a donde un día apareció muerto el famoso bandolero conservador, “Pájaro Azul”, poco después de la muerte de Gaitán. Don Hernando Arteaga lo recuerda muy bien porque ese día se enrolaba en las filas del Ejército Nacional para buscar fortuna en otros lados: “Eran pasadas las fiestas de la Virgen de Las Lajas del 15 de septiembre de 1950. ¡El alboroto que se armó cuando se supo la noticia porque el Pájaro Azul venía con la negra misión de matar a todos los rojos de Ipiales!”. Y la matanza sería muy grande porque Ipiales es (¿o era?) la plaza roja de Colombia y los conservadores estaban contados, entre ellos mis no muy lejanos ancestros.

La quebrada tragabalones

A la quebrada La Flora le encantaba tragar balones. Los deportistas que jugaban en la cancha cercana debían hacer maromas para rescatarlos, pues no podían tocar el agua contaminada.

Sergio Emiro Gaitán Rosero⁵³

Bucaramanga

Los regaños de las mamás no nos impedían jugar cerca de La Flora. El agua ya no era tan limpia en esos tiempos, pero la existencia de los peces nos tranquilizaba. La casa quedaba a doscientos metros de la entrada del barrio Terrazas. Para llegar allí había que atravesar la quebrada. Desde los años setenta, mis hermanos y vecinos nos uníamos para visitarla.

El barrio de Terrazas se estaba terminando de construir, aunque ya había algunas casas habitadas. En los lotes que aún se encontraban se podían coger las hormigas culonas; unos años después había que subir al barrio Pan de Azúcar —más arriba del barrio Terrazas— para atraparlas; eso sí, había que llevar el equipo completo: ropa vieja, en especial las medias (porque las hormigas las volvían pedacitos), un alambre de veinte centímetros con un aro en la punta y un pote para echar las hormigas. ¡Ah!, se me olvidaba algo muy importante: el espejo para calentar el hoyo el hormiguero, colocándolo de manera que el sol se reflejara en el hueco: así salían más rápido las hormigas.

La quebrada La Flora es una fuente hídrica que nace al oriente de Bucaramanga, arriba del barrio Morrorrico, cerca al sitio denominado Alto de los Padres. Pasa por los barrios Cabecera del Llano, Pan de Azúcar, El Jardín, Terrazas y la Floresta. En este último se junta con otras dos quebradas, La Cascada y La Aurora del Cacique, para formar la quebrada La Iglesia, que va a desembocar al río de Oro en el municipio de Girón, pasando por Coca-Cola y Cenfer. La quebrada atravesaba una finca muy famosa llamada Cabecera del Llano, propiedad de la familia Puyana. Ahí se creó el barrio que lleva el nombre de la finca. Los barrios que atraviesa la quebrada La Flora en su recorrido son de los pocos en Bucaramanga que aún se encuentran ocupados con edificaciones para uso residencial.

En la orilla de la quebrada se encuentra la iglesia del Espíritu Santo, y una cancha de básquetbol en el área del parqueadero. La quebrada era un lugar de juego y esparcimiento para los vecinos de la zona entre los años sesenta y ochenta. Allí íbamos con mis hermanos y conocidos y disfrutábamos pescando cupis, unos pescaditos pequeños, que al llegar a casa echábamos en una bombona de vidrio a manera de acuario. El trofeo más grande era coger un pez llamado laucha, que tenía bigotes y era plancheto, algo parecido a un “choque”. Nuestras mamás nos regañaban, porque decían que meternos en esa quebrada no era bueno, pues podíamos contaminarnos.

Así lo recuerda Carmen Sofía, nuestra vecina de la carrera 36: “Acuérdese de que íbamos a pescar cupis, a mí me gustaban los de color azul, los metía en un vaso de mermelada de esos gorditos. Allí nos metíamos descalzos y mi mamá nos regañaba porque nos mojábamos hasta el ‘jopo’. A mí no me gustaban los cupis negros (guarasapos). Cuando llegábamos a la casa, mi mamá nos estaba esperando para darnos unos correazos. También recuerdo que preparábamos unos succulentos almuerzos y nos los comíamos a la orilla de la quebrada, donde hoy queda la cancha de la Universidad Autónoma de Bucaramanga (UNAB); ahí, la quebrada era más ancha y tenía más playa”.

Mi primo Ramón comenta: “Allá cogíamos cangrejos, recorriamos la quebrada hacia abajo levantando las piedras, debajo de ellas se encontraban los cangrejos, que tenían de unos ocho a diez centímetros de diámetro y eran de color marrón oscuro; los llevábamos a la casa y los cocinábamos. Quedaban muy ricos, se partían las tenazas y con una cucharita nos comíamos lo de adentro”.

Carlos Pareja, el primer amigo que tuve en la cuadra, que tenía muy buena puntería con la cauchera, comparte sus recuerdos conmigo: “Íbamos a matar lagartijas con piedras y con la cauchera matábamos iguanitas que tenían una cresta en la cabeza y a veces palomas. También pescábamos cupis; me acuerdo que cuando estábamos en la quebrada nos hundíamos hasta la rodilla como si fuera tierra movediza”.

Luz Helena, otra vecina, tercia: “Cuando estudiaba en el colegio de La Presentación en la clase de biología nos llevaban a la quebrada a buscar animalitos, me llamaban mucho la atención unas maripositas de color blanco, que abundaban. Bajar a la quebrada era muy difícil porque nos resbalábamos mucho”.

En la cancha de la iglesia, que fue construida en los años setenta, aprendimos a jugar todos los niños de esa época: los Gómez Lizarazo, los Becerra, los Gandur, los Gutiérrez, los Ortiz, nosotros los Gaitán y muchos más de los barrios Terrazas, La Floresta, Jardín y Cabecera.

En un principio no había malla en la cancha, por lo tanto era previsible que el balón cayera en el agua. Algunos balones se los llevó la quebrada cuando estaba crecida. Al igual que muchos otros habitantes de sector de Bucaramanga, creía que se llamaba quebrada de La Iglesia, porque pasaba por la capilla del Espíritu Santo. Pero un funcionario de la Corporación para la Defensa de la Meseta de Bucaramanga (CDMB) me confirmó que se llamaba La Flora.

En su recorrido, la quebrada pasa por el barrio Terrazas, donde fue canalizada para construir la entrada al barrio, y continúa su trayectoria formando un gran cañón, que fue cómplice de nuestras grandes aventuras. Sobre la canalización existía una cancha de fútbol que llamábamos El Hueco, una especie de meseta, cuyos cortes tenían una profundidad de aproximadamente dos

metros. Cuando jugábamos, siempre se nos caía el balón a la quebrada, igual que en la de básquetbol: el balón se metía dentro del túnel (unos cincuenta metros de largo y metro y medio de alto), por lo tanto, había que meterse allí para rescatarlo. Por la furia del agua se nos perdieron algunos balones, que la quebrada se llevó en su raudo camino hacia Girón. No era fácil decidir quién iba a rescatar los balones, debido al miedo de coger alguna enfermedad, y más aún por temor a encontrarse con los murciélagos y las arañas que vivían en el túnel.

Cuando alguien entraba a rescatar el balón tenía que poner las piernas hacia los lados para no mojarse, sin embargo, era un poco difícil hacerlo, sobre todo si el agua llevaba un alto caudal y la persona era de escasa estatura. Quien bajaba tenía que bañarse con alcohol al llegar a su casa para evitar cualquier contaminación, y fue efectivo porque nadie se enfermó por esta causa.

En el juego de fútbol participábamos de quince a veinte amigos: los Cornejo, los Chalela, los Ortiz, los Gandur, los Gutiérrez, los Ordoñez, los Gómez Celis, los Herrera, los Chaparro y otros más. Al iniciar cada partido se hacía un sorteo para ver qué equipo se quitaba la camiseta. De esas jugadas en la cancha de El Hueco recuerda Pedro que “cuando llovía, nos tocaba bajar por el sendero que era de barro puro y como bajábamos con los guayos puestos, nos resbalábamos y nos íbamos de culo llegando a la cancha totalmente sucios, como si ya hubiéramos jugado dos partidos emocionantes”.

Hacia la parte occidental de la cancha se encontraban y aún se encuentran bambúes y hacia la parte oriental está la vía principal del barrio Terrazas, la carrera 45. Los bambúes están ubicados en una pendiente pronunciada, un resbaladero ideal para botarnos usando cartones y cáscara de palmas con las consiguientes raspaduras y ropa rota que dejábamos en el camino. Era seguro el regaño y los correazos cuando llegábamos a la casa con los pantalones desgarrados, o con el cuerpo lacerado. Ese espectacular resbaladero se iniciaba en el negocio llamado Nathalie y bajaba hasta la cancha de fútbol.

La quebrada en este sector tiene un muro de gaviones de metro y medio de alto con el objetivo de evitar un desbordamiento; aún existen esos gaviones en la zona que corresponde al barrio El Jardín. Allí, la quebrada se alimenta por una “basura natural”: la hoja que cae de los árboles, principalmente de los caracolíes, búcaros, guayacanes y bambúes.

Actualmente, la parte de la quebrada que pasaba por la cancha de fútbol está canalizada y allí se encuentra un parque de la CDMB. El Parque Ecológico La Flora es jurisdicción de los barrios Terrazas y La Floresta, y allí va mucha gente a recrearse y a caminar, especialmente los fines de semana.

Aterrizajes en la quebrada

Hacia 1965 hubo un accidente aéreo precisamente encima de estos barrios. Se chocaron, en pleno vuelo, un avión de la empresa Taxader y una avioneta particular. Hubo 16 muertos. La avioneta cayó al lado de la quebrada y allí, encima de unas piedras, encontraron al piloto del aparato, de apellido Alarcón, natural del municipio de Málaga. La gente decía que el piloto recorría estos cielos de Terrazas y La Floresta para avisarles a la familia y a la novia que ya estaba en vuelo o que iba llegando a Bucaramanga. El avión se chocó contra el cerro de Pan de Azúcar; nadie sobrevivió al desastre.

Aparte de ese evento luctuoso, en épocas de Navidad y especialmente el 25 de diciembre y 1.º de enero caen los globos cerca de la quebrada. Por eso salía con mis hermanos y vecinos a recorrer los alrededores para ver si había caído algún globo y generalmente encontrábamos alguno, que sometíamos a “las curas” necesarias para volverlo a lanzar el 6 de enero. Supuestamente, había un vacío en esa zona donde hoy queda el parque La Flora, y atraía los globos hacia abajo. En cada Navidad lanzábamos al menos quince globos; el 25 de diciembre y 1.º de enero, al mediodía, echábamos globos grandes de diversas formas y tamaños. Los vecinos salían y apreciaban el lanzamiento porque era una costumbre en el barrio, que luego se prohibió para evitar incendios.

Pero la quebrada no está exenta de contaminación. En su recorrido recoge aguas residuales de algunos barrios y, cuando se vuelve quebrada de La Iglesia, recibe los residuos que botan las empresas enfrente del centro de ferias de Bucaramanga, que la dejan llena de espuma; así se presenta hasta desembocar al río de Oro. A medida que desciende, se nota más su contaminación y el mal olor, ya que en la parte baja le llegan aguas de las quebradas Carrasco y Guacamaya, con más contaminación.

Las canchas de básquetbol todavía existen y seguimos jugando, especialmente los domingos, pero con otros amigos, quienes llevan a sus hijos a hacer deporte, y hemos visto crecer grandes deportistas. Así como aprendieron a jugar con nosotros, ahora nos toca ver cómo nos ganan los partidos.

En el año 2009, la quebrada nos enseñó de nuevo su furia y nos quitó un balón de baloncesto que cayó a sus aguas y lo arrastró hacia el túnel, por debajo del parque La Flora. Es posible que se encuentre todavía allí o haya bajado hasta el río de Oro.

La Flora aún sigue desquitándose con los deportistas. El día 25 de septiembre de 2011, al tomar las fotos que acompañarían esta crónica, registré una imagen que demuestra ese afán de la naturaleza de reclamarle al hombre por tratarla como cesta de basura: dos balones venían en su recorrido —uno grande de fútbol y otro pequeño de color rojo que seguramente pertenecía a algún niño—. Sin piedad, la quebrada se sigue devorando la diversión de los más chicos.

Incendio en el río Amazonas

Un incendio en una balsa atiborrada de combustible en la triple frontera de Colombia, Perú y Brasil, rodeado de agua por todas partes en el río más inmenso del mundo, no pudo ser combatido con agua, que era lo más natural, pero el hecho inspiró un conmovedor poema del poeta ruso Evtushenko.

Alejandro Cueva Ramírez⁵⁴

Leticia



Río Amazonas, Leticia

Cuando el incendio estalló, a unos a unos quinientos metros más arriba de Leticia, frente al caserío peruano de Rondiña, la hermosa modelo Verushka se hallaba empeñada como fuera en sacarle las botas Cauchosol al poeta ruso Eugenio Evtushenko, quien no había tenido la precaución de ponerse las medias. La jornada había sido larga y agotadora desde muy temprano: paseo en bote por el río más caudaloso del mundo, por lagos enormes y brillantes, y caminata de varios kilómetros, selva adentro. Para ambos fueron minutos de forcejeo, jadeo y exclamaciones, que detrás de la puerta de la habitación donde dormían, cualquiera podía confundir con los retozos del amor.

A medida que la embarcación se incendiaba en la mitad del río, a un kilómetro del frente de Leticia, crecía aún más la llamarada roja, el resplandor y la densa humareda de color negro de decenas de metro. Su paso lento y perezoso, igual que el del río, daba la impresión que era otro de los elementos que atizaba para que el fuego y la alta temperatura fueran creciendo paulatinamente. Al rato hubo una explosión y luego fue el estruendo del ¡bum! que aterrorizaba. El estallido era impredecible: leve o fuerte según reventara una caneca o un bidón de gasolina o varios al mismo tiempo, iluminando por breves segundos toda el área. Los diminutos tambores salían como balas disparadas en distintas direcciones, dibujando parábolas humeantes en el firmamento. Como bien lo dijo Alfredo Molano Bravo, parecía “una monumental olla de maíz pira”, pero él se refería a la explosión que hubo cuando estalló el polvorín del Batallón de Selva n.º 26 y Leticia estuvo a punto de ser borrada del mapa en plenas fiestas del Festival de la Confraternidad Amazónica, en julio del 2007. Ese texto que fue publicado en su columna “Explosión silenciada”, en *El Espectador*.

¡Bum! “¡Allá va uno!” ¡Bum! “Allá va otro”. “¡Impresionante!”, dijo alguien por ahí, quien intentó definir la escena como la puerta de entrada al Infierno. Y el otro le contestó: No, es el mismísimo Infierno. Las llamas de los cien o ciento veinte recipientes, repletos de combustible entre gasolina —la mayoría—, kerosene o petróleo, en portugués, acpm, aceite y grasa para motor, según la voz de un bombero ya retirado, alcanzaron una altura de entre ochenta y cien metros. Segundos después, las canecas caían al río, cubierto de un piso de candela, y más allá, sobre los islotes de candela, y luego se hundían, aunque algunas lograban mantenerse a flote por unos instantes.

El espectáculo imponente de pirotecnia, pero sin fuegos artificiales y sin ningún propósito lúdico, de luces, colores, ruido, humo y demás —como los que se ven en los conciertos multitudinarios—, contrastaba con la embarcación donde se llevaba a cabo el despliegue de luces, sonidos y olores: una balsa amazónica de unos cincuenta por veinte metros, rudimentaria, hecha con palos de topa amarrados con bejuco en forma paralela con palos más pequeños, cruzados, para que le dieran fortaleza y estabilidad al vehículo. Aunque los episodios dantescos se sucedían rápidamente en el sitio, en los cuales se involucraba a los tripulantes y pasajeros, de acuerdo con la distancia, al ritmo de desplazamiento de la embarcación y la oscuridad de la noche, daba la impresión de que nada que sobresaltara los ánimos ocurría en ella.

Sin embargo, pronto los bombazos y totazos o canecas bomba, la angustia y la zozobra de este hecho fortuito comenzaron a aumentar en la población leticiana que se resistía a salir de su casa al no saber exactamente qué era lo que pasaba por el lado del río. Un comportamiento muy distinto al del novelero o del muchacho curioso: estos sí llegaban agitados, sudorosos y con los ojos bien abiertos ante la noche inesperada, y se iban ubicando en montonera a lo largo de la orilla del río.

Repuesto de la conmoción, a alguien se le ocurrió decir: “¡Llamen a los bomberos! ¡Llamen a los

bomberos!”. Pero cómo, si en ese sector de la ciudad no había un teléfono, y si alguien quería llamar debía buscar uno de los almacenes del puerto civil, como Paz del Río, de don Luis Fernández; o una casa de familia, como la de Arturo Chaux; o subir el puerto civil y buscar un negocio, como Casa Gamboa, que contara con el dichoso medio de comunicación; pero no, porque a esas horas, las siete y media de la noche del 3 de marzo de 1968, todo estaba cerrado. Y la verdad era que nadie quería perderse semejante espectáculo, por la mezcla de la novedad y el morbo en un alto grado.

Entre la explosión y expulsión de las canecas de gasolina, la gente atisbaba en medio del fulgor y las rápidas oleadas del calor, buscando personas que se lanzaban al río huyendo del fuego. “¡Allá saltó alguien!, allá saltó otro!” Aunque otros decían que no veían nada. Luego otro, agitado, decía: “¡Allá viene uno nadando, vea el oleaje!” “¿Dónde?” “Allá”. Y su vecino respondía: “Humm, la verdad es que yo no veo nada”.

En esos instantes se escuchó la sirena del Cuerpo de Bomberos de Leticia instalada en el tanque elevado de agua de Instituto de Fomento Municipal, Insfopal, estanque e institución ya desaparecidos del medio, que fue seguido por el ulular del carro de bomberos que se iba acercando al sitio.

—¡Listo, ahí vienen los bomberos! Uno de los más próximos alcanzó a decir:

—¡Por fin, gracias a Dios! Y el otro señaló:

—¡Pero para qué sirven los bomberos si el incendio ocurre en la mitad del río y el chorrito de la presión del agua de las mangueras no da para tanto!... No llega ni a los treinta metros.

—No, ni siquiera sirve para lavar la moto o regar el jardín —dijo otro más ocurrente.

—Vamos a ver, incrédulos, observó el primero, pariente de un bombero y herido en el orgullo familiar.

Ya en pie, los bomberos, con su uniforme caqui, linternas en mano y provistos de botas Cauchosol, se desplazaron rápidamente a la orilla del río buscando un deslizador, un bote. O una canoa, a última hora. “¡Un deslizador! ¡Un deslizador!”... “¡Un bote, alguien que tenga un bote!”... “¡O una canoa, una canoa que también puede servir, si no hay más!”. Nadie dijo nada.

¡Qué paradoja! Una situación absurda. En medio del Amazonas y todos rodeados de agua por todas partes, teniendo a su disposición el inmenso mar de agua dulce frente a sus ojos y sus narices, y nadie, absolutamente nadie, podía apagar el fuego con agua, que es la primera determinación que se toma en un incendio, aunque la decisión no era la más apropiada.

La gente, entre brasileiros y peruanos, además del leticiano y colombiano —como dice un periodista de la frontera—, continuaba llegando al Puerto Civil, y uno de los que llegó fue precisamente el poeta ruso Eugenio Evtushenko, junto con su encantadora damisela. La sirena del carro de bomberos, el alboroto de los empleados del hotel Victoria Regia, el ¡bum!, ¡bum! de las explosiones, les hicieron levantarse rápidamente de la cama, cuando de verdad retozaban en las mieles del amor. Desde el mirador observaron con asombro lo que sucedía al frente de ellos. Por sugerencia de un empleado del hotel, y luego por insistencia de la mujer, descendieron con mucho cuidado por el barranco, al lado sur de la otrora Cancha Popular, agarrados de la mano. Luego, sin ningún peligro, bajaron hasta el Puerto, lo que hoy es el malecón de Leticia, pero el esclavo no pudo confundirse con la gente en la oscuridad debido a la luz preventiva e intermitente, blanca y roja, que generaba la baliza giratoria de la única máquina del Cuerpo de Bomberos traída de los Estados Unidos. Esa luz lo mostró como un hombre tremendamente alto y delgado, como si fuera un basquetbolista profesional de la NBA de los Estados Unidos.

Cuando la pareja llegó a Leticia, tenía la intención de conocer el Amazonas —el padre patriarca de los ríos, como alguna vez lo señaló el poeta Pablo Neruda— y después aprovechar la visita para darse una vuelta por la selva y el territorio de las comunidades indígenas. Para esos días, la prensa nacional e internacional ya le había dedicado varias columnas a su recorrido por algunos países latinoamericanos. Su condición de miembros de un país de la Cortina de Hierro que, según Gabriel García Márquez, no era de tela de cortina ni tampoco de hierro, el uno poeta y la otra una hermosa *top model*, supuestamente rusa —algunos afirmaron que era chilena, pero realmente era alemana—, era motivo más que suficiente para que llamaran la atención de los periodistas del mundo, sobre todo de los norteamericanos, por ejemplo, los de la revista *Life*.

Por ser el poeta originario de un país comunista, a algún docente se le había ocurrido decir que era un ateo y que, como vivía alejado de Dios, tenía el cuerpo brotado de heridas y llagas cubiertas de pus, y que, además, en el lugar de donde procedía, los mayores tenían la costumbre de comerse crudos a los niños más pequeños o el Estado los enviaba a los campos de concentración en la fría Siberia.

Como toda prohibición incita a descubrir lo prohibido, al aeropuerto local llegaron varios jóvenes estudiantes del Liceo Orellana, colegio dirigido por los hermanos de La Salle, a constatar lo dicho en el salón de clases. Pero no, en el terminal se encontraron con una pareja de jóvenes europeos radiantes y dichosos de la vida, dispuestos a disfrutar las bondades de la naturaleza amazónica y de su gente, y de aprovechar la idílica luna miel ocasional, aunque los periódicos del país nunca registraron este idilio. Para esos días él tenía 35 años y ella 29.

En los días anteriores, el poeta ruso había estado en varias ciudades colombianas, una de ellas, Bogotá, donde sostuvo interesantes encuentros con periodistas, poetas y público amante de la

poesía.

En ese ir y venir, en la información, especulación y comentario del suceso, ajustados o no a la realidad, el ruso se acercó a alguien para preguntarle por qué la gente no procedía a apagar el fuego y este le respondió:

—¿Cuál es el afán, míster?! Ya es tarde. Ya no hay nada que hacer. Todo está consumado —Él insistió:

—¡Vamos, hombre, hagamos algo, crucemos el río y acabemos con el fuego! Y el otro, molesto, le contestó:

—¿Qué importancia tiene si eso ocurre en el lado peruano, más allá de la mitad del río!... —se retiró muy apesadumbrado del lugar y ya en el hotel escribió su sentido poema *Incendio en el Amazonas*. Al día siguiente, en Rondiña, se sabría que la embarcación era peruana y que el incendio no había dejado víctimas que lamentar ni nada que pudiera venderse, que fue lo que dijo el propietario de la lancha con motor de centro con campanita, la misma que había impulsado la balsa afectada. A su lado estaban las personas, los tripulantes, entre jóvenes y adultos, que habían sobrevivido al drama de la noche anterior, primero soltando las amarras de la lancha y luego subiendo a ella de inmediato, aunque algunos tuvieron que lanzarse al agua para luego ser izados.

La oportunidad de leer el manuscrito del poema en español ante la sociedad leticiana se dio en la noche del 4 de marzo, en la sede de Acción Cultural del Amazonas, otrora Club del Comercio, gracias a sus dirigentes, uno de ellos el culto y agraciado Alberto Manjarrés. Esa noche, el vate mostró una cara dura, pero a su vez expresiva; rubio y regañón, fascinante, imprevisible y dramático.

A la cita acudió todo el mundo con el fin de escuchar a viva voz sus poemas en español, escritos a lo largo de su recorrido por el continente, pero muchos también fueron motivados, sobre todo los niños y jóvenes, por conocer a un ruso en persona, más de hueso que de carne, y por ver a la hermosa dama que lo acompañaba. Leyó en un español fluido y diciente, con mucha claridad y precisión, lo que embelesó y cautivó a sus oyentes; se destacaba por su impactante voz y el don teatral de su expresión corporal.

Empezó diciendo: “¿Qué importancia tiene cualquier noticia, si yo estoy hundido en tu silencio, Leticia! Pero un barco se hunde en el otro lado del río y yo...” . El silencio del público era absoluto y todos de inmediato recordaron el incendio del día anterior que había ocurrido en la mitad del río. Pronunciaba “río” con una sola erre, “arriba” como “ariba”, decía “pelirojo” y “teritorio”, por lo que más de una alcanzó a decir:

—Este ruso tan grandote y no sabe hablar español —y el compañero le contestaba:

—Él no es ruso, él es un gringo —el tercero dirimía el desacuerdo:

—Ambos son la misma cosa... ¡Hablan igualito!

Cuando terminó de leer el poema, el público se paró y empezó a aplaudir muy emocionado. Y él, también muy emocionado: “Mochas gracias, mochas gracias. Gracias, Leticia, gracias Amazonas, gracias rio Amazonas”.

Uno o dos días después, el poema fue publicado por periódicos nacionales y revistas internacionales. Este es el texto:

Incendio en el Amazonas

*¡Qué importancia tiene cualquier noticia
si yo estoy hundido en tu silencio,
Leticia!
Pero un barco se hunde en el otro lado del río
y yo veo el fuego, fuego,
que va arriba, arriba.
El barco se arde, se arde.
Mi corazón se arde
porque alguien me dijo:
“Para salvarlo es tarde...”
porque alguien me dijo,
cruelmente, inhumanamente:
“Qué importancia tiene... es territorio peruano”.
Nosotros somos barcos con carga muy peligrosa
nos hundimos,
hundimos,
en el fuego pelirrojo
¿Qué es nuestra vida?
Es el juego con el fuego.
Nosotros ardemos,
Ardemos
y desaparecemos desde luego.
Pero no hay territorio peruano
tampoco ruso o colombiano.
Nuestro globo de la tierra*

es el territorio humano.

Respecto a la publicación del poema en Leticia, si la hoja parroquial de los sacerdotes capuchinos no lo comentó, uno de los columnistas del semanario en mención, Leonardo de Torrefeta, haría el siguiente comentario, después de que el poeta ruso dejara el Amazonas: “El comunismo poético que predica Evtushenko está, sin duda, más cerca del reino de Dios que el comodismo nada poético de tantos cristianos de por ahí”.

Y esto es lo que predicó el poeta en Leticia.

Y el río Quinamayó tenía sardinas

Río de infancia de Santander de Quilichao, que desemboca en el Cauca, donde se reunía la antigua “gallada” a nadar y a pescar.

*Tu recuerdo se me va... se me va como agua entre los dedos
(balada)*

Leandro Felipe Solarte Nates⁵⁵

Popayán

Hacía años no visitaba Quinamayó. Esta vez, con el loco Víctor y Omar, llegamos en bus. Los viejos ranchos con paredes de bahareque y techos de hojas de palma habían sido remplazados por numerosas y modernas casas construidas al lado de las de sus abuelos y padres, algunas de dos plantas y con negocios bien surtidos y grandes congeladores y vitrinas refrigeradas. También había un negocio con dos mesas de billar y dos de *pool*.

Los tres caminamos hacia el charco de la cuadra. De nuevo vi a las morochas que con sus bateas ‘barequeaban’ arena del río para extraer el polvillo de oro con el que cuadraban sus ingresos.

El charco estaba lleno. Después de ponerme la pantaloneta, cubierto por un matorral, y zambullirme, en la frescura del río Quinamayó, me paré en el fondo del charco a mirar a través de las aguas cristalinas, la arena fina, salpicada de pedruscos de variados colores, algunos con visos metálicos que brillaban con el sol del mediodía.

Mientras el torrente fluía hacia la desembocadura en el río Cauca, abrí la puerta a los recuerdos, y me transporté cuarenta y cinco años atrás, cuando tenía doce y el agua me llegaba casi hasta el cuello. Varias veces me detuve en el mismo charco, tal como estaba ahora, quieto, para que arrimaran los cardúmenes de sardinas y sabaletas “rabicoloradas” a picotearme la punta de los dedos de los pies, creyendo que eran lombrices gigantes.

Entonces en las vacaciones de verano, nos reuníamos con “Calambre”, “Cabeza de tarro”, “Garra”, “Carediablo”, “Negro mono”, “Pinocho”, “Pepino viejo”, “el loco Víctor”, Omar y el resto de la gallada, para organizar paseos a los charcos en los ríos que rodeaban a Santander de Quilichao.

Los organizábamos desde el día anterior, sentados en las bancas de Fermín del parque central, cubiertos por el laberinto de crotos gigantes entrelazados de una era a otra y bajo la sombra de la gran ceiba. Después de largas discusiones —pues nadie quería prestar los trastos de la casa, porque al final de la merienda, eran agarrados a pedradas—, acordábamos quién llevaría la olla para el arroz y la paila para fritar las sardinas que íbamos a pescar en el río.

Después de planear el paseo, al otro día salíamos temprano con nuestras varas de pescar y caucheras. Tomábamos el camino veredal hacia el sur del pueblo y caminábamos cerca de cinco kilómetros. Nos deteníamos a coger guayabas, mangos, naranjas, guanábanas, papayas y demás frutas que abundaban a la vera del camino y la mayoría de los dueños las dejaban pudrirse en los árboles y el suelo.

Ya en el río, después de descansar y desacalorarnos para meternos al agua, organizábamos el fogón con grandes piedras, leña y hojarasca que habíamos recogido en los alrededores, y poníamos a cocinar el arroz. Con un machete escarbábamos los barrancos de la orilla del río para sacar las lombrices que servirían de carnada.

Después de dos o tres horas de pesca, entre todos reuníamos ciento cincuenta, doscientas sardinas y sabaletas. Quienes no tenían varas de pescar se encargaban de sacarles las tripas con cuchillos y de descamarlas antes de freirlas en la paila, hasta dejarlas tostadas y crujientes para comérselas con espinas, aletas y huesos, y bajarlas con limonada.

Después seguíamos en el agua y rematábamos nadando en el “charco de la cuadra”.

Eran los tiempos en que en las calles del centro del pueblo se podían jugar partidos de fútbol, pues casi no circulaban carros y en el vecindario solo tenían grandes televisores en blanco y negro —de veintitrés pulgadas— Los Orozco y los Robledo, que sábados y domingos nos invitaban a sus casas a intentar distinguir entre las imágenes borrosas, las figuras de los hermanos de Bonanza, al Llanero Solitario y al indio Toro, al pastor alemán Rin Tin Tin y a su colega Collie, Lassie, a Bat Masterson, al “Caballo que habla”, al Pato Donald y toda su familia, a Pluto, al Dr. Kildare, a Pacheco con Animalandia, y a los demás personajes de la época.

A mediados de los sesenta, la voracidad de las recién instaladas ensambladoras de camiones y de los concesionarios importadores no había influido en el alto gobierno para acabar con los trenes, y de Santander de Quilichao se podía ir en tren y en autoferro expreso a Cali y Popayán, pasando por la estación de Timba. Recuerdo que, con la gallada, aplanábamos las tapas de las gaseosas, para hacer zumbambicos, y las poníamos sobre los rieles. Cuando caía la tarde nos íbamos dos kilómetros al occidente de la estación a esperar los vagones traseros para “coleárnosles” cuando el tren empezaba a disminuir la velocidad, y llegábamos a la estación, en medio de los atronadores pitazos y la nube de humo que salía por la chimenea de la locomotora, alimentada con el carbón que abundaba en las minas de Suárez, Cauca.

Entonces, la carretera “vieja” fue reemplazada por la Panamericana y crecimos a la par que reemplazábamos las aventuras de la niñez por los aceleres, incertidumbres y urgencias de la adolescencia. Lo cierto fue que de un momento a otro no volvió el tren y se acabaron las bandadas de “chicaos”, copetes y pecheras amarillas. Desaparecieron las sardinas, sabaletas, bocachicos,

guabinos, nicuos y roños, que abundaban en los ríos Quilichao, Quinamayó, Mandiva, Agua sucia, La Quebrada y demás riachuelos y lagunas que rodeaban el pueblo. También disminuyó el caudal de los ríos.

Al principio lo entendimos, por la tala de los bosques ubicados en el cerro Munchique, donde nacen la mayoría de sus “ojos de agua”. Lo de la extinción de los peces, “cucarachas de agua” y cucarrones vine a entenderlo años después, cuando organizamos el grupo ecológico en el colegio y leí que a mediados de esa década del sesenta llegó al país, como política agrícola gubernamental, “La revolución verde”, promovida por la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) y los Estados Unidos, para “tecnificar y modernizar el campo”. Se estimuló así el uso masivo de abonos, plaguicidas y demás químicos fabricados por la Monsanto, la Bayer, la BASF y demás multinacionales y fundaciones como la Rockefeller, que gracias a su influencia y apoyos a las facultades de agronomía del país empezaron a pregonar la “buena nueva” de los “productos mágicos”, que reemplazaron la rotación de cultivos con leguminosas para fijar el carbono a la tierra, y la boñiga de vaca para abonar la tierra, así como la pala y el machete para limpiar los cultivos, quedaron obsoletos.

Claro, cuando llovía torrencialmente, todos esos venenos se escurrían hacia los ríos, los contaminaban y de paso acababan con los peces y demás especies anfibias, como los batracios, que dejaron de croar en las fuentes de agua.

Además, los mismos campesinos y habitantes de los pueblos cercanos contribuyeron con el exterminio usando el jugo de la cabuya, la dinamita y las petacas de pólvora negra —como una que le voló tres dedos de la mano al “mono Ochoa”— para tirarlas a los charcos, que tapizaban su superficie de blanco brillante cuando salían boqueando a la superficie las miles de sardinas y sabaletas aturdidas por la explosión y el veneno.

Un manotón en la espalda me despertó del ensimismamiento.

—¿Qué te pasa, apilotardado? ¿Estás hipnotizando piedras, que hace rato estás con la mirada fija?

—No, güevón, aquí recordando, cuando había sardinas y sabaletas, y nos picoteaban la punta de los dedos de los pies. ¿Te acordás? —le respondí mientras las aún cristalinas aguas del río Quinamayó se llevaban mis recuerdos hacia el mar del olvido.

Los espíritus guardianes del agua

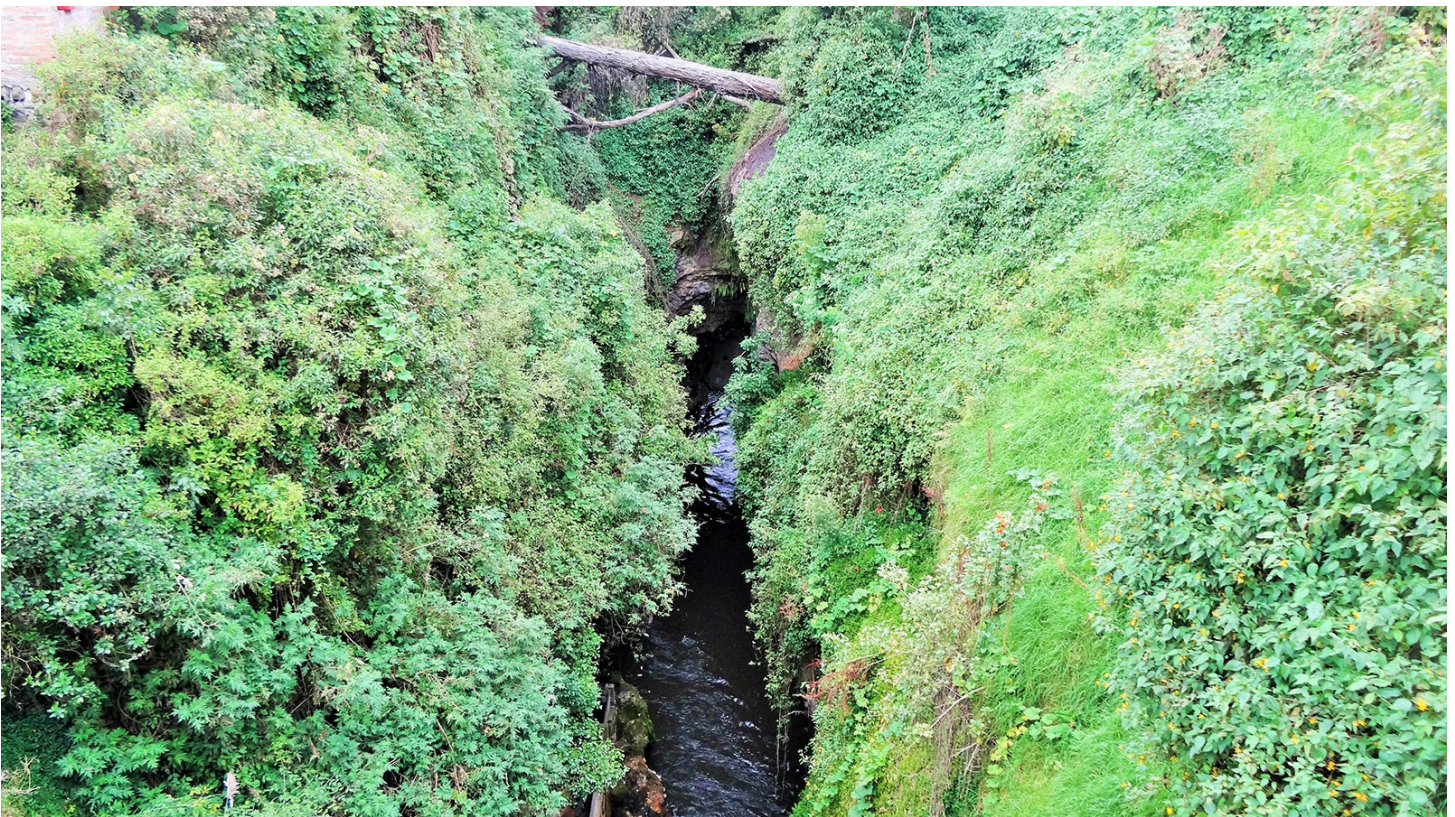
Un heredero de los indígenas pastos recuerda historias de fantasmas, mitos y creencias en torno al agua, que marcaron su infancia.

Somos como el agua, la piedra y la espuma, pues mientras el agua dice ‘vámonos’, la piedra dice ‘quedémonos’, y la espuma dice ‘bailemos’. Pero somos el río

Juan Chiles, filósofo y taita indígena pasto.

Jorge Daniel Lucero Bernal⁵⁶

Ipiales



Cuenca Guáitara La Olla, donde se reúnen los espíritus mayores.

Escuchábamos a mi abuela y a su hermano contarnos historias sobre duendes y espíritus. Nos decían que de rato en rato aparecían en la quebrada La Quinta, que pasaba a pocos metros de la casa. Eran casi las nueve de la noche. Todos estábamos alrededor del fogón escuchando a los dos ancianos que relataban apasionados sus vivencias. Comíamos lentamente el “morocho”⁵⁷ y las primas asaban los cuyes a media luz.

De pronto, los abuelos nos sentenciaron: si no comíamos, dejaban de contar. Pero cuando me voltee, vi que mi primo preferido no estaba. Pensé que había salido a la letrina, pero escuchamos unos gritos que salían de la quebrada: “¡Mami!, ¡mami!, ¡el duende me está llevando!”.

Todos salimos despavoridos, pues los gritos de mi primo José Luis, de seis años, eran desesperantes. Mi abuela decía: “!Este guagua se fue a la quebrada, este terco, curioso!”. José Luis entró como “cuete”⁵⁸ cuando Darío, el primo malo de catorce años, con una máscara ridícula, parecida a las de *Thriller*, entró cogiéndose el estómago de tanto reírse. El muy vivo se aprovechó de la ingenuidad de José Luis.

Por un momento imaginé que Darío echó a perder toda esa magia nocturna, aunque no fue así. “Mamita Luz”, mi abuela, llevó a José Luis a la pieza pequeña. Entre sombras, por la hendidura de la puerta, vi cómo mi abuela hacía volver en sí a José Luis. Fue algo misterioso.

Curando el espanto

La abuela reunió ramas de arrayán, marco, manzanilla y eucalipto; aguardiente y agua bendita. Para conseguir estos “ingredientes” después de las nueve de la noche bastaba con arrancar algunas plantas en el patio, sacar el recipiente lajeño con agua bendita y pedirle al tío un poco de Norteño⁵⁹. Con las matas, ella hizo un atado que sumergió en una mezcla de los dos líquidos. Desnudó completamente a José Luis para esparcírsele con las ramas. Luego, acostó al niño, lo agarró de los pies, lo levantó de cabeza y empezó a sacudirlo, diciendo: “Zungo, zungo, zungo. Levanta, levanta, levanta. Vení, vení, vení. José Luis, vení, vení, vení”.

Mi abuela repitió muchas veces esa especie de conjuro y, poco a poco, José Luis se fue recuperando, hasta que olvidó el tremendo susto. Antes de que ellos salieran de esa habitación a oscuras, yo ya estaba en la cocina, como si no hubiese visto nada, pero en mi mente se quedó grabada la escena.

Después de que mi abuela curó de espanto a José Luis, nos dijo que con los espíritus no se jugaba, o ellos podrían llevarse nuestra alma. Todos, mucho más atentos que antes, seguimos escuchando relatos sobre aljibes, quebradas y puentes encantados. Cuando nos dimos cuenta, era más de medianoche y nos fuimos a dormir. En la madrugada, regresamos a Ipiales. La visita a La Orejuela, vereda cercana a la zona urbana, había terminado. Mi abuela no volvió a contar historias como las de esa noche.

Nueve años después...

El 19 de junio de 2011 salí con algunos comuneros de la minga del pensamiento en el despacho del cabildo en Las Cruces (corregimiento indígena vía a Pasto). Nos amontonamos en la entrada del resguardo, dispuestos a esperar el bus para volver a casa. Ese día debatimos los puntos ambientales y el manejo de las aguas, pero afuera algunos mayores empezaron a hablar del cueche, los duendes, el chivo y otros personajes míticos, trayendo de vuelta aquel recuerdo inquietante.

Entre la gente que hablaba, dos mujeres, madre e hija, demostraban un mayor conocimiento. Diana, de veintitrés años, acompañaba a doña Maura, su mamá. Ambas, empezaron a contarme detalles de la tradición indígena Pasto sobre las cosas raras que pasan en las corrientes y nacimientos de agua.

Diana Tepud, a pesar de ser joven, conoce muchas historias, mitos, creencias y ritos que se han transmitido por la tradición oral. Diana creció en el campo, como la mayoría de muchachos de nuestro resguardo; pero lo especial en ella es su capacidad de atención a los mayores, de los que aprendió los usos y costumbres y, a diferencia de otros jóvenes que prefieren olvidar de dónde vienen, dejar sus chagras⁶⁰ y remedar la forma de vida urbana, ella conserva con orgullo las costumbres de sus ancestros pastos. Así como mi abuela nos advirtió sobre el cuidado con los espíritus de las corrientes, Diana cuenta:

“Cuando usted iba a un lugar desconocido, donde no había visto nunca el agua, tenía por obligación que santiguarse en nombre del Señor y escupir el agua, porque ese era un sitio sagrado. Escupir era como pedirle permiso; no era en una ofensa, sino que usted debía santiguarse, pedir permiso al agua para poder cruzarla. Si usted no escupía o si no se hacía la señal de la cruz, el agua se llevaba su espíritu. El agua era tan poderosa que hacía quedar ahí su espíritu y por eso decían que tenían nuevamente que irse a sahumar allá e hincarse ante el agua para que su espíritu pudiera irse con usted. Eso es algo que hasta ahora pasa”.

Esas palabras me recordaron una visita a Cuetial, vereda de Cumbal, una zona rica en arroyos y quebraditas, algunas personas escupían las corrientes y yo no entendía por qué lo hacían. Diana agrega:

“El ‘persinarse’ (sic) y encomendarse en el nombre de Jesucristo era darle gracias a Dios por ese donpreciado y pedirle permiso al agua para pasar al otro lado, bien sea a pie o por un puentecito. Eso es algo que los abuelitos todavía hacen. Ellos dicen: “Uy, no, saquémonos el sombrero”, o se ‘persinan’ y pasan porque saben que ese es un lugar sagrado. Tienen el temor de que su espíritu se quede en algún lugar determinado. Y como los niños pequeños no pueden hacerlo, les colocan una ramita de ruda o marco en el pecho o en la ruana, en forma de cruz, para pasarlos al otro lado, sobre todo si están en lugares oscuros, porque dicen que ahí habita el espíritu maligno, o el duende, o ‘la vieja’. Un niño, por ser alma inocente, se queda con más facilidad, porque los duendes y las viejas prefieren almas inocentes”.

Una señora, que estaba entre los curiosos, le pregunta a Diana: “Yo he oído que la vieja se lleva a los borrachos mujeriegos y los deja botados en la quebrada. El marido de una tía contaba que a él se lo había llevado ‘la vieja’ y lo había dejado ‘viringo’⁶¹, ya ahogándose, y todo por andar de ‘chumado’. ¿Será cierto que pasa eso?”.

Diana responde: “A los borrachos, ‘la vieja’ se los lleva a las quebradas porque el agua sirve para purificar y los espíritus quieren almas puras, entonces al ahogarlos se purifica el alma. Por eso dicen que a las doce de la noche no se puede transitar por esas quebradas, porque a esa hora el agua contiene su mayor poder. Si usted pasa, un espíritu lo lleva hasta allá”.

El mal de ojo

La conversación con Diana se fue convirtiendo en una clase magistral sobre conocimientos ancestrales. Y terminamos por hablar del aljibe y el mal de ojo, con la participación de su mamá, Maura Inchuchala, de cuarenta y ocho años, una líder activa en su comunidad, que trata de inculcar los usos y costumbres en las nuevas generaciones.

“En el aljibe existe mucho el mal de ojo. Cuando vaya a acercarse a algún arroyo, a alguna quebrada, a alguna acequia, a algún pozo, no deje de escupir, porque de lo contrario le va a dar el mal de ojo, el mal viento, como también se conoce. Ahí le va a pegar el mal aire”, explica Maura.

—Incluso las lactantes no pueden acercarse a un pozo, sobre todo cuando sea desconocido, porque se les seca la leche —afirma Diana.

—Y el pezón se le parte, se le invierte y le cría la infección —agrega Maura.

—Los médicos le pueden decir que es falta de aseo, que es infección, que solo los indígenas sabemos cómo surgió eso, y también tenemos el remedio, las maticas, y a veces con la misma agua se cura —continúa Diana.

Madre e hija están en lo cierto, porque en Ipiales son frecuentes estos casos sin diagnóstico clínico. Los médicos no dan con la enfermedad, mucho menos con la cura. Tanto así que las EPS indígenas ofrecen el servicio de medicina tradicional. Nuestras maestras prosiguen y nos cuentan la forma de curar:

“El agua es para cuando los niños se quedan. Si la mamá se puso a sacar agua en un pozo desconocido y de pronto al niño se le pegó el mal de ojo, entonces llega la mamá, lo levanta y le da el seno; pero luego se espanta cuando ve su pezón infectado. Esa noche, el guagua no duerme, está lllore y lllore. La abuela le pregunta:

—¿Usted dónde se metió?

Y la mamá responde:

—Yo me metí a sacar un agua, pero no era del pozo nuestro, era el de la vecina. Entonces la abuela le dice:

—Vaya allá, riegue hojas de zarza, de gallinazo, la ruda, el romero, y sahúmese, póngase un chal y hágase así en cruz. Luego también coge al niño, lo sahúma y lo abraza, entonces, si no es mucho, se le quita, y cuando es el niño ‘quedado’ con el agua, tiene que llevarlo, hacerlo en cruz y llegar a la casa a sahumarlo con las mismas ramas.

“También curan a los niños con el agua cuando están quedados, al ‘soplarlos’⁶², como llamamos nosotros, no los soplan con trago ni con algo fuerte, sino con el agua, que es un símbolo puro, entonces eso atrae al espíritu del niño para que esté bien”, agrega Diana.

Cabe aclarar que cuando decimos “el niño está quedado” o “el niño se queda”, nos referimos a que el espíritu del niño está atrapado en el lugar donde se asustó. Esto no pasa solamente cuando hay una presencia en el agua de alguno de los espíritus guardianes, sino que, como en el caso de mi primo José Luis, cuando se pasa un susto provocado por otra persona.

Cuando llegó la ruta del transporte público que lleva al centro de Ipiales, la mayoría de las personas que animaban la conversación se fueron, incluyendo a Maura y Diana. Me quedé solo, todavía con muchos interrogantes.

Regresé al despacho del cabildo, de donde se disponía a salir Luis Cuaspud, de cuarenta y cuatro años, miembro del resguardo del Gran Cumbal y asesor principal de las Mingas del Pensamiento en pro de la ley interna del resguardo de Ipiales. Siempre viste ruana. Entre los pastos se ganó el título de Taita por la lucha y la defensa de los derechos de la comunidad y de la Pacha Mama. Además, es una de las pocas personas que conservan la tradición oral prehispánica.

Los espíritus del agua: Amautas y Kallawalas

“Para las comunidades indígenas el agua desempeña un papel muy importante ya que nuestros mayores consideraron al recurso vital, el espíritu del cuerpo de la tierra, que es el espíritu que purifica, que limpia y que nutre, de tal manera que nuestros mayores rindieron culto y homenajearon este recurso hídrico. De ahí que lo mitificaron. El agua es considerada como el espíritu mítico y, por ende, a ese espíritu le adjudican unos dioses cuidadores: los Kalawallas y los Amautas. Son los protectores del espíritu Yako, dicho acá, agua”, dice Luis Cuaspud.

“Entonces, los Kalawallas y los Amautas son los cuidadores, protectores del espíritu Yako. El Amauta y el Kalawalla, sin el espíritu Yako no tienen vida, de ahí que entre los dos forman una dualidad. Yako, entendido como hembra, es el agua; y Kalawalla es el macho. Procrean, fertilizan, limpian y purifican. Por ello, los mayores consideran los nacimientos, aljibes y corrientes de agua como sitios míticos, sagrados y espirituales y, por lo tanto, rinden una serie de pagamentos y cultos al agua”, agrega el taita.

En el Imperio Inca se denominaba Amautas a los maestros y los sabios, y Kalawallas a los médicos. El pueblo pasto, a pesar de no haber sido colonia inca, siempre estuvo influenciado, bien sea por intercambios comerciales o por el simple hecho de ser vecinos. De algún modo, hay una relación profunda entre estos nombres y la forma de actuar de los espíritus. Con el agua se curan males inexplicables y es la base de la sabiduría aborígen.

Lugares sagrados

“Los mayores rendían culto y pago al agua, a la tierra, al sol en sitios estratégicos. Para pagar el agua, para rendir culto al agua, los cumbales rendían culto arriba en la Laguna Verde, la laguna de La Bolsa y la Laguna del Cuazal; y los de esta zona de Ipiales, del cacique Ipial, rendían culto en el cerro de Iscuazán, en las Tres Tulpas, en el sitio del pictógrafo de Los Monos. Esos tres sitios eran estratégicos. Cuando el verano se prolongaba, visitaban esos tres sitios: el cerro de Iscuazán, el cerro de las Tres Tulpas y en el punto del centro del Guáitara, ahí en el sitio de Los Monos. Desde entonces, cuando llovía demasiado o cuando no llovía se hacían pagos o tributos al dios Yako, que representaba el agua”.

Estos sitios estratégicos han dejado evidencias de su sacralidad. Solo en Ipiales, el pictógrafo de Los Monos es una pequeña exposición del microcosmos ancestral; igual sucede en Cumbal, porque cerca de la laguna de La Bolsa se encuentra la Piedra de Los Machines. Se cree que el pueblo pasto tuvo su origen en ese sitio, después de que el nevado y la laguna procrearan.

Pero aún falta algo: el río. Luis Cuaspuud está presto a explicarlo.

“El río Guáitara es considerado, dentro del pueblo de los pastos, la columna vertebral de fertilización. Visto en el mapa, el territorio pasto solo tiene una vena, que se llama el Guáitara. Por tanto, para nuestros mayores, Guáitara viene de agua, viene de centro, como el receptor de la vida, el protector, el generador. El río fue considerado mítico y desde ahí se dice que en el Guáitara están los patrones de los espíritus cuidadores. De Rumichaca para arriba, hay un punto que se llama La Olla, y ahí viven, supuestamente, el espíritu mayor del Kalawalla y el espíritu mayor de los Amauta, que monitoreaban todo eso hasta subir al Cumbal, al Chiles, por donde nace el agua y bajaban hasta el Patía. Entonces, el río Guáitara es considerado el camino de los espíritus protectores de los Amautas y Kalawallas”.



Piedra los machines

La gran conexión

“Los espíritus de los pozos son diferentes al Amauta y al Kalawalla. El Kalawalla está presente en todas partes: puede estar en los páramos de Cumbal, pero está acá. Donde llega, deja una huella viva. Ahí queda una parte del espíritu. El espíritu recorre, tiene temporadas; es el camino de los espíritus. El espíritu llega cada quince días o cada mes para revitalizar. Revitaliza ahí y se va, pero esa energía queda viva. Eso hace que aparezca acá y ocasione problemas (espantos).

Los aljibes y los “ojitos de agua” también son visitados por esos espíritus cuidadores. La huella viva que dejan ahí se convierte en un espíritu menor que cuida ese lugar. La gente de ahora habla de la cuenca del río Guáitara, pues en esa cuenca está la misma tierra de nuestros mayores. El agüita que sale de los aljibes y de los ojitos de agua va a parar al Guáitara. Todo está conectado.

Cuando llegaron los blancos, ellos no sabían de los Amauta y Kalawallas. Por eso, dicen que se aparece el duende, la vieja, el diablo, el chivo o el nombre que ellos quieran ponerle. Para curarse, tuvieron que ir a donde nuestros taitas y mamas. Solo ellos pueden invocar a los espíritus mayores y pedirles que devuelvan los espíritus pequeños de los niños o de los ignorantes que molestan a los espíritus guardianes. Ahora, todos vamos a hacernos curar donde nuestros

mayores, indios y blancos”, concluye Luis.

Camino a mi casa, en el bus, no pude dejar de meditar. Solo pasaron algo más de dos horas desde que salimos al mediodía. En esas dos horas aprendí más que en una semana de clases, aclaré mis dudas y, de paso, me surgió una nueva intriga. Mientras los pocos descendientes de los antiguos indígenas en Latinoamérica conmemoran el Inti Raimy; yo, un indígena a medias, con pocas raíces, decido encontrarme con los espíritus. Solo, me pierdo en el sendero, en las orillas del río. Regreso al lugar al que pertenece mi espíritu, no pasa nada sobrenatural, pero mi mente se conecta con el pasado. Aquí, con el Guáitara a mis espaldas y frente a la Piedra de Los Monos, me doy cuenta de que somos como el agua, la piedra y la espuma, pero somos el río.

Las vidas que remolcan los ríos

Con tensión contenida, el autor narra una de esas tragedias que ocurren por imprudencia, en esta ocasión, en uno de los siete ríos que abrazan el sur de Cali.

Danilo Duarte⁶³

Cali

A sesenta metros río arriba, lo que hasta ese momento era un afluente ahora arrastra una empalizada que alcanza los cuarenta centímetros de altura y supera los cincuenta kilómetros por hora. Pareciera que una lengua de agua, tierra, piedra, madera y lodo se desplegara en una vorágine degustativa de elementos, que desgarrar desde las orillas para luego digerirlos en su interior. Los gritos alertan del abrupto aumento de caudal. Mientras algunos lugareños se encuentran distraídos entre juegos y saltos por las piedras que flanquean su margen occidental, otros catorce, entre adultos, adolescentes y niños, deambulan por el lecho agrietado y rocoso. Concentran su atención en la idea de alcanzar —lo más cerca que se pueda— la lejana ribera oriental, distante a unos cuarenta metros.

A las once de la mañana de un fin de semana de noviembre, decenas de visitantes invaden la ribera de uno de los siete ríos que abrazan a Cali por el sur, a pesar de las advertencias de posibles inundaciones por causa de las lluvias de la temporada invernal. Si bien es cierto que algunos ríos tienen la capacidad para regular sus corrientes, y que sus límites de desbordamiento en esa época no se superaron, también lo es que eventos climatológicos en la parte alta de la montaña, cada vez más comunes y menos predecibles, pueden contribuir al aumento repentino del torrente. Según las autoridades, las precipitaciones del último periodo superaron con creces los niveles pronosticados.

Por la mañana, el caudal está concentrado en el lado este, lo que produce una suerte de “baja marea” en la otra orilla, que a su vez hace que gran parte del flujo se pierda. Las piscinas naturales que se forman entre las rocas descubiertas invitan a refrescarse y pasar un buen momento a los que desde un principio piensan en retozar y dedicar la jornada a la quietud del cuerpo y de la mente. Aquellos osados y de espíritu aventurero optan por adentrarse cerro arriba o bien lecho adentro. En ese instante se escucha la alarma.

Es probable que los exploradores del fondo ribereño percibieran la leve tensión eléctrica en la espina y el retorcijón en el vientre que anteceden la puesta en alerta inmediata frente a cualquier amenaza. Los que se encuentran cerca de la orilla reaccionan y son los primeros que retroceden, envueltos en un halo de agitación; asustados, saltan un pequeño arroyo que se nutre frenéticamente de la inyección vital de agua-lodo. Los de más allá, legionarios en un desierto

lunar, emprenden la retirada; el ímpetu de algunos los lleva a rebasar a los que antes eran la zaga, no sin pagar el precio de la desesperación: resbalan, caen, se reincorporan, salvan la situación. El grupo de avanzada recluta a dos chicos de entre trece y catorce años, dos niñas de unos diez o doce y un adulto. Una de las chicas tiene la ventaja en esta operación de repliegue de su equipo; no obstante, se ubica a la retaguardia de “los legionarios”, le secundan a menos de dos metros los chicos. La decisión resuelta de uno de los tres puede llevar a todos a enfrentar y saltar el creciente arroyo que aún les da tiempo para librarlo, aunque no mucho: tres segundos. El arrebató inicial con que encaran la retirada los deja a boca de jarro de tierra firme, un trote apresurado y un salto final, *como tomando vuelo*, coronan un evento que no pasará de ser más que una aventura de fin de semana. Los que fueran miembros de la vanguardia cambian sus papeles por los de una zaga nerviosa, se desbandan perdiendo la orientación, qué importa, lo urgente es saber hacia dónde dirigirse para volver, y es justo ahí en donde están: un salto de aquellos que se estila dar en los juegos de la niñez puede marcar la diferencia.

El lazo familiar explica el hecho de que en tal momento se presten oídos a llamados que no son de auxilio sino de espera. Estos inhiben a la niña frente a lo que fuera el paso del arroyo; los jóvenes vuelven la mirada sobre el hombro: se detienen y esperan, con la mano en los bolsillos y una actitud desgarrada parecieran no tomarle el peso a la situación. Las piernas de ella ceden abatidas por un sismo con epicentro en su sistema nervioso central; estira los brazos como si quisiera agarrar y detener las aguas, como si tuviera el poder y la fe de Moisés para lograrlo, los gritos y gestos son del hombre que los acompaña y que se ve rezagado a la espera de la otra niña, e insiste en que uno de los jóvenes la socorra. Con la vista fija al frente, a unos tres metros de la orilla, la niña baja la mirada y comprende que las primeras olas ya le han cerrado el paso, se niega a mirar atrás, desea no haber escuchado jamás los clamores de espera del adulto que ahora la están condenando.

Un segundo, dos segundos, tres segundos. Los gritos de la gente que en cantidad no superan a los pasajeros de un bus interprovincial son silenciados por la poderosa retórica fluvial del río. Todos se reúnen en torno a la niña, el nivel del agua nutrido por las precipitaciones de la alta cordillera si bien aún no alcanza profundidades insondables, disuade su exploración a pie, pues el torrente puede sorprender, desestabilizar y botar a fuertes y débiles por igual. En no más de un metro y medio cuadrado toman posiciones para acometer el cruce, es un acto de fe, un salto al vacío; el agua que arrastra sedimentos, piedras y tierra impide la visión del fondo, que dista apenas cuarenta centímetros de la superficie, pero con la suficiente potencia como para arrastrar un vehículo de cuatro puertas con todo y dueño. El adulto toma la posición de ariete en una formación dos, dos, uno; han creado una araña humana de diez patas cuyo primer desafío es la coordinación de los cinco pares de extremidades. Una niña a cada lado del adulto, un joven a cada lado de las niñas, y estos trabados entre sí. El hombre que sostiene de los codos a ambas chicas tiene el control sobre ellas, atrae hacia sí el brazo izquierdo, jala a una y esta a su vez sorprende,

remece y desestabiliza a uno de los adolescentes que de rodillas cae sobre su posición como el boxeador que recibe una descarga de *crochet* y se niega a perder la razón; seguir enganchado a sus compañeros de batalla le permite, asustado y nervioso, recuperar la posición de combate.

La escena es dramática para protagonistas y espectadores, el desliz de uno cataliza un efecto dominó que puede concluir con todos arrastrados río abajo: se encuentran de pie sobre una meseta de roca cubierta de agua que abre hacia una cascada del alto de una casa y de ahí a un río sin fin. Es de esas imágenes que se espera ver por televisión, acostumbrados a la espectacularidad de Hollywood, pero en esta escena no hay cortes ni repeticiones.

Cuatro, cinco, seis segundos. El adulto, que viste ropa deportiva, inicia el tanteo del terreno sin moverse de su posición sobre una hendidura que de seguro no es más profunda que dos escalones, pero que hoy tiene al torrente como aliado, haciéndola ver desafiante; sostiene de los brazos a las chicas, la araña humana se estira en búsqueda de hacer base, nadie más se mueve, apenas se tambalean, se ven frágiles, y en cualquier momento pueden ceder ante sus nervios, el miedo petrifica, nubla la razón, formatea las conductas instintivas humano-animales de supervivencia. Se debe mantener la ubicación ganada y dar la batalla de pie, todos juntos, resistiendo, hasta que los espectadores del drama ingenien un medio para su rescate, pero no. Acometen otro intento.

El líder con la mirada fija en un punto del caudal pareciera como si traspasara sus oscuras aguas y lograra ver de nueva cuenta el suelo pétreo que lo guiará a puerto. Centra su atención en otro punto, otro más, se encuentra hipnotizado por la corriente sin fin; está confundido, pareciera que cualquier ruta es apta para emprender la retirada y cumplir el objetivo de vida, pero olvida que hay caminos que lo llevan por un itinerario sin retorno. Un paso a la vez sin soltar a las chicas, ni estas a los chicos. La estructura homo-arácnida se despliega en el río con el primer paso que da el explorador principal; sin embargo, el resto de la unidad mantiene una posición tambaleantemente firme, rebelándose de alguna manera a una marcha cuya victoria depende de la serenidad de sus miembros, por lo que se sabe que no está garantizada. El breve avance que significó la zancada inaugural y la estructura monolítica plantada por los menores deja a su cabecilla en una situación perturbadora. Inclinado sobre sí mismo sin soltar a las niñas, queda en una incómoda posición de reverencia, saludando en tono marcial a su equipo, al tiempo que los conmina a saltar el cerco mental de paralización con que el terror ha secuestrado sus instintos. Nadie reacciona. La acción forzada por iniciar el tranco comienza por la niña y su brazo derecho, que es jalado por el adulto, hecho que asalta al adolescente de su otro costado, remeciéndolo y llevándolo al colapso físico: cae de rodillas, la estructura de cuerpos adolescentes parece sucumbir. En una película sería el momento indicado para que guardacostas, ejército y caballería hicieran su entrada en el plató. La niña, intentando sostener a su compañero de tragedias pierde el equilibrio, las fuerzas y cede, posando sus rodillas sobre la estepa rocosa, como él; el adulto, en un intento vano por contribuir a su estabilización, en el medio de una suerte de péndulo, obliga a oscilar a la

otra chica, la que al tiempo remece al mismo joven que con anterioridad acusó un *crochet*, pero que esta vez se desploma tras recibir un sorpresivo *uppercut*, yéndose de bruces sobre la lona de granito. Ninguno osa soltarse, todos luchan por recuperar posiciones defensivas, en este punto el eslabón más débil resulta ser el adulto, quien cimienta sus esperanzas sobre una roca en la que apoya el hueso del talón, mientras que la otra extremidad crea un ángulo gimnástico que asemeja a un atleta listo para la competencia, con la salvedad de que la carpeta olímpica de ahora resulta ser un peñón sitiado por los elementos. No tiene un piso estable sobre el que apoyarse. Cual aficionado que se inicia en una barra de equilibrio, pierde la armonía de sus movimientos, extravía el último recurso que lo podría haber llevado a concluir la rutina y se desestabiliza: es el primero que tributa al río.

En ningún momento el adulto piensa en soltar a las niñas, pareciera que se aferrara a la vida a través de ellas, lo que es de alguna manera cierto, pero olvida que con eso les garantiza una consumación como la suya. El cuerpo del que fuera guardián del pequeño y aventurero grupo de fin de semana es disputado por el río y por los jóvenes que también lo sostienen, pero estos no son contendores para un caudal acrecentado por las lluvias invernales, brazo elemental que arrastra sin más al líder, quien al mismo tiempo condena y ejecuta a las niñas y a los jóvenes, remolcándolos al abismo junto a él.

Buscando el río nos quedamos en la carretera

Un viaje en busca de la frescura de los pozos naturales que rodean a Florencia. Sin embargo, el desarrollo amenaza el apreciado paseo de olla.

Jesús Alito Mena Ortiz⁶⁴

Florencia

A las nueve de la mañana de un día festivo cualquiera, las esquinas de Florencia, Caquetá, están solas. Tal parece que el frenesí de la víspera de esos días festivos cambiara el reloj biológico de las personas que pierden la noción del tiempo y se levantan tarde.

Si no fuera por ese sol temprano de verano que con su fuerte rayo de luz asoma por las ventanas y calienta el lecho de los durmientes, las esquinas permanecerían solas todo el día. Así lo confirman los primeros habitantes que abandonan las casas. La motivación que llena las conversaciones de los jóvenes en estos típicos días es la de mitigar las secuelas de las fiestas, escapar de la ciudad para encontrar una manera de contrarrestar el calor y ¡qué mejor plan que una ida al río!

Florencia es una ciudad del piedemonte andino en su vertiente amazónica, rica en agua y surcada por ríos de considerable caudal. El Hacha y la quebrada La Perdiz, que otrora sirvieran como medio de transporte, hoy se utilizan principalmente para la actividad turística por la belleza natural de sus paisajes, así como de sus aguas cristalinas.

La concentración de la gente en las orillas de los ríos es tal que pareciera que le hicieran competencia a las piedras que se disputan el lecho.

“Yo aquí sacando lo del almuerzo. Hay que aprovechar la venida”, dice un pescador improvisado y enguayabado en plena tarea. Lo cierto es que, aunque los ríos son ricos en peces, la mayoría de estos pescadores de paseo se quedan con la sal y sin el pescado porque los peces, al sentirse invadidos por la multitud, buscan refugio en otros lugares y el almuerzo pasa a convertirse en un sancocho de tienda (puro paquete).

La inminente relación entre la naturaleza y los habitantes de la ciudad salta a la vista y se evidencia en días festivos con la ida en busca del agua.

La partida

No son muchos los requerimientos que se necesitan para organizar una ida al río en Florencia, solo la voluntad; así lo evidencian quienes van en busca de aventura. El camino comienza de

manera casi improvisada. El pequeño grupo que en adelante será bastante significativo de tamaño se acompaña de llantas de vehículos, preferiblemente de maquinaria pesada. No faltan lazos, pelotas y balones, además de utensilios para la pesca, como atarrayas y varas con anzuelos, entre otros.

Las grandes columnas de jóvenes que se observan en la carretera van llenas de circunstancias; no faltan quienes se hayan escapado las clases del colegio para dar cumplimiento a una cita con la compañera de turno. Esto ha generado en los colegios el fenómeno de “los mojados”.

Comenta la coordinadora de un prestigioso colegio de la ciudad: “A media jornada de haber iniciado la actividad escolar se confirma la inasistencia de una estudiante, se informa a su acudiente, quien manifiesta haber enviado la niña al colegio. Horas después, ante la incertidumbre, el acudiente se presenta al colegio para confirmar la situación y encuentra allí a la niña perdida. El reclamo a la coordinadora no se hace esperar por falsa acusación, a lo que la coordinadora responde: ¿Ya la revisó? Y se dan cuenta de que, debajo del uniforme, la niña tiene la ropa completamente mojada”.

En estas condiciones, se considera una ida al río de carácter deportivo o aventurero. El gancho más habitual es un buen picadito de fútbol en la playa, pero atrae más el descenso con neumático a través de las piedras, chorros y charcos, por distancias de más de un kilómetro y en repetidas ocasiones.

“Bajan por el río y suben por la carretera, esta vez con sus grandes neumáticos a cuestas. Cuando esta actividad incluye almuerzo de olla, cambia la connotación y se le denomina paseo, y por lo general también participan personas mayores”, explica uno de los paseadores.

El desplazamiento al río puede hacerse de varias maneras: en carro, en vehículo de tracción animal o a pie, como es la costumbre de la gente joven. Lo cierto es que lo que antes era una partida ahora se convierte en un río humano en busca de un río de agua.

El encuentro

Después de un recorrido de calles, carretera y caminos, se da el encuentro de los dos ríos. Uno por el que fluye el precioso líquido entre las piedras y el otro, el humano, que al entrar en el cauce emprende una trayectoria en sentido contrario.

Río arriba, a través de las piedras, se observan grandes y pequeños charcos entre verdes y azules, según la relación del sol y la sombra. Estos pozos presentan distintas sensaciones que varían, bien por su tamaño, color, profundidad y leyendas. “Si el color del agua es oscuro, entonces es profundo y alberga algún animal misterioso de peligro; si en él descansa la corriente del chorro

presiona a los bañistas contra las enormes rocas; si sus aguas son tranquilas, entonces es más difícil nadar; en fin, los pozos como atractivo principal también tienen su mecanismo de defensa, como el mismo río”, explica Arturo Salas, otrora nadador y hoy historiador.

Estos charcos a menudo son explorados por clavadistas naturales que, valiéndose de las grandes rocas, desafían las alturas para penetrar en lo más profundo del río. “Es algo más que agua, se podía ir al río y regresar por el río. Era lo que antes se constituía en la cotidianidad, el río y el pueblo se encontraban a menudo como una mano con la otra en símbolo de unidad”, comenta Salas.

La carretera

Suele decirse que los tiempos cambian cuando en realidad no es así. Son las cosas y las costumbres las que se transforman. Precisamente, las relaciones entre los habitantes de Florencia y sus ríos variaron mucho. Uno de los aspectos más influyentes fue la construcción de la nueva carretera a Neiva. Para la vía vieja, en su cercanía a Florencia, el río siempre fue motivo de problema.

Cuando Florencia conectaba a Neiva por la carretera “vieja”, el río seguía siendo importante. Cuando se construyó la nueva vía, paralela al río, este perdió protagonismo. Aparecieron barreras que impiden el encuentro entre el río humano y el río de agua. Mallas, cercas, alambres y otros obstáculos hicieron más largo el camino. Así lo manifiesta Juan David López, un estudiante que no alcanzó el grupo de partida.

“Habíamos cuadrado que después del primer puente, a unos dos o tres kilómetros, bajaríamos como siempre. Esto aseguraba el sitio donde se encontraría el grupo en caso de algún inconveniente. ¡Me dejaron botado!, me tocó correr y ni así pude alcanzarlos. El paso al río era por donde uno quisiera, traté de cortar camino por un desecho, pero me encontré con cercas. Me tocó volver a la carretera para tratar de alcanzarlos”.

Debió pasar tiempo cuando Juan David decidió cruzar la cerca. Recorridos unos cincuenta metros, un celador se acercó a él.

—¡Alto!, ¿usted para dónde va?

—Al río. Mis compañeros ya pasaron por aquí —replicó Juan David.

—Esto es una propiedad privada— respondió el celador. —¿No ve usted la cerca? Debe devolverse. ¡Aquí no hay paso para el río!

Juan David pensó: ¿Vendieron el río? Y regresó a la carretera.

La privatización de los terrenos entre el río y la carretera condenaron al destierro del pueblo con el agua. Grandes centros de recreación aparecieron en la zona y debilitaron su condición de área rural. Nació una zona turística con condiciones contrarias a lo que tradicionalmente ofrece la naturaleza.

“Los más jóvenes incluso ven el río como un peligro. A ellos les interesa bañarse y no nadar. Al parecer se distingue aquí una condición de clase: quienes van al río es porque no tienen cómo pagar la entrada a las piscinas, lo que refleja una discriminación que modifica la forma de hacer turismo en Florencia”, comenta Arturo Salas.

Los neumáticos suben y bajan en los hombros de los bañistas, el sol permanece en ellos como cuando penetra por la mañana en las ventanas de sus casas abrasándoles las espaldas. Ahora no se puede evadir el calor como cuando se está en lo profundo de un pozo; al contrario, hay que convivir con él bajo una atmósfera que se encauza en los cañones formados entre los cortes de las montañas dando paso a la cinta de asfalto que describe la carretera.

El río humano sigue su cauce; ahora son las piscinas las que se atraviesan, piscinas que no les gustan a todos: allí se restringe la entrada, no se cocina en olla y se pierde la mística de buscar las piedras, la leña, prender el fogón y vivir el momento. Piscinas, iguales todas, a las que llegan muchos que buscando el río se quedan en la carretera.

Tragedia en “Cielo roto”

Las fiestas del aguacero que se celebran suenan paradójicas tras la tragedia de las quebradas La Chuscala y Mandalay.

Luz Estela Bedoya Vélez⁶⁵

Medellín

En este pueblo, oficialmente llamado Caldas, cercano a Medellín, de ambiente alegre y gente amable, suelen celebrarse cada año las fiestas del aguacero, que resaltan su famoso pseudónimo: Cielo roto.

Mientras Clara Inés Atehortúa, una madre cabeza de familia con cinco hijos pequeños, dos de ellos discapacitados, estaba en su casa ocupada en los quehaceres domésticos, un torrencial aguacero engrosaba los caudales de las quebradas La Chuscala y Mandalay. Eran las cinco y media de la tarde, ese 27 de marzo de 2009, cuando todo cambió. Llovía sin cesar y el aire tenso invadía el lugar. No solamente ella estaba sufriendo, sino toda la comunidad del barrio Mandalay.

Parecía la hora llegada

“Se oía rugir la tierra, el pánico se apoderó de mí”, recuerda Clara Inés. “Me vine del trabajo porque me llamaron, ya que uno de mis hijos estaba convulsionando. Cuando lo estaba atendiendo, se desató la más horrible tragedia. El agua corría por las calles como si tuviera rabia, llevándose por delante todo lo que encontraba a su paso. ¡Jesús, María y José! Eso parecía la hora llegada; hijuemadre, casi me muero. Agarré a mis hijos como pude y salí a correr como una loca, dando gritos de auxilio. ¡Eh, Ave María! Ni que hubiera matado un cura para merecerme todo esto”. Mientras revivía esos momentos sus facciones se endurecieron un poco y sus manos se crisparon, pero al terminar sus ojos dejaron ver una lucecita de agradecimiento: “Mire cómo está de bonita la cuadra, y, cuando vuelva, ni la va a reconocer”.

Mientras caminaba hacia la carnicería de don Aurelio, pude comparar las imágenes que me había formado de aquella tragedia con las que estaba viendo: en la misma cuadra de Clara Inés, en la acera del frente, un guayacán que había sobrevivido, entre terco y rebelde, se esforzaba por demostrar que podía volver a florecer; a lo largo de la cuadra y encerrados aun en alambre de púas, para protegerlos en su primera infancia, otros tres guayacanes crecían sin aparente dificultad. Una buseta escolar descargó en la esquina varios niños cuyas madres esperaban sonrientes.

El carnicero del barrio

Don Aurelio Quiroz, un hombre amable de unos sesenta años, que hace tiempo atiende su

carnicería, me hace su relato de la tragedia de 2009:

“Yo perdí todo, con decirle que dos puentes dentales que tenía, uno arriba y otro abajo, salieron volando cuando me caí por salir a las carreras. ¡Qué susto tan berriondo! Traté de devolverme para recuperarlos, pero no fue posible porque el agua venía con fuerza hacia mí. Como ve, solo tengo unos cuantos dientes; esta es la hora que por la situación económica no he podido ir al odontólogo”, dice don Aurelio. Tiene dos hijas estudiando en la universidad, y otros dos terminando el bachillerato. No tiene casa propia y, sin embargo, dice: “No me puedo quejar; estamos vivos gracias a Dios; de esa quebradita no se sospechaba nada”.

—¿Solapadita la quebradita don Aurelio? —le pregunté.

—Puff, que si qué... Esperamos que eso no vuelva a ocurrir.

La situación que se vivió en el barrio Mandalay fue caótica y desesperada. El desbordamiento de las quebradas Mandalay y La Chuscala se debió no solo a ese fuerte aguacero, sino a que ya se encontraban taponadas por los desechos que los habitantes arrojaban a ellas. Aparentemente, sus aguas eran tranquilas.

Esto trajo a sus habitantes una sensación de impotencia al ver sus hogares, negocios, calles, escuelas y todo lo que habían construido con sacrificio prácticamente destruido, lo que trajo inestabilidad económica a las familias damnificadas. Treinta casas se derrumbaron y quinientas más afectadas; los tanques donde se almacenaba el agua quedaron bajo tierra, destruidos totalmente, y el colapso de las redes de comunicación los dejó incomunicados.

En las fotografías se observa la magnitud de la tragedia y en las caras de sus habitantes, el desconuelo de perderlo todo. Familias humildes y trabajadoras vieron cómo sus enseres eran arrasados por la furia de las aguas. Por fortuna, esta tragedia no cobró vidas humanas, pero sí hubo algunos heridos. Sin duda alguna, dejará una huella imborrable en personas que, como Clara Inés y Aurelio, vieron sus esperanzas y sueños desvanecerse en un abrir y cerrar de ojos.

Promesas que se cumplen

En esa época el alcalde de Caldas era Luis Guillermo Escobar y el gobernador de Antioquia, Luis Alfredo Ramos. Ellos prometieron a sus habitantes la reubicación de sesenta familias en nuevas viviendas, labores inmediatas para la limpieza de la quebrada Mandalay y restablecimiento del servicio de acueducto y alcantarillado. Las viviendas se reconstruyeron y la quebrada fue intervenida hidráulicamente, con lo que los habitantes del barrio tuvieron mejor calidad de vida.

Se firmaron acuerdos para la construcción de una placa polideportiva, zonas de juegos

biosaludables y canchas sintéticas para la recreación. Para muchos, el alcalde cumplió con sus promesas; sin embargo, otros no están conformes, ya que faltan muchas cosas por hacer, entre ellas la entrega de la totalidad de viviendas de interés social en el barrio Mandalay. Hoy, sus habitantes hacen esfuerzos para salir adelante y no volver a cometer los mismos errores, mientras esperan ansiosos “las fiestas del aguacero”.

El río del cacique Chicamocha

La autora escarba en la memoria de su mamá lo que fue vivir en un pueblo ribereño del río Chicamocha.

Murió víctima de un atraco, a mediados de 2013, cuando entraba a su casa en Bucaramanga.

*Con cariño y gratitud
Estas coplas las entono
Para hablar del Chicamocha
De sus aguas y su entorno.*

María Consuelo Sandoval⁶⁶

Bucaramanga

En mi infancia era grata la llegada del compadre Martín, como le decían mis padres a cualquier persona proveniente de la zona ubicada en la ribera del río Chicamocha, conformada por los corregimientos de Ricaurte y de La Vega de Infantes, pertenecientes a los municipios de San Joaquín, capital fiquera de Colombia, y Molagavita, respectivamente. Recuerdo que llegaban con una gran variedad de frutos de clima caliente, como decía mi abuela. En ese momento desconocía las dificultades por las que tenían que pasar para llegar al pueblo.

Viaje al pueblo

Según mi madre, María Helena Sandoval, los habitantes de esta región comercializaban sus cosechas con San Joaquín o Málaga. Para esto preparaban el viaje con antelación. Después de “alistar los bultos”, las mulas cargadas con los productos partían muy temprano en la madrugada, para evitar que los cogiera el sol en el ascenso por aquellas empinadas lomas.

Para ir a San Joaquín, corregimiento de Ricaurte o a Molagavita (Vega de Infantes), era necesario cruzar el río Chicamocha mediante el cable, hecho con lazos de fique que el bisabuelo Pedro Pinto, llamado familiarmente “Papá Pinto”, fabricaba con un aparato llamado taraba. Era un medio muy útil para unir las dos orillas de Morón. Para cruzar el cable o cabuya usaban lo que denominaban “gancho”: un garabato de madera con unas cabuyas colocadas de manera que soportaran el peso del cuerpo, que pendía del cable. Para pasar a los niños y los ancianos tenían la “puerta”, como llamaban a una canasta de madera y cabuya tirada a lado y lado por lazos. La faena de abordar el cable para atravesar el río exigía la colaboración de varias personas y era la única forma de cruzarlo en época de invierno. Cuando éramos niños nos decían: “Si no comen, los llevamos al otro lado pasando por la cabuya”.

En el otro lado, se caminaba un trayecto plano y luego subíamos cuesta arriba con mucho trabajo,

prendidos como arañitas y sin parar, pasando por terrenos escarpados y rocosos propios del Cañón del Chicamocha, hasta llegar a la cima de la montaña. “Casi echábamos todo el día”, cuenta María Helena. Para mitigar el hambre y la sed, llevaban el fiambre con carne, yuca, panela, aguardientes y guarapo, porque había pocas casas en los alrededores.

“Ya en la cuesta, debíamos llegar a San Joaquín, pasando por la Aurora, lugar agradable, con su escuela a la orilla del camino, y continuábamos hasta el Alto de las Cruces, llamado así porque allí se descansaba y se colocaba una cruz cuando se llevaba un muerto a enterrar en el cementerio del pueblo. Dicen que en este lugar espantaban a los que viajaban de noche”, sigue María Helena.

“Cuentan que uno de los arrieros compró sus tierras con la fortuna que encontró en uno de sus viajes, cuando por la noche vio una lucecita en un pequeño arbusto. Para ellos eso significaba la existencia de un “entierro” y, como era costumbre, se quitaban los alpargates que llevaban puestos y los dejaban como señal en el lugar donde alumbraba. Siempre tenían dos pares de alpargates, unos puestos y los otros colgados al lado del machete. En el lugar señalado, al regreso del pueblo encontró una ollita con morrocotas”.

Cuando se dirigían a Málaga, pasaban por sitios como el Bosque, La Laguna, el Gaque, el Alto de las ventanas donde se descansaba para continuar el descenso a dicha ciudad.

Así era la región

Esta región está ubicada en la cuenca media del majestuoso cañón del río Chicamocha, sobre la cordillera oriental, caracterizada por su ecosistema árido. El terreno de hoy es quizá la tercera parte del que fue en las décadas del veinte al setenta del siglo pasado, cuando dominaban el paisaje unas vegas apacibles, rodeadas por cerros escarpados, con pocos árboles, ubicadas entre San Joaquín y Molagavita, con los municipios de Covarachia (Boyacá), Mogotes y Onzaga como límites.

Hacia 1935, el río tenía un cauce fijo, parecía canalizado por las características propias del ecosistema. Desde esa época se conservan cultivos de frutales como mango, mamoncillos, zapotes, corozos, tamarindos, melón, plátano, guandus o fríjol blanco, árbol del pan, arroz, pastizales para el ganado y tabaco, que fue decayendo al disminuir el consumo del cigarrillo y por la dificultad de sacar los productos a los pueblos.

María Helena recuerda que, a pesar de estar cerca del río, debían regar los cultivos con canales que construían con piedras, cascarón de plátano y tierra, las llamadas “bocatomas”. Además del ganado caprino, los campesinos de la región tenían vacas, mulas, pocos caballos, cerdos, gallinas, pavos reales y toros para el arado. Los animales más abundantes eran los cabros, típicos de la región, cuya carne era de consumo permanente. Las familias ni siquiera sabían cuántos cabros tenían, aunque reconocen que la baba de estos animales perjudica los vegetales: “mata mordida

por un cabro, mata dañada”. Según César, oriundo de Molagavita, el alimento de las cabras en esa región consiste en plantas, como el orégano; pero la carne tiene un sabor especial, inconfundible, por la presencia de salitre en los peñascos.

El pastoreo caprino excesivo, especialmente en los sitios más inclinados, ha desempeñado un papel decisivo en la distribución y el aspecto fisionómico de la vegetación, por el no consumo de algunos vegetales que tienen espinas y aguijones, que las protege de la acción de las cabras.

Ante la ausencia de quebradas cercanas a los potreros, utilizaban los “chuchos” o calabazos para llevarles agua a los animales. Cuando las temporadas de verano eran intensas, la comunidad organizaba “rogativas”: iban en procesiones de casa en casa orando al Creador para que les enviara agua lluvia, para evitar la sequía de los cultivos.

El río era un lugar para los paseos, y saber nadar era una obligación porque allí se tomaba el baño diario. Del río se podían sacar pescados como el bocachico y el nicuro. Para la pesca se usaban las llamadas barbacoas, armadas de caña de castilla, que enterraban en el río formando un ángulo y allí quedaban atrapados los pescados.

En esa época no había sanitarios. La gente “iba al monte” y hacían un hueco que tapaban para no perjudicar a nadie. Y en lugar de papel higiénico usaban hojas de plátano seco o tusas, “que nunca le hicieron daño a quien las usó”, aclara María Helena.

El único sitio para el lavado de la ropa era el río, pero no le ocasionaban daño ecológico: en lugar de jabón, utilizaban las pepas del árbol conocido como pipo —o jaboncillo—, que producen espuma. En algunas partes aun las utilizan para el lavado de la ropa blanca.

Las veinte familias

Hacia 1940, había unas veinte viviendas en Ricaurte. En una casona vivía la familia de los bisabuelos, Pedro Pinto y Amelia, conocidos por su hospitalidad. Otras casas eran las de la familia de María de Eslava, Ascensión Ortiz, Vicente Durán, Pedro Emilio Muñoz, Cayetana Prada, entre otras.

Para las labores del campo, se despertaban a tempranas horas de la mañana para protegerse de los fuertes rayos del sol de la tarde. Para llamar a los obreros o “piones” a consumir alimentos, se les avisaba mediante “los cachos” viejos de un toro, que al soplarlos producían un sonido fuerte.

El río Chicamocha

El río lleva su nombre en memoria del Cacique Chicamocha, que vivió en las tierras de Capitanejo,

Santander. Parece sereno y tranquilo la mayor parte del tiempo, según María Helena. A pesar de ello, los habitantes le tienen respeto, quizá porque algunos se han ahogado. Fue el lugar donde tiraron los muertos en la época de la violencia: los liberales vivían en Chicacuta y los conservadores en Ricaurte y La Vega, durante la guerra de los Mil Días, conocida como la guerra Gallinera. Así que del río bajaban muertos azules y rojos. También se llama así por las consecuencias que trae al aumentar su caudal, como lo recuerda César.

El río nace en el departamento de Boyacá, por la confluencia del río Tuta, el cual se origina en la zona de páramo al sureste de Toca y Siachoque, y el río Jordán, que nace al suroccidente de Tunja. Se le conoce como río Chulo, río Jordán y río Grande. La cuenca alta drena aproximadamente la tercera parte del departamento de Boyacá, donde satisface en buena parte las demandas de agua; de su cauce depende el desarrollo tanto municipal como industrial de la región. En su recorrido los municipios captan el agua, alimentan una red de canales, caños y acequias, y usan el agua para la agricultura y la ganadería.

Atraviesa, entre otros, los siguientes municipios: Duitama, Sogamoso, Tibamosa, Nobsa, Corrales, Gameza, Topaga, Tasco, Sativa Norte, Sativa Sur, Socha, Socota y Soata, de los cuales recibe vertimientos de aguas residuales, depósitos de grasas de automotores y polvillo proveniente del lavado del carbono de las Acerías de Paz del Río, de tal forma que, cuando llega al Puente de la Palmera en Capitanejo, sus aguas están bastante contaminadas. Según estudios del Ministerio de Salud, solo los primeros cincuenta metros desde el nacimiento tienen sus aguas cristalinas y los nacimientos de agua clara de la región están a grandes distancias, en la Loma de los Frailes y el pequeño bosque de las Tórtolas.

María Helena recuerda que la “salvación de Dios” era el cactus tres filos. Lo llamaban yatago, después de quitarle las espinas, lo ponían en el fogón hasta cuando empezaba a “sollozar” —sonido que produce con el calor—; lo machacaban y lo colocaban en una vasija con agua del río y al poco tiempo el agua se volvía clara. Finalmente, la vertían en vasijas y quedaba lista para el consumo humano.

Quienes vivieron en Ricaurte, cuentan que el río era tranquilo, con un cauce fijo, esto hace unos cincuenta años. Según mi mamá, el río estaba cerca de la casa y cuando se acostaba, “parecía que estuviera pasando por debajo de la cama”. Al cabo de los años, después de morir los bisabuelos, los abuelos abandonaron la tierra y recuerdo que con frecuencia le contaban a la abuela que el río se estaba llevando poco a poco la casona y las tierras. Decían que se habían crecido las quebradas de las veredas de Miranda; una de ellas de aguas color naranja; más arriba de la quebrada Perico en invierno se creció y aumentó el caudal del río, este se represó más adelante y, al desbordarse, arrastró las tierras. Igualmente se desbordó la quebrada Tequiana, que pertenece al municipio de Miranda. En las temporadas de invierno, el río se fue expandiendo más y más, arrastrando lo que

encontraba en el camino, hasta que solo quedaron los gratos recuerdos de esa región apacible.

Tres territorios del agua

Fanny Moreno Ospina⁶⁷

Medellín



Ponches o chigüiros

La fábrica de hielo

De cómo conocí el hielo, sin tener contacto con las neveras o los enfriadores.

En 1951, el clima era más fresco y el agua era —o se sentía— más fría, especialmente si la temperatura del ambiente marcaba cero grados centígrados al amanecer. Vivíamos en Los Llanos de Cuivá, corregimiento disputado por Angostura, Santa Rosa de Osos y Yarumal, con los que limitaba. En noviembre de 1993 fue adjudicado oficialmente al último y terminó el conflicto.

Mi padre, Ricardo Moreno, fue pescador en el río Nechí y había tenido una mina de oro en el Bagre con mi abuelo, la cual abandonaron debido a la violencia. Cuando le ofrecieron administrar una finca ganadera en los Llanos de Cuivá y escuchó que allí había un río llamado Espíritu Santo, creyó que el nombre era un buen augurio y llevó a su familia y sus corotos hacia esas tierras. La finca parecía estar en medio de ninguna parte, varias leguas adentro de Santa Rosa de Osos.

Ateridos de un frío inimaginable, llegamos a esa gran casa y, una vez cruzamos el umbral, todos confirmamos que así eran los palacios en las montañas.

Muy cerca de la casa, bajando un estrecho camino que atravesaba un gran sembrado de moras, estaba la pesebrera y a su lado, un enorme cuarto que desde las cuatro de la mañana se llenaba de señoras regordetas, con faldas casi hasta los tobillos, de telas gruesas y oscuras, que dejaban ver unas piernas robustas. Eran blanquísimas, pero tenían unas raras vetas de color morado claro. Mi mente inocente recordaba una clase de nabos muy fértiles que mi madre acostumbraba comprar. Yo ignoraba que esas amables señoras tenían su piel así como consecuencia del frío y del agua tan helada que debían soportar. En ese cuarto habían establecido una fábrica de quesitos y ellas trabajaban allí. Todo estaba muy ordenado para llevar a cabo el proceso de la leche. Al final ponían los quesitos en unos moldes cuadrados de madera, donde reposarían varias horas para que terminaran de expulsar el suero y quedaran más firmes.

Solo una vez estuve en el río. Ese día, temprano y muy bien abrigada, bajo un fuerte sol que parecía no hacer mella en nada, excepto para dar un hermoso brillo a las microscópicas gotas de rocío. Practiqué la pesca con anzuelo, aprendí a quedarme quieta y en silencio y mantener el control de la caña cuando el pez picara, aunque solo un pequeño pez me sirvió de trofeo. Mi padre no quiso llevarme de nuevo, porque, aunque no me quejé de frío, él sabía que podría hacerme daño, y hasta entonces solo habíamos vivido en tierras muy cálidas.

¿Y del hielo qué?

El agua era tan fría que no solo nos dejaba las manos de color rojo, sino que producía un efecto punzante, un dolor completamente desconocido para mí, al que me fue imposible acostumbrarme en los seis meses que permanecimos en aquel tranquilo lugar. Mi mamá decía que el frío sí era mucho, pero que no creía en lo dicho por doña Maruja Benjumea, una vecina: “Si uno deja una ponchera con agua en el patio durante la noche, esta amanecerá congelada”.

Yo insistí para que hiciéramos el experimento y una mañana, casi con alegría, mi mamá nos mostró la ponchera: tenía una fina capa de hielo en la superficie. La mirábamos con admiración, pero no nos atrevíamos a tocarla, hasta que nos dijo que podíamos hacerlo. Yo no conocía el hielo, tampoco las neveras, congeladores o cosas parecidas y al serme presentado de esta manera, necesité algún tiempo para asimilarlo. Mis padres me explicaron, lo más sencillamente posible, el proceso de congelación. Días después les confirmé que ya comprendía bien lo del hielo... ¡Estábamos viviendo en una nevera!

Un concierto en los Andes

De cómo, sin instrumentos, se puede escuchar música, como en un concierto.

Parecería que mi padre andaba siempre en busca del oro máspreciado. Pero no, buscaba poder vivir en paz con su familia y por eso aceptó ser el administrador de una finca ganadera en el municipio que otrora llamaran Aldea de Soledad, conocido hoy como Andes, Tierra del Ensueño y también Tierra del Cóndor. Mi padre, que era liberal refugiado —por haber sido desplazado de su pueblo— no podía pretender obtener siquiera dos metros de tierra, incluso si no participaba en política. Ni a colono podía aspirar.

Primero en chiva, luego en bestia

A mis seis años, yo ya tenía bastante experiencia montando a caballo, así que a pesar del largo camino, este viaje, que para mis padres era más que una huida, para mí era otra aventura. Un gran tramo lo hicimos en escalera (chiva) por una carretera destapada que en muchas partes dejaba ver muy bien el río San Juan, cuya fuerza se podía apreciar en sus recodos más estrechos, que formaban numerosas caídas de agua. “Chorros” los llamaban los lugareños, pero para mí eran hermosas cascadas. Llegamos a una posada que pertenecía al corregimiento Tapartó, donde teníamos que continuar en bestia, como decían en ese entonces cuando se montaba a caballo, porque lo que seguía era camino de herradura. Mi madre llevaba a mi hermanita a la cabeza de la silla. Mi padre anunció que estábamos llegando, y mi mirada, que buscaba ansiosamente la casa, se quedó clavada en un gran punto brillante, el cual, a medida que nos acercábamos, se hacía más grande y me obligaba a mantener los ojos entrecerrados.

Como de pesebre

Aunque algo distraída por aquel brillo pude escuchar cuando mi padre dijo: “El río Tapartó queda cerca, pero ni modo de pensar en paseos durante los próximos días porque tengo demasiado trabajo. Ya habrá tiempo porque no hemos venido de turismo”. Yo, que ya estaba soñando que las caminatas en su compañía comenzarían al día siguiente, tuve que contenerme. La casa quedaba en un terreno plano, rodeada de un rústico jardín y parecía, según escuché de mi madre, como de pesebre, por lo pequeña y vistosa; predominaba en ella un rojo bermellón. Cuando estuvimos frente a ella, pude comprobar que el punto brillante era el techo, elaborado con láminas de zinc. Al entrar, mi madre y yo hablamos al mismo tiempo, alzando un poco nuestras voces. Mi padre no logró entender nada, así que pidió que habláramos de a una. Yo, sin esperar, dije: ¡Qué casa tan linda! ¡Y con techo de lata como las de algunos cuentos! Y mi madre, con voz compungida dijo: “¡Ay, Dios mío, techo de zinc! ¡Ojalá no llueva mucho por acá!”

El concierto

Habíamos comido en la posada para que mi madre tuviera tiempo de desempacar y organizar un poco. “Mañana traeré mercado, y leche para el desayuno es lo que sobra”, dijo mi padre. Acabábamos de acostarnos cuando comenzó a llover. Mi mamá le cuchicheaba a mi hermanita, parecía contarle un cuento para distraerla del sonido de la lluvia contra las latas. Mi papá dijo que no nos preocupáramos porque el techo era nuevo y el agua no se filtraría por ninguna parte. Entre tanto, yo me deleitaba imaginándome una orquesta con músicos muy alegres. Ya venía preparada para esto, porque había escuchado un preludio durante el viaje, cuando en algunos sitios cercanos a la orilla del San Juan, oía un trombón o algún instrumento de viento.

Al principio las gotas caían espaciadas, tanto en tiempo como en distancia; me parecía como el sonido de una marimba tocada por un angelito, inexperto pero no desafinado. Poco a poco las gotas se fueron juntando, sonando más rápido y fuerte; para mí era una melodía en todo su apogeo, desconocida y deliciosa, pero al poco rato comenzó una tempestad fuerte. No me alarmé porque sabía que los rayos estaban cayendo lejos, los truenos sonaban varios segundos después de los relámpagos y, aunque no sabía la fórmula exacta, mi padre me había dicho que si contaba muy, pero muy despacio, podría calcular unos trescientos cincuenta metros de distancia por cada segundo que pasara después de haber visto la luz. Para mí era fácil, porque mis viajes a caballo me habían enseñado mucho acerca de las distancias.

Mis padres me creían dormida, pero yo estaba concentradísima escuchando mi primer concierto sin orquesta. Puedo asegurar que las notas tenían más compases y ritmo que muchas de las canciones que escuchamos hoy en día. Me sentía segura en mi cómodo palco porque los rayos no caían antes de decir... cuatro, cuatro mil. ¡Ah! Esa noche mi amor por el agua iba *in crescendo*.

Entre ponches y babillas

De cómo conocí algunos secretos de la ciénaga San Silvestre.

En 1954 nuestros pasos nos habían llevado bastante lejos. Estábamos en Barrancabermeja, Santander del Sur, tierra promisoría para Colombia por sus grandes yacimientos de petróleo, y una de las más cálidas del país. Le dieron el apodo de Ciudad entre Aguas. No es una isla, pero está rodeada de muchas ciénagas, quebradas y del río Magdalena. Yo tenía ocho años e intuía que allí sería feliz. Al ver aquella hermosa y gigantesca ciénaga, cuyas aguas llegaban suavemente a unos veinte metros de distancia, bajando por una pequeña colina, desde la casa que sería nuestro hogar, solo confirmé mi sospecha de que allí sería feliz. “Ojalá por mucho tiempo”, pensaba. Cortijillo era el nombre de la finca, y Ciénaga San Silvestre, el de aquella hermosa superficie de agua que en muchas ocasiones hizo que reflexionara: si esto es una ciénaga, ¿cómo será entonces el mar?

Nunca pude ignorar el mal olor que se sentía al atravesar algunos barrios a las afueras de la

ciudad, cuando, semanalmente, íbamos a la iglesia y a mercar. Muchas de las casas estaban circundadas por lo que yo creía eran ríos negros. Mi padre me aclaró que no eran ríos sino caños anchos, donde se represaba parte de los desechos de los pozos de petróleo, porque Ecopetrol aún no había podido perfeccionar su manejo. Lo que sí me parecía fascinante era aquella llama que ardía día y noche en la torre más alta de la refinería, como una vela gigantesca que representaba los ruegos de todos los habitantes.

San Silvestre de noche

Cada noche, a la luz de una vela, mi padre nos reunía para contarnos cosas de la región. Comenzó diciéndonos que no nos asustáramos si escuchábamos algunos ruidos extraños. Y nos contó que al otro lado de la ciénaga, donde había más vegetación, vivía una manada de “ponches”, agregando que este era el roedor más grande del mundo, que podía llegar a pesar hasta ochenta kilos, era herbívoro y se escuchaba más de noche porque en el día se asustaba con el ruido de las labores del campo, podía permanecer sumergido hasta por cinco minutos y, aunque dormía en el pasto, pasaba mucho tiempo dentro del agua. Nos dijo muchos de los nombres con que se le conoce: chigüiro, lancho y capibara.

Mi madre, que apenas tenía treinta y tres años y un espíritu muy juvenil, hizo que algunas noches de luna llena nos fuéramos a la parte de atrás de la casa y, en absoluto silencio, miráramos hacia la ciénaga. En varias ocasiones pudimos ver hasta dos ponches al tiempo: nadaban suavemente como si no pesaran, como dos grandes troncos de balso. Cuando se sumergían, quedábamos en vilo calculando el tiempo y esperando verlos aparecer de nuevo. Supimos que su carne era muy apetecida, pero nunca de primera mano, porque mi padre nunca trató de cazarlos.

San Silvestre de día

Un domingo temprano mi padre nos llevó a conocer otra parte de la ciénaga. Si la que veíamos desde la casa nos parecía inmensa, al ver esta todos quedamos asombrados: parecía no tener fin. Allí se practicaba un deporte que yo no sabía que existía: el esquí acuático. Aquellas personas se sostenían sobre el agua, agarrados de las manos a unas cuerdas amarradas a la parte de atrás de las lanchas, que los arrastraban a gran velocidad. Me parecían irreales.

Estábamos cogiendo tábanos...

Desde que llegamos, mi padre nos había advertido, a mis dos hermanitos, a mí y también a mi madre, que no podíamos bajar nunca solos a la ciénaga. Obedecimos por un tiempo, hasta que un día mi hermanita y yo nos dimos cuenta de que la colina que separaba la casa de la ciénaga tenía la hierba suave y sin matorrales u obstáculos, por lo que era perfecta para un juego que habíamos

aprendido en la finca donde vivíamos antes. Se trataba de acostarnos en el suelo, boca arriba, con los brazos rectos pegados al cuerpo, las piernas bien juntas y hacer un giro para impulsar el cuerpo hacia abajo. La fuerza de gravedad se encargaba del resto; la adrenalina la poníamos nosotras. Mientras rodábamos, decíamos el siguiente estribillo: “Estábamos cogiendo tábanos y cogíamos y nos echábamos a pelotiar”. La caída terminaba más o menos a dos metros del agua y era tan rápida que solo alcanzábamos a decir el verso una sola vez. Nos parábamos con rapidez, subíamos la colina y repetíamos la caída una y otra vez hasta que nos vencía el cansancio. Siempre tuvimos la suerte de que, cuando nuestra madre salía a vigilarnos, ya estábamos arriba de la colina o a unos pocos pasos de la casa.

Un día, ya estando listas para entrar a la casa, recordé que Genoveva, la señora que ayudaba a mi madre en algunas labores de la finca, nos había contado que en la ciénaga había babillas. ¿Cómo no lo había recordado antes? Llena de curiosidad, le pedí a mi hermanita que me esperara ahí arriba, bajé corriendo y me paré ansiosa cerca de la orilla. A los pocos minutos vi que el agua se movía, retrocedí unos pasos, sin dejar de mirar las ondas del agua que se extendían cada vez más.

Muy despacio fue apareciendo la cabeza de una babilla y, al tiempo que emergía, yo caminaba hacia atrás sin dejar de mirarla. No las conocía, pero me habían dicho que se parecían a los caimanes o a los cocodrilos, los que sí había visto en libros. Cuando pude ver sus patas delanteras, di vuelta y, a una velocidad increíble, subí la colina sin voltear la cabeza ni una sola vez. Casi sigo corriendo hasta adentro de la casa para sentirme a salvo, cuando vi que mi hermanita todavía estaba esperándome donde la dejé. Solo allí sentí el valor suficiente para voltear y asegurarme de que la babilla no me estaba siguiendo. Alcancé a verla a varios pasos de la orilla, pero a los pocos segundos regresó a su fresco y delicioso hábitat. Me atrevo a decir que tendría unos sesenta centímetros de largo. Como dije, soy buena con las distancias y medidas. Recuerdo que, mientras yo corría, creyendo que el corazón se me saldría, me parecía ver la enorme cicatriz que Genoveva tenía en su pierna derecha. Le faltaba parte del músculo y, según nos contó, estuvo cerca de perder la pierna. Antes, lavaba ropa en la ciénaga y nadie le había advertido sobre las babillas. En mi turbación ni advertí a mi hermanita que no contara, pero, como si hubiéramos hecho un pacto, las dos callamos.

Ojalá no haya sido un adiós...

San Silvestre regala unos cien millones de litros diariamente, es una de las ciénagas más grandes del Magdalena Medio y va en aumento la práctica de los deportes náuticos allí, pero se le augura una vida útil de solo veinticinco años, o sea hasta el 2036, debido a la mala planeación del consumo de su agua y a la contaminación. Nunca volvimos a “coger tábanos” y pasó mucho tiempo antes que contara a mis padres esa pequeña aventura con la babilla. ¡Cuánto me alegraría hoy, cincuenta y ocho años después, volver a esa ciénaga y encontrarla tan viva como en mis recuerdos!

Muerte al sureste de la ciudad

El cronista desanda los pasos de la infancia hasta llegar al nacimiento de la quebrada Tinajas. En el camino descubre historias y personajes ligados a una memoria del agua más turbia que clara.

Hernán Bonilla H. [68](#)

Popayán

Tinajas

Estoy parado sobre un puente de concreto; de norte a sur y viceversa desfilan toda clase de vehículos. Para llegar al sitio que quiero visitar debo entrar primero al barrio Los Braceros y luego al Avelino Ull. Al frente, al pie de un árbol que está sobre la margen derecha de la quebrada, un grupo de muchachos me observa con inquietud. El viento se lleva el aroma a marihuana. No me dejo atrapar por el temor de saber que me encuentro en una zona de alto riesgo, les devuelvo una leve sonrisa y un rápido gesto. Así abrí la puerta de esta especie de territorio aparte e ingreso a él con la tranquilidad de quien no tiene nada que perder. Camino despacio, corriente arriba de la quebrada. No observo cosa distinta que el río: es lo único que me interesa. Me adentro, mientras a mis espaldas una patrulla de policía motorizada decide devolverse de su ruta inicial y le pide identificación a algunos muchachos, los requisan, los tocan, casi los desnudan. El olor a marihuana regresa y los motorizados se van llevándose como única presea el recuerdo de su aroma entre las narices.

La calzada está pavimentada, el relieve es plano y la ronda de la quebrada se encuentra sembrada de árboles. Pocos metros más adelante, colgado de un guayabo, se mece solitario un columpio para niños.

La quebrada desciende por lo que aparenta ser su cauce natural, a su paso comienzan a caer todo tipo de desechos y, ya en el extremo del barrio, cerca de otro puente, varios grupos de señoras lavan y restriegan piezas de ropa contra la loza en un antiguo lavadero colectivo. El lavado de ropa es el oficio que desempeñan estas mujeres para ganarse unas monedas adicionales con destino al mercado diario. Allí me espera una nueva frontera que anuncia la entrada a otro barrio, el Avelino Ull, que, como el anterior, fue fruto de los reasentamientos o movimientos de población que produjo el terremoto de 1983. En la ribera izquierda del cauce me llama a grito herido “La cueva del indio”, un sitio de leyenda nunca excavado del que se dice que conduce a La Plata (Huila). Mi pánico por las cavernas y mi resolución de no apartar este relato de su lugar alejan la tentación de husmear en ella.

Una reja en la vía que evoca la entrada a un conjunto cerrado estrato seis divide el territorio de los

dos barrios. Algunas mujeres recogen la ropa recién lavada de la cerca de alambre que separa la zona perteneciente a la quebrada de la zona de la calzada. Los vecinos, con esfuerzo comunitario y algunas ayudas de la Corporación Autónoma Regional del Cauca (CRC), cuidan la quebrada con esmero: han sembrado árboles y plantas ornamentales, y han construido un sendero empedrado que rodea y conduce a un pequeño parque con asientos de cemento, ubicados a la sombra de algunos guayacanes, guamos y guayabos. Ese parque y su alameda también lo componen pequeñísimas parcelas de plantas ornamentales.

Algunas casas tienen un cobertizo cercado en madera, con media-agua de hojas de zinc, que funciona como antejardín, escampadero, garaje, antesala, espacio social y jugadero de “sapo”. Los domingos, en algunas casas se reúnen familias a conversar, tomarse un trago y ver pasar la tarde.

Por experiencia conozco el camino que debo seguir para llegar a “Las Tinajas”, pero preferí desviarme unos metros en el umbral de alambre que divide con realismo el campo de la ciudad y en el extremo del barrio cuyas casas se caracterizan por ser verdaderos ranchos (lo llaman “Los ranchitos”). Todo para encontrarme con una estructura de concreto que conocen como “la represa”, que para Blanca Velazco es un lugar que la regresa a un 27 de abril sin primavera del 2008, cuando su hijo Hugo David Morán, de solo dieciséis años, decidió ahorcarse colgándose de un árbol, en la orilla izquierda de la quebrada.

“El árbol lo cortaron al día siguiente de que eso pasó, pero estaba aquí y este es el tronco ya podrido que quedó de él”, dice Rodrigo, un joven muy despierto y hablador que tiene una enorme trasquilada en la región del parietal izquierdo, y a quien Blanca invitó para ayudarnos a identificar el sitio. “Es muy raro que en tan poco tiempo se haya podrido... ¿Qué árbol sería ese?” se preguntó en voz alta al referirse al estado de descomposición del pedazo de tronco en el suelo, confundido entre la maleza.

Me despido del ayer, retomo el presente y con él de la mano camino por uno de los senderos rumbo a las “Tinajas”, e insisto en ello porque es una jornada que recorrí hace muchos años. Allí pequeñas caídas de aguas de la quebrada que lleva su nombre labraron sobre su lecho de roca un conjunto de pozos, y formaron charcos cristalinos que invitan a zambullirse en sus honduras de endurecida piedra volcánica. La aprehensión de internarme en un territorio que, según me han dicho, “es muy sólido” (es decir, solitario y hasta peligroso) me acosa, pero no paraliza mi deseo de llegar hasta allí. Esto me dijo un hombre de aspecto campesino, sincero y bonachón con quien me crucé en algún recodo: “El camino no se puede tapar, es como cerrarle las puertas a Dios. Dios no dejó cerrados los caminos... a mí me da pena que cierren los caminos, porque entonces ¿por dónde pasa uno? ¡Será en helicóptero!, pero uno pobre con qué plata va a comprar un helicóptero”.

El paisaje es el mismo de mi adolescencia, los mismos guayabos madurando sus frutos de verano,

los mismos guamos, los viejos robles que bordean un trecho del camino, el olor, y no sé si el mismo silencio indescifrable que gobierna durante un buen tramo. Los mismos declives y las mismas suaves elevaciones o cerros que tutelan a Popayán desde este costado. Las mismas mariposas de variados colores. No es un ascenso penoso y afirmarí­a que en este sentido no se sube más de ciento cincuenta metros desde Popayán hasta allí. Tampoco está más allá de un kilómetro en línea recta del casco urbano.

Después de unos quince minutos de haberme zambullido en las aguas de mis recuerdos, una cerca de alambre y un broche o puerta que divide un predio de otro me detienen. Por precaución no me atrevo a cruzarla y llamo en voz alta en espera de que alguien aparezca. Nada, salvo dos perros que salen a saludar con cara de gruñones. Intento una vez gritando un saludo de buenas tardes. En vano. Amedrentado, decido regresar. Los perros continúan ladrando y aún los escucho cuando es la voz de la quebrada la que viene a mí. La reconocí un poco tarde porque inicialmente creí escuchar ni más ni menos que el sonido de las doce llantas de una tracto mula contra el pavimento. Ahora soy yo quien me pregunto ¿hizo Dios el alambre de púas para evitar que la gente del campo se acerque con cuidado a la ciudad?, ¿o es al contrario?

Así que tuve que regresar al día siguiente, jugando con el azar para encontrar un ser humano en ese predio que obstaculizó mi camino. Los dados dieron suertes y encontré uno —excelente— que vive con su madre. Víctor Rivera tiene doce años y en un rato me contará historias de duendes y fantasmas, pero por ahora será mi guía en un mundo que por instantes es desconocido para mí. De su pequeña casa de paredes de madera y su parcela sembrada de yuca emprendimos camino arriba, pasamos un cerco más, cruzamos un camino de leves pendientes y aún más leves descensos hasta llegar a una portada o reja con un pequeño techo, debajo del cual hay un letrero muy bien elaborado que reza en letra mayúscula: “Bienvenidos a Tinajas”. Víctor abrió sin temor la reja que nos introdujo en un lugar ya un poco más cercano a mis recuerdos, y entonces nuevos perros salen ladrando a recibirnos. Sin hacer caso de ellos, doblamos a la izquierda y cruzamos otro cerco, esta vez sin broche, por lo que tocó que pasar agachados.

Una vez pasado tan alambrado asunto, el sonido de la quebrada se acerca más cada instante, y basta con andar unos pocos metros sobre la falda media de la colina para ver, con ojos de incredulidad y desde un ángulo superior, “Las Tinajas”.

Que en un lugar a pocos minutos de la ciudad hoy exista un riachuelo en el que el agua haya mantenido su caudal sano, casi como hace cuarenta y cinco años, me pareció un verdadero milagro. Por la forma ignominiosa en que el hombre ha tratado las aguas y al planeta, esperaba un pequeñísimo hilo de un líquido sucio y maloliente, pero no. Me pareció tan abundante su caudal como entonces, no había perdido ni una gota de sus aguas, tampoco su diafanidad. Una emoción muy antigua parecía apoderarse de mí. Y del agua golpeada se escapa un leve aliento oxigenado.

La colina sobre la que estaba tiene una pendiente fuerte. La superficie del terreno está constituida por una estructura de roca, sin capa vegetal. Descendimos hasta el borde de su ribera derecha con rapidez. La ribera izquierda está formada por una pared vertical, una pequeña garganta de unos dos metros y medio que se yergue sobre la superficie del agua, la que hace su aparición desde una losa o plataforma horizontal para derramarse, en dos brazos, en una pendiente igual de alta... En su primera caída golpea en dos puntos la dura roca y luego, con delicadeza, forma una gran cárcava en la que se extiende y reposa unos metros haciendo un charco que invita a clavarse en él. Después se desliza por entre una frondosidad variopinta de verdes, cafés, grises, rojos, blancos y negros, en la que se destaca a corta distancia un bosque de guadua. Quebrada abajo, en el fondo del horizonte, se ve la ciudad y entre ella y Las Tinajas la parcelación minifundista se desnuda entre el desorden casi natural de platanales, cafetales, potreros, yucales y casas de madera o guadua puestos aquí y allá. Para fortuna de estas aguas, el pino no ha llegado hasta ellas y solamente se encuentran especies nativas.

El agua golpea con prisa y sin pausa la roca, hace meandros en miniatura, serpentea por su canal, cae. Siempre cae y solo por momentos deja de golpear la roca madre, cuando se extiende y tranquiliza, y forma charcos que no requieren mayor intervención del hombre para hacer de ellos una piscina natural.

Víctor me cuenta que hace muchos años no se baña en esas aguas, desde que las cercaron. También me dice que han mermado muchísimo, que ya no es la misma cantidad que antes caía y me invita a pasar otra alambrada de púas: es la que separa este predio de su contiguo, levantada de lado a lado de la quebrada en el sitio exacto en que la losa comienza a perder su horizontalidad y el agua desde el plano superior comienza a deslizarse suave y tranquila por la superficie de la losa, y en su andar ha labrado pequeños surcos nada profundos y uno que otro charco en donde se arremolina y luego fluye con rapidez. Víctor dice que en invierno la corriente abarca toda la superficie de la losa, que podría ser de unos cuatro o cinco metros. Es cuando le pregunto si conoce el sitio donde nace la quebrada y me asalta la intención de *cronicizarlo* (o sea, de elaborar una crónica sobre un sujeto cualquiera), salir a encontrarme con él, registrarlo con palabras que tal vez no logren dar cuenta de la magia de un sitio en el que la Madre Tierra da a luz la vertiente principal de un riachuelo. Víctor no sabe responder a mi inquietud y solamente señala el verde valle por el que, mirado desde lo alto, parece deslizarse la quebrada, el bosque espeso que zigzaguea de una ladera a otra. Viene del oriente.

He recogido información según la cual el nacimiento de la quebrada que visité se encuentra relativamente cerca, al oriente de la ciudad. Que para intentar llegar a él hay que ingresar por la puerta de uno de los moteles que se ubican por esos lares, de propiedad de un exalcalde de la ciudad. En esos terrenos hay un pequeño charco, cruzado, unos metros más allá, por una carretera que conduce hasta una cantera para la explotación privada de piedra, y si se toma quebrada arriba,

luego de andar dos o tres horas, se encuentra el nacimiento de Las Tinajas.

El tiempo corre y ha llegado la hora del regreso. Entonces voy a la Biblioteca del Banco, busco en el Diccionario de la Real Academia el vocablo *tinajas* y copio su primera acepción: “(Del lat. *tinacŭla*, de tina). f. Vasiya grande de barro cocido, y a veces vidriado, mucho más ancha por en medio que por el fondo y por la boca, y que encajada en un pie o aro, o empotrada en el suelo, sirve ordinariamente para guardar agua, aceite u otros líquidos”. La sabiduría popular no podía equivocarse al bautizar con ese nombre a esta quebrada.

Los árboles del silencio

Una mañana pregunté por la quebrada Tinajas a un par de vecinas que charlaban amistosamente en el andén de su casa, en el barrio Avelino Ull. Una de ellas me respondió diciendo: “Yo, desde que era joven y bella, es decir hace ya como diez años, no volví a Las Tinajas... Dejé de ir porque se convirtió en un lugar peligroso, pues mataron a un muchacho y después, un señor se ahorcó”, mientras luchaba por calmar a una inquieta criatura de algo más de un año de nacida poniéndole en los labios, casi a la fuerza, uno de sus pezones. Eso fue el pasado 11 de julio, día en que los vecinos de uno de los barrios que reciben las aguas de la quebrada encontraron dos fetos en la ribera del río Ejido. La madre los había tirado dentro de una maleta, seguramente esperanzada en que sus cuerpos desaparecieran llevados por la corriente del río. No funcionó así, no hay agua para semejante asunto. La noticia ocupó la sección judicial del diario *El Liberal*, anotando que dicho hallazgo “evidencia la posibilidad de un centro médico clandestino para la práctica de abortos”.

Es que en lo que hoy son las orillas de la quebrada también se ha asentado la pobreza humana con sus mil y un rostros, y sus aguas son tal vez los únicos testigos de muertes instantáneas y lentas; instantáneas como las de esos dos hombres, el uno joven y el otro ya anciano, que decidieron poner fin a sus vidas colgándose de sendos árboles al borde de la quebrada; o lentas, tal vez demasiado, como las que llevan sobre sus espaldas algunos jóvenes que deambulan por las calles de la mayoría de los barrios del sector con sus ojos desorbitados y el cerebro licuado por la inhalación diaria de pegante o “sacol”. Riberas más conocedoras que el mismo *Gran Hermano* de las tragedias personales e íntimas presentes en los corazones de una población que parece signada por el destino a su condición marginal. Porque ¿qué otra cosa sino tragedia íntima, y quizá misteriosamente humana, se puede encontrar en la vida de Hugo David Morán? Y ¿quién más puede saber de ella sino el árbol, ya muerto, que sirvió de soporte a la soga que apretó su cuello? Eso aconteció una tarde entre el 27 y el 28 de abril del 2008 y, dice una vecina, que la rama que soportó su cuerpo era tan pequeña y frágil “que esas debieron ser cosas del diablo porque esa parquita de donde se colgó no podía resistir un cuerpo como el de David”. Pero los árboles no facilitan palabra alguna que permita develar esos misterios, son silencio puro y llano.

Blanca Velazco, la madre de Hugo David, es una mujer cercana a los cincuenta años que vive de lo que pueda hacer durante las tardes en oficios domésticos y de lo que pueda vender durante las mañanas en su pequeño almacén de chatarrería ubicado en la galería del barrio Alfonso López. Éramos cinco personas las que la acompañamos el día en que nos presentó el pedazo de tronco podrido, tres mujeres y dos hombres que buscaron con entusiasmo aquel árbol. Durante su búsqueda los comentarios no cesaron, las voces no dejaron de expresar su punto de vista sobre lo acontecido el día en que encontraron el cuerpo sin vida de Hugo David. Pero, minutos después de ubicar el sitio, hubo un momento en el que el silencio se apoderó de todos. Un silencio sin escalofríos, largo, que lleva el peso de un ser humano.

“Él se perdió sin decirme nada una tarde que había estado con unos amigos y, como le gustaba andar por allí buscando chatarra para venderla y ayudarme, yo no pensé en nada malo... además ya había dejado de meter vicio. Estaba estudiando juicioso. Yo recuerdo que después de muchas idas y venidas conseguí que me lo atendiera un psicólogo del Bienestar y la cita quedó para un lunes, un día después o el mismo día en que se ahorcó, no recuerdo muy bien... Eso fue horrible, porque la situación era peor que ahora... muy difícil... no teníamos ni siquiera televisor... Después de haberlo tenido todo... al papá lo mataron por allá en una cantina unos tipos que llegaron a buscarlo y fue que lo cogieron a bala... Antes un señor muy bueno le dio trabajo en una ferretería y allí estuvo trabajando hasta que se acabó y ahí fue cuando se quedó muy preocupado. Recuerdo que me decía que si él se muriera como el papá, entonces quién me iba a ayudar. Yo le decía que no pensara en esas cosas...”, nos dijo entre sollozos la madre de Hugo David.

Por Víctor Rivera, aquel niño que me acompañó, conocí a algunos vecinos del sector. Fue uno de ellos quien, al contarme la historia de ese anciano que hace ocho o nueve años inauguró los suicidios al pie de la quebrada y decidió colgarse de un árbol en algún lugar del camino, me dijo: “Ah, sí, le decían ‘Esterilla’. Obdulio, se llamaba, le gustaba el traguito y se los tomaba largos. Era un viejo buena gente y borrachín, andaba de cantina en cantina. Pues ese se vino a ahorcar fue allí más abajo... En un árbol que está allí. ¿Usted ha visto ese hormiguero? ¿Sí? Entonces despuesito de él está el árbol en el que se colgó el viejo”. Y sí, allí estaba. De él solo se escucha el silencio, profundo silencio que hieló la sangre.

Los fantasmas

Voy tras los pasos de mi pequeño acompañante y, como sabe que estoy buscando historias para escribir, no tardó en contar: “Una vez, que mi tío me dijo que fuera a traer la cicla que estaba allá abajo, no le hice caso, me cogió la noche y se me olvidó. Por la noche me recordó, cuando salí afuera vi que el duende estaba alzando la cicla, y yo salí corriendo a avisar a mi papá que viniera a ver y cuando entramos para adentro la bicicleta ya estaba allí tirada en el suelo y una llanta todavía se movía”.

Es fácil encontrar historias fantásticas cerca de la quebrada, y hay una que se repite con algunas variaciones. Se trata de la aparición de una jauría de perros negros (otros admiten que han visto solamente un perro) encadenados, cuyos ojos o las cadenas que arrastran —no hay un acuerdo en los relatos— lanzan fuego. También está aquel ser espectral que forma parte del imaginario nacional campesino, “‘La Viuda’, que ‘aletea’ a los borrachos allá cerca de la represa”.

Así como estas aguas son testigos de tragedias vividas por seres humanos de carne y hueso, así también sus murmullos líquidos guardan en su lecho seres ultramundanos que molestan a las gentes y en no pocos casos las ahuyentan del lugar. Los habitantes de los alrededores suelen hablar de oídas de seres extraños, aullidos, almas en pena vestidas de blanco que buscan su salvación entregando secretos a los niños, duendes que se aprovechan de la ausencia de las personas en casa para hacer daños.

El Lago

Vuelvo al mismo puente en el que empecé. A partir de allí la mano del hombre demuestra su capacidad para alterar el cauce natural de la quebrada. Es desviada casi noventa por ciento por un muro de contención y costales de arena, en una operación ingenieril que consiste en abrir una zanja a pico y pala con una regla.

Voy sobre un amplio territorio que otrora fue uno de los más importantes mecanismos naturales de regulación de las aguas provenientes de un sinnúmero de pequeñas fuentes originadas en la parte alta, al sureste de la meseta de Popayán, a alturas no mayores a los 2300 metros. Camino por las orillas izquierda y derecha de esa zanja recta en que se convirtió, y por la que pasé hace apenas unos minutos. Tengo que llamarla zanja y no río o quebrada, porque sé muy bien que jamás el uno ni el otro trazan un cauce rectilíneo para sus aguas, pero podría apostar a que se llamaba río Ejido, que es como lo conocen algunas pocas gentes de sus alrededores. Otros —la mayoría— desconocen su nombre o, dependiendo del lugar en el que estén, lo han designado con nuevos sustantivos, absolutamente desconocidos tanto para la geografía oficial como para la cartografía de algunos nativos de esta extraña ciudad (sic), que por estos lugares deja de ser blanca, aristocrática y letrada. La variación es enorme y casi individual: una señora ya de cierta edad dijo que se llamaba quebradita de El Lago; una joven estudiante que estaba junto a la ribera izquierda y que reside en el sector la rebautizó río la María; alguien más la llamó río Pubús, y así van apareciendo nuevos nombres en boca de una gente que hace poco tiempo se asentó en sus riberas buscando cómo resolver la necesidad de tener un techo en donde engendrar y parir hijos.

Son asentamientos, nacidos de la avalancha humana que produjo el terremoto de 1983. Primero se llamaron así: “asentamientos”, hoy se llaman barrios, la mayor parte de ellos, al estar incluidos en la estructura urbana del municipio cuentan con alcantarillado de aguas residuales que depositan

sus purulentos líquidos en esa zanja y la hieren de muerte. El río Ejido ha muerto, y hediondo y descompuesto es sepultado en otro lugar, cerca de la cárcel de mujeres. Un réquiem por él habrá de celebrarse algún día.

Voy por esas riberas en su corto transcurrir por los barrios El Lago, María la Baja, Berlín, Las Ferias. Pero se esfuman en el tiempo y se vuelven lago, el lago de las Ferias. Ahí nunca me bañé por respeto a la inmensidad de sus aguas, pero en sus márgenes más asequibles, cuando apenas tenía diez años, atrapaba en un costal pececillos que conocimos con el nombre de “cupis”, de hermosos colores, y “espadas” de alargadas colas plateadas, para llevarlos en una bolsa a verlos morir en mi casa. Claro, morían ahogados, como ahogados quedaron en una de las profundidades del lago un par de hermanos de apellido Solano, quienes en un esfuerzo por salvarse mutuamente terminaron en el fondo. Luego, llegaron los bomberos y después de drenar parte de las aguas sacaron sus cuerpos. En ese momento podría señalarse el comienzo de la desecación de ese gran lago que daba origen al río Ejido y que se nutría, entre otras muchas, de la quebrada Tinajas.

Eso fue por allá en los años sesenta, porque lo que se conoció como las obras de “canalización” del río se iniciaron hacia 1973. Por extraño y fuera de lugar que parezca, he constatado documentalmente que en mayo de 1980 un grupo de estudiantes de la Facultad de Humanidades de la Universidad del Cauca se tomó la Catedral y entre el “pliego de peticiones” que enarbolaban se encontraba la “canalización del río Ejido”.

El Lago, zona lacustre de enormes dimensiones, cuya área, hoy, comprende más de veintitrés barrios, localizados en el este y sureste de la ciudad. De ello no hacen más que cincuenta o sesenta años y pueden dar fe quienes nacieron en la década de los cuarenta del siglo pasado. Un fotógrafo histórico de la ciudad, Luis H. Ledezma, posee archivos fotográficos que también pueden testimoniarlo.

Pingüino

Pingüino es también James, un hombre de unos cuarenta años que decidió construir su casa en un árbol a la orilla izquierda de esa zanja que he mencionado, en el barrio El Lago: “Desde que me volví de la calle”, dice él. “¿Cómo se llama el árbol en el que está su casa?”, le pregunto. “Ese árbol en el que vivo se llama *mi casa*, mas no puedo determinarlo, porque hasta ahora no conozco el significado que tenga el árbol en el que yo tengo *mi casa*... No conozco de qué descendencia venga ese palo o árbol que ya está seco... No sé el sustantivo o el verbo que tenga ese árbol”, responde.

Tres enormes cicatrices surcan su rostro. Insiste una y otra vez en pedirme disculpas por lo que considera su “mal olor” y dice avergonzarse por no invitarme a seguir a “su casa”, pero se muestra jovial y tranquilo. No permitió que le tomara una fotografía, pero se alegró cuando le pregunté si le gustaría que su nombre apareciera en un libro.

“Pingüino” , como le gusta que le llamen los vecinos (con los que tiene muy buenas relaciones), nació en agosto de 1980 en el hospital San José, de Popayán “y mi mamá vivía no sé adónde, porque cuando yo nací no sabía nada, no tenía uso de razón. De lo que me recuerdo es que esto que ahora ves construido y pavimentado era un lago y había muchas vacas y toros. Cuando comenzamos a llegar a este sector que ahora se llama El Lago, todo era una unión y solidaridad amor fraternal, no de familia. Pero ese ideal se acabó porque cuando ya todos consiguieron lo que querían ya nadie se interesaba por los problemas del otro...

“Era un mocosito lleno de colada, había que estar unidos, uno solo, aunque fuéramos muchos... en ese tiempo éramos revueltos para siempre estar juntos; éramos revueltos y juntos... Al agua la derrotamos, lo que yo recuerdo, con pisonos... taque y taque por un lado y por otro, taque y taque. Así se pudo vencer ese pedazo de lago... a punta de pisamientos... de brincar, de saltar, eso se hizo así porque las calles eran llenas de lodo. Pero sufrió mucho mi mamá y las mamás de todos porque mi mamá se murió”, dice con semblante entristecido.

“En los diciembres, ya no se veía de que los vecinos y la vecina se repartían el dulce o se repartían la comidita hasta 'onde más se pudiera; todo el mundo quedaba conforme con la unión, la fraternidad y el abrazo. Pero lastimosamente todos comenzaron a cambiar cuando llegó el progreso... cuando más de uno obtuvo lo que quería, y lo que quería es cada casa de estas, ¿sí?...”.

Se pone de pie mientras dice: “Espérame yo entro a mi casa y traigo un lápiz, y perdóname que no te haga entrar, pero, comprenderás, ¿no?... me da pena... Sacó un pan de uno de los bolsillos del raído pantalón. El pan pasa de una mano a otra y de un bolsillo al otro mientras camina los tres o cuatro metros que nos separan del árbol. Sube a su casa de cartón, plástico, tablas y latas. Entra con rapidez y agilidad de atleta. Los plásticos de sus paredes se revuelven con fuerza, como si un viento interior luchara por romperlos.

De nuevo junto a mí, me cuenta de su infancia y juventud, de sus amistades ya muertas, de la droga por la que se siente atrapado, mientras con un lapicero traza unas rayas sobre ese pedazo de papel que trajo consigo. Le pregunto por las “Tinajas” y responde que cuando se iba a “gaminar”, solamente llegó “hasta un determinado lugar, porque de allí para allá no se podía pasar porque ya eran zonas de las fincas y ¡ploff! ¡ploff! ¡ploff!... ¿me entiende?”. Con el dedo índice y el pulgar hace el conocido gesto de pistola apuntando y disparando ploffs. “Dicen que hay cataratas, no lo sé... aunque sí sé que por allá se pescaban sabaletas de aproximadamente una medida así... y guabinos así... y se pescan alacranes, cangrejos, negros...”

Epílogo

Desde el 28 de junio de 2012 comencé a caminar en busca del sitio en el que, en mi temprana juventud, con cierto temor me bañaba y, entre chapuzón y chapuzón, unos labios tiernos de mujer

acariciaban mis tetillas y me ponían la piel de gallina. Y después... a comer guayabas hasta la saciedad. Superando tanto obstáculos como habladurías, encontré las Tinajas. Tropecé con ellas y las vi iguales, pero diferentes. Fue cuando de la mano de muchas gentes maravillosas hice un recorrido más allá de la quebrada y de los nauseabundos líquidos en los que se transformó poco después de ser como una rosa multicolor recién creada, de su muerte y entierro, para encontrarme con las alegrías y pesares de las gentes que habitan sus alrededores, con sus jardines al borde de la quebrada, sus fantasmas, sus árboles silentes, su enorme lago, con Víctor, Blanca, Rodrigo, con Pingüino y muchos más que dejé de mencionar porque los hijos de puta me atracaron y casi me dan chumbimba... Pero eso es otro paseo.

El rastro del agua en Bucaramanga

Al reconstruir la historia del acueducto de Bucaramanga, fundado en 1916, la cronista descubre que varios familiares y amigos han estado estrechamente vinculados a ella.

Luz A. Arciniegas Domínguez⁶⁹

Bucaramanga



Tanques de acueductos. Foto: Luz A. Arciniegas.

“A mis setenta y dos años puedo recordar que, como de siete años, o sea en 1947, viví muy cerca de Las Chorreras de Don Juan. Era un callejón empedrado por donde pasaban las mulas cargando los barriles con agua y al final había una peña por donde corría un chorro de agua, y yo muchas veces tuve que ir a buscar a mis hermanos, Luis y Roberto, quienes se volaban de la escuela y se iban a bañar y a pescar. En esa época la escuela avisaba a la Policía qué niños no iban a la escuela y los agentes iban a buscarlos a este sitio, sobre todo a mi hermano Roberto, que era el más inquieto”, cuenta Lucila Ribero de Ariza.

Después de oír este relato le pedí a Lucila que me acompañara para que me indicara dónde era este sitio exactamente, y nos fuimos de excursión acompañadas por mi mamá. Salimos en la

noche hacia la calle 45 hasta encontrar la carrera 13 y, al pasar junto al parque Romero, dijo Lucila: “Miren, esta casita chiquita era donde vivíamos de niños”, y continuamos hacia la carrera 14 y entramos por una calle angosta llena de casas pequeñas, muchas aun de tapia, y ella empezó a decir que hacía más de cincuenta años no pasaba por este lugar. Finalmente, nos encontramos frente a un paredón sucio y oscuro. “Aquí eran las Chorreras de don Juan”, dijo.

Sentí una gran decepción, porque alcancé a pensar que tal vez íbamos a encontrar una bella fuente, como aquellas de las plazas en Roma que conducen el agua desde tiempos remotos. Continuamos por las carreras 14A y 14B, llenas de negocios, tiendas de barrio, casas abandonadas, algunas de las que conservan solares de la época. Para finalizar nuestro recorrido por el barrio de Las Chorreras, preguntamos a varios habitantes si sabían el origen del nombre y algunos dijeron que estas eran tierras de un tal don Juan, quien distribuía el agua.

Parte de esta historia está plasmada en la pluma del reconocido historiógrafo y periodista Edmundo Gavassa Villamizar, en su libro *Construyendo ciudad. Reseña Histórica 1916-2010*, ilustrado con las fotos de su famoso abuelo, don Quintillio Gavassa, ese italiano que nos dejó en su baúl de los recuerdos las más bellas fotos de la ciudad de nuestros abuelos, cuando en las calles empedradas de la aldea corrían los famosos “Chorros”, que conducían el agua de lluvia y a la vez servían de alcantarillado, que el progreso se encargó de destruir y de ir cubriendo con pavimento.

En esa época, las casas eran como las que me describió mi mamá, Argénida Domínguez, nacida en 1934: “Vivíamos de niños con mis cinco hermanos Alfonso, Antonio, Arturo, Alberto y Alejandro, en el barrio La Payacuá. Era una casa grande con ventanas de madera hacia la calle, con dos salas, diez piezas (incluida la del perro), con portón, contraportón y un zaguán que conducía al patio principal, donde teníamos una jaula con toches, turpiales, azulejos, mirlas y dos alcaravanes que permanecían sueltos, y otro patio en un nivel más bajo, con un árbol de chirimoyo, donde quedaban dos cuartos pequeños en lo alto. Allí estaban los sanitarios en porcelana con agua corriente, con un gancho detrás de la puerta, donde se colgaba el papel periódico cortado en pedazos, porque no existía papel higiénico; y el otro cuarto con nuestra ducha a la intemperie y un lavamanos de pie muy grande en el corredor; y en este mismo sitio, en la parte trasera, subiendo unos escalones, quedaba el lavadero. En el solar había un planchón de cemento tan grande como un garaje. Me imagino que debía ser el pozo séptico. Al lado estaba el excusado que era de madera y en cuyo fondo se veía un hoyo. Allí no había agua corriente, pero sí una regadera al aire libre donde tomaban la ducha las empleadas de servicio para deleite de los ojos mirones”.

Todo empezó con las leyendas y crónicas que tejieron nuestros abuelos y antepasados alrededor de los primeros medios de suministro del agua, como las pilas, pocetas públicas y el acueducto de las tres bes (bobo, barril y burro). Al final estos no eran tan bobos, sino que se hacían, para poder mirar a las niñas lindas de aquella época que visitaban estos lugares para bañarse y para el

aprovisionamiento. Los vecinos llegaban a altas horas de la noche o en la madrugada con canecas, barriles baldes, o cualquier otro recipiente, a sitios como Las Chorreras de Don Juan, Los Aposentos, La Payacuá, La Guacamaya, La Rosita, Envigados y los Escalones. Para el aseo personal y lavado de ropa se frecuentaban lugares como Las Piñatas, La Filadelfia, Quinta Cadena y La Mejor.

De esto puede dar testimonio doña Cecilia Valdivieso de Umaña, que a sus noventa y dos años recuerda cuando llegaba el hombre con el burro a la casa de sus papás y descargaba el agua sobre un tinajero en donde había unos toneles de barro con tapas de madera y un totumo amarrado para sacar el agua que a veces llegaba sucia, embarrada y hasta con cucarrones. “¡Pero esto me ayudó a adquirir defensas!”, y con una risotada apunta: “¡Y si no, mírenme!”

Don Edmundo Gavassa, entre gallos y medianoche, recuerda los burros que cargaban los toneles de agua y los aguateros que gritaban por la calle: ¡Agua!, ¡agua! También vendían carbón, porque no había leña ni gas, y las casas tenían junto a las cocinas un tanque para depositar el combustible, que era el carbón. El gas llegó como en los años cuarenta o cincuenta. Cuando se iba el agua, la gente alquilaba las duchas de la Filadelfia, que eran un cuartico pequeño y un chorro de agua, y llevaban ropa limpia y jabón, pero esto era a comienzos del siglo XX.

De estos recuerdos queda un chorro incipiente de agua canalizado que cae junto a un paredón colindante con la plaza campesina —cerca del Éxito de la Rosita—, y una placa con la historia de las Chorreras de don Juan en la parada del bus de Metrolínea de la carrera 15 con calle 37, bautizada con este nombre.

“No queda nada de esta historia del agua. Tumbaron todo. Aquí se pusieron a canalizar las quebradas por el afán de valorizar las tierras, y las fuentes de esa época están abandonadas, como la del Parque Centenario, que ni agua tiene”, afirma don Edmundo, quien sigue recordando con nostalgia: “Cómo hubiera sido de lindo ver esas quebradas surcadas de árboles, atravesadas por los puentes como el Puente de la Cochera, un puente para tránsito de un vehículo, que estaba situado en la avenida La Rosita, entre carreras 24 y 25 con calle 38 a la 40, por donde bajaba agua, y que cuando lo tumbaron descubrieron que estaba sostenido en unos arcos romanos en ladrillo, cubiertos por la maleza”.

“Yo no sé qué se hizo esa agua. Tiene que estar en alguna parte”, concluye don Edmundo.

Los archivos ubican en el año 1916 las Chorreras de don Juan, el más importante sistema de acueducto que tuvo Bucaramanga. Hasta allí llegaban los aguateros y tomaban el agua en barriles de madera para distribuirla puerta a puerta, sobre burros de carga. El precio variaba según las distancias, tiempo de transporte y cantidad.

Hacia 1918, la ciudad empezó a surtir de agua por canales improvisados que venían desde la fuente denominada Las Ranas. Más tarde, los Arena Mantilla iniciaron un acueducto con canales que ofrecía agua en los barrios aledaños a Barrio Nuevo (hoy barrios hacia el norte de la ciudad). Luego, los Peña Puyana aprovecharon una cañada proveniente de la parte oriental de la ciudad y abrieron un acueducto a lo largo de la antigua calle cuarta, hoy calle 34, más o menos desde la carrera 24, o sea, en pleno centro de la ciudad, colocando grifos en determinados sitios.

Acueducto bendecido

Pero el progreso urbanístico de la ciudad exigió nuevas alternativas. Fue entonces cuando monseñor José de Jesús Trillos Ortiz, párroco por muchos años de la Iglesia de la Sagrada Familia, promovió desde 1914, entre comerciantes, personalidades y la clase dirigente de la ciudad, la constitución de la Compañía Anónima del Acueducto de Bucaramanga. El objetivo de esta sociedad, según el acta de constitución de 1916, era la construcción y explotación de un acueducto que suministrara agua a la ciudad, que entonces albergaba 15.630 habitantes, conduciéndola por toma descubierta o tubería de hierro o de madera. Monseñor fue por varios años el administrador de la compañía, y cuentan que les ponía a los fieles como penitencia comprar acciones del acueducto.

En Asamblea General escogieron a Víctor Manuel Ogliastri como primer gerente del Acueducto para el periodo 1916-1919. Por su experiencia, Ogliastri era el indicado para emprender la tarea de transportar agua potable por medio de un canal, desde la quebrada el Hoyo hasta la entrada de la ciudad, en donde hoy se encuentran las instalaciones de la planta de Morro Rico. En las fotos que quedan de este personaje se puede apreciar que lleva un mandil en el cuello, que es como un delantal que usaban los masones. Se podría decir que es una paradoja que la administración del acueducto de esa época pasara de manos de un cura a las de un hereje (como se consideraba a los masones, pero en la cultura bumanguesa hacían parte de la alta sociedad).

Las quebradas El Roble, El Brasil, El Puerto, El Volante, Los Hoyos, Campohermoso y Las Ranas fueron las principales fuentes que abastecieron los tanques del acueducto, y a medida que se incrementaba la demanda se amplió la captación de las quebradas Golondrinas, Arnania y el río Tona. En los orígenes del acueducto, los habitantes de escasos recursos, así como los parques, las escuelas, los hospitales, los asilos y los smataderos no pagaban tarifa de servicio porque la función social del acueducto era la de facilitar el consumo de agua a las clases desamparadas. Hoy, los estratos altos continúan con este aporte solidario hasta del sesenta por ciento.

Entre 1925 y 1930 se inició el proceso de recaudo domiciliario y se instalaron los primeros medidores para suministrar agua a doscientas viviendas. Desde esta época, cada casa o edificio tiene a la entrada su caja en hierro fundido para los medidores del acueducto, que costaban ocho

pesos. Hoy, estas cajas son un símbolo de la vinculación directa de los habitantes de la ciudad con la empresa de acueducto, que suministra el agua a 960 000 habitantes en Bucaramanga, aproximadamente, y 1 070 000 del área metropolitana, que incluye Florida, Piedecuesta y Girón.

En 1941, la Unidad Sanitaria exigió poner lavaplatos y lavamanos en todas las casas, ya que se desperdiciaba mucha agua porque dejaban las llaves abiertas, y comenzó la instalación de llaves de cierre automático que impidieran la salida permanente de agua. En los años sesenta, los barrios marginales eran abastecidos de agua mediante camión cisterna: los niños hacían largas filas en espera de la llegada del vehículo. En los años setenta, los directivos del Acueducto pidieron ayuda al Gobierno nacional para solucionar las emergencias que se estaban presentando en la conducción del agua desde la fuente hasta la ciudad. Mi tío, Alejandro Domínguez Parra, estuvo vinculado como suplente a la Junta Directiva del Acueducto en esta época, y desde 2008 ocupa este lugar su nieto, Juan Camilo Beltrán Domínguez. Ellos han sido testigos de los cambios del acueducto de cuando pasó de empresa privada a pública.

En los años ochenta comenzó el sistema de bombeo de la Planta de Bosconia y ¡cuál sería mi sorpresa al encontrar fotos de una visita en 1985 a dicha estación donde aparece mi amigo italiano Alberto Mattavelli, que era el jefe de la firma ABB de Italia, y el ingeniero Gabriel Otero: ellos manejaban este gran proyecto! Alberto me contó los pormenores de esa proeza de traer por barco desde Génova (Italia) hasta Cartagena las máquinas de bombeo y transportarlas en camiones hasta Bucaramanga. Esta planta de tratamiento hace parte de las cuatro plantas que conforman el sistema de agua potable del AMB: Planta la Flora, Planta de Morrorrico y Planta de Floridablanca.

En 1998 se incluyó dentro de las obras prioritarias del acueducto la construcción del tanque de la Puerta del Sol para garantizar un adecuado abastecimiento a las zonas de Ciudadela Real de Minas y Girón. En el 2002 se presentó el proyecto de la nueva sede administrativa de la compañía y el proyecto Parque del Agua, que en la actualidad son modelo en arquitectura y diseño.

La historia de la Puerta del Sol está muy ligada al desarrollo de Bucaramanga. En esta intersección existió una glorieta y allí había una fuente de agua que durante largo tiempo fue un referente de la ciudad, pero en los años setenta se convirtió en un sitio neurálgico donde confluye el tráfico de residentes y visitantes del sur y occidente del país que ingresan a la meseta. La ampliación de la carrera 27 y la avenida El Libertador —hoy diagonal 15—, la construcción del intercambiador de la puerta del Sol y obras de ingeniería muy importantes para el área metropolitana, han invisibilizado este histórico símbolo que está convertido en uno de los tanques de reserva de agua que AMB construyó en 2000. Para embellecer estas paredes grises, el artista Efraín Saldaña le dio vida y colorido al Tanque de la Puerta del Sol, “incluyendo elementos de la naturaleza como la cara del sol dedicada a lo masculino y la cara de la luna dedicada a la mujer, con girasoles, pájaros, agua y peces que resaltan la feminidad de este mural”, según explica.

En este mismo lugar, y junto a tres portales que la custodiarán hasta el 31 de diciembre del año 2050, quedó ubicada la “Urna milenaria”, que en cápsulas de acero guarda cartas, fotos y documentos de las empresas, entidades, trabajadores y ciudadanos que depositaron allí el legado cultural, político, social, económico y religioso de nuestra ciudad para las futuras generaciones.

Igualmente, Saldaña tuvo oportunidad de vestir el antiguo tanque Siete Bocas, hoy Tanque Centro, en el cruce de la avenida González Valencia con La Rosita, donde creó un mural de dos caras. Y concluye el artista: “Si estos tanques estuvieran desnudos en concreto sería nefasto para la ciudad; gracias a Dios me dieron la oportunidad de embellecerlos”.

Después de oír esta descripción caminé por primera vez hacia estos lugares para descubrir la magia que quiso dejar plasmada este artista y de paso me encontré otra obra desconocida por la mayoría de bumanguenses: el plano de la ciudad de Bucaramanga, que fue diseñado en el piso del tanque de La Rosita y que don Edmundo Gavassa descubrió con su cámara fotográfica. Este hermoso mirador construido entre los años 2003 y 2006 es un espacio completamente olvidado y podría ser un punto de referencia para los turistas.

Los famosos tanques del acueducto fueron el sitio de recreación y lugar obligado de las visitas románticas de las empleadas de servicios con los “tombos”, que llegaban a este lugar en plan de conquista dominical. Permanece en nuestros recuerdos como el sitio predilecto de los paseos, donde disfrutábamos de los chorros de agua que regaban los prados, que atravesábamos corriendo en competencias con la ilusión de no mojarnos, hasta terminar el más delicioso juego de nuestra niñez.

El acueducto de los tiempos que corren

Para rematar este cúmulo de sorpresas, al averiguar sobre el proyecto más importante que se está adelantando desde 2010, el embalse de Bucaramanga o embalse del río Tona, fue mi primo Álvaro Prada Arciniegas, director del proyecto, quien me informó que atenderá una demanda de agua para una población superior al millón y medio de habitantes dentro de los próximos veinticinco años, y en 2016, cuando el Acueducto Metropolitano de Bucaramanga cumpla cien años, estará en pleno funcionamiento. “Se está realizando en la cuenca donde confluyen los ríos Tona y Suratá, y en el desarrollo de la obra se ha buscado mitigar cualquier impacto ambiental, por ejemplo, el rescate de especies que quedaban en el tramo seco del río, donde se cogieron unos doscientos peces entre sabaletas, chocas, jaboneras, lauchas, barbudos y coroncoros, especies que volvieron a su hábitat tras ser reubicadas en el río Tona. Este trabajo lo realizó un equipo de veinte personas encabezado por un biólogo, de esta manera, cuando concluya el proceso de salvamento ambiental, se dará inicio a la construcción del muro de ciento seis metros de altura que permitirá almacenar un volumen de 17,6 millones de metros cúbicos de agua de reserva para las próximas dos décadas.

La laguna cubrirá cincuenta y tres hectáreas que se convertirán en el futuro en un sitio de atracción turística”.

Estos más de noventa años de existencia del AMB han significado toda clase de dificultades, empezando por las económicas, cuando los socios aportaban dinero y fianzas a nombre personal y construían una bóveda de seguridad para guardar la plata, los títulos valores y los libros de contabilidad de la empresa; o las técnicas que emplearon en las construcciones, desde las más rudimentarias, cuando tenían que solicitar a la junta la compra de un caballo de silla para el servicio de la compañía, hasta llegar a tecnificar sus instalaciones para convertirlo en un acueducto modelo en América Latina.

Hoy, la ciudad, en el lugar que reemplazó a los famosos tanques del acueducto, disfruta de uno de los sitios más bellos: el Parque del Agua, con senderos ceremoniales recubiertos con piedra de Barichara —colocada por artesanos oriundos de esa región—, que evocan los senderos ceremoniales indígenas de la cultura prehispánica agustiniana.

¡Corre a la frontera!

Las aguas limpias de la quebrada San Antonio, paso fronterizo entre Leticia y Tabatinga, dejaron de correr, como los “meninos” colombianos, que en otras épocas huían de todo tipo de peligros.

Julio Cueva Márquez⁷⁰

Leticia

“¡Corre a la frontera” —me gritaba mi amigo Chigüiro —ármate, agarra y cúbrelo con tu camisa!”. Eran como las doce y media de la noche, y hacía media hora que dentro de la discoteca Tropical había sonado “El show ya terminó”, de Roberto Carlos, melodía con la cual nos despedían sutilmente de las discotecas en Marco Tabatinga, Brasil.

Asustado por los gritos de mi amigo, y también por el ruido constante que hacían mis tenis al pisotear el barro formado por la lluvia persistente de abril, enfrenté un dilema: ¿a cuál frontera se refería Chigüiro: a la del mojón alto o al pequeño? La diferencia era que por la del mojón alto el trayecto era más lejos, y por el mojón pequeño, por donde queda el Marco Tabatinga, era muy arriesgado correr, por la oscuridad, por el barro y sobre todo por la bajada hacia la quebrada San Antonio. Pero el miedo era tan verraco que, con tal de salvarme de los que me venían persiguiendo, fui capaz de cruzar a oscuras por el improvisado puente construido por quienes vivían a la orilla de la quebrada.

En ese entonces éramos ajenos al desarrollo de las acciones de los grupos al margen de la ley del interior del país; pero aquí teníamos nuestros propios grupos delincuenciales y nuestros carteles de la droga, cuyos cabecillas eran adorados y temidos por la gran mayoría del pueblo, lo que trajo vida fácil a los pobladores del territorio amazónico, y también violencia e inseguridad.

En esa época, el agua de nuestros ríos y quebradas era limpia, del color negro que las caracteriza por la descomposición de los árboles. Se alcanzaba a escuchar la armonía del monte, como lo llamábamos los muchachos. Apenas se veía la luz tenue de una lamparina en una de las tres casitas que se divisaban entre la bruma de la madrugada y la nube de zancudos que nos acompañaban y nos picaban de vez en cuando.

Más de quince años después le pregunté a don Juan, uno de los tres primeros pobladores de esa orilla de la quebrada San Antonio, si recordaba algún episodio parecido. Don Juan, con la piel quemada por el sol del río, su escaso cabello apagado y de color ceniza, la piel curtida por las picaduras de los zancudos y la mirada perdida como tratando de esconder algo de su pasado, me respondió: “Corre a la frontera es lo que casi siempre escuchamos por aquí”. Entonces sí recordaba nuestros gritos. “¿Cómo así, don Juan?”, inquirí de nuevo. “Era muy normal escuchar

siempre esas frases, en susurros o en gritos... es más... llegué aquí porque nos quedaba más fácil la entrada a este caño; nos quedamos porque al principio ni la Policía de Colombia ni la del Brasil rondaban por aquí, eran escasas las rondas policiales... Resultaba más fácil traquetear, en solo diez minutos estábamos en el río Amazonas cuando se encontraba medio crecido. Y la orden de don ‘Eva’²¹ era quedarnos ahí; él tenía tanto billete y poder que todos sabían que patrocinaba a políticos de aquí y del país... todos conocen esa historia. Y así fuimos quedándonos hasta ahora. Sí teníamos que correr era a la frontera de cualquiera de los dos lados”.

“A cualquiera de los lados hay que sacarle provecho”, me dice el hijo de don Juan ahora, cuarenta y dos años después: “Cuando quiero y puedo soy colombiano o brasilero. A unas cuantas casas de aquí, un vecino tiene el portón que da a Tabatinga, que sirve tanto de entrada como de salida a cualquiera de los dos países. En resumen, sigue siendo rentable y útil, sobre todo en las votaciones. Es que ese portón es mágico para quienes viven en Brasil y tienen que votar aquí en Leticia, con una sola nacionalidad o con doble”.

Muy cerca de allí, a unos trescientos metros, quedaba una cancha de fútbol que los muchachos llamábamos el Maracaná. Cuando se terminaba el partido casi todos íbamos por el caminito entre matorrales, cantos de pájaros, risas y mucha algarabía a bañarnos a la quebrada San Antonio. Los chicos andábamos con temor, casi pegados a la pierna de los más grandes, por lo de la madremente y leyendas de miedo que nos contaban los mayores.

La muerte del San Antonio

Lo que nunca me imaginé es que muchos aportamos a la defunción del San Antonio, porque nacía por los lados de mi casa, donde había un pequeño humedal de agua limpia, que desembocaba en el San Antonio pasando por el barrio Punta Brava. El afán de construir nuestra casa nos llevó a desmoronar una loma, en los que eran terrenos de Inravisión, para rellenar nuestro terreno. Poco a poco, fue desapareciendo el arroyo, frontera de cada casa a su paso, límite de los Olayas con los Panduros, los Velas con los Valencias, y así hasta que de la quebrada San Antonio solo se habla en las clases de geografía como límite natural entre Brasil y Colombia. Ahora esa frontera es el barrio La Unión.

“Vecinos eran los de arriba, los del Marco Tabatinga, casi nunca sabíamos quiénes eran, son pocos los que quedan de esa época”, me dice el hijo de don Juan. “Muchas veces por aquí pasaban despacio o rápido, sospechosos, borrachos o como fueran y decían: ¡Hola, vecino, no vio nada!, ese era el saludo... Y, la verdad, un sinnúmero de veces escuché tiros cerca, y a veces muy lejos; pero por aquí se escuchaba el zapateo sobre el puente: ¡Corre a la frontera!, es lo que casi siempre se escuchó. Entonces es mejor no saber nada, ser ciego y mudo. Y siempre fue así, es como si la quebrada San Antonio fuera el único testigo de los que se dan al escape y también de las mujeres

infieles que se esconden de los maridos o al contrario”. El mojón pequeño sirvió tanto de trinchera como de sitio de encuentros amorosos, hasta terminar como vecino de una letrina. A pocos metros, la quebrada San Antonio se fue llenando de pobreza hasta transformarse en una Venecia sustraída de un cuento del inframundo.

¿Quién sigue corriendo?

“Corre a la frontera, ármate, agárrala y cúbrelo con tu camisa”, me gritaba Chigüiro mientras corría resbalándome entre el barro rojo de la bajada del Marco Tabatinga, como le decíamos antes. Cuando le pregunté de qué arma me hablaba, me dijo que eran las piedras del camino, “que las agarrara y las pusiera en mi camisa...”. El susto era tan penetrante que solo cuando llegué a casa percibí que uno de mis adorados tenis, que tenían el dibujo de un ancla de color azul, zapatillas de moda en aquel entonces, de pronto se había quedado enterrado o tal vez había caído a la quebrada San Antonio.

Pero de esa quebrada ya no queda nada, es un gran chuquio. La gente no está viviendo ahí debido a la crecida. También desapareció el Maracanã, donde ahora quedan las plantas eléctricas, culpables en gran parte de la desolación que emana este histórico afluente del río Amazonas.

“¡Corre a la frontera!” era lo que me decía mi amigo, porque para la época éramos los muchachos colombianos el pavor de los “meninos” brasileiros, porque las “meninas” brasileiras nos preferían a nosotros. Ese día cruzamos la frontera, no nos lincharon, otros no corrieron la misma suerte. Ahora yo ya dejé de correr, mientras mi amigo sigue corriendo más allá de la frontera, ya que se portó mal con su región y es uno de los prófugos políticos corruptos que sigue corriendo. Otro que dejó de correr fue el San Antonio, que a su lado sigue albergando las casas casi sumergidas en el invierno del 2012. Algunos moradores, desafiando la muerte, continúan ahí, como decenas de damnificados de este invierno que viven como los antiguos moradores, pero sin luz y a pocos metros de las plantas eléctricas.

El eco de una gota

Un sonido de un ave que anuncia la lluvia hace parte de la magia de la selva amazónica. Una artista del Caribe busca en Florencia aquel característico ruido que se asemeja al de una gota de agua.

Eliana Martínez Vaca⁷²

Florencia

Acababa de desempacar las maletas, tenía una sensación de mareo, estaba embriagada con el verde intenso, llegaba del mar Caribe al Caquetá; me preguntaba si, como artista, podría volver a conformarme con una gama de color.

Del silencio profundo en medio de las montañas, del corregimiento de Santo Domingo en las goteras de Florencia, surgió un sonido jamás oído. Era como si una gota de agua cristalina cayera en la espesura. Estaba impresionada y buscaba en todo el paisaje el origen de dicho sonido. Pensé que debía haber sido producido por un animal muy grande; recuerdo haberlo imaginado saltando como un mico de rama en rama. Me asustaba pensando que era un güío, con su cuerpo gigante reptando por la hojarasca, avisando de su presencia. Lo buscaba entre el follaje pero nunca logré ver al emisor.

Un día visité la Casa Campesina, sitio de turismo con vocación de reserva natural, donde confluyen cordillera y río, que es administrado por sus dueños, Magnolia y Gilberto Ortiz. Ellos rescataron del abandono este hermoso paraje sembrándolo de flores amazónicas. En dicho paraíso y en presencia de una anciana nativa, volví a escuchar la gigante gota, era más claro, pero igualmente ocupaba todo el espacio comprendido entre las montañas: ¡Cl...a! o tal vez ¡Cr... a!, era el ruido que me perseguía y me sorprendía. Mi afán fue preguntarle a la anciana cuál era el origen. Me dijo: “Es un guaco. Produce ese sonido como aviso de lluvia”. Así que puse atención y noté que, al poco tiempo de oírlo, empezaba a llover.

Me volví experta presagiando el aguacero que se acercaba, y que era bastante recurrente en Florencia; sabía que al poco tiempo de escucharlo, así el sol estuviera en todo su esplendor, vendría sin falta la lluvia. Seguía escrutando las ramas, pero nunca logré verlo; sé que es un animal grande, ya que al tiempo con el sonido se percibía el movimiento en el follaje. Mi curiosidad cuando lo oía crecía en vez de disminuir, por la intensidad y sonoridad magnificada.

En una tertulia donde participaban personajes oriundos del Caquetá, propuse este sonido como una de las curiosidades mágicas que a mi parecer tiene la región. En esta ocasión supe que existe una leyenda sobre un pájaro: “Que si canta en rama seca es verano y si lo hace en rama verde pronostica invierno”. Dicha historia fue narrada por dos historiadores de la región: el jurista José

Gil Cruz Becerra y el escritor y veterinario Arturo Salas Ramos.

Después de seis años de permanecer en el Caquetá, noté que solo lo escuchaba en mis recuerdos; el tiempo se pone nublado pero ni una gota de agua... El eco de esa gota totalmente ausente resuena en mí y la extraño. Igual llovía, pero el sonido previo que anunciaba las gotas no aparecía.

En octubre del 2011 fue la última vez que lo escuché, con mi esposo, Felipe Sierra. Cruzábamos el parque San Francisco frente a la Catedral de Florencia, en pleno centro de la ciudad, y lo escuché, fijé la mirada en una de las palmeras y estaba allí. ¡Qué casualidad!, justo el día que más recordaba su ausencia.

Es un ave grande de pico corto y fino, tiene alas de color gris saraviado y, antes de producir el sonido, las levanta haciendo una genuflexión, después vuelve a su posición inicial, como si con esta reverencia saludara al agua. Al tiempo lo cruzó en vuelo hacia el nido del ave conocida como mochilero, arquitecto colega del maestro Escalona, ambos constructores de su casa en el aire, otra ave cuyo plumaje de negro intenso es adornado por el oro de sus plumas traseras en forma de tijera.

Sentí una alegría inmensa de verlo vivo, fuerte, de escucharlo todavía, en tan extrañas circunstancias, haciendo honor a su sabiduría. Ese sábado lloviznó y fue allí cuando comprendí la magnitud del problema que acongoja a mi espíritu. Vi las garzas conviviendo con los gallinazos en la quebrada de La Perdiz, los perros disputándose las basuras con los chulos y las palomas, todo esto en medio de la Amazonia... ¿Por qué, con tanto espacio verde alrededor de Florencia, las aves emigran al cemento? Anidan en parques donde la vegetación es escasa, ¿son acaso señales inequívocas de la naturaleza que le envía a la región un aviso de auxilio desesperado?

Es ahora cuando se hace necesaria la fuerza abrazadora de “la manigua”, que no te deja partir, como dice la leyenda. Probablemente la naturaleza busca el llamado de la gota cristalina que nace de esta ave maravillosa, que suplica por que reflexionemos sobre el presente y futuro de una región y, en especial, de su capital. Florencia, bañada por tres quebradas y un río, está a punto de que gallinazos, garzas, garzones, palomas, azulejos, loros, turpiales, mochileros, guacos y pequeños mamíferos, así como los seres humanos, sucumban si no tomamos conciencia de que las fuentes del agua no son la llave ni la nevera.

El lunes 14 de noviembre de 2011, a las cinco y cuarenta y cinco de la mañana, esperando con mi cámara frente a su nuevo hábitat, las palmeras de la Plaza de San Francisco, trato de buscar al pájaro guaco o al hermoso mochilero, ambos meteorólogos naturales sin cobro de prestaciones ni margen de error. El dilema de saber qué ave es la del sonido que generó este interés ya no es importante, aunque todo apunta a que es el mochilero. Sea el que sea, lo que debe interesar es el ritual que transmite el mensaje de la gota cada vez más perdida.

La lluvia: bacanería y tragedia

Como el famoso carnaval, el agua de lluvia invita a festejar a los barranquilleros, pero también los sume en la desgracia de los arroyos.

Fernando Castañeda García⁷³

Barranquilla

“Que llueva, que llueva, la virgen de la cueva, los pajaritos cantan, la virgen se levanta...” era lo que entonábamos los niños para invocar a la diosa de la lluvia —la misma Virgen de la Cueva— pidiéndole que cayera un aguacero. El canto formaba parte de una especie de ronda ritual, que tenía un carácter mágico y se repetía en casi todas las calles, cuando el día comenzaba a tornarse gris y el aire traía el olor del agua, y una mancha de libélulas, a las que llamábamos “caballitos”, danzaba de un lado para otro por estas tierras de nadie. Al ritual de las rondas le acompañaban otros, que tenían espacios más íntimos, donde comenzaba la búsqueda de la pantaloneta o del pantalón mocho, de las camisetas y los zapatos tenis, sin importarle a nadie si estaban rotas o no las prendas escogidas para participar en esa gran fiesta en honor al agua.

En el ambiente se percibe la complicidad entre la lluvia y los bañistas. Esa simbiosis lluvia-hombre es protagonista de una fiesta donde el goce del disfrute reina en todas las dimensiones y circunstancias que rodean la situación.

Cuando cae la lluvia, algunos se sientan en la ventana a mirar las “pelaitas” y cuanta mujer provocativa pasa por delante de sus ojos. Es como si la lluvia tuviese la facultad de incitar el morbo, porque con ese pasa que pasa de mujeres bañándose, con sus camisetas empapaditas y ajustadas a sus esculturales cuerpos, con pantalonetas muestra-nalga o con las ajustadísimas licras que dejan ver unas protuberancias impresionantes, al parecer no queda otra alternativa que la de recrearse visualmente.

En las calles de Barranquilla, Soledad o cualquier municipio del Caribe colombiano, también es común encontrarse con los futbolistas de la lluvia, aquellos que juegan un partido sin apostar un peso y sin tiempo límite, porque su duración está sujeta a la del aguacero.

En el frenesí del vacile existen los que salen en grupos a trotar las calles y a pegarse una mojada bajo el chorro de agua más fuerte que encuentren en el alero de cualquier casa. Son los cazadores de chorros quienes, en otro ritual, van de terraza en terraza hasta reunirse bajo las grandes cascadas que caen desde lo alto de las iglesias a través de unos tubos. No faltan los que aprovechan la lluvia para leer, escribir, ver televisión, pintar o hasta hacer el amor bajo rayos, truenos y centellas, o aquellos que deciden relajarse en los brazos de Morfeo.

En las esquinas se congregan otros para mamarle gallo a cuanto transeúnte pase desprevenido y se dedican a vacilar a las hembras que transitan por ese lugar ofreciéndose para atravesarlas a la otra acera de la calle, en “burrito”. Generalmente terminan dirigiendo el tránsito vehicular y le corren la madre a los conductores que no moderan la velocidad.

También forman parte de este ritual los niños que buscan los sardineles más largos y lisos para echarse a rodar de barriga como pequeños aeroplanos, y que, en algunos casos, terminan raspándose o con la frente abierta, porque no siempre el aterrizaje es perfecto. El color cruza las calles en forma de paraguas, impermeables, plásticos, papel, cartón y de todo elemento que sirva para protegerse de la lluvia, y así rompe el gris de la atmósfera y le impone un cromatismo que vuelve dinámica la quietud del fondo formado por gotas que caen verticalmente.

No todo es vacile en la lluvia. Esta produce sus dividendos a ciertas personas que improvisan puentes de madera, cuyo valor está sujeto a la voluntad de los usuarios que se benefician de él. Es común encontrar no solo a los del rebusque con puentes improvisados de madera: ahora se le sumó otra tribu que brinda el servicio de pasar de una acera a la otra a los transeúntes: los bicitaxistas.

La muerte ronda bajo la lluvia

Pero la lluvia no solo es una “bacanería”. Para muchos es una tragedia que se repite año tras año, cuando el pánico se apodera de la población y la angustia crece a medida que crece el caudal de los arroyos. Las familias que habitan a orillas de estos ríos urbanos viven una pesadilla que al parecer no interesa a las administraciones de Barranquilla y su área metropolitana, donde más vidas han cobrado los arroyos en el Caribe colombiano.

Aquí, al igual que en otras ciudades del país, los arroyos tienen nombres propios. Generalmente, están relacionados con los de los barrios o las calles por donde corren como Pedro por su casa y a nadie le piden permiso para invadir la tranquilidad. Los identificamos por sus nombres: Hospital, La Paz, Siape, Felicidad, carrera 51, carrera 53, carrera 65, calle 58, calle 71, Coltabaco, Country, Bolívar, Santodomingo, Las Américas, calle 84, Escuela Naval; pero hay uno muy singular que cambia de nombre de un lugar a otro de la ciudad y que tiene como división el puente de la calle 30, ahí por donde estaba la fábrica de gaseosas Lux: de ahí hacia arriba se le conoce como Arroyo de la 21, y de ese sector hacia abajo, con el nombre de Arroyo de Rebolo. Encontramos en esa lista de nombres uno muy especial por su ubicación geográfica, llamado primero con el nombre de El Mojón, luego conocido como El Limón y ahora con el nombre de Arroyo don Juan, que establece los límites entre las ciudades de Barranquilla y Soledad.

“La corriente del arroyo era impetuosa y arrastró a las dos víctimas aguas abajo. Un vecino del sector se lanzó al arroyo para salvar a las hermanas Padilla. Con la ayuda de varios hombres la

joven Dominga fue rescatada. Carmen Obdulia falleció por los palos arrastrados por la corriente y por los golpes recibidos contra el puente de la calle Soledad (17)...". Así registró el diario *La Prensa*, el día 28 de octubre de 1933, la muerte de esta joven de 17 años de edad, una de las tantas víctimas de los peligrosos arroyos de Barranquilla y su área metropolitana.

No se tiene un dato estadístico de las personas que han muerto en las caudalosas corrientes de los arroyos en la historia de la ciudad, pero se estima en un centenar; solo sabemos que la muerte acecha cuando la lluvia cae. Los arroyos tienen vida, no tienen sentimientos, no distinguen estratos sociales. Sus aguas rugen como leones enfurecidos y cuando se salen de madre arrastran personas, carros; tumban paredes y hasta casas. Son el peligro que nos acecha en épocas de lluvia. Cuando uno menos lo espera, las calles de la ciudad se convierten en peligrosos ríos urbanos.

En la ciudad de Soledad, la tierra del merecumbé, la cumbia y la butifarra, los arroyos también son sinónimos de tragedia y han enlutado a varias familias. Los arroyos El Salao y El Platanal se convierten en noticias por los daños que ocasionan a familias de escasos recursos económicos y porque en sus caudalosas aguas han muerto niños, jóvenes y adultos ante la mirada impávida de familiares y amigos que nada pudieron hacer para salvarlos.

El 12 de julio de 2010, la muerte viajaba con el arroyo El Salao en el municipio de Soledad; iba tumbando paredes con la consigna de quitarle la vida a Lauris Paola Martínez Oviedo, una pequeña bebé de seis meses. Se la arrebató de los brazos de su tía que comenzó a gritar enloquecida por la desgracia. Jean Carlos, el padre de la niña, no pudo hacer nada para salvar a la pequeña a la que el arroyo arrastró con toda su fuerza, como si se hubiese ensañado y confabulado con la parca para enlutar otro hogar. Jean Carlos encontró a su hija muerta al pie de la nevera de su casa.

Las historias de muerte se repiten cada año, la angustia nos sacude cuando llueve y la impotencia nos atrapa. Los noticieros muestran el desastre ocasionado por estos caudalosos arroyos y vemos las caritas de los niños cagados de miedo, de los adultos indignados con los alcaldes y gobernadores, que tienen el descaro de llegar a los lugares de la tragedia para repetirles las mismas mentiras de todos los años, como si eso solucionara el problema.

La Honda ya no es honda

Una foto trae innumerables recuerdos de abundancia acuática en una región donde la depredación acaba hasta con la memoria.

Jorge Eliécer Peña Artunduaga²⁴

Neiva

Mi nieta preguntó los nombres de las personas que aparecían en esa fotografía enmarcada en vidrio y agregó que el señor se parecía a mí. Son mis padres y una amiga en un paseo hace más de cuarenta años en Gigante. Se llamaban José Hilario y Ernestina y la anciana era Rosita Álvarez, la enfermera del pueblo.

Fui el primer sorprendido con el descubrimiento de la foto, que apareció en el trasteo que estábamos haciendo para la nueva casa.

Mi padre estaba vestido de blanco, como siempre. Lo conocían como “el médico”, pero en realidad era el sastre, y había vestido a los abuelos, a los padres de mis amigos y a mis amigos. Todo mundo recordaba sus pintas elegantes en las fiestas reales y el parche dejaba rápidamente sus pantalones porque crecían muy aprisa y no podían soltarle más al dobladillo. Cuando dejó de coser, contrató dos obreros y únicamente cortaba los pantalones sobre la mesa gigante forrada de dril café.

Mi madre tenía puesto un chingue arco iris y sus pantuflas de caucho; y Rosita, un camisón de flores que la cubría de los hombros hasta los tobillos.

La naturalidad de ellos indica que no posaron para la foto y que quien la tomó no les dijo que sonrieran. Al fondo había una gran roca y sobre ella el puente que atravesaba la quebrada de Norte.

Recordé el Charco de las Pelotas (llamado así porque nos bañábamos viringos) cerca del puente donde se hacía el sancocho de gallina. La espesura corriente abajo ocultaba entre árboles y piedras el baño más delicioso, sobre todo por lo hondo, donde la cogida de las piernas y los senos de las novias era un reto, más cuando nos hacíamos los ahogados.

Recientemente, camino a Garzón, me bajé del carro y noté que La Honda ya no es honda, su caudal está mermado en un setenta por ciento. La playa ya no es de arena; cantidad de piedras besan el arroyito y la espesura que ocultaba polvos ocasionales se borró. Los cacaotales son testigos mudos de la desaparición de la abundancia.

En la tertulia de las siete de la noche, de viejos nostálgicos, en el atrio de la iglesia, La Honda estuvo de moda. Se habló siempre de traer el agua para el acueducto de Gigante desde allí, se

habló de costos, de la pureza, se decía que nunca se agotaría.

Gigante en este momento estaría muriendo de sed si a los sabios del atrio les hubiera cuajado la idea.

La roca está como siempre, el puente ya no es de hierro, sino de concreto, el Charco de las Pelotas ya no existe ni las cuchas que pescábamos y que echábamos al sancocho. Gracias a ese cuadro recuperado en el tiempo he vuelto a tomar conciencia de que el agua se agota por culpa de todos nosotros.

El río Frío que me quitó la calentura

Después de 35 años, la autora vuelve al río Frío, donde se refrescaba cuando jugaba fútbol.

*Solo después de que el último árbol sea cortado,
Solo después de que el último río sea envenenado,
Solo después de que el último pez sea apresado,
Solo entonces sabrás que el dinero no se puede comer*

Reflexión India

Teresa Alfonso Sánchez⁷⁵

Bucaramanga

Si mi memoria funciona bien, ese viernes cultural se realizaba la integración deportiva en la finca La Esperanza, donde se jugaría un partido de microfútbol femenino.

En la década del setenta, la Corporación de Defensa de la Meseta de Bucaramanga compró a la familia Clausen la finca La Esperanza, junto con ciento ochenta hectáreas de terreno, con el propósito de proteger esta reserva natural donde Christian Peter Clausen comenzó la construcción de la fábrica de cervezas y bebidas, a finales del siglo XIX, en un proceso que se desarrolló por etapas, hasta concluirla en los años cuarenta.

La Corporación recuperó este paraje campestre lleno de árboles, como los caracolíes gigantes y frondosos, que ofrecían su hermosura a las instalaciones del Centro Experimental, donde funcionaban la División de Ingeniería y Proyectos, la División de Estudios Ecológicos y Agroforestales y la Estación Sismológica del nororiente colombiano del Instituto Geofísico de los Andes.

Aquel viernes recreativo, por la corriente de agua que llegaba a este sitio de encuentro, se formaba una piscina natural de aguas transparentes. Acalorada por correr detrás de un balón, me quedé mirando la quebrada y luego me incliné para tomar un sorbo de agua fresca.

Reencuentro con La Esperanza

Treinta y cinco años después, por fin había logrado el permiso para ingresar a la Finca La Esperanza. Fue un viacrucis: mi llamada se transmitía de estación en estación, hasta dar con la persona apropiada, que escuchó mi mensaje y ofreció el servicio.

Eran las cuatro y cinco de la mañana del 30 de septiembre de 2011. Aún no aclaraba, estaba

contenta por regresar a La Esperanza. Me despertó el canto de los pájaros, pero al fondo se escuchaba el ruido de los carros, buses y camiones que transitan por la carretera del valle del río Frío.

Tomé el Metrolínea para llegar arriba de Bucarica, el barrio que se deja bañar por el río. Subí al Limoncito en Floridablanca y encontré el letrero: Finca La Esperanza, CDMB. A partir de ahí caminamos por un sendero destapado y treinta minutos después llegamos a la finca.

Desde el comienzo del trayecto vi caminantes. Carmen García, de setenta años, y Roberto Gómez, de setenta y cinco, viven en el Portal del Bosque, y llevan un año yendo a río Frío. Don Roberto toma la palabra: “Es una belleza natural que tenemos, donde es posible oír el susurrar de las aguas; hay que sentirse privilegiado con esta naturaleza que nos da Diosito. Me trae muchos recuerdos porque fui criado en el Confines, que está en medio del Socorro y Oiba, un pueblo muy pequeño, pero muy acogedor”.

Tan pronto ingreso a la finca busco la piscina natural, la de la fuente, ¿cómo estará? Sigo el camino y me encuentro con Jaime Pachón, el empleado de servicios generales, que le está haciendo mantenimiento a la piscina. Comenta que el agua sale por una canaleta al río Frío y me sugiere subir a la montaña desde donde se pueden ver los canales y cómo viene el agua del río para el acueducto de Floridablanca.

Para subir a los canales hay que pasar por entre unos tubos grandes, todos oxidados y apenas cabe una persona por el túnel. Veo a un joven cargado con un bulto de pedrisca y cemento. Se llama Germán Alonso Sequeda Betancourt y es contratista del Acueducto. Tiene entre dieciocho y veinte años, y el agua le escurre por su rostro porque viene de hacer unas tapas del acueducto para colocar en las canaletas.

“Arriba también están los otros muchachos, que hacen tapas de cemento y pedrisca”. A mi pregunta sobre cómo siente el río Frío responde: “Es mi trabajo, tapas, cemento, pedrisca y hierro. Yo soy, contratista del Acueducto de Bucaramanga”. Sigo caminando y me encuentro a otro señor que se presenta como el maestro Barajas, de la CDMB, que hizo concesión de aguas para el acueducto de Floridablanca.

Ciento cincuenta y dos gradas

Sigue mi cuesta ascendente por ciento cincuenta y dos gradas. Ahora sí empiezo a sentir el sudor que me produjo el río Frío. Arriba me encuentro con Epimedio Angarita, inspector de obra de la Compañía del Acueducto Metropolitano de Bucaramanga (AMB), quien afirma: “El río me da la vida, el agua, y nos ayuda a todos a salir adelante; aquí hay tres desarenaderos donde el río deja su arena”.

El agua del río viene por un canal o canaleta, corre lecho abajo y se puede ver a través de ella con palitos, musgos y hojas en su recorrido. Estoy acalorada, me siento cansada, una brisa helada acaricia mi rostro.

Prosigo mi caminata y encuentro a los trabajadores construyendo las tapas. Miguel Martínez, mientras mueve con su pala la mezcla de piedrilla, cemento y agua, responde: “Es la cuenca que da abastecimiento a toda la parte del sur, y hay que cuidarla entre todos, el acueducto que ponga una parte y el resto la comunidad. Y que el personal que vive por ahí cerquita no lo contamine”.

Por su parte, Jairo Torres afirma: “Es un afluente importante, suple todo lo que es Florida, el mantenimiento que le hacen al agua es muy bueno”. Y Miguel acota: “Agua muy limpia, muy pura, nace por allá arriba, en el páramo de Berlín”.

Continúo caminando por el sendero donde se observan mariposas de todos los colores, hojas secas que crujen al caminar. Busco un sitio para sentarme y descansar un rato. Es una delicia. Quien no escucha el cantar del río Frío, quien no conoce su cuenca, no sabe lo que se está perdiendo. Es el cauce donde se pueden apreciar aguas muy frías y muy claras que fluyen por lechos conformados principalmente por rocas, lajas y arenas con sedimentos y materia orgánica.

Cuesta abajo

Es hora de volver a casa, son cerca de las 2:30 de la tarde. Al pasar nuevamente por el sitio donde se construían las tapas, ¡huele a guarapo!

En voz alta, Miguel, uno de los trabajadores, me ofreció un trago. Con el sudor que traía y la sed que sentía, acepté esta bebida helada, que se hace con agua, piña y panela, se echa en una moya y se deja “enfuestar”.

Cuesta abajo, una a una fuimos dejando las ciento cincuenta y dos gradas y avanzamos por el pasillo de los tubos hasta llegar a la casa de arriba, que están remodelando. Llovía a borbotones, nos sentamos en el piso a dialogar un rato, mientras veíamos la lluvia caer. Al escampar, seguimos adelante, no sin antes pasar por el museo de animales silvestres que está formando la CDMB.

Continuamos por el camino destapado hasta encontrar la carretera pavimentada y la ruta del Metrolínea, que nos conduciría al barrio de Cañaveral.

Voy dejando atrás el ecosistema de alta montaña, de las zonas húmedas del bosque Andino, aquel que expresa su fertilidad y riqueza hidrobiológica en el hábitat de la microcuenca del río Frío. Aquel que ofrece su agua para las comunidades urbanas de Bucaramanga, Floridablanca, Piedecuesta y Girón. Aquel bosque de niebla de funcionalidad ecológica.

Se me ofrece ahora el ecosistema del valle del río Frío, que baña un sinnúmero de barrios recientemente contruidos, como Cañaveral, Mediterrané y Quintas de Cañaveral. Veo cómo en río Frío surgen ambiciosos proyectos del sector privado, conjuntos residenciales de estrato alto, colegios, empresas, fincas ganaderas y centros de recreación. Es un valle que representa una importante fuente de ingresos para el municipio de Floridablanca, y que comunica la ciudad con toda la parte norte de Colombia.

La contaminación

Aproximadamente a cinco kilómetros, aguas arriba de la desembocadura, tributa la quebrada de Aranzoque por la margen izquierda al río Frío. Los habitantes del valle, hasta el municipio de Girón, hablan de una alteración repentina en la coloración de las aguas, olores concentrados no identificables que gradualmente pasaron a ser fétidos y también advirtieron la aparición de peces muertos.

La situación se mantiene hasta aguas arriba del Club de Carabineros, muy cerca de Floridablanca. En este punto se observó que las características de la alteración correspondían únicamente a la quebrada, con mayor concentración por la reducción de caudal.

Por el recorrido también se puede observar la contaminación del aire, por los gases que emite la planta de tratamiento de aguas residuales, que se encuentra en este valle, cerca de la cabecera municipal de Girón. El río presenta contaminación debido en gran parte a los residuos que arrojan en las cabeceras de las quebradas.

Los ingenieros Jaime Alberto Londoño Martínez y Jaime Espejo Gómez, quienes hacia 1982 hicieron los estudios correspondientes de contaminación, se empeñaron en la purificación y limpieza de estas aguas. Pero Espejo se jubiló y Londoño se fue del país. Así las cosas, Julio Mantilla a quien me encuentro en las oficinas de la CDMB, agrega: “Todo el mundo le da la espalda al río y hay que verlo de frente”.

Siento en mi piel el paso de los años, el impacto que produjo desde los veinte años aquel río de agua fría, helada, que nace en el cerro de la Judía, al costado occidental de la Cordillera Oriental. Tres décadas después, voy por la senda de la línea que dibuja el río Frío, en su valle. Ya peino canas, y observo aquellas aguas, igual de turbias. Me aguanto el olor, que me produce náuseas, pienso con tristeza en el río Frío y en su cuenca contaminada. Y recuerdo las palabras de San Agustín: “No hay milagros que violen la ley natural. Hay solo acontecimientos que violan nuestro limitado conocimiento de la ley natural”.

La noche del fin del mundo

La fuerza del río despertó una noche a los habitantes de Floridablanca. La cronista, profesora del lugar, cuenta cómo el susto hizo que estudiantes y maestros se motivaran a investigar el fenómeno.

Ana Virginia Fernández Alonso⁷⁶

Bucaramanga

Cuando llegué a Floridablanca procedente de Bogotá, hace treinta años, nos ubicamos en la Urbanización Bucarica, en el departamento de Santander. Con mis hijos pequeños era una delicia el paseo de olla: grupos familiares y jóvenes aventureros gozaban de las frías aguas, de un delicioso sancocho cocinado con leña y de los juegos en la arena, castillos o enterramientos hasta la cabeza.

Nunca supe el nombre de ese pequeño río, hasta que una lluviosa noche de 1997, hacia las once de la noche, se oyeron trepidar los cimientos de los edificios de apartamentos que bordeaban la orilla. Salimos en pijama, envueltos en cobijas, y en medio de la lluvia buscamos los parqueaderos, abrazados los unos a los otros, algunos de rodillas, porque creyeron que había llegado el fin del mundo.

Como nos contó doña Inés, vecina del sector, su madre e hija estaban en un profundo sueño, cuando escucharon pitos, sirenas, gente... “Nos gritaban desde abajo que saliéramos. Mi mamá, que cuidaba mucho su belleza, se sentó a aplicarse crema en las manos. Yo la afané hasta que bajamos al parqueadero en bata de dormir. Con otros vecinos, corrimos hacia abajo, donde la carretera dobla hacia Floridablanca y pasa el puente sobre el río que sonaba durísimo: teníamos que gritar para escucharnos. Esto nos causó mucho temor. Mi vecina, por ejemplo, repetía: ¡Tenemos que vender ¡Tenemos que vender! ¡Que sea lo que Dios quiera! A los tres días, vendió su apartamento del 5.º piso y se fue”.

Doña Blanca, mamá de un alumno, recuerda cómo todos tenían miedo, pero como ella vive a la salida del conjunto residencial no hubo tanto susto. “Al otro día en el colegio se organizaron salidas con los niños para la tarea de sociales y algunos padres, policías bachilleres y funcionarios de la Corporación de Defensa de la Meseta de Bucaramanga (CDMB) los acompañamos para comprobar lo que decían las noticias sobre el origen de la avalancha”.

En medio de la oscuridad, nadie se atrevía a mirar hacia el cauce del río que bufaba y “tronaba como cien caballos juntos”, como diría un hombre de mediana edad, empapado y que, con risa nerviosa, demostraba el miedo ante lo desconocido. El fenómeno duró unas dos horas, hasta que el río de la corriente desbocada fue calmándose y todos, en medio de los rezos, volvieron a sus

camas.

Al otro día, en el colegio donde trabajaba, las profesoras esperaban a los alumnos en la puerta y ellos les contaban con gran confusión lo que había pasado en la noche, cómo había llegado el momento del fin del mundo.

A la luz del día, se acercaron a mirar hacia un caótico enredo de troncos, palos, plantas, arena y rocas que habían dividido el río en dos brazos. Alguien vio, aguas arriba, el cadáver de un cerdo, ya que había una marranera junto a la orilla.

Hoy, el río ha socavado las bases de uno de los conjuntos de apartamentos y la CDMB está haciendo trabajos en un muro de contención, a la espera del periodo de lluvias.

Los expedicionarios del agua

Para investigar ese fenómeno de la naturaleza, se comenzaron a realizar expediciones montaña arriba hasta el nacimiento de las corrientes hídricas del cerro La Judía, cuando todavía se podían hacer salidas de campo con los estudiantes. Así pudimos pasar por la antigua finca de La Esperanza, donde se observan gigantescos tubos de hierro, testigos mudos y agujereados que llevaban desde lo alto de las montañas el agua que producía la electricidad en la vieja fábrica de cerveza Clausen.

El ingeniero Ricardo Plano, en su investigación sobre las cerveceras en Colombia, aclara que esta tubería servía para bombear el agua del río, que desde la montaña empujaba la rueda Pelton, la cual ofrecía electricidad hidráulica a la fábrica y surtía el proceso de elaboración de la cerveza Clausen de origen danés, que fundó en estas tierras Christian Peter Clausen, en 1887.

Este extranjero llegó a tierras santandereanas desde su natal Sonderborg en Dinamarca y compró a Laureano Mantilla un terreno en el Alto de La Paja. La casa familiar estaba adornada con frescos al estilo europeo, todo construido bajo su dirección con materiales importados de Europa traídos en barco hasta el país y a lomo de mula hasta su casa, que tenía sala de cocina, enfriadores, cavas de maduración, cavas de filtración y laboratorio.

El secreto del agua pura

Uno de los secretos de su cerveza fue haber encontrado agua purísima en la quebrada La Carbonara, entre los veinticuatro afluentes de la microcuenca de río Frío, que conforman la subcuenca de río de Oro. Así lo pudo comprobar por exámenes en laboratorios europeos, para iniciar la producción de cerveza con cebada, también importada, que hizo famosas a las marcas Clausen y Chivo Clausen.

Río Frío acompañará a esta empresa que dio empleo directo e indirecto a muchos florideños. En 1889 terminó la construcción del edificio en medio de un entorno agradable de flora y fauna, y el montaje de la maquinaria importada de Europa. Para 1917, durante la I Guerra Mundial, don Peter vendió la cervecera a su hijo, Jorge Alfonso, quien amplió y modernizó la sede. Hoy, muchos florideños la tienen como obligatorio recorrido ecológico y deportivo. La historia de La Clausen finalizó en 1964, con la competencia de la cervecería Bavaria, de origen alemán.

Curiosamente, la casona de la Esperanza se reconvirtió en el Centro Experimental La Esperanza, en 1970, con un territorio adjunto de ciento ochenta hectáreas, donde se encuentran construcciones antiguas como la casa quinta, el coliseo y un foso colindante con el río Frío donde corrían las aguas lluvias y que servía de protección a la fábrica.

El ingreso al museo no es abierto. En abril del 2011, en la CDMB se ordenaron labores de refacción para convertirlo en un referente de patrimonio histórico regional.

La defensa del río Frío

La avalancha de 1997 dejó en su orilla enormes rocas que arrastró desde kilómetros arriba y que invitan a los visitantes a bañarse y a jugar, para olvidar aquella noche en que casi se acaba el mundo.

Al indagar por la avalancha de 1997, descubrimos que se había caído un trozo de montaña, cerca de la carretera que llevaba a Cúcuta, y actuó como una gran represa sobre la quebrada Agua Blanca, afluente del río de la que nadie supo por lo intenso de las lluvias. Solo algunos campesinos supusieron que algo raro pasaba cuando no volvió a correr agua por el lecho hídrico, pero en medio de la oscuridad nadie pudo predecir lo que pasaría horas más tarde. Muchos vieron, en la luz del amanecer, animales, rocas y troncos gigantescos, arrancados de cuajo y traídos desde muy lejos, que llegaron hasta el reciente barrio El Sol y lo que es la Universidad de Santo Tomás —en el casco antiguo de Floridablanca—, y la planta física más cercana al río quedó inundada, como apareció reseñado en el principal diario de la ciudad.

Los estudiantes, con ayuda de policías bachilleres, funcionarios de la CDMB, campesinos, padres de familia y esta profesora, pudieron comprender el ciclo del agua dentro del complejo que se origina en la zona oriental del cerro de La Judía y se extiende hacia el valle de río Frío, en medio de una tupida vegetación, todo acompañado de baños en los pozos y caídas de agua pura de tantos nacimientos que brotaban en la ruta.

Conocimos y hablamos con los campesinos de la zona. Nos contaron sobre su forma de vida y tipo de cultivos, pescamos y diseccionamos apetitosas truchas en estanques de una finca, coleccionamos rocas pequeñas de todos los colores, aprendimos la forma de hacer vino de mora y

así entendimos los procesos lógicos de pensamiento y una rica producción escrita.

Se recrearon mitos como el de una laguna arriba, que algunos consideraban embrujada, y cómo “mataron” su espíritu arrojando bultos de sal, para que ella, furiosa, levantara oleajes como un mar embravecido hasta que se fue aquietando. Se recorrió la zona del oso de anteojos, el venado de oro y los monos aulladores, en peligro de extinción. Allí aparecía un indio que fumaba chicote y tomaba aguardiente, y cuando se le acababan, se levantaba y el río arrasaba todo a su alrededor, hasta que los campesinos lo calmaban llevándole tabacos y más aguardiente.

Hoy el río Frío parece una quebrada, pero en sus años mozos —siglos XIX y XX— fue una corriente respetable que arrastró a la tía Carmen, una niña de doce años, que como era costumbre se lanzó a bañarse, y se la llevó muchos metros abajo. Ese río bañaba los inmensos cañaverales donde hoy se levantan los barrios de Bucarica, Caracolí y Lagos, y donde las” viejas” iban a lavar a sus orillas y los “chinos” a llevar las vacas a tomar agua, como me contó mi suegro Samuel, florideño de raza mandaca.

Los niños a quienes se cuenta la experiencia no la creen, porque ven una pequeña quebrada, llena de sedimentos arrastrados de la ampliación de la carretera, que hace más de quince años dejó desprender un pedazo de montaña. Por eso el colegio fue nominado al premio nacional de Andenarios 1997, porque “a partir de la lectura de un hecho noticioso, logró involucrar a la comunidad educativa y habitantes del Municipio de Floridablanca, enseñando con la realidad y permitiendo de esta forma que la escuela se abra a la vida”.

Pero el peligro no ha pasado y en cualquier momento podemos tener otro susto como el de esa noche. Quizás al indio se le acaben los tabacos y el aguardiente, y se vuelva a levantar enojado como dice el mito que circula desde tiempos prehispánicos.

Descubriendo mis raíces

La autora reconstruye un viaje de infancia desde el río Caquetá hasta el Mirití, pasando por lugares míticos de su etnia yucuna.

Erika Yamile Rivas Yucuna^{ZZ}

Leticia

Una tarde del 6 de noviembre de 1996, mientras me regocijaba con la brisa a orillas del Chorro de La Pedrera y me refrescaba con la suave y fría agua del río, escuché la voz de mi padre que me llamaba: “Ven, hija, que te tengo una buena noticia”... Mi padre terminaba de hablar con don Francisco Santos (q.e.p.d.), el presidente de la Cruz Roja Colombiana Seccional Amazonas, quien le autorizaba la correría de salud y recreación por el río Caquetá y el río Mirití.

Llegué entre salto y tropezón con piedra y arena del camino, a ver qué pasaba. Escuché decir a mi padre: “Mañana comenzaremos nuestro viaje de correría por todas las comunidades del río Caquetá hasta Puerto Remanso, luego entraremos por el río Mirití hasta llegar el internado de Mirití”. Alistamos todo ese día y tratamos de descansar para levantarnos temprano. Por mi ventana veía la magia de la noche y me hacía retratos de lo que podía ver y conocer... A las cuatro de la madrugada del 7 de noviembre de 1996 zarpamos del puerto de La Pedrera con cajas llenas de medicamentos como purgantes, analgésicos, suero y solución salina, entre otros. Viajábamos varios voluntarios de la Cruz Roja Colombiana: Ivison Muca, Elia Tanimuca, mi padre —Omar Rivas Yucuna (q. e. p. d)— y yo, que pertenecía a la Cruz Roja infantil.

Salimos río arriba, subimos el chorro de La Pedrera a las cuatro y media de la mañana, bañados con la espesa niebla que cubría nuestros rostros. Casi dormidos emprendimos nuestra larga e inimaginable aventura, que comenzó en el cerro Yupatí, cuyas curvas envolventes contemplábamos los viajeros en nuestro navegar, y parecía guiarnos por el río.

Cuando llegamos al Chorro de Córdoba sufrimos para poder pasar el bote. Como era temprano, las cinco y cuarto de la mañana., pedimos ayuda a unos pescadores que se acercaban. Con una soga amarramos el bote desde la popa, donde está el motor, hasta la proa. Tuvimos que sacar las cajas con los medicamentos y pasarlos caminando sobre las rocas hasta la parte alta del puesto de mi tío Custodio Yucuna, el promotor de salud de aquella comunidad. Con la ayuda de los moradores pudimos pasar el bote cuando la marea bajó.

Volvimos a zarpar después de desayunar un pescado asado y casabe. Regresamos al río para continuar con la trayectoria a las 8:10 a.m. Llevábamos dos horas navegando cuando atisbamos una pequeña comunidad que parecía desolada, nos bajamos a realizar la charla y un sondeo de

salud en la comunidad de Los Ingleses, conformada en su mayoría por mirañas y boras, pueblos indígenas olvidados, que se curan con plantas medicinales.

Tres horas después, terminada nuestra labor, continuamos río arriba. A las cuatro y veinte de la tarde doblamos una esquina y nos encontramos con surcos de arena formados por el viento que bañaban la playa y, como si nada, las charapas —tortugas pequeñas— salían de sus nidales hacia el río para emprender su nuevo viaje. Por cerca de veinte minutos pudimos observar una reunión de gaviotas, golondrinas, pájaros amarillos y cafés, garzas, martines pescadores como si fuesen una familia salvaguardando la noche. Así, en medio de tanta belleza, llegamos a la comunidad de Santa Isabel, habitada por miembros del grupo étnico bora-miraña, todos familiares. Dormimos allí y a las seis y media de la mañana comenzamos a trabajar en medio de una torrencial lluvia de arenillas y moscos bombos que dejan con su picadura una bolita de sangre en la piel.

Luego de dos horas realizando el diagnóstico de pequeños problemas de salud, emprendimos nuevamente nuestro viaje para entrar en el brazuelo del río Mirití. Allí comenzó una odisea, porque mi padre nunca había pasado por ese tramo. Después de dos horas de navegar entre lodo y árboles caídos, llegamos a la comunidad de Los Lagos, habitada por las etnias yucuna, tanimuca y algunos matapis.

Continuamos nuestro viaje hasta llegar a la comunidad de Puerto Nuevo al mediodía. La señora Gloria Balcázar nos recibió con unas exquisitas ancas de rana asadas. Después de tan succulento desayuno con rana amarilla, realizamos las rondas de salud. Cinco horas más tarde llegamos a la comunidad de Puerto Guayabo, donde vivía mi abuelo Pedro Yucuna, ya fallecido, el capitán de la comunidad. Después de cuatro días de viaje, mi padre decidió quedarse a descansar una noche en la comunidad porque se estaba celebrando el Baile de Pescado, un baile que para nosotros los yucuna es sagrado.

Al día siguiente, a las 9:00 a.m., emprendimos nuestro viaje al internado del Mirití. Allí nos reunimos con varias autoridades indígenas y el auxiliar de enfermería para que nos ayudasen con la actividad de salud y recreación. Durante dos días compartimos con la comunidad, además pudimos bañarnos en el Chorro de Mirití, de aguas negras y frías.

A la madrugada siguiente nos devolvimos río abajo hasta llegar al Varadero de Apaporis donde arrimamos para dejar tres cajas con medicamento y comida. Para llegar a la maloca de Apaporis se debe caminar durante seis horas ida y vuelta; pero como ese día llovió, solo bajó mi padre con otro acompañante.

A las cinco de la tarde continuamos el viaje hasta llegar a la quebrada Negra, en donde pasamos la noche. Como no nos quedaban provisiones, mi padre y yo fuimos a pescar a la quebrada a medianoche. Cuando el sueño me vencía pude ver a unos nativos de color ceniza armados de

cerbatana y flechas, que hablaban con mi padre. Me asusté y me hice la dormida para ver qué pasaba, pero no podía entender lo que decían. Después de un rato se perdieron en medio de la selva. La curiosidad me invadió y le pregunté a mi padre quiénes eran esas personas: “Son indios nómadas makú, que están en este territorio; a algunos de ellos no le gusta la gente extraña y estos vinieron a decir que no podemos seguir aquí porque nos puede ir mal”, me respondió.

Entonces continuamos nuestro viaje con el canto del gallo —cuatro y cincuenta de la mañana—, sin parar hasta llegar, después de tres horas, a la Bocana de Mirití, donde las aguas del río ofrecen una bella mezcla de colores de rucio a claro con negro.

Con la brisa del río Caquetá llegamos nuevamente a la comunidad de Puerto Córdoba y, como el chorro estaba calmado, mi padre aprovechó para pasar sin mayor peligro el bote hasta la isla de arena y piedra, mientras los demás tripulantes paseamos por el camino central de la comunidad. Encontramos una pequeña presa de agua cristalina bordeada de rocas donde los niños jugaban como en una piscina natural. Después de caminar unos veinte minutos llegamos al puerto que estaba cubierto de arena y roca, caminamos hasta el bote con los pies descalzos para sentir el calor y la cosquillas que produce cada grano de arena. Al llegar al bote, cubiertos de arena, tuvimos que tirarnos al agua para limpiarnos un poco, ya que apenas faltaban cuarenta y cinco minutos para estar de nuevo en casa.

Al corregimiento de La Pedrera solo se llega por avión de carga desde Villavicencio o desde Leticia por la aerolínea Satena, o en lancha por el río en un viaje de diez días aproximadamente, en invierno, o quince, en verano. De La Pedrera a Mirití solo se viaja a vapor por el río y la travesía dura cuatro días y tres noches de subida, y tres días y tres noches de bajada.

Volvimos a casa con muchos recuerdos y buenos resultados de la correría de salud y recreación. La misión había terminado.

Carritos de rodillos

La cronista, por accidente, terminó viviendo en Itagüí, municipio aledaño a Medellín. Allí vivió hazañas para conseguir agua en la década de los setenta. Los carritos de rodillo fueron la salvación para los habitantes.

Inés Castaño Arboleda⁷⁸

Medellín

Entre dos aguas

Cuando vine de Cali a vivir a Antioquia, en la década de los setenta, tenía la ilusión de conocer Medellín y descubrir por qué se le llamaba “La tacita de plata”. Pero, como mi viaje terminó en Itagüí, conocí la tacita de barro.

Llegué de noche al llamado Puente del Pandequeso, cerca del cual estaba la casa donde iba a vivir. Desde ese momento sentí algo extraño en el ambiente. Era un olor asqueroso que invadía todos los rincones y provenía de la quebrada Doña María, en el barrio Simón Bolívar. En sus orillas se asentaba el emporio de Coltejer, donde desfilaban los obreros, en tres turnos ininterrumpidos; el humo de las chimeneas no se apagaba nunca. Era un total frenesí de movimiento laboral y comercial, pues las tiendas donde vendían licor siempre estaban llenas.

Pero lo que más me sorprendió fue la forma en que tendría que conseguir el agua, porque la del acueducto no era potable. Debía esperar a que algún muchachito, mojado y presuroso, dejara una caneca de plástico llena de agua limpia a la puerta de mi casa para bañarme y preparar el desayuno.

Para enfrentar esta realidad, conté con la ayuda de una vecina llamada Rosalba. Ella estaba también recién llegada a esta ciudad, pero sabía la forma de sobrevivir. Su esposo le compraba dos garrafones de agua embotellada Cristal, con la que bañaba a su hijita de dos años y también preparaba sus alimentos. Para mantener el agua en la casa, tenía contratado a un muchacho muy avisado y alegre, que manejaba un carrito de rodillos, y quien también se encargó de solucionar mi problema. Ella me enseñó a echarle piedra lumbre a una caneca de agua turbia y dejarla reposar en la noche; a la mañana siguiente estaba lista para lavar la ropa. Mi amiga nunca se pudo acostumbrar a esta calamidad: lloraba y me decía que era su experiencia más dura y que la soportaba por amor a su esposo, quien trabajaba en una fábrica cercana y tenía un turno de entrada a las cuatro de la madrugada.

Tampoco me hacía a la idea de vaciar el sanitario y ver caer agua-pantano, que dejaba el inodoro más sucio que antes. Cuando abría la canilla del lavamanos, salían en fila india culebritas rosadas envueltas en agua turbia.

El solar de Medellín

Itagüí fue declarado municipio el 7 de marzo de 1832. Vecino a Medellín, es el centro industrial de Colombia; el tercer municipio más pequeño del país, con 17 kilómetros cuadrados; y el más densamente poblado, con 230.272 habitantes.

A principios del siglo XX, los personajes ricos vivían en el centro de Medellín y compraban terrenos en Itagüí, donde establecieron negocios y fundaron varias industrias, como la cervecera, curtimbres, ladrilleras y otras, en la cuenca del río y en las orillas de las quebradas. Aumentaron las fuentes de empleo, pero eso no mejoró ni aportó mucho a la calidad de vida de sus habitantes, porque empezaron a arrojar desechos sólidos y líquidos a muchas de las quebradas del municipio.

A partir de la vigencia del acuerdo 33 de septiembre de 1955, todas las empresas nacionales y extranjeras que se establecieran dentro del territorio de Itagüí gozarían de la exención de impuestos de industria y comercio por un término de doce años. Con todas estas ventajas, se crearon más empresas y en la década de los cincuenta llegaron trabajadores de toda Colombia. Esto ocasionó el incremento de cantinas, prostitución y más desorden, pero menos servicios.

El agua viaja en rodillos y a veces a caballo

Itagüí vivía al ritmo de los carritos de rodillos. Era la forma más económica de surtirse de agua para el día a día. Los había grandes, feos, destartalados; otros estaban pintados y decorados con tablitas en la parte de adelante, con nombres pintorescos como: “Si es verraco, viva en Itagüí” o también: “Conozca Itagüí antes de que se acabe”. Estos carritos eran conducidos por los hombres de la familia, también por jóvenes y hasta niños.

Halando unas sogas de cabuya, empujando con todas sus fuerzas, haciendo zigzag por entre los carros, los conductores tenían la misión de mantener agua limpia en sus casas, aunque a costa de mucho esfuerzo. Debido al mal estado de las vías, muchas veces conseguían cascajos de las construcciones para rellenar los baches del pavimento. De allí el remoquete que la gente de otros lugares daba a la ciudad: “Itahuecos”.

Los carritos de rodillos eran música estridente y celestial que despertaban a todo el vecindario. Luego reinaba el silencio hasta el atardecer, cuando los conductores volvían de la escuela y empezaba la fiesta de correr a ver cuál hacía más viajes.

Jaime Santa, padre de familia que vive en el barrio El Tablazo y que se dedicaba de pequeño a repartir agua en su carrito, recuerda: “Debíamos madrugar para hacer las filas en la portería de la fábrica Sedeco (filial de Coltejer), en donde regalaban el agua. Allí un celador mantenía el orden y cuidaba del buen manejo de la manguera que surtía las canecas montadas en los carritos”. Y

agrega: “A veces nos agarraba el frío y el hambre y se formaban broncas entre los muchachos”.

Su mamá lo levantaba a las cuatro de la madrugada cuando era muy niño todavía, con sus hermanos mayores. Se bañaban a esa hora, pues debían ir a la escuela y dejar su casa surtida de agua; cuando bajaban por ella, se deslizaban por aquellas lomas, todos encima del carrito en tremenda gritería y a toda velocidad. Cuando subían con el agua, Jaime iba agarrado de una caneca para no caerse, mientras sus hermanos empujaban el carrito loma arriba. Cuenta que algunas vecinas les pagaban entre veinte y treinta pesos por viaje, y algunas señoras desesperadas por tener ventaja daban buenas propinas. Después de cuarenta años, Jaime recuerda sus épocas de cargador de agua: “Tenía tal vez diez años cuando las Empresas Públicas de Medellín pusieron el agua potable. Todos estábamos tan emocionados como si fuera a llegar el hombre a la luna. Juntamos nuestras cabezas, agachados, mirando la canilla del lavadero de mi casa, esperando ver caer el chorro de agua limpia a la hora señalada por el locutor de radio. Fue tremendo el grito y la emoción cuando sucedió. Esto fue en 1983”.

Luis Gonzaga Quiroz llegó con su familia al barrio San Pío X en 1973. Conseguía el agua en la Cervecería Unión. Se la traía un señor, al que llamaban “Amigo”, en canecas de plástico y para su transporte utilizaba una carreta tirada por un caballo colorado. “En aquel tiempo cuando me iba a bañar a las cinco de la mañana para ir al trabajo, solo recibía un viajao de lodo y hasta pequeños renacuajos que se estrellaban en mi cabeza”, recuerda.

Valga anotar que en este barrio y otros aledaños se estaba gestando una revolución entre los habitantes debido al desespero de las amas de casa porque tenían que soportar largos periodos de tiempo sin agua. Fueron apoyados por las juntas de acción comunal. Según la revista *Bohemia* de abril de 2000: “Empezaron a armarse con ollas, con pancartas, con valor y con garganta para pedir a gritos el agua”. Y así, el barrio San Pío X, a raíz de tres sonados paros cívicos, logró que en 1983 las Empresas Públicas de Medellín dotaran a Itagüí de agua potable.

Recostada en la baranda del puente que divide los barrios Simón Bolívar y Santa María de Itagüí, donde la quebrada Doña María hace un giro cadencioso y sigue oronda para caer en los brazos amigos del río Medellín, veo que no es la misma. Han pasado cuarenta y dos años desde que caminé por este lugar por primera vez. Sus aguas corren limpias, sin olores molestos.

¿Qué fue de los carritos de rodillos?

Todavía algunas personas utilizan los carritos de antaño, como los recicladores que buscan en las basuras antes de que pase el carro recolector. También se usan en las plazas de mercado y en las tiendas de los barrios faldudos.

Los de la nueva generación son elaborados con diferentes diseños, según el tema de interés social,

nacional e internacional escogido para el festival anual de carritos de rodillos, en el que los participantes, que deben ser mayores de dieciséis años, van disfrazados. Salen del estadero El Silletero en Santa Elena hasta el barrio Buenos Aires de Medellín. El recorrido de la carrera es de catorce kilómetros y han llegado a participar más de 2500 personas en tres categorías: mejor carro decorado, mejores disfraces y el mejor carro de equipo empresarial. Tienen medidas reglamentarias, las normas de seguridad son muy estrictas y en cada vehículo pueden ir hasta doce personas.

El domingo 7 de octubre de 2012 se celebró la edición número veintitrés del festival, con la participación de setecientos carritos. Todo fue animación y solo hubo siete heridos, ninguno de consideración. Estuve en el sitio de llegada y pregunté a algunos de los participantes y asistentes si sabían alguna historia sobre esos carritos. Todos coincidieron en que era una tradición de muchos años, que antiguamente los niños acostumbraban recrearse con estos carritos, que algunos los hacían ellos mismos y otros eran ayudados por sus familiares, pero nadie sabía que primero fueron usados para el suministro de agua.

Para calmar la sed del trayecto los participantes llevan agua en bolsa. Claro que los ganadores de este año trajeron el océano a las lomas de Santa Elena, pues participaron con una réplica del imponente buque Gloria que recorre los mares del mundo con la bandera colombiana.

-
1. Ingeniero agrónomo, escritor autodidacta. 69 años. Polaco0813@hotmail.com↵
 2. Licenciado en idiomas, profesor de inglés y líder de proyectos ambientales, miembro de la Corporación Nómadas. Caminante de 51 años. ralphy1803@hotmail.com↵
 3. Pendiente o declive pronunciado de un terreno.↵
 4. Construcción de cuatro paredes de tapia pisada y techo de paja en la que los campesinos ponen a secar las hojas de tabaco.↵
 5. Puente sobre un río que se zarandea cuando se camina sobre él.↵
 6. Periodista de la Universidad de Antioquia, 23 años. yomoloko@gmail.com↵
 7. Periodista de la Universidad de Antioquia, 23 años. yomoloko@gmail.com↵
 8. Gentilicio de los habitantes de Santander de Quilichao, activo “puerto seco”.↵
 9. Concepto andino compuesto de dos términos kichwas que son: *yaku*, que significa agua y del término *pacha*, que significa mundo, universo, que vendría a ser, mundo acuático.↵

10. Indígena pasto, comunidad de Colimba. aldemarcuastus@yahoo.es
11. Comida típica agridulce a base de maíz.
12. Lleno de viento o aire.
13. La hoja seca del plátano, que se emplea para envolver la panela.
14. Leguminosa, que hace parte de la shakra (chacra) ancestral, empleada para hacer queso andino, tostado, etc.
15. Raíz empleada para hacer aguas frescas.
16. Planta sagrada. La raíz, tallo, hojas, flores y frutos del arrayán se emplean para las aguas medicinales.
17. Niños pequeños.
18. Expresión empleada para dar a entender que una persona que no se ha cuidado, tiene frío dentro de su cuerpo.
19. Expresión que hace referencia a que se realiza una actividad, sea cual fuere, un poco lejos del sitio común. Como lanzar agua de lejo a lejo en el carnaval de agua (Día de Inocentes).
20. Dios cuidador del gran lago, que existió en la zona de Guachucal.
21. Palma sagrada de la cual se elaboran las insignias o bastones de mando del cabildo, que simbolizan lo femenino; su opuesto es el Kende.
22. Comunicadora, periodista y docente, 22 años. marianaarizarodriguez@hotmail.com
23. Estudiante de Comunicación Social y realizador audiovisual. jhondevin@gmail.com
24. Contadora y “contadora”. Maluna99@yahoo.es
25. Vocablo de origen quechua, referente a “el cuichu” de los Incas, la gran serpiente de dos cabezas que surcaba el cielo.
26. Falda ancha de paño oscuro cuyo largo llega hasta debajo de la rodilla y con una cenefa de un color contrastante.
27. Enagua tejida a mano en lana gruesa y de vistosos colores (los del cueche), que se usa debajo del follado o falda, para combatir el frío del altiplano nariñense.

28. Enfermedad exclusiva de los Andes, puede presentarse en niños y en adultos, con síntomas variados.↵
29. Es el limón que se pone a asar sobre brasas de carbón. Cuando su cáscara se ha ennegrecido, se corta y se aplica el jugo aún caliente sobre la parte del cuerpo afectada.↵
30. Enfermedad que daba a los niños. Consistía en un brote de pequeños granitos que picaban mucho; también se llamaba así al sarampión.↵
31. Vocablo de origen quechua en Nariño es usado para llamar a las niñas y niños indistintamente.↵
32. Alegre y juguetona.↵
33. Débil, enclenque. (En Pasto: tiritingo).↵
34. Faja elaborada en lana de diversos colores y diseños, que utilizan los indígenas y campesinos de la región. Se usa para sujetar los cunches de las mujeres o los pantalones y mantas de los hombres a manera de cinturón; también se usa para fajar o amarrar las piernas de los niños pequeños.↵
35. Expresión usada en Nariño para enfatizar el adjetivo, se lo utiliza en lugar de las palabras “muy”, “bastante”, “demasiado” y otros sinónimos.↵
36. Estudiante, 13 años.↵
37. Inquietos, molestosos.↵
38. Chumar: emborrachar.↵
39. Recipiente hecho con un totumo seco y cortado por la mitad para darle la apariencia y el uso de un pocillo o taza.↵
40. Olla de barro cocido.↵
41. Mochila hecha de cabuya anudada en forma similar a la de los panales de las abejas.↵
42. Se llama así a las personas de cabello rizado, con churos.↵
43. Afanado, atolondrado.↵
44. Regó, desparramó.↵

45. Abogada, gestora cultural, nacida en Santiago de Cali, 51 años. cepiavalle@yahoo.es↵
46. Abogado, nacido en Buga, Valle del Cauca, 53 años. juanpablocruzescobar@gmail.com↵
47. Profesora universitaria, Facultad de Comunicación, Uniboyacá. libpinzon@uniboyaca.edu.co↵
48. Periodista, poeta y dirigente gremial. dinapardoo7@hotmail.com↵
49. Profesora y poetisa. Soypoeria@gmail.com↵
50. Investigador, periodista, funcionario público. 74 años. koreguaje_2006@yahoo.com↵
51. Maestro de la Escuela Normal Superior de Leticia, especialista en Estudios Amazónicos. jepa57@hotmail.com↵
52. Bibliotecario, historiador, 63 años. jaimecoralbustos@hotmail.com↵
53. Ingeniero agrónomo. sergiogaro@gmail.com↵
54. Licenciado en español y literatura. selvaalejo@hotmail.com↵
55. 59 años. Periodista empírico y escritor. lefelsonat@yahoo.com↵
56. Estudiante de Derecho, Universidad de Antioquia, 19 años. stalker911130@hotmail.com↵
57. Mazamorra. Colada de maíz molido.↵
58. Cohete.↵
59. Aguardiente ecuatoriano.↵
60. Parcelas pequeñas de subsistencia. Labor agrícola.↵
61. Desnudo.↵
62. Escupir.↵
63. Politólogo chileno residente en Cali, maestro en Museología. duartedanilo@gmail.com↵
64. Docente. alito1050@hotmail.com↵
65. estelabedoya@hotmail.com↵

66. Educadora y ambientalista.↵
67. Secretaria bilingüe, pensionada, artesana y aprendiz de escritora. fannitomo@gmail.com↵
68. Escritor. victorianolorenzo1@yahoo.es↵
69. Tecnóloga Agropecuaria con especialización, 54 años. arciniegasluz@yahoo.com↵
70. Realizador de cine, guía turístico, escritor. ofcoopiama@hotmail.com↵
71. Evaristo Porras, famoso narcotraficante que tenía su base de operaciones en Leticia.↵
72. Artista plástica y docente. Elianamartinezvaca@hotmail.com↵
73. castajauria@hotmail.com↵
74. Escritor, periodista, director en prensa y radio de “La Parcela de Jorge Eliécer”, 64 años. parcelero45@hotmail.com↵
75. Administradora de empresas, poeta y cuentista. talfonzosanchez@gmail.com↵
76. Profesora de un colegio oficial a orillas del río Frío, municipio de Floridablanca. virfer218@hotmail.com↵
77. Tecnóloga en Contabilidad y Finanzas, 30 años. eyamilery@gmail.com↵
78. Maestra de preescolar, retirada, ama de casa, 67 años. arboleda1947@hotmail.com↵

Lugares

Un día en Quibdó

En la capital chocoana, rodeada de ríos y quebradas, no para de llover desde que amanece hasta que anochece, como narra el cronista en su particular tour.

Cristian J. López Gutiérrez¹

Quibdó



Quibdó

Al despertar se escucha el tenue sonido de la lluvia golpeando el techo de zinc. Es la señal de que los tanques de agua se llenaron con el aguacero que cayó la noche anterior. Muchas casas en la capital chocoana tienen servicio de acueducto, pero es más confiable el agua lluvia que, además, llega en mayor cantidad.

La vecina canta los alabaos mientras se baña en el patio. Es su costumbre en las madrugadas. Su voz recuerda las pasadas fiestas de San Francisco de Asís (de San Pacho, como las llaman los quibdoseños). En las calles se escuchan los cantos tradicionales entonados por los fieles que rezan y alumbran con velas la procesión que da vuelta al centro de la ciudad. Este es uno de los eventos

religiosos que aún sobrevive, y hay que reconocer que es un espectáculo nocturno que no tiene nada que envidiarle a las procesiones sevillanas de Semana Santa.

6:20 a. m. Salir al mercado para comprar legumbres es una de esas odiseas diarias solo igualadas por el tumulto de motos en una hora pico de Quibdó. Al llegar, la primera imagen que se queda grabada en la mente es un desfile de puestos de madera repletos de plátano, chontaduro, borojó y pescado seco. El plátano abunda y es parte esencial de la dieta diaria. Estos están particularmente grandes y apetitosos. Al parecer bajaron la noche anterior por el río Atrato, principal arteria que conecta la ciudad con otras poblaciones del departamento; todo un entramado de venas y arterias fluviales en medio de la selva húmeda tropical.

Veinte minutos después, siguiendo por las calles de la ciudad —si es que se le pueden llamar así a las trochas a medio pavimentar—, van caminando los feligreses que acuden a sus ritos diarios en alguna de tantas iglesias cristianas existentes en la ciudad (alrededor de treinta iglesias diferentes). Esta llama la atención, ya que todos los días se escucha a su predicador de acento portugués —y más de uno asegura que es colombiano—, exclamando en voz alta: “Quema, quema, el espíritu del Señor”. Tal vez, a manera de gancho comercial, el rito se repite tres veces al día con las mismas palabras, y la evidente muestra de que Dios da de comer y de vestir a sus fieles es que el pastor tiene un carro último modelo y los creyentes porteros de la iglesia visten de etiqueta.

7:30 a. m. A la hora del desayuno, sale humo de algunas de las hogueras de las casas, no porque les falte gas o electricidad, sino porque las usan para ahumar pollos, carnes y longanizas, toda una delicia de la gastronomía local. Allí no puede faltar la bija —más conocida en el resto del país como achiote—, usada para condimentar las carnes y sancochos, y que les da su color rojizo característico. La bija, de producción artesanal, se puede encontrar exhibida en pequeños puestos callejeros.

9:10 a. m. Realizar el recorrido por el anillo asfáltico (que va desde la carrera 1.^a hasta la 10.^a y desde la calle 20 hasta la 31) es ver contrastes de arquitectura tradicional y moderna, todo mezclado en una masa confusa de concreto y vegetación. Se encuentran joyas arquitectónicas como la cárcel Anayansy, el Colegio Carrasquilla, la Casa de las Palmeras y el Palacio Episcopal; pero tal vez lo más curioso es escuchar, a plena luz del día, música con suficiente volumen para que le llegue al vecino de la esquina opuesta. Los fines de semana todos sacan sus bafles y se libra una verdadera batalla del volumen.

Llegada la hora del almuerzo, niños, jóvenes y ancianas esperan su turno en la tienda. Probablemente van a comprar lo mismo: queso, arroz, plátano y alguna carne fría, ingredientes indispensables para hacer el arroz arrecho con envueltos de plátano: arroz con carnes frías y un trozo de queso salado frito. Y nunca faltan los patacones o el sancocho con carne ahumada.

3:40 p. m. Al terminar el almuerzo, en las calles el sol ya ha bajado, al igual que el frenesí de las motos. Hace unos diez años los mototaxistas se expandieron exponencialmente en la ciudad como “solución” al transporte masivo, razón por la cual en la ciudad se ven más motos que carros.

En la gasolinera de la carrera 7.^a, dos jóvenes mujeres venden agua y reenvasan en botellitas el tan anhelado sauco frío, hierba usada también para fiebres y escalofríos. Los transeúntes, y los motorizados que conducen las “rapimotos” compran regularmente el jugo, de tonalidad verde oscura y sabor amargo. Piensan que así se ayudan a llegar sanos a la vejez.

4:30 p. m. El fascinante recorrido por la ciudad llega hasta el malecón ubicado en la calle 1.^a, la primera pavimentada en Colombia, lo que explica su deterioro. Allí se encuentra la Catedral de San Francisco de Asís, una de las joyas arquitectónicas e históricas más valiosas de la ciudad, cuya belleza se ve opacada por las motos parqueadas a lado y lado de la calle, y hasta en el mismo atrio. Frente al templo católico y al mirar hacia el río, se contempla el atardecer de siete colores de las orillas del Atrato. Una vista que no cansa, que produce tranquilidad y paz.

5:10 p. m. En el recorrido por los andenes del malecón, todo tipo de personas están pasando la tarde: los que tienen su botella de cerveza en mano, los que se encuentran en las mesas, en medio de las aceras, jugando dominó o “pájaro” (juego de cartas), o simplemente gente sentada haciendo nada, mirando absorta el atardecer.

6:05 p. m. Aparece la lluvia. Se sienten las primeras gotas amenazando con otro fuerte aguacero. Nada raro en una ciudad en la que llueve 291 días al año, cargados de 7941 milímetros de agua durante los doce meses; nivel de pluviosidad que ha ido bajando en los últimos años, aunque parece difícil de creer.

Aquí comienza otro de esos espectáculos de la ciudad. Un frenesí de cabezas embolsadas, mujeres que corren pidiendo, comprando o en el mejor de los casos, llevando su propia bolsa o gorro de baño para evitar mojarse el cabello. Es que el paraguas muchas veces no es suficiente. El clima de Quibdó es tan húmedo que amarra el pelo, lo vuelve inmanejable; ni el mejor champú competiría en este clima, más aun cuando las mujeres salen recién alisadas del salón de belleza, proceso tedioso en el que usan químicos fuertes para dejar el cabello tan tieso y liso como alambre fino. Pero ellas juran que no son masoquistas y por ello se cuidan el alisado, y el agua, antes amiga fiel y necesaria, se vuelve enemiga del cabello rebelde. Es el espectáculo en el que las morenas esculturales recorren orondas las calles quibdoseñas con su gorro de baño.

6:20 p. m. El agua obliga a apurar el paso. La última tanda de feligreses entra a la iglesia del portugués. En la gasolinera las vendedoras de sauco recogen la venta del día. Entran los gorrones para acomodarse en las cuerdas de la luz alrededor del expendio de combustible. Así se preparan para dormir.

8:20 p. m. Al anochecer, la gente en sus casas agradece porque tendrán llenas las reservas de agua. La recogieron a través de canoas ubicadas en los techos, práctica simple y cotidiano en esta ciudad, en la que a todos los turistas los llaman “paisas” sean o no de Antioquia y el Eje Cafetero. La llovizna acompaña el final del día. Los cultos religiosos terminan y los “rapimotistas” regresan con la confianza de encontrar su envuelto de plátano. Los habitantes de Quibdó, que a comienzos del siglo pasado era un polo de desarrollo, hoy se conforman con poco.

Las dos caras del agua en la Alta Guajira

El desierto de la Guajira en verano es de un color amarillo triste y en invierno es verde alegría, así es el peligro: cambia como cambia el color de esta tierra.

Pedro José Rosado Ríos²

Riohacha

A comienzos del nuevo milenio un grupo de turistas españoles viajaba rumbo a la serranía del Macuira. Hacía un verano tremendo en la Alta Guajira y todas las rancherías estaban sin agua.

Viajaban a alta velocidad porque el camino estaba bueno. De repente, en un paraje solitario en pleno desierto, se les atravesó un vehículo. El guía y conductor de los turistas frenó para evitar el choque. Del vehículo descendieron cinco hombres armados con fusiles AK-47 que cubrían sus rostros con pasamontañas. A empujones y bajo amenazas los turistas fueron obligados a tirarse sobre el ardiente suelo del desierto. A esa hora, dos de la tarde, era como tirarse sobre una parrilla para asar chivo. Los asaltantes comenzaron una búsqueda implacable, minuciosa, revisaron con desespero los equipajes, como buscando dinero, oro, joyas o algo de gran valor. Después de tirar todo al suelo, los asaltantes se perdieron con la misma velocidad con que habían aparecido en el ardiente desierto.

Al cabo de un rato, los turistas, aún temerosos, se levantaron del suelo caliente. Las puertas del vehículo estaban abiertas de par en par, los bolsos, morrales, cámaras fotográficas, videograbadoras, binoculares y celulares, tirados por el suelo. Recogieron todo y ordenaron las cosas, hicieron un inventario visual de sus equipajes y equipos de viaje. Aparentemente no les robaron nada. Aliviados por el hecho, y sorprendidos aún por el intempestivo asalto, decidieron calmar su sed, aumentada por el tiempo de espera sobre el caliente suelo y por el tremendo susto. Entonces hicieron el descubrimiento: ¡Se llevaron el agua!

Diez años después de este incidente, Raymundo Salas, experimentado conductor y guía turístico, descendiente directo de la etnia wayú, conduce hacia el desierto a un grupo de personas. Tras dos horas de viaje, el camino permanece igual de malo. Los turistas se miran las caras, confundidos.

—¿Cómo está el camino hacia la Alta Guajira? —preguntó uno de ellos a Raymundo.

—Está bien bueno —fue la seca y rápida respuesta del chofer, un mestizo de edad madura y de poco hablar.

La Toyota cuatro puertas tipo burbuja en la que viajaban, apretujados porque algunos de los viajeros eran gordos, había sido acondicionada con una silla ubicada en el lugar de la maletera

para que se acomodaran seis pasajeros y el conductor; los equipajes iban amarrados sobre la parrilla del auto. El carro saltaba constantemente ante los innumerables baches y huecos del camino, porque el paso de vehículos en invierno deja una huella profunda en la trocha. Las frenadas bruscas los hacían agarrarse unos de otros para evitar irse hacia adelante. Los viajeros miraban el camino y se miraban entre sí, pero ninguno se atrevía a preguntar al conductor silencioso. Gabriel, el líder del grupo, decidió romper el silencio.

—Raymundo, ¿por qué dijiste que el camino estaba bueno si está es bien malo?

—Está bueno porque está seco —respondió Raymundo soltando una sonora carcajada. Cuando llueve, por aquí no pasan ni los camiones del Ejército.

Antes de salir de Riohacha, Raymundo les había advertido a los viajeros que llevaran agua, comida enlatada, botiquín y, sobre todo, paciencia. Los turistas ahora habían comprendido que ese era un viaje de paciencia, y paciencia es la que tienen los choferes que manejan hacia la Alta Guajira. Cuando una persona le pregunta a cuántas horas está tal sitio, ellos responden siempre: “Como a una hora”.

Pero pasan las horas y no llegan al sitio. Los pasajeros se desesperan y se molestan ante la tranquilidad del conductor. Pero no saben que en el fondo es una estrategia que usan estos hombres curtidos en tan extenuantes viajes: la paciencia para no desesperar, para soportar el largo viaje sin tener en cuenta el tiempo, que a nosotros los “civilizados” nos esclaviza.

“Esto es lo jodido de esta tierra: una cosa es en invierno y otra el verano”, dice Raymundo, que tiene más de treinta años de estar llevando y trayendo turistas, de estar cruzando en invierno y en verano el interminable desierto de los wayú.

“Un día viajaba con unos cachacos universitarios que iban hacia Media Luna. Ya habíamos pasado el paraje llamado Pusheo. Era invierno y el camino estaba malo, yo no quería hacer el viaje, pero los muchachos me pagaron el doble por llevarlos a pesar de la advertencia de que en invierno se gasta el doble de tiempo y de que las atolladas eran constantes. Los turistas eran jóvenes, con ansias de aventuras. Decidieron correr el riesgo. Viajábamos despacio por la cantidad de barro y arroyos en el camino. Los muchachos iban alegres, escuchando vallenatos a todo volumen, cuando de repente, en una curva, cinco hombres que andaban a pie, armados con fusiles y con pasamontañas —como los del primer asalto— detuvieron el vehículo. Quitaron las llaves del carro y se llevaron a los cachacos con rumbo desconocido. Me quedé triste por la suerte de los pelaos, que me hacían reír y se veían de buenas familias.

Eran como las dos de la tarde y me quedé en ese barrial solitario en medio del desierto, viendo en la lejanía a los muchachos desaparecer con sus secuestradores. Ahí duré más de tres horas. No

pasaba ni un alma por el lugar, no tenía señal de celular y estaba lejos de cualquier ranchería. Anochece cuando escuché las risas de los muchachos que se acercaban en la penumbra. Llegaron sonrientes y con las ropas sucias de barro, me abrazaron cariñosamente sin dejar de reír. Sorprendido por su actitud les pregunté: ‘¿Qué les pasó, ¿los violaron?’ Y, soltando una carcajada, respondieron en coro: ‘¡Nos secuestraron para empujar un carro que estaba atollado!’. Es que aquí en esta tierra una cosa es el verano y otra el invierno”.

Estas son las paradojas del agua en la Alta Guajira. En verano la falta de agua trae consigo el sufrimiento a los wayú: se secan los jagüeyes y cacimbas —charcas y albercas donde almacenan el agua—, se acaba el alimento para los animales, hay que caminar unos diez kilómetros a través del desierto para conseguir un poco de agua. El wayú aplica entonces diferentes maniobras para evitar la muerte de sus animales, sobre todo del ovejo que, según su experiencia en el desierto, es el primero en sucumbir ante el hambre. El chivo, en cambio, se ha adaptado al desierto como el wayú: se levanta en dos patas y come hojas de las ramas de los pocos árboles del lugar. Al ovejo hay que cortarle ramas de trupillo, olivo, brasil y otros árboles para que subsista; no levantan la cabeza como hace el chivo, según la creencia del wayú.

Verano es época de hambre y miseria para el wayú. Pero llegan visitas porque el camino está bueno, los vehículos pueden transitar por la ardiente sabana desértica. Familiares lejanos, mestizos, descendientes directos de los wayú que viven en las diferentes ciudades del departamento de La Guajira y de la hermana República de Venezuela, aprovechan el verano para viajar y ver a sus parientes. Hay hambre, hay sed, pero el camino está bueno.

“Juyá”, la vida

Cuando llega la lluvia, “Juyá”, como la llaman los wayú, llega la vida, se llenan los jagüeyes hasta rebosarse, crecen rápidamente los pastizales y las plantas nativas en tres días este desierto mágico cambia de color: de amarillo triste a verde alegría. Ya no hay que caminar los largos trayecto para buscar agua, los burros descansan de la larga caminata, los chivos y el ganado se engordan, cambian de pelaje, como se nota en el brillo que reaparece en la piel de los animales. En verano, las vacas, chivos, ovejos y caballos caminan despacio, con la piel pegada al esqueleto, con una mirada triste como esperando la muerte en cualquier momento. En invierno caminan rápido, saltan, se les nota la alegría de la vida. Se prepara la huerta “yüüja” (pequeña huerta wayú) para sembrar ahuyamas, maíz, patillas, melones y frijoles, de cortos periodos de producción. Especies “cuarentanas” adaptadas a la vida del desierto: en cuarenta días ya dan frutos.

Hay comida, hay vida, pero no hay visitas. La llegada de visitantes para el wayú tiene un gran significado: son excelentes anfitriones, especialistas en atender al visitante, rebosan de alegría al ver llegar gentes a su terruño. Cuando llegan las visitas, los wayú cuelgan chinchorros

multicolores, prenden los fogones, hacen chicha de maíz y matan chivos. Hay agua, hay vida, pero el camino está malo, remalo, diría yo.

Los conductores que viajan por el desierto pueden tener dos expresiones en la cara. Cuando un vehículo que va hacia el desierto se encuentra con otro que viene de regreso, bajan la velocidad, se hacen cambio de luces, como si hablaran un idioma de viajeros, se aproximan, bajan el vidrio y se plantean la misma pregunta de siempre:

—¿Llovió por allá?

Según la respuesta, hay cara de alegría porque se puede viajar y cara de tristeza por la falta de agua.

Estas son las dos caras del agua en la Alta Guajira. El verano, cuando todos viajan, época de visitas, de alegría para el wayú por atender a sus visitantes, pero de hambre, de sed, de muerte, de tristeza por la falta del preciado líquido. Es una época en que un vaso de agua hay que tomárselo de prisa porque, si no, se llena de avispas sedientas. Es la avispa común *ko'oi*, como la llaman los wayú.

El invierno, época de vida, de verdor, de comida, de animales gordos, de poco transitar en busca de agua, pero sin visitas, sin turistas. Corren los arroyos que duran hasta tres días sin secarse.

—La solución es guardar toda esta agua y pavimentar la vía —dice sonriendo el conductor.

Tras dos horas de agotador viaje, el camino se muestra igual de malo. Antes de salir del Cabo de la Vela los turistas le habían preguntado al conductor:

—¿Cómo está el camino hacia la alta Guajira?

Raymundo les respondió rápidamente, sin quitar la vista del camino y sin bajar la velocidad:

—Está bien bueno.

La escuela que camina

Debido a una falla que atraviesa la vereda La Renta, la escuela se está desplazando a marchas forzadas. La grieta, que ni la artista Doris Salcedo habría imaginado, le pone un toque de terror a las clases.

Edwing Arciniegas Carreño³

Bucaramanga

Los campesinos observan el tráfico desde sus ventanas como si nada les ocurriera. Todo parece normal en la vereda La Renta, pero no es así. La zona es considerada de alto riesgo y sus habitantes tienen una orden de desalojo desde hace más de diez años. Los efectos causados, diez meses antes de mi viaje, por la llamada falla de La Leona no eran evidentes en la vía.

De la vereda sabía casi lo mismo que cualquier ciudadano del común que, durante diciembre de 2010, hubiera seguido por los medios de comunicación la diaria enumeración de los desastres producidos por las lluvias. El contraste entre la aparente normalidad y la realidad saltó ante mis ojos. Por eso decidí regresar al lugar y comunicarme con los profesores de la escuela La Renta, sede G.

La escuela refugio

La escuela tuvo un papel muy especial durante la llamada ola invernal, pues sirvió de refugio durante más de un mes, entre diciembre y enero del 2010, a cinco familias que lo perdieron todo. Es el caso de Juan Bautista Rincón Prieto, quien después de ver cómo su casa se venía abajo, no tuvo más remedio que instalarse precariamente en la escuela, junto con su esposa embarazada y ocho familiares más, en tanto esperaba el auxilio estatal.

Un jueves me encaminé hacia el municipio de Lebrija para entrevistarme con los cinco profesores encargados de la educación primaria de ciento diez niños y niñas de la vereda y sus alrededores. A las once de la mañana llegué a la entrada de la institución, engalanada con un jardín ecológico en el cual los niños dan un uso alternativo a los desechos plásticos. Impúdica me aguardaba una grieta que serpenteaba por la rampa de cemento hasta los salones de clase.

La espada de Damocles

Mientras se reunían los docentes, esperé sentado en uno de los pequeños asientos disponibles en el aula. Cuando todos llegaron, conversamos brevemente y luego dimos un paseo por la escuela. Los profesores me pusieron al tanto de las pequeñas y grandes alteraciones que venían preocupándolos desde hacía varios meses, especialmente las referidas al techo de la institución, porque las varetas que soportan las tejas cedían progresivamente. Una de ellas, como pude

comprobar, se había soltado por completo, y si no se vino abajo fue por una afortunada casualidad, pues ciertos arreglos hechos al salón habían obligado a extender una viga metálica justo debajo de la vareta que colapsó.

La profesora Rosa Nubia Santoyo, coordinadora de la escuela, rápidamente asumió el liderazgo del recorrido. Ella tendrá, a lo sumo, cincuenta años, y llegó desde Bogotá en 1992 a trabajar como profesora en La Caimana, una recóndita vereda del municipio de Lebrija. La escuelita a la que la enviaron, según recuerda, no tenía agua, ni luz, y mucho menos pozos sépticos; como si la civilización no hubiera llegado por allá. Era tal el desabastecimiento, que la única carne disponible provenía de animales de monte, como el armadillo y el tinajo. Para colmo, en la zona había guerrilla. Allí esperó pacientemente el nombramiento que llegó en 1994 y el traslado, que tardó otros cuatro años. “Y le doy gracias a Dios todos los días”, dice con beatitud.

“Aquí no pasa nada”

Mientras recorriamos la edificación en la que la comunidad educativa corre diario peligro, escuchaba a la profesora narrar las diversas visitas que había recibido la escuela en el último tiempo. Algunas personas le dicen:

—Rosa Nubia, a usted qué es lo que le pasa, si eso está bueno. A lo que ella responde:

—Está bueno porque ustedes no viven aquí.

Pero en cierto sentido los visitantes tienen razón: la escuela es la única edificación en la zona que tiene las paredes sanas. Al observar las casas más próximas, el corazón se encoge de espanto ante la imagen de familias dedicadas a sus labores cotidianas dentro de casas cruzadas de grietas por las cuales podría pasar sin dificultad el puño de un adulto. Negras víboras se han encargado de envolver las paredes de muchas casas. Justo frente a la escuela, cruzando la carretera, vive una familia que huye atemorizada cada vez que cae una lluvia intensa; según Rosa Nubia, la señora llora porque dice que ella no quiere morir ahí.

El mismo paisaje contribuye a sembrar el pavor, pues en torno a las humildes viviendas, inclinados unos quince grados, puede apreciarse el espectáculo inquietante de grupos de árboles que van moviéndose lentamente con el suelo. Así mismo, los vehículos que transitan la vía tienen que disminuir la velocidad metros antes de llegar a la escuela, no tanto por prudencia como por efecto de las fuertes sacudidas provocadas por los invisibles resaltos que plagan ciertas partes del trayecto. Es la tierra que se mueve, imperceptiblemente, todo el tiempo.

A eso parecen referirse quienes visitan la escuela, en especial los funcionarios municipales, cuando acusan a los profesores de ser alarmistas al afirmar que sus estudiantes y ellos mismos

están expuestos diariamente al peligro.

“Los profesores son alarmistas”

Durante todo el recorrido por las instalaciones de la escuela estuvo presente aquella grieta que me había recibido en la entrada, como si me esperara. La seguí todo el tiempo con los ojos, mientras me preguntaba de dónde vendría. Después de dar un vistazo a los techos, salimos a la terraza que da a la cancha de microfútbol, desde la que pueden apreciarse también los juegos infantiles. Cerca de la cancha me sorprendió ver un poste de luz inclinado, imitando el ceremonioso gesto de los árboles. No bien los profesores notaron mi interés por el hecho, empezaron a bromear, como es menester siempre frente a la fatalidad. Según Teresa Téllez, una de las tres profesoras de la escuela, la culpa era de uno de sus compañeros, quien solía recostar su motocicleta contra el poste. Cada comentario vino acompañado de una catarata de risas.

Mientras se ponía sus lentes de sol, Teresa Téllez recordó que cuando llegó por primera vez a la institución, la rampa de acceso estaba en perfecto estado. “Esto era una entradita lo más de linda, donde los niños jugaban”, dijo señalando la losa destripada. Sus palabras fueron confirmadas por los demás profesores, pero aun así eran difíciles de creer al contemplar esa losa de cemento, atravesada por un negro cordón que zigzagueaba. Según los profesores, la grieta recorre toda la escuela y, al llegar al salón comunal, separa las escaleras del cuerpo del edificio, al tiempo que levanta el piso de tal modo que hace progresivamente más difícil abrir y cerrar las puertas.

Resulta difícil de creer que solo diez meses atrás, los juegos de los niños, el columpio y los balancines, que hoy lucen separados por una pendiente de unos treinta grados, se hallaran al mismo nivel. Del mismo modo, es asombroso ver aquella cancha de tierra, en el lugar que hace dos años ocupaba una cancha de microfútbol. La superficie se había agrietado de tal modo que los pies de los niños se atoraban en las fisuras, así que no hubo más remedio que levantar todas las losas.

La grieta triunfó sobre los juegos infantiles y siguió reptando por el colegio. En su marcha hacia el salón comunal, los niños intentan detenerla llenando sus entrañas con piedras de diversos tamaños, creyendo poder saciar así el apetito de esa tremenda víbora oscura y salvar la escuela. Los profesores sostienen una hipótesis muchísimo menos verosímil, según la cual las piedras se ponen para evitar los accidentes de los niños.

La grieta parecía un guía más, pues nos acompañó durante todo el recorrido, desde el salón comunal, siguiéndonos hasta el comedor escolar, donde distinguí una ya familiar línea negra por entre los ladrillos, al tiempo que escuché la tan pertinente recomendación “no se recueste mucho ahí, que ese muro no tiene amarre”. La víbora escuchaba a uno de los profesores narrar con visible pesar cómo el pasado 2 de junio los ladrones se habían llevado las diez computadoras que se usaban para impartir las clases de informática. “Ahora la clase es teórica, pero los niños quieren

que vuelva a ser práctica”, dijo con la leve —pero vana— esperanza de que yo pudiera hacer algo al respecto.

Al terminar el recorrido de paredes convexas, puertas que no cierran, muros que se mueven, pisos desiguales, techos que se curvan y varetas que se desprenden, queda la sensación de que, evidentemente, la tragedia sobrevendrá en cualquier momento.

“Y las palabras del concejal y las palabras del representante de la junta es que los profesores estamos siendo alarmistas”, dice Rosa Nubia con mal contenida indignación. “Si se cae ese techo no nos va a matar a todos, pero puede matar a uno o dos y eso se podría evitar. Es que mientras no se caen las cosas, no pasa nada”, agregó, y luego contó las gestiones que han realizado ante las autoridades para buscar una solución a los problemas del plantel.

“Echar el agua sucia”

Pocos meses atrás, según recuerda Rosa Nubia, un geólogo hizo una visita técnica a la escuela en compañía de un ingeniero de la Corporación para la Defensa de la Meseta de Bucaramanga (CDMB), por lo que la profesora les indicó las anomalías que habían detectado. Sin embargo, a cada grieta, a cada variación en el terreno, los expertos respondían invariablemente: “Eso es mal manejo de aguas del colegio”. Ella asentía y continuaba el recorrido, hasta que finalmente los llevó afuera de la escuela, a un lugar donde hacía pocos días se había producido un fenómeno de remoción en masa, y allí les preguntó: “¿Y esto también es mal manejo de aguas del colegio?”. “Los expertos iban a poner en el informe que lo que había era mal manejo de aguas, pero no se atrevieron cuando les dije que del informe que enviaran yo quería una copia firmada por ellos”, recuerda con notoria satisfacción.

Según los profesores, la alcaldesa de Lebrija, Sonia Serrano Prada, jamás se acercó a la escuela para enterarse de lo que ocurría, pero sí se pronunció respecto a que el municipio no iba a invertir un centavo en zonas de alto riesgo. El rector de la escuela, por su parte, dice que no hay dinero. La responsabilidad ha terminado recayendo en los humildes campesinos que han recogido cuatrocientos mil pesos para las reparaciones, pero nadie en la junta de acción comunal se ha puesto al frente del trabajo.

El plan de emergencia de la escuela, formulado en el 2007, señaló que la estructura no estaba en peligro de colapsar, aunque era vulnerable a fenómenos sísmicos debido a la presencia de grietas en algunos lugares. Del mismo modo, en las inspecciones hechas por las autoridades no han hallado ningún problema. Para Rosa Nubia, la mayor amenaza son los techos; la estructura no se vendrá abajo, pues la zona donde fue construida es la más estable. La escuela no se va a caer, sino que va a seguir moviéndose; de hecho, según sus cálculos, se ha desplazado unos treinta y cinco centímetros en los últimos dos años. La escuela no se cae, la escuela camina.

La culpa es del agua

Pero ¿qué es lo que provoca tantos problemas en La Renta? La respuesta es objeto de debate. Para las autoridades y algunas instituciones, como la Sociedad Santandereana de Ingenieros (SSI), la causa de todo debe buscarse en las características geológicas del lugar. En la cartografía geológica se puede apreciar que la vereda se ubica sobre una zona de coluviones (o sea, aluviones constituidos por los granos más finos de la arena), causantes tanto de la inestabilidad de la tierra como de las remociones en masa ocurridas en 2010 por efecto de la saturación derivada de las intensas lluvias.

Para otros sectores, como el Movimiento Social por la Defensa del Río Sogamoso, la explicación de lo que ocurre en Lebrija está relacionada no solo con la ola invernal, sino también con la construcción de Hidrosogamoso. Las obras que se adelantan desde marzo de 2009 y que incluyen constantes explosiones de dinamita serían responsables tanto de la destrucción de la vía Bucaramanga-Barrancabermeja como de las transformaciones socioeconómicas que han generado el desplazamiento involuntario de las poblaciones y el aumento en los costos de la vivienda en la cabecera municipal de Lebrija.

Eso sin contar el impacto de la represa como generadora de sismos: pese a existir unos setenta casos alrededor del mundo, esto no parece despertar mayores preocupaciones en las autoridades y mucho menos en Isagén, la empresa antioqueña que adelanta la obra.

¿Y el Estado?

Resulta claro que las más de mil personas que habitan en la vereda La Renta están en peligro. No desde los aguaceros del fenómeno de la Niña, sino desde hace mucho tiempo, pues la vereda está ubicada en una zona geológicamente inestable. Las autoridades del municipio de Lebrija saben perfectamente que estos ciudadanos corren un grave peligro, sin embargo, a finales de 2011, y a pesar de que la CDMB determinó la necesidad de reubicar a todos los habitantes de la vereda, las familias siguen allí. La administración municipal no se decide a tomar ninguna medida, mientras los lugareños contemplan el cielo con desconfianza y escuchan por la radio los estragos que las lluvias han provocado en otros lugares.

Entre tanto, el Comité local de Atención y Prevención de Desastres (Clopad) recorre la vereda, como predicador milenarista, advirtiendo a las gentes del peligro que ya conocen. A pesar del deterioro de sus viviendas y del riesgo, las gentes no se deciden a abandonar sus casas porque sencillamente no tienen a dónde ir. La alcaldía ha ofrecido a las familias doscientos mil pesos de subsidio de arriendo, olvidando que el aumento de la demanda por efecto de las obras de Hidrosogamoso elevó los cánones de arrendamiento en la región. Por lo tanto, la situación sigue

en punto muerto. Un mercado de la Gobernación, algunas promesas y las visitas de los candidatos en campaña electoral es lo único que han recibido los habitantes de La Renta, a quienes solo les queda la esperanza de sobrevivir a otro invierno.

El futuro

Al final del recorrido le pregunté a la profesora por el futuro de la escuela y de la vereda. “La vereda se tiene que mover, ya hay orden de evacuación, y la escuela también se va a ir, sin embargo, hay que buscar la manera de arreglar lo que se puede arreglar para que soporte al menos dos añitos más, porque si los techos se derrumban, los niños de la vereda se quedan sin escuela. La alcaldía ofrece subsidiar los buses para que los niños vayan hasta Portugal —la vereda más próxima— pero, al parecer, ni allí tienen recursos para atenderlos a todos, ni es fácil para los padres de familia enviarlos a un sitio tan distante. Toda esta vereda tiene que reubicarse, pero mientras tanto hay que buscar que la escuela se mantenga”.

Los profesores empezaron a marcharse desde la una de la tarde, pero Rosa Nubia seguía en la escuela a las tres, cuando finalmente me despedí de ella dejándola en su salón, haciendo las infinitas labores del oficio. Mientras esperaba el bus miré por última vez la grieta, esa línea oscura que salía conmigo, como si quisiera despedirme. Cuando me marché, los renteros todavía estaban allí.

Las Flores, entre el río y el mar

Al barrio Las Flores le ha llegado la vida en barco. El trabajo, la comida e incluso los problemas llegan con olas y corrientes.

Luz Elena Arroyo Ruiz⁴

Barranquilla



Vista desde el río Magdalena desde los restaurantes.

Un sábado a las nueve de la mañana, en el barrio Las Flores de Barranquilla, Gerardo Castillo ya ha recibido a la primera tanda de niños que vienen todos los días, acompañados de sus padres, por su desayuno.

Gerardo dirige una fundación que se encarga de preparar desayunos para chicos de escasos recursos del barrio Las Flores, pero les pone como condición a los padres que acompañen a sus hijos y participen en las actividades lúdicas que se programan en la terraza de su casa, comedor improvisado de la institución.

Este comedor también hace las veces de restaurante, local para la venta de hamacas, bolsos tejidos, minutos a celular, frutera y punto de paso obligado si se quiere llegar a las pescaderías entrando por la calle principal del barrio.

Desde su negocio, la pescadería Waikiki, Gerardo observa el movimiento del barrio. Nada escapa a sus ojos y no teme contar lo bueno y lo malo que pasaba y pasa. Las historias de las niñas que se iban con los extranjeros a los barcos que llegaban al río, para ganarse en una noche lo que otras jamás reunirían en toda su vida. Las disputas por la droga que también llegaba por el río y que luego causaba brotes de violencia en el barrio, cuando el dueño de la mercancía se encargaba de

cobrar a otros. Las noches en que ha encontrado a niños tratando de iniciarse sexualmente, allí en la terraza de su casa, aprovechando la complicidad de la madrugada. Los regaños que ha dado a esos mismos niños y los lugares a dónde lo han mandado por meterse en asuntos ajenos.

En el barrio lo conocen como el Cachaco porque nació en Bogotá y desde muy temprano se dedicó a descubrir el mundo, a andar por varios lugares, hasta que llegó a Las Flores hace unos treinta años y decidió establecerse.

Barrio de pescadores

Las Flores es reconocido por ser un barrio de pescadores que obtienen su sustento del río Magdalena y del mar Caribe, entre los cuales creció. Según Gerardo, el barrio se fundó hace más de cincuenta y cinco años por la necesidad de los pescadores de Puerto Colombia de tener un lugar en el cual permanecer dos o tres días mientras pescaban. La aventura era un poco arriesgada y por eso montaban cambuches en algún sitio propicio, ya que en ese entonces todo era agua y hacían su travesía remando desde Puerto Colombia, en una jornada extenuante.

Estos habitantes de paso se encontraron luego con los trabajadores que llegaron a realizar las obras civiles de los tajamares, quienes se establecieron con los correspondientes talleres de fundición y manejo de las herramientas necesarias para su construcción. A partir de ahí, se conoce este asentamiento como el campamento de obras de Bocas de Ceniza y en especial como el campamento de Las Flores.

Se cree que el nombre del barrio surgió porque este era un delta del Magdalena en el que abundaba la tarulla, planta que nace en el mismo río y que se enredaba en las embarcaciones y las obligaba a detener su paso; además, la tarulla se caracteriza por su flor morada. De ahí provino el nombre del barrio, según algunos habitantes, pero Gerardo tiene otra teoría. Para él, por ser un lugar de paso para pescadores y, además, un campamento provisional para las obras de los tajamares, el barrio no contaba con una infraestructura sanitaria. Por ello la gente hacía sus necesidades en cualquier parte, a lo que el humor costeño respondió bautizando estos hallazgos como “flores”, y era común que advirtieran a otros de su presencia con expresiones como “¡Cuidado, que allí hay una flor!”, para evitar al transeúnte un molesto accidente.

Vivir en Las Flores se volvió una oportunidad de tener casa propia para las personas menos favorecidas, y por ello fue llegando gente de otras partes para invadir y hacerse a una propiedad tras rellenar el terreno. Así, personas que venían de Siape, de Puerto Colombia, los trabajadores del campamento y los pescadores se mezclaron formando varios asentamientos, como el barrio de Los Plásticos, el barrio Amarillo, el barrio de Los Palafitos y el barrio de Las Chocitas.

A medida que Las Flores iba ganando más habitantes, crecía la necesidad de encontrar más

relleno. Gerardo cuenta que, durante una época, Cementos Caribe le proporcionaba a Monómeros residuos sólidos fuertes derivados de construcciones para producir el yeso amarillo, material que luego Monómeros vendía o intercambiaba con Caribe. Después de un largo tiempo, Caribe estimó que esto no era necesario y sugirió a Monómeros que vertiera el yeso amarillo directamente en sus patios, de tal forma que un gran porcentaje del barrio se fue rellenado con escombros de construcciones y residuos varios. Los pescadores hicieron lo propio rellenando con conchas de ostras y todo aquellos que pudiera darle solidez al terreno.

Cuando Monómeros y Cementos Caribe se establecieron en la zona industrial que incluía a Las Flores, se hizo indispensable contar con mano de obra cercana a la planta y también con establecimientos comerciales que pudieran proveer productos de aseo, alimentos y garantizar la permanencia de los trabajadores. Esa condición atrajo más gente al lugar, por la posibilidad de emplearse de forma permanente en estas empresas.

El río también trajo otras inquietudes y los barcos que llegaban significaban fuente de trabajo e ingresos, puesto que los marinos requerían alimentación, artículos de primera necesidad y condiciones mínimas para permanecer por varios días allí mientras seguían con su viaje. Varias mujeres se emplearon entonces como lavanderas y trabajadoras sexuales.

Los pescadores requerían insumos y se creó entonces un comercio que giraba en torno a ellos y a los demás moradores ocasionales, que en algún momento se convertían en habitantes permanentes del barrio.

Ese dinamismo ha hecho de Las Flores un barrio diferente, que creció por la necesidad de organizarse en torno a los pescadores y de las demás personas que se fueron quedando, ya fuera por la oportunidad de tener un lugar propio, vivir cerca de su lugar de trabajo, descansar unos días como era el caso de los marinos o descubrir nuevas fuentes de trabajo a partir de toda esta interacción.



Preparándose para pescar en el río.

Del río a las pescaderías

Gerardo ya tiene treinta años viviendo allí y sabe que las cosas han cambiado desde esa época. Si bien sigue llegando gente con la esperanza de establecerse y tener casa propia, las razones para hacerlo no son las mismas de años atrás. La violencia ha traído a desplazados que buscan en la proximidad del río Magdalena un refugio y un oficio para sostener a su familia.

Las Flores cuenta con una calle de pescaderías, en la que se ubica también una hilera de restaurantes que ofrecen al público variedad de productos y precios. El enganche consiste en la posibilidad de comer un buen pescado frente al río. En esa calle uno encuentra la mesita armada con tablas de madera, en la que los pescadores exponen su producto, esperando que alguien les compre.

Los tajamares le agregaron un valor turístico porque el trencito que los transportaba pasó a ser una forma de viajar hasta Bocas de Ceniza para mirar el lugar exacto en donde el río se encuentra con el mar.

Entonces, uno ve que no solo están las pescaderías, sino los restaurantes que aprovechan ese producto, el trencito que funciona como complemento de la oferta de los restaurantes, las

empresas que rodean al barrio y prácticamente se convierten en una de sus fronteras, colegios, iglesias que funcionan en casas del barrio, bodegas de madera, barcos anclados en la orilla, trasbordadores oxidados que se quedaron allí mismo, partes de esos trasbordadores cerca de donde se estaciona el trencito, automóviles de turistas que se parquean en los restaurantes o recorren un largo trayecto para llegar hasta Puerto Mocho —una de las playas que hace el mar caminando por el sendero de la vía del tren—, moradores del barrio que se arriesgan a bañarse en la Segunda Playa, en la que es posible encontrar tiburones, pescadores que lanzan su anzuelo al mar para hacer el dinero del día, niños que elevan cometas contra la furia del viento; casas de madera que soportan la fuerza del río y el mar en Bocas de Ceniza y caminos en los que piedras gigantes lo van llevando a uno a la punta. Ahí donde el río y el mar se funden y crean olas majestuosas, una virgen inmensa se levanta para proteger a los pescadores y señalarles el camino de regreso.

Un barrio normal

Muchas imágenes hacen de Las Flores un barrio único, a pesar de que para algunos de los niños que viven ahí sea un barrio “normal”. Precisamente ellos hacen que el barrio sea distinto, ya que constituyen una buena parte de la población. Con ellos dialogo acerca del concepto “normal”, y me dicen que Las Flores lo es porque al igual que otros barrios de Barranquilla, “en él siempre pasa lo mismo, hay las mismas costumbres y matan aquí y allá”. Les pregunto entonces qué otros barrios de la ciudad conocen y en qué se parecen a Las Flores. Me hablan de Villa Carolina, de Soledad, del Limoncito, Siape, y llegamos a la conclusión de que en realidad no se parecen a Las Flores.

Para Wendy, la única del grupo que dice que el barrio no es “normal”, la diferencia radica en la oportunidad de “ver gente todo el tiempo que llega buscando la playa, que quiere mirar el río, que tiene deseos de llegar a Bocas de Ceniza, que se detienen de repente frente a tu casa para preguntar dónde quedan los restaurantes. Eso es totalmente opuesto a Villa Carolina, por ejemplo, en donde la gente no sale mucho a la calle, tú entras y sales a tu casa y no te encuentras con nadie. Ni ves esa cantidad de gente que siempre se está moviendo en Las Flores”.

En eso Wendy tiene mucha razón, porque el barrio no es el mismo durante la semana. Un viernes a las tres de la tarde empieza a transformarse y las terrazas de algunas casas se convierten en estaderos que prenden la fiesta e invitan al consumo de licor. Lo mismo se vive en la vía principal, por donde se entra al barrio, y sobre la cual está ubicada Monómeros, la vía 40, que también se convierte en un estadero mayor.

Un sábado en la mañana es usual ver a los pescadores exhibiendo su producto, a la gente de las pescaderías haciendo lo propio y, hacia el mediodía, muchos carros paseándose por los restaurantes. El domingo la gente se va a la playa, a la iglesia o se despierta por la potencia de un

fuerte *pick up*.

Ningún día es igual al otro, y ninguna calle es similar a otra. Así como la calle de las pescaderías, están también la del Chipi Chipi, los Tambos, el Caguán, el Barrio Nuevo y otras que han ido constituyéndose como divisiones del barrio.

Al escuchar a Wendy, los demás asienten y se quedan pensando que en realidad Las Flores no es un barrio normal, pero eso no es suficiente para sentirse alejados del resto de la ciudad, no solo físicamente, por la distancia que representa estar ubicados en la zona industrial de la ciudad, sino en la forma que se les percibe. Y es que sucede con frecuencia que los mismos habitantes del barrio hablan de Barranquilla como si se tratara de un lugar lejano. Así, cuando tienen que desplazarse fuera de Las Flores, es común escuchar frases como: “Tengo que ir hasta Barranquilla”. Eso es algo muy particular y a veces uno termina hablando del mismo modo.

La sensación de que no hay nada que hacer y de no pertenecer a la ciudad ha causado una falta de identidad en los chicos, que sienten, a pesar de lo que nos ha dicho Wendy, que viven en medio de un paisaje estático en el que no hay nada extraordinario y en el que cada día es igual de aburrido a otro.

Literatura en “el patio chévere”

Wendy, Paula, Laura, Lizbeth, Víctor y otros niños nos vemos todos los sábados en Las Flores, en un taller literario. Un espacio en el cual ellos interpretan la realidad y trasladan sus inquietudes al papel, para encarrilarse en el género de cuento; pero, más allá de eso, está la construcción de una voz propia capaz de cuestionar lo que les rodea.

El taller ha tenido como sede varios lugares del barrio a lo largo de tres años. Nuestra última sede oficial es “el patio chévere”, el patio de la casa de Gerardo Castillo, quien ha puesto a nuestra disposición sillas y mesas de su pescadería Waikiki para realizar las sesiones.

“El patio chévere” está lleno de árboles y tiene un barco anclado en la arena. En ese lugar tenemos esta conversación, este encuentro para hablar de Las Flores, de cómo se originó, de lo que es un barrio normal y del lugar de la muerte en sus vidas y en sus historias.

Más tarde, cuando terminamos de comer y camino por el barrio tomando fotos, descubro que no le he tomado una foto al grupo, tampoco a Gerardo y menos a Waikiki; pero sí a las calles, a los restaurantes, a Laura subida en el trencito, al río, al trasbordador oxidado que se ha quedado en él sumándose al paisaje.

Cuando el padre nos “alaga”

En esta Isla de la Fantasía, donde las miserias flotan cuando el río Amazonas está crecido, los habitantes miran con indiferencia el cielo que cruzan los chulos con más regularidad que los aviones. Así lo narra la cronista pastusa, residente en Leticia.

Ruth Maricela Obando Burbano⁵

Leticia

Siempre me gustó cuando mi papá tenía una simple frase halagadora para mí: “Nenita hermosa, mi negrita, mi amor”. Sabía que “halagar” era sinónimo de afecto, todo sonaba más bonito... ¡Hasta los regaños! Sin embargo, a mis veintiocho años y luchando por quitarme el título de “turista en el Amazonas”, conocí una palabra homófona, muy distante de los elogios de mi padre.

Fue de Anita, una niña de diez años, que vive en el barrio Victoria Regia, al margen del río Amazonas, de quien la escuché por primera vez. “Hace rato que no nos habíamos alagado así, el año pasado no fue tan grande la crecida”, dijo, mientras entraba en una casa medio devorada por el río. Dos semanas después llevaba en la espalda las tardes húmedas y tristes de tanto ver llover, se las llevaba para otro lado donde el río no las mojara más.

Cuando se vive en este “triángulo multicolor” —frontera de tres países— debe llevarse bajo el brazo una sombrilla. Uno nunca sabe cuándo va a empezar a llover ni tampoco cuando va terminar, uno solo sabe que en el momento menos pensado la lluvia baja inclemente y, en menos de diez minutos, el sol la ahuyenta. Uno también es consciente de que cuando viene la época de lluvia se extiende por mucho tiempo y vuelve más poderoso al padre río. Pero, según doña Teresinha Gómez, quien ha visto tantos niños crecer, “ahora no se sabe cuándo es invierno ni cuando es verano, antes llovía casi seis meses y en agosto era el verano cuando se debía sembrar”.

Tanto para la señora Teresinha como para otros habitantes de Leticia, es alarmante el cambio que ha tenido el clima este 2012, pues ha sido uno en los que más ha llovido. Hace mucho tiempo que no tenían que salir de sus casas cargando al hombro los niños confundidos entre los enseres. Y es que por aquí todo, cada rinconcito del “Pulmón del mundo”, se mueve al ritmo de la sonata del río. Durante un año entero reciben los elogios y castigos de su padre cambiante: en los meses de lluvia el puerto se llena de pescado, pero se anegan las casas cerca de la ribera; en los meses restantes, que son de verano y a la vez de sequía, cuando a la lluvia le da la gana de parar, los habitantes pueden volver a sus casas, pero lo hacen mediante puentes “hechizos” o caminan largas distancias para conseguir agua.

La Isla de la Fantasía

No obstante, es en la sequía cuando frente al malecón aparece, como por arte de magia, una porción de tierra, árboles y casas altas, conocida como Isla de la Fantasía. Del origen del nombre de serie televisiva gringa poco se sabe, pero ¿acaso no es fantástico levantarse contra la corriente del Amazonas o salir cada año durante tres meses de las casas porque el agua las sepultó? Es misteriosa también la forma como surgió: existen muchísimas versiones, unas más fascinantes que otras.

A los que fueron niños los papás les contaron muchas historias. A Charles Britto, ahora rector del Colegio Cristo Rey, por ejemplo, le dijeron que “esa isla se formó porque una culebra grande se quedó dormida, por eso dicen que hay una laguna en la isla donde está una serpiente...A las niñas las asustaban diciéndoles que una paisana que se bañaba cerca de esa orilla había quedado embarazada y que había tenido culebras”. De hecho, la gente de Fantasía evita pasar por ahí, no quieren ir en sus botes o caminar cerca porque “algo” les puede hacer daño.

—No, mamita— dice doña Teresinha —para los setenta ahí no había nada; los barcos grandes llegaban hasta el puerto, después apareció tierra, era un chuquio, solo hierba, después las gentes fueron llegando a vivir y quién sabe de dónde serán—. Posiblemente era un pedazo de tierra que siempre estuvo allí, pero solo empezó a verse cuando el río fue bajando de nivel, porque hace unos veinticinco años o más nadie recuerda que este lugar estuviese habitado.

En busca del gentilicio

Y entonces, ¿cómo se les dice a los de Fantasía? ¿Fantaseños, fantásticos o fantasiosos? ¿Cómo se les dice a los que llegaron a vivir aquí sin permiso de nadie, con la anarquía por delante y la necesidad a cuestas? Sencillo: leticianos, porque a pesar de estar separados por un hilo de agua realizan todas sus actividades en Leticia. Los hombres vienen a trabajar y los niños a la escuela. O al menos eso es lo que hacen los tres hijos de Ana Rita Chota, habitante de Fantasía, que estudian en Rafael Pombo, una sede de la Normal Superior. Su mamá dice: “Vienen en bote, madrugan a las cuatro y media de la mañana, porque escuela no hay”. Eso cuando hay agua; cuando no, caminan cerca de veinte minutos por puentes irreales que bailan al son de cada paso, en un riesgo constante que solo vemos los recién llegados. Ahora no madrugan tanto. Hace casi dos meses que duermen una horita más porque el agua se puso brava otra vez y les tocó traerse las cosas al Coliseo Javier Ruíz Tejada. Allí se trastearon los cinco: su esposo, los tres niños y ella, acompañados de muchas otras familias que dejaron casas y caminos alagados. Los niños extrañan la isla. Según Joiser, hijo de Ana Rita, porque “allá nos bañábamos todos los días en el río”. Aquí no. Allá se subían a las ramas de los árboles y hacían competencias de clavados perfectos. Aquí, por el contrario, no hay agua, no pueden nadar y a veces hace frío cuando duermen, pero...tampoco hay lodo, tienen una cancha brillante y bonita, todos comen lo mismo y nadie sufre pesadillas por tener el estómago vacío.

¿Pesadillas? ¿Quién tiene pesadillas cuando vive una fantasía? Quizás el nombre que recibió este brote de tierra le genera demasiadas expectativas a la gente: a los oriundos, a los visitantes y especialmente a los políticos, pues su ojo clínico no ha visto los techos de lata que el óxido carcome, tampoco los niños de barrigas protuberantes que juegan entre la basura acumulada bajos las casas, sus narices no huelen el perfume de pobreza que emana este lugar. Ellos, y otros tantos visitantes, únicamente encuentran frente al desembarcadero un obstáculo que les impide una vista panorámica del río, por eso ahora, para tomar fotos de encantadores atardeceres, la gente va al muelle. Allá se enamoran del horizonte y ven morir el sol, después llevan sus fotos al interior. ¡Qué bonito, un paraíso! Todos ven este pedacito, y vuelve a dormir, para los ojos del foráneo, el lado triste de la ciudad...

La Florida

En La Florida (Caldas), la devoción por la Virgen de las Naciones lleva a unos a buscar agua bendita; a otros a embelesarse con el santuario natural, y a los profanos a medir lotes para construir un condominio de lujo que acabará con las fuentes hídricas.

Oskar J. Trujillo Zuluaga⁶

Manizales

Transitar por aquel camino que incrustaba sus piedras afiladas en las suelas de nuestros zapatos siempre significaba una genuina aventura, y es que por ese camino, polvoriento algunas veces y acuoso las otras, no se llegaba simplemente a un lugar. Empezar el recorrido no era llegar a un sitio, por allí se llegaba a un Estado: al Estado independiente de la alegría, la libertad y la aventura, donde explotaban animosos nuestros sentidos.

Llegar allí significaba encontrar un fragmento de paraíso a pocos kilómetros de casa; lo descubrimos guiados apenas por las señas certeras de un amigo más adelantado que lo había recorrido anteriormente.

—¡Metámonos por este camino! Hay un río y hay *pescañitos* y todo!

—¡Qué va! ¡No le creo! —interpelaba incrédulo otro caminante amigo.

—¡Vamos y verán!

Efectivamente, el lugar poseía un encanto notable: transparente riachuelo que descendía sinuoso cubriendo el lecho enmarcado por salientes arbustos de diversas especies. Todo, todo era fascinante, era un trozo bonito de universo creado para la sobrevivencia de una cadena alimenticia donde el menú de insectos, arácnidos, reptiles y aves estaba completo con el depósito de agua en movimiento como vital presencia.

La Florida es como se conoce esta vereda del municipio de Villamaría, distante a tres kilómetros de Manizales, capital del departamento de Caldas. Por su geografía de altiplanos que se alza hábilmente descienden múltiples quebradas que nacen en montañas hincadas como en actitud de reverencia ante el nevado del Ruiz. Estos atributos paisajísticos, hídricos y de ubicación han sido estimados durante varios decenios por los habitantes de la cabecera municipal de Villamaría y de Manizales, bien sea por razones de esparcimiento o con la intención de construir confortables viviendas.

Al ofrecer un escenario propicio para el espectáculo de las aguas que demuestran su abundancia,

de la prolijidad del verde que sobrepasa el suelo, de la compleja flora y fauna que revolotea sobre y entre el lugar, La Florida manifiesta su riqueza y, por consiguiente, invita a deleitarse y embriagarse de verdor, luz y río.

Santuario mundialista

Aparte del confort aventurero de las quebradas, existía un césped, una gramilla que para nosotros era la del estadio San Ciro, Giuseppe Meazza o el Olímpico de Roma. Allí, el duelo futbolístico se tornaba especial, pese a ser un pequeño rectángulo de fina grama, lo vivíamos como estrellas del evento mundialista. Aunque sobreviniera el más copioso temporal, no deteníamos el cotejo, ese “tres pa’tres” que disputábamos cómo la finalísima, celebrando los goles deslizándonos de pecho sobre el césped a la manera gloriosa de los grandes *cracks* de entonces.

Las graderías de aquel campo de juego eran las bancas de cemento construidas para el descanso de los feligreses de la Virgen de las Naciones, santuario instituido en honor a María por la comunidad religiosa de Santo Domingo.

Normalmente, las graderías permanecían vacías, de no ser por alguno que otro feligrés que ingresaba hasta el fondo del sitio para tomar un poco de agua de la pila que, según muchos, contenía agua bendita; pero el lugar solía permanecer solo, como a la espera de más partidos de fútbol infantiles que rompieran los días vacíos y llenos siempre de lo mismo.

El santuario está situado a un costado del camino pedregoso que cruza la vereda a lo largo y que conduce por parajes de atrayentes edificaciones, que se ocultan detrás de murallas de clorofila y savia a modo de escondite y guarida de los lugareños. Poco a poco fue transfigurándose en un atiborrado sitio donde los enfermos buscan encontrar su alivio; los tristes, la alegría; y los solitarios, una compañía que perdure.

La Virgen de las Naciones y de los Pobres, como se llama hoy día (pues antes era exclusiva de las naciones) lleva a recordar una escena de la película *8 ½*, de Federico Fellini, en la que un tumulto de adoloridos hace fila para beber un poco de *Acqua Madre* o *Acqua Santa*, recetada por un galeno parlanchín y a la que se le confiaban poderes curativos. Eso y la presencia de monjas sigilosas por doquier son escenas comunes entre estos dos santuarios.

Los primeros sábados de cada mes la romería impresiona, los habitantes de Manizales, Villamaría y pueblos vecinos acuden fervorosos a su ritual para continuar con la tradición clerical tan afincada en estas tierras en busca de un milagro que les permita salvarse del sufrimiento. El agua de la pila que se encuentra a los pies de la esfinge de María es codiciada, y ese tesoro que ellos buscan cada mes es almacenado y transportado en botellas, timbos, canecas y todo tipo de recipientes para el alivio propio y el de familiares y amigos.

Con tal tumulto de fieles se arma un verdadero caos vehicular, ya que aparcen los vehículos a la orilla de la vía, y si a esto adicionamos el tráfico de volquetas de una construcción cercana, el resultado es una vía atestada de fieles, automotores y enormes trozos de Florida que se van a rellenar una oquedad en algún lugar de Manizales. Las hermanas encargadas del santuario deben solicitar piadosas el acompañamiento policial para ver si los agentes, como por gracia divina, controlan tal desbarajuste.

El pedregoso camino

“Me tocó ver la apertura de la carretera que la balastraron con un camión del año 28, que no prendía de otra manera que dándole manivela”, afirma Alonso Ríos Valencia, habitante de Villamaría y antiguo conocedor de la zona, quien vivió en La Florida en 1940 y conoce al dedillo los aconteceres y vicisitudes de la zona.

“Antes era un camino real que habían construido los habitantes a pico y pala y que, años después, con ese camión marca Uichita, lo cubrieron de balastro”, cuenta don Alonso con los ojos mirando a la nada.

Veinte años después, el asfaltado camino se transformó en una vía más y aquello que se extendía como verdes montículos es ahora dominado por blancas construcciones que asemejan un desordenado pesebre. Si bien La Florida, territorio de extensos campos otrora dedicados a la agricultura y a la ganadería, no ha perdido su natural belleza, sí ha sufrido una transformación significativa en su entorno y afronta las consecuencias de una deficiente planificación en lo que respecta a las vías de acceso y la prestación de servicios públicos. Esas extensiones grandes de pastizales fueron loteadas al amañó de los propietarios en complicidad con los compradores y bajo el juego socarrón de ambos.

Ahora, esa quebrada en la que chapoteábamos en un parecido asombroso con Tom Sawyer y su inseparable amigo Huckleberry Finn, y que gracias al paso del tiempo sabemos que se llama Cartagena, ha sido modificada. Los embates furiosos de los inviernos, con sus crecientes, descienden arrancando los árboles que antes eran el hogar de todo tipo de animales.

Ese olor a agua pura, esa frescura que regaba nuestros episodios aventureros es ahora un rumor cobrizo que no cabe por el olfato y que mancha nuestras piedras y las de los *pescaitos*, y las deja metálicas e inertes.

Hace cincuenta años, los pocos habitantes de La Florida tomaban el agua de bombas o aljibes que tenían empotrados a pocos metros de la cocina, agua necesaria para la subsistencia de las familias que pastoreaban, sembraban hortalizas y cultivaban claveles rojos, rosados y blancos que hacían parecer una pintura todo el lugar, recuerda don Alonso Ríos.

Villamaría, municipio dotado con cuantiosas fuentes hídricas y “suelo rico de aurífero filón” — como reza su himno—, provee del servicio de agua potable a la vereda La Florida por medio de la empresa Aquamaná E.S.P., que toma el líquido de la reserva La María, la cual surte en parte la cabecera municipal y sectores aledaños como La Florida. La ubicación de algunos sectores en partes altas, dadas las condiciones topográficas, impide una presión suficiente del agua, lo que pone a prueba la paciencia de los habitantes con la empresa prestadora del servicio.

Orlando Jaramillo, sociólogo y antropólogo, profesor de la Universidad de Caldas, quien habita en el sector hace once años, es conocedor del problema y afirma: “Aquí la gente ha loteado cómo ha querido, no ha habido ninguna planeación, entonces los servicios públicos tampoco han tenido ninguna planeación”.

Los compradores de los predios, en su mayoría, se han pegado al acueducto como han querido, como si sus propios designios fueran suficientes. Toman el servicio de las mangueras diseminadas cual culebras en verano por todo el lugar para surtir sus propiedades en el momento de construirlas, y así producen interrupciones continuas por la cantidad de uniones que presenta la tubería, al mismo tiempo que en su reparación los sedimentos van a parar a las griferías, lo que ocasiona continuos taponamientos.

Una factura por valor de \$13.433 evidencia el bajo costo de un servicio surtido a un inmueble de estrato socioeconómico alto, pero que por las circunstancias del sector es estrato 4. Cientos de habitantes ven este hecho fascinante y motivador: habitar suntuosos predios y pagar por el servicio de agua potable menos de lo pagan habitantes del municipio de estratos más bajos.

Lo barato sale caro

Dice el viejo conocido refrán que lo barato sale caro y en la módica factura no aparece el cobro por concepto de alcantarillado, simple y llanamente porque gran parte de estas ostentosas edificaciones posee un sistema de pozo séptico que en algunos casos no tiene un manejo adecuado. El descuido presente en todos los estratos causa minúsculas avalanchas de desechos humanos sobre los blancos muros.

“En la actualidad se construye un interceptor desde la hacienda El Tronío hasta Pintucales”, dice Leonardo Andrés Montes, jefe de proyectos de Aquamaná. Según él, dicha estructura atenuaría el impacto generado por las aguas negras de la vereda, y los desechos se trasladarían al río Chinchiná. “Eso es pasar el problema de un lugar a otro más abajo y causar un daño mayor al río”, es la afirmación de Teresita Laso, profesional conocedora del impacto ambiental en las fuentes hídricas de Caldas.

La cercanía a Manizales del municipio de Villamaría y, por consiguiente, de La Florida, es un

factor que agudiza el conflicto y hace que confluya la empresa Aguas de Manizales, para completar el trío. Quienes viven más cerca de la capital caldense ya gozan del suministro por parte de Aguas de Manizales, hecho que significa un incremento en el valor de su factura. La empresa suministradora del servicio en la “Ciudad de las puertas abiertas” sabe a ciencia cierta del déficit que presenta la capital en materia de fuentes de agua y de la inmensa riqueza hídrica de “La Villa de Las Flores”, como es conocido el municipio vecino.

Chupaderos y Borgnine

Las quebradas Molinos, Chupaderos y Chupaderitos, así como Cartagena, surtían de agua a Villamaría en la primera etapa. Molinos era fuente acuífera de las minas de California y Tolda Fría, hoy dimensionadas por un proyecto de minería a cielo abierto sobre el cual se presenta un duro debate entre empresarios extranjeros y activistas ambientales de la ciudad.

Chupaderos ha sido desde décadas atrás un espacio para el esparcimiento de familias enteras y grupos de amigos que acudían al consabido paseo de olla y a echarse un baño en las populosas aguas que tantas anécdotas guarda.

En 1969, Manizales se perfilaba como una ciudad cinematográfica. Ya se habían rodado importantes largometrajes en años anteriores cuando a la ciudad arribó un grupo de productores y actores americanos con el fin de rodar *Los Aventureros*, un filme a la usanza del *western*. En la estación del ferrocarril, hoy sede de la Universidad Autónoma de Manizales, se rodó una escena bastante explosiva. Un día de descanso del rodaje invitaron a los actores a un paseo a los paradisíacos parajes de la ciudad y se dirigieron gustosos a Chupaderos a echar nado como todo el mundo. Entre los actores se encontraba Ernest Borgnine, actor americano recordado por la serie *Lobo del aire* y largometrajes como *Jesús de Nazareth*, entre otros.

—Ernest Borgnine estuvo echando nado en Chupaderos, asegura Alfonso Chica, actor manizaleño que participó en el filme.

—Allá se metió en bola con una mona que era también actriz —añade Chica.

La urbe irrumpe

Extensos terrenos en los que actualmente se encuentra el Seminario Mayor pertenecieron en la década de los cuarenta al matrimonio de don José María Gómez y doña Soledad Jaramillo de Gómez. Como la distinguida pareja no tuvo descendencia ni herederos directos, al morir el señor Gómez, los extensos terrenos que comprendían cuerpos de agua e innumerables árboles maderables pasaron a su esposa. Al tratarse de una familia respetable y cercana al clero, la decisión de la señora fue donarle el predio a la Arquidiócesis de Manizales en el momento en que se

produjera su deceso, pues el anhelo de su esposo y de ella era contribuir a la formación de nuevas vocaciones sacerdotales, cuenta don Alonso Ríos.

Por la carretera que conduce al sector El Argel y por donde se llega al colegio Granadino, desde el cruce que llega a la carretera Panamericana, existían inmensos humedales donde podían observarse aves migratorias como rallis o pollas de agua, caicas y alcaravanes que enriquecían la biodiversidad de los humedales y aportaban al ecosistema una variedad única.

La misma zona era, a finales de los sesenta, un santuario para los amantes de la Madre Natura: hordas místicas llegaban de todo el país en la época del festival de teatro a instalar campamentos. Los hippies dedicaban su estadía a la recolección de hongos apreciados por su generosa cantidad de psilocibina (alucinógeno). El sitio los recibía dadivoso y ellos con su amor y paz prodigaban cuidado especial a cada planta, cada animal y cada ser mágico. Muchos de los visitantes, pertenecientes a respetables familias de Colombia, asistían a un ritual en el que hacían simbiosis con la naturaleza y en éxtasis homenajeban este paraíso.

Justo en ese lugar puede observarse cómo las máquinas excavadoras retiran monumentales lotes de tierra y los llevan a rellenos, cómo lo que fue el territorio de místicos y de aves se está transformando en exuberantes condominios, dadas las condiciones para la construcción de predios exclusivos, campestres y con servicios básicos asequibles. Una marejada de prósperos y exitosos ciudadanos decidió hacerse a predios de hasta 1.000 metros cuadrados y construir la casa de sus sueños, ofrecida por compañías constructoras que están transformando el sector de forma drástica.

“La Constructora Berlín S. A. dará inicio en el próximo mes de junio a los trabajos de movimiento de tierras y construcción del urbanismo del Proyecto: Valles de la florida condominio campestre, ubicado en predios que pertenecieron a la Arquidiócesis de Manizales y que hacían parte en mayor extensión al seminario mayor en la Florida, Municipio de Villamaría”. Es el encabezado que puede leerse en la página web de la constructora. Son 222 casas en proyecto inicial, de 1400 proyectadas, justo en los pastizales y humedales antes descritos.

Otro proyecto, de 201 casas, es Terranova, de la compañía CFC&A Constructores, cruzando la carretera principal frente a La Virgen de las Naciones y de los Pobres. Así se promociona en el portal web: “Por su entorno natural, acogedor y tranquilo; cerca al aeropuerto, a los mejores colegios de la ciudad, iglesias, supermercados y la clínica San Marcel”.

Algunos habitantes antiguos del sector están vendiendo sus propiedades porque la exclusividad y el silencio que se podía experimentar en otras épocas no existe más. “La villa de las flores” solo queda en el recuerdo.

Maicao tiene sed

Maicao tiene acueducto, pero sufre por falta de agua. Los jagüeyes, charcas o albercas son el remedio para sus sedientos habitantes.

Nadie puede beber agua de un espejismo

[*Han Shan*](#)

Yeraldin Mejía Díaz⁷

Riohacha

Cuenta mamá, Enelia Díaz, columpiándose en una mecedora de madera en la terraza de la casa, que en 1966, cuando ella se mudó a Maicao, la situación era más difícil.

“El agua era completamente salobre —y entrecierra los ojos detrás de las gafas de aumento, recordando—. Todo quedaba salado, hasta el tinto. Al lavar la ropa, debíamos retirar la nata que se formaba: el jabón se cuajaba. Lo mismo pasaba con el champú, para evitar grumos al lavarnos el cabello, debíamos desengrasarlo con bicarbonato de sodio y limón. Al bañarnos, ningún jabón formaba espuma”. Respira profundo, como añorando el Maicao que se fue.

“Se vendía hasta el agua de lluvia; los tanqueros recogían el agua que caía sobre el techo en un sistema de canal, hecho con láminas de zinc, por donde el agua bajaba hasta las albercas. En los años setenta, el agua era traída del río Jordán, era dulce. La primera palabra que pronunciaban los niños en Maicao era ‘agua’”, y no puede evitar la risa, imaginándose pequeña, gritando “agua” al carrotanque.

En Maicao siempre ha faltado el agua. Recuerdo que en mi niñez se hacían largas filas donde los habitantes de cada sector llegaban con cántaros para abastecerse. El rudo conductor del carrotanque abría la manguera de donde salía un enorme chorro de agua cristalina y llenaba los recipientes que luego llevaba el ayudante a las casas. La necesidad era tan grande, que un solo hombre no podía llenar todos los depósitos del barrio, por ello, cada quien se hacía cargo de trasladar el agua. Hombres y mujeres cargaban sus cántaros, mientras los niños nos ubicábamos a un lado del carrotanque, para salpicarnos del chorro, con ganas inmensas de meter la cabeza, mojarnos y sentir las caricias del agua en nuestros cuerpos.

Baño a totumadas

El agua se vendía por latas. Cada lata valía cincuenta pesos. La mayoría de veces se perdía una tercera parte del líquido, por la rapidez con que el ayudante lo trasladaba. Como no había

acueducto, bañarse con ducha era un sueño en Maicao. En casa contaban las totumadas de agua para el baño, y a cada uno de los cinco miembros de la familia le correspondían de tres a cuatro totumadas. Con la primera totumada se humedecía el cuerpo y las otras dos eran para sacarse el jabón. En casos extremos, debíamos bañarnos dentro de poncheras de plástico para luego reutilizar el agua en el aseo del sanitario.

En La Guajira se utilizan las poncheras para lavar y enjuagar la ropa; en todas las casas hay de tres a cuatro poncheras. En ese entonces teníamos la incómoda tarea de cargar el agua al sanitario cada vez que lo íbamos a usar. Siempre hizo falta agua, pero se conseguía: comprándola al carrotanque o al “carroburro”: los carroburros eran una carreta de madera, adaptada con dos tanques de hierro y jalonada por burros.

En las épocas de sequía, conseguir agua era misión casi imposible. Los muchachos del barrio correteaban al carrotanque y tenían que rogarle al conductor por una lata de agua, pues quería vender la carga completa.

Bajo presión

Una vez mamá caminó tres cuadras hasta llegar al lugar donde estaba estacionado el carrotanque. Eran las cuatro de la tarde, y ella y sus cuatro hijos no se habían bañado porque no había agua en la casa.

—Señor véndame unas latas de agua.

—No, ya está vendido.

—Véndame unas cuantas latas —casi rogó al conductor—. No tengo una gota en la casa.

—No. Ya tiene dueño —respondió el conductor de forma arrogante. Mamá se llenó de ira, introdujo la mano en su mochila arhuaca y empuñó su cepillo del pelo simulando que tenía un arma.

—¡Vea señor, usted me vende agua o lo mato! —el conductor alzó los brazos en señal de derrota y, con cara de terror, dijo:

—¡No dispare!, ¡yo le vendo el agua! —mamá se subió al carro encañonando al conductor con el cepillo, lo trajo hasta la casa y le vendieron cuatro tanques, lo necesario para varios días.

Hoy, Maicao cuenta con acueducto, pero los problemas del agua persisten porque el agua llega cada ocho o quince días. Los maicaeros llenan las albercas para poder subsistir racionalizando el agua. Las albercas son enormes depósitos subterráneos que permiten a los lugareños estar

dotados, por si el agua no llega puntual, como sí es puntual la llegada de las elevadas facturas de cobro.

Las comunidades indígenas subsisten gracias a los jagüeyes, charcas o albercas que se llenan en invierno: así suplen sus necesidades básicas y calman la sed de sus animales. El ahorro del agua y su reutilización en La Guajira es obligatorio. Toca porque toca, se ha puesto en práctica por años debido a la falta de tecnología para el aprovechamiento de los recursos hídricos en el departamento.

La Guajira es una de las regiones más secas de Colombia. En el desierto de la Alta Guajira el viento y el sol se pelean el puesto de rey, mientras los espíritus wayúu y los cactus sonríen a sabiendas de que, a falta de agua, ellos mandan en la región.

Cincuenta años de “represión”

Hace cinco años, los nativos de Piedras Blancas por fin tomaron agua potable, después de que hace más de cincuenta la represa de esta vereda está surtiendo de agua potable a gran parte de la ciudad de Medellín.

Jairo Hernán Henao Gil⁸

Medellín

No es necesario ir a los Alpes suizos o a los montes canadienses para sentirse como en el paraíso. Basta con visitar la vereda de Piedras Blancas del corregimiento de Santa Elena, desde el alto Canelón Azul, con el verdor y la frescura de sus campos olorosos a pino ciprés y pátula, siete cueros, arrayanes, amarraboyos, canelos, azucenos, chigualos y robles.

Pero apenas en diciembre de 2009 entró en servicio el acueducto veredal de agua potable para 324 familias de esta vereda y de las veredas de Mazo y El Rosario. Cincuenta y dos años después de que Empresas Públicas de Medellín (EPM) construyera la represa de Piedras Blancas, que surte a gran parte del municipio de Medellín.

Allí vive don Gilberto Vanegas, a quien se le asoma el corazón noble por encima de su sombrero de caña. También lleva pantalón de dril, camisa manga larga, chaqueta de paño y zapatos de cuero: “Hace aproximadamente doscientos años, las tres familias fundadoras fueron los Vanegas, los Gutiérrez y los Rojas. Mi madre me parió hace setenta y cinco años y, me contó mi padre, Jesús María Vanegas, que mi abuelo, Jesús María Vanegas Trujillo, nació en esta vereda después de que mi bisabuelo, Lucio Vanegas, viniera del oriente antioqueño y se afincara acá. Por esa misma época llegaron los Gutiérrez y los Rojas, de la misma región”.

Esta vereda era paso obligado de los arrieros hace siglo y medio. En el sector de la laguna de Guarne, los primeros pobladores fueron construyendo poco a poco una especie de zona comercial, hicieron escuela, capilla, cantina, granero y hospedaje, donde los arrieros pernoctaban, desenjalmaban las mulas, las ponían a pastar y al día siguiente seguían para Medellín o para el oriente antioqueño.

Don Jorge Vanegas tiene cincuenta y dos años y se dedica a la agricultura, recuerda que esta vereda es famosa por haber tenido lavanderas, que lavaban la ropa de las de familias de Medellín en la quebrada Piedras Blancas. “Entre ellas estaba mi mamá —Aurora Vanegas Vanegas—, Ana Joaquina Vanegas Gutiérrez, Gilma Rojas Castrillón, Lía Alzate, y otras más. Ellas viajaban los viernes y los lunes desde Piedras Blancas, pasaban por la Laguna de Guarne (que es propiedad del municipio de Medellín), luego, iban por Llanaditas para seguir por Enciso y llegar al parque de Boston. Algunas se iban a caballo, otras señoras iban a pie, pero después, cuando la ‘escalera’ (bus

abierto, sin puertas) empezó a prestar servicio desde Medellín por la carretera vieja de Guarne, ellas se iban en escalera, que pasaba por El Tambo. Lavaron hasta hace aproximadamente doce años. Hoy no existen lavanderas en la vereda”.

Según don Gilberto, hace más de cincuenta años la quebrada Piedras Blancas surtía generosamente de agua a la vereda: “¡Con decirle que a partir de aproximadamente cuatrocientos metros abajo del nacimiento del agua, tuvimos que hacer puentes para poder pasar la quebrada!”.

Recuerda cuando llegó el municipio de Medellín a comprar tierras de la vereda con el fin de inundar la vereda de Piedras Blancas para construir la represa. “Mi padre decía que eso no era posible, que no podrían llenarla nunca. Después pasaron como diez años para que se llenara parte del terreno delimitado. Mi padre y algunas personas mayores decían que eso era un traguito de agua porque el proyecto de EPM era inundar toda la vereda de Piedras Blancas, no solo ahí donde está la represa hoy en día. Y, como siempre, la gente de la vereda decía que la construcción de la represa no iba a traer beneficio alguno, ni siquiera de generación de empleo”.

Y no es que fueran desagradecidos, explica don Jorge Vanegas. Es que EPM pagaba al empleado solo por días trabajados, y porque la vereda era próspera en cultivos y autosuficiente: “Aquí sembrábamos tanto que en muchas ocasiones se perdía parte de la cosecha, había que dárselo a los animales. Después con la construcción de la represa, EPM empezó a tumbar árboles nativos y a sembrar pinos, y empezamos a notar que la tierra ya no producía la misma cantidad y calidad de los productos, poco a poco llegó la escasez de agua y de productos, porque la tierra perdió fertilidad y había que abonarla con químicos. Por ejemplo, para sembrar un terrenito había que tumbar pinos y abonar con productos químicos, de modo que la construcción de la famosa represa en nuestra vereda trajo abundancia de agua para surtir a Medellín y, por otra parte, escasez de agua y producción agrícola a nuestra vereda”.

Agrega don Jorge Vanegas que en las numerosas reuniones que tuvo la comunidad con EPM, el municipio de Medellín y Corantioquia, en donde solicitaban la construcción del acueducto veredal, siempre llegaban a la misma conclusión: “Es que en la vereda de Piedras Blancas hay muy pocas casas y por lo tanto es demasiado costosa su construcción para tan pocos beneficiados”.

Desde la construcción de la represa, cuentan los Vanegas, los habitantes padecieron por falta de agua en temporada de verano: tanto disminuía el caudal del agua que les llegaba a las casas por el rudimentario sistema de canoas, o a los más pudientes por motobombas, y durante casi cincuenta años, la mayoría de pobladores tuvieron que recoger el agua lluvia con ollas, canecas y baldes.

El parque para los turistas

Por fuerza mayor se aprobó el acueducto cuando hace cinco años se empezó a hablar del proyecto

del parque Arví, un parque ecológico que administrarían varias entidades públicas y privadas. En primer lugar, construyeron el Metrocable, inaugurado el 9 de febrero de 2010, cuando se realizó el primer vuelo al parque Arví —que no fue pensado para mejorar el servicio de transporte de los habitantes de la vereda Piedras Blancas y aledañas que trabajan o estudian en diferentes partes de Medellín o del Área Metropolitana—, sino como zona turística. Comfama y Comfenalco —entidad que tomó en comodato con EPM hace veinte años la parte aledaña a la represa donde funciona el hotel— se encargan de administrar la ruta turística y sus servicios.

Pero como nota curiosa, a los nativos de la vereda nunca les han hablado de pagarles regalías por el usufructo de las tierras donde hoy funciona el parque Arví. Tampoco les han ofrecido beneficios especiales para ingresar a los núcleos que administran Comfama y Comfenalco ni al Metrocable ni a las busetas de transporte público. Ahora nos preguntamos: ¿en caso de no haber construido el parque Arví, estaríamos consumiendo agua potable?

Un caldo de curito en el puerto de Cabuyaro

Un pescado que Llano adentro se convierte en un exótico manjar. Crónica viajera que desemboca en el río Meta, donde habita este extraño animal.

Omar Eduardo Gómez⁹

Villavicencio



Río Meta

Muy de madrugada, en la Terminal de Transporte de Villavicencio, tomé el primer y único bus que sale diariamente rumbo a Cabuyaro. Lo que no sospechaba es que unas horas más tarde, muy cerca del río Meta, en un sencillo restaurante del casi olvidado puerto de Cabuyaro me iba a encontrar por primera vez con el curito, extraño pez que parece sacado de una película de ciencia ficción.

No conocía a Cabuyaro y lo quería conocer. De los mapas de estas tierras, llaman la atención los pueblos ignotos y los puertos sobre sus ríos, a los que desde un comienzo bien les habrían podido poner por nombre Puerto Melancolía o Puerto Olvido o “Puerto no vengan a prometer nada más por acá, que aquí al menos el pescado y el plátano no escasean”. Refundidos parajes fluviales de la gran cuenca del Orinoco: Puerto Rico y Puerto Concordia sobre el río Ariari, Puerto Porfía sobre el río Humea y Puerto Guadalupe sobre un encrespado río Meta.

La lista es larga... Puerto Barrigón, Puerto Lleras, Puerto Alvira... sitios de pescadores silenciosos

que se han hecho viejos viendo bajar y subir escurridizamente la vida y la muerte, las promesas no cumplidas y las pequeñas alegrías. Orillas barrancosas, casas de tablones con el barro secándose en sus grietas, con pequeños patios traseros donde niños, jóvenes, adultos y viejos tostados por el sol descaman y desvisceran día a día pescados de todas las formas y tamaños.

La llegada a Puerto López

Lluvia fuerte en los primeros kilómetros del viaje. Zumbido cruzado de carros. De ventana a ventana, efusivos saludos entre conductores de la mismas empresas transportadoras y de “crudo que viene de abajo”, de Puerto Gaitán.

La gente del bus que salió desde Villavicencio estuvo silenciosa hasta la llegada a Puerto López. Gente de aspecto y modales sencillos. Todo el mundo durmiendo. Solo dos niños como de siete años dieron muestras de esa algarabía propia de la edad.

Viaje sin contratiempos. Ochenta y seis kilómetros sin ninguna de las tradicionales paradas de la Policía de Carreteras. Muy poco movimiento en los caseríos aledaños a la vía: algunos abuelos miran llover, escuchan la radio y toman tinto recostados en los marcos de las puertas recién abiertas.

Al llegar a Puerto López, todos los pasajeros están desperezados. El comercio del centro empieza a abrir sus puertas y los empleados de toda suerte de locales van y vienen con paraguas, serpentean entre materas por las amplias aceras con techos de zinc y se saludan entre sí: ¡Buenos días, vecino, buenos días, vecina! Son las seis de la mañana. Todavía hay luces encendidas en panaderías, cacharrerías, famas y tiendas del “centro del puerto”.

Este municipio tiene fama en el Meta de ofrecer muy buen pescado: bagre rayado, amarillo, nicuro... A esa hora ya hay muchos lugareños de sombrero y botas pantaneras desayunando sendos caldos de bocachico en los restaurantes populares.

El bus recogió a los últimos viajeros con destino a Cabuyaro: profesores del colegio municipal y familias completas de campesinos que regresaban de hacer diligencias, visitar conocidos y familiares y conseguir insumos agrícolas para la brega diaria en sus tierras ferrosas. Bullicio general, la movida solidaridad del tradicional sube y baja de equipajes, mercados, gallinas y herramientas: “¡Tranquila, que ahí le quedó bien amarrado!”. Vendedores ambulantes en batas blancas y cachuchas para protegerse de la llovizna ofrecen a toda voz y con insistencia: “¡Quesiiillos, almojáábanas, pandebooños, salpicón, patacones, papas fritas, agua en botella, gaseosaaa!”.

La mayoría de pasajeros se bajan a desayunar, unos pocos nos quedamos dentro del bus “picando”

de paquete. Hasta ese punto del recorrido nada sabía acerca del curioso curito.

El paso del planchón al encuentro con el gran Meta

Saliendo de Puerto López se toma la carretera hacia Puerto Gaitán. Unos pocos kilómetros después, un desvío hacia la izquierda marca el comienzo del destapado hacia Cabuyaro. Charcos gigantes, fincas ganaderas a lado y lado salpicadas por una colada de barro rojizo. Unas pocas motocicletas van y vienen con campesinos de los alrededores que se saludan con un sonoro ¡Oeee! Unos pocos campesinos pescan con anzuelos pequeños de varita de monte en algunos caños cercanos. Las señoras y las muchachas, casi todas ataviadas con blusas de colores vivos, sacan sus espejos y se empiezan a maquillar unos minutos antes de llegar al “paso del planchón”.

Llegamos a las nueve y cuarto. Me bajo del vehículo para esperar la llegada del *ferry* en el improvisado muelle, un movedizo terraplén de tierra y balastro. Luego de unos diez minutos, y a paso lento, llega un vetusto pero digno planchón de unos veinte metros de largo por unos cuatro metros de ancho, conducido por un curtido y amable maquinista. A lo lejos, dos *ferries* más grandes se deslizan como viejos peces metálicos por el río, que a esta altura describe una especie de kilométrico abrazo alrededor de Cabuyaro.

El río Meta, ese venerable anciano con sus mil kilómetros de longitud, ese día marchó sin prisa con su cabellera azul profundo, pardo oscuro y verde esmeralda. El cielo está de un azul ultramar con diferentes gradaciones hacia blanco.

Una pareja de novios cabuyarenses salió del bus para admirar una vez más su río de toda una vida y hacerle fotos con su teléfono celular.

¿Cuántos peces llevaría y traería el Meta a esa altura antes de su desembocadura en el Orinoco? ¿Cómo serán sus formas, si la belleza del mismo cielo que los cubre ya es suficientemente insólita?... Al tiempo que me hacía ese tipo de preguntas, pensaba... “Vé, que bueno un caldito de pescado de por acá”.

Un pescadito sorprendente y un pueblo casi olvidado

Los habitantes de Cabuyaro parecen no tener mucha prisa ni incomodidad cuando caminan por sus enlodadas calles. Los estudiantes del colegio municipal van y vienen con sus blancas sudaderas. Es un día especial: se celebra el inicio de los juegos deportivos intercurros y por las calles está a punto de empezar un desfile en medio de la persistente llovizna. Calles amplias, la mayoría sin pavimentar. Cabuyaro no tiene más de treinta cuadras, sus casas son humildes, hay muy pocos carros y muchas bicicletas.

Debía buscar a doña Sonia, la bibliotecaria municipal, para que me diera instrucciones acerca de dónde y a qué hora exactamente debía realizar el trabajo que el Instituto Departamental de Cultura me había encomendado en aquella oportunidad: la proyección de *Ponyo, la niña del acantilado* (a propósito, la historia de otro pez singular). Doña Sonia es una señora morena, de unos cuarenta años y pocas palabras. Como muchos en este pueblo humilde, parece encarnar aquello de “es una ley del llanero darle la mano al que llega”. Quedamos de encontrarnos a las diez y cuarto de la mañana para dirigirnos al colegio municipal donde se llevaría a cabo la actividad. Doña Sonia me recomendó el restaurante donde finalmente conocí el curito.

Quince minutos después del pedido llegó a la mesa un plato de caldo con un pescadito de apariencia prehistórica. El caldo, sabroso, me lo tomé rápido. Además, quería ver bien ese animalito tan raro que nunca había visto. Me lo imaginé como sacado de una película de Ridley Scott, de una raza antigua de seres biomecánicos acorazados y ultraprecisos, altamente resistentes en las situaciones más adversas y con poderes especiales, como capacidad de despliegue simultáneo de cada una de sus durísimas escamas a manera de un inesperado arsenal.

Cuenta con un sistema de escudos laterales (escamas osificadas) que se pueden retirar fácilmente y dejan palpar una carne de buen volumen y aspecto amarillo claro y sin tantas espinas como el bocachico, aunque no se debe tomar de las aletas, formadas por verdaderas púas afiladas.

Del puerto de Cabuyaro y de su gente aguantadora ya no se habla mucho en Villavicencio, ni en el Meta, ni en Colombia, a pesar de que su administración municipal realiza tres festivales veraniegos al año, uno de ellos con sofisticados deportes náuticos fuera de borda, modelos-reinas y cantantes nacionales fuera de circulación, pero costosos. Tampoco se sabe mayor cosa de esta población en el centro del país, no obstante haber prestado sus servicios entre finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XX como importante puerto vía Europa- Bogotá: sus barrancos vieron subir y bajar tejas de zinc, pianos, plumas de aves exóticas, pieles de insólitos animales, café, quina, ganado, maderas preciosas...Por las aguas del río Meta navegaron barcos nacionales y extranjeros en la segunda mitad del siglo XIX.

De los recientes enclaves petroleros internacionales instalados en las sabanas de Cabuyaro es probable, en cambio, que sí se hable bastante en unos años, tanto como se ha hablado de Puerto Gaitán y de sus entuertos petroleros. Nuestro propio *Llano en llamas*.

Del curito no se habla mucho en Colombia, a pesar de que Orinoco arriba, en Venezuela, lo conocen como el viagra llanero y un empresario de este país lo exporta a Holanda desde hace unos diez años. Es claro que es un pez más bien de charcas, discreto.

El regreso

Esa misma tarde regresé a Villavicencio. Finalmente paró de llover. Mientras veía la arrebolada puesta del sol desde la ventanilla del bus, pensaba en lo extraño de aquel viaje: había ido a un puerto del río Meta a presentar una película sobre un pequeño pez imaginario y me había encontrado en un restaurante de allí con un pescadito que parecía sacado de otra historia fantástica.

Hace unos días fui a la plaza de mercado San Isidro a preguntar por el curito; quería prepararme un succulento caldo. Dijo un vendedor: “Sí, señor, sí conozco ese pescado pero es que casi no lo traen. De vez en cuando llegan unos poquitos. Por ahí vienen y lo preguntan. En caldo como que queda bien bueno, dicen”.

Las piscinas naturales de los niños de Neiva

En otras épocas, los ríos Magdalena, las Ceibas y las quebradas del Venado y Río del Oro fueron para los niños y jóvenes de Neiva sus mejores piscinas.

Luis Carlos Figueroa¹⁰

Neiva

En 1961, cuando yo tenía siete años, vivíamos en el barrio de Los Mártires de Neiva en una casa de la familia Flórez, ubicada en la carrera 1.^a con calle 11. Era antigua y de bareheque, con un amplio patio que tenía un gran árbol de palo de cruz, ese que da una maseta color rojo intenso y de hojas alargadas verde biche. Su cocina estaba ubicada al fondo del patio que comunicaba la casa con un empedrado. La entrada principal era un portal con casucha de teja de barro.

Esta vivienda todavía existe, queda a dos cuadras del río Magdalena. Por tal motivo, muchos niños solíamos bañarnos en el río en vacaciones y los sábados y domingos. Veníamos de los barrios Mártires, Bonilla, El Hoyo, El Centro, San Pedro, entre otros. Nos bañábamos completamente peladitos. Eran momentos de gran alegría y furor. Subíamos hasta un peñón que había a la altura de la calle 10 y nos lanzábamos hasta llegar a la playa en que dejábamos la ropa y donde estaba ubicado el embarcadero. El peñón era peligroso, quien no sabía nadar corría el riesgo de tragarse sus aguas, y peor, no salir de ellas.

El chorro principal llevaba hasta la playa donde estaba el embarcadero y al llegar había que sostenerse fuerte de las canoas. El que no lo hiciera era arrastrado por el río y tenían que acudir a su rescate. Eso me pasó a mí. En una oportunidad seguí de largo arrastrado por la corriente del río. Aguas abajo, unos pescadores en canoa me sacaron de las mechas. Ya iba tomando agua de tanto intentar sujetarme de algo, chapaleando en busca de auxilio. Los canoeros me dejaron en esa playa y, más tranquilo, me dirigí hacia donde estaban mis amigos. Todos me preguntaban: ¿Qué pasó?, ¿por qué siguió de largo? Les contesté que me ganó la corriente y que no pude sostenerme, pero qué más da, ya había pasado el susto. Al rato nos botamos nuevamente al río, era la felicidad.

En esas épocas de aventuras acuáticas me enseñó a nadar un amigo, José Numar Ramírez, quien también vivía cerca del Magdalena y era un gran nadador. Su papá era su mentor porque pescaba y José Numar fue su ayudante, por eso perfeccionó su nado, cuyo estilo quiso replicar en mí.

Las lecciones

Para aprender a nadar nos botábamos del peñón, los que sabían caían después de nosotros y nos daban instrucciones, la corriente nos sacaba e íbamos aprendiendo. El éxito se daba con las repeticiones, durante horas, y así se pulía el estilo hasta que aparecía el cansancio. Este lugar tenía

un inmenso remolino, a veces nos clavábamos ahí y la experiencia era tormentosa, una serie de vueltas salvajes terminaba cuando el mismo fenómeno ribereño nos sacaba. Había que ser experto para salir, pero el chapuzón lo justificaba.

Luego de las lecciones básicas —flotar, bracear y pelear contra los remolinos—, se pasaba a la segunda lección, que casi se convertía en el acto de graduación: pasar al otro lado del río a nado. Debido a su inmensidad —era muy ancho y correntoso— asumíamos el riesgo, éramos valientes. Nos lanzábamos unos diez, nos echábamos la bendición y los que vivían la experiencia por primera vez eran rodeados por todos para que llegaran y, si se quedaban, los impulsábamos con las manos por las nalgas.

En la otra orilla, llamada La Isla, se sentía la felicidad. Los juegos de playa aparecían: castillos de arena, enterrar a los amigos, compartir. El regreso era más fácil. La corriente nos conducía plácidamente al otro lado, haciendo uno que otro esfuerzo, hasta hablábamos sin descuidarnos, había que hacer los movimientos propicios para llegar a donde queríamos.

En épocas de creciente no nos bañábamos, era peligroso. El río bajaba caudaloso, turbio y arrastraba leña y palos grandes, hasta animales. A veces sacábamos leña con una gambia (una horqueta de madera con un lazo delgado y largo por una de sus puntas). Amontonábamos la leña, la llevábamos para la casa y ya seca servía para cocinar en el fogón.

Había días que llevaba al río dulces y galletas que me regalaban en Comestibles La Rosa, una empresa muy conocida a cuyo administrador mi madre le lavaba la ropa y yo se la entregaba en su oficina. Hacía el aseo de la bodega y a cambio me regalaba dulces y galletas, de esos que los dan por vencidos, pero que estaban bien. Los dulces venían en un papel transparente, eran cuadraditos y de tres sabores. Las galletas Waffer de vainilla venían en tarros gigantes que se acababan muy rápido. Éramos muchos y el apetito se acrecentaba luego del chapuzón.

A los catorce años cambió la modalidad. Ya el miedo no existía y buscábamos mayores desafíos. Aparecieron los neumáticos para tirarnos desde la parte de arriba del río Magdalena, en Carpetas, cerca de Bavaria. Nos lanzábamos y jugábamos por todo el trayecto hasta llegar al sitio de salida, que era la calle 12 de Neiva.

Los amigos de esta época eran los Díaz —Miguelito y Milciades, hijos de un gran pescador—, que tenían una canoa de las rústicas. También los Díaz Polanía: José Luis, Alfredo y Libardo. Los Ramírez: Carlos y Julio. Víctor Garrido (hijo del “Chimbero”), un jugador de fútbol de mucha calidad técnica. Tito Vargas “el Negro”, cuñado de mi hermano mayor, también buen jugador; Hugo Cortés y Octavio Andrade, ya fallecidos, y Elkin, quien al parecer vive en Villavicencio. Juntos integrábamos un gran equipo de fútbol.

También pescábamos sardinas. La mañana se pasaba imperceptible porque se pescaba con paciencia, lo que permitía atrapar una sarta de pequeños pececillos que se convertían en nuestro botín. El lugar de la pesca era donde dejábamos las ropas. Lo hacíamos con anzuelos y nailon y una pequeña varita improvisada que nos servía para lanzar el anzuelo lejos. A veces se enredaba el anzuelo y teníamos que desvestirnos y entrar al río. Desenredarlo resultaba tedioso: había que lanzarse al agua y aguantar hasta encontrarlo.

La carnada eran lombrices de tierra y budín. Las lombrices se encontraban en lugares húmedos. La pista era seguir la huella del barro húmedo que comen, una especie de raya delicada en la superficie. El budín (pedacitos de pan blandito) era delicioso y costaba cinco centavos. Justamente era el preferido de las sardinas y eso se veía en la pesca. Cuando llegábamos a casa con el botín alegrábamos a nuestras mamás, que luego nos recompensaban con un buen caldo o tostaditas.

Río Las Ceibas

Por estos días vivía en el barrio Las Granjas, en la calle 30 con avenida 26. Esta vez el sitio de baño era el río Las Ceibas en el charco que llamaban Del Soldado, por quedar cerca del Batallón Tenerife. Para llegar había que atravesar un potrero grande —donde hoy está ubicado el barrio Cambulos—, hasta la carrilera del tren y tomar un corto camino hasta encontrar el charco, que era muy visitado por los jóvenes de Neiva.

Quebrada el Venado

Además del baño, cerca del Venado nos atraían los palos de guayaba que cargaban mucha fruta. Muchos jóvenes con canastos y costales recogían la fruta; era tan buena la cosecha que alcanzaba para todos. El plan duraba un día y el almuerzo era guayaba. El sitio estaba retirado del barrio de Las Granjas, a una hora de camino, hoy cerca del barrio Galindo. La única advertencia para nuestros baños y recolecta de frutas era la pringamosa, una planta mediana de hojas grandes con pelusa que al contacto generaba la más incómoda rasquiña. De la guayaba me queda la receta de la mermelada casera que preparaban mi mamá, mi abuela y mis tías.

Quebrada de Río del Oro

En los años setenta, los amigos del barrio Calixto Leiva teníamos unos 18 años. Genaro Díaz, Arturo Rivera, Víctor Abel Alarcón, Los Muñoz, Los Fierros, Los Cuéllar, entre otros. El paseo predilecto era al charco de Paso Ancho, sobre la quebrada de Río del Oro, en la parte de arriba, al oriente de Neiva. El trayecto duraba unas dos horas a trote desde Calixto Leiva. Hoy, esta microcuenca está convertida en una cloaca en la que solo resplandece la basura.

Bautizo en Iguaque

Un joven que vivía en el barrio Los Muiscas de Tunja recibe el bautizo muisca en la sagrada Laguna de Iguaque.

Sebastián Rodríguez Camacho¹¹

Tunja

Neblina, solo se veía neblina. El frío fue el eterno acompañante en el ascenso a la Laguna de Iguaque, que en lengua muisca significa ‘Sombra de la montaña’ y que para esta comunidad simboliza la Puerta de la humanidad: un templo consagrado a la fertilidad, a la vida, al agua, al sol, la luna y al viento.

El Santuario de Fauna y Flora de Iguaque, a 3800 metros sobre el nivel del mar, tiene una extensión de 6750 hectáreas, y se ubica entre los municipios de Villa de Leyva y San Pedro de Iguaque. Hasta allí llegó para ser reconocido como muisca Jhon Jairo Hernández, estudiante de la Licenciatura en Ciencias Sociales la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (UPTC), que hasta entonces lo único que tenía en común con esa etnia era vivir en el barrio Los Muiscas.

Jhon Jairo ascendió al valle de los primeros moradores muiscas en compañía del abuelo Xihuazinsa y la abuela Fagua, y de otras personas de la comunidad. “Toda persona que quiera reconocerse como muisca, espiritualmente, debe subir una vez en la vida a Iguaque”, explica Xihuazinsa.

En su condición de iniciado en este tipo de ceremonias, Jhon tenía que subir hasta la laguna sin zapatos y lo hizo con mucha dificultad. Cuando llegó a la cumbre, sus pies estaban congelados, sus ropas empapadas y el cuerpo adolorido por la travesía. “Arrancamos el recorrido con los pies descalzos y ayunando palabra, sin hablar, recordando lo que yo soy, mi existencia, mis abuelos de linaje y lo privilegiado que me sentía. Tomamos el camino antiguo, el prohibido para los turistas. Yo tuve la fortuna de recorrerlo, como los ancianos ancestrales, los ‘tatas’ de los ‘tatas’ que anduvieron estas tierras”.

Jhon Jairo tiene veintitrés años, es un joven simpático, de piel morena y mirada azabache que irradia serenidad. Desde su ingreso a la universidad se sintió cautivado por todo lo indígena, lo ancestral y lo arqueológico, y fue tal su entrega que el abuelo Xihuazinsa Ingativa Neusa lo invitó a una ceremonia.

Permiso para llegar a la laguna

Todo empezó el 21 de diciembre de 2010, cuando Jhon Jairo llegó a Xapuyequi (Corazón del sol), un sector conocido como Los Cojines del Zaque, localizado en el extremo occidental de Tunja. Este

sitio es la puerta de entrada a la Laguna de Iguaque y allí se llevó a cabo el primer acto de la ceremonia de aceptación.

El abuelo Xihuazinza saludó a los espíritus dispersos en los cuatro puntos cardinales. Es un hombre de cincuenta y dos años, cabello largo y canoso, piel canela y hablar pausado. Actualmente es el gobernador del pueblo y, en consecuencia, la máxima autoridad religiosa de su comunidad.

“Fo fiva choua, sua lansa gauda choua, fo xie choua, fo gata choua”, saluda al aire en el oriente, a la tierra en el norte, al agua en el occidente y al fuego en el sur. También lo hace con el espíritu Chipchacum, el quinto elemento, el eje del universo. Del mismo modo les pide permiso a los espíritus del fuego, del agua, de las plantas y de los árboles.

“El fuego como el agua son la máscara física del espíritu. Por eso en todas las religiones el fuego está presente. No solamente nos da luz, calor dolor, sino que posee un espíritu, y se le pide a ese espíritu que concurra a nuestra reunión”, explica Xihuazinza.

Mientras se cumple este primer rito, la abuela Fagua Cómbita les ofrece facua (chicha) a los asistentes, una bebida que solo puede ser preparada por las mujeres. “La chicha endulza la palabra y es la fuente de la memoria”, dice el abuelo.

Una vez solicitada la licencia para llegar a la puerta de la humanidad, caminaron por más de dos horas hasta San Pedro de Iguaque y durante ese trayecto también pidieron permiso a los espíritus guardianes. A las seis de la tarde decidieron acampar. Prendieron una fogata, chuparon tabaco y mambearon coca para combatir el frío. “Como estaba lloviendo mucho, le hicimos un pequeño cambuche a la fogata para que no se nos apagara. Por momentos se abría la luna, una luna llena y hermosa y mientras eso sucedía nos presentamos al espíritu del territorio y nos pusimos en paz con la naturaleza”, recuerda Jhon Jairo.

Ya con el alma tranquila empezó a desprenderse de todo lo malo que alojaba su espíritu. Para eso tomó en su mano derecha unas motas de algodón, elaboró una pequeña mochila y depositó allí todo lo inútil. Con su mano izquierda hizo otra mochila donde depositó sus buenos pensamientos.

El día siguiente, 22 de diciembre, comenzó con un desayuno frugal, y a eso de las nueve de la mañana, nuevamente con los pies descalzos, reiniciaron el recorrido.

“Uno entiende que la gente no está acostumbrada a esto, y si no se es indígena peor. Yo soy muy comprensivo, el que quiera subir con zapatos, hágalo, pero por lo menos suba 100 metros descalzo para que tenga la experiencia de conectarse con la madre tierra”, dice el abuelo Xihuazisa.

El ascenso hasta la laguna tardó un poco más porque la abuela Fagua Cómbita tenía un fuerte

dolor en la rodilla, sin embargo, y soportada en la fortaleza de su raza, continuó firme con su marcha. “Caminábamos por un sendero estrecho, yo me puyé los pies y raspé las piernas, pero por el frío no sentía nada, estaba en contacto con la naturaleza. Nos cuidábamos entre todos para evitar heridas fuertes”, relata Jhon Jairo. A medida que subían por las faldas de la montaña, el abuelo les pedía que se saludaran con hojas de coca. Cada uno sacaba una hoja de coca de su tula y la metía en la tula del otro, de su hermano.

El momento cumbre

“A las cinco de la tarde llegamos al páramo. Fue una experiencia agradable mirar la fauna, oler nuevas cosas, degustar los aromas de la montaña, mirar tantos pájaros, encontrarse con los frailejones, que son los guardianes de la laguna. Es hermoso, es muisca”, narró Jhon emocionado.

La laguna no era tan grande como se la imaginaba. Jhon y sus acompañantes procedieron a preparar sus pagos para entregárselos al padre Iguaque y a la madre Bachué. Xihuazinsa explica que el pago es pagarle a la madre tierra lo que ella nos otorga: la luz, el alimento, el aire, la salud y la vida misma, y que los occidentales no están acostumbrados a pagar ni a agradecer a la naturaleza, sino a cobrarle y a pedirle. La entrega del pago se hace de espaldas a la laguna. Todos los asistentes los arrojaron al agua en forma de bolitas de algodón hechas en la punta de los dedos.

A merced de las bajas temperaturas que le calaban los huesos, Jhon Jairo se preparaba para su momento cumbre de presentación ante los espíritus. El abuelo Xihuazinsa entró en la laguna y se distanció unos metros de la orilla. El agua le llegaba un poco más arriba de los tobillos.

“Yo también ingresé y me le acerqué de frente. Él se descolgó un poporo del cuello y me lo ofreció. Enseguida ató una hebra de algodón en la muñeca de mi mano izquierda. Luego, en lengua muisca, me dijo: ‘Eres habitante de los valles y las montañas’. Nos quedamos en silencio durante unos segundos y sentí entrar en el cosmos. Salí del agua, pero durante varios minutos estuve en la orilla pensando en lo prometido y en lo pedido. Sentí que Bachué estaba con nosotros”.

Según Xihuazinsa, ser muisca es algo que se lleva en el espíritu y que debe expresarse con el cambio de comportamiento. “Es una oportunidad que se le da a la persona. Si no la aprovecha es problema de cada quien. Yo cumplo una ley para estos tiempos, para estos calendarios. Está en manos de cada quien ver qué hace con sus actos”.

La abuela espiritual

La última etapa de la ceremonia se selló en la casa de mama Ramos, una mujer que ayudaba a restablecer la salud y a contrarrestar los males del cuerpo. Era un rancho de bahareque situado en

el camino de regreso. Allí, Jhon se hizo una limpieza espiritual y pidió bienestar para todos. Mama Ramos es recordada como una abuela espiritual, una de las últimas muiscas del siglo XIX. Como ella existieron otras mujeres ‘mamas’, ancianas o sabedoras de medicina que vivían confinadas en los páramos. Una de ellas estaba en el Valle de Tenza y allí era conocida como mama Pacha o mama Francisca.

El descenso fue tortuoso porque el viento golpeaba con fuerza y la noche caía inclemente. Para completar, solo una de las dos linternas disponibles servía para guiarse. A las doce de la noche llegaron a una zona plana y allí acamparon. Jhon Jairo se despertó agotado, pero feliz. Preparó sus cosas y, junto con sus hermanos, emprendió el regreso a Tunja el 23 de diciembre.

Sobre las nueve de la mañana llegó a su casa y entró silencioso. Lo primero que vio fue una imagen del Divino Niño Jesús que su mamá tiene en la sala y que podría simbolizar una contradicción frente a sus creencias. Pero desde su bautizo, su familia no lo cuestiona y le respeta su nueva condición indígena.

Para Jhon Jairo esta ceremonia marcó su vida. Nunca olvidará los olores ni los colores del páramo. Tampoco los dolores del ascenso a Iguaque. A partir de su consagración, tiene que cumplir cuatro compromisos: no estar triste, no pasar por guapo o altanero, no juzgar y jamás justificarse. Y John está empeñado en cumplir su palabra porque es ahora el nuevo hijo de Bachué.

Café entre piscinas y jacuzzis

Las piscinas y los jacuzzis tachonan como con pedrería barata el paisaje cultural cafetero del departamento del Quindío.

Betty Martínez Salazar¹²

Armenia

Desde el aire, cuando los días son cálidos y los cielos más azules, los catorce vuelos cotidianos de las aerolíneas que cubren las rutas entre Armenia y Bogotá, Medellín o Fort Lauderdale, permiten ver, a simple vista, los pequeños óvalos, círculos o cuadrados azulosos que se destacan alrededor de las coloridas construcciones campestres. Unas modernas, en cemento y con amplias zonas verdes, y las más típicas hechas de bareheque, techos de teja de barro y corredores de chambranas pintadas en tonos rojo, naranja y verde, que caracterizan esta tierra cafetera.

En ese pequeño trozo de tierra, rodeada de cafetales y granos coloridos, está concentrado el mayor número de piscinas y jacuzzis del país, después de que Melgar —en Cundinamarca— fuera considerada la ciudad de las piscinas.

Existen en el departamento del Quindío 953 piscinas, entre públicas y privadas, cuyos finos destellos dan forma al espectacular paisaje cultural cafetero, recientemente declarado por la Unesco como patrimonio de la humanidad. Están ubicadas en los municipios de La Tebaida, Montenegro, Quimbaya, Calarcá y Armenia, en los cuales la temperatura promedio oscila entre los dieciocho y los veintidós grados centígrados y donde se ha desarrollado la nueva vocación turística regional, como complemento a la caficultura que decayó considerablemente con la ruptura del Pacto Internacional del Café, veinte años atrás.

Estatus social pasado por agua

El Quindío fue siempre una sociedad próspera. Cuando se fundó la ciudad, en 1889, los colonos provenientes de Antioquia en la segunda etapa de la colonización tardaban ocho días en llegar a Armenia por caminos quebradizos y peligrosos.

Las primeras casas de esterilla de guadua las construyeron en sitios cercanos al agua, que llegaba por gravedad sobre canales de guadua. Entonces se cavaba una fosa cerca de la cocina de un metro cuadrado hasta encontrar agua, a dos o seis metros; luego se le construían escalones para bajar prendidos de un lazo a lavar el pozo dispensador de agua utilizada en los oficios domésticos o para recoger los objetos que allí caían. Esa era la forma antigua de proveer el agua en casa, que con anterioridad a la construcción del acueducto municipal se traía desde el norte de la ciudad por canales de guadua, que se tapaban con los aguaceros. Posteriormente, llegaba desde la carrera 14

con calle 4.^a, y desde allí en tuberías que empezaban a llegar por primera vez a las casas. Ya era potable.

En 1927 llegó el tren con la construcción del Ferrocarril del Pacífico y la ciudad se preparó para entrar en la modernidad. En 1928 también arribaron los primeros tres automóviles y un camión. Este último recogía a los noveleros, deseosos de transportarse en un vehículo que los llevaba hasta el parque Sucre y de allí a la plaza de Bolívar por cinco centavos (más o menos diez cuadas).

Era tan vertiginoso el progreso alcanzado por la sociedad debido al auge del café y su precio en el mercado internacional, que este se pagaba en las compras de café con libras esterlinas. Por eso, las bonanzas económicas derivadas de la arriería, la ganadería, el comercio y el café, brindaron la oportunidad a la recientemente formada sociedad de Armenia de constituir una élite, conformada por colonos adinerados, cafeteros, comerciantes y profesionales. Muchos de ellos ya habían viajado por Europa y los Estados Unidos.

Para entonces, se habían asentado en la ciudad los primeros extranjeros que llegaron huyendo de la Segunda Guerra Mundial y dominaban el mercado y el comercio local con la novedosa modalidad del crédito a plazos. Fue así como, en 1937, la élite se asoció para fundar en las afueras de la ciudad, al norte, el Club Campestre, y en 1938 construyó la primera piscina ubicada en la avenida Bolívar con calles 4.^a y 5.^a Norte, enfrente del actual Armenia Hotel.

Mientras los pobres —que eran una gran mayoría— disfrutaban del baño dominical y del paseo de olla y pelota de letras en los abundantes chorros del río Quindío, y de los paseos en bote y de la pesca por la quebrada El Niágara, cerca a la vereda Hojas Anchas, y aprendían a nadar sin técnica y sin estilo en las cristalinas corrientes de sus generosas aguas, los ricos de la época se divertían, socializaban y nadaban en la sede del Club Campestre, bajo las orientaciones del profesor Luis Largacha, un ecuatoriano que llegó a esta tierra a enseñar las novedosas técnicas de natación a niños y adultos de la naciente sociedad, como parte de los ritos de iniciación a la vida de la élite.

En 1957, el Club Campestre se trasladó cerca del aeropuerto El Edén, al sur de Armenia y de La Tebaida, el municipio más cálido del Quindío. En ese espacio campestre, rodeado por campos de golf, canchas de fútbol, tenis y básquetbol, transcurren las jornadas familiares y dominicales de los nuevos ricos de la ciudad, que dos generaciones atrás habían dejado las frijoladas de almuerzo y comida, las mulas, las alpargatas, el poncho y el sombrero.

El maestro de las brazadas

En 1961, Largacha regresó a su país y contactó a Camilo Lozano Velandia, un caleño de piel cetrina y baja estatura formado en la Unidad Deportiva Alberto Galindo de Cali, donde jugaba fútbol, practicaba el atletismo y la natación, y aprendió con el Sena los secretos del arte de enseñar a

nadar.

Camilo es desde hace cincuenta años profesor del Club Campestre. Un hombre sencillo, de pelo negro y facciones finas, que a sus más de setenta años hace pesas todos los días y practica el atletismo antes de iniciar con los más pequeños las clases de natación, que encantan a los niños de esta tierra.

Recuerda que a su llegada a Armenia, el compromiso era permanecer solamente por tres meses, que se convirtieron en cinco décadas. Por sus clases han pasado cientos de quindianos, y hoy es el entrenador y profesor de muchos de los nietos y bisnietos de sus antiguos discípulos.

Cuando comenzó a dar clases, Armenia era una pequeña ciudad. Camilo recuerda que existía un solo balneario popular en las afueras de la ciudad con el nombre de El pez que fuma, que no solamente ofrecía los servicios de piscina, sino también de bailadero. Posteriormente, construyeron en Calarcá el balneario La Albania, de idénticas características, y que todavía existe, y otro denominado La María, cerca al río Quindío, que es hoy una fosa abandonada y llena de lodo.

En esos mismos años de esplendor económico, un grupo de amigos amantes de la buena música, la bohemia, y practicantes de bolo, fundaron el Club de Bolos o el Bolo Club Armenia, como se conoce hoy, que se fue expandiendo al norte de Armenia sobre la avenida Bolívar hasta la carrera 19, y hoy es una gran sede deportiva y social para la práctica del deporte al aire libre, cuyos socios son principalmente comerciantes y gentes de clase media, y cuenta con una piscina semiolímpica de 25 metros cuadrados.

También desde su fundación, el Club de Tiro, Caza y Pesca ha contado con dos piscinas que, pese a lo reducido de su espacio por la urbanización acelerada de la ciudad, se mantiene al sur de Armenia, en el kilómetro 1 de la vía al Valle.

Finalizando la década del setenta, las piscinas fueron aumentando vertiginosamente. Comfenalco construyó su sede recreativa al sur de Armenia, para ofrecer diversión y entretenimiento a las familias de los trabajadores de más bajos ingresos. Así se construyeron cinco piscinas que disfrutaban hoy niños y adultos.

Simultáneamente, se fueron construyendo en los pueblos las piscinas públicas o balnearios privados, es decir, piscinas con discoteca, bailaderos y tomaderos de trago, como Hawai, en la Tebaida; San Fernando, en Quimbaya; y Caracolí y La Isla de Capri, al sur de Armenia.

El Colegio Nacional Jesús María Ocampo, denominado así en honor al principal fundador de Armenia, fue el primer centro de educación pública en la Armenia de la década de los setenta en contar con una gran piscina para los estudiantes, que sufrió graves daños en el terremoto de 1999 y

se debió eliminar de la infraestructura del centro educativo.

En los años ochenta, la Sociedad de Mejoras Públicas, liderada por el ingeniero Fabio Arias Vélez y primer alcalde de la ciudad por voto popular, construyó en el Parque de Recreación Popular en la vía al municipio de Montenegro, un espacio para la recreación de los más pobres, también dotado de dos piscinas, una para niños y otra para adultos. Al finalizar esta década, se inauguró la primera piscina con olas de Armenia, novedad copiada del Parque de la Caña de Azúcar en Cali. Una gigantesca mole de cemento que costó millonadas y donde se mueven toneladas de agua que imitan los movimientos oscilatorios de las olas del mar, pero que para su funcionamiento demanda miles de kilovatios de electricidad y por eso casi nunca se utiliza.

Piscinas para todos

El auge de las piscinas en la década de los ochenta se impulsó a partir de la irrupción del fenómeno del narcotráfico en el país, con la aparente vida cómoda y envidiable de los narcotraficantes locales, que en razón del capital acumulado en dólares, de sus gustos extravagantes y de sus aires de modernidad sustituyeron a las élites económicas tradicionales.

Pocos años después surgieron los condominios campestres con piscina y luego los bloques residenciales de apartamentos en conjuntos cerrados. El primero en contar con piscina para sus residentes fue El Pórtico, un conjunto residencial de apartamentos de clase media, ubicado al norte de Armenia, totalmente colapsado en el terremoto, que nunca pudo reconstruirse y cuyos jóvenes apenas recuerdan hoy los buenos tiempos de sus días de agua y sol.

Con la nueva vocación económica del turismo rural, se volvió una obligación contar con piscina y jacuzzi en fincas, hoteles y chalets, tanto que los turistas que visitan la región lo primero que preguntan es si hay jacuzzi y la piscina.

A solo dos minutos del aeropuerto El Edén se construyó el hotel campestre Palma Verde —un conjunto de dieciséis villas, cada una de doscientos ochenta metros cuadrados, con jacuzzi climatizado, turco y piscina con parasoles al mejor estilo europeo—, que representa la más alta densidad de piscinas construidas por metro cuadrado de toda la zona cafetera.

Los que desconocen estas materias no saben que el agua de una piscina puede durar entre quince y veinte años si se mantiene adecuadamente, afirma Rosmery Villaquirán, ingeniera Sanitaria de Saneamiento Básico, Aguas, Residuos y Piscinas del Instituto Seccional de Salud del Quindío. La funcionaria debe supervisar periódicamente 200 piscinas rurales ubicadas en Calarcá, Montenegro y Quimbaya.

Agrega que existe una normatividad del Ministerio de Protección Social que obliga a los

propietarios a un adecuado mantenimiento diario, especialmente de aquellas que se destinan a la prestación de servicios turísticos, en cuya desinfección bacteriológica se utilizan sustancias como el hipoclorito de calcio y el cloro granular, en cantidades equivalentes al volumen de agua y el número de bañistas.

Ha sido tal el crecimiento de las piscinas en la región, que el Sena ofrece un curso de piscineros de cincuenta horas de formación donde se preparan en legislación y mantenimiento de piscinas y jacuzzis.

En Armenia cuentan con piscinas hasta las viviendas de estrato dos, como las dos del complejo de bloques de apartamentos de Bosques de Pinares, al sur de la ciudad, un barrio densamente poblado con viviendas de interés social, construido por Juan Carlos Gaviria Trujillo, el arquitecto hermano del expresidente, que fue secuestrado en 1996 y dejado en libertad tras la mediación del gobierno cubano.

Aunque la cancha de fútbol es un terraplén polvoriento y descuidado, y el pavimento y la seguridad de las calles son inexistentes, tras las rejas del condominio habitado por gentes humildes están las dos piscinas, que por primera vez ponen en igualdad de condiciones los gustos de los ricos de los condominios del norte con los de los pobres de los bloques de interés social del sur. También las urbanizaciones El Carmelo, Maraveles, Aguazul, la Arcadia, las Lomas, Sinai y otras más, casi todas de estrato dos y tres, cuentan con piscina.

Pero atrás no se quedan las escuelas y academias de natación fundadas a finales de los ochenta, en cabeza de otros profesores emprendedores, como Yubartas, Las Focas, Burbujitas, la escuela de Diego Vargas y la piscina semiolímpica de la Universidad del Quindío, donde también se dictan clases de natación los fines de semana.

Por cuenta de la crisis del grano, las coloridas fincas y haciendas cafeteras, con sus techos altos, balcones y chambranas características de la arquitectura de la colonización antioqueña, exhiben piscinas y jacuzzis rodeados de parasoles, que riñen con el encanto natural del paisaje cafetero, pero atraen al turismo, la nueva industria de la región.

La muerte del “Magolo”

El autor narra la travesía por el río Magdalena, que proveyó de alimento a pueblos enteros durante décadas y hoy agoniza por culpa de la contaminación.

Carlos Suaza¹³

Neiva

Aquel 23 de abril de 2010, mi jefe, quien ya conocía mi gusto por el *rafting* y la aventura, me dio la orden: “Mauro, alístate que sales mañana para San Agustín”. Mi trabajo es seguir durante ocho días el recorrido por el Magdalena hasta Neiva, que me llevaría desde el estrecho hasta el monumento La Gaitana: trescientos noventa kilómetros de desafío y resistencia.

San Agustín

En la madrugada llegamos a San Agustín, pueblo de ancestros indígenas y legados mágicos de piedra, de historia y gente sonriente, con calles que evocan la Colonia. En el parque central se cumple el acto de apertura de la travesía; todos se alistan y sonríen con expectativa. El río espera.

El inicio de la travesía es en el estrecho del Magdalena. Se aprecian el paisaje y los vestigios ancestrales por la carretera. Caña, café, variedad de flora y fauna sorprenden, y al llegar al sitio, se escucha el rugir del agua al chocar contra las rocas. Tres botes entran al agua, y me ubico en un costado del estrecho para registrar esos momentos para la historia. Veo al hombre luchar contra la fuerza de la naturaleza; se siente el miedo en sus miradas y las risas que llegan luego de cruzar un tramo de trescientos metros.

Hay mucha gente agolpada y presencia de autoridades porque es invierno y la lluvia podría causar un accidente; solo entran al agua guías expertos en leer al río. Llega nuestro turno: integrantes de fundaciones, periodistas, funcionarios de gobiernos municipales, experimentamos un tramo de treinta y dos kilómetros desde el cruce de la vía Isnos - San Agustín hasta Pitalito.

Un nativo habla de quienes allí perecieron, de la formación del cañón, de sus ancestros, e hipnotiza con sus historias. Mientras habla, su mirada se pierde en el río, que se está muriendo, como lo hace saber.

La logística se encarga de organizar los grupos de viaje, infla los botes y se siente el nerviosismo porque los rápidos intimidan. Como ya tengo conocimiento de las técnicas de navegación me ubican como “reina de ballenera”, por la cámara de video, para registrar la travesía. El guía es Jorge Guanilo, algo loco, pero conocedor.

Rápidos de categoría cuatro, cinco y seis —la máxima— hacen latir el corazón a mil por segundo. Son fuertes, muchos vuelcan sus botes para abrazar el agua. Al estar en un tramo donde se siente cierto nivel de contaminación, recuerdo las palabras del nativo: “El río se está muriendo...”. Hay una parada en la orilla donde recogemos basura. Como algunos cultivos están a la orilla del río, los residuos de abonos y de fumigación se notan con el paso del agua; comienza el deterioro del “Magolo”, como se ha rebautizado al río más importante de Colombia.

En algunas ocasiones semeja el paisaje que veía de niño en *Tarzán: Rey de los monos* o de *Congo* de Frank Marshall. Mi imaginación vuela y en tan solo treinta y dos kilómetros veo un río que pelea con una raza ignorante.

Llegamos a Pitalito cansados y con ganas de caer en cama. El recibimiento en el Parque Central sorprende: Somos los héroes. Fotos, bailes, palabras, afecto, pero hay que dormir.

Saladoblanco - Timana - puente de Oritoguaz

A las seis de la mañana estamos listos. El siguiente punto es el puente de Oritoguaz en el municipio de Salado Blanco, donde en un nuevo acto cultural cargado de mensajes ecológicos nos animan para continuar. La ruta puente de Oritoguaz, paso de Maito Pericongo es inconmesurable. No se compara con estar dentro del río: pirámides y volvos de botes o tal vez los bautizos a los primíparos es la diversión del viaje. Hay gente nueva, todos muestran preocupación por el estado del río. Las charlas se enfocan al mismo llamado: ¡Hay que salvarlo!

En la ruta corta entre San Agustín y Pitalito encontramos un nivel caudal muy alto, además de la turbiedad, olas inmensas. Da miedo. En un sitio llamado La Calera, el bote queda fuera de control; remamos con todo, pero el río se tragó la embarcación. En medio del agua, solo veo volar mi cámara y tenis viejos. Ahora todo es oscuro, no existe arriba o abajo, el frío y el desespero por respirar aceleran mi corazón, me golpeo contra las rocas, los segundos cuentan y el agua me saca a un costado. Reacciono y veo que los seis pasajeros estamos dispersos. Dos botes de apoyo sacan a los que se encuentran en riesgo inminente. Estamos bien, pero es difícil ganarle al Magdalena.

Tarqui - puente Esteban Rojas

Es nuestro tercer día en el agua, la contaminación crece a pasos agigantados: hay manchas en el agua, el olor y el color cambian a medida que se avanza por las poblaciones. La apariencia del río cambia por la deforestación, el manejo de riegos y fumigaciones. Hay rastros de desbordamientos y la pesca disminuye considerablemente.

La siguiente salida es el puente de Esteban Rojas. Un nuevo acto cultural, los mensajes ecológicos y todos a sus puestos. Aunque el clima cambia todo el tiempo, el río disminuye su caudal. Buscamos

un sitio seguro para continuar. Los lugareños nos despiden con banda papayera. Vamos hasta el paso del Colegio. Esta vez hay tranquilidad, el río está pausado, los chapuzones son frecuentes y existe camaradería en el ambiente.

La travesía permite conocer, vivir el río, hablar con la gente. Hay presencia de comunidades afrocolombianas, la mayoría jóvenes desplazados por la violencia, esquivos a las cámaras, algunos dedicados a la pesca artesanal, viviendo del Magdalena y sufriendo con él.

Se acerca el punto de llegada. Apreciamos que la profundidad del río detrás del poblado de la Jagua —cerca a Garzón—, no supera los cien centímetros. Ideal para un chapuzón, pero peligroso, ya que restos de rocas con filos yacen en el fondo, sin descartar las botellas. Llegamos al puente El Almorzadero, más papayera y curiosos nos reciben. Aplausos y abrazos son gestos conmovedores que se hacen notar, igual que el cansancio y las quemaduras causadas por el sol.

Gigante - Río Loro (vereda Veracruz)

Los estragos del viaje se hacen sentir. Hay cansancio y gripe, también un hombro lastimado, deseo de abandonar, pero el desayuno y una charla relajada me reaniman. Volví al agua, mi cámara sigue cada paso desde la salida hasta el poblado de Río Loro, la lluvia hace presencia. El río está en su punto y la corriente anuncia buena ruta. Mis ánimos suben más al ver mis dos nuevas y bellas compañeras.

Los juegos son la constante en el viaje. Los rápidos ponen a prueba nuestros instintos de supervivencia, luego el río cambia su comportamiento justo al llegar al “Toro”, que es un paisaje bello, repleto de montañas. Probablemente es la parte más profunda del recorrido, las rocas alcanzan el tamaño de casas de dos pisos.

Nueva parada y a recolectar basura. ¡Cuántas tribus habrán navegado por estas aguas! Las charlas de algunos guías enuncian mitos del río, hablan de la Madre de Agua, del Duende, el Mohán... historias que conducen a sitios imaginarios, aunque el sentir general es estar navegando por un río mágico. Algo opaca la diversión. Unos pescadores buscan un cadáver. Tras varias horas, deciden esperar al día siguiente. Al dejarlos atrás, uno de mis acompañantes menciona la construcción de la represa de El Quimbo: “Ese maldito negocio va a acabar con todo esta parte del río, va a alterar la fauna: lo que hace este gobierno por plata”. En Paso del Colegio el río está más contaminado y se construye la represa. Pienso que la recuperación de la zona tardará muchos años y para cuando El Quimbo pierda su vida útil las tierras inundadas no servirán de nada.

Yaguará - La Boa

Estamos en Yaguará, el pueblo famoso por su festival del agua y el concurso “Miss Cola”. Al

encontrarse al lado de la represa de Betania, se convirtió en un sitio turístico: buena comida, buena vista y tranquilidad. Esa noche, en torno a unas cervezas, traemos anécdotas e historias alrededor del río, recordamos las olas de más de seis metros y damos gracias a Dios por guiarnos. “Es mejor darle gracias al río y pedirle permiso para entrar a él”, dice Honorio Muñoz, un estudiante de la Universidad Surcolombiana.

El último día

El nuevo lugar de partida se llama La Boa, la travesía era más larga. Entran al agua diez kayak y cinco botes de *rafting*. Un invitado galo llamado François da instrucciones serias sobre cómo vadear el río porque ahora es una avenida extensa sin rápidos, una masa de agua incontenible que conduce a donde él quiere.

En mi bote estoy con las dos bellezas del día anterior, llevamos abundante comida ligera, porque habrá mucho trabajo. Zarpamos y encontramos un sol abrazador, un río más imponente. Me siento agotado en el último día antes de llegar a Neiva, tardamos alrededor de ocho horas con un solo descanso. Se hace inmensamente largo el camino; el sol agota y es necesario entrar al río para refrescarse, nos divertimos haciendo pirámides en los botes, lanzamos a nuestros compañeros al agua.

Llegamos al puente vía a Yaguará - Rivera. El almuerzo espera, un banquete de sancocho de pollo, y de nuevo al agua. El día transcurre lento, pero se ve a lo lejos el brillo de la cruz de la catedral. En un islote aparkan los botes y kayak para la última foto, sentimos el sabor a victoria. Es emocionante. Llegan botes a motor con cámaras de TV, fotógrafos: somos héroes.

Continuamos y vemos el monumento de La Gaitana. ¡Sí!, decimos, lo logramos... Llegamos y de donde no había fuerzas levantamos aquellos botes, nos abrazamos, sonreímos. Somos cuarenta navegantes y el río nos hace amigos, sobrevivimos a él y ahora tenemos que hacerlo vivir a él.

La caverna que se está tragando un barrio

Para los habitantes del barrio Villa Lucía de Pasto, sus casas, lejos de darles protección, encierran a un enemigo silencioso.

Ángela Mercedes Enríquez García¹⁴

Pasto

“La casa en el aire”, así bautizaron los vecinos la vivienda de Edilma Rosero. En 1996, esta madre de cinco hijos y habitante del sector, decidió remodelar y ampliar su residencia. La tarea comenzó una mañana de domingo en la sala de su casa, sin imaginar que desde ese momento su vida cambiaría.

El plomero decidió tantear el terreno anclando su varilla, un rudimentario indicador del tipo de suelo y vieja costumbre entre sus colegas. No llevaba más de diez minutos tacando la tierra cuando la varilla se deslizó en el vacío, como si una mano invisible halara del otro lado. Desconcertado, buscó a la dueña de casa y continuó destapando aquel agujero, intentando explicarse el extraño acontecimiento que no terminaba de revelarse ante sus ojos, pues su varilla de metro y medio intentaba vanamente tener contacto con suelo firme.

Edilma tampoco comprendía. No tardó en llamar a los bomberos, que llegaron inmediatamente, inspeccionaron la casa y ubicaron en el agujero su larga escalera que apenas logró asomarse en la superficie del piso de la vivienda. Descendieron cautelosamente en una pendiente bastante empinada. Luis, uno de los hijos de Edilma recuerda: “Uno tenía que bajar amarrado a una cuerda, así no más no se podía, mi mamá no quiso bajar, estaba aterrada con la noticia”.

Ya en el subterráneo encontraron una gran caverna en forma de campana y con varias ramificaciones, semejante a un laberinto que ocupaba una extensión similar al barrio. Como siguieron recorriendo el lugar, las linternas le dieron otra sorpresa a la familia Rosero: a lo lejos se entreveía un brillo, el reflejo de una laguna que reposaba bajo su casa en las entrañas de Villa Lucía.

Vista desde el interior de la caverna, la vivienda lucía débil, sus cimientos se apoyaban en un espesor ridículo de tan solo un metro. Uno de los primeros bomberos en ingresar, Francisco Miranda, explica: “Desde adentro del hueco se miraban las tuberías y todo el sistema de drenaje como flotando”. Esa fue la razón por la que los vecinos decidieron compararla, entre burlas e ironías, con *La casa en el aire* que alguna vez inventó Escalona.

La remodelación dejó al descubierto la fragilidad de la construcción y el riesgo inminente que representaba para sus habitantes. La familia abandonó la casa y recibió un subsidio de la Alcaldía

para pagar el arriendo durante algunos meses. Edilma, tras siete meses de gestiones, investigaciones y denuncias infructuosas, entró en un estado de estrés y depresión profunda. Ante la imposibilidad de soluciones viables, la somatización de su frustración la llevaría a sufrir un paro cardíaco.

Cuando la caverna tiene hambre

La caverna a veces lograba comunicarse con sus víctimas, con fríos respiros y sorprendentes humedades. Para Villa Lucía, su peor enemigo habitaba bajo sus pies y amenazaba tragarse de a pedazos el sector.

Poco a poco fueron revelándose más y más agujeros en las casas del barrio. Nadie sabía quién sería el próximo y qué parte de sus viviendas sería devorada; el ambiente era tenso y el desasosiego afectó las relaciones entre los vecinos. Cada temporada la caverna se aseguraba de aprovisionarse. Durante los periodos de tranquilidad, las familias trataban de buscar consuelo o simplemente negaban el problema. El socavón insaciable, a veces devoraba la sala, otras el comedor. Los antejardines, patios y baños quedaban al descubierto. Eso sí, la caverna era piadosa, pues se tragaba tan solo una parte de las casas; además, hasta el momento parece no mostrar apetito por humanos. Aunque el vecino que aún “no ha tapado su hueco” puede sentir día a día una corriente de viento subterránea, un eco que le recuerda la existencia del socavón bajo sus faldas.

Luis Alfonso Enriquez, presidente de la Junta de Acción Comunal desde el 2012, comenta: “La gente de aquí tiene dificultades con los socavones, los están rellenando con sus propios recursos; hasta el momento veintidós casas han solucionado de esta forma su hueco. Aquí somos cinco barrios y el más afectado es Villa Lucía, somos alrededor de trescientos cincuenta familias afectadas”.

Han transcurrido dieciocho años desde que los habitantes coexisten con la cueva y el albur; saben que cada tanto otra casa más será afectada y, como uno de ellos afirma: “Uno se acostumbra a vivir con el problema. A ratos hasta se le olvida”. Otros se engañan diciendo: “Hasta ahora no hay un solo muerto ni una sola casa tragada por completo, las autoridades exageran, al igual que los medios”.

Los habitantes sufren de un síndrome masivo de negación. El tema les incomoda, lo evaden y obstinadamente desean creer que no ha pasado nada. Tratan en vano de borrar cualquier rastro del socavón y se volvieron expertos en maquillar sus casas a punta de estuco, losa y cerámica. Tapan las grietas con adornos, cerámica y excelentes simulaciones: “Eso nos reconforta, al menos le hacemos mantenimiento a la casita”, dice un vecino. Otros, más temerarios, han construido pisos adicionales en sus viviendas, hasta dos, sin importarles la falta de cimientos.

Los habitantes de Villa Lucía se sienten víctimas de un “síndrome arquitectónico”. Ya están hartos de estudios y entrevistas inmediatistas que no ofrecen soluciones de fondo al problema. Cada propietario ha optado por asumir su cruz, o su hueco, de manera independiente, apañándose con arreglos improvisados.

La romería de las instituciones

Villa Lucía está ubicado a diez minutos del centro de Pasto. Fue fundado en la década de los ochenta y construido en la ribera de la vía Panamericana. Aunque su arquitectura es agradable, el pavimento de sus canchas y calles está fracturado en diferentes sentidos. En algunas partes se aprecian hundimientos y humedades que hacen evidente el olvido que lo habita.

Allí, cada propietario adquirió su predio. La construcción se dio paulatinamente, pues no existía una urbanizadora o firma encargada, sino que la propietaria del terreno, doña Lucía, vendió los lotes uno a uno. Por eso el barrio recibe su nombre.

Desde el descubrimiento en la casa de Edilma, en 1996, justo en el periodo administrativo del alcalde Jimmy Pedreros, se realizaron numerosos estudios, empezando con la microzonificación efectuada por Ingeominas, en la que utilizaron geófonos (instrumento que a partir del eco logra capturar la imagen interna, las dimensiones y la forma de la mina). El estudio permitió evaluar geológicamente las características y la dinámica del terreno. Luego fueron evaluadas una a una las casas del barrio, para determinar cuáles corrían mayor riesgo. Se mantuvo también el monitoreo permanente a las edificaciones más afectadas, como la de Edilma.

Otra medida adoptada fue la instauración de bolardos en las vías del barrio para impedir el tránsito de carros pesados, pues estos afectarían aún más el estado del suelo. Administrativamente, se eximió al barrio en el pago de impuestos por diez años prorrogables de manera indefinida, tras la devaluación abrupta de las edificaciones; y se trabajó mancomunadamente con los habitantes en un plan de contingencia. Con el tiempo, la disposición y unión de la gente se diluyeron, al igual que la esperanza de un apoyo real de las autoridades.

Si bien es cierto que no todas las viviendas se encuentran bajo los recovecos, el efecto de erosión genera el desplome de los techos de estos caminos y forma agujeros de amplio tamaño, lo que no solo afecta a la casa, sino a las que están a lado y lado del hueco subterráneo. Técnicamente, este efecto se conoce como subsidencia, y quiere decir que varias casas pueden desplomarse hacia el fondo de las cámaras subterráneas, según explica Ricardo Ortiz, antes coordinador de la oficina del Comité Local de Prevención y Atención de Desastres: “El colapsamiento ocurrirá inevitablemente”.

Hasta ahora, los avances se limitan al monitoreo de las viviendas, sin que las autoridades

responsables ejecuten acciones para evitar el desastre ya avisado. Así lo asevera el bombero Miranda: “Para nosotros es una emergencia anunciada”. Los vecinos esperan que el Gobierno nacional destine recursos hacia la Dirección para la Gestión del Riesgo de Desastres Pasto (DGRD) para realizar un nuevo diagnóstico donde se verifique el cambio en las formaciones de la antigua mina, pues la erosión ha cambiado drásticamente las dimensiones del antiguo socavón.

En la actualidad, la DGRD espera la actualización del Plan de Ordenamiento Territorial (POT) en el que se defina si el riesgo es mitigable o no en la zona, y se determinen acciones. El director del DGRD de Pasto, Darío Andrés Gómez Cabrera, opina que la medida del relleno de los socavones bajo las casas son acciones que hacen el efecto de un calmante, prolongando la vida de las casas un poco, antes del inevitable colapso.

Lo que se pudo constatar es que los estudios de suelo realizados antes de construir las casas no evidenciaron ninguna falla ni anomalía, es decir, cada familia compró su lote asumiendo los estudios respectivos, que además resultaban ser muy simples, pues la ley no reglamentaba la microzonificación ni tampoco la necesidad de identificar las amenazas. Solo a partir de 1983, tras el terremoto de Popayán, se dictaron normas para determinar el riesgo en las construcciones.

La Ley 388 de 1997 sobre planificación y plan de ordenamiento territorial contempló aspectos ambientales y amenazas naturales como una variable fundamental en la planificación de las ciudades. Pero para ese año, el barrio Villa Lucía había sido construido en su totalidad y Edilma Rosero era la primera damnificada. Además, en 1993, el Ministerio de Minas y Energía delegó funciones para otorgar las licencias mineras a su regional en Pasto cuando ya era demasiado tarde para el barrio.

Hasta ahora son decenas de familias afectadas por el problema. Desde el DGRD se ha mantenido interlocución con los residentes persuadiéndolos para que abandonen el lugar, pero tan solo han salido cinco familias, a las cuales la Alcaldía les respondió por el arrendamiento de seis meses. El resto prefiere seguir viviendo en condiciones de riesgo permanente antes que perder su propiedad. Se planteó la posibilidad de ofrecer viviendas en el barrio Aranda, propuesta que fue rechazada por los habitantes de Villa Lucía, por tratarse de un sector alejado del centro. Igualmente, no se equipara el valor de sus casas con las propuestas por la Alcaldía.

Los laberintos y las minas

Pero la caverna existía mucho antes del barrio. En los años cincuenta, Carlos Cabrera, dueño del terreno, explotaba su mina de arena y era tal la riqueza del mineral que explotó los trabajos a terrenos aledaños a su propiedad. Excavaron una y otra vez y como termitas, él y sus trabajadores construyeron una serie de recovecos, algunos pequeños para el sostenimiento del techo, y otros de grandes dimensiones, en forma de campanas, donde se estacionaban las volquetas para cargar la

producción diaria.

La extracción del mineral se realizó inicialmente con carretillas. Con el paso del tiempo llegaron las volquetas, que aumentaron el tamaño de los socavones por la entrada de camionetas. La forma de la antigua mina se asemeja a un pulpo gigante donde sobresale la “cabeza” —lugar donde las volquetas se estacionaban— y los “tentáculos”, como una serie de caminos serpenteantes conectados unos a otros.

Más allá de sus confusas formas, las paredes de los recovecos siguen siendo el único soporte del barrio, que hacen las veces de columnas; sin embargo, el efecto de la humedad y de la erosión, sumado al peso agregado de las edificaciones, han desplomado los soportes y han dejado sin sustento las estructuras. Así se produjo el desmoronamiento parcial de las viviendas en distintas épocas, situación que ha impedido inspeccionar la totalidad de los recovecos.

Hasta 1975, aproximadamente, el dueño de la mina extrajo todo el material posible, sin monitoreo ni restricciones por parte de las autoridades, pues el sector no estaba habitado. Finalmente, Carlos Cabrera intentó demoler la mina con cargas explosivas para su futura urbanización, tarea fallida, pues las cargas no lograron compactar el terreno. Luego murió, y la mina y sus socavones quedaron en el abandono.

“El desierto”, un lugar de recreación

Antes de iniciarse el proceso de urbanización, la mina permaneció abandonada durante casi una década. Era visitada por caminantes, familias y sobre todo por niños, que sacaban a relucir su espíritu aventurero rondando como exploradores por los recovecos.

No pocos pastusos recuerdan la existencia de un pequeño riachuelo y ojos de agua adornando el árido “desierto”. En la parte exterior, la mina conservaba sus altibajos y brindaba un terreno natural para la práctica del motocross, llamado popularmente “el desierto”, pues el ambiente arenoso ofrecía ondulaciones serpenteantes. Motociclistas y aficionados frecuentaban cada domingo esta pista, como recuerda Adrián, un vecino del barrio: “De guaguas íbamos allá en las bicicletas y saltábamos porque el terreno era quebrado”. Así, este monumento a la improvisación se convirtió durante varios años en un espacio para el esparcimiento y la práctica deportiva.

La laguna que se tragó al bombero

A primera vista, la pequeña laguna podría ser tachada de insignificante, pues sus dimensiones externas no pasan de quince por quince metros, mientras que las aguas profundas habitan el lugar aferrándose a la mina como a un molde. De ahí que fuese explorada apenas en su parte exterior, pues las ramificaciones y socavones de la mina están ahogados, situación que dificulta el recorrido

en sus profundidades.

Ricardo Ortiz, entonces director del Clopad, visitó el lugar junto con el grupo de bomberos una semana después del descubrimiento del socavón bajo la casa de Edilma. Esta vez ingresaron con el fin de obtener mayor información de la laguna y de sus reales dimensiones. “Tenía un poco de ansiedad, pero no más allá de lo normal. Descendimos quince metros dentro del hueco y, junto con el comandante de bomberos, nos preparamos para sumergirnos en esas aguas, misión asignada a los dos, pues teníamos la preparación para ello: nuestros trajes estaban amarrados con sogas para orientar el buceo. Tras quince minutos de inspección y en absoluta oscuridad, decidí regresar. Al salir esperamos ansiosos al comandante, y cuál sería nuestra sorpresa cuando tiramos de su soga y esta emergió despojada de nuestro compañero... Justo entonces comprendí la dimensión de esa laguna”.

Varias son las fuentes de origen de esas aguas: una parte emana del pequeño riachuelo que atravesaba el barrio y constituía uno de los atractivos para los futuros compradores de los predios, pues el barrio estaba acompañado de un acueducto propio que abastecía las necesidades de los habitantes. Con algo de impotencia, lo recuerda uno de los habitantes más antiguos: “Ese fue el gancho para comprar los lotes”.

El caudal del pequeño riachuelo surtía una rudimentaria piscina, que proveía de agua a los habitantes y, además, a un antiguo lavadero de carros del sector hasta 1989, cuando se construyó en ese sector el actual barrio Casabella y el rastro del riachuelo desapareció tras ser canalizado.

Sumadas a la acumulación del agua proveniente de varios nacimientos están las reservas de numerosos ojos de agua que adornaban las cavernas en el tiempo de “el desierto”. Era común observar visitantes que lavaban sus extremidades en los ojos de agua, convencidos de que poseían cualidades curativas. Así lo asevera Óscar Romero, habitante de un barrio cercano: “El agua desinflamaba y ayudaba para los problemas de circulación”.

Muchos pastusos recorrieron en sus juegos los caprichosos caminos y visitaron innumerables veces los ojos de agua. En aquel tiempo era frecuente toparse con charcos de aguas cristalinas que emanaban constantemente del subsuelo. Aunque la mayoría de estos nacimientos desaparecieron, en su recorrido encontraron el lugar perfecto para anidar y, finalmente, agonizar. Así, año tras año se aglutinaron de tal forma que conformaron la pequeña laguna, la cual poco a poco fue perdiendo sus cualidades cristalinas debido al estancamiento y a la falta de aire puro, hasta convertirse en aguas cenagosas: “La laguna tenía un color verde oscuro, aunque no olía mal”, explica el bombero Miranda.

Otra parte de las aguas, aunque en mínima proporción, proviene del goteo del sistema de tuberías que con el tiempo perdió su eficacia, empezó a agrietarse y creó goteos lentos que se sumaron a las

aguas naturales. Así se conformó un *collage* hídrico donde contrastan unas y otras aguas, con un color verde oscuro, propio de las aguas estancadas. Hoy en día las aguas provenientes del alcantarillado están subsanadas, ya que fueron canalizadas y redirigidas hacia la tubería principal del barrio.

El comportamiento de la laguna no es pasivo. Ella se alimenta de aguas lluvias y de la continua filtración que no alcanza a desbordarla, pero sí a mantenerla, con lo que se agrava su efecto, pues el goteo y la filtración de las lluvias genera una erosión lenta y permanente, además de la humedad que ha ido desgastando las paredes de los socavones y túneles. Como una enfermedad silenciosa, la laguna aniquila sosegadamente a su paciente.

La conquista del paraíso

El cronista-buzo narra las maravillas de la Isla de Gorgona desde las entrañas del mar Pacífico.

Rubén Varona¹⁵

Popayán

El viaje

Vamos en busca de las ballenas jorobadas. Les recuerdo a mis compañeros de buceo la historia del capitán Ahab, en *Moby Dick*, quien ofrece una moneda de oro acuñada en Quito al primero en divisar al gran cachalote blanco. En esa novela, Herman Melville hace alusión a otro doblón acuñado en Popayán, ciudad de la que una mañana de septiembre, tres instructores de buceo y once aprendices, yo entre ellos, salimos rumbo a la Isla Gorgona, en el Pacífico caucano.

A falta de doblones de oro, parodiando la historia del temido cachalote blanco, al primero de mis amigos en avistar una ballena yubarta o jorobada, como se le conoce popularmente a este cetáceo por arquear el dorso antes de sumergirse al agua, le ofrezco un alfajor chileno: aquel chocolate valdría su peso en oro en alta mar.

Eran las nueve de la noche cuando abordamos el María Patricia, embarcación donde nos esperaban hombres y mujeres de diferentes regiones del país, dispuestos, como nosotros, a certificarse como buzos profesionales.

El María Patricia zarpa todos los viernes en la noche del Puerto de Buenaventura y regresa los lunes en la mañana. El servicio incluye alimentación, refrigerios, alquiler de equipos de buceo y alojamiento. Para ello cuenta con treinta y cuatro camarotes equipados con aire acondicionado. Tiene cuatro baños, un comedor y una sala de televisión: todo muy limpio. Esta misma embarcación también viaja a Malpelo, isla considerada por experimentados buzos —como William Prieto— el mejor sitio de práctica de buceo en Colombia, al ser el reino de los tiburones ballena, martillo, silkies, punta blanca, galápagos, así como de las mantarrayas.

Antes de zarpar, el capitán Elcias Estupiñán nos dio una charla abordó y nos presentó a las diez personas de las que se componía su tripulación. Asimismo, nos aconsejó tomar pastillas para el mareo, ya que el viaje a Gorgona duraría doce horas y, según dijo, en la primera noche al menos el ochenta por ciento de los tripulantes suelen rendir sus atenciones al mar.

Navegamos a ocho nudos de velocidad en contra de la corriente. El viento sacudía la embarcación con su aliento a vinagre, el cielo estaba oscuro y las aguas tenebrosas: ¿de qué otra forma podrían estar? Pocas horas después, mar abierto, las olas azotaron el casco del María Patricia, levantaron el

barco y lo dejaron caer como si se tratase de un yo-yo. Sintiéndome insignificante frente al poder de la naturaleza, me acerqué a Garcés, el piloto de la embarcación. Él me contó cómo hacía para no perder el rumbo en una marea tan alta y con semejante oscuridad. ¿Qué sería de la navegación moderna sin estos bichos? Me dijo señalando sus instrumentos de orientación: una brújula, una sonda, un radar, dos radios y un GPS, que se utiliza para determinar la ubicación exacta de un barco, un avión, un carro, un iceberg, un cohete; también sirve para calcular la velocidad de navegación.

Mientras Garcés, de cincuenta y nueve años, me contaba que toda su vida la había dedicado al mar, una luz intensa titiló en el radar, nos apuntó. ¿Qué demonios era eso? Debí hacer una cara catastrófica, como si algún torpedo ruso viniera a destruirnos, porque Garcés me palmeó la espalda y me pidió calmarme. Dijo que se trataba de Doña Mariela, embarcación que también se dedica al negocio del buceo.

Él encendió una luz roja y luego una verde, giró el timón a doscientos veinte grados y continuó su pesado andar a la isla. Antes de bajar al camarote fui al baño. No tengo claro si se debió al vaivén de las olas, a la comida o a los murmullos de las ballenas jorobadas adobados por el viento, pero me agarré de las barandas y con los ojos cerrados arrojé mis entrañas al mar.

Un mar infinito

De repente todo se tornó oscuro y sentí un apretón en el brazo: a cien pies bajo el agua (treinta metros), Juan Cristóbal, uno de mis compañeros, señalaba una manta de aproximadamente cinco metros, que parecía danzar sobre nosotros. Aquella fue mi tercera y última inmersión en aquel lugar conocido como Montañitas II, junto al monumento en memoria de Jorge Ramírez, el mejor apneísta colombiano (practicante de buceo a pulmón libre, sin tanques de aire). Allí fue nuestra graduación como buzos. Bueno, a decir verdad, la mía ocurrió horas atrás, cuando por vestir un traje de neopreno sin mangas, un aguamala acarició mi brazo izquierdo con sus tentáculos y tuve que apelar a los buenos oficios de doña Nuria, la cocinera, para evitar cualquier complicación. “Y agradezca joven que no le eché orines, eso sí que es bendito; ¿oiga?”

La primera de nuestras inmersiones había sido en Yundigua, sitio perfecto para caretear. La quietud de las aguas fueron ideales para realizar ejercicios básicos del buceo, como quitarse el equipo autónomo y volvérselo a poner, controlar la flotabilidad y compartir con otros buzos el aire de los tanques. Una hora permanecemos bajo el agua, a veintitrés pies de profundidad (siete metros). No había rastros de las ballenas jorobadas.

La segunda inmersión la realizamos en un sitio cuyo nombre acelera el corazón al más valiente: La Tiburonera. Descendimos setenta pies (veintiún metros), a través de una roca gigantesca en la que serpenteaban morenas de cabezas achatadas, cuerpos largos y verdosos. A lo lejos el melancólico

canto de las ballenas. El mar estaba infestado de atunes, agujas, trompetas y cirujanos.

Persiguiendo un pez loro que por sus tonalidades me llamó la atención, llegué a una grieta, donde me topé de frente con un tiburón aletiblanco de aproximadamente dos metros. No tuve miedo, pero sí la extraña sensación de estar viendo algún especial de *Naturalia*, el programa que en los ochenta dirigió Gloria Valencia de Castaño.

A pesar de mi estado de excitación porque en solo tres inmersiones había visto más animales que en toda mi vida, me sentía algo desilusionado porque, más allá de sus cánticos, no había tenido noticias de las yubartas. Al caer la tarde, subí a la popa del barco. Llevaba el alfajor en el bolsillo. Seis personas se alistaban para hacer buceo nocturno. Me distrajeron dos peces voladores que se correteaban el uno al otro.

“¡Ballena a la una!”. El grito del capitán rompió mi ensoñación. El piloto puso en neutro los motores del María Patricia, y un pequeño ballenato de dos metros y medio, acompañado de dos ballenas adultas, sacaron la joroba del agua y pasaron muy cerca de nosotros. Mordí el alfajor y respiré conmovido: el Capitán del María Patricia no me cobraría el doblón prometido.

La isla

Seis tripulantes de la embarcación suspendimos por media mañana las actividades subacuáticas y desembarcamos en el Parque Natural Isla Gorgona. Esta isla fue el primer asentamiento precolombino del Pacífico, como prueban los petroglifos allí encontrados, que datan del año 1300 antes de Cristo.

Humberto, un guardabosque del Sistema Nacional de Parques, nos dio la bienvenida a la Isla Ciencia, una de las zonas de mayor biodiversidad del planeta. Nos explicó que algunos siglos atrás, Gorgona desempeñó un papel decisivo en la conquista del Pacífico Sur. La descubrió Francisco Pizarro en 1524, y él mismo, al darse cuenta de que las culebras que allí habitaban habían comenzado a diezmar las tropas con las que sometería al imperio Inca, decidió bautizarla con este nombre, que hacía honor a la Gorgona Medusa, deidad marina con serpientes por cabellos y un par de ojos capaces de convertir en piedra a quien los mirase. Asimismo, la isla fue estratégica para los piratas, bucaneros y corsarios de los siglos siguientes, quienes navegaban hasta allí para aprovisionarse de agua dulce, antes de atacar los galeones españoles dedicados al comercio entre Europa y América.

En el siglo XVIII, las islas de Gorgona y de Gorgonilla, su vecina, fueron donadas por Simón Bolívar a un sargento alemán que prestó servicios a la causa libertaria. Años más tarde, fueron vendidas a una acaudalada familia payanesa. En 1959 las adquirió el gobierno colombiano para construir allí la prisión más temida del país, la cual fue clausurada en 1984. El 7 de agosto de 1985,

aquellas islas pertenecientes al departamento del Cauca, finalmente se convirtieron en Parque Nacional.

Luego de aquella productiva charla, alquilamos un par de botas de caucho y, guiados por “Colacho”, un moreno de Guapi, que lleva más de la mitad de su vida en la isla, comenzamos el recorrido por el sendero ecológico. Nos acompañaba una llovizna perezosa. El murmullo de los cangrejos, la gran mayoría endémicos, de los micos cariblanos, las serpientes, los lagartos, las hormigas y las aves migratorias se fundía con la brisa para hacerle eco a las olas que chocaban contra los arrecifes coralinos.

“Colacho” nos llevó hasta lo que fue el penal. Sus ruinas aún transpiraban las historias de los convictos. No puedo dejar de mencionar el impacto que me produjeron las paredes de la cocina, hoy devoradas por la selva; los barrotes de los calabozos, cuyos principales huéspedes ahora son gigantescos murciélagos; y las duchas, en las que según nuestro guía, un 30 de octubre, víspera de *Halloween*, los guardias asesinaron por la espalda a seis presos. Sí, imagino los comederos vigilados desde las alturas y el alambique clandestino que producía un licor de piña, solamente descubierto al clausurar el reclusorio. En aquel momento se logró establecer que la cárcel había desbastado al menos el 30% del bosque nativo.

Hoy existe un estricto control sobre la naturaleza. Tan es así que el buceo está prohibido en algunas zonas de arrecifes coralinos y la selva por sí sola ha comenzado a regenerarse.

“Playa Cocal es un lugar de anidación, recuperado para las tortugas. Desde la creación del parque hay cada vez más tortugas que llevan a Gorgona en su memoria, a miles de kilómetros. Algún día regresarán a desovar a su playa natal”.

Leímos aquel letrero en el lugar donde una hora más tarde nos recogería El Zodiac, que nos llevaría de regreso al María Patricia. Nos quitamos las botas y seguimos el rastro de los cangrejos ermitaños que, antes de entrar al mar, se remojaban en una fuente de agua dulce. La lluvia corría a través de las hojas de los árboles y animaba la sinfonía universal de los grillos. “Colacho” recogió algunos cocos del suelo y los partió con su machete para darnos de beber el agua. A lo lejos, cinco heraldos de la diosa Medusa expulsaron un chorro de agua y aire; sus aletas tiñeron de paraíso el horizonte.

Un viaje a la reserva forestal de Río Blanco

Un recorrido desde Manizales hasta la reserva forestal de Río Blanco, atravesada por la quebrada Olivares. Un paraíso de fauna y flora.

Germán López Cortés¹⁶

Manizales

Hoy la ciudad de Manizales es surcada por tres avenidas importantes, y la avenida Santander es la más congestionada. Voy en medio de ese tráfico lento como copiloto de Gustavo Ríos, propietario de una finquita dentro del escarpado relieve. Vamos en su camioneta Toyota color blanco, o color barro, como la llama jocosamente.

De occidente a oriente nos movemos a sesenta kilómetros por hora. Con un gesto afable Gustavo Ríos señala hacia las montañas distantes, alzadas alrededor de la ciudad. Entonces algo en mí memoria se enciende. ¡Claro! es que allá se encuentra la Reserva Forestal Protectora de Río Blanco y Quebrada Olivares (ARFP Río Blanco), zona natural que goza de biodiversidad abundante y de nacimientos de agua envidiables para cualquier comunidad. Hacia allá nos dirigimos, y presiento que este recorrido será una suerte de viaje hacia los predios de la evocación.

La ARFP Río Blanco y Quebrada Olivares, creada en 1990, abarca cerca de 5000 hectáreas. Produce y regula el treinta por ciento del agua que abastece al municipio de Manizales. Su clima es frío y húmedo gracias, entre otras cosas, a la niebla que siempre la acompaña, lo que convierte esta reserva forestal en una fuente vital de recurso hídrico. Es considerada el bosque de niebla con mayor diversidad de mamíferos en el país; cuenta con 362 especies de aves, que suelen compartir las copas de los árboles con otras especies migratorias entre los meses de agosto y octubre.

La quebrada Olivares que la recorre está catalogada como una surtidora de acueductos y por eso se le hace tratamiento de conservación constantemente.

Para entrar a este paraje se pueden tomar diferentes caminos. El ingreso a pie se puede hacer desde los barrios La Sultana, Minitas, La Toscana o La Cumbre, pertenecientes a la comuna Ecoturística Cerro de Oro. Solo hay una carretera disponible para llegar en automóvil y se encuentra en la entrada de los barrios Minitas y La Toscana. Ese es el camino que tomamos.

Gustavo Ríos es manizaleño, nació hace cuarenta y tres años en el barrio La Sultana, y desde niño conoce y frecuenta esta zona natural. Tiene el mentón ancho como su sonrisa. Mientras mueve sus antebrazos gruesos sobre el volante me suelta sus recuerdos:

“Compartí mucho acá cuando era niño haciendo comitivas familiares, nadando en este río,

también pescando pequeños animales como corronchos y sabaletas pequeñas que, últimamente, no he visto. Por aquí nos metíamos en gallada hasta las charcos de por allá arriba”.

Vivió en Estados Unidos durante veinte años. Allí aprendió a dormir poco y a trabajar muy duro en diferentes oficios, entre los cuales destaca el de constructor; se especializó en el trabajo con madera.

Con el codo apoyado en la ventanilla afirma que cuando era joven vio cómo estos bosques eran sembrados con cipreses y eucaliptos. Explica que estos árboles secan los suelos, “los limpian de sus nutrientes” y los dejan aptos para ser intervenidos en proyectos de construcción.

Se asoman unas colinas forradas con los mentados eucaliptos. Gustavo esquivo con pericia un gran bache. Luego mete la doble para superar un lodazal y habla con tono despreocupado sobre los cambios en el paisaje: “He visto mucha reforestación de cipreses y eucaliptos en estas montañas. Por ejemplo, cerca de La Aurora, han reforestado regularmente, lo cual, hoy por hoy, da pie a que el suelo esté apto para una posible urbanización en esos predios. Ese es uno de los cambios que he visto entre antes y hoy, tres reforestaciones de cipreses y eucaliptos”.

Naturaleza en disputa

Levantando polvo nos movemos y pasamos al lado de los predios de la finca La Aurora, donde se planea ejecutar, en un futuro cercano, un proyecto de vivienda de interés social que ha suscitado gran tensión en la administración local y debates airados en ciertos sectores de la ciudadanía manizaleña. Algunos lo ven como una amenaza real a los recursos hídricos del municipio, pues se pondría en peligro de contacto el agua que lleva el río —a menos de un kilómetro— con los desechos de una nueva urbanización.

Gustavo Ríos, como propietario de un predio dentro de esta reserva, ha estado al tanto de la situación. Mete un segundo cambio, acelera y afirma: “Es muy posible que terminen tumbando monte y haciendo nuevas urbanizaciones. Por un lado, es triste porque, por más que planeen, nunca se sabe cuál va a ser el impacto ambiental. Por otro lado, es una forma de buscar progreso”.

Sin embargo, la última palabra la tienen la Alcaldía municipal y Corpocaldas, que son las que deciden si cambian definitivamente la catalogación de uso del suelo y otorgan los permisos para que se levanten urbanizaciones. Cabe resaltar que dentro del componente rural del POT de Manizales, uno de sus objetivos es: “Reducir la diferencia con lo urbano, a través de la concepción del municipio como uno solo”.

Por otra parte, en años recientes la ciudadanía ha mostrado preocupación por lo que le ocurre al río. En el año 2004, por iniciativa de un particular, se radicó una acción popular para frenar la

contaminación de la quebrada Olivares debido a que se arrojaban en ella basuras y escombros de manera indiscriminada. Con esta acción popular se pretendía proteger los derechos constitucionales a un ambiente sano y al equilibrio y protección de los recursos naturales. El fallo fue favorable para el demandante y se obligó a la administración del municipio a comprometerse con el cuidado de la quebrada, así como a la realización de campañas educativas en la comunidad.

La vida en la montaña

Desde hace ocho años Gustavo Ríos es propietario de la finca Los Naranjos, la cual tiene una extensión de veintiocho hectáreas y media. Sus palabras son las de un hombre orgulloso de su tierra: “No dudé dos veces en comprar esta finca, que se llama Los Naranjos porque es grande, bella, tiene zonas de turismo y de reforestación. Es un terreno ondulado con bastantes cuencas hidrográficas, casi cabezales, donde nacen dos quebradas que se unen con otras dos en el mismo predio, que van a dar a un riachuelo que se llama La Arenosa”.

Dice que hoy existe más control sobre las personas que suben hacia la ARFP Río Blanco y Quebrada Olivares. Como habitante de este lugar, comprende la importancia de trabajar hombro a hombro con las instituciones municipales. “Lógicamente tenemos restricciones en nuestra finca. Nos comprometimos con la gente de Corpocaldas a conservar estas cabeceras y a evitar la deforestación en estas cuencas hidrográficas para conservar el agua. Ahora estamos haciendo un trabajo conjunto con Corpocaldas e ingenieros ambientales de la Alcaldía, para mejorar lo que son las siembras, las prácticas agrícolas, para fumigar sanamente, para mejorar la calidad de la leche, la carne y vigilar la salud de los bovinos, etc.”.

Afirma que, durante el transcurso del tiempo, se nota el cambio de mentalidad hacia la reserva forestal natural. “Entonces, desde que yo era niño —más o menos hace treinta años— hasta ahora, se ve un cambio muy importante en la conciencia, en el cuidado de la fauna silvestre y las especies únicas para evitar su extinción, erradicación o caza”.

El sol entra por el parabrisas mientras la camioneta prosigue sobre la carretera áspera. Es evidente que las vías de acceso han mejorado. A nuestro lado pasa lentamente una volqueta cargada con arena o piedras. Nuestra camioneta se hace a un lado y queda justo sobre el borde. Abajo el agua arrastra incontables piedrecillas. Ocasionalmente pasa alguien a caballo, motocicleta, bicicleta o a pie. Continuamos. Hay troncos de madera largos y rectos, pelados y apilados a un lado de la vía.

Nos movemos sin prisa por la carretera destapada. Esta sigue la forma del río que hipnotiza con su lento cauce. Es la quebrada Olivares Minutas-Río Blanco, que se nutre de incontables riachuelos mientras descende del páramo y atraviesa parte de la ciudad.

Surge la necesidad de hablar de esas aguas espumosas, de la arena que sacan los areneros, porque ellos, según el amigo Ríos, guardan con recelo intrigantes secretos de su oficio. Le digo a Gustavo que es preciso encontrar a alguien que conozca el río como la palma de su mano. Entonces me sugiere a un amigo suyo, habitante de estas orillas.

Cuando el río suena

Unos arbustos se mueven y de la ladera sale un hombre delgado y alto, de aspecto sereno, con gorra y gafas oscuras. Levanta la mano y nos saluda. Gustavo frena. Se conocen. Se presenta. Juan de Dios Sánchez es su nombre. Tiene una motocicleta que parquea al lado del camino. Vive en una choza subiendo la pendiente. Sentados sobre un tronco caído nos cuenta que es feliz. Es arenero desde hace treinta y tres años.

“La vida aquí, viéndolo bien, es buena más que todo, sin ser conforme, porque hay que adaptarse. Sin embargo, soy maestro de obra, y cuando me metí a trabajar al río me ganaba mil cuatrocientos pesos semanales, y aquí en el río tuve semanas de trescientos cincuenta, en el primer año. Ya después del primer año tuve semanas buenas, de veinte mil o treinta mil, claro que madrugando: dos o tres de la mañana hasta diez u once de la noche”.

Conocedor a cabalidad del oficio, Juan de Dios Sánchez tiene su nicho de trabajo en la conjunción de dos quebradas, una de las cuales nace en la finca de Gustavo Ríos. El trabajo es diferente cada día. El río le ha enseñado que hay que ser paciente: “Y es eso, ser conforme aquí en el río. La vida es buena porque por más que mal le vaya siempre se saca su billetico. Porque muchas veces no se vende y dicen que el material esta malo, y no: hay que saber qué materiales son los que se necesitan en la temporada, y sacar el material que se vende en ese tiempo, aunque todos son negociables”.

Comenzó trabajando en un charco que se encontraba en los predios de un conocido. Asegura que en aquel tiempo, a finales de los años setenta, no había contaminación. Sus ojos vieron la inmensa avalancha posterior a la erupción del volcán Nevado del Ruiz, el 13 de noviembre de 1985. Dice que fue colosal, que se llevó parte de la carretera. Habla sobre los permisos que debe tener para trabajar en el río. Hoy en día Corpocaldas es la entidad que le ha dado los permisos para trabajar la tierra. Sobre los cambios que ha visto en el río en el transcurso de las décadas cuenta: “Cuando eso, apenas estaban construyendo al barrio La Cumbre. El río estaba sano, en ese lugar no pasaban aguas negras y se trabajaba muy sabroso. Ahora están bajando aguas negras y la contaminación es extrema también... tarde o temprano el río va a sufrir. Las aguas negras, las urbanizaciones y los cambios que ha tenido Manizales se ven. Entonces, yo creo que de aquí a veinte años también urbanizarán esto”.

Juan de Dios ve con buenos ojos la construcción de urbanizaciones, siempre y cuando no sean

grandes, porque eso genera daños ambientales a largo plazo. Actualmente es el presidente de una asociación de areneros. Tiene muchas ideas para implementar en la comunidad, sobre todo para el aprovechamiento del tiempo libre de las personas. Sin embargo, no ha logrado que estas ideas cuajen entre la asociación de areneros, que lleva seis años de existencia. Hoy por hoy, cerca de cincuenta personas trabajan sacando piedra, gravilla, gravado, arena, arenón o sucio de la Quebrada Olivares Minitas Río blanco. Todas tienen familia para mantener.

La asociación de areneros se reúne en la Junta de Acción Comunal del barrio Minitas. Con ellos tienen un proyecto para traer, en un futuro cercano, retroexcavadoras que permitan la optimización del trabajo. La afirmación es inquietante. No obstante, Juan de Dios Sánchez es escéptico al respecto. “Yo llevo treinta y tres años en el río y desde eso me están diciendo que van a meter retroexcavadoras, que el material sale en más cantidad, y nunca han metido una retroexcavadora al río para sacar material. En ciertos días sí metieron una retroexcavadora para arreglar la carretera, pero nomás para sacar sucio o rellenar terrenos en La Aurora. En tres días organizaron el paso con las máquinas. Dicen que también van a canalizar el río. Eso también sería maravilloso”. Él es partidario del progreso. En este sentido ve las posibilidades que ofrece este río para el turismo local:

“En cuanto al río me parece maravilloso, el turismo, los paseos... nada más el domingo había cerca de doscientas personas. Esto se llena, se hacen comitivas, sancochos. Eso dejan basura, sí, pero la mayoría es cáscara de yuca, cáscara de papa, de plátano, entonces llegan las vacas y se comen eso. Los platos y vasos desechables se queman, y hacen fogata”, agrega el arenero.

Él entiende que el agua corre, que todo cambia. Su visión sobre el futuro del río es optimista. “A este río lo están cultivando con humedales en los páramos de arriba y están sembrándole vegetación y todo ello para que haya agua, entonces me parece maravilloso, uno se sorprende con el tiempo de todas estas cosas: sí, señor”, dice.

Rumbo a las montañas

Nos despedimos de Juan de Dios Sánchez y la travesía continúa. Comienza a descender la niebla sobre el bosque. Alcanzamos la represa Olivares La Bocatoma, donde se controla el flujo de la quebrada Olivares Río Blanco. Franqueamos la bella arquitectura de la finca La Arenosa y subimos por la carretera que se pone más empinada y culebrera.

Pasamos de largo junto a la Fundación Gabriel Arango Restrepo, entidad que desde 1996 crea conciencia, en los habitantes de la región y en los turistas, sobre la diversidad de fauna y flora que existe allí y la importancia de proteger esta reserva natural donde viven animales como el tigrillo, el oso de anteojos, el venado de cola blanca, el mono aullador y el mono perezoso, entre otros cuarenta mamíferos reconocidos.

Durante el trayecto descubro que personas como Juan de Dios Sánchez y Gustavo Ríos tienen el interés de fomentar una cultura de la asociación. Mientras nos acercamos a la entrada de su finca, Gustavo comenta: “Ahora estamos en la conformación de una cooperativa que se llama Junta de Acueducto Vereda Las Palmas (Javepal). Hemos creado esta cooperativa entre siete dueños de fincas. Yo soy el presidente. Nuestro socio mayoritario es Aguas de Manizales y estamos registrados en Cámara de Comercio. Nuestro fin es abastecer a nuevos predios que se construyan, a personas que construyan fincas, casas o proyectos de vivienda que vayan a darse en la zona, la idea es abastecerles esta agua a un buen precio”.

De repente, aparece un campesino, Ariel Herrera, el nuevo agregado de la finca de Gustavo Ríos, quien nos espera junto a una mula envejecida por el trajín de los caminos. Ahora descendemos a pie por una trocha. Me lleva al borde de una ladera para mostrarme uno de los nacimientos de agua. La pureza del lugar me conmueve. Una pequeña cascada desata un caudal de recuerdos. Gustavo Ríos se adelanta. Dice que nos espera un chocolate caliente en la casa finca.

Yo me quedo a meditar entre los matorrales. Entre la espesura de los árboles veo escaparse una figura. Es el niño que fui y que se ha despertado con los ruidos del agua que cae, fluye y se ofrece para quien la necesite. Yo también habité esta reserva. Desde aquí veo los barrios que inevitablemente se expanden sobre las colinas cercanas. Los límites difusos entre la naturaleza y la ciudad se expanden sin pausa.

La ciudad de Manizales está viva. Parece no detenerse impulsada por cierta idea de desarrollo. Pero esta reserva natural está aún más viva gracias a personas como Gustavo Ríos, que asumen su responsabilidad social con estos ecosistemas.

El agua que cura y el agua que enferma

Los baños termales de Pandiaco todavía funcionan, aunque tuvieron mejores épocas. Para su antigua propietaria se convirtieron en un dolor de cabeza.

Carlos Armando Pinto¹⁷

Pasto

—Quiero irme —dice doña Rosa Sinza.

No le importa dejar atrás los recuerdos de su abuelo, las historias de los baños termales y la casa que heredó de sus padres. El problema con su vecino parece insoluble. Se cansó de tener en su casa una piscina que nunca pidió y que solo le ha traído dificultades.

Las aguas termales bañaron las tierras de *Pandiyacu*, hoy Pandiaco, y ya eran famosas desde la época precolombina. La palabra indígena ‘Pandiyaco’ se descompone en Pandi (encanto o hechizo) y Yacu (río o agua). Entonces se puede decir que Pandiaco es el río del encanto o el agua que cura. El agua era tibia y medicinal, y los que se bañaban decían que curaba los males del cuerpo y del alma.

Desde los años veinte, se comenzó a popularizar el uso terapéutico de las aguas termales y ya existía un baño en el resguardo indígena de Pandiyacu. El Concejo de Pasto tenía el proyecto de construir los baños termales para beneficio de la comunidad y de los visitantes. Y serían contruidos no muy lejos de la iglesia, por la carretera y en un terreno junto al río Pasto. El proyecto nunca cristalizó, y el terreno en donde estarían los baños pasó a ser propiedad de los abuelos de doña Rosa. Los miembros de la familia Sinza siempre fueron personas activas en el cabildo de Pandiyacu; pero el cabildo terminó cuando se vendió la mayoría de las tierras a las familias prominentes de Pasto, y los mestizos comenzaron a vivir en la tierra de los indígenas.

Mi padre, Carlos Pinto, no es natural de San Juan de Pasto, pero vivió su juventud en el barrio de Pandiaco en los años setenta y ochenta, y me contó lo siguiente: “Cuando ibas a los baños tenías que coger turno, y solo te daban media hora para usarlos. Se llevaba jabón, toalla, bolsa plástica para ponérsela en la cabeza, porque si le caía agua al cabello se quedaba tieso; pero lo importante era llevar chanclas, porque el piso del baño era muy resbaloso debido a los minerales del agua y a la arcilla. Al finalizar el baño había un grifo de agua fría para lavarse el cabello. El agua era buena para las alergias y algunos la tomaban para purgarse”.

Después del baño, la gente paseaba por los inmensos potreros de Pandiaco y asistía a las ventas a tomar café con empanadas. Existían tres baños termales en el barrio: el primero, el más antiguo, desapareció cuando le contruyeron casas encima; el terreno donde estaba el segundo, el más

grande, fue vendido y allí se construyó el centro para niños especiales; el tercero era el mediano y funciona hasta hoy, aunque está en decadencia.

Doña Rosa, heredera de problemas

La vivienda es humilde: una puerta de madera que se asegura con una cadena y un candado. “Hola, Carlitos: pensé que no vendría”, me dice doña Rosa, que tiene cincuenta y cuatro años y vive en su casa de Pandiaco con María Orfelina Jojoa, y los niños Johny Alexander Basante, de nueve años; y Paola Andrea Zambrano, de cinco años. Entro y veo que el agua pasa por mis pies y se pierde bajo la casa del perro. Continúa hasta llenar por completo el patio de la casa y convertirse en una gran piscina de aguas verdes, llenas de espuma, que quema las plantas y enferma a los animales y a las personas. Nos sentamos junto al lavadero de cemento y doña Rosa comienza a contarme su historia.

Ella es nieta de don José Cornelio Sinza, antiguo dueño de los baños termales que están junto al río Pasto. Don José construyó los baños termales. Al comienzo eran cuatro, de adobe y repellados con cal; después fueron nueve, de ladrillo y cemento. Don José obtenía el agua de una vertiente subterránea proveniente del volcán Galeras, y construyó un conducto que desembocaba en un pozo donde almacenaba el agua tibia.

Doña Rosa vivió su infancia con su abuelo y el apogeo de los baños termales: las grandes filas para usarlos, las ventas de alimentos y los visitantes de todo el país, sobre todo en época de carnavales. En 1989 murió don José y el negocio comenzó a decaer, porque él era el administrador y el promotor de los baños. Posteriormente, el predio se vendió a Neptalí Merchancano.

Con el nuevo dueño de los baños y vecino de doña Rosa llegaron los problemas. “Existen tres alcantarillados (servidumbres antiguas) que pasan por la propiedad de don Neptalí, y dos de estos siempre se tapan y es un inconveniente que lleva alrededor de diez años. Lo que me parece extraño es que el alcantarillado que usa don Neptalí sea el único que siempre funciona bien y esté en perfecto estado”, dice doña Rosa. Agrega que su vecino es quien tapa los dos alcantarillados porque pasan bajo sus tierras, y no le importa que el agua residual se desborde, entre a la casa de doña Rosa e inunde su patio, y que ella haya tenido que convivir con este problema en los tres últimos años.

Esta situación no solo afecta a doña Rosa, sino también a don Neptalí: cuando las personas que visitan los baños termales descubren el daño, no regresan. Las aguas residuales han ahogado treinta y cinco gallinas y quince pollos de doña Rosa. Además, ella y los habitantes de la casa siempre se enferman de la garganta por respirar las emanaciones del agua estancada.

Hoy en día doña Rosa lleva un proceso judicial en el Juzgado Segundo de Pasto, una tutela

impuesta a Empopasto, empresa encargada del servicio de agua y alcantarillado de la ciudad.

“Don Neptalí Merchancano casi no ha asistido al proceso en el juzgado: él se burla de las autoridades, y las autoridades le creen a él, porque cuando está frente a ellas actúa sumiso, se hace el que no entiende y por su avanzada edad no pasa nada”, dice doña Rosa, quien ha llevado su caso a entidades gubernamentales de Pasto, como Corponariño, la Personería, Salud Pública y Planeación, sin obtener resultado. Ha gastado más de un millón de pesos en vueltas y papeleos (derechos de petición, fotocopias del expediente y elaboración de tutela), suma elevada para una persona de bajos recursos.

Me despido de doña Rosa y le prometo contar su historia. Los niños me dicen adiós, y Johny se agacha para abrazar a Lassie, que tiene su casa sobre las aguas residuales. La alegría del niño contrasta con los ojos tristes de la perrita, que está muy delgada y parece enferma.

Los baños termales de hoy

En la mañana de un domingo de marzo, acompañado por mi padre, bajamos por las gradas y continuamos por el caminito destapado que conduce a los baños termales siguiendo a la hija de don Neptalí, quien quitó el candado de la puerta de madera y nos permitió seguir. La tarifa actual de los baños es de mil pesos, y están abiertos todos los días de la semana desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde.

Pagamos dos mil pesos para usar los baños. La hija de don Neptalí nos dijo que podíamos quedarnos una hora y que su padre vendría pronto. La casa se ve desocupada. “Aquí vivían los abuelitos de doña Rosa”, dice mi papá. Está rodeada de arbustos con flores, árboles y muchas plantas para la venta, porque don Neptalí es dueño de un vivero. Antes estaba rodeada por cultivos de maíz. El patio es amplio y tiene hierba; antes era de cemento y sobre él se ubicaban las ventas de comida.

Los baños termales son nueve, de color blanco, con puertas de madera y techo de eternit. Cuando mi papá los visitaba, el techo era de teja y las puertas estaban en mejor estado. Nos acercamos y vemos a un lado la pila de agua fría que funcionaba para lavarse el pelo; hoy, el grifo está sellado. Al entrar al baño, vemos que toma un color más oscuro por el azufre del agua: tiene un perchero para colgar la ropa y un banco para las pertenencias de los usuarios. Abrimos el grifo al máximo y mi padre me cuenta que la potencia del agua es la misma que hace muchos años, pero antes el agua era más tibia; yo también la recuerdo más caliente porque cuando era niño iba a bañarme. Hace veinte años el piso era de cemento pulido, hoy es de cemento poroso para que la gente no se resbale.

El grifo consiste en una pequeña llave de paso que continúa en un tubo y un codo de metal

galvanizado —el que se utilizaba antes para instalar tuberías—. El desagüe del baño tiene una rendija, pero es insuficiente y el agua se estanca, por eso llega hasta los tobillos cuando uno se está bañando y hay que esperar unos momentos después de cerrar la llave para que se vaya completamente por el desagüe.

Al salir del baño, mi papá se encuentra con don Neptalí, de unos setenta años de edad. Se saludan como viejos conocidos. Nos sentamos en una banca de madera junto a la casa y vemos a un hombre mayor acompañado por dos niñas que usaron los baños termales.

Le pregunto cómo conocen los clientes los baños. “La gente se entera por la tradición, por las personas que ya los conocen y van trayendo más gente o porque los manda el médico. Los pacientes buscan los baños para cumplir un novenario, para curar sus enfermedades de los huesos o lesiones”, explica. En ocasiones, don Neptalí les fía o no les cobra el baño a los conocidos y amigos.

Don Neptalí hace muchos años vivió en Ecuador y Putumayo, donde se dedicó a la mampostería y fue operario de motobombas y compresores. Así mantuvo a su familia, compuesta por su esposa y cuatro hijos, y con los ahorros compró la casa de los baños termales.

Cuando le pregunté sobre el problema del alcantarillado de doña Rosa, respondió que no tenía que ver con él, y que siempre lo meten en ese lío. Según él, varios organismos gubernamentales como Corponariño y la Alcaldía han inspeccionado el daño y el agua que llega a la casa de doña Rosa proviene de un arroyo subterráneo y no son aguas residuales. “El problema lo debe solucionar Empopasto. Doña Rosa es una vecina terca que no comprende que yo no tengo la culpa”, afirma don Neptalí.

¿Hasta cuándo funcionarán los baños termales?, le pregunto finalmente. “Esto funcionará hasta que la vida me alcance y después mis hijos serán los responsables”, responde.

Los pequeños afluentes en Pandiaco

En el camino hacia la casa le pregunto a mi papá sobre los arroyos subterráneos en Pandiaco. Él me cuenta que existía hace mucho tiempo un pequeño riachuelo que marcaba el comienzo del barrio, estaba ubicado al frente de lo que hoy es el Romboy¹⁸ de las Banderas y desemboca en el río Pasto. Hoy, esta agua se almacena en un colector (canal de cemento o bóveda) que está a dos metros de profundidad y así el riachuelo se conduce bajo las calles hasta el río. También existe otro pequeño nacimiento de agua frente a lo que hoy es la Universidad Cooperativa, en la calle 18, que, cuando se pavimentó la calle, fue canalizado en tubos pequeños y cubierto con cemento.

Existe otra fuente de agua junto a la estatua del Divino Niño, en la calle 18A con carrera 43, de la

que se obtenía el agua cuando no había servicio de acueducto. “El barrio Pandiaco siempre ha tenido afluentes de agua, pero con el desarrollo urbanístico se construyeron drenajes para conducirlos bajo tierra y levantar sobre ellos calles, casas y edificios”, dice mi papá.

Para mi papá fue bueno volver a los baños, ya que él pensaba que los habían cerrado. De hecho, muchas personas ya no van a los baños termales por falta de información, porque no hay un letrero que anuncie su existencia. “También porque ahora es muy común tener en la casa la ducha de agua caliente; antes no se tenía esta facilidad de bañarse con agua caliente todos los días”, anota mi papá.

Tiempo después me encontré con doña Rosa cerca de los baños termales. Se veía contenta. Me dijo que Empopasto envió a unos trabajadores para que realizaran un arreglo temporal en el alcantarillado y que el agua ya no se va para su casa.

¿Si un daño como este se hubiera presentado en otro barrio, o hubiera afectado a una persona con más recursos económicos se habría tardado todo ese tiempo para comenzar a solucionarse? Es la pregunta que queda en el aire y que tendrá respuesta cuando regrese a la casa de doña Rosa y vea su patio seco y me encuentre con Jhony jugando fútbol y vea a las gallinas corriendo sin mojarse las patas.

Una “limpieza” en el Pance

Los usos del único río vivo que atraviesa Cali suelen ser insospechados, como el ritual profano de sanación que narra la autora.

Johanna Vidal¹⁹

Cali

Un poco de humo sale de su boca mientras camina por la calle empinada. Son las 5:30 de la mañana y, a esa hora, el olor de las hojaldras domina el frío viento del alba. La noche anterior había llovido con fuerza sobre casi toda la ciudad, incluso en ese lugar.

Marina jadea un poco mientras sigue subiendo. “Qué estado físico el mío”, dice mientras levanta la mirada hacia el horizonte y mete las manos en los bolsillos de la chaqueta que lleva puesta. Mi condición tampoco es la mejor, sin embargo, logro mantener el ritmo. Vamos camino hacia la parte alta, a buscar una charca apartada de la vista de los pobladores y visitantes de la zona.

Hace cinco minutos que descendimos del Recreativos 5, una de las pocas rutas de buses que suben hasta este sitio, que nos dejó en la estación de policía de La Vorágine, un corregimiento de la ciudad de Cali ubicado en la parte media de los farallones. Hace cinco días que Marina visita esta zona buscando un poco de paz para su espíritu y también un poco de suerte.

Llevamos recorrida una distancia prudente. Ya son pocas las viviendas que se ven a la ribera del río y continuamos el ascenso. Marina dice que debe estar alejada, en silencio y lejos de la vista de otra persona para poder hacer el ritual. Mientras subimos, observo las aguas un poco turbias por la lluvia y el caudal un poco mayor al acostumbrado. Entre la maleza que bordea las aguas se ve un hombre parado en la orilla, con los brazos extendidos y la cara inclinada hacia abajo, que pronuncia unas palabras que no alcanzo a entender. No sé si mi curiosidad fue muy evidente, lo cierto es que Marina lanzó una carcajada al verme. “Por eso es que a mí me gusta subir más, donde yo sé que no va a haber nadie que me mire”, dice, “porque la gente pensará que uno está loco o algo así. Noooo... yo no me expongo”, continuó.

Marina tiene cuarenta y tres años, estatura baja y piel negra como su cabello ensortijado. Es viuda de su primer matrimonio, del que tiene su hija mayor, de veintiocho años; y madre de un muchacho de quince años, que le dejó su segundo matrimonio, y abuela de dos niñas. Trabaja como vendedora de chance en una reconocida casa de apuestas y, a pesar de que vende suerte, hace poco menos de un par de meses ella no se siente afortunada.

Todo comenzó con algunas molestias en su cuerpo, un brote, como ella misma lo describe, que dominaba su humanidad de pies a cabeza. Le había aparecido de la noche a la mañana y algunos de

los abscesos, sobre todo los que se ubicaban en la zona pélvica, permanecían purulentos. Como no le gustaba ir al médico, decidió buscar otra alternativa. Llevaba dos semanas con las heridas, hasta que una vecina le recomendó que fuera donde una señora, de esas que fuman tabaco y atan al ser querido. Siempre había creído en brujerías y maleficios, pero nunca pensó que le tocaría a ella. Después de una consulta obtuvo el diagnóstico: “Alguien me había dado una comida mala, con las ganas de hacerme el mal”, dijo.

Ya antes había notado que la plata no le rendía, que no soportaba a sus hijos y que la casa la dejaba cansada cada vez que llegaba del trabajo. Sin embargo, no había hecho nada. Solo buscó ayuda hasta que fue evidente el maleficio. Mientras me cuenta su historia, un aire de vergüenza recorre su cara. Ella sabe quién lo hizo y por qué lo hizo, pero esa parte de la historia se la guarda como el tesoro que espera ganarse algún día.

Después de bajar por un pequeño zanjón que separa la carretera destapada de la orilla del río, llegamos al sitio que Marina encontró como el más adecuado desde el jueves pasado, cuando comenzó a hacerse el tratamiento. Aquí el sonido del río y la naturaleza que lo bordea es tan fuerte que ensordece. Marina hace esfuerzos por no resbalarse con las hojas mojadas y el barro de la zona, mientras que yo me siento en una piedra a observarla.

En ese momento puedo ver el menjurge envasado en una botella de gaseosa dos litros, reforzada en la tapa con una bolsa de rayas azules y blancas para evitar que se rebose, y que traía guardado dentro del maletín azul. También llevaba una bolsa negra pequeña.

La noche anterior, Marina había dejado todo listo para salir temprano de la casa. Tomó tres pencas de sábila y las licuó con el sumo de tres limones y tres ajos machos. Arrimó a la panadería y compró dos acemas y una libra de sal. De su despensa sacó una barra de jabón Rey. Seguramente la empresa que fabrica el jabón no imagina que su producto pueda acabar con todas las impurezas del cuerpo.

Recuerdo que cuando estaba niña, de siete u ocho años, íbamos los domingos con la familia al típico paseo de olla en Pance. Era costumbre en la casa ir cada semana a montar bicicleta, nadar un rato y preparar sancocho. En esa época parecía que las aguas del río eran mucho más frías que ahora, así que mis hermanos y yo poco disfrutábamos de la rutina de los domingos. En las obligadas zambullidas, encontrábamos limones y pedazos de jabón azul en el lecho del río. Nunca preguntamos qué hacían allí, pero siempre nos regañaban si intentábamos cogerlos.

Quizás el Pance no es uno de los ríos más contaminados del país, a pesar de los desechos que las actividades recreativas de la zona generan, y que son vertidos a sus aguas sin ningún tratamiento. Lo que sí es posible es que sea contaminado de otra manera.

Pance fue y continúa siendo el destino de muchos y muchas que, como Marina, llegan a despojarse de “las malas energías” en sus corrientes. Es usual ver, sobre todo los lunes y muy temprano al amanecer, el desfile de personas que, caminando o en vehículo, suben hasta las montañas de La VoráGINE a realizar rituales de sanación, de limpieza y de fortuna. Marina dice que ella prefiere ir a las aguas del Pance porque los otros ríos de la ciudad están contaminados, y además porque es un sitio tradicional y le queda fácil llegar.

Sin mirar hacia atrás

Marina reposa sobre una piedra cercana a la que yo me encuentro. Lleva una trusa de color naranja salpicada de colores en la parte frontal, que más bien parece una exhibición de las pinturas de Jackson Pollock.

Marina está terminando de sacarse los zapatos y parece concentrada, susurra. Tal vez está rezando. Toma unas chancletas azules del pequeño maletín, , y se las calza justo antes de entrar en el río.

Yo estoy dándole la espalda a Marina. He decidido no interrumpir su ritual con mi mirada, así que imagino lo que hace mientras leo el papel amarillento y arrugado con la receta entregada por la médium y escucho cómo entrega todos sus pesares a la corriente.

Coge el licuado y se lo frota en el cuerpo durante unos veinte minutos. Luego se lo saca en el río. Después coge las dos acemas y se enjabona con ellas, se lava y enseguida coge el jabón Rey y se enjabona. Toma la libra de sal con la mano izquierda y la tira hacia atrás al tiempo que reza tres padrenuestros. Se da tres zambullidas y sale del río sin mirar para atrás, esto por cinco días.

Decido no mirar el reloj. Calculo que, según las instrucciones, no tomará media hora hacer todo el ritual, sin embargo, siento que ya ha pasado más de una. Ya he leído el escrito diez veces, me he perdido en pensamientos otras tres y he sumergido los dedos en las frías aguas otras tantas. Apenas si escucho a Marina, creo que el sonido del río ha terminado por arrullarme.

El chapoteo de un caminar dentro del agua y una voz entrecortada me espabilan. Es Marina que se acerca. Escucho que susurra “Cristo, ayúdame por favor” mientras sale del río y recoge sus ropas y su pequeño maletín azul. Ya ha terminado su “limpia”.

No me dice nada, yo tampoco quiero preguntarle. Le ayudo a recoger los zapatos que casi olvida y emprendemos camino de vuelta hacia la carretera. La botella y el resto del jabón quedan como testigos mudos de la realidad que vive a diario el que es considerado el lugar de descanso y recreación de miles de caleños. Testigos mudos de los rituales de quienes dejan más que residuos sólidos en su ribera.

A mí, simplemente, me toca no mirar hacia atrás.

El agua de Xerira

El cronista recrea una ruta para descansar la vista, hasta llegar a la Mesa de Xerira, donde hay hermosas residencias para los turistas, pero no acueducto para los habitantes.

Todos los ríos conducen al océano.

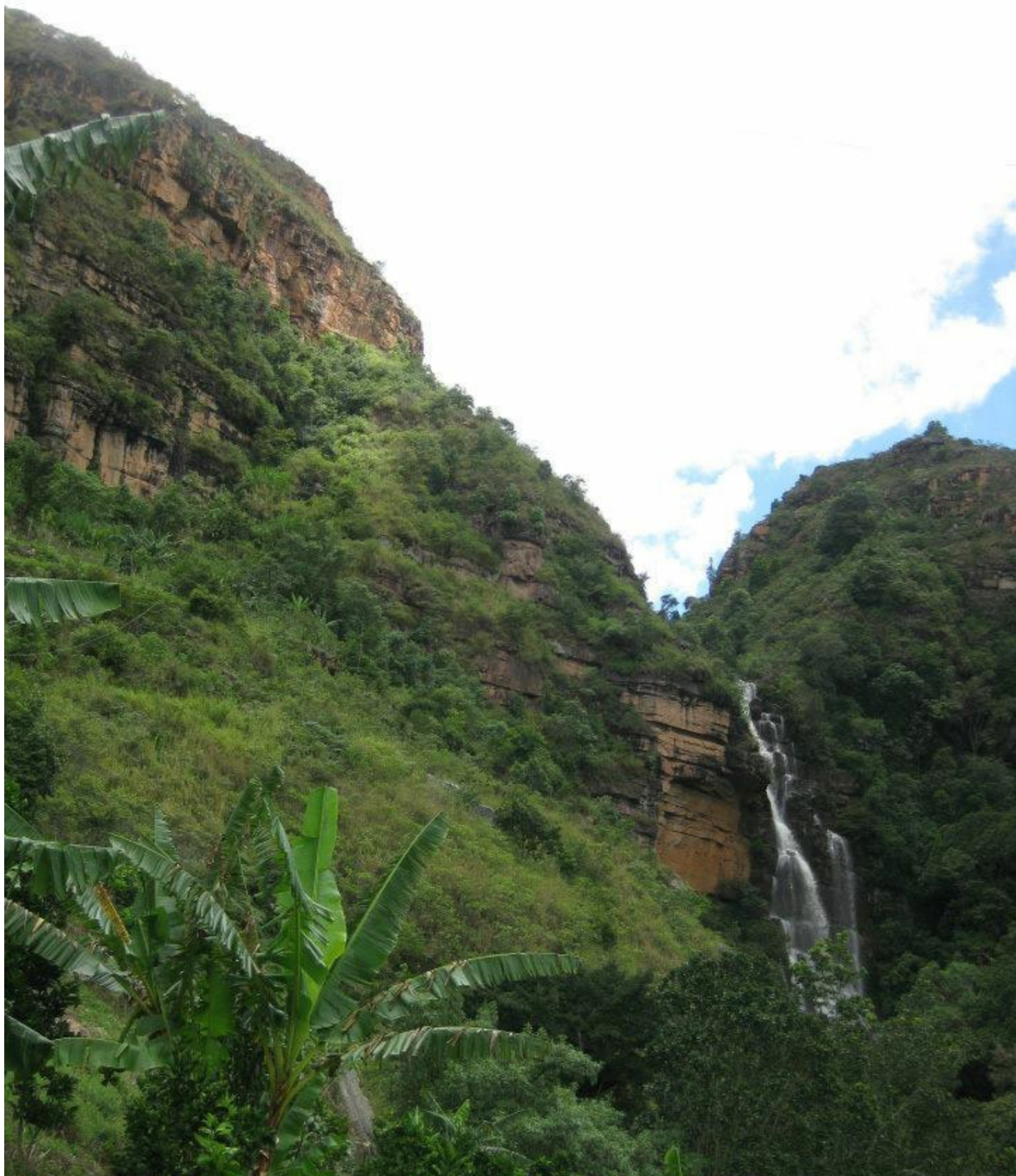
Todos los arroyos conducen al creador. ¡Mitakuye-Oyasín...!

Todos estamos relacionados.

Blackwolf Jones (El tambor de sanación)

Pedro Miguel Ortiz Guerrero [20](#)

Bucaramanga



Vereda La Mojarra

La travesía

El viajero que se adentre en el territorio santandereano por la vía a Bogotá, ya muy cerca de Bucaramanga, se sorprenderá con el extenso erial multicolor de esa maravilla natural única en el mundo: el gran cañón del Chicamocha. La cálida gama de colores ocre, tierras doradas o rojas, en

profundo contraste con el verdor de una vegetación de especímenes autóctonos, tan magistralmente descrita por Sofía Albesiano, una dedicada estudiosa y conocedora de la flora de la región.

El visitante se verá deslumbrado por el espléndido follaje de las ceibas barrigonas y por los riscos que descienden abruptamente hasta el fondo, donde el río Chicamocha —en la lista de los más contaminados del país— canta su milenaria historia de hombres y de sueños, mientras la industria de la construcción se nutre de la roca y la arena de su lecho moribundo con descomunales máquinas que pacientemente socavan la arena y la piedra y alimentan interminables filas de volquetas que se mueven como hormigas en la distancia. Se aprecian unas pocas casas campesinas con techos de lata y cercas vivas de espinosos cactus, o los alveolados, con sus deliciosas bayas rojas, que crecen junto a las pitahayas sobre los muros de piedra descuidados, para alegría de los toches y los azulejos. Los rebaños de cabras deambulan sin afán por el verde claro del abundante orégano silvestre que les agrega ese sabor particular en la cocina de los santandereanos.

Hernán Castro, de la oficina de prensa de la gobernación de Boyacá, describe el extenso itinerario de la cuenca hidrográfica: “Comienza en Tunja, recorre Tuta, Oicata, Paipa, Duitama y Sogamoso. Más adelante, se unirá al Suárez en Las Juntas, para reencarnar en el Sogamoso, que a su vez verterá el caudal en el río Magdalena”. Sus aguas envenenadas sobrepasaron hace tiempo los mínimos niveles de salubridad por culpa de la contaminación bacteriana proveniente de las materias fecales de origen humano, de la industria ganadera, la avicultura y los fungicidas de uso agrícola. Todos necesitan hacer uso del agua potable para poder funcionar, en un ciclo interminable de nefasta retroalimentación. Así terminan las subcuencas, liberando sus afluentes hacia el gran río Chicamocha.

El tiempo ancestral

En el tiempo mítico del pueblo guane, que habitó sus mágicas orillas, el río solía llevar ingentes cantidades de peces en el extraordinario suceso de la subienda relatado en las célebres pictografías de los indígenas. Se sostiene que allí los indígenas realizaban sus ceremonias de “pasaje al mundo de los espíritus”. En esos rescos e inaccesibles muros donde ahora se precipita su caudal escaso y enfermo, los guanes, al amanecer de su mito quebrantado, dejaron esos valiosos regalos pictográficos sobre las rocas. Hoy son frecuentemente visitadas y admiradas por escaladores curiosos que provienen de diversas partes del país y el extranjero.

El uso creativo del agua asombró a los hispánicos. Con sus canales de riego y su agricultura variada sobrevivió una población indígena de doscientas setenta personas por kilómetro cuadrado, cifra asombrosa para la época, seis veces superior al censo de 1971. En solo veinte años,

el hierro y las armas de fuego, la codicia insaciable de los españoles y las plagas endémicas de la vieja Europa fueron suficientes para diezmar la población. Quedó el estigma que llevó durante siglos a los guaqueros a quemar todos los vestigios de tejidos, que consideraban portadores de la viruela negra. De esa manera se perdieron cantidades de tesoros arqueológicos. Lo poco que queda es testimonio de un esplendor sin igual, del arte y la belleza en la América precolombina.

Llegada a la mesa de Xerira

En el sitio denominado Los Curos, una carretera veredal pavimentada conduce a La Mesa de los Santos. Remonta sinuosa la pendiente, cambia la vegetación desértica y comienzan a verse los helechos y los pinos. La frescura del clima nos envuelve en un abrazo de alivio, hasta alcanzar la mesa de Xerira (el nombre indígena original). Su nombre devino en Jerira y, posteriormente, meseta de Jeridas: un antiguo dibujo indígena en alguna piedra que los habitantes interpretaron como la figura de algún santo terminó borrándose de tanto echarle agua, y por él recibió el anodino nombre de Mesa de los Santos. No podían saberlo, la planta de “mota” —muy parecida al fique— servía como fijador de los dibujos rupestres realizados con piedras ricas en óxido de hierro. La misma planta era utilizada para barbasquear* en los ríos. Las toxinas de su savia aletargan los peces y permiten cogerlos fácilmente con la mano.

“¡Nosotros vivíamos en los Santos!”, dice Ángel Ardila, técnico bioquímico de la Corporación de Defensa de la Meseta de Bucaramanga, que nos recibió a la entrada del laboratorio de aguas y suelos de la entidad.

“Eso fue por allá en los años setenta. Éramos estudiantes, y cuando el agua de la quebrada las Gachas resultó insuficiente para el pueblo, nos llevaron a echar pico y pala en la quebrada La Cañada. Esa agua era bastante regular, pero se usaba para todo. Recuerdo que unos técnicos aparecieron por esos años para investigar los residuos de DDT en la zona. Ese veneno no se degrada, y por muchos años se usó extensamente en toda La Mesa para fumigar los cultivos: la piña, el pimentón el tabaco, mejor dicho, todo. Nunca se supieron los resultados de la investigación”.

Los problemas de La Mesa

Las numerosas casas de veraneo y los conjuntos cerrados para personas de alto nivel socioeconómico que adornan el idílico paisaje esconden bajo su sombra la carencia de agua potable. El agua de los pozos artesianos solo puede usarse para las letrinas y el aseo, y la presencia de abundantes cantidades de yeso en el substrato convierte muchas de esas fuentes en aguas duras no aptas para el consumo. El agua potable tiene que ser llevada desde Bucaramanga. Solo la veleidad del estatus dicta poseer una bella casa en La Mesa de los Santos, para visitar los fines de

semana.

“Traigo el agua de cocinar todos los días”, cuenta doña Gloria Parra, residente en un bello conjunto cerrado de La Mesa. Con una inusual depresión rocosa en forma de cono, bien arborizada con bosque propio de la zona, la casa cuenta con más de cuatrocientos metros en el área social. Instalaron al fondo una cisterna para recolectar agua lluvia que se cuida celosamente, para usarse en los sanitarios y las duchas. “Vea, tengo tres bidones de cinco galones. Llevo uno cada día vacío y me lo traigo en la parrilla de la moto. Es que el agua de aquí no es buena”.

El sueño de los habitantes del municipio de Los Santos es el proyecto de construcción de un acueducto que lleve el río Manco de Piedecuesta a lo largo de muchos kilómetros hasta los barrios pobres y carentes de agua. Eso y pavimentar el río Magdalena son viejas promesas de políticos en campaña. Como suele decirse por estos lados: “¡No me crean tan pingo!”. Se puede ver en internet un video de Silvia Eslava, en el que el alcalde de Los Santos expone frente a una destartalada construcción de acondicionamiento de “agua potable” su “modelo de desarrollo regional” intentando explicar cómo los carrotanques contratados para tal fin no pueden llevar el agua a sus conciudadanos. Los carrotanques, que no son propiedad del municipio, solo aparecen durante las campañas electorales. La cruda realidad de los habitantes es recurrir a charcas sucias para proveerse del agua. Ellos no pueden darse el lujo de traerla desde Bucaramanga como sus vecinos adinerados.

Como lo denunció desde hace tiempo Jairo Puentes Brugués, académico de la región, “el problema comienza en la planeación, diseño y construcción de los acueductos y sistemas de agua potable de los municipios y veredas. Los diseños presentados por los políticos lucen divinamente sobre el papel, único lugar donde se puede justificar el ingente egreso de dinero del erario, pero no están científicamente investigados para ofrecer una solución verdadera”.

Para empeorar la situación, la ejecución del proyecto termina en manos de personas no idóneas. Por ejemplo, las sustancias químicas para purificar el agua, que requieren un manejo profesional, terminan aplicándose a “ojímetro”. Entonces, resulta inevitable la confluencia de los caudales de corrupción con los ríos de mala gestión para ahogar de sed a los municipios de Santander.

Las estadísticas señalan que solo doce de los ochenta y siete municipios de Santander cuentan con agua potable y únicamente el diez por ciento tiene algún tratamiento. Hace apenas treinta años existían las microcuencas hídricas con abundante agua limpia, como las quebradas La Honda y Los Angelinos, que hoy conservan algún caudal de aguas putrefactas en el verano, contaminadas por las marraneras, y que se crecen en el invierno. Mención especial merecen las microcuencas que fluyen directamente al Chicamocha: la quebrada Chinavega y La Mojarra, que posee otras dos cercanas y adyacentes; la quebrada El Potrero, que cuenta con dieciséis afluentes y La Santera o

Paso Grande, Aguas Gordas y otras tantas, todas contaminadas por la intensiva industrialización agrícola, lo que medra en la seguridad estratégica de Mesa de los Santos.

Sus gigantescos farallones de piedra separan físicamente toda su extensión del resto de la agreste geografía, como si de un castillo medieval se tratara, con una sola vía de entrada fuertemente custodiada por guardias armados y uniformados.

Judith Zanabria cuenta una anécdota muy ilustrativa de don Virgilio Gavassa: “Gasté diez millones haciendo el hueco para buscar el agua y no encontré nada. Entonces busqué un brujo. El tipo vino, vio la maquinaria y dijo que ahí no había nada. Se fue por un lado y otro de la finca salmodiando sus conjuros, y al fin dijo: ‘¡aquí!’. Me quedé pensando la vaina y me dije: Bueno, ya me gasté ese jurgo de plata para nada. ¡Miremos a ver! Así fue, ahí por encimita estaba el agua y bastante, toda una quebrada”.

En esta zona, visionarios empresarios locales han desarrollado, a la par de la industria turística, la empresa de café Mesa de los Santos tipo *premium* de los cultivos de verdura orgánica del señor Gavassa, que ocupan una hermosa propiedad privada abierta al público. También se destacan las construcciones de tapia pisada del mercado campesino —diseño racional, bioclimático, ecológico, de bajo costo—, una muestra práctica de cómo se puede mejorar la calidad de vida de los habitantes. Se reconoce así un uso prometedor de la tierra para industrias de bajo impacto y conservadoras de una cultura del agua.

La tradición de cultivo de tabaco en la zona llevó a las grandes industrias tabacaleras a adquirir propiedades sin delimitaciones claras que han creado amargas disputas con varias familias campesinas vecinas a la vereda La Mojarra y bastante cercanas al municipio. Hasta la fecha, esas demandas por la propiedad de la tierra se encuentran vigentes y sin resolver en los tribunales de Bucaramanga.

Hunzahúa: pozo de amor y pecado

Un pozo que alberga leyendas muiscas y, supuestamente, oro ha sido escenario de amores incestuosos...

María Catalina Moreno Betancourt²¹

Tunja

Era de noche y las aplacadas aguas del Pozo de Hunzahúa anhelaban tener compañía, así como también lo esperaban los seis patos que tenían allí su hábitat. Tras un día agitado aún conservaba fuerzas para sostener en su regazo a los visitantes que se recostaban en sus aguas. Algunos de ellos alucinaban con sustancias prohibidas.

El pozo, ubicado al norte de la capital boyacense, entre el barrio que lleva su mismo nombre y la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (UPTC) mantenía su aire de paz. Sin embargo, a unos dos kilómetros del pozo, en el barrio Las Nieves de la ciudad de Tunja, ella se perfumaba mientras él trabajaba; ella veía el reloj, mientras él se alistaba para terminar su labor.

El calendario señalaba el 17 de septiembre del año 1992, y la luna de Tunja alumbraba tenuemente a estos dos enamorados que esperaban encontrarse para festejar el día del Amor y la Amistad. Esa noche Samuel le prometería a Lucy serle fiel hasta el fin de sus días.

Tras unos minutos ella lo buscó en su oficina. “Llegó a recogerme a las siete en punto, en su carro Renault 12, que era verde”, recuerda Samuel. “Yo salí con dos compañeros más, y Lucy llegó con sus amigas, a las que apodábamos las gordas: Doris y Luz Mery”. Esa noche los seis querían divertirse, pero no en bares ni discotecas.

Lucy, al volante del Renault 12, se detuvo en una licorera donde se abastecieron de bebida, y, a las ocho de la noche, decidieron ir a un lugar que para todos estaba lleno de recuerdos y de leyendas: el Pozo de Donato. Al llegar vieron que estaba solitario y que lo único que lo perturbaba eran los grillos.

“Nosotros ya habíamos estado allí, pero de día. Era muy normal y parecía una ‘olla’ porque algunas personas venían a consumir alucinógenos y había mucha basura”, dice Lucy. “Esa noche nos bajamos y ese paraje era parecido a una aldea o a una vivienda de los indios. Había una especie de bohíos alrededor del pozo”, cuenta “Sami”. Entraron sigilosos y registraron el lugar. “Nos daba miedo, porque como la leyenda cuenta que eso fue habitado por indios...”.

Samuel comenta que “no había iluminación en ese tiempo, solo alumbraban los carros que pasaban por la avenida. Mejor dicho, el pozo era muy oscuro. Daba miedo porque había árboles ‘gigantes’ y puro pasto alrededor, pero aun así era muy bonito”.

Lucy recuerda que “las rejas que hay ahorita no estaban, era puro prado y, en la mitad, el pozo. No había construcciones ni caminos de cemento, ni las piedras de ahora”. Todo permanecía intacto.

Esa noche, las profundas aguas escucharon la declaración de amor de Lucy y Samuel. Esas mismas aguas sumergieron los deseos de Doris y Luz Mery y acogieron las risas Edgar y Delmar, amigos de la pareja.

Lucy se ríe cuando cuenta que no necesitaban mucho para pasarla bien y, aunque la noche parecía ensañarse con ellos, por el frío, recuerda: “Le rasgamos entre todos la ropa a Edgar, jugamos y correteamos por todo el lugar y luego cogimos a Luz Mery de los pies haciendo el amague de querer botarla al pozo, pero nos acordamos que decían que ese pozo no tenía fondo y dejamos así, también porque caímos en cuenta de que era muy gorda y de pronto se podía desocupar el pozo”. Samuel y Lucy se toman de la mano y sueltan una fuerte carcajada.

Así, entre risas, declaraciones de cariño y jugarretas llegó la madrugada. Dice Samuel: “A las tres de la mañana salimos sudando, sudando pero del frío”, y recuerda que su última parada fue la ‘pequeña islita’ que estaba dentro del pozo.

“Pasamos por la tablita que había en la orilla y nos sentamos debajo del árbol que había ahí. Ya era tarde cuando empezamos a ver cómo caía la niebla sobre el pozo, todo se veía blanco, solo nos veíamos las caras si estábamos juntos porque empezó a taparse el pozo”, recuerda Sami.

Incesto y maldición

Fueron esas mismas aguas, que un día fueron chicha —la bebida de los chibchas— que se regó por todo el territorio hasta convertirse en el hoyo que ahora se conoce como el Pozo de Hunzahúa.

“La cacica Faravita, con un palo, trata de perseguir y castigar a Noncetá, hermana de Hunzahúa, y en ese ir y venir le pega iracunda a la vasija de chicha”, dice Nubia Helena Pineda, investigadora y directora de la Escuela de Ciencias Humanísticas y de Educación de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, quien relata la historia de aquella mujer que un día quiso evitar el infortunio en su familia porque dos hijos cegados por un amor prohibido querían casarse.

Y así pasó. Faravita rompió aquel cántaro de chicha. Un golpe seco y brusco desató la furia de los dioses: cada gota del líquido, que se derramaba sobre los sembrados y tierras fértiles del lugar, se convertía en cristalinas gotas de agua dulce, que se extendieron hasta formar el pozo.

El mismo sitio guarda la soberbia de Donato. Cuenta Nubia Pineda que “un español llegó a esta región y trató de desaguar el pozo, pero cuando regresó al otro día lo encontró lleno. Buscó los tesoros que los chibchas arrojaron allí, por eso se le conoce también como Pozo de Donato, por la

persistencia del hombre que no logró secar el pozo”.

Y así como Donato, varios han intentado descifrar la historia del pozo. “Varios buzos trataron de encontrarle fondo y al parecer no lo hallaron. En la tradición oral eso es un pozo subterráneo que llega hasta la catedral, que era por donde huían los muiscas. Existe una hipótesis de que, según coordenadas astronómicas, el pozo tiene conexión directa con las lagunas de Iguaque, Guatavita y Tota. Es una triangulación astronómica y hay muchas preguntas, pero nadie ha podido responderlas”, dice la historiadora.

“El agua es un símbolo evidente de la maternidad, ya que de ella surge la vida”, explica esta experta en tradición y cultura indígena. Vida que para Faravita quedaría reducida al presenciar el acto incestuoso de aquellos dos seres que había gestado en su vientre, Hunzahúa y Noncetá, que seguirían unidos, pero convertidos en piedras, luego de que los dos hermanos decidieran abandonar la ciudad de Hunza, como anteriormente era conocida la capital de Boyacá. Su dirección fue Susa. Allí Noncetá tuvo un niño que quedó convertido en piedra. Después siguieron sus padres, quienes llegaron al Salto de Tequendama, en donde, cansados de huir y desilusionados, acordaron convertirse en piedras y perdurar por toda la eternidad en la mitad del río.

Tras varios decenios, el pozo sigue en el mismo lugar, no se seca, no se reduce; pero sí se recuerda el incesto, que inspira nuevas historias de amores clandestinos. “Solían venir parejas de enamorados: antes, cuando los bohíos existían, se encerraban de noche a profesarse amor”, dice Carlos Molano, vigilante del lugar, quien rememora hechos insólitos que ha visto en el pozo desde hace catorce años. “Los viernes vienen un universitario y una joven, a las diez o doce de la noche, a tomar solos”, dice Edwin Durán, vigilante nocturno del Pozo de Hunzahúa, que ya conoce a los románticos empedernidos que se profesan amor mientras el frío roza sus mejillas. “Caminan un poco, se sientan y luego beben”.

También cuenta la historia de un sujeto que a las diez de la noche llegaba a recorrer el lugar. “Caminaba, se sentaba y tardaba horas; no venía seguido, pero yo reconocía su cara”. Un día lo encontraron con un disparo en la cabeza, suicidio que pasaría a los anales del pozo.

Antes de ser pozo, allí se celebraban rituales y ceremonias en honor a Sue (sol) y a Chía (luna), a la madre tierra y a la vida que brotaba de ella. “Pintaban su cuerpo, bebían chicha y elevaban cánticos para bendecir sus cosechas anuales, mientras mascaban hojas de coca”.

Los ritos de los muiscas aún se presentan, pero con variaciones: “Volar, hablar con las rocas, sentirse eufórico”, dice uno de los visitantes nocturnos del mítico lugar.

El pasado del pozo

“Hace más de cuarenta años, esto era un pozo pequeñito y, cuando llovía, si subía un poquito el agua, era con el pesar de que se fuera a secar”, recuerda Teresa Leguizamón, una mujer a quien los años se encargaron de encoger.

“Yo soy de La Uvita, Boyacá, y mi papá me mandó a estudiar acá y conocí a mi esposo, hice esta casa con mi marido hace cuarenta y cinco años. Él ya murió y yo siempre he vivido acá”, cuenta sobre la casa que colinda con el pozo. Recuerda que estaba allí con sus dos hijos, de siete y dos años, que querían ir a jugar al pozo y ella los dejó. “Recuerdo que me fui para el centro y vi a un señor que tenía una canoíta, como una plancha de madera...De vuelta me di cuenta de que mis hijos estaban dentro de la canoa. El señor, desde fuera, controlaba eso, pero esos chinos sin saber nadar y remando con un palo...”.

Esa misma canoa le permitió a los tunjanos mecerse en las aguas del pozo. “A este lugar venían las familias los fines de semana y de vez en cuando a tomar el sol y, cuando llovía, los visitantes se refugiaban en las chozas aledañas”. Recuerda que el lugar lo empedraron y lo iluminaron, pero antes era oscuro y temible.

Debido a la ola invernal, “el pocito pequeñito” se desborda y la casa de Teresa se vuelve una “piscina”, porque el agua sube más de un metro.

“Pusimos el control”

Desde hace catorce años, el pozo tiene quien lo cuide, aunque dejó de ser un paraje natural cuando abrieron una pizzería en sus predios. Su dueño, Rafael Cortés, en convenio con la UPTC, se encarga de preservar el mítico terreno y, desde la aparición del negocio, la cara del pozo es más amable.

Carlos Molano y Edwin Durán vigilan de día y noche al mítico pozo. El primero lleva quince años en el lugar; el segundo, tres. Aman su labor y comentan que se sienten a gusto en el mágico terreno. Molano, el vigilante diurno, santandereano, trajo a las especies extintas del pozo. “Los patos los trajimos desde pequeñitos y dijimos ¡vamos a ponerle atracción al pozo! Trajimos cuatro y se amañaron dos, que son la atracción. Los bauticé Carlos y Catalina. También hay un perro y una perrita, cuatro tortugas, peces bailarinas y hasta culebras. “Yo trabajo de cinco de la mañana a siete de la noche y en esas recuerdo la historia de unos señores que botaron las cenizas de su familiar al pozo, simulando que querían botarlo al mar”, cuenta Carlos.

Carlos también afirma que con la construcción de la pizzería cambió el panorama para bien, “porque esto era un basurero completo, mucha gente venía a fumar marihuana y consumir droga. Nosotros pusimos el control”.

“Al año vienen de cuatro mil a cinco mil personas a conocer el pozo y quedan asombrados, me preguntan si de verdad tiene fondo y si tiene oro; yo me río y les digo que es un misterio. Antes de que llegara la pizzería, los bomberos me comentaron que un señor que estaba borracho se cayó al pozo y apareció a los tres días flotando”, recuerda Carlos.

Así como los patos son los fieles amigos de este santandereano, a Edwin Durán, el vigilante de la noche, lo acompaña una *rottweiler* consentida. Ya logró conjurar el miedo que le daban las historias de fantasmas. “Yo llego a las siete de la noche y hasta la medianoche cuido el parqueadero de la pizzería, luego doy una vuelta por el pozo, le pido el favor a los muchachos que estén por ahí tomando que se vayan y cierro la reja del pozo... Me gusta traer crucigramas para distraerme, tomo tinto de noche y, si llueve, me meto en la choza, que ahora la tenemos como cuarto de herramientas”, dice refiriéndose al único bohío que quedó en pie.

“Una noche se me hizo extraño ver a unos indígenas alrededor del pozo, traían sus tambores y los tocaban. Llamé a la Policía y, cuando llegaron, me dijeron que no fuera bruto, que eran indígenas de la Sierra Nevada de Santa Marta que venían a hacer sus rituales para que lloviera. Luego empezaron a venir cada quince o veinte días”.

Quince días después de terminar esta historia, supe que se murió uno de los patos de Carlos. Y Catalina, su fiel amiga, fue devorada por perros callejeros.

La mano de quebradas

Las líneas de una mano se dibujan con las cincuenta y cuatro quebradas que cruzan los extremos de Armenia. Los niños de la escuela Ciudad Milagro viven en medio de paisajes y especies increíbles, entre ellas, la curiosa chucha.

Leonela Serna Beltrán²²

Armenia

Duerme, duerme, duerme la chucha. Es un tronco viejo, un capacho de guadua, una piedra, dicen los niños de la escuela Ciudad Milagro, chiquillos que vienen al sendero de La Guadua para aprovechar esta inmensa aula al aire libre que se abre y extiende por todo el curso de la quebrada que lleva este mismo nombre, quienes en compañía de su profesor aprovechan este espacio recreativo que desplaza por momentos el aula tradicional.

Ni un tronco viejo, ni un capacho de guadua, ni una piedra, no, es una chucha. “¿Una chucha?”, preguntaban los chicos atónitos. “¿Quién la mató?”, preguntaban unos. “Está muerta”, decían los otros. “¿Qué le pasó?”. En fin, los inusuales visitantes hacen toda clase de preguntas. De pronto, se mueve de manera tranquila, nos mira, casi nos saluda y se dispone a dar por terminada su siesta, no sin antes dejar que nuestras cámaras registraran la anatomía de esta bella durmiente. De manera lenta se aleja y se pierde por otro camino de esta, su casa, donde se siente segura y tranquila, donde comparte con otros seres que hacen de esta quebrada un lugar acogedor de variada fauna y vegetación, donde hay conejos, armadillos, serpientes, ardillas, gurres, ratones, gallinazos, barranqueros y chuchas, que comparten con los niños y visitantes del lugar sin que medie el miedo.

Cincuenta y cuatro quebradas

Cincuenta y cuatro quebradas que cruzan la ciudad de Armenia de norte a sur, de oriente a occidente, forman una mano extendida con una morfología única. En cada espacio de ciudad nos encontramos una arborización, un guadual, un vacío verde que nos hace presumir la presencia de una quebrada. Cada una de nuestras casas tiene como vecina una quebrada, ya que en sus diferentes recorridos dejan espacios donde se ha desarrollado la ciudad milagro, una mano extendida donde los espacios interdigitales son las quebradas, las casas de la chucha, de nuestra chucha. Una mano de quebradas.

Cincuenta y cuatro quebradas que han sobrevivido a las canalizaciones, los rellenos de las construcciones, las desviaciones, las desecaciones, porque hasta en el Plan de Ordenamiento Territorial del año 1999 fueron declaradas zonas de conservación, ecosistemas estratégicos: en el análisis del territorio, hecho a raíz del sismo ocurrido ese año en la ciudad, fueron registradas

dentro de las zonas de riesgo, por la vulnerabilidad de sus laderas.

Desde entonces se liberaron de estas prácticas absurdas que las eliminaban del mapa de la ciudad y hacían que sobre ellas aparecieran nuevas infraestructuras, también desaparecían todos estos habitantes que, como nuestra amiga la chucha, las comparten con otros seres más pequeños, como hormigas, cucarrones, abejas, abejorros, pájaros, arañas, lombrices, lagartijas y gusanos que han hecho de estos lugares su hábitat, sin contar todos los pequeños seres que viven en sus hilos de agua, casi siempre contaminados por el alcantarillado.

En el momento de la emergencia que vivió Armenia por el sismo esas aguas fueron definitivas para aliviar la sed de muchos de sus habitantes, aguas bebidas y aprovechadas por sus moradores naturales, aguas que dan vida a seres grandes y pequeños en sus tímidos cauces, aguas que se deslizan e invitan al nacedero, la heliconia, la mata de agua, a que crezcan a cada lado de sus laderas y las aumenten. Esas aguas son la razón de ser de esta mano de quebradas e indirectas responsables de tanta vida.

Los vecinos de estas quebradas recuentan con orgullo el número de animalitos y plantas que las habitan. Doña Alicia es la vecina más sabia del Sendero Ambiental de la Guadua y don Lisandro, su custodio permanente, su cuidandero, que engalana sus bordes con flores y jardines y cuenta la historia de este sitio a todos los visitantes. Afirma que es posible replicar esta experiencia en toda la ciudad, en todas sus quebradas, que cada una de ellas es un potencial para el paisaje, para el turismo, para la biodiversidad, para hacer de Armenia una ciudad única en el mundo. “En vez de ser un problema para nuestros constructores —continúa Don Lisandro—, porque tienen que dejar un terreno de doce metros para empezar a construir, pueden aprovechar esta mano de quebradas para que sirvan de paisaje verde, de barreras vivas, de casa de tantos seres que las engalanan”.

La vuelta al cráter del Puracé

Entre las maravillas naturales de Colombia está el macizo colombiano y, en él, el volcán Puracé, digno de recorrer, como lo hizo este cronista.

Carlos N. Mamián M. ²³

Popayán

Un viaje en etapas

La primera parte de este fascinante viaje al volcán Puracé se inició a las seis de la mañana del 2 de septiembre de 2012, en la ciudad blanca, Popayán. El transporte se puede tomar en el terminal o acudir al cruce de La Virgen, barrio Los Hoyos, pues también el servicio es prestado por particulares. En este viaje se decidió tomar el expreso de Antonio F., un hombre de unos cincuenta años, alegre habitante de Puracé, quien disfruta del servicio que presta porque ama su pueblo natal y es admirador incansable de la naturaleza. Ameniza el viaje de una hora que emprendemos hacia el oriente con sus comentarios optimistas y con las fotografías que almacena en su celular, en las que se aprecian cascadas, ríos y lagunas de esta región.

En tramos de vías sin pavimentar y pavimentadas, estrechas y amplias, curvas y rectas, se observan casas adornadas con jardines a ambos lados de la carretera; se ven cultivos propios del clima, también llanos y peñascos; al avanzar divisamos el pueblo de Puracé del cual sobresale una blanca iglesia. Se siente el aire un poco más pesado y frío. El pueblo, como muchos de Colombia, se ubica al borde de la carretera central, en un terreno pendiente. A una cuadra de esta vía se encuentra el parque y la alta iglesia, además de construcciones que en el pasado fueron sede de la administración municipal, antes de cambiar a Coconuco, actual cabecera municipal.

Al descender del vehículo se siente frío principalmente en las manos, pero al despedirnos de Antonio, se agradece el calor de su amistad, su vocación de servicio y su amor a esta tierra.

La segunda parte empieza cuando Antonio nos dice: “Corran y alcanzan el bus de la mina, pero vayan donde haya trabajadores para que los lleven”. Aún no nos habíamos percatado del efecto del frío, pues las piernas no responden como quisiéramos y nos cuesta un poco de esfuerzo llegar a tiempo. El bus, modelo setentero, con estruendo desafía la empinada loma, y empezamos a ascender por una de las faldas de la cordillera central. Al paso, se observan las parcelas con cultivos, principalmente de papa, también vemos cómo el viento mueve las copas de los eucaliptos y pinos.

Al ver nuestro equipaje, uno de los trabajadores pregunta: “¿Van para el volcán?”. Y con tono amigable y conocedor de las condiciones del clima advierte: “No es buen tiempo, por acá estamos

en lluvia con vientos fuertes”. Entonces iniciamos un diálogo para enterarnos de los pormenores.

Una vez recorridos doce kilómetros del pueblo encontramos el cruce de la mina, pues la carretera central continúa en dirección oriente hacia La Plata (Huila). Avanzamos por una vía terciaria un poco más de un kilómetro y se acabó el paseo en bus. El conductor nos cobró una tarifa mínima, pues se trata de un servicio casi gratuito, principalmente para los habitantes de la región. A pie y con los rigores del clima, recorreremos los mil doscientos metros entre la vía destapada a la mina y el centro recreativo de Pilimbalá, al cual arribamos llenos de entusiasmo. Admiramos la naturaleza exuberante con su verde vegetación, su aire puro y a la vez frío, que en principio afecta nuestro sistema respiratorio mientras el organismo se adapta.

En este centro recreativo hay oficinas, restaurante y cabañas. Allí nos recibieron Feliza y Jairo, empleados de la entidad oficial de conservación del parque, quienes nos informaron acerca de la indumentaria, los líquidos y los alimentos ricos en calorías que deberíamos llevar, pero esencialmente lo relacionado con las características de esta reserva natural.

La etapa central

Con las explicaciones de Jairo nos ubicamos en un plano improvisado pintado en una pared. Nos habló de las condiciones reales, un tanto difíciles en este día de lluvia y vientos. Al analizar la situación, mis acompañantes decidieron quedarse en el centro recreativo y yo emprendí el viaje, tras llenar requisitos y escuchar las advertencias, con la esperanza de alcanzar a otros caminantes que habían salido poco antes.

Al avanzar en el empinado terreno, encuentro el pasto mojado, el ganado, las cercas que separan las propiedades de los lugareños. Siento el aire un poco más pesado y gélido, que acelera la respiración y obliga al cuerpo a esforzarse, pero esta pequeña angustia es compensada por el hermoso panorama que aún con la niebla logro visualizar. Me guío por unas señales amarillas pintadas en piedras, cercos y postes. En el camino hay pequeños puentes de madera, piedras, barro que han dejado los paseantes y el ganado; el paso por el barro agudiza el cansancio.

Al avanzar empiezo a ver pequeñas lagunas rodeadas de una vegetación diminuta, de color verde claro y también una laguna mediana circundada por pequeños arbustos, sobrevolada por pájaros de colores que con su canto me hacen comprender que estoy ante una naturaleza viva, rica en especies. En el extremo sur de esta laguna se cruza el camino con el carreteable (proveniente de la mina), el cual continúa hasta el sitio conocido como La Antena, una construcción abandonada, punto obligado de descanso para afrontar la última etapa.

Antaño, estas construcciones servían como garitas de vigilancia de las fuerzas armadas. Ahora la humedad, el abandono y las duras condiciones del clima las están destruyendo poco a poco, pero a

estas alturas cualquier refugio es un palacio para resguardarse del intenso frío. Aquí, el viento produce un ruido tenebroso al chocar con las antenas y las latas casi sueltas. Allí se pone a prueba el estado físico por las condiciones extremas del clima. Con el equipo recomendado, comienza la etapa más interesante del recorrido, después de unas dos horas de camino.

La fuerte pendiente de la montaña obliga a forzar los músculos, ya que es terreno de humedales. Aparecen los frailejones, de hermosas hojas velludas y flores de color amarillo oro, planta propia de los páramos andinos. También se detecta menos vegetación grande y más roca. Este día, el viento y la lluvia arrecian con violencia, la neblina no permite distinguir a más de tres metros, condiciones que hacen difícil el ascenso. Queda atrás la zona con vegetación. Transitando sobre rocas y arena movediza, al fin arribo a la Piedra de los Estudiantes, refugio que me protege del fuerte huracán acompañado de lluvia, que en vez de agua, es nieve que cubre las rocas, por lo que el camino se convierte en una sábana blanca, en la cual quedan huellas a cada paso, huellas que son borradas casi inmediatamente.

Después de este corto descanso, me lanzo al remate con todas las fuerzas como en cualquier competencia y a pesar de la corta distancia —unos cuatrocientos metros— debido a las duras condiciones debo exigirme al máximo. La humedad ha penetrado por todas partes y afecta esencialmente las articulaciones de manos y pies, que ya no obedecen como quisiera; la respiración acelerada y el cansancio muscular son una alerta que obliga a disminuir el paso, a regularse para poder llegar. Al fin veo la fumarola ubicada al sur del cráter —fumarola que se divisa desde Popayán— lo cual me indica que ¡coroné!

Un poco “más cerca de las estrellas”

La sensación placentera de caminar sobre hielo hace olvidar por el momento la fatiga. El aire puro, fresco, y el hermoso paisaje que por instantes deja ver la neblina impulsan a recorrer la zona inmediatamente. El encuentro con otros caminantes es grato frente a la anterior soledad abrumadora. Por sus rostros y vestimentas cubiertas por una capa blanca se tiene la impresión de estar en otro planeta, o quizá en la luna, pues solo se ven hielo y piedras en la superficie.

Decidimos bordear el anhelado cráter a pesar de las arduas condiciones. Por el lado al que se llega, en la parte de arriba de la fumarola, hay una planicie, en tanto que por el lado sur-oriental, el espacio para caminar es estrecho. Eso, sumado a la poca visibilidad, produce angustia al notar abismo hacia ambos lados, además de caminar sobre arena movediza. Por momentos, se alcanza a distinguir allá en el fondo el humo gris-blanco que sale de las profundidades de la tierra, no obstante aparentar que está tapado por arena y pequeñas piedras arrojadas por el viento. Tomo una pequeña piedra negra de la parte sur como evidencia de mi estadía. El hecho de dar la vuelta al cráter produce fascinación para quienes gustan de esta forma de naturaleza. El tiempo y el

espacio se convierten en enemigos de esta felicidad, pues cuando menos se espera, ya se volvió al punto de partida. Uno quiere más, tanto que dan ganas de repetir el giro: si no fuera por el cansancio, el helaje, la ropa mojada...

Alcanzamos a distinguir el cráter en su totalidad, otros cerros cercanos y el hermoso horizonte azul en el infinito espacio, que hacen reflexionar en la pequeñez y finitud del ser humano. Una ráfaga de viento nos tambalea y hace reaccionar, se lleva parte de mi capa plástica, pues en un instante las condiciones han cambiado: el horizonte se oscurece y de nuevo empieza a llover torrencialmente, lo que obliga al descenso. Lástima, porque uno quisiera permanecer más tiempo aquí, a 4650 metros, sí, un poco más cerca de las estrellas, en este sitio maravilloso donde en la lejanía parece unirse la superficie terrestre con los blancos copos de nubes.

El regreso

Abandonar este paisaje encantado produce una nostalgia que aprisiona el corazón, y más cuando, al volver por el camino de nieve, veo los pasos han sido borrados. Contrario al dicho “las piedras ruedan”, el descenso es de cuidado: el piso liso y el cansancio disminuyen los reflejos. Mientras más se baja, la lluvia y la neblina aminoran y dejan apreciar otros ángulos del panorama.

En menos tiempo se llega al centro recreativo, anteriormente denominado “Las piscinas de agua caliente”. Allí Feliza recuerda con nostalgia: “A este lado quedaban las piscinas, pero una avalancha se las llevó y el agua caliente se hundió”. Después de un reconfortante descanso, continuamos el regreso. En medio de una tenue llovizna, caminamos hasta el cruce de la mina y, como no pasa el carro que viene de La Plata, tomamos el bus ya mencionado, en el cual entablamos conversación con Julio, un trabajador de la mina, quien al ver nuestro interés por el paisaje nos habla de la belleza de las cascadas en diferentes ríos, de la laguna San Rafael, de otros cráteres poco conocidos, sitios importantes para conocer. Al pasar por una ruidosa quebrada de aguas cristalinas, comenta: “Esta región tiene agua para todos los gustos: fría, tibia y caliente, ¿cuál prefieren?”. Sonríe burlonamente al ver nuestras ropas aún mojadas por la lluvia.

Una vez en Puracé, el conductor nos indica un carro particular que sale para Popayán. Lo abordamos inmediatamente y, luego de más de media hora, llegamos a la ciudad, después de disfrutar de doce horas inolvidables, tocando el agua en estado de congelamiento en las faldas de un volcán, paradojas maravillosas de la naturaleza.

Señales de asfixia en la Garganta de las Iguanas

Crónica de un recorrido a pie por el cañón del Chicamocha hasta la desembocadura del río Sogamoso, plagado de iguanas. Un paraje de ensueño que se secó en 2014 por la construcción de la represa de Hidrosogamoso.

Rafael Antonio Prada Ardila²⁴

Bucaramanga



Garganta. Foto: Mario Chaparro.

—Tocayo, lo invito a una caminata muy especial. Es un sitio que queremos explorar con Álvaro Rueda, Fercho, Martha García, Olinda, José Luis Gil y otros amigos...

—Listo —le respondí al profe Rafael Balcázar. —Nomás dígame cuándo y dónde...

—Es por los lados de Girón, en Chocoa, vía a Zapatoca.

Ese día tomamos un carro pirata que nos llevó muy cerca del cañón del Chicamocha. Descendimos por una quebrada cristalina que se desliza por roca pura llamada Del Monte, hasta encontrar una cascada y un gran pozo. Allí calmamos el calor agobiante con un baño y seguimos bajando por una garganta preciosa de piedras rojizas y formaciones casi surrealistas. La quebrada, en su trasegar milenario, había esculpido en la piedra las más caprichosas formas para deleitar los ojos y los lentes de las cámaras fotográficas. Al cabo de unos cuantos minutos nos topamos con un abismo por donde el agua se descolgaba buscando el río Sogamoso y formando una cascada de aproximadamente cuarenta metros.

Tras superar la perplejidad intentamos continuar, pero no había forma, salvo arriesgando la vida por un paso muy complicado. Intentamos amarrar un lazo, pero no había dónde. Entonces, persignándonos, pasamos el escollo solo seis caminantes, los demás se contentaron con disfrutar desde arriba el prodigio de la naturaleza. Abajo nos esperaba otro pozo delicioso y el impacto visual de la cascada de frente. Ahí permanecemos un buen rato y ya en la tarde retornamos tomando todas las precauciones. “¿Por qué no intentamos algún día recorrer todo ese cañón plagado de iguanas hasta su desembocadura en el Sogamoso?”, le dije al profe, que aceptó la invitación y la extendió a otros amigos caminantes. Habían quedado de asistir como veinte, pero el miedo pudo más y sólo llegamos tres: Martha García, cariñosamente llamada La hija del viento; el profe Rafael Balcázar y yo, e iniciamos la aventura. Nunca antes alguien había recorrido este cañón hasta la desembocadura de la quebrada en el río y nos sentíamos protagonistas de una gran aventura. La suerte nos sonrió, pues la piedra que impedía el difícil paso se había desprendido por la acción de las lluvias y quedó menos peligroso. Todo el día caminamos hasta encontrar el gran río Sogamoso: múltiples pozos, jacuzzis naturales, cascadas, iguanas, cactus, pringamosas, ceibas barrigonas y tibigaros fueron testigos de nuestra hazaña.



Garganta. Foto: Mario Chaparro.

Tesoro ecológico en alto riesgo

Desde entonces, hace trece años, esta caminata quedó incluida en la agenda de los grupos de caminantes de Bucaramanga y se convirtió en la favorita por su belleza y fantasía. El lugar es conocido por nosotros como el cañón de las Iguanas, pero la verdad es que no es un cañón, sino una garganta por su estrechez, que ha sido formada milenariamente por la quebrada Del Monte, que nace en La Mesa de los Santos y se desliza por un lecho totalmente rocoso por las veredas La Navarra, El Suspiro y Chocóa. Luego, por acción de la gravedad, cae y se une a la quebrada Los Fríos para juntas mezclarse con el río Sogamoso un par de kilómetros arriba del puente que conduce a la población de Zapatoca, en pleno corazón del cañón del Chicamocha.

Sin embargo, la parte baja de este paraje de ensueño podría quedar inundada con la represa de Hidrosogamoso y los grupos de caminantes tendrán que borrarlo de su agenda.

Jesús Fernández, un espeleólogo suizo que se encuentra en nuestra tierra explorando la gran cantidad de cuevas existentes, me dijo un día: “Este sitio está entre los más bellos que he visto en mi vida y le cuento que he recorrido medio mundo”. La verdad es que este paraje es tan hermoso como desconocido para todos. Incluso, la gente de la vereda lo llegó a conocer por nosotros, los caminantes, pues nadie se animaba a arriesgar la vida descendiendo por esas rocas. Además, abundan las culebras, entre ellas la cascabel. Sin embargo, esta belleza escondida en un lugar desolado, que habitan alrededor de 2000 campesinos cultivadores de cítricos, tabaco y la más deliciosa piña de Santander, está en peligro ambiental por una causa adicional al proyecto de la represa.

Las autoridades municipales del Área Metropolitana de Bucaramanga, en cabeza de los alcaldes de Girón, Bucaramanga, Piedecuesta y Floridablanca, escogieron este sitio para la disposición final de las basuras de diecisiete municipios aledaños a Bucaramanga. Para construir el relleno sanitario, compraron la finca Bonanza, ubicada en la ribera de la quebrada Del Monte, un kilómetro antes de descender por el bello cañón de Las Iguanas. El contrato le fue asignado a una empresa llamada Entorno Verde SAS ESP, que se ocupó de los trámites necesarios para reemplazar el relleno sanitario de El Carrasco por este, en Chocó. La Corporación para la Defensa de la Meseta de Bucaramanga (CDMB) le otorgó la licencia ambiental, y las obras se iniciaron a comienzos del año 2011.

Como suele ocurrir en nuestro país, se desconocieron las normas, se violaron las leyes ambientales, no se tuvo en cuenta el sentir de los lugareños y esto desencadenó una lucha jurídica que no ha tenido desenlace. Leonel Rueda, vocero de la comunidad, dice con tristeza: “En nuestro país, la guerrilla y los paramilitares desplazan a las poblaciones, pero a nosotros nos está desplazando el mismo gobierno”.

Y es que la lista de irregularidades es larga. Por ejemplo, las cárcavas (zanjas) uno y dos se encuentran sobre nacederos de agua y laguna, respectivamente, de acuerdo con el plano hidrológico del sitio, y con ello se viola la norma sobre la distancia de quinientos metros, según exige la ley. Este mismo decreto señala la imposibilidad de construir rellenos sanitarios en zonas de alto riesgo sísmico, como lo es Chocó. El Plan de Ordenamiento Territorial (POT) considera el predio Bonanza como ecosistema de alto riesgo y una de sus exigencias era protegerlo como zona forestal protegida, pero el Concejo y el alcalde de Girón la desconocieron cuando modificaron el POT de Girón el 24 de diciembre del 2009. Era el regalo de Navidad que les daban a los campesinos de esta árida, pero próspera vereda.

Pero no solo el Concejo y el alcalde incurrieron en irregularidades: la propia CDMB, ente defensor del medio ambiente, declaró concertado y aprobado dicho proyecto. Además, se otorgó la licencia ambiental sin el requisito del Plan de Manejo Arqueológico (PMA), que debía ser entregado por la empresa Entorno Verde.

Gato encerrado

“Aquí hay gato encerrado”, dice Sara Almeyda, mientras alisa hojas de tabaco sentada bajo un caney junto a su cabaña de barro y guadua. Sara ha criado a sus cuatro hijos en las orillas de la quebrada, y con sus aguas prepara los alimentos. No se atreve a imaginar qué va a pasar con ella el día en que el agua baje contaminada y no pueda seguir viviendo allí. “Es que ni siquiera nos dijeron nada. Cuando nos percatamos, ya estaban las máquinas abriendo trocha para hacer el relleno”. Juan Elías, tío de Sara, cuenta que en el contrato figuraba que los lixiviados de las basuras no iban a parar a la quebrada Del Monte, sino al río de Oro, ubicado unos seis kilómetros más arriba, es decir, que ahí falló Newton con su ley de la gravedad, pues, “en lugar de bajar, van es a subir”, dice entre risas. Las mentiras que hay que oír, y las trampas que hacen los contratistas para “maquillar” los contratos con el fin de obtener su aprobación.

En junio de 2011, los lugareños recibieron una buena noticia cuando el procurador delegado para asuntos ambientales solicitó a la Directora Ejecutiva de la Corporación Autónoma Regional de la CDMB considerar la posibilidad de suspender o cancelar el proyecto de construcción del relleno basado en el estudio técnico realizado por la CDMB y que mostró numerosas irregularidades de tipo ambiental; pero al día siguiente la directora le confirmó a los medios de comunicación que ninguna obra se iba a suspender. El trámite siguió su curso y en julio de 2011 una juez de Bucaramanga ordenó suspender las obras del relleno hasta tanto no se tuviera certeza de que no había afectación ecológica. Hasta el momento las obras están suspendidas y todo parece indicar que el relleno no se hará en Chocó.

Pelea bendita

“Lo que sí es cierto es que no vamos a dejar que entren las máquinas nuevamente”, dice Leonel, mientras su vista se pierde en los extensos piñales que exhalan un aroma dulzón... “Esta pelea se la ganamos al ‘loco Quintero’ (entonces alcalde de Girón) y a doña Hercilia Páez (entonces directora de la CDMB), que eran los más empeñados en hacer el relleno allá, con la ayuda de ustedes, los caminantes, y con la bendición del padrecito Jorge, que desde el cielo nos está apoyando”. En efecto, más de ochenta caminantes acudieron a una convocatoria que hice y el 20 de julio del 2011 manifestamos nuestro apoyo a la comunidad.

El padrecito, como lo llama Leonel, era el sacerdote Jorge Ríos Cortés, párroco de la Basílica

Menor de Girón, quien muchas veces se enfrentó al alcalde defendiendo a la comunidad de Chocó, y tras una de esas discusiones, mientras realizaba una caminata por la vereda El Pantano, falleció. Esta muerte causó conmoción en el pueblo. La mayoría de la gente responsabilizó al “loco Quintero”, como llaman al alcalde, de la muerte del cura. Blanca Ordóñez, habitante del pueblo, me dijo durante la misa de su sepelio: “Esas rabias que le hacía dar el ‘loco Quintero’ al padre lo llevaron a la muerte. Él es el culpable de su muerte, eso todo el mundo lo sabe”.

Doña Hercilia Páez afirma que todos los rumores que digan que la CDMB recibió plata por hacer allí el relleno son falsos y que la ubicación del relleno es responsabilidad de los alcaldes, “nosotros solo otorgamos las licencias ambientales y hacemos los seguimientos para que no haya daño ambiental grave”. El “loco Quintero”, por su parte, se defiende diciendo que la decisión de escoger a Chocó como lugar para el relleno fue adoptada por los mandatarios del área metropolitana, con el aval del gobernador Horacio Serpa, basados en un estudio del Plan de Gestión Integral de Residuos Sólidos (PGIRS) de la Universidad Industrial de Santander (UIS).

Mientras los caminantes, defensores del medio ambiente, soñadores y habitantes de la vereda Chocó esperan un feliz desenlace, los alcaldes han decretado la emergencia sanitaria para darle continuidad al relleno sanitario de El Carrasco, mientras consiguen otro lugar para recolectar las basuras. Javier Flórez, caminante del grupo Senderos de Vida, que trabajó en las empresas de aseo, dice que el proyecto de Chocó obedece a la repartición de contratos que se hacen entre los alcaldes y las empresas contratistas para lucro personal. “El Carrasco tiene todavía mucha vida útil, pero están buscando la forma de sacarle la platica del bolsillo a la gente haciendo otro relleno en Chocó y, lo peor, atentando contra una comunidad y la naturaleza. Si la gente conociera este cañón tan hermoso se habría volcado a las calles a protestar para evitar que se llene de basuras”, afirma.

Mientras tanto, la quebrada Del Monte sigue irrigando las amarillas tierras de Chocó para que florezcan la piña, los limones, las naranjas, los mangos y el tabaco; para que los campesinos sigan en las parcelas que heredaron de sus mayores, aferrados a sus orillas; para que los niños sigan asistiendo a la única escuela rural del lugar y para que la Garganta de las Iguanas siga siendo un paraíso de pozos y cascadas cristalinas para el deleite de los caminantes, los lugareños y los ocasionales visitantes.

Una laguna en medio del desierto

Como un oasis, en el desierto de la Alta Guajira emerge la Laguna de Los Patos, alrededor de la cual reverdece la tierra y abundan las especies, pero los wayuú le temen a sus encantos.

Maximiliano Urianá²⁵

Riohacha



Una laguna en medio del desierto

¿Cuántos baldes de arena fueron necesarios para tapar la desembocadura del arroyo de Kuttirramana? Esa pregunta no es fácil de responder, porque no fue el ser humano el que lo hizo, sino la misma naturaleza. Grano a grano de arena, con la ayuda de las fuertes brisas, se fue creando la Laguna de los Patos. Apareció de la nada, hace quince años, aproximadamente, frente a la costa Caribe, en la Alta Guajira, gracias a la costumbre que tienen las dunas de caminar por el desierto.

La laguna está ubicada en el corregimiento de Puerto Estrella, un pueblo pequeño situado en la región más septentrional de Suramérica. Ocupa un lugar importante en el litoral del Caribe y es por eso que la mayoría de los habitantes vive de la pesca. A escasos veinte minutos se encuentra la laguna de Los Patos “Patomana”, que toma su nombre por la cantidad de patos que allí habitan. Tiene una extensión de aproximadamente tres kilómetros cuadrados y una profundidad de dos metros y medio.

En 2001 se hizo un arreglo a la laguna para conservarla. Dos años después, a través de la

Corporación para el Desarrollo Sostenible Ambiental, el gestor Gervasio Valdeblánquez y la comunidad en general hicieron un dique de contención para preservar la laguna, que podría contener buena cantidad de agua hasta para un año.

La presencia del agua trajo a los patos migratorios, *yawaas*, y allí se reproducen y ponen los huevos en la orilla, entre las hierbas. Estos huevos son aprovechados por los habitantes más cercanos para consumirlos. Son parecidos a los de gallina, pero más pequeños. Los patos, que se reproducen una vez al año, se alimentan de peces pequeños, *kuyuna*, que abundan en el agua. Existe gran variedad de aves, como las gaviotas, turpiales, águilas, pauralatas, garzas blancas, entre otras. También están las iguanas, que los habitantes cazan para la alimentación; atrapan tres o más y las preparan con coco. Dicen que son más sabrosas que un pollo. La pesca se da muy poco porque el nailon se enreda entre las ramas de los árboles que son arrastrados por la corriente del agua en época de invierno y se encuentran en el fondo de la laguna. Los peces tienen entre veinte y treinta centímetros de largo y los wayúu no los identifican, porque desconocen las especies de agua dulce.



Una laguna en medio del desierto

La casa de la lluvia

Alrededor de esta laguna, los wayúu han recuperado las tierras por pedazos, cercándolas para el cultivo. Benjamín Ruiz, Manuel González y Salomón, apodado “el Shote”, siempre se alimentan de la buena cosecha que produce la tierra durante el año. Cultivan frijol, ahuyama, patilla, maíz, lechosa, coco, entre otros. Pero, en invierno, una parte de las rozas o de los cultivos son arrastrados por la corriente de agua y muchos se dañan.

El agua de la laguna se filtra hacia el mar, y del otro lado corre un pequeño arroyo y riega las parcelas que se encuentran allí. En este sitio se forman las casimbas, especie de pozos de un metro

de profundidad con unos ochenta centímetros de diámetro para obtener el agua del consumo, ya que en verano se secan los jagüeyes y las comunidades que están retiradas de la laguna vienen a buscar agua dulce para el consumo, pues es el único lugar donde pueden conseguirla.

Los animales domésticos, como las vacas, los chivos y los ovejos, van en busca del agua. Orientados por el pastor, estas familias no construyen sus casas cerca, por temor a ser desalojados. Para dar de beber a sus animales tienen que recorrer más de cinco kilómetros. La comunidad más cercana puede durar una hora para llegar a este sitio, y los que están lejos, unas tres horas. Un pastor puede llevar ochenta o más chivos u ovejos, y siempre se levanta en la madrugada para volver temprano a casa. Este ritual lo hacen una vez al día. A las vacas y otros animales domésticos, como el burro y el caballo, los llevan antes del mediodía, para que en la tarde puedan buscar los chivos y meterlos en el corral.

Según la mitología wayúu, la laguna es casa de Puloui, que significa la mujer de Juya, lluvia. Es una señorita de cabellos largos de la que se enamoran los jóvenes. Mientras duermen, la ven tratando de acostarse con ellos. Sueñan con ella. Por tal motivo, este lugar no es visitado de tardecita, porque a esa hora los *wanûLù*, los fantasmas, salen a encontrarse con alguna persona y, si les gusta, ocurre un accidente. Cuando esto pasa es porque Puloui se lo lleva o se lo quiere llevar causándole la muerte o algún daño. Luego, alguien sueña que una mujer le revela su amor por él y se lo lleva, o manifiesta que lo deja con las condiciones de aceptar todo lo que pide, que puede ser una cena de carne asada. Por eso los wayúu visitan muy poco la laguna, porque la mujer Puloui los puede mirar con buenos ojos.

-
1. Estudiante de Comunicación Social y realizador audiovisual. Cjbio13@gmail.com↵
 2. Administrador de empresas, técnico de la empresa Cerrejón, 49 años. pedrosado2006@gmail.com↵
 3. Historiador, promotor de lectura, 33 años. edwing.arciniegas@hotmail.com↵
 4. 37 años, administradora de empresas, directora de la red RELATA en Barranquilla. luzarroyoruiz@hotmail.com↵
 5. Licenciada en Lengua Castellana y Literatura, profesora del Colegio Cristo Rey de Leticia. sinceridaad@yahoo.es↵
 6. Escritor, profesor. quitaroz@gmail.com↵
 7. Trabajadora Social, 40 años. gemez_29@hotmail.com↵

8. Analista, área cultural Banco de la República, 48 años. jhenaogi@banrep.gov.co
9. Artista plástico, gestor cultural y docente universitario, 38 años. Elantejardin2@hotmail.com
10. Periodista cultural y turístico, director de la Revista ágorasalom, 60 años. agorasalom@yahoo.es
11. Estudiante de Comunicación Social, Universidad de Boyacá. 23 años.
12. Periodista y profesora de la Universidad del Quindío, 55 años. bettymartinezsalar@gmail.com
13. Realizador audiovisual. kalamaro1976@hotmail.com
14. Socióloga, 33 años. angela.enriquez@restituciondetierras.gov.co
15. Escritor y crítico literario. Estudiante de doctorado en literatura española en Texas Tech University, 34 años. rubenvarona@outlook.com
16. Escritor. gertropico@yahoo.com
17. Estudiante de licenciatura en Lengua Castellana e Inglés, Universidad de Nariño, 30 años. carlohowlet@gmail.com
18. *Round point* o glorieta.
19. Estudiante de Comunicación Social y Periodismo. johvidal82@hotmail.com
20. Pintor. pintoresentoribucaramanga@yahoo.com
21. Estudiante de Comunicación Social, Universidad de Boyacá. ktis90@hotmail.com
22. Directora de la Fundación Ambientalista Bosque de Niebla. leonelaserna@gmail.com
23. Pensionado, 59 años. carlosnmamian@gmail.com
24. Caminante, autor del libro *Las huellas de un nómada* (2010). Licenciado en idiomas y especialista en pedagogía, 50 años. ralphy1803@hotmail.com
25. Estudiante de Licenciatura en etnoeducación, 24 años. maxlo8@yahoo.es

Personajes

“Yo nací en una alcantarilla”

La vida de don Leo ha transcurrido en medio de las alcantarillas de la ciudad y, aunque se viste como un científico nuclear, las enfermedades no perdonan. El cronista descendió con él al submundo rutinario.

Robinson Londoño Castañeda¹

Armenia

En un tubo de sesenta centímetros de diámetro, que escasamente permite movimientos horizontales para una persona de talla promedio, se metió José Leonel Gómez esa mañana para pasar un tramo de diez metros de largo, a unos cinco metros bajo el nivel de la calle. Protegido con un traje impermeable de plástico grueso, con el cual luce como un científico nuclear en zona de alta radiación, y en medio de un olor hediondo que contamina el aire y obliga a respirar por la boca, él se desplaza, o mejor, se arrastra por el agua sucia que salpica su rostro.

Cuando comenzó a trabajar en estos mundos subterráneos de la ciudad de Armenia, a don Leo — como lo conocen— el corazón se le aceleraba al punto de la taquicardia, pero con el paso de los años se acostumbró a esa leve sensación de adrenalina y oscuridad. Hoy en día va a un ritmo normal. Para don Leo, esto de las alcantarillas es algo rutinario, ya que las recorre desde hace quince años, cuando, por motivos de lo que él llama palanca política, pasó a engrosar la escuadra de limpia-alcantarillas de la capital quindiana, con un contrato por tiempo indefinido. Ama tanto su trabajo que afirma orgulloso: “Yo nací en una alcantarilla”.

Cuando se inició en el oficio, las apuestas de sus compañeros en la escuadra de limpieza estaban en su contra, pues le auguraron que no saldría con vida. Entonces comenzó a aplicar una frase que hasta el día de hoy lo acompaña y le da la confianza, como un mantra. La usa incluso cuando tiene que hacer la inducción a sus futuros remplazos: “Si es capaz de bajar, hable ahora o calle para siempre”. Hay quienes hablan y cambian de trabajo.

Recuerda que el miedo fue su única compañía los primeros meses, en medio de la inmundicia de las alcantarillas. Lo más complicado eran los encuentros con ratas gigantes que amenazaban con morderlo, o eso creía él, pero no estaba dispuesto a comprobarlo. También se debía enfrentar al enemigo acérrimo de las amas de casa, las cucarachas: sentía que se le metían en el traje de plástico, pero era pura paranoia.

Después de robarle largo tiempo durante su jornada laboral, se pierde en el horizonte de un tubo de diez metros de largo, oscuro y rodeado de un terreno fangoso, sedimentado tanto hacia adelante como hacia atrás. Su recorrido dura quince minutos y, tras reparar el daño, lo veo subir en contra de un chorro de aguas no tratadas que empapan el vestido. Lo hace mirando hacia el

piso para no mojarse la cara, y se encuentra de nuevo con la civilización a tres metros sobre el nivel del piso.

Una hora antes de ver a don Leo en su exploración subterránea, recibió su dotación como limpiador de sumideros y alcantarillas por parte del personal de Empresas Públicas de Armenia en la sede del barrio El Jubileo, en el centro-occidente de la ciudad. El supervisor de la escuadra, el ingeniero Carlos Eduardo Ríos, me explica en qué consiste el trabajo y, sin más preámbulos, nos embarcamos al sur montados en un camión en el que también nos acompañan otros obreros de la escuadra de don Leo, pero más jóvenes. Nos dirigimos al barrio Puerto Espejo, en la salida a Pueblo Tapado, una vereda rica en cultivos de café, plátano y hoteles rurales, que son la nueva base de la economía. Reparar un daño en una tubería de veinticuatro pulgadas es la misión que debe cumplir don Leo ese día, la media jornada, o quizás la jornada entera: todo depende de la avería.

Mientras llegamos al lugar, una ruta de varias reparaciones por cubrir, converso con el grupo de hombres que serán repartidos en distintos tramos de Armenia para llevar a cabo una labor similar. Ya no sienten miedo por posibles accidentes porque todo se volvió rutinario. Y hasta se confían demasiado.

De tripas corazón

Los trabajadores de la escuadra tienen entre veinte y cincuenta años de edad. Van vestidos con trajes de color verde, desgastado por el uso y el abuso. Botas de cuero con rastros de pantano seco y peladas en la punta y gorras de trapo sin horma alguna, que sirven por lo menos para proteger del sol. Sus herramientas para enfrentarse al bajo mundo están tiradas en el piso del camión de forma desordenada, y cada escuadra, conformada por cuatro hombres, cuida de picas, palas, recatones, costales y guantes de cuero, entre otros elementos. Me hablan de las múltiples cosas que suelen encontrar en el mundo del drenaje, sobre todo de los barrios populares, y, de vez en cuando, los exclusivos, porque en esto de la suciedad y la irresponsabilidad no hay excepciones.

Todo prejuicio y zalamería queda a un lado y, sin dudarlo, se sumergen en el planeta de los desperdicios, protegidos por sus trajes de caucho que hacen las veces de armaduras y blindaje a posibles enfermedades de la piel o los pulmones. Allí se tropiezan con cuerpos de caballos en alto grado de descomposición, de perros de razas grandes como pitbull o pastor alemán, muebles completos —algunos tipo poltrona—, colchones de paja o algodón, pedazos de nevera, o la nevera entera, y cosas que no caben en la cabeza, pero sí en el drenaje y que suelen terminar allí, en los sumideros o recámaras, que es el nombre técnico.

Acostumbrarse a los malos olores, entrar en contacto con los desechos y luego hacer de tripas corazón para desayunar, almorzar o comer tirados en el primer andén en que los coja la ruta durante el día es lo normal. Antes de tratar algún tipo de agua o reparación, se meten en sus trajes

con guantes dobles y botas pegadas a los pantalones de caucho para evitar enfermedades. Escasamente se lavan las manos al mediodía para almorzar después de su encuentro con las aguas negras. Escasamente, porque se nota la incomodidad de tanta parafernalia y protección. Parece como si sus cuerpos, después de tanto combatir, se hubieran hecho inmunes a las infecciones que un ciudadano normal no resistiría. Ejecutan una labor sucia a cambio de un salario mínimo, libre de pago de pensión y de salud. Padecen problemas pulmonares, escabiosis, dermatitis, tiña y un interminable “entre otras”.

Todo eso lo hablamos mientras los veo cambiarse la ropa. Los obreros rasos, entre ellos don Leo, llevan casco del mismo color verde desgastado del overol de jean, a diferencia del ingeniero de aguas, cuyo uniforme es blanco. Pasamos por un terreno pantanoso, donde una ruptura generó la filtración que produjo un lodazal de unos veinte metros de diámetro y que no es fácil de cruzar, y compruebo lo que me contaron en el camión sobre la inconciencia ciudadana: estamos en medio de lo que antes solía ser un sendero ecológico, pero ahora es un basurero.

Unas por otras

Don Leo mide 1.56 metros de estatura, tamaño adecuado para un héroe ecológico involuntario. Es un hombre de contextura delgada y tiene bigote maltrecho con asomo de canas. Habla lento, cuando lo hace, ya que es de muy pocas palabras. Antes de trabajar en EPA se dedicaba a labores de construcción y al rebusque. También trabajó en agricultura, en el municipio de El Dovio, en el Valle del Cauca, donde nació y de donde partió cuando tenía diez años para llegar a Armenia, crecer, enamorarse y multiplicarse: tiene cuatro hijos que “ya se defienden solos”, como dice él, y que son el resultado de un amor que lleva tres décadas. Y tiene claro que no quiere ser reemplazado por uno de sus muchachos.

Pero a él pronto tendrán que relevarlo en su tarea. Hace cuatro años pasó de contratista a empleado de planta, hecho que le permitió estar en el sindicato de la empresa. Esa decisión sería crucial en su futuro inmediato. En el 2007 presentó un leve problema en su oído izquierdo, pero no le prestó atención. En agosto de 2011, el problema se volvió agudo cuando notó que perdía capacidad auditiva y decidió ir donde el médico. Ya era tarde. Los exámenes le detectaron un aumento irreversible de pérdida auditiva y el médico le recomendó dejar el trabajo de inmediato.

Desde entonces espera obtener su pensión por discapacidad y sabe que llegará pronto, sin problemas. Por ahora, con la resignación reflejada en sus ojos, continúa su labor de limpiador de alcantarillas. Lo más curioso es que, según el médico que lleva el caso, la culpa la puede tener el Backum, un vehículo manejado por don Leo desde hace diez años, que sirve para la limpieza a presión y succión de las grandes tuberías. Su ruido constante y elevado fue generando poco a poco el deterioro auditivo. Lo irónico del caso es que ese mismo carrito le permitió a don Leo pasar de

ser contratista a trabajador de planta en la empresa gracias a su pericia para operarlo. De no haber sido así, no habría podido aspirar a la pensión por discapacidad.

Desde que recibió el diagnóstico se la pasa pensando en qué hará el día que le llegue la carta de despido, pues es un hombre hiperactivo, con sentido de pertenencia por la empresa y pasión por lo que hace.

Mi viaje a las profundidades

Las apuestas están en mi contra, al igual que le pasó a don Leo hace quince años, durante su primera incursión en el mundo subterráneo. El miedo es mi única compañía. También me imagino ratas mordiéndome y cucarachas metidas en el traje de plástico, como me han contado los muchachos de la escuadra de limpieza. En cuanto a don Leo, que va adelante en ese pequeño espacio en el que escasamente podemos gatear, lo veo desaparecer en el horizonte de la tubería de aguas negras con quince centímetros de nivel de agua. Yo también me pierdo y unos momentos después, siete metros más allá de la oscuridad, pretendo subir, al igual que mi guía, en contra de un chorro de aguas no tratadas. Nos protege el traje, pero aun así tenemos la cara mojada y subimos mirando al piso. Ya en la superficie el fango intenta succionarnos: de las rodillas pasa a los muslos y termina casi en la cadera. Las enseñanzas del Discovery Channel y *Survivorman* no sirven de nada en casos reales como este. Casi no tocamos tierra firme. Todo se hunde. El truco está en no desesperarse, me dice él. Calculo que necesitamos unos cinco minutos para concluir la travesía y muchas calorías para no perder en el intento.

Tácticas y estrategias

En conclusión, no vuelvo a repetir esta aventura claustrofóbica. Cada cual sabe hacer sus cosas, pero las alcantarillas no son lo mío y, pese a lo que muchos creen, se necesita profesionalismo. Ya a salvo, don Leo me explica la técnica para salir de las tuberías estrechas y no desesperarse en la oscuridad. Se hace en algunos tramos donde no se puede seguir porque la salida es a más de quinientos metros y la persona se puede ahogar: entonces se devuelve el tramo que sea necesario, sin voltearse, pues, de hacerlo, la persona podría quedar atascada en lo profundo de la cloaca y el daño sería económicamente alto, pues habría que romper la tubería y el operativo de limpieza o reparación se convertiría en uno de rescate.

Me cuenta que muchas veces, y por muchos metros, se ha devuelto en reversa y solo una vez tuvo miedo de perder la vida. Fue cuando un tubo con setenta grados de inclinación necesitaba una reparación y lo bajaron de un escueto lazo amarrando a la cintura. Estando en el fondo, se tuvo que soltar, con tan mala suerte que el compañero que sostenía la cuerda también hizo lo mismo del otro extremo y no se percató del daño. Don Leo gritaba y gritaba, pero el sonido se ahogaba en

lo profundo. Eran doscientos metros separados de la superficie. Por fin, luego de un operativo relámpago, sus compañeros mandaron otro lazo y lograron sacarlo. Es la única experiencia que no olvida, como tampoco la lección y regla número uno en todo este tiempo: “No desesperarse”.

Sin atenciones a la madre tierra

Después de nuestra incursión en la tubería de diámetro amplio, la misión de la mañana para don Leo es, como dicen las mamás, destaquear una alcantarilla pequeña con una varilla especial llamada sonda. Esto se realiza en el sector de El Santander, otro barrio popular del oriente de Armenia. Allí llegamos en el camión de la escuadra. La causa del daño del pequeño sumidero es lo de siempre, según los muchachos de la escuadra: falta de cultura ciudadana. Aunque no arrojan la basura directamente a la recámara, el daño es igual. Cuando llueve, las aguas arrastran lo que encuentran. Los malos olores avisan al vecindario y los ciudadanos llaman a la línea 116 de Empresas Públicas. Luego de sondear por varios tramos, el nivel del agua baja y la sonrisa de don Leo da por sentado un nuevo triunfo. Yo me aguanto las ganas de rendir atenciones a la madre tierra. Estos hombres son unos verdaderos héroes, unos verracos.

La atención a la emergencia de algún taponamiento no pasa de dos horas, aunque depende de muchos factores, y las llamadas son para todo tipo de daños, desde la fuga por robo de un contador —que también es muy común— hasta la obstrucción de algún sumidero o alcantarilla por todo lo antes dicho. A veces no falta el desocupado que también llama para mamar gallo, como dicen los costeños.

Los muertos del río Sinú

El río Sinú, que atraviesa al departamento de Córdoba, además de dar el sustento a los pobladores y el hábitat a los animales, ha servido de tumba natural para personas ahogadas accidentalmente, pero también para las que han sido asesinadas.

Diana Estrella Castilla²

Montería

“¡Un ahogado!, ¡y es que hiede!”, gritaba un joven dándole aviso a los areneros del río Sinú de que había encontrado el cuerpo de un hombre flotando en las aguas. Minutos antes, él le había robado al cadáver una pistola y dinero que llevaba en su pantalón. Los areneros, al ir a ver el cuerpo, se dieron cuenta de que tenía un machetazo en la cabeza. Esto es lo que recuerdan quienes se ganan la vida en el río Sinú. Hombres que, además de ir muy temprano a sacar arena del río, también sacan muertos.

“A los muertos como que les gusta Boca de la Ceiba, porque allá va a dar la mayoría”, afirma un arenero de sesenta y siete años que trabaja en el río Sinú hace treinta y seis. “Los muertos de aquí salen por allá en Garzones, y los que vienen de lejos salen aquí en Montería”.

La mayoría de los cuerpos que aparecen en el río son de hombres mayores de treinta años, asesinados, pero también hay muchos casos de muertos por inmersión y suicidio, como el de José Hernández, un monteriano que se dedicaba al canto y decidió acabar con su vida en el río Sinú a mediados de 2011. La depresión que sentía por la muerte de su hermano, a quien creía ver hablándole todas las noches, le hizo tomar la decisión. Su cuerpo fue encontrado cuarenta y ocho horas después con las características de un cadáver ahogado: hinchado, morado, con el olor de la muerte al que los areneros definen como agrio y los labios comidos por las lisetas, pez que habita en el río Sinú y que ni los areneros comen porque, según ellos, se alimentan de los muertos.

Sentado en una piedra, muy cerca del río Sinú, está uno de ellos, delgado y de cabellera blanca, quien afirma que hace diez años encontraban más muertos, enteros o en pedazos, y que para ellos eso se volvió una costumbre, parte del paisaje cotidiano.

Ahogadero, suicidadero y botadero

Pocos son los cuerpos de mujeres y niños encontrados en el río Sinú. A finales de 2010 sacaron a un niño de catorce años con un tiro en la frente, y en enero de 2010, Tricia del Socorro Miranda, de treinta y tres años de edad y madre de cuatro niños, murió ahogada cuando se bañaba en el río. Su cuerpo fue encontrado por un joven que ayuda en un planchón en el sector de Villa Real.

Funcionarios del CTI de Montería afirman que los areneros y planchoneros son los que más encuentran muertos en el río y dan aviso a la Policía. Al llegar el CTI o la SIJIN al lugar, por protocolo acordonan la zona, sacan el muerto a la orilla, lo inspeccionan y lo trasladan a Medicina Legal. “Por lo general es muy difícil reconocer a la persona, por la descomposición del cadáver, contamos con suerte si trae su cédula y, al verla, parece que fueran dos personas totalmente distintas”, dice un funcionario del CTI.

“Cuando sacamos un muerto, ahí también van los gallinazos arriba, dándole pico”, comenta un arenero. Uno de los casos más recientes es el de una adolescente de dieciséis años del barrio Mogambo de Montería, quien hace un año fue con su hermana y su papá a lavar el carro a la orilla del río. La joven se alejó para lavarse las manos, se resbaló y se hundió. Al ver esto, su hermana y su papá se lanzaron a rescatarla, pero la joven no volvió a salir.

En el verano es cuando los areneros encuentran más cuerpos flotando en el río. Cuando se hacía el llamado popularmente Festival de la Tanga, la gente se confiaba mucho y el que no sabía nadar se ahogaba. Los areneros cuentan que en una semana se ahogaron dieciséis personas.

De la experiencia que les han dado tantos años de ver muertos, afirman que el cuerpo de alguien que es asesinado no se hincha y queda a media agua, mientras que los ahogados se hinchan y flotan. “Antes se veían muchos pedazos como piernas y brazos, ya que los mochaban con motosierra”.

Recuerdan la anécdota de un arenero que se metió al río en la madrugada a colar piedra china porque el río estaba bajo, todavía estaba oscuro, y de repente un ahogado se le montó en la espalda. Y que, hace tres años, dos hermanos mudos se ahogaron: uno cayó de un planchón y el otro se lanzó al río para rescatarlo.

El día que los areneros cogen a un muerto en el río Sinú, el olor se les impregna en el cuerpo y en la ropa por varios días, y no solo a ellos, sino todo el ambiente. Para quitarse el olor, dicen que sirve la piedra pómez, la cal y la lejía, y para el ambiente machucan cogollo de matarratón, arbusto utilizado especialmente para enfermedades de la piel.

Los areneros dicen que, como todo río, el Sinú tiene sus mitos o creencias populares. Uno de ellos dice que los cuerpos que no aparecen es porque se los come un caimán que hay en el río; y el otro, que cuando se encuentra un ahogado con los ojos abiertos significa que se llevará a todos los del pueblo: “Sí: todos se irán ahogando, así sea con un bocado de arroz”.

Exista o no un caimán, creamos o no en las maldiciones, lo cierto es que muchos creen que el río Sinú es un cementerio.

“En agua se formó y en agua lloriqueó”

En el Pacífico se defiende a la partera tradicional. Su experiencia y conocimiento se pone a prueba en esta crónica, que cuenta cómo una de ellas trae a un bebé al mundo en un río.

Salvatore Laudicina Ramírez³

Buenaventura

Para los habitantes de Puerto Merizalde aquella noche no era cualquiera. Ellos aseguraban que el universo estaba “perfectamente sincronizado” para rendir tributo a la vida. La luna llena se paseaba impetuosa por el cielo del Pacífico colombiano, las estrellas asomaban tímidamente su brillo y una voz femenina cantaba una y otra vez el mismo verso mientras acariciaba el vientre de una parturienta: “Cuando el agua pura se enamoró de mí, cuando el agua pura se enamoró de mí”.

Epifania Murillo, sumergida en las profundidades de una quebrada, lloraba más de felicidad que de dolor: tierra, aire, fuego y agua trabajaban de la mano de Dios para traer su hijo al mundo.

Pringues, humanización y rezos

Aquel 27 de agosto de 2006, todo comenzó muy temprano. Tanto, que el sol apenas se colaba por las ventanas.

Epifania Murillo, la madre, comenzó a sentir el desespero del ser que se hospedaba en su cuerpo. Era un dolor indescriptible. La vida estaba deseosa de salir de su escondite.

Simón Rentería, el padre, visiblemente dichoso y asustado, corrió hasta el interior de la casa y le avisó a las dos mujeres procedentes de Buenaventura, madre e hija, que sabían de traer vida al mundo. “Mi mujer ya va a parir”, anunció como pudo.

“Cuando ella esté en cuatro de dilatación, la sumergimos en la quebrada del patio. El parto será en el agua”, dijo Liceth Quiñónez, la partera más joven. De inmediato, Rosmilda, su madre, comenzó a preparar todo para el nacimiento.

Era la primera vez que los roles se invertían. Rosmilda, directora de la Asociación de Parteras Rurales del Pacífico (Asoparupa), siempre guiaba a su hija y a las demás mujeres jóvenes que deseaban aprender a ser parteras. Hoy, por primera vez, Liceth estaba al frente del nacimiento. Quizás el más significativo de todos, pues era el primer parto en agua que la asociación llevaba a cabo.

Simón, asustado por lo que escuchaba, la miró con incredulidad. Siempre imaginó que su

compañera traería al mundo a su primogénito de manera tradicional: acostada en la cama y encerrada en cuatro paredes. Así habían nacido él, sus hermanos y casi todos sus conocidos.

“El parto en agua siempre ha existido. No le va pasar nada malo a su señora”, le dijo Liceth. Preparó un cocimiento de plantas para sacarle el frío a la futura madre a través de pringues. “Mamá, humanice a Simón para que se meta a la quebrada con nosotros”, le indicó a Rosmilda de manera muy discreta, sin que él la escuchara.

Rosmilda comenzó a sensibilizar al compañero de la embarazada acerca de su participación en el nacimiento. Su presencia era indispensable. “El parto debe involucrar al hombre y a la mujer por igual. El niño, aún dentro del vientre, siente la presencia de sus padres y es importante que, cuando nazca, madre y padre estén ahí para recibirlo”, explicaba con mucha paciencia.

El hombre, no muy convencido, se acercó a su mujer, quien ya estaba acostada en la cama y le agarró la mano. Acto seguido, tocó su vientre y le habló a su retoño. “Muchacho de Dios, no te pongas caprichoso y salí rapidito”. Con risa nerviosa alisaba las arrugas de la descolorida camisa que portaba.

La madre sonrió y le apretó la mano derecha para darle las gracias por estar dispuesto a vivir en carne propia el incierto tránsito de los segundos, los minutos y las horas para darle la calurosa bienvenida a su primogénito.

El tiempo, afanado como de costumbre, corría a pasos agigantados. Ya era mediodía y ninguno de los presentes se había percatado de ello: Liceth estaba concentrada en los pringues para sacarle el frío a la muchacha mientras Rosmilda le oraba al universo para que todo saliera bien.

“Señor, bendice nuestras manos y nuestro entendimiento para que este niño llegue sano y salvo a este mundo”, decía. Simultáneamente, las contracciones de Epifania aumentaban.

El marido se impacientó y abrió la boca para hacer la pregunta sin respuesta. “¿Falta mucho para que nazca?”. Estaba sumamente preocupado por el semblante de su compañera. “Paisano, esto va para largo. Las mujeres del Pacífico somos demoradas pa’ parir”, dijo Liceth con la gracia que poseen las hijas de esta mágica región del país.

La humanización había funcionado: aquel hombre, un pescador poco dado a mostrar sus sentimientos, sentía el dolor, la alegría y la incertidumbre de su mujer.

Afuera de la casa, los vecinos estaban agolpados, tratando de no perderse detalle del suceso. No les importaba que la puerta y las ventanas estuvieran cerradas y no les permitieran presenciar el alumbramiento.

Los cuatro elementos

El calor era cada vez más insoportable. La frente de la madre destilaba una lluvia imparable de sudor. El futuro padre, más sudoroso que ella, permanecía a su lado, estrechándole la mano y obsequiándole palabras de optimismo.

“¿Ya va a nacer?”, se escuchó a lo lejos. Era la voz de una mujer de las casas vecinas. Ninguna de las parteras respondió. Estaban hablando a su manera con los cuatro elementos vitales del universo: la Tierra, el Aire, el Fuego y el Agua.

Liceth abrió un hueco cerca de la quebrada para obsequiarle a la madre Tierra lo que salía del vientre de la parturienta. El hombre las miraba con recelo. “La mujer tiene que devolverle a la tierra todo lo que expulsa. Esa es la ley del universo”. Estas palabras lograron tranquilizarlo un poco. Sin embargo, él seguía sin entender, pues ni su madre ni su abuela ni ninguna mujer de su árbol genealógico hizo esto cuando trajo vida al mundo.

Liceth le aseguró que nada malo le ocurriría a su mujer ni a su hijo. Tanto ella como su madre eran conscientes de que las nuevas generaciones ignoraban el mágico universo ancestral de sus antepasados. “A nosotras nos han robado el parto emocional por toda esa basura que culturalmente nos han metido en la cabeza”, les dijo a Simón y a Epifanía.

“Las parteras del Pacífico fueron tachadas de brujas en el siglo XVIII. A partir de ese momento se resguardaron y llevaron sus secretos a la tumba. Por eso es que para las nuevas generaciones la idea de un parto en agua suena raro”, les contó a los futuros padres.

Rosmilda miraba a su hija con ojos de orgullo. De sus tres hijos fue la única que decidió seguirle los pasos. Tanto, que estudió en México el parto en agua en tina para concienciar a las mujeres de su tierra acerca de la relación de la madre con el niño desde el líquido amniótico mismo, pues en el vientre es donde se afianza el lazo de afecto entre madre e hijo. “La mujer del Pacífico debería parir en el agua y junto a su esposo. Ese es el parto que culturalmente nos corresponde a nosotras”, argumentaba.

Liceth acariciaba el vientre de la madre, para pasarle su intención de que la descendencia naciera sana, y lo bañaba con agua extraída de la quebrada. Mientras lo hacía, comenzó a cantarle a la criatura: “Cuando el agua pura se enamoró de mí, cuando el agua pura se enamoró de mí”.

A medida que la mujer entonaba con dulzura el estribillo, el bebé pateaba sin cesar. “Este muchacho ya viene en camino”, aseveró Rosmilda con una seguridad pasmosa.

El futuro padre volvió a impacientarse. “Ahora sí, ¿ya va a nacer?”, preguntó con desespero.

Ninguna de las dos parteras musitó palabra. Era el momento de agradecerle al universo. Las dos se sentaron en círculo y agarradas de la mano, dijeron al unísono:

“Agua, mensajera de nuestras intenciones, gracias por acompañarnos en este viaje por la vida. Madre tierra, gracias por dar la vida. Aire, gracias por permitirnos respirarte. Fuego, gracias por purificar nuestro espíritu y el de esta criatura que llegará al mundo”.

La luna hizo su arribo al firmamento. Los cuatro de dilatación también. “Señor, su hijo ya va a nacer. Ayúdenos a sumergir a su mujer en la quebrada”, le pidieron Liceth y Rosmilda sin titubear.

La Santísima Trinidad

Liceth, sin mirar el reloj, pronunció la hora exacta: siete y quince de la noche. “Mamá, hay que contar las lunas para saber si la embarazada va a parir en el tiempo exacto”, ordenó.

Calendario en mano, Rosmilda viajó en el tiempo, hasta el día en que la criatura tan solo era un espermatozoide. Recorrieron las noches de la luna menguante, la luna creciente y la luna nueva, hasta el momento presente. “Va a parir en el tiempo. Estamos en luna llena y acaba de cumplir los nueve meses”, concluyó.

Acto seguido, partera, madre y padre se sumergieron en la quebrada. Ya adentro, el marido se ubicó detrás de su mujer, quien se acucilló para facilitar la salida de su pequeño, y Liceth se colocó de lado para consentirla, le echaba agua en el cuello y le acariciaba el rostro y el vientre.

Un torbellino de emociones invadía a la parturienta: un minuto, sonreía sin parar; al otro, rompía en llanto. Aquello era comparable a una montaña rusa. Pese a los nervios que le provocaban temblor en las manos, su compañero de vida le inyectaba optimismo: “Mami, ya casi sale el niño”, le expresaba con ternura.

La humanización, llevada a cabo unas horas atrás, permanecía intacta en él. Aseveraban los que lo conocían de tiempo atrás que Simón nunca había sido tan cariñoso y atento con su mujer.

Rosmilda miraba la escena con mucha satisfacción. “Mi objetivo en Asoparupa es que en el Pacífico colombiano la familia se una por medio del parto. El niño percibe el amor de sus padres desde el preciso instante que asoma la cabeza al mundo”.

Visionaria, declaró: “La meta es que en los próximos años, las cuatrocientas parteras existentes en Valle, Cauca y Nariño y las que hay en otros departamentos del país aprendan la técnica del parto en agua. Es absurdo que un médico cobre una cantidad exagerada de dinero por algo a lo que la mujer tiene derecho”.

El sol se posó en el lado derecho de su rostro. Ella, acostumbrada a sus caricias, prosiguió: “El cuarenta y cinco por ciento de los partos que se realizan en países como México y Brasil se realizan en el agua. Colombia, y más el Pacífico, tendría que estar haciendo estos partos desde hace muchísimo tiempo. En el caso de las parteras de Asoparupa, ellas están siendo capacitadas para tratar riesgos médicos como el frío, poco usual, durante el alumbramiento. No todas pueden realizar este tipo de trabajos. Nosotras escogemos a las más capacitadas. Ante todo, aseguraremos la vida tanto de la madre como la de la criatura”.

Epifania, agachada en el agua, con un miedo que se reflejaba en sus ojos, se acarició el vientre con las dos manos. “Cuando el niño salga, usted lo va a coger. Eso es lo más hermoso de parir en el agua”, le confesó emocionada Liceth, como si fuera ella la que tuviera los dolores de parto.

La sangre y el líquido amniótico donde se hospedaba la criatura se fusionaban con el agua cristalina de la quebrada. Epifania, agarrada del hombro de su marido, pujaba. Sus gritos retumbaban hasta afuera, donde los vecinos permanecían agolpados a la espera del lloriqueo del recién nacido.

Padre, madre y partera conformaban una Santísima Trinidad que le daría la bienvenida a ese nuevo ser que ya estaba listo para salir en libertad, tras nueve meses de gestación.

La luna llena se paseaba impetuosa por el cielo del Pacífico, las estrellas asomaban tímidamente su brillo. Liceth cantaba una y otra vez el mismo verso mientras acariciaba el vientre de la parturienta: “Cuando el agua pura se enamoró de mí, cuando el agua pura se enamoró de mí”.

La futura madre, sumergida en las profundidades de la quebrada, lloraba más de felicidad que de dolor: tierra, aire, fuego y agua trabajaban de la mano de Dios. Eso era garantía suficiente de que su criatura estaba protegida de todo mal y peligro.

Cuarenta y cinco minutos después, a las ocho de la noche en punto, el primogénito de la familia Rentería Murillo abandonó el cuerpo de su progenitora. Epifania lo agarró con sus propias manos, lo dejó sumergido unos segundos y lo sacó al mundo exterior.

“Dios mío, gracias”, dijo Epifania mirando al cielo. Cuando acarició con sus propias manos a su retoño, quien lanzaba alaridos ensordecedores, sus ojos reventaron en llanto. “Papi, es igualito a usted”.

Rosmilda y Liceth depositaron la sangre, el líquido amniótico y la placenta en el hueco. Allí, se los ofrecieron a la madre tierra como muestra de agradecimiento y respeto.

Aturdido por la emoción, Simón abrió la puerta y les contó a sus vecinos la buena nueva. “¡Es un varón, es un varón!”, gritaba como loco.

Adentro, la nueva madre contemplaba detalladamente al ser que se hospedó en su cuerpo durante nueve meses. “En agua se formó y en agua lloriqueó”, dijo.

Desde ese día hasta hoy las parteras de Asoparupa han atendido más de trescientos alumbramientos en agua por año, concienciando a las mujeres de que “la vida que llega a este mundo debe sentir el agua desde el inicio de sus respiros”, como decía Rosmilda, enternecida por la felicidad que experimentaban la pareja de esposos al palpar el diminuto cuerpo de su hijo.

Horas después, madre e hija se retiraron satisfechas y agradecidas con Dios por el éxito del parto. Por esa noche, su labor había terminado.

La de Epifanía y Simón, apenas comenzaba.

El dueño del lavadero de guadua

Álvaro Echeverri, con su lavadero de carros, se ha convertido en el ángel de la guarda de desmovilizados y rechazados. Una quebrada surte el lavadero no contaminante.

Andrea Cardona⁴

Manizales

A las ocho de la mañana, la temperatura cálida de Manizales pronostica un buen sábado para el lavadero Los Sauces. Empiezan a llegar los carros; muchos con barro que parece imposible de quitar. En quince minutos ya hay diez. Uno a uno, los empleados del lava-autos abandonan la comadrería y buscan un carro para lavar.

Las mangueras dejan salir el agua. Suena el choque de la presión del líquido contra la coraza de los carros, y el agua sucia termina corriendo como una culebra en el cemento, luego se pierde en un cauce artificial. De repente, la brisa desprende la presión del agua, similar a una nube delgada y blanca. Cerca de una de las seis rampas de lavado, pasa su mirada vigilante Álvaro Echeverri, el dueño del lava-autos. Al parecer, cada quien sabe su oficio. Los dos administradores reciben los carros, llenan su planilla, los conducen hasta la rampa de lavado y lo entregan a los lavadores.

Los Sauces es conocido como el Lava-autos de guadua. Desde afuera, en la Avenida Kevin Ángel, se ve abarrotado por las cañazas del color de la madera recién sacada del árbol en la fachada del negocio. El lugar evoca la naturaleza, así la mano del hombre haya intervenido en la disposición de la guadua. Al entrar, al lado izquierdo está la zona de los clientes, con una docena de mesas de plástico de color verde, rodeadas de sillas. La zona está techada con tejas de fibrocemento y, en el suelo, al lado de cada guadua que sostiene el techo, hay canastos para la basura. Al borde del techo, cuelgan plantas rosadas que adornan el lugar.

Mientras los clientes esperan, tienen a su disposición revistas y periódicos. Para amenizar el momento, el hermano de don Álvaro, Juan Manuel, va de mesa en mesa ofreciendo sus productos. Desde hace seis años, le propuso a su hermano que le alquilara un local pequeño, justo en la entrada del lavadero. En Don Pandebono y la Delicia del Día venden chorizos, café, gaseosa, agua, pandebonos y jugos naturales. No faltan comensales para este negocio.

Hace diez años funciona el lavadero Los Sauces. Cuando don Álvaro lo adquirió era un lavadero improvisado, desprovisto de cualquier comodidad para los clientes. Lo que empezó como una opción de tener un establecimiento propio, terminó en la oportunidad de dar trabajo a cincuenta personas. Lejos de formalismos, como exigir una tarjeta militar, el lavadero Los Sauces le da trabajo a quienes rechazan por su pasado judicial.

Profesionales del lavado

El diamante en bruto de la historia es el agua. Es claro que sin la buena intención de don Álvaro, su negocio no sería una fuente de empleo; pero sin el agua de la quebrada Minitas y de dos nacimientos cercanos al lava-autos de guadua —como es conocido—, no podría funcionar el negocio. Algunos se preguntarán si es legal y saludable la mecánica de sacar el agua de fuentes naturales, especialmente de la quebrada. Pero sí es viable bajo algunas reglas. “Coorpocaldas da el permiso siempre y cuando se cumplan unas reglas. Si yo lavo los carros, debo tener una rampa de grasa y de arena, y después botarla a unas instalaciones que tiene Aguas de Manizales, por eso el agua sale limpia de nuevo a la quebrada”, dice don Álvaro.

El nombre del lavadero se debe a que hace algunos años, alrededor de la quebrada Minitas había sauces, pero debido a una avalancha pavimentaron una parte de la ribera para canalizar el agua y demolieron los árboles. En la mitad del negocio hay una especie de depósito, curtido por la humedad. La estructura de cemento parece clamar a gritos pintura. Allí se guardan tres hidrolavadoras, la maquinaria necesaria para darle presión al agua. También hay un tanque donde llega el líquido. Y por detrás del depósito, cerca al límite del lavadero, se levanta una valla publicitaria, que anunciaba el concierto de Ricardo Arjona, y ahora sirve de gancho para la venta de los apartamentos de la urbanización Bosques de Villa Café.

La Virgen María y un cuadro del Sagrado Corazón que cuelga de una de las paredes del salón de los clientes demuestran la fe católica que don Álvaro profesa. Un aviso, que a simple vista parece contener información institucional del negocio, acompaña las imágenes religiosas con una oración en letras verde fosforescente: “Te doy gracias por este nuevo día. Bendice Dios mi trabajo y a todas las personas que lo hacen posible. Amén”.

Para don Álvaro, su meta se cumplió. “Lo bonito que se ha hecho en este lavaautos es tener la oportunidad de darle trabajo a cincuenta muchachos de las comunas de la ciudad, criados con violencia intrafamiliar”. Por la responsabilidad que conlleva lavar carros, don Álvaro recurrió a una serie de capacitaciones para crear conciencia en sus empleados, que en su mayoría estuvieron en la cárcel. “Yo traje sacerdotes, se les hicieron charlas, se les enseñó que ellos eran unas personas, no lavadores ‘desechables’, como dicen por ahí, sino profesionales del lavado, gente como uno, seres humanos, hijos de Dios como tú y yo. Por eso se les dijo que iban a hacer parte de una empresa donde no podían robar, prender los radios de los carros, fumar adentro de ellos o irrespetar a las mujeres. Pero ante todo les dije que tuvieran la frente en alto”. A media mañana, don Álvaro sale en su moto de alto cilindraje; el negocio funciona sin él de igual manera.

En Los Sauces no solo se presta el servicio de lavar carros o motos. Cuando la ciudad se quedó sin agua a finales del 2011, y frente a la prohibición de lavar carros, el lavadero regaló agua en un

momento de necesidad. Don Álvaro dice que esa semana fue fatal para su economía. “Esa crisis nos tocó a todos. Menos mal pude ayudar. Lo económico se recupera: por ejemplo, durante la emisión de ceniza del Nevado del Ruiz que duró más de ocho días, había que rechazar a los clientes”.

La opacidad del día

Así como hay variedad de colores, marcas y estilos de carros, la hay de historias. Es mediodía y baja la marea de trabajo. Algunos descansan, como Alonso Álvarez. Por eso tiene tiempo para hablar de sus recuerdos. Él trabajaba en el lavadero desde antes de que don Álvaro lo comprara. “Palique”, su apodo de toda la vida, lleva cincuenta años en este oficio. Los años fueron pasando y se envejeció lavando carros. Ahora padece de artrosis, según él, por lavar taxis de noche y estar mojado la mayoría del tiempo. “Yo lavo carros desde niño porque era muy pobre, no tuve papá y me tocaba ayudar con el arriendo. Al frente del lava-autos vivía un señor en una casita, y él me dejaba sacar el agua del nacimiento si le pagaba cinco mil pesos al día para poder lavar taxis. Así me fui envejeciendo y ahora nadie me da trabajo por lo viejo y por lo acabado que estoy, es que este trabajo acaba con uno. Quisiera que mi hijo no siguiera aquí”.

Luis Arturo Arango, otro lavador, estuvo en diálisis durante once años hasta que recibió la noticia esperada, después de seis años de haber solicitado el trasplante de riñón. El 22 de febrero de 2012 fue operado. Hoy, con su rostro golpeado por el intenso sol, recuerda cuán difíciles eran las horas que pasaba en el hospital. Sus terapias se hacían eternas y aclara que el trabajo fue la mejor distracción para no pensar en su enfermedad.

Jidermai Gallego empezó lavando carros y hace tres años lo ascendieron a administrador, según él, por buena persona. Gracias a su trabajo, está pagando su casa. Vive con su esposa y con su hija, que tiene cinco años. “Antes trabajaba como ganadero. Lo más maluco de trabajar aquí son los problemas con compañeros por uno querer lavar un carro, y como este gremio es pesadito, uno no se puede dejar. Es triste pelear porque al otro día tiene que ver al compañero. Mi sueldo es un poquito más del mínimo; lo bueno es que es fijo. Para los muchachos es el cincuenta por ciento según la lavada del carro. La sencilla vale ocho mil pesos y la de veinte mil pesos es con motor y brillada. Entre dos lavan un carro, de a veinticinco por ciento para cada uno”. Jidermai está validando el bachillerato y sueña con estudiar Tecnología Eléctrica.

En media hora se acaba el momento de descanso. Los lavaderos aprovechan el tiempo libre para sacar sus portacomidas y almorzar. En la zona continua a los clientes, hay sillas de madera para ellos, pero no hay techo. Allí permanecen cuando no hay trabajo. Uno de ellos suelta la cuchara tras terminar de almorzar. Él es uno de los muchos desplazados que hay en el país, y me pide que oculte su identidad para esta crónica. Mientras aprieta el trapo mojado, me cuenta que vivía en la

finca de su papá en Urabá, Antioquia, pero hace nueve años tuvo que huir de su casa. “Me tocó volarme porque había mucha violencia, entonces me iban a llevar a las malas y mi papá me despachó para estos lados, donde vive mi mamá. Los ‘paracos’ me tenían amenazado, que si no me iba con ellos me mataban. Este trabajo fue lo más fácil que encontré. Ahora tengo esposa y tres hijos”.

De nuevo llegan carros. Por casualidad, conocidos se encuentran y deciden compartir la mesa y algo de tomar. Don Álvaro aparece de nuevo. Algunos de sus clientes son amistades de años, una razón para beber café. Sin quitarse sus gafas de sol, conversa hasta que el carro del cliente queda listo. La temperatura no baja.

El lavadero nunca cierra sus puertas. En las noches, don Álvaro lo alquila para lavar taxis. Pero no solo él y sus empleados viven del agua y el lavadero. Otras ocho personas también se benefician. Es el caso de Javier Mauricio Cano, vendedor de música, quién encontró en el lavadero su sustento diario. Al llegar un cliente, Mauricio va de mesa en mesa ofreciendo *cidís*, videos y películas de moda. Gracias a este trabajo su esposa puede quedarse en casa cuidando de tres hijos. Al ver la rentabilidad y la cantidad de clientes, tramitó el permiso con don Álvaro, y ya hace parte de la nómina del lavadero. Desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde ofrece su mercancía. Él dice que vive rico, así a veces le toque pasar tragos amargos. “Con este trabajo la comidita no se me embolata, es muy buen punto. Ahora estoy empezando desde cero, porque hace quince días la Policía me decomisó la mercancía”.

Al final de la tarde suenan las campanas que anuncian la venta de helados. Los empleados que están desocupados alimentan su charla no solo con cigarrillos, sino con paletas de chocolate y de agua. Uno del lava-autos contesta las preguntas de forma cortante.

—Estuve año y medio en la drogadicción, salí gracias a mi familia. Estuve en varias partes bregándome a desintoxicar —dice luego de soltar su cigarrillo.

—¿Por qué decidió lavar carros?

—Yo empecé a lavar carros desde los ocho años, cuando me faltó mi mamá, que se intoxicó. Tenía una mala vida con mi padre. Un año después, mi papá se fue para Bogotá. Estuvimos donde una tía mis hermanos y mi persona. Yo me volé de allá porque me maltrataban mucho.

El hombre, de contextura delgada, piel canela y mirada rojiza, añade: “Hace siete años me diagnosticaron VIH sida. No ha sido fácil en el sentido que lo discriminan a uno mucho”.

A las ocho de la noche sale el último carro. Se acaba el turno para estos lavaderos. Pero las luces no se apagan, pronto llegarán los del turno de la noche.

Lavar ropa en piedra de agua

Que todavía haya mujeres humildes que laven la ropa en ríos y quebradas no sorprende, pero sí que la frieguen en piedra de río en una casa de estrato alto de las afueras de Popayán.

Lucy Amparo Bastidas⁵

Popayán



Lavadero en piedra

Fregar ropa en piedra de río parecería haber quedado para acuarelas de pintores costumbristas de

otras épocas, como escena opuesta a las modernas lavadoras y secadoras eléctricas, que facilitan la vida pero que ya no seducen a Mariana, quien vive cómodamente en el norte de Popayán en un barrio de estrato alto. Ella prefiere su ropa lavada en piedra de agua, piedra de río.

Todo empezó cuando, en 2001, desde su casa urbana que limita con el río Cauca, veía esas aguas estruendosas de color café que se mezclan río arriba con su afluente el río Vinagre, de coloración gris blanquecino, que baja desde el volcán Puracé, en el departamento del Cauca, y más abajo se junta con las aguas negras de los barrios contiguos al que vive Mariana.

Ella cuenta que veía pasar el río tan cerca, que lo escuchaba de día y de noche, pero sin poder utilizar el agua contaminada. Esto ocurre con otros ríos de Popayán, como el Molino o el Ejido, y con varias quebradas que atraviesan la ciudad cargadas de aguas grises.

Tal situación llevó a Mariana a imaginar cómo obtener una corriente de agua limpia en su lote, sin usar la del acueducto municipal que emplea en el resto de la casa. Pensó subir agua del río Cauca con una motobomba y tratarla, pero no era práctico. Quiso hacer un pozo profundo, pero el manejo resultaba incómodo.

Pasaron años, dice Mariana, anhelando lo que parecía imposible, hasta que su esposo, David, habló con un vecino en la urbanización colindante:

—¿Te acuerdas que había una molesta humedad en el piso de mi casa, por culpa de un nacimiento de agua cercano?

—Sí —le contestó.

—Pues, hermano, se acrecentó con el invierno y estoy fregado, pagué un mundo de plata por esta casa, y ahora tengo ¡semejante contrariedad!, así que un ingeniero va a sacar esa agua, entubada, hasta el río.

El vecino, como muchos habitantes urbanos, parece alérgico a casi todo lo que suene a árboles o agua, entonces es razonable que, para librarse de la horrible humedad del piso de su vivienda, canalice y oculte el agua con tubos hasta el río Cauca.

Cuando David lo escuchó, corrió agitado a contarle a Mariana. Fue cuando los dos supieron que había llegado el día de tener la codiciada agua en su predio.

El pretexto que sirvió

David y Mariana visitaron a los vecinos un domingo por la mañana con un plan que él propuso:

—Hay un trayecto más corto para sacar el agua, que evitaría romper la vía contigua y comprar demasiados tubos para canalizarla hasta el río, y que disminuye ostensiblemente el costo.

—¿Cuál? —preguntaron.

Mariana, disimulando su ansiedad, explicó:

—Es posible llevarla por tubos y luego atravesarla por la zona verde de nuestro lote que no es muy ancho, y la cruzamos para alimentar el humedal ubicado en el otro lado de nuestra casa.

Su habilidad para persuadir a los vecinos tocándoles primero el bolsillo hizo que ellos aceptaran de inmediato. Con la asesoría de un ingeniero civil empezaron las obras de canalización del agua, brotada de las profundidades en el vecindario, para llevarla hasta el humedal pasando, por supuesto, por el predio de David y Mariana. El ingeniero sentenció:

—¡El agua es muy peligrosa, hay que sacarla a como dé lugar!

Ella enmudeció tratando que no descubriera su ansiedad por la que él llama “peligrosa” agua. David pensó entonces que el agua en cualquier sitio tiene personalidad: cuando baja en pendiente corre con o sin permiso, y si no hay desnivel se estanca como niña caprichosa y lo inunda todo. Pero el sentido común puede llevarla al beneficio propio, incorporarla al paisaje, para refrescarse y, en general, utilizarla.

Los trabajos de desalojo del agua de los vecinos se hicieron en quince días y, al terminar, todos quedaron contentos.

Una vez el agua había girado hacia su nuevo camino, fue llevada a un pequeño tanque de recolección y repartición que David construyó. Desde allí, sin energía eléctrica sino por gravedad, la dirigen a la piscina, luego a una chorrera al aire para bañarse, construida con un canal de guadua. La usan en el riego de las plantas y la huerta, surten un baño, un lavadero y un laguito.

Y la piedra de lavar llegó

Un día, Rosa Inés, la chica que trabaja en la casa de Mariana, le dijo:

—¡Qué bueno sería hacer un lavadero de ropa cerca al río!

Y Mariana le preguntó:

—¿En verdad usted lavaría a mano con el agua nueva?

Ante su respuesta afirmativa, llevó de inmediato a un maestro constructor para que buscara una

piedra llana en el río Cauca y construyera un lavadero natural.

El maestro bajó al río con tres ayudantes y se quedó mirándolo, cuando de repente vio, a casi tres metros de la orilla, “una piedra brillante que [lo] llamaba”; no lo pensó más, fue directo a la piedra y dijo: “¡Esta es la piedra precisa, piedra de agua!”. Entonces, los hombres se ayudaron con dos trozos de guadua como palanca, la rodaron hasta la orilla, amarraron la poderosa piedra sobre las guadas y, cual cargueros de Semana Santa payanesa, se echaron la divina anda sobre sus hombros y la llevaron a donde habían construido con piedras más pequeñas una base para el lavadero.

Completaron el trabajo llevando el agua por una manguera que no termina en grifo: apenas apoyada en la horqueta de una vara delgada de guadua, la que sujetan alta cuando no necesitan agua y se baja para verterla en el lavadero.

Fue así como Mariana, en pleno siglo XXI, y gozando de posibilidades económicas, arrumó la lavadora y secadora eléctricas para contratar a otra mujer que lave la ropa y generar así un empleo más en su casa.

Cosas del agua nueva

Ese hilo de agua limpio cruza tranquilo al aire libre, disimulado y silencioso, como si no existiera, pero todos los de la casa lo ven. Es un lujo a campo abierto que empujó a Mariana a realizar en 2005 pruebas en un laboratorio de biólogos de la Universidad del Cauca, con resultados sorprendentes. Certificaron dice ella, que el agua está libre de coliformes u otras bacterias, “¡resulta tan potable como la del acueducto de Popayán!”.

Ahora beben el agua, y, cuando llegan niños a su casa, la gozan y la toman a sus anchas.

A veces Mariana llena agua en botellas azules para tibiaarla con el sol, y después de algunas horas la bebe y nos brinda a los visitantes, pues alguien la convenció de que así se carga con energías sanas. Riéndose dice:

—Tenemos agua embotellada con vitaminas solares, y ¡gratis!, pero a la vez le ahorramos a la Empresa de Acueducto Municipal.

—¿Cómo es eso? —preguntó Sofi, una paisajista amiga de ellos.

—La factura del agua nos llega casi por el mismo valor que antes de usar el agua nueva, pues nuestro estrato, calificado como alto, paga un cargo fijo costoso que subsidia a los bajos, entonces, el menor consumo incide poco en el valor final.

David agrega:

—Viéndolo así, disminuimos el impacto ecológico y a la vez los costos de insumos y tratamiento al acueducto, y resulta en un beneficio común.

El predio de Mariana, aunque sin ahorro en los pagos, adquirió nuevos brillos con el agua nueva, que se detiene un poco en un lago pequeñísimo que ella hizo excavar para albergar minúsculos peces gupis, traídos de Coconuco. Allí habitan ranas y plantas de agua.

El ojito de agua oculto en el vecindario y la sensibilidad de Mariana les proporcionan delicias acuosas, que estuvieron a punto de perderse en tubos de gres, como sucede en algunos barrios de Popayán, donde es común oír que sellan los nacimientos de agua, principalmente urbanizadores insensatos.

Sofi, la paisajista, le dijo:

—¡Prender velas al cielo es lo que deberían hacer aquellos que tienen un hilo u ojo de agua en su propiedad!

Y, sí: adoptarlo como ventaja, como hizo Mariana, mejora y refresca el paisaje urbano. Pero muchos, al contrario, creen que es un problema y, asustados, sellan el ojito y lo desaparecen con drenajes o con tubos y lo rellenan con rapidez para aprovechar al máximo el metro cuadrado de terreno urbano, en busca del lucro desmedido.

—Y, la verdad, ¡podrían lucrarse mucho más si supieran aprovecharlos! —remató Sofi.

La historia se repite

A cierta distancia, en zonas rurales del municipio de Popayán, se repite la historia, pues los nacimientos de agua disminuyen vertiginosamente, tanto por la deforestación como por los incendios forestales. Uno de los árboles perdidos es el nacedero, llamado así porque siempre brota agua del lugar donde está plantado.

En Popayán, la existencia de numerosos nacimientos de agua y un nivel freático a solo dos metros de profundidad en varios sitios se debe posiblemente a que junto a la antigua ciudad blanca había una laguna, que han ido desecando para expandir la capital.

De su existencia habla la poeta Gloria Cepeda Vargas, en casa de su hermana Ruth, a quien le dice:

—¿No te acuerdas cuando, con Stella y Manuel, nuestros hermanos, íbamos a pescar a la laguna?

Ruth, entusiasmada, responde:

—Sí, y poníamos los pescaditos en una botella para llevarlos a la casa. Quizás por taponar esa laguna sufrimos la humedad infame en la casa donde vivimos al norte de Popayán.

Algunas personas, como don Guido Galvis, que vive en el barrio Bolívar, aún la recuerdan:

—En el suelo de los edificios nuevos que construyen en mi barrio aparecen chorritos de esa laguna, que luego entuban hasta el alcantarillado.

Hoy por hoy parecería que esa agónica laguna solo nos mira a través de sus múltiples ojos de agua. Y es que el municipio de Popayán ha sido valle de humedales que alimentaron la laguna, pero actualmente se sellan los ojos de agua, a ojos de todo el mundo.

Los caballos del humedal

Mientras Mariana y David se esmeran por cuidar la corriente de agua nueva que sale libre desde el laguito, extendiéndose en el humedal contiguo, otro vecino, ingeniero civil, desconociendo la importancia de resguardar la ciénaga, llevó seis caballos que pastan tranquilos por ahí desde el año 2001. Y si no fuera porque el pisoteo compacta el suelo y acaba así con múltiples organismos que preservan ese ecosistema, ella disfrutaría mucho más viendo los caballos sueltos con la crin luminosa cuando baja el sol.

Su hija adolescente, un día que vio allí a un potrillo atascado en un viejo estanque de agua, caminó entre el pantano como pudo, y desde el borde del tanque, permaneció junto al potro, lo acarició y alentó durante un par de horas hasta que llegaron los bomberos para salvarlo.

Mariana, a través del cerco que separa su terreno de donde están los caballos, los goza; no obstante, eligió resguardar el humedal. Llevó a la Corporación Autónoma Regional del Cauca (CRC) varios oficios solicitando el retiro de los caballos: en julio y noviembre de 2006, en mayo de 2007 y en abril de 2008, pero fue inútil insistir, pues los funcionarios que algunas veces visitaron el predio corroboraron la presencia de los caballos y el daño causado sin tomar medida alguna.

Más bien, desde enero de 2011, Mariana vio cómo otro vecino hace quemas allí, y no imaginó que preparaba parte del terreno para poner a pastar cinco vacas —que ahora, con las crías, son diez—, que se alimentan del pasto fresco del humedal.

David y Mariana pidieron a los nuevos vecinos la protección del humedal, pero el razonable cuidado de lo natural es pisoteado por el lucro que da criar ganado en terrenos municipales. Ellos nunca pensaron que eso les costaría su amistad, hasta cuando salieron a la calle y vieron que el ingeniero de los caballos les quitó el saludo y el otro vecino, el de las vacas, los insultó y los sacó a

madrazos de la casa.

Sin importar los contratiempos, esta pareja logró agua de oro, pues, a más de disfrutarla, el pretexto que sirvió para trasladar el agua al humedal resultó un beneficio para refrescar esa ciénaga, en la orilla del río Cauca, ahora que en el humedal habitan caballos y vacas.

Mariana vive tranquila, aunque desde su casa le resulta inevitable ver a lo lejos el ganado que la CRC no ha sacado del humedal. Mientras tanto, se dedica a su trabajo sin abandonar la tecnología del siglo XXI, dándose el lujo de contemplar en su casa en pleno sector urbano, acuarelas reales de una mujer que, aperada con guantes de caucho y delantal impermeable, lava ropa a mano y la cuelga para orearla en medio de árboles, a la orilla del río Cauca en Popayán.

La doble sed

Desde la voz de un vendedor de agua en Cúcuta conocemos sobre el negocio de la venta de agua y del suministro del servicio en una de las ciudades más calientes del país, cuyo acueducto deja mucho que desear.

Ramón Ruiz Contreras⁶

Cúcuta

Treinta y dos grados centígrados. El sol hace de las suyas en los cuerpos y, sobre todo, en los ánimos. El clima, adverso para unos, resulta favorable para otros. Las condiciones son propicias para un buen ojo de negociante: una necesidad persistente e inaplazable de calmar la sed.

Los transeúntes se miran unos a otros como pobres diablillos con las lenguas reseca a morir y, como para llenar la conversación, se dicen: ¡Qué calor!, ¿no? La continuación de la charla, conocida, vuelve una y otra vez, como para recordar a los otros que aún no ha llegado lo peor: en las épocas del año de más intenso verano y, dependiendo de las travesuras del niño, la temperatura puede llegar a treinta y seis o, incluso, cuarenta grados.

Esta ciudad es uno de los lugares del mundo donde pocos quieren caminar por descanso al atardecer y disfrutar de los arreboles que amenazan el cielo como una lluvia de fuego milenaria. Refugiarse en una oficina aclimatada, un supermercado o un almacén como pretexto parece ser una solución temporal. Cobra sentido práctico el anuncio en televisión de los empresarios de Unicentro y Ventura Plaza, cuando proyectaban las obras: “Uno de los objetivos de estas dos construcciones es que la gente tenga un lugar donde refrescarse y de paso mire las vitrinas de los almacenes. Que se queden en el centro comercial, en vez de andar acalorándose en la calle”.

A la imaginación llegan unas botellas de cerveza, un tanque de agua fría donde descansan diversas botellas de color o transparentes, mientras se recorre el centro comercial. Gracias al clima, sobrevivir a la sed se ha vuelto un reto ingeniado de piruetas acostumbradas: arrebatarse al vecino o al transeúnte menos astuto la escasa sombra debajo de los aleros y los árboles, llevar una gorra que, de por sí, solo queda bien a los más jóvenes que no piensan aún en el cuidado y la hidratación de su piel, cargar en el bolso o el maletín un tarro plástico lleno de agua, o agotar al máximo las bolsas y los frascos de agua mineral del vendedor ambulante, que, feliz, hace una mueca a su compañero de trabajo, el vendedor de minutos.

—Es que hay que llamar a Franklin, para que nos traiga más agua.

—Ese no demora, llega rápido en la moto.

Es un negocio compartido. El vendedor de minutos, hijo del vendedor de agua y gaseosa, hace la

segunda parte del trabajo, muy coordinado, por cierto.

—Y usted, ¿cuántas bolsas de agua se toma? Con este calor...

—Con este calor, como diez al día. Pero a mí me la regalan, o si no, no me duraría el negocio.

Hace algunos años, por la ciudad de puertas abiertas en las tardes y enormes árboles de las sombras sobre las aceras, donde era casi costumbre socorrer al sediento, circulaba el dicho de que “un vaso de agua no se le niega a nadie” porque “el que niega el agua muere ahogado”. Era casi una obligación, especialmente con los niños que pasaban luego de jugar fútbol en las canchas o con los limosneros que, aferrados a las verjas, pedían un poco de agua. Y creo que era más fácil esperar que una maldición cercana a la disentería cayera sobre ellos, especialmente, porque no se les daba del agua hervida, reservada para la familia. Y creo que la maldición no recayó sobre nadie, excepto sobre la costumbre de pedir agua, que desapareció sin más desde que las empresas empezaron a prosperar.

Mientras tomo un café justo enfrente del vendedor, Franklin llega en su motocicleta, y puedo observar lo coordinado del trabajo.

—Hay que satisfacer al cliente —me dice sonriente. —Es sencillo. Pero ahora no puedo atenderlo. Si quiere nos vemos más tarde.

—Listo. Yo puedo buscarlo más tarde.

—Pero, por el momento, yo le puedo dar el teléfono de la empresa, por si acaso.

Logro concertar una cita con el gerente de la empresa para la cual trabaja nuestro vendedor de agua y pregunto cómo se desata esta reacción en cadena para satisfacer al cliente.

—Es solo cuestión de llamar a la empresa, ir rápido en la moto.

Franklin habla acerca de todo el engranaje que se pone en movimiento, mientras acomoda entre el guacal plástico unas bolsas rebeldes.

—Hago como veinte viajes al día, igual que mis otros compañeros. Aunque todo depende de la rapidez y de la capacidad del comprador. Para mí es lucrativo, hay competencia entre nosotros. Si me muevo rápido y logro vender varias cajas al día, me gano un promedio de millón y medio al mes.

Y cumple su círculo laborioso en cuestión de minutos.

De vuelta a la fábrica, atraviesa la reja que media entre la calle y el salón donde reposan los

botellones y los arrumes de bolsas. Pensar en los sedientos, montar sobre la motocicleta el producto, recorrer barrio a barrio, punto a punto el centro, analizar la psicología de un nuevo comprador y su capacidad de pago, mantener la higiene para no estropear el proceso de purificado, regresar a la empresa: esa es la rutina.

—A veces trabajo hasta la noche, cuando tengo urgencia de más dinero. Total, ya me he acostumbrado. Si vendo más, gano más.

Y este trasegar diario es solo parte del recorrido: en el proceso hay mucho más que el cliente no sabe. Detrás de cada bolsa de agua está el acueducto y la planta de procesamiento que, en manos de la empresa Aguaskpital, mantiene el cuidado de los pozos, donde el agua es anónima; el río, que en las épocas de más lluvias se vuelve turbulento y peligroso, como para recordar que la maldición podría reaparecer, pero esta vez en forma de gérmenes, bacterias y organismos microcelulares; la montaña detrás del río, sobre el cual se tiene poco dominio; y la inmundicia que la gente deja caer en los nacimientos de los afluentes que nutren a la ciudad. Queda la impresión de que, a pesar de todos los procesamientos, habrá siempre algo turbio que no la deja ser totalmente transparente, una doble fórmula que no cumple los protocolos y los estándares.

—Cuando ya la gente tiene el agua en la mano, todo está bajo control —dice Franklin, como interpretando el pensamiento de los escrupulosos, de los ex-sépticos.

—Sí, es que ya ha pasado por los controles —responde J. E., el gerente de la empresa para la cual trabaja Franklin.

Es decir, ha pasado los controles de sanidad, de aguante y de oferta económica. Entonces, la amenaza de la maldición parece desdibujarse. Ahí están los filtros, los tanques reservadores, la purificación y la vigilancia de los ingenieros de alimentos.

—Todo cumple los estándares de calidad. El agua se envía cada quince días al Invima para su análisis. Es lo reglamentario —continúa J. E.

Meses atrás, cuando en la ciudad colapsó el sistema de distribución de agua por causa de las lluvias, los habitantes vivieron una crisis sin precedentes, porque la empresa de acueducto no estaba preparada para enfrentar la emergencia.

“El sistema tiene más de setenta años de existencia, y las válvulas no soportan la turbidez que trae el agua en tiempos de invierno”, reclama una voz en la radio. “El agua potable se agotó rápidamente y el pánico desnudó en los rostros de la gente el instinto de supervivencia y el de la insolidaridad y la indiferencia por las carencias comunes. Cada quien quiso resolver su necesidad a su manera. La gente cargando sus botellones de agua; niños con baldes; carro tanques,

especulando con los precios sin ningún control. Aguaskpital fue impotente para resolver la demanda; las autoridades municipales, silenciadas. La gente hizo saltar las tapas de los hidrantes, y las fuentes de agua potable, ocultas, acaparadas por los grandes almacenes, fueron forzadas a ser abiertas. Largas filas de gente impaciente cambiaron el panorama de una ciudad que se deshacía de la sed y la desesperación, en medio de veranos infrenables. Los insultos, las agresiones, las minibatallas de los ciudadanos y las protestas mostraron la cara de una sociedad poco instruida en el manejo del recurso. Las empresas, salvaguardando su negocio, vendieron rápidamente el agua reservada a quienes tuvieron la capacidad económica para acapararla, quienes tampoco pensaron que los menos acaudalados también tienen una lengua que se seca y que se desata. Varios barrios populares vivieron la angustia; decenas de personas tuvieron que aparar las aguas lluvias en vasijas para poder suplir la escasez.

En situaciones como esta, el derecho se desequilibra y solo queda al descubierto el poder del negocio del agua. ¿Cómo se ha llegado, en épocas de crisis, a estos extremos, cuando se trata de un recurso al cual todos tenemos derecho? Así, en medio de la desesperación, en la filas, nadie se percató de recordar aquel intento de un grupo de ciudadanos: volver ley un referendo del agua. Este se diluyó en contra de los habitantes, en las palabras bien mojadas de quienes ostentan el poder y que esgrimieron como válido uno de los argumentos más cínicos que se hayan oído jamás en el recinto de los defensores de los derechos de los colombianos. Nadie sabía nada. “¿Referendo del agua? ¿Qué es eso?”.

Pero la otra continúa, el calvario de los que no tienen el poder ni la magia para hacer aparecer el líquido consumible en sus casas.

—El acueducto de Cúcuta es una bomba de tiempo, en cualquier momento puede colapsar. Es demasiado viejo y desactualizado —decían las emisoras en las emisiones periódicas de noticias.

Entonces, la verdadera maldición amenazó con sobrevenir: el despliegue de epidemias por la ausencia de potabilidad y el cuidado del recurso por parte de la empresa prestadora del servicio, algo que en muchas ciudades civilizadas asumen los entes estatales y el usuario paga por ello.

¿A quién culpar de todos los avatares que la necesidad del agua nos hace padecer? ¿Debemos tolerar que con los recursos de primera necesidad se comercie aun cuando seamos conscientes que debe ser gratis? Por eso, cuando en ciudades como Cúcuta entra el invierno y la lluvia empieza a cambiar drásticamente el clima, los propietarios de las empresas de agua empiezan a rogar que la lluvia pase:

—Cuando hace frío, la gente no compra agua. Las ventas se bajan y hay pérdidas para todo el mundo —dice el dueño de la empresa para la cual trabaja Franklin.

—O sea que en clima frío estos negocios no prosperan...

—Claro que no. El calor es el mejor aliado para el negocio. Y entre más caliente el sol, mejor —dice J. E. con una sonrisita socarrona.

¿En aras de una mejora en la calidad de vida, podemos someternos a este pequeño imperio del agua tres veces filtrada y empacada higiénicamente?, me preguntó.

—Para mí toda el agua es igual, es agua, ¿no? —dice el vendedor, con un gesto de desparpajo.

En el fondo de la cava de icopor flotan aguas verdes y moradas, amarillas y naranjadas. Y tiene razón, el contenido es el mismo, y la necesidad igual.

Pero Franklin enciende la moto y se aleja para continuar calmando la sed de los transeúntes, con el guacal plástico tapado a medias, lleno de una innumerable cantidad de bolsas de agua incoloras, acomodado en el puesto del pasajero de su moto.

Los superhéroes inmundos

Enmascarados y malolientes, los héroes de esta historia salieron a las calles a imprimir su huella en las alcantarillas de la ciudad.

Valentina Echeverri²

Manizales

Un grupo anónimo de estudiantes de artes plásticas de la Universidad de Caldas sale enmascarado en la madrugada del jueves 3 de noviembre de 2011. Quieren hacer una protesta silenciosa por la falta de agua en Manizales.

Esta es la historia de Andrea y sus compañeros —Jaime, María Camila, Daniela y Sebastián—, quienes se reunían varias veces a la semana a buscar ideas de proyectos artísticos para llevar a cabo como colectivo. La búsqueda se enfocaba en algún tipo de expresión pertinente en la ciudad.

Durante el segundo semestre de 2011, dos veces a la semana, se sentían obligados a demostrar su asistencia en la clase de un profesor que hablaba cinco horas sin parar. “Era muy monótono, especialmente porque era un taller en el que había que hacer, no hablar”, dice Andrea. Así que encontraron la forma de asistir sin asistir. Llegaban a clase, escuchaban por una hora, pedían un descanso y volvían para escuchar la última parte del discurso. Las tres o cuatro horas del intermedio transcurrían en la cafetería de Bellas Artes, un lugar abierto en el último piso del edificio, con una vista privilegiada. En medio de esa vagancia, nació el colectivo Los Inmundos, un grupo de estudiantes con ganas de ser una voz en las artes manizaleñas.

El nombre nació después de muchos días sin agua. Es que no cabe duda de que uno se siente inhumano luego de tanto tiempo sin el privilegio de la ducha. Era un contexto en el que los baños privados ya parecían públicos y a veces ni se confiaba en la comida de la casa. Aunque, como dice el refrán, en tierra de ciegos el tuerto es el rey: los más afortunados por esos días fueron los habitantes de edificios con tanque, ya que estos eran llenados directamente por los carrotanques que abastecían la ciudad.

La crisis comenzó el 19 de octubre de 2011, cuando una avalancha de 190 000 metros cúbicos de tierra dejó sin operación la planta Luis Prieto, de Aguas de Manizales. La planta alterna de Niza, afectada por los estragos del invierno en octubre de 2010, tampoco pudo ser utilizada, según reportó el cronista manizaleño Juan David Laverde, enviado especial de *El Espectador*, el 29 de octubre.

El fin de semana del 29 de octubre culminó la reparación de la planta de Niza, que llevaba un año fuera de funcionamiento, con lo que se llegó a una solución provisional para dar agua a diferentes

sectores de la ciudad en distintos horarios.

Lo que quedó muy claro con esta crisis es que nadie te presta el baño. En estas condiciones no queda lugar para hacer o recibir visitas, tampoco tiene mucho sentido salir a tomar café. Es mejor estar en la casa propia, porque nunca se sabe cuándo se presenta la urgencia.

Aunque parecía que terminaba lo peor, aún valía la pena hacer algo. “Jaime y yo íbamos caminando de Bellas Artes al barrio La Carola, cuando él me dijo: ‘Tengo muchas ganas de pintar un SIN en las tapas de las alcantarillas donde dice Aguas de Manizales’. Entonces yo le respondí: ‘Listo, desarrollémoslo en conjunto’”, comenta Andrea.

Se reunieron en la casa de María Camila, porque sabían que esa noche ella iba a tener agua. Allí definieron detalles como el tipo y color de la letra, elaboraron la plantilla, sus respectivos antifaces y definieron su estrategia. El uso de una plantilla con letra tipo imprenta daba la posibilidad de pintar con aerosol y salir rápidamente.

La meta: pintar el “SIN” en el mural de Juan Valdez en el sector del Cable y en las tapas de las alcantarillas, para dejar SIN Aguas de Manizales.

La estrategia: salir a las dos de la madrugada usando antifaces de cartulina. Mientras las tres mujeres se cercioraban de que no vinieran personas sospechosas, los dos muchachos ejecutaban la tarea de marcar.

El resultado: aquella noche, Andrea y sus amigos lograron marcar el muro de Juan Valdez y unas cincuenta tapas de alcantarilla en el barrio La Rambla y alrededor de la recta del Coliseo.

Después de esta hazaña no terminó la crisis por la temporada de lluvias; hubo más jornadas sin agua, sin gas y peor aún, Manizales se vistió de luto. El 5 de noviembre, ocurrió la tragedia del barrio Cervantes: cuarenta y ocho personas perdieron la vida en un deslizamiento de tierra ocasionado durante el restablecimiento del servicio de agua en la ciudad. De acuerdo con el artículo publicado en *El Tiempo*, el origen de la tragedia radicó en un diseño pobre del sistema automático del tanque de Ondas del Otún, lo que provocó la desestabilización de las uniones de la tubería y, por ende, grandes fugas de agua.

Aunque los Inmundos no hicieron un pronunciamiento oficial con respecto a la tragedia del barrio Cervantes, ese SIN que servía de prefijo al agua de Manizales fue siempre un símbolo más de nuestra realidad.

El 1 de diciembre de 2011, el grupo abrió un perfil en Facebook con el que se dio a conocer como Los Inmundos Inmundicios. En esta red social, el grupo dio instrucciones para quienes quisieran continuar con su legado: “Haga un *stencil* de la palabra SIN, compre un aerosol y ayúdenos

interviniendo todo el alcantarillado de Aguas Manizales”.

Aunque Andrea accede a darme el nombre de los integrantes del grupo, prefiere omitir los apellidos. “No creo que vaya a tener problemas legales el día de mañana por eso...¡No los tuvieron ellos por dejarnos sin agua, ahora mucho menos nosotros por escribir una bobada!”, afirma entre risas.

A estas alturas, la marca de las tapas se ha borrado, tanto por el tiempo como por los pasos de los manizaleños. El grupo se disolvió. El muro fue oficialmente intervenido en septiembre de 2012 por el grupo Muros Libres y el diseñador Jim Pluk. La editorial de la Universidad de Caldas gestionó el permiso para intervenirlo con motivo de la celebración de la III Feria del Libro. Los materiales fueron donados por la Universidad de Caldas y Muros Libres en compañía de Jim Pluk, que pinta por la alegría de pintar.

Cabe aclarar que este muro hace parte de un importante tanque de Aguas de Manizales, sobre el cual se erige la sede de Juan Valdez con mayor área social en el país.

Aguas de Manizales dio permiso después de ver el boceto presentado por Muros Libres.

El nuevo muro no tiene alusiones a la falta de agua. Sobre un fondo azul claro se presentan dos figuras principales: una niña sonriente que ignora su alrededor y en cambio se concentra en las imágenes de su View Master; a su lado, una humanoide parece acecharla silenciosamente. No sé si pensar en la niña como símbolo de los manizaleños: ingenuos, atentos a maravillosas escenas ajenas a nosotros, sin querer ver los riesgos que corremos.

Recordando que la calle es de todos y no es de nadie, los hinchas del Once Caldas no perdieron la oportunidad para dejar su huella: “Once Caldas, más que un sentimiento”. Andrea me cuenta que esta es la parte que más le gusta del nuevo muro y subraya que “el problema de los que rayan la calle es que no saben por qué la están rayando”.

Yo, al igual que Andrea, prefería el mural anterior, por mantener una crítica más frontal y recordarnos que habrá más temporadas de lluvias que causen avalanchas y deslizamientos de tierra en laderas deforestadas que pueden sacar de funcionamiento nuestras plantas de tratamiento y volver a quedarnos SIN Aguas de Manizales.

Más que una tradición ribereña

La autora tira de la lengua de un pescador del Cesar, con cuarenta años en el oficio.

Yelena Fuentes Peña⁸

Riohacha

Son las tres y media de la mañana. Un gallo que se encuentra en el centro del patio de una modesta casa despierta a Otoniel Quintero, humilde pescador del corregimiento de El Contento, Cesar, quien lleva cuarenta años en este oficio. Con pasos lentos y en constante zig zag se dirige al fogón a mirar lo que se encuentra en la olla. Toma su totuma en compañía de su perro, Terror, nombrado así por los lugareños debido a la ferocidad que irradian sus brillantes ojos cuando siente que su amo o sus propiedades son amenazados.

Se sienta en su viejo taburete descolorido y casi sin fondo a tomar en pequeños sorbos un café del día anterior. Mira al cielo para ver si las estrellas o el tiempo estarán a su favor. Espera unos siete minutos para quitarse la enorme carga que le impone el mal dormir, y así, con esta primera bebida energética, se dispone a iniciar, como todos los días, su ardua jornada.

Al salir de la casa, su esposa Luz Marina Luna se le acerca a recordarle que la deja sin “un centavo”, y que el niño desayunará un bagre mediano que pescó hace dos días. El hombre, con tono firme, le dice: “Toma las monedas que dejé en la mesa y los mil pesos de yuca que compré y prepárale desayuno al niño para que no vaya al colegio con el estómago vacío”.

La pesca, más que un oficio de sacrificio y de tradición en la región Caribe, es el medio de trabajo de hombres y mujeres que sobreviven del comercio de pescado gracias a los afluentes del río Magdalena, que ofrece la cuota de supervivencia y esperanzas a las familias vecinas a su caudal.

En un rincón del cuarto, Quintero agarra un saco desgastado, en cuyo interior tiene todos sus instrumentos de trabajo: la red, un par de anzuelos, una cuchilla y dos totumas. Al instante, llama a su compadre Carlos Alfonso Carrascal, quien despierta apresuradamente y se levanta de la hamaca para no enojar a su colega. Al transcurrir cinco minutos, los dos pescadores salen al ruedo, no sin antes persignarse y despedirse de sus hijos y esposas.

A media hora de camino, la vía se vuelve intransitable por los grandes charcos y lodazales producidos por las lluvias de los últimos meses. La situación se sortea y la resistencia de los hombres se impone ante los retos de la naturaleza. Cuando llegan al puerto, ya varios de sus compañeros han llegado. Se dan los buenos días sin tantos preámbulos: llevan cuarenta años haciéndolo a diario.

Los dos pescadores buscan su canoa, la llevan hasta la orilla y se lanzan a la inmensidad. En medio del silencio y la soledad, reman cinco kilómetros y se acercan a la ciénaga Vaquero, donde se encuentra su ranchería.

El reloj marca las seis y media de la mañana, la jornada de trabajo no marcha bien, pues los pescados no pican los anzuelos y la red solo saca las taruyas (ramales que se forman en el río en época de creciente), que suelen encontrarse en el Magdalena.

En medio de la oscuridad y la tranquilidad del lugar, los dos compañeros se animan a cantar la canción “Mi hermano y yo”, de los hermanos Zuleta, para amenizar el inicio de su faena y cambiar las angustias y tristezas que trae la noche mientras esperan por los peces.

A las doce del día, cuando los rayos del sol alumbran todo el río, Quintero, un poco desilusionado, pretendió abandonar el lugar y regresar más temprano de lo acostumbrado. Y, cuando ya venían resignados, con las manos vacías, picaron unos bagres y bocachicos de kilo y medio.

Al caer la tarde, los dos hombres tomaron su canoa rumbo a casa. Al llegar al puerto, abandonaron su medio de transporte y se dirigieron al pueblo a vender el pescado fresco. Al terminar de negociar por unos pocos pesos, Quintero, con pasos lentos, llegó a su casa y ahí, en su taburete, estaba sentaba Luz Marina esperándolo impaciente.

Con su rostro cansado, él sacó de su bolsillo los únicos cinco mil pesos ganados en la jornada. Sin decir nada se los entregó a Luz Marina y buscó a su hijo para darle un beso y un abrazo que le harían olvidar el pésimo día.

El “Quijote” que trajo La Esperanza

Retrato de un médico que desde hace veinte años recorre en su barco-hospital las comunidades del Pacífico ofreciéndoles salud y bienestar.

Salvatore Laudicina²

Buenaventura



La Esperanza

Los olores de la madera húmeda y el pescado crudo provenientes de los aserraderos y las pesqueras ubicadas en el puente del Piñal, pasarela donde la Buenaventura central se separa de la Buenaventura continental, crean un perfume poco agradable para las narices ávidas de exquisitos aromas.

Amaina la lluvia. El sol se despereza y agita su cabellera amarillo incandescente sobre los cuerpos de los jinetes que cabalgan canoas y lanchas en busca de peces y mariscos que aseguren el sustento para sus familias.

En medio de aquella escena ansiada por cualquier amante de la belleza exótica del caos, el médico Emiro González Paz, hombre de tez morena y estatura baja, dueño de una juventud interior que

convive en armonía con las arrugas de su rostro y el cansancio de su cuerpo, atraviesa con afán la estrecha puerta de la pesquera industrial Bahía Cupica para encontrarse, como todos los días, con La Esperanza.

Vestido de camisa manga corta, pantalón de tela y corbata, y sincronizado con el reloj que marca las nueve de la mañana del 6 de mayo de 2012 —hora exacta del romántico encuentro—, saluda a conocidos y extraños, testigos silenciosos de su amor desmedido e incondicional, durante el breve trayecto que lo separa de ella.

A primera vista, La Esperanza no despierta ni un mal pensamiento: no tiene senos voluptuosos ni las caderas hechiceras de las mujeres de esta tierra. Ni siquiera es humana. Sin embargo, Emiro enloquece con solo verla a lo lejos. Es comprensible: desde hace veinte años la perfecciona, y aguarda el momento en que zarpe otra vez a los lugares más recónditos de la costa pacífica colombiana en pro de la salud y el bienestar de sus habitantes.

Hoy, esta embarcación, símbolo de la perseverancia de un hombre y la solidaridad de un pueblo, permanece hacinada en un mar que la roza sutilmente con sus olas. Un mar que no puede recorrer para cumplir su cometido.

De rifas, empanadas y solidaridad

Es 1985 y Emiro González, estratega como el gran Napoleón Bonaparte, comienza a buscar los aliados para hacer realidad un sueño: un barco-hospital para las poblaciones de los ríos y veredas del Pacífico colombiano. “Cuando concebí la idea de construir La Esperanza, pensé en una pequeña embarcación estilo lancha para poderme movilizar de Buenaventura hacia La Bocana y los sitios aledaños, pero era consciente de que no podía hacerlo solo”, dice.

Los nombres de grandes amigos que se contagian de su espíritu altruista en aquellos años se asoman por su boca. “Siempre estaré agradecido con el capitán Carlos Prieto Pavón, quien trajo de Cartagena un pequeño yate de madera y lo puso a mis órdenes, y especialmente con el ingeniero naval Roberto Betancourt Molineros, quien me ofreció su taller y sus conocimientos para construir una lancha acorde con los fines humanitarios que me proponía”.

Con el transcurrir de los días, y el incesante trabajo de construcción de Betancourt, quien cuida con sigilo cada detalle técnico y funcional del pequeño bote, González Paz comprende que para lograr su meta necesita un transporte amplio y confortable, equipado con consultorios idóneos para atender a los enfermos.

“Cuando el ingeniero Betancourt concluyó la primera etapa de la lancha, me dijo ‘Emiro, usted lo que quiere es un buque, no una lancha, y para eso necesita mucho dinero’. Pese a sus palabras, no

perdí mi entusiasmo y acepté el reto”, rememora con gracia.

Lo que viene de ahí en adelante es una odisea, digna de ser escrita por el mismísimo Homero. Emiro debe idear la manera de recaudar fondos que le permitan materializar lo que ha visualizado en su mente soñadora. “Con la magnitud de lo que representaba construir La Esperanza se necesitaba un ejército de personas que me apoyaran. Fue entonces cuando creé la Fundación La Esperanza y pedí la ayuda del gremio educativo, Puertos de Colombia, la policía portuaria y demás entidades”.

Aparte de recaudar dinero y ayudas materiales, el sueño de Emiro González Paz se vuelve una ilusión colectiva del pueblo. Sin distinciones de etnia, credo o estrato social; hombres, mujeres y niños colaboran en cada una de las actividades y eventos encaminados a la pronta terminación del buque. “Hicimos rifas, ventas de empanadas, ventas de comida típica del Pacífico, alcancías. También tocamos las puertas del comercio. Todo el pueblo de Buenaventura se solidarizó con La Esperanza”, manifiesta.

Personas como Olga María López, quien conoce de cerca la historia de La Esperanza, corroboran lo dicho por González Paz: “El médico luchó mucho para hacer el barco. Un grupo de señoras de la ciudad y yo cocinábamos las empanadas y salíamos a venderlas a pleno sol sin cobrarle un peso. También le colaborábamos con las rifas y caminando de almacén en almacén. Muchas veces se nos iba la tarde entera y ni nos dábamos cuenta. A uno le nacía ayudar”.

Cinco años después, el 14 de julio de 1990, en el marco del aniversario cuatrocientos cincuenta de la fundación de Buenaventura, Emiro González Paz les enseña a los ciudadanos el buque casi terminado. Los aplausos sonaron al unísono y la expectativa por verlo en altamar creció a pasos agigantados.

Ochenta viajes, seiscientas mil sonrisas

El 23 de mayo de 1992, con la presencia del entonces presidente César Gaviria Trujillo, el barco-hospital La Esperanza zarpó del puerto de Buenaventura para adentrarse en los confines de la mágica y extensa costa pacífica.

La embarcación tiene dos pisos: en el primero, se ubica el departamento médico, conformado por tres consultorios (consulta general, odontología y vacunación) divididos por cortinas de madera, y el departamento de máquinas; el segundo fue destinado al puente y los camarotes para acomodar a los médicos y a la tripulación administrativa del buque. ¿Es un bote, buque, lancha? Hay que precisar.

Además de esto, el barco cuenta con sala de cirugía simplificada y sala de ginecobstetricia. Emiro

González Paz quiere lo mejor para esa familia que, aunque no lleva su misma sangre, se hospeda en lo más profundo de su alma.

“Hasta yo mismo me sorprendí de lo bien equipada que estaba La Esperanza”, rememora González Paz con una sonrisa en los labios. “A pesar de que era una embarcación modesta, no tenía nada que envidiarle a un barco americano o europeo”.

Durante su funcionamiento, La Esperanza se caracterizó por contar con un equipo médico especializado, capacitado para tratar de manera adecuada los distintos padecimientos de los habitantes de los ríos, corregimientos y veredas.

“En el barco tratábamos todo tipo de enfermedades: del aparato digestivo, del respiratorio, enfermedades ácido-pépticas, dermatológicas, además de numerosos casos de desnutrición y parasitismo”. Y para reafirmar la integralidad de los servicios que se suministraban en el buque, prosigue la descripción: “También realizábamos jornadas de vacunación con niños y mujeres embarazadas, servicio de odontología y charlas informativas”.

Inmediatamente después, casi sin respirar, añade: “La Esperanza ha recorrido la zona fluvial y marítima del Valle del Cauca, Chocó, Cauca y Nariño. Hemos hecho ochenta viajes y hemos atendido a seiscientos mil personas. Lo más gratificante era ver las sonrisas y la gratitud de estas personas. Por primera vez, alguien se preocupaba por su salud, por la manera en la que vivían”.

Para el capitán de fragata Miguel Antonio Caro, amigo personal de Emiro y partidario fiel de su propósito altruista, “la labor de La Esperanza iba más allá de un simple servicio médico. Era un trabajo donde primaba lo humano, el hacerle saber a estas poblaciones que no estaban solas ni desprotegidas. En Buenaventura, no ha vuelto a nacer una iniciativa como esta. El barco es un capítulo irremplazable de la historia de la ciudad”.

Dieciocho años de labor médica ininterrumpida finalizaron en el año 2010, con un último viaje al río San Juan, donde el barco empezó su travesía. Las mismas aguas que una vez impulsaron su raudo recorrido lo atan a una espera anacrónica e implacable, similar a la que vive la Penélope de Joan Manuel Serrat, sentada en la estación del tren.

Hasta el día de hoy, los frutos de su ingente lucha siguen en la mente y en el corazón de aquellos que ansían el pronto regreso del barco-hospital. “Hace unas semanas, líderes comunitarios me enviaron cartas para contarme la urgencia de llevar a La Esperanza a sus comunidades. Mientras leía, sentí una extraña mezcla de alegría e impotencia”.

De John Wayne y otras confidencias

Ochenta viajes y casi veinte años de haber realizado el primero de ellos no se resumen en simples estadísticas. La Esperanza guarda una colección de recuerdos y anécdotas impensables, sucedidas en lugares apartados —y desconocidos para muchos habitantes de Buenaventura— como Puerto España, Cuéllar, Taparal, Concherito, Calle Honda, El Tigre, Fragua o Chiguero.

“El primer viaje de La Esperanza se realizó al San Juan. El Barco visitó Puerto España, Grajales, Malaguita y Bocas del Calima. Uno de los médicos que estuvo en el recorrido me contaba que cuando los indios fueron invitados a subir al buque, se sentaron en la proa, hicieron un ritual de protección para los médicos y dijeron que la embarcación era de ellos porque se preocupaba por su salud. Eso me llenó de júbilo”, señala Emiro.

Desempolvando historias, González Paz larga a reírse. “La Esperanza hizo las veces hasta de sala de cine en los ríos del Pacífico. Ellos nunca habían visto una película”, cuenta. El protagonista de los filmes no necesita de grandes presentaciones: John Wayne, el legendario vaquero del viejo oeste. “En uno de los viajes, luego de una jornada de vacunación, los hombres de una vereda de Cajambre me pidieron que les llevara películas, ya que en ningún pueblo del Pacífico había una sala de cine. En ese tiempo estaban de moda las películas de John Wayne y en el siguiente viaje llevamos un televisor y un betamax”, relata el médico.

“Al final, a donde íbamos nos pedían las películas del vaquero porque ellos iban a las poblaciones vecinas y les contaban que el médico Emiro ponía películas para que la gente fuera a ponerse las vacunas. Se las aprendieron de memoria porque las repetían una y otra vez”.

La risa se transforma en una carcajada y, después, con una rapidez pasmosa para un hombre de su edad, recupera su sobriedad característica y revive el episodio de los tres Emiros, como él le llama cariñosamente.

“En otro de los viajes, uno que hicimos a Timbiquí, me tocó atender a tres mujeres que iban a parir al mismo tiempo. Acomodamos a cada una en un consultorio y, mientras atendía a una, los médicos de la embarcación vigilaban la dilatación de las otras dos. Las tres tuvieron varones y, en agradecimiento por haberlas atendido sin cobrarles un peso, bautizaron a sus hijos con el nombre de Emiro. Al tiempo, comenzaron a decir que eran hijos míos”.

Y justo cuando la hilaridad intenta asomarse en sus labios, recuerda que hubo momentos tristes, como el del hombre de la extraña enfermedad. “En Naya conocí a un hombre que tenía una extraña enfermedad en la piel. Tenía las piernas hinchadas y unas llagas impresionantes en el rostro y en el cuerpo. Le obsequié unos medicamentos y nunca más lo volví a ver. Me sentí muy triste por no haberlo ayudado como quería”.

Nohemí y El almirante

Un binomio de voces —una masculina y otra femenina— saluda efusivamente al médico. “Médico Emiro, ¿para que soy buena?”, dice la mujer. Se trata de Nohemí Salazar, secretaria y mano derecha de González Paz desde hace más de veinte años.

“Lo que vivimos para hacer el barco fue algo inolvidable. Guardo recuerdos muy lindos y, pese a que no está funcionando, nunca le daré la espalda al médico. Es una cuestión de lealtad con él y de compromiso con mi tierra. Él ha hecho y sigue haciendo mucho por la gente que vive en los ríos. No se va a detener hasta ver de nuevo el barco en altamar”, asevera Salazar.

La voz masculina guarda absoluto silencio hasta que Emiro rompe el hielo: “Almirante, revise la proa del barco y los consultorios”, le pide con amabilidad. “Sí, señor”, responde el hombre y da media vuelta.

El almirante es quien se encarga de todos los aspectos técnicos del barco. “Es un hombre servicial, digno de mi admiración y respeto. Es a la única persona que le confío el funcionamiento de La Esperanza por su seriedad y compromiso. Por eso lo apodé cariñosamente así”, confiesa González.

El cariño y el respeto son mutuos. “Le tengo mucho aprecio al médico por su nobleza. No he visto en Buenaventura a alguien que se preocupe por la gente del río como él. Todos los días viene a revisar el barco, no importa si amanece lloviendo. Tiene más vitalidad que un muchacho”, cuenta Valentín Castro.

El optimismo se dibuja en el rostro de Emiro. Su pequeño ejército sigue al pie del cañón, incondicional y dispuesto a continuar en la batalla.

La inquebrantable fe de un Quijote de las aguas

La lluvia, celosa de la rutilante imponentia del sol en el cielo bonaverense, se aparece de improviso para recuperar su trono. El reloj, veloz como un rayo, anuncia las diez y media de la mañana, hora en la que Emiro González Paz se despide de su amada Esperanza para regresar a la cruda realidad. Como reza la canción de Héctor Lavoe, todo tiene su final, y este clásico encuentro matinal no es la excepción.

“Sé que el viaje ochenta y uno de La Esperanza se encuentra cerca. Este año, el barco festeja el cumpleaños número veinte de su primer zarpe y quiero pensar que vendrán cosas buenas”, dice Emiro mientras revisa una y otra vez la embarcación antes de su partida. “Que se muera Emiro González Paz, pero que no se muera La Esperanza”.

Se despide de los mismos conocidos y extraños, y atraviesa con afán la puerta de Bahía Cupica. Afuera, todo sigue casi exactamente igual: huele a perfume de madera húmeda entremezclada

con pescado crudo, y el sonido de los automóviles, las líricas sicalípticas del reguetón y los gritos de comerciantes, polineros, policías y transeúntes conforman una sinfonía perjudicial para la salud de los tímpanos.

Lo único distinto son los azotes que las gotas de agua propinan a los cuerpos de los jinetes que cabalgan canoas y lanchas en busca de peces y mariscos que aseguren el sustento para sus familias.

En medio de la caótica escena, Emiro González Paz, Quijote de las aguas donde se hospeda una comunidad olvidada por paisanos y políticos, y dueño de una juventud interior que convive en armonía con las arrugas de su rostro y el cansancio de su cuerpo, contempla el mar.

“La Esperanza volverá a recorrer las aguas del Pacífico”, asevera con una fe inquebrantable.

“Esa cañada la hicimos nosotros”

La historia de un hacedor de bosques, que en treinta años transformó un terreno árido en la reserva ambiental de Rogitama.

Germán García Barrera¹⁰

Tunja



Bromelias

Roberto Chavarro Chavarro se toma su tiempo para caminar por el bosque. Aunque lo hace casi todos los días, siempre está dispuesto a dejarse sorprender por el tímido cogollo de la bromelia, el andar imperceptible de la mantis o el sostenido aleteo de un colibrí con charreteras azules.

Por eso, para no perderse ningún detalle, Chavarro recorre sin premura cada una de las veintinueve hectáreas de lo que hoy se conoce como Rogitama, una reserva natural situada en la vereda Peñas Blancas, a cinco kilómetros de Arcabuco, en el departamento de Boyacá.

Esta zona se caracteriza por su pluviosidad. Mientras lo acompaño en el recorrido, el sol empieza a despuntar en el horizonte. A esa hora de la mañana el bosque huele a flores frescas, a tierra mojada, a pino. La humedad no es relativa, es evidente; tanto, que mis botas se hunden en algunos

tramos del sendero y Roberto me espera con paciencia para continuar la travesía.

Roberto Chavarro nació en El Agrado, Huila, hace sesenta y tres años. Como la mayoría de sus paisanos, es un hombre reposado y reflexivo. Su aspecto es el de un explorador. Generalmente viste con jeans y botas pantaneras. Su cabello cano contrasta con el azul claro de sus ojos. En sus manos pequeñas se refleja la rudeza de las labores del campo. Su expresión es vivaz como la de un niño que siempre va en busca de una aventura.

Es un obsesionado por registrar imágenes de insectos, aves, plantas y hongos. En sus caminatas por la reserva se hace acompañar de su cámara fotográfica. También anota en su libreta datos que le puedan ser útiles. Lo hace con el cuidado y la dedicación propios de un naturalista experimentado.

En los textos que ha escrito sobre su reserva también se advierte su destreza en el uso de los términos científicos con los que se refiere a plantas, aves o insectos. Cuando le aplaudo su conocimiento sobre todas las especies presentes en el bosque, exhibe una característica muy propia de él, muy propia de quien no busca vanagloriarse: la humildad. “Lo que he aprendido es gracias a los amigos que me han visitado. A los profesores y estudiantes que llegan a realizar sus investigaciones, a los observadores de aves que cada año vienen a realizar los censos navideños. Todos ellos me han enseñado mucho”, dice Chavarro.

El que no lo conozca podría pensar que se trata de un profesional en ornitología, en entomología o en botánica, pero no. Roberto Chavarro es un médico anestesiólogo, pensionado del Hospital San Rafael de Tunja, que un buen día, hace treinta años, decidió hacer realidad su proyecto de vida: tener su propio bosque.

Todo empezó en un peladero

A Chavarro y a su esposa Gineth Tulcán, como buenos huilenses, les gustan los retos. En 1982, cuando se les metió en la cabeza la idea de comprar el terreno para su casa de campo, estudiaron muchas alternativas. Después de algunas semanas, Roberto se enamoró de cinco lotes que el Incora (Instituto Colombiano de Reforma Agraria) tenía abandonados en el municipio de Arcabuco.

Eran literalmente unos peladeros. Las imágenes de la época muestran un terreno escarpado con escasa vegetación y evidentes señales de erosión, pero, así y todo, Chavarro, su esposa y sus hijos consideraron que era el sitio perfecto para concretar su sueño.

Su primera misión consistió en buscar asesoría para recuperar el suelo. En el Inderena (Instituto Nacional de Recursos Naturales) le recomendaron sembrar especies exóticas para devolverle su

condición natural. Casi de inmediato se dio a la tarea de plantar pinos y acacias para restablecer la capa vegetal, prácticamente inexistente.

En ese empeño participó toda la familia. Hermanos, cuñados y amigos llegaron a colaborar. En las imágenes de la época se les ve como en convite. Hombres, mujeres y niños ataviados con ropa vieja y botas de caucho escarban la tierra y esparcen las semillas con la esperanza de que un día, no muy lejano, del campo estéril brote la vida. Las labores de restauración vegetal incluyeron un especial cuidado para el robledal y la siembra de árboles frutales y maderables en los linderos de la propiedad para conformar lo que los técnicos denominan cercas vivas.

Junto a los árboles también se fue levantando una casa de un piso y cuatro habitaciones.

Esos retratos son testigos silenciosos de la transformación. Hoy, veintinueve años después, se aprecia un frondoso bosque en el que conviven imponentes pinos de veintitrés metros de altura junto con ejemplares nativos de arrayán, abutilón, mortiño, lulo, tinto, guayacán, guamo, uvo de anís, arboloco, caucho sabanero, cordoncillo, bromelias, sietecueros y tunos.

Un ejemplo de restauración natural

Laura Díaz Otálora es bióloga de la Universidad Javeriana y actualmente coordina los procesos de planificación y seguimiento a las áreas protegidas que están dentro de la jurisdicción de la Corpoboyacá (Corporación Autónoma Regional de Boyacá). Desde su mirada de experta, Laura concluye que lo más interesante de Rogitama es la recuperación del territorio, la manera como se ha restablecido la vegetación nativa, particularmente el bosque de robles, que en su momento el Inderena describió como “altamente intervenido y deteriorado”.

También llama la atención de expertos como Laura la forma espontánea en que han reverdecido especies que prácticamente habían desaparecido producto de la devastación de los bosques. “Los robles habían sido talados para convertirlos en la leña con la cual asaban las almojábanas con el argumento de que sabían mejor”, escribió Chavarro en el primer número de la revista digital *BV News*, publicado en octubre de 2009.

El panorama era desolador, pero la restauración vegetal fue casi milagrosa; tanto, que los conocedores de este tipo de procesos se sorprenden. Gustavo Morales, subdirector científico del Jardín Botánico José Celestino Mutis, de Bogotá, dijo en alguna ocasión refiriéndose al *Quercus Humboldtii* de Rogitama: “Es el bosque de roble mejor recuperado que conozco”.

Chavarro relata su hazaña como si fuera algo normal y su recuento incluye nombres de personas que han sido aliadas silenciosas de este, que puede ser considerado un verdadero proyecto de vida. Menciona, por ejemplo, a su esposa Gineth, a sus hijos —Gineth Isabel, Jorge Tadeo y

Marisol— y a otros miembros de la familia, quienes aportaron significativamente a través de la siembra de árboles, de la paciencia y del sacrificio que ha representado hacer de este sueño una realidad. “Era todo un festival ambiental. De lunes a viernes los obreros abrían los hoyos y preparaban la tierra, y entre sábados y domingos nosotros nos dedicábamos a sembrar los árboles”, dice, con la satisfacción del deber cumplido, mientras aprecia la frondosidad del bosque desde la terraza de su casa.

En 1982, cuando empezó la revegetalización, Figueroa y Ceballos estaban vinculados al Inderena y desde allí lo asesoraron para sembrar acacias, pinos pátula, eucaliptos y urapanes. En las áreas donde se advertía con mayor fuerza la erosión y el suelo era prácticamente rocoso, conformó bosques con estas plántulas, y, para asegurar su progreso, importó la tierra. Aunque parezca descabellado, así lo hizo. La llevó desde el Alto de Zote, una zona de páramo localizada entre los municipios de Motavita y Cómbita, muy cerca de Tunja.

Para completar el experimento, trajo hojarasca del bosque a la que le inoculó hongos y bacterias. A la tierra le añadió gallinaza de Piedecuesta, Santander, y cuando los arbustos estuvieron sembrados los regó con agua en la que antes se había disuelto tierra de unos pinos añejos.

En los potreros, y en el marco de un programa de silvopastoreo, sembró alisos con el propósito de asegurarle sombra al ganado y de mejorar la calidad de los pastos. Todo este esfuerzo se vería recompensado en 1991, cuando Rogitama se hizo acreedora del Primer Premio Nacional de Agroforestería convocado por la FAO y el Reino de Holanda.

No contento con lo alcanzado hasta ese momento, se dio a la tarea de transformar las cercas vivas en corredores biológicos, que, en términos sencillos, significa ampliar el espacio destinado a la conservación, lo que se ve reflejado tanto en el crecimiento del bosque como en la presencia de aves e insectos.

Ellos han sido sus grandes aliados. “Al principio solo nosotros sembrábamos plantas, pero ahora contamos también con la colaboración de las ardillas, los puercoespines, algunos mamíferos y las mismas aves. Ellos contribuyen con semilleros que luego trasplantamos a sitios con menor densidad vegetal”.

Si uno quisiera definir a Chavarro en una palabra, podría tratar de hacerlo a partir de adjetivos como persistente, perseverante, terco, porfiado. Desde hace algunos años está empeñado en sembrar plantas en vía de extinción, y las palmas se han convertido en su obsesión.

Según sus averiguaciones, en el mundo existen once variedades de palma de cera, de las cuales siete están en Colombia —todas en peligro de extinción—, y su pretensión es tenerlas en los predios de Rogitama.

En este intento por hacer de la reserva un refugio de vegetación amenazada, ha contado con aliados de primer orden en los jardines botánicos de Bogotá y de Medellín y en otros de la costa y del Quindío. Hasta esos lugares ha emprendido largos viajes para traer semillas o retoños.

Su obstinación no tiene límites. Hace algún tiempo visitó varios viveros de Santander para conseguir semillas de mordoño, un árbol frutal que le daba nombre al sector donde está Rogitama. “Un buen día pregunté por qué esa zona se llamaba El Mordoñal y me respondieron: por los mordoños. Y qué son los mordoños, volví a preguntar. “Es un árbol que produce unos zapotes muy sabrosos, me respondieron de nuevo. Entonces quise conocerlos y allí me enteré de que ya no existían, de que habían desaparecido hacía mucho tiempo”. Esas respuestas lo dejaron inquieto, y por eso se fue a buscarlo en el vecino departamento, consiguió la semilla y la sembró. “El sector se sigue llamando El Mordoñal, pero ya habrá mordoños para justificar su nombre”.

El 6 de abril de 2010 la reserva fue exaltada por el Ministerio de Tecnologías de la Información y las Comunicaciones y la empresa 4-72, la agencia de correos del Estado, a través de la expedición de una estampilla conmemorativa con la imagen del Príncipe de Arcabuco, el colibrí que simboliza la restauración y la vida presentes en este ecosistema.

En la valla ubicada sobre la vía que de Arcabuco conduce a Moniquirá puede leerse lo siguiente: “Reserva Natural Rogitama Biodiversidad – Ecosistema: Robledal y bosque húmedo montano bajo. Altura: 2485-2562 m.s.n.m. Dificultad: Moderada”.

La autoridad ambiental también avaló la firma de un convenio del cual hace parte la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (UPTC) y el municipio de Arcabuco y que permitirá poner en marcha la construcción de un zoocriadero de mariposas.

Chavarro justifica el alcance del convenio con una afirmación contundente: “Los zoocriaderos son estrategias que ayudan a cumplir el séptimo de los objetivos de desarrollo del milenio: sostenibilidad del medio ambiente”.

Y el agua también volvió

Entrevistar a Roberto Chavarro no es fácil, y no porque él sea complicado o una mala persona. No. Por el contrario, él y su esposa son excelentes anfitriones e inmejorables conversadores.

Lo que sucede es que siempre tiene un oficio, siempre tiene algo pendiente y, para charlar con él, hay que seguirlo. Allí está, siempre alerta al crecimiento de ese arbusto nuevo que sembró, al despegue majestuoso de una mariposa o a los hilos de agua que generosos bajan de la montaña después de un fuerte chaparrón. Él está en lo suyo, es un observador insaciable.

Sin embargo, y a pesar de que por momentos parezca distante o distraído, está solícito para atender a sus visitantes. Esa mañana de sábado quise que me contara un poco sobre la manera como Rogitama ha contribuido con el caudal de las quebradas y ríos que circundan su reserva.

Para hacerme ver el impacto de este bosque en el potencial hídrico de la región, recurrió, como lo hace con frecuencia, a las anécdotas. En esta ocasión la protagonista era Odilia Puentes, una de sus vecinas.

Los dos iban caminando a la altura del primer riachuelo que está próximo a su casa y Odilia exclamó sorprendida:

—Oiga pero acá no había agua hace treinta años, yo llevaba a beber a los animales más abajo.

Chavarro, con un gesto de falsa humildad y con algo de picaresca huilense, le respondió:

—Es que esa quebradita la hice yo.

Luego llegaron a otro arroyo más grande y Odilia de nuevo prorrumpió:

—Oiga, pero acá tampoco había agua...

Y Chavarro de nuevo contestó:

—Pues esa también la hicimos nosotros.

Al cabo de unos minutos atravesaron otra pequeña corriente de agua, y entonces ella preguntó:

—¿Y esa quebrada también la hizo usted? —y él le respondió con un sí, firme y contundente.

Cuando Odilia se fue a despedir le dijo:

—Oiga, yo quiero hacer unas quebraditas allá, en la finca mía, que falta el agua. Cómo es, para hacerlo.

Él acudió a una copla del profesor Yarumo para aconsejarla:

—Allá arriba en aquel alto, / donde nace la quebrada, / había un bosque muy bonito / y el agua nunca faltaba / Pero un hombre irresponsable / taló el bosque y lo quemó, / hoy no hay pájaros ni monte / y el agua también faltó. El pueblo, al verse sin agua, / matas de monte sembró, / volvieron los pajaritos / y el agua también volvió...

A pesar del asombro de su vecina y de su ánimo para sembrar maticas y hacer quebradas en sus

predios, todo se quedó ahí.

Y es que no es fácil, admite Chavarro, y tiene cómo demostrarlo. Lleva treinta años trabajando hombro a hombro junto a su esposa para hacer de este proyecto una realidad y a fe que lo han logrado.

Hoy Rogitama es considerado un modelo en materia de recuperación natural. Incluso hay quienes consideran que ya puede ubicarse dentro de la categoría de jardín botánico, dada la riqueza en materia de fauna y flora y su significativo aporte a la cuenca del río Pómeca.

Además, y a pesar de su extensión, apenas veintinueve hectáreas, los expertos consultados concluyen que Rogitama puede incidir positivamente en el corredor biológico conformado por los santuarios de fauna y flora de Iguaque y de Guanentá -Alto Río Fonce, entre los que también se localiza la Serranía del Peligro.

Pero su contribución hidrológica no se ha cuantificado. La bióloga Laura Díaz Otálora es consciente de que faltan estrategias para medir el impacto de una reserva de la sociedad civil en pequeña escala.

Sin embargo, Gineth Tulcán, su esposa, tiene cómo demostrarlo, y para ello recuerda aquellos primeros días y los compara con el presente. “Cuando llegamos, teníamos muchos problemas para darle agua al ganado, hoy tuvimos problemas por la alta concentración de humedad y nos vimos obligados a vender el ganado”.

Ella habla con orgullo del agua que baña toda la reserva. “Tenemos agua por todas partes. Hay un remanente de agua para mantener la humedad. El agua que baja de la montaña es cristalina porque la capa vegetal está cubierta y el agua que baja no arrastra nada”.

Pedro Rodríguez, docente de la UPTC y experto en la observación de aves, le resta importancia a las cifras y prefiere concluir el tema con una afirmación inobjetable: “Mientras haya agua, hay vida, se recupera el suelo, se recuperan las quebradas, los jagüeyes y los pequeños nacimientos”.

Al final no importa cuántos metros cúbicos de agua bajan de las pendientes de Rogitama, lo realmente significativo es la vida que florece en cada centímetro de tierra, en cada nido, en cada retoño: todo gracias al trabajo incansable y silencioso de los Chavarro Tulcán.

Lo que sí se sabe es que la restauración que acá se ha propiciado ha permitido el crecimiento de especies nativas, algunas en vías de extinción, y la presencia de 121 familias de aves, 103 de mariposas y otras tantas de insectos.

A ello se suma, como lo reconocen las autoridades de Arcabuco, que allí pueden encontrarse

ardillas, lechuzas, culebras, lagartos, batracios, toches, mirlos, mariposas y conejos, entre otros.

La administración local también valora el hecho de que los cauces y las cañadas se hayan protegido, lo que contribuye a controlar la erosión y a que se concrete la oferta de servicios ambientales adicionales como la captura de CO₂ y la disminución del efecto invernadero.

Y aunque Odilia no siguió su ejemplo, sí lo han hecho algunos de sus vecinos, quienes están dejando árboles en los potreros y en las orillas de las quebradas.

El futuro de Rogitama Biodiversidad

Este es un tema que trasnocha a los Chavarro Tulcán, especialmente por los costos que conlleva el sostenimiento de la reserva. Rogitama se financia hoy con los ingresos que le reporta la presencia de visitantes, especialmente aquellos que arriban con el propósito de observar aves; sin embargo, y como su visita es esporádica, lo que se percibe por ese concepto es mínimo. Cada turista paga en promedio cuarenta mil pesos diarios por los servicios de alojamiento, alimentación (que incluye desayuno, almuerzo y cena), refrigerio y guianza.

Gineth, que es tan activa como su marido, decidió, hace tres años, experimentar con la cría de conejos. Hoy, trescientos de estos peludos roedores se mueven gráciles entre sus jaulas a la espera del agua y del alimento. Ella los aguarda hasta que tengan la edad ideal para venderlos en varios restaurantes de Tunja.

Lo que rentan estos animales sirve también para financiar los gastos de la casa, aunque en ocasiones las cuentas no dan, pues el valor del concentrado, de la gasolina para transportarlo y del obrero que ayuda en la conejera rebasan las sumas que pagan los compradores.

En alguna ocasión, Aurelio Ramos, directivo de The Nature Conservancy, le aconsejó que pensara en el ecoturismo como alternativa para financiar el presente y el futuro de la reserva. Su recomendación fue seguida al pie de la letra y la reserva cuenta en la actualidad con 12 habitaciones dotadas de camarotes y baños para hospedar a los ecoturistas. Hoy, y gracias al esfuerzo familiar y a los consejos de amigos como Ramos, Rogitama aparece recomendada en varias guías virtuales como ecoturismolatino.com y deturismoporcolombia.com.

Roberto y Gineth son conscientes de la contribución que han hecho al mejoramiento de las condiciones ambientales de esta provincia, la del Alto Ricaurte. Su persistencia ha propiciado que el agua haya bajado de nuevo desde la montaña. Su sacrificio ha significado el regreso del Inca Negro, el colibrí de charreteras azules al que cariñosamente bautizaron Príncipe de Arcabuco.

Ellos, como lo dice Yarumo, son ejemplo de ese pueblo que “al verse sin agua / matas de monte

sembró, / volvieron los pajaritos / y el agua también volvió”.

El narrador del río Medellín

Setenta años atrás, este habitante de Medellín disfrutó de las aguas cristalinas de su río tutelar, donde era posible navegar y pescar.

Ángela Penagos Londoño^{[11](#)}

Medellín

“Voy hablar de otro río, el que me tocó ver hace muchos años. Viajaba a sus anchas por curvas, remolinos y meandros. Su agua saltarina y limpia lograba oxigenarse al pasar por las piedras que hacían el oficio de una planta de tratamiento. Era generoso y abierto como el corazón de los antioqueños”, cuenta don Luis Eduardo Montoya Arango, de noventa años de edad, que conserva los recuerdos de la montaña, el tranvía, el río, tanto como los deberes elementales de cuando era niño.

Es un hombre delgado, sentimental, de ingenua sencillez, de recia ternura, que conserva una cierta elegancia natural. Su memoria no ha perdido el norte.

Entré a la pequeña sala de su casa situada en el barrio Manila de El Poblado. Unas sillas duras y sencillas, una mesa de madera vestida con un mantel de cuadros rojos y blancos y un espejo que cubre una pared son el inventario de este espacio que obliga a la quietud.

El corazón del río

Dice don Luis: “Doy fe de la historia de un río llamado Aburrá, vocablo indígena que quiere decir ‘pintadera’, nombre que reemplazaron por río Medellín, el cual recorre la ciudad de sur a norte. Con mi amigo del barrio, el ingeniero Horacio Rodríguez, madrugábamos para ir a pescar a la orilla del río. La víspera, preparábamos la caña y la carnada. A las cinco de la mañana nos parábamos donde hoy queda la estación Poblado del Metro de Medellín. Esperábamos silenciosos, en estado de alerta, mientras avanzaba la mañana. Después de una hora empezaban a picar, y un suspiro muy hondo acompañaba la sacada del trofeo. Regresábamos güetes^{[12](#)}, llevando con nosotros una sarta de peces plateados”.

En su memoria habita un caudaloso río que corre con buena cantidad de agua a tal punto que, cuando llovía bastante por la parte sur de Medellín, se crecía y se inundaba una manga^{[13](#)} que hoy está ocupada por edificios. Allí aterrizaron los primeros aviones que llegaron a narrador Medellín.

Navegación en canoas y balsas dóciles

Desde Sabaneta salían las balsas construidas con caña brava —la misma con la que se hacían los

techos de las casas—, que recorrían el río hasta desembocar en San Juan, y trasportaban plátanos, gallinas y recados para la gente de esos lugares.

Dice don Luis que las orillas estaban arborizadas en su mayor parte por sauces llorones, árboles que no crecen mucho, cuyas ramas se desplegaban hacia la tierra para besarla y al mismo tiempo servían para amarrar el terreno.

Canalización de la época

Víctor H. Zapata, en el libro *El río se salvará*, dice que desde finales de la década de 1920 se agitó la idea de canalizar el río para ganar tierras, y un ingeniero de la época que trabajaba con el Municipio de Medellín comenzó la construcción de grandes talanqueras de caña brava rellenas de piedra y de chiqueros rudimentarios (cajones de 1.30 metros de altura por 1.20 metros de ancho y una longitud de 10 metros), trincheras rellenas de piedra que tenían como objetivo delimitar el cauce recto de las aguas.

Don Luis recuerda que un día le dijo al ingeniero: “Usted no conoce el río cuando está crecido”. A lo que él ingeniero contestó: ‘Es el río el que no me conoce a mí’”.

Todavía guarda la imagen de esa mañana de domingo cuando escuchó por la ventana de la casa una conversación sobre el aguacero y la creciente del río que había tumbado uno de los muros del puente situado precisamente donde está hoy la estación antes mencionada. Este hecho ocurrió en 1942, cuando Alfonso López Pumarejo ganó las elecciones para Presidente de Colombia.

“Yo me fui a curiosear y vi el caos —continúa don Luis—. El río Medellín desbordado, una cadena de chiqueros pasaban uno tras otro como si fuera la invasión de Europa. En mi recuerdo queda ese río que yo conocí”. Hoy, la canalización está acabando de matar el río, se perdió el valor estético del área, murieron los huevos de los peces y aumentó la erosión.

La Poblada

Don Luis Eduardo adoptó la quebrada La Poblada, la cual cuida todos los días. “Voy, la repaso, siembro árboles, le quito las malezas que nacen en su orilla. Este peregrinaje lo hago con amor, como una jornada repetida, como una lección para enseñar a otros que una pequeña acción puede salvar al río”.

Todavía queda lugar para la memoria cuando dice: “Me acompaña la nostalgia de los arrieros que pasaban con sus mulas por los caminos empedrados de Medellín. Hoy el río es el reflejo de una ciudad llena de complicaciones, que como una cruel paradoja lo hace agonizar”.

El temible diablo llamado arroyo

La cronista cuenta cómo en Barranquilla un arroyo es un habitante más. La autora viaja entre el temor y el respeto para describir este “demonio”.

Nury Ruiz Bárcenas¹⁴

Barranquilla

Por donde he vivido en Barranquilla, mi ciudad natal, me han perseguido los arroyos. Primero, fue en el Barrio Boston, cuando de pequeña solo podía divisarlos desde la ventana de mi casa. Sentada en un mecedor me divertía viendo a los muchachos más grandes nadando en las negras aguas que bajaban a raudales por la calle 60, entre 20 de julio y cuartel. Esta arteria vial ha sido siempre una de las más bravas en su caudal de aguas lluvias, por lo altas y peligrosas.

—¡Ven!, métete al arroyo, ¡ven a jugar con nosotros! —me gritaban los amiguitos de la cuadra.

—¡No puedo, no me dejan! —les contestaba con cierta timidez y apenada desde mis siete años.

—¡Boba que eres tú! —me gritaban ellos con alegría, desparpajo y hasta inocentes del peligro que corrían.

—No me digan así —les gritaba yo muy ofendida desde la ventana. ¡No soy boba!

—¡Sí, boba! Después sí vas a querer jugar con nosotros cuando estemos echando los barquitos en la última corriente que quede, ¡pero no te vamos a dejar!.

Por esa razón, muchas veces me tocó jugar sola cuando, al cesar la lluvia y bajar el arroyo, me acercaba hasta la orilla del andén y desde allí ponía sobre la pequeña corriente mis barquillos de papel elaborados por mi papá y después por mí. A mis amiguitas las veía con cierto dejo de envidia cuando estaban en pies descalzos y pantaloneta bañándose despreocupadas con las tenues gotas de lluvia que bajaban del cielo rezagadas después de la tormenta, cosa que nunca me dejaban hacer por aquello del resfriado, de la fiebre y de la infección. Con el transcurrir del tiempo, veía correr cada vez más alto el arroyo 20 de Julio, que ha sido siempre muy peligroso; tanto, que se ha llevado vidas humanas, vehículos y cuanto se le atravesase. Así transcurrieron mis diecisiete años: viendo ir y venir la inmensa y negra afluyente que semejava un río, observando a muchachos y adultos capear la corriente para atravesarla con terquedad hasta llegar a la otra orilla.

Después, cuando fui adulta, me arriesgué varias veces atravesándolo cuando debía ir al trabajo, pero lo hacía subida sobre una carretilla a cuyo conductor le daba una moneda para que me atravesara de pies, algo encorvada, agarrada de las tablas y con el fondillo hacia arriba, sin pensar

en ese momento que el pudor me quedaba al descubierto, que podía ser visto. Con la lluvia nadie pensaba en eso, sino en guarecerse bajo cualquier alar o terraza de casa cercana. Estas subidas en carretillas me eran obstinada e irreflexivamente usuales con tal de poder atravesar los arroyos denominados “de Felicidad” (calle 48 con carrera 54), y “el de la Simón” (carrera 54 con calle 59); todo para llegar a tiempo al trabajo.

Pero después, con el tiempo y la madurez de pensamiento, aquella aparente valentía se me transformó en miedo a los arroyos. Entonces comencé a temer atravesarlos, ni en carro o caminando; para mí era el majestuoso arroyo, el temido monstruo, el provocativo diablo que se lleva en su vientre vidas humanas grandes y pequeñas sin preguntar si se quieren ir con él o no.

Sin embargo, aún con el consabido temor incrustado en mi piel y en mi mente, los he defendido de la crueldad humana. Me parece inconcebible que a los arroyos echen cuanta basura tienen los habitantes dentro de sus casas, esos moradores desconsiderados e incultos que no saben dónde va a morir un arroyo cuando está crecido, no saben por dónde busca la salida para reventar lo que esté a su paso; sin duda, su loca carrera se detiene en otras aguas, también sucias: las de nuestro río grande de la Magdalena. Allí llegan los arroyos a detener su furia y a descargar sus aguas negras, espesas, vidriosas, llenas de lodo, de arenilla; a eso se le suma alguno que otro cuerpo humano al que, inmisericorde, se llevó por delante; además de muchas bolsas de basura, palos, ramas, mecedoras viejas, colchones manchados y negros, cascarones de aires acondicionados y cuanta suciedad guardan muchos hogares a la espera de los crecidos arroyos para deshacerse de ellos.

Corría el año 1967 cuando decidí irme a vivir a Caracas; allí, las lluvias podían ser tenues o recias, pero la ciudad cosmopolita donde nació el Libertador Simón Bolívar nunca padecía de arroyos porque su alcantarillado los absorbía; bien podía salirse bajo la lluvia con paraguas en mano, mas no se atravesaban arroyos. Al dejar de llover, las calles quedaban casi secas. Ahí radica el problema de Barranquilla: que no cuenta con alcantarillado; ahí radicaba también mi nostalgia al comparar en eso a mis dos ciudades del alma. Me dolía el corazón ver la gran diferencia.

Regresé a Colombia después de doce años. De nuevo en casa, en mi barrio Boston; pero ese espacio familiar, de ancha terraza, de patio frondoso al que le entraba el fuerte sol por las mañanas y secaba en un santiamén la ropa tendida, donde había pasado mi infancia jugando a los chocoritos debajo del palo de limón y mi adolescencia compartiendo sancochos con mis amigos, decidí cambiarlo por un frío apartamento en el Viejo Prado, con menos bullicio callejero, pero también con casi nada de sol que cayera sobre las ramas de algún naranjal del patio. No fue una buena decisión.

En este terreno, más limitado, me volví decidida o excéntrica, no sé, pero sí más atrevida. Me

gustaba ver la lluvia desde mi balcón y sorprender, de pronto, a alguien cuando tiraba basuras al arroyo desde sus balcones. Me parecía imposible pensar que tuvieran tanta suciedad guardada en algún rincón invisible de su elegante vivienda. Con estas personas, mi lenguaje cambió. Ya no era tímido como el de la niña boba, sino firme, con la convicción de que estaba defendiendo a la naturaleza, yendo contra la costumbre.

—Por favor, señora, ¡no tire esa basura al arroyo! —les gritaba desde mi balcón.

—¿Y a usted qué le importa? ¡No sea chismosa!

—¡Y usted, no sea inculta, ¿no sabe que tirar basuras a los arroyos está prohibido?

—¡En mi casa hago lo que me da la gana!

—¡Y a mí me va a dar la gana de echarle a la policía, al DAMAB, a quien sea!

Optaba, entonces, por retirarme del balcón sin darle otra merecida respuesta; sin embargo, intuía que había dejado en la mente de esa mujer una duda sobre su incultura para con los arroyos y tal vez no habría en ella una próxima vez. Y así, casos como ese me sucedían repetidas veces cuando llovía. No solo era la melancolía la que me embargaba, sino el desagrado contra la incultura humana hacia los arroyos.

En otras ocasiones, eran los mismos porteros de mi edificio quienes tiraban la basura, que debían introducir en canastas instaladas para tal fin.

—¡Enrique, Enrique! ¡No haga eso, mijo, eso no se hace! ¡Para eso están las canecas!

—¡No se preocupe, doña —contestaba desde abajo con cara de disgusto. —Todos lo hacemos así. Es menos trabajo para nosotros.

Me retiraba del balcón sin darle su merecida respuesta, pero ya adentro, en la sala, delante de mis familiares —quienes tampoco me hacían el menor caso—, me prometía hablar con la administración para que le enseñaran al portero a ser más decente, a tener cultura hacia los arroyos; sí, es verdad que todos los grandes arroyos son diablos con caudales de mugre a sus espaldas, con la temible negrura de muerte que ha tragado hasta su fondo muchos cuerpos humanos, pero debemos guardarle no solo temor, sino respeto, por ser un punto negro de la naturaleza. Se le debe temer porque es un diablo llegado del infierno, pero también un imparable efecto de la naturaleza, o quizá hasta una tenue ira de Dios.

El séptimo mayordomo

Crónica sobre uno de los trescientos transportadores de leche que trabajan en Neiva y uno de los siete mayordomos que ejerce su oficio como si perteneciera a una Orden de la Vía Láctea y rindiera homenaje al “agua blanca”.

Hernando Flórez¹⁵

Neiva

La sombra de un hombre sentado se mueve rápidamente sobre el río Baché. Viene montado en una tarabita metálica, sujeta a un cable que atraviesa el río. A su lado trae cuarenta litros de leche en una cantina Imusa. El hombre que se baja de la cesta oxidada lleva sombrero y botas pantaneras, le dicen “El Paisa” y es el segundo mayordomo de la orden. A tres kilómetros, otro hombre a bordo de una LUV modelo 89 se debate entre los huecos de la vía y la boñiga de vaca sobre la carretera a Amborco. Lleva puesto el buzo de La Selección Colombia, escucha música popular a cuarenta por hora y tiene una cachucha blanca de Proceal S. A. Es el lechero, el único visible de la orden, El Séptimo Mayordomo.

Como todo oficio tradicional, el suyo tiene un vínculo primigenio. El panadero con lo sagrado, el maestro con el taller y el lechero con la mañana. Madruga 362 días al año, sin falta. Se levanta a las cuatro y veinte de la mañana y, faltando diez para las cinco, ya está montado en la camioneta. “Yo trabajo todos los días, menos el Viernes Santo, el último domingo de San Pedro y el 1.º de enero. Las vacas no dan espera”. Lo dice sentado en un taburete mientras toma un café, antes de salir a Amborco, donde recogerá la leche de seis fincas. Su nombre es Ómar Charry, segundo de cuatro hermanos varones, hijo del folclorista huilense Ulises Charry. Practica el oficio hace siete años en las comunas 6 y 9 de Neiva. Tiene una hija de veinte años que estudia ingeniería de sistemas en Cali; vive en un conjunto de habitaciones tipo campestre, construido junto al restaurante de la familia donde comparte espacios con su hermano menor, la esposa, la hija de la pareja y Ulises, su padre.

El oficio, tal y como lo conocemos hoy, inició hace cuarenta años, cuando la ciudad era todavía un territorio baldío y no había comenzado el vertiginoso crecimiento demográfico que quintuplicaría la población en cuatro décadas. Entonces no era necesario ofrecer la leche casa por casa, se distribuía desde las tiendas y las carnicerías. Las gentes dejaban ahí sus vasijas y estas eran marcadas a lápiz con el número de botellas pedidas, y con una “p” en caso de estar pagas. Lo hacían antes de salir al trabajo y encargaban a alguien de la familia para recogerla. Quienes la dejaban después de las ocho y media de la mañana no tenían certeza de contar con leche para el día; recibían un “sí” condicional del tendero o el carnicero.

La denominación de lechero comenzó a utilizarse durante la década del setenta, cuando la familia

Olarte empezó a distribuir leche en la ciudad. Los primeros en hacerlo fueron Betuel, Procopio y Jairo Olarte. Desde su hogar comenzó a hacerlo una pariente de los tres, Celina Olarte Charry, madre de Ómar.

Su ruta por la ciudad comienza en Timanco y termina en Luis Carlos Galán. Es un viaje con cronómetro y dura tres horas. Tiene marcadas, por minuto, todas las paradas. A las seis y cuarenta en Timanco, a las seis y cincuenta en San Francisco; en Galindo treinta minutos después y en Luis Carlos Galán a las ocho en punto. Son unas olimpiadas diarias en camioneta, sin récords que batir, ni medallas por ganar. “Siete minutos de retraso llevo, no sea bestia. Yo no sé qué diablos, pero a las nueve debía estar allí y apenas voy”. Es la recriminación de su rigor. Mantiene la disciplina y el entusiasmo del trabajador perfecto. Correcto, puntual y ordenado; mide el tiempo y la leche con precisión. Con cronómetro y botellero.

Los domingos parece una ruta cambiada. Las vasijas son llevadas por los maridos, como si quisieran compensar los abandonos de la semana y necesitaran ir al mercado, cargar canastos, barrer el andén, lavar el patio o comprar la leche para expiar sus culpas. Salen sonrientes, hacen chistes y piden más leche de la necesaria. Aparecen subidos en unas chancletas de caucho y metidos entre franelas descoloridas y pantalonetas cortas.

Eso sí, lo único rutinario del recorrido es la música de *Cristalina Estéreo* en la cabina, que los fines de semana pasa ranchera y popular de cinco a ocho, y música romántica de Leo Dan, Joan Sebastian, Roberto Carlos y otros distinguidos hasta las doce. “Esa que está cantado ahí es de Pereira, Angie Rivera se llama, pero eso es mucho tronco e’ vieja. Pereirana, al fin y al cabo”.

Su gusto por la música en las mañanas es una pasión cultivada, solo comparable con la admiración que le despiertan las mujeres.

Entre semana llegan sus días mejores. Predominan las amas de casa. Las contempla con cautela de espía, les aplica una vigilancia tímida, una admiración furtiva. La cabina se le convierte entonces en un laboratorio de piropos no publicados. “Hermano, hay viejas que salen sin calzones, salen con su pijama y nada más. Como hay otras muy puestas en su sitio. Yo no sé usted qué piense, pero yo veo esas viejas sin calzones y digo: será que así se siente cómoda, o es que quiere algo; pero yo me abstengo de decirle algo porque uno no sabe. Por eso uno como hombre tiene que aprender a echar piropos con respeto. Si uno ve una mujer y le impacta, le llama la atención, uno puede echarle un piropo, pero con respeto”. Su diplomacia es cierta. Les habla solo lo esencial, actúa con naturalidad y sonríe sin los endulzantes del cortejo. Es un caballero de botas y cachucha.

Sus pisadas son un estruendo de armadura medieval en tierra seca. Tiene los ojos pasmados por la rutina. Carga una silla de asiento sobre el lomo y una cantina de leche a cada costado. Es la bestia que sirve en la finca Villa María, es, como dice Ómar, el colectivo de la leche.

Se trata de un burro sin nombre arriado por el mayordomo de la última de las seis fincas que recorre el lechero en la vía a Amborco. Se llama Pablo y es el más reservado de los seis mayordomos. Es un hombre callado, de estatura media y ademanes serenos. Hace lo de cualquier mayordomo. Roza, deshierba, ordeña, repara cercas, monta estantillos y cocina. Todos los días entrega la leche en una orilla de la trocha vieja que conduce a Amborco, acompañado del burro y de un perro negro y juguetón al que llama Lucas.

Aguarda la entrega sentado en una silla de campo, que es un cartón doblado en forma de taburete, recostado al estantillo de la cerca sobre una roca café. Detrás permanece el burro sin nombre amarrado al alambrado, el perro negro revoloteando en el campo y una torre de energía eléctrica de unos cuarenta metros. Ómar llega entre las seis y veinte y las seis y cuarenta en días sin lluvia. Lo hace a bordo de su camioneta roja de estaca. La operación es rápida. Saluda, baja dos de las siete cantinas, vacía la leche con ayuda de Pablo, las sube a la camioneta, las amarra y apunta en el cuaderno de cuentas. Esta transacción no dura más de cuatro minutos.

Detrás, en medio de la carretera, se levanta un sindicato de vacas que protesta por el taponamiento de la vía. Son lideradas por un novillo blanquecino de papada colgante y orejas de Topo Gigio. Es un verdadero mitin. A tres metros se asoma otro ejemplar en silencio, sin dejarse ver el cuerpo; tras él llegan uno, dos, tres, cuatro, cinco más, un tanto igual al otro lado: son una manada. Ninguno de los dos se entera. En el traspaso de cantinas asumen una concentración de monje que intimida. Piensan, quizá, en los oficios de Villa María el uno y en el recorrido por la ciudad el otro.

A esa altura del camino, Ómar ha pasado ya por cinco fincas, cada una con su mayordomo. Hermógenes, Albeiro, Óscar, El Paisa y Hernando, el Primer Mayordomo de la orden. Ordeña doce vacas en una hora y entrega cincuenta y seis botellas diarias, o cuarenta litros de leche, que equivalen a una cantina llena. El procedimiento es idéntico al de Pablo y en ninguna ocasión tarda más de seis minutos, excepto donde Albeiro, el más dicharachero, el cuarto de los mayordomos. No pasa un día sin dar quejas ni un mes sin cuento flojo. Que no encuentra las vacas, que no entraron al corral, que no hay gota e' luz, que no se pudo comunicar con el patrón. Tiene aspecto de hombre joven, quizá demuestra demasiada juventud para ser mayordomo. Lleva bluyines, botas pantaneras, buzo de equipo de fútbol aficionado, cachucha y un radio sintonizado en algún noticiero de las seis de la mañana. Tiene cejas pobladas, rostro de adolescente y una barba de siete días. Es un tipo apuesto con innegable ascendencia opita. Lo delata el acento.

El mayordomo que sigue es un hombre viejo, de camisa, pantalón, gafas y cachucha. Su nombre es Hermógenes. Siempre tiene una anécdota, una peripecia qué contar; se le ve llegar animoso montado en su moto ochentera, con una historia entre manos, con una intención de narrar. Ómar lo escucha con respeto, sin interrumpir su labor.

El segundo mayordomo de la orden es Óscar, de la finca El Silencio; llega al encuentro a pie, igual que Hernando. El Paisa llega en tarabita, Hermógenes en moto, Albeiro en burra y Pablo en burro con perro arriero. Ómar lo hace en camioneta, la LUV 1.4 que siempre lo acompaña. La tiene desde hace seis años, por la época en que comenzó a vender leche. La exige y la consiente. En días de lluvia el camino se hace un lodazal y los pastos se encharcan como lagunas; la cabina recuerda los hedores de un invierno pasado y se estanca en una humedad añeja que perfora los huesos. La ruta se vuelve difícil y el carro avanza con dificultad. Seguramente los mayordomos entenderán el retraso; los clientes, quién sabe. Es necesario activar la rueda libre y meterle la doble. La camioneta adquiere voluntad propia y un recuerdo lejano la guía por pastos mejores donde las huellas de las llantas han labrado una ruta nueva. Escala pendientes, atraviesa charcos, esquiva zanjas y visita las seis fincas. Termina donde Pablo, el sexto de los mayordomos. En ese punto, Ómar adquiere su nueva dignidad, la de mayordomo nómada, la de baquiano sin tierras que rozar ni ganado que cuidar. Un hombre de campo que lleva la leche a la ciudad sabiendo que tras él hay seis mayordomos más, seis hombres de finca que lo convierten a él en el séptimo, en El Séptimo Mayordomo.

El hombre de bata blanca comienza ahora un viaje feliz. Una caravana de pitos y de voces. “Piiii-piiiiii, la leeeche. Deme cuatro, vecino; échele lo que quepa; ay, déjeme dos hasta mañana; vea, se va ir; espere, vecino. La leeeche”. Una fiesta de loros que saludan, “Bueeeenas”; de gatos sin identidad, “pa’ qué le pongo nombre si él vive detrás de uno”; de gallinazos divagantes como porcelanas en los postes de la comuna nueve; de Cristalina con Pipe Bueno, Galy Galeno y Vicente, “porque, dígame: ¿a quién no le gusta Chente?”; de amas serias, de mujeres coquetas con trusas, de treinta pa’ arriba. “A mí no me gustan las peladitas, eso lo demandan a uno por violación”.

Esta amalgama cotidiana lo identifica, define su espíritu de huilense raizal, de hombre tranquilo y escéptico con una rutina establecida y una disciplina desafiante. “¡Que véngase para acá, hermano, que estamos tomando con Diomedes y el Chente!”. “No, hermano, ni porque fuéramos novios, yo ya estoy empiyamado viendo fútbol. Tenía que ser una vieja muy bonita pa’ que fuera”. Una trasnocha retrasaría su trabajo. Sabe que una clientela sin leche cambia de lechero.

Es dueño de una contradicción risible. Es una ocurrencia del destino. No le gusta la leche. No la toma, no la consume ni siquiera en postres o recetas especiales; nada que lleve leche en ninguna de

las tres comidas. En las mañanas, la hora apropiada para tomarla, se sirve solo una taza de tinto y un vaso con agua de noni en ayunas. “Eso es muy bueno pa’ los triglicéridos, pa’ la tensión, pa’ todo lo que tenga”. El escepticismo lo hace prevenido y cuidadoso con la salud, cosa que no le impide divertirse.

El lugar: Balneario Amborco; la compañía: amigos. Visita el lugar cuando se presentan cantantes de música popular, ranchera y alguno de vallenato. Los encuentros son un jolgorio de río al que van gentes de toda la ciudad. Llegan en buses, chivas, camionetas, taxis y carros particulares. El objetivo es claro: pasarla bueno. Para tal efecto arman sancochos, parrilladas, toman trago, bailan, cantan y toman el sol. Ómar, por su parte, hace cuanto puede. “Yo pa’ bailar soy un trompo. Yo digo que no sé bailar, pero bailar es mover el rabo, y yo muevo el rabo, entonces... Esa del negrito de la salsa, uff, yo soy un trompo bailando esa canción, eso me falta es pista. Pero eso no es de todos los días, porque eso de salir cada ocho días no es negocio”.

Su segundo lugar predilecto es El Rincón Fresco. Una caseta de feria donde cada noche se presentan émulos. En este lugar la compañía de Ómar tiene nombre propio: Ernesto y Célimo. Trabajan en un taller de servicio eléctrico automotriz. Ernesto lo hace solamente después de vender la leche que trae de Rivera, en las comunas siete y ocho. Es un hombre locuaz, de imaginación insólita y carcajada imprevista.

“Allá en El Rincón Fresco que vez nos salió una hembra con cola de caballo, grandota, con unas tetas así de grandes, hermano, eso sí fue peligroso. ¿Sí o no, Célimo?”. Este asiente con gravedad. “Qué día a Ómar le salió arriba en el Balneario una sirena, pero una chimba de hembra. ¿Sí o no, Célimo?”. Contesta igual, esta vez con una mueca. “Vea, la cosa es así. Él es un niño, yo soy otro niño, porque todo el mundo me engaña, y el diablo es Ómar”. Se unen en risotadas durante casi un minuto. Lo disfrutan sin recato en medio de una complicidad secreta.

Los suyos son dos festines. Uno diario y exigente, otro casual y grato. Ambos necesarios, pero el primero lo tiene agotado. Lo va a dejar, ha puesto el letrero de venta sobre el parabrisas y está contemplando otros oficios. El segundo lo divierte, pero es solo un escape. Él es un hombre solitario, de silencios prolongados; es un hombre acostumbrado a sus espacios que prefiere la soledad de su casa. Es un hombre que de haberse dedicado a las letras, seguramente sería aforista. Concreto, sagaz y contundente. No sería famoso, pero lo recordarían en particular por una frase: “Qué bueno es estar solo en medio de todos”, dedicada a sus lectores nocturnos.

Tras la tortuga pímpano

La Celybra Serpentina no puede hablar, pero sí quienes le siguieron el rastro, como la cronista. Defensa de esta tortuga, conocida popularmente como pímpano, que se encuentra en vías de extinción.

Amparo Agudelo¹⁶

Manizales

Chelybra Serpentina Acutirostris, la tortuga mordedora o pímpano —como se conoce en el Quindío— habita en los múltiples arroyos que enriquecen el caudal de la quebrada descubierta por don Segundo Henao, fundador de Calarcá, cuando en sus correrías, buscando oro desde Salento hasta el río La Vieja, encontró sus aguas transparentes, colmadas de grandes peces, y entonces la bautizó Cristales.

¿Qué puede hacer la pímpano para narrar sus peripecias de sobrevivencia en un hábitat cada vez más hostil por efecto de su caza indiscriminada, de la contaminación de ríos y quebradas del mapa hidrográfico de Armenia y La Tebaida y por el Plan de Ordenamiento Territorial (POT), que convirtió gran parte de la zona rural, su hogar, en urbanizable?

Arroyos, guaduales y yo empezamos a estremecernos al paso de las máquinas excavadoras que arrastran el lodo, refugio de la tortuga, con el fin de darle profundidad a los riachuelos y evitar las inundaciones de los lotes que muy pronto se convertirán en hermosas casas campestres.

¿Por qué amordazarla para que no diga que familiares suyos establecieron sus viviendas en lugares ubicados desde el nivel del mar hasta mil doscientos metros de altura, en temperaturas entre los veintidós y los treinta grados centígrados, desde Canadá hasta Ecuador y en nuestro país, a lo largo de la costa Pacífica, valle del Sinú y los departamentos de Córdoba, Chocó, Cauca, Valle del Cauca y Quindío?

No hablará para relatar que prefiere la vida nocturna en el fondo de quebradas de agua transparente, que es agresiva, que sus movimientos son rápidos, que puede girar su cuello con la boca abierta sobre su caparazón para cazar y morder.

Guardará silencio para no contar que es poco agraciada porque su cabeza es voluminosa y está cubierta de verrugas como espinas que no logra esconder en la cubierta, cola larga, patas robustas con membranas interdigitales, cinco dedos en las extremidades anteriores y cuatro en las posteriores, con uñas gruesas y largas, concha de color aceituna y plastrón amarillo, ojos como de gato, pardos, con iris punteado y franjas radiales negras; en edad adulta mide entre cuarenta y sesenta centímetros y su esperanza de vida es de treinta a cuarenta años.

Cerrará la boca, en forma de pico, con tres pares de barbicelas, para no referirse al macho, maduro sexualmente a la edad de cuatro o cinco años —ella, a los seis o siete cuando pone entre veinte y ochenta huevos redondos y blancos que eclosionan después de nueve o diez semanas, dependiendo del calor, la humedad y el tipo de suelo—, que el ser macho o hembra depende de la temperatura de incubación (a menos de 20°C y más de 30°C se formarán hembras y entre 22°C y 28°C, serán machos) y si las condiciones climáticas son desfavorables, el desarrollo embrionario se suspende hasta cuando el clima se estabilice.

No narrará que, además de carroñera, se alimenta de aves, peces, anfibios, reptiles, pequeños mamíferos e invertebrados y gran cantidad de vegetales acuáticos. Finalmente, aunque quisiera, no dirá que en una institución educativa ubicada en la zona rural del municipio La Tebaida, un grupo de alumnos y profesores se ocupan de su protección.

Aventura escolar

Luis Alberto Henao, actual profesor coordinador del proyecto “Al rescate de la tortuga pímpano”, en la Institución educativa La Popa, sin la mordaza que la crónica periodística le impuso a nuestra tortuga —por aquello de que los animales no hablan—, nos contó acerca de la aventura vivida con sus alumnos y otros profesores, buscándola en terrenos bañados por la quebrada Cristales y el río Espejo, quizás el más contaminado del departamento. Encontraron el mayor número de ejemplares en la desembocadura de estos afluentes sobre el río La Vieja.

Pero la pímpano, enamorada, quizás, como quienes habitamos las hermosas tierras del Quindío, además de Armenia y La Tebaida, extendió sus dominios a los municipios de Circasia, Montenegro y Quimbaya, y estableció su residencia en otras aguas poco profundas de corriente lenta y fondo con poca piedra, arenoso y lodoso, como el río Robles, las quebradas Armenia, La Jaramilla, La Bruja, Los Monos, La Esperanza y La Española y en el valle Maravélez, tal como lo registran estudios de la CRQ (Corporación Autónoma Regional del Quindío), diferentes tesis del programa de Biología de la Universidad del Quindío y el Proyecto de educación ambiental escolar de la Institución Educativa La Popa.

El hábitat de la pímpano

Recorrer las tierras quindianas fue, es y será un placer. Hace más o menos tres décadas, estar en el Quindío era sumergirse en café, en su color verde intenso, salpicado de blanco o rojo, según la época de florecencia o producción, en el aroma del grano seco y tostado y en la delicia de saborear, sin afanes, una taza del mejor café del mundo. Verlo desde el cielo era una práctica de relajación. El alto de la Línea marcaba el inicio de un edén, de cafetales con surcos de plátano, guaduales y el hermoso valle Maravélez bañado por el río Barragán.

Pero la crisis cafetera de los años ochenta cambió el panorama. Los cafetales perdieron su lozanía, la economía regional decayó. Extensiones de yuca, cítricos y pastos para ganado reemplazaron los cultivos de café y la tenencia de la tierra.

Luego, el terremoto de 1999, con su brutal afectación del orden social, el incremento de la población, desplazados venidos de todas partes del país y la fuga de quindianos hacia otras latitudes cambiaron de forma abrupta el paisaje.

Hoy, viajar por carreteras del Quindío, la mayoría veredales construidas por el Comité de Cafeteros en la época de bonanza, resulta monótono. Kilómetros y kilómetros de swinglea utilizada como cerca viva cada vez más alta y tupida para separar nuevos condominios y casas campestres, oscurecen el paisaje y cierran la vista a la contemplación. Solo desde el aire se puede ver la espectacular topografía quindiana cubierta de grama, piscinas, hoteles y residencias campestres y un sinnúmero de condominios para la clase pudiente y para los pobres que, con casa propia obtenida después del terremoto, carecen de los mínimos recursos para subsistir. Persisten guaduales que como ángeles de la guarda protegen las cuencas de agua.

Pero no todo es nuevo en el paisaje. De vieja data, como en cualquier lugar de nuestra geografía, existen asentamientos humanos creados por condiciones especiales que favorecen la permanencia de la gente desarraigada de sus lugares de origen por diferentes causas.

Un lugar paradisíaco

Hasta los años noventa, cuando ya no existían los ferrocarriles nacionales, una vieja locomotora en su lento transitar continuaba recorriendo a diario la distancia entre Armenia y Cali con su carga de pasajeros que, sin prisa, iban y venían a lo largo de su recorrido. Las antiguas estaciones comenzaban a derruirse. Pero antes de que esto ocurriera, una a una, diferentes familias construyeron viviendas a lado y lado de la vía, utilizando los recursos de la zona: madera, guadua y caña brava. La estación Caicedonia, en la vereda El Alambrado, es uno de estos sitios. Allí viven don José Rodrigo Ríos y sus hijos Édgar y Jhonatan. Hoy, sábado, descansan de su arduo trajín en las aguas del río.

“Mi padre y yo —dice Édgar, quien terminó estudios en la Institución La Popa—, somos barequeros, trabajadores independientes, nos dedicamos a la minería artesanal”. De siete de la mañana a tres de la tarde, extraen las pepitas de oro del río La Vieja, “abajito del puente”, que marca el límite entre los departamentos de Quindío y Valle del Cauca. La pequeña cantidad recolectada durante la semana, grano a grano, la venden en las prenderías de La Tebaida y Armenia.

“En época de sequía, el río baja su caudal, por eso trabajamos menos, pero en invierno se

desbarranca y hay buen material”, el trabajo se intensifica todos los días de sol a sol y aún en horas nocturnas, “como hay mucha gente, también hay que cuidar la playa”, dice don José Rodrigo. Además de minerales, el caudal de aguas les trae la pímpano. “Cuando el río crece, sube por las quebradas. En ese momento sobreaguan las tortugas, nosotros las cogemos, si es pequeña la devolvemos al río, pero si es grande la matamos”.

En temporada seca, cuando cae la tarde, las tortugas se asolean flotando o caminan por la playa para comer grillos, semillas de caracolí, guácimo y pasto, y compiten con los mineros en la pesca de bocachico, getudo, mojarra, sabaleta, barbudo y bagre. Es la hora para cazarla. “Una vez cogimos una tan grande que nos montamos en ella y siguió caminando, pesó como tres arrobas”, comenta con regocijo don José Rodrigo.

Exquisito manjar

En su estado natural, la pímpano es tranquila. Solo se mueve cuando extiende su largo cuello para alimentarse o cuando personas como don José Rodrigo y sus hijos intentan cazarla. “Si nos ve, se lanza sobre nosotros y nos muerde”, afirma Édgar. Un palo es el arma inicial, con él golpean la caparazón para que saque la cabeza. Luego, con un machete, le dan el golpe de gracia.

Tiene poca grasa, “la infundia se frita para sacar aceite. Por aquí vienen a preguntar, porque sirve para la vena várice. Lo untan para que desaparezca; para el asma, la frotan y la dan a tomar, pero, como es muy caliente, hay que tener mucho cuidado”, dice Édgar.

“La carne es blanquita como la carne de cerdo, pero sabe más rico. Del animal de monte que yo haya comido, es la mejor. Se sazona de un día para otro y se prepara cocinada y asada, pero frita es mejor”, dice don José Rodrigo, y agrega: “La carne salta hasta por tres días; para que deje de saltar hay que abrirle el corazón en forma de cruz”.

Con esta descripción mi corazón también empezó a saltar y a preguntar: ¿Será posible que la resistencia a morir de la *Chelybra Serpentina Acutirostris* contribuya a revertir el proceso de su destrucción? ¿Podrá sobrevivir en este paraíso de desequilibrios sociales, de condominios campestres, de contaminación ambiental? Ríos, quebradas, guaduales y yo esperamos que así sea.

1. Periodista, 34 años. dr.nobel@gmail.com↵

2. Estudiante de Comunicación Social en la Universidad del Sinú, 22 años.↵

3. Periodista. salvatorelramirez@gmail.com↵

4. Estudiante de Comunicación, Universidad de Manizales. andrecardonao4@hotmail.com↵

5. Arquitecta, ambientalista. amparobastidas@yahoo.com↵
6. Docente, Licenciado en Lingüística y Literatura de la Universidad de Pamplona, 49 años. rominazur@hotmail.com↵
7. Ingeniera Química, 33 años. valentina_echeverri@yahoo.com↵
8. Estudiante de periodismo, 21 años. yfuentes@unab.edu.co↵
9. Periodista. salvatorelramirez@gmail.com↵
10. Docente y periodista. gegarba@gmail.com↵
11. Poeta, miembro de la Red de Mujeres Artistas. penagosangela@hotmail.com↵
12. Contentos.↵
13. Extensión de prado o pasto.↵
14. Periodista cultural y Escritora. nruizbarcenasyahoo.com↵
15. Periodista. hernandoflorez.B@gmail.com↵
16. Psicóloga, profesora pensionada de la Universidad del Quindío. amparoac@yahoo.com.co↵



Pontificia Universidad
JAVERIANA
Bogotá



e
editorial
Pontificia Universidad
JAVERIANA

El país en una gota de agua

ANTOLOGÍA
DE CRÓNICAS

MARYLUZ VALLEJO
EDITORA

